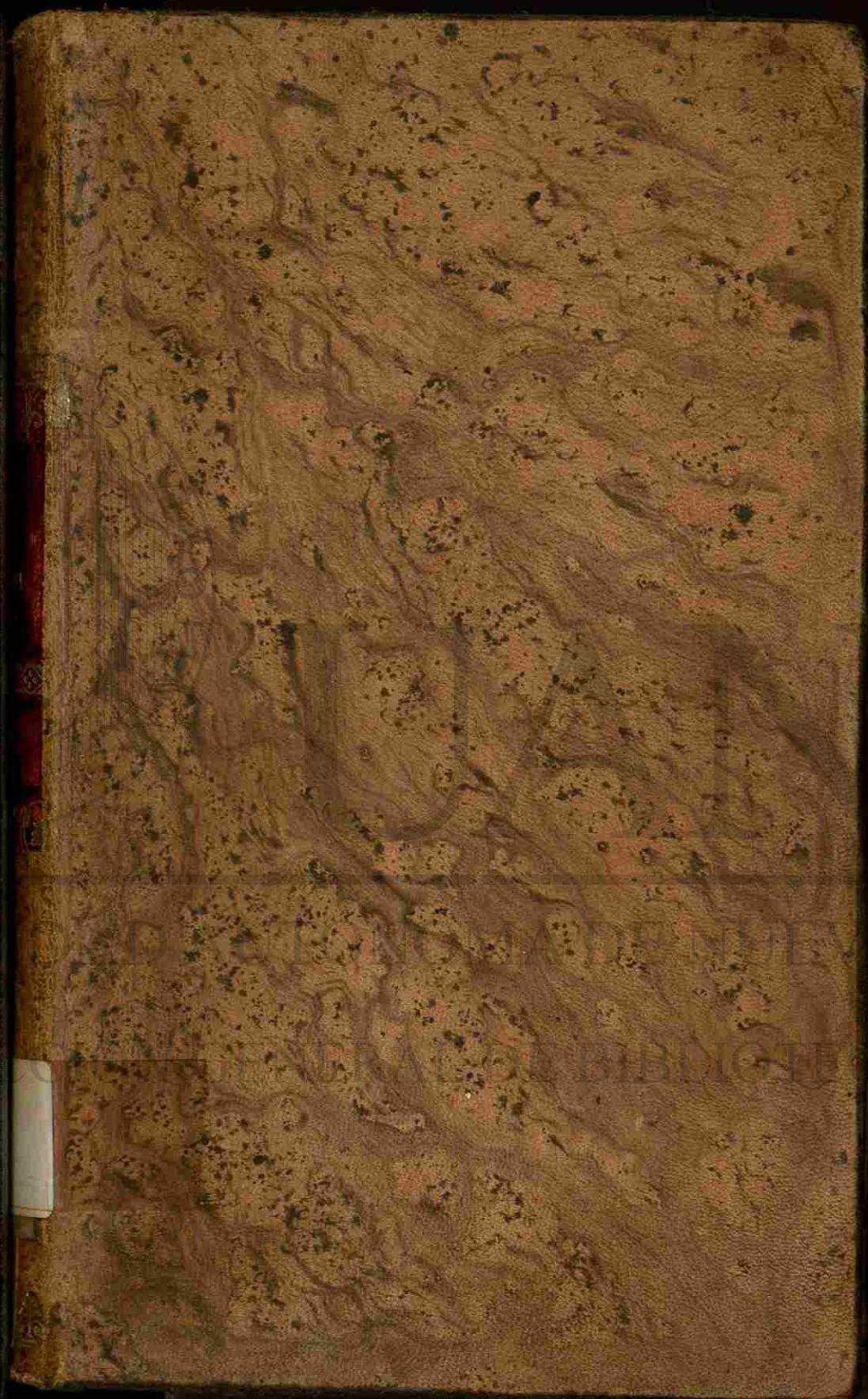




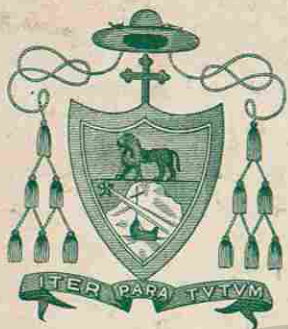
BOUGAUD
—
HISTORIA
DE SANTA JUANA
FREMOT

1



BX4700
.C56
B6
v. 1
1897

00 9229



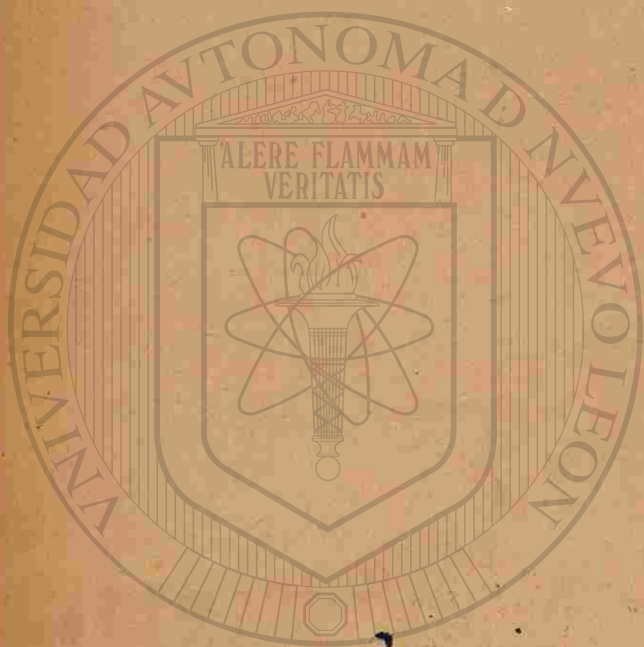
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080016582

c/ci
P. 87.00

*Este libro es del Monasterio de
la Visitacion de Sta Maria de
Tepexpan.*



HISTORIA

DE

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT

BARONESA DE CHANTAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



B. Maura, 1897

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT, BARONESA DE CHANTAL

A LA EDAD DE VEINTE AÑOS

copia del retrato original conservado en la Vestibación de Dijon

HISTORIA

SANTA FRANCISCA FREMIOT

BARONESA DE CHANTAL

Monja de Santa Maria,
de las Salesas,

ORDEN DEL SANTISIMO INSTITUTO

Escrita en francés

POR EL SR. D. L. BOUGAUD

UNIVERSIDAD GENERAL Y ACADEMIA DE ORLEANS

Segundo Monasterio
de.

QUARTA EDICION CORREGIDA



LIBRO

de la Alfonsina

Biblioteca Universitaria

IMPRESA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1897

45774



HISTORIA DE SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT

BARONESA DE CHANTAL

Fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María,
llamada vulgarmente de Religiosas Salesas,

Y DEL

ORIGEN DE ESTE SANTO INSTITUTO

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL SR. D. EM. BOUGAUD

VICARIO GENERAL Y ARCEDIANO DE ORLEANS

y traducida al castellano por una Religiosa del Segundo Monasterio
de la Visitación de esta corte.

CUARTA EDICIÓN, CORREGIDA

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde de la Alfonsina

Biblioteca Universitaria

MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1897

45774

V
922
J

BX4700



Esta obra es propiedad del Segundo Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE



DEDICATORIA

A

SAN FRANCISCO DE SALES

OBISPO Y PRÍNCIPE DE GINEBRA

FUNDADOR DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA

DULCÍSIMO Santo Padre y fundador mío: perdonad á la más humilde de vuestras hijas el atrevimiento de ofreceros su corto trabajo; á ello me anima, no sólo esa admirable dulzura que forma vuestra particular fisonomía, y la virtud que sobresale entre todas las que adornaron vuestra hermosa alma, sino el creer os será grato hagamos conocer en este católico suelo á vuestra privilegiada hija, á la que en los primeros pasos de su vida perfecta colocabais con justicia entre las Catalinas de Génova y las Mónicas, las Franciscas Romanas y las Paulas. Haced, amantísimo Padre mío, que pase á este libro y á cada una de sus páginas la unción dulcísima que destilaban vuestros labios y que, llegando á los corazones de

000229

los que os oían, los convertía á Dios; á fin de que cuantas lean las virtudes heroicas de la más ilustre de vuestras hijas, sean otras tantas Filoteas que regeneren el mundo corrompido con sus virtudes y ejemplos.

Alcanzad también á vuestra colmena querida de la Visitación todas las gracias que necesita, para que, reconociendo un día á todas y cada una de las abejas que la componen, por hijas vuestras amadas, seamos también admitidas como Esposas á las bodas del Cordero immaculado; y mientras llega este feliz momento, dignaos, en unión de vuestra Santa é inmortal Cooperadora, nuestra Santa Madre Juana María Francisca, bendecirnos á todas, y á la menor de cuantas tienen la dicha de llamarse hijas vuestras

La Traductora.



LA SUPERIORA
DEL
REAL MONASTERIO SEGUNDO
DE LA VISITACION DE SANTA MARIA
DE MADRID
A SUS HERMANAS DE ESPAÑA

RESPETABLES Madres y Hermanas mías amadísimas: Como saben bien VV. CC., hace doscientos sesenta y un años que en la pequeña y graciosa ciudad de Annecy, capital de la Saboya, nació un tierno arbolito en el jardín de la Iglesia, plantado por la inteligente mano del ilustre San Francisco de Sales, Obispo y Príncipe de Ginebra, el cual, cultivado y regado después de su temprana muerte por su esclarecida hija Juana Francisca Fremiot, Baronesa de Chantal, extendió tanto sus ramas y creció tan vigorosa y rápidamente, que á los treinta y un años de existencia cubría la Francia, la Italia, la Borgoña, entraba en la Alemania, la Suiza y otros países, siempre lozano y hermoso. Pero nuestra España no gozó de sus frutos hasta el año 1749, en que apareció en esta coronada villa nuestro primer Monasterio, siguiéndole este segundo en 1798, y sucesivamente los de Orihuela, Calatayud y Valladolid, siendo en total solas cinco plantas, cinco Monasterios de la Visitación los que existen en nuestro

privilegiado suelo español. Entre otras causas de tan corto desarrollo, creo una de las principales el ser nuestro Instituto de origen extranjero, y por consiguiente poco conocido; y esto en tanto grado, que lo poco que se le conoce no es por su verdadero nombre de la *Visitación*, sino por *Salesas* ó hijas de San Francisco de Sales. A consecuencia de esto, nuestra Santa Madre y Fundadora, aquella mujer singular de quien decía nuestro Santo Padre que él había encontrado en Dijón lo que Salomón no pudo hallar en Jerusalén, una *Mujer fuerte*, en la Baronesa de Chantal, es casi totalmente desconocida en nuestra patria, pues las pocas historias de su vida que circulan en nuestros monasterios, incompletas, inexactas ó incorrectas, dejan mucho que desear al curioso y devoto lector, el cual querría ver aparecer en todo su esplendor la gran figura de esta heroína del siglo XVII. La Providencia, que cuida de hacer brillar á su tiempo las virtudes de sus siervos, suscitó hace pocos años al Sr. D. Em. Bougaud, Vicario general y Arcediano de la diócesis de Orleans (Francia), para que fuese el digno historiador que, con delicado y exacto pincel, retratase al vivo y en todas las fases de su vida á nuestra incomparable Madre y Fundadora.

Pero escrita esta historia en lengua francesa, no todos podrían recrear su alma con tan santa y provechosa lectura, y la mayor parte de las señoras cristianas, de las madres de familia, carecían de la facilidad de estudiar el hermoso modelo de virtudes que en todas edades y en todos estados les ofreciera la vida de Santa Juana Francisca, siendo esto tanto más sensible, cuanto que en la época desgraciada que atravesamos, la educación moral y religiosa de la mujer está casi de todo punto descuidada, y sabida es la grande influencia que ejerce en la sociedad esta bella mitad del género humano.

Por otra parte, dedicadas nosotras á formar el corazón de la juventud que se nos confía, y tocando con el dedo la necesidad de una educación ilustrada y enérgica que á su tiempo pueda servir de fuerte dique al torrente de iniquidad que amenaza absorber el mundo todo, pensamos, y con razón, deber acceder á los santos deseos de un digno y celoso sacerdote que, desvelado por la salvación de las almas, y amantísimo devoto de nuestros Santos Fundadores, á quienes desea ver conocidos y venerados, pensaba sería un medio muy oportuno para la consecución de uno y otro objeto la traducción al idioma español de la vida de su tan amada Santa la Baronesa de Chantal, á que nos invitaba; pero la magnitud de la obra y laboriosos empleos intimidaban no poco á la que de entre nosotras debiera encargarse de este trabajo. Mas al fin habló la obediencia, y ante su dulce fuerza desaparecieron los obstáculos; y encomendando á muchas buenas almas el éxito de esta empresa, se empezó la tarea, que visiblemente bendijo Dios, verificándose rápidamente en sólo dieciséis meses. Sin embargo, poco ó nada habíamos adelantado; la obra vertida al castellano sólo debía servir para el interior de nuestra Casa, pues no siendo favorables las circunstancias, no era posible darla á la prensa.

Mas como los pensamientos de Dios no son los nuestros, ni existen obstáculos para la realización de sus designios, apenas habían pasado tres meses cuando el Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Santander, hoy dignísimo Obispo de León, el mismo que nos impulsara á la traducción, quiso se diese á luz pública esta preciosa Vida, haciendo gustoso este obsequio á mayor gloria de Dios y de su sierva Santa Juana Francisca, á fin de que nuestra católica España la rinda el culto más afectuoso.

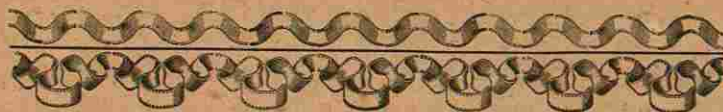
La que en el mundo era tan agradecida y liberal, es

preciso lo sea mucho más en el cielo; y es indudable que nuestra Santa Madre oirá los ruegos de la Visitación de España en favor de tan gran devoto de nuestros Santos Padres, y amigo tan sincero y afectuoso de sus hijas.

VV. CC. nos perdonarán los defectos de la traducción, mirando sólo á nuestra buena voluntad, que la deseaba perfecta. Atendiendo á su mayor exactitud, no hemos alterado en lo más mínimo las palabras de nuestros Santos Padres, que hemos traducido completamente literales.

Si conseguimos glorificar á Dios en su sierva y complacer á VV. CC., nada quedará que desear á su humilde, indigna Hermana y sierva de nuestro Señor, la *Superiora del segundo Monasterio de la Visitación de Santa María*.—D. S. B.

Madrid y Agosto, 21 de 1871, fiesta de nuestra Santa Madre y Fundadora, Juana Francisca Fremiot de Chantal.



CARTA DEL SR. OBISPO DE ORLEANS

AL SR. BOUGAUD

respecto á la segunda edición de su libro de la Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y de cómo se deben escribir las vidas de los Santos.

MI QUERIDO AMIGO:

No quiero que salga á luz la segunda edición de vuestro libro de la VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL, sin haberos dado públicamente las gracias por haber compuesto tan hermosa y bella obra.

Siempre me han gustado mucho las vidas de los Santos, y os confieso que son mis lecturas favoritas, y que después de la Santa Escritura no encuentro nada más agradable para mi espíritu, ni que más me dulcifique y encante. Verdaderamente creo que no puede haber cosa más útil para las almas. La mística doctora española, Santa Teresa, aconsejaba esta lectura á las almas piadosas, y sobre todo á las atribuladas; y, en efecto, no hay estado en la vida cristiana para el que no dé consuelo, luz y valor.

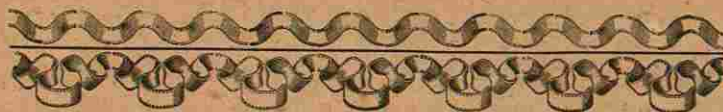
Nada, por otra parte, honra más á nuestra Santa Religión, que esta clase de libros, porque los Santos son la gloria de la Iglesia, y la historia de estas grandes almas, las mejores, más nobles, tiernas y fuertes que ha producido la humanidad, es por sí sola una admirable demostración del Cristianismo, y la más magnífica apo-

preciso lo sea mucho más en el cielo; y es indudable que nuestra Santa Madre oirá los ruegos de la Visitación de España en favor de tan gran devoto de nuestros Santos Padres, y amigo tan sincero y afectuoso de sus hijas.

VV. CC. nos perdonarán los defectos de la traducción, mirando sólo á nuestra buena voluntad, que la deseaba perfecta. Atendiendo á su mayor exactitud, no hemos alterado en lo más mínimo las palabras de nuestros Santos Padres, que hemos traducido completamente literales.

Si conseguimos glorificar á Dios en su sierva y complacer á VV. CC., nada quedará que desear á su humilde, indigna Hermana y sierva de nuestro Señor, la *Superiora del segundo Monasterio de la Visitación de Santa María*.—D. S. B.

Madrid y Agosto, 21 de 1871, fiesta de nuestra Santa Madre y Fundadora, Juana Francisca Fremiot de Chantal.



CARTA DEL SR. OBISPO DE ORLEANS

AL SR. BOUGAUD

respecto á la segunda edición de su libro de la Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y de cómo se deben escribir las vidas de los Santos.

MI QUERIDO AMIGO:

No quiero que salga á luz la segunda edición de vuestro libro de la VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL, sin haberos dado públicamente las gracias por haber compuesto tan hermosa y bella obra.

Siempre me han gustado mucho las vidas de los Santos, y os confieso que son mis lecturas favoritas, y que después de la Santa Escritura no encuentro nada más agradable para mi espíritu, ni que más me dulcifique y encante. Verdaderamente creo que no puede haber cosa más útil para las almas. La mística doctora española, Santa Teresa, aconsejaba esta lectura á las almas piadosas, y sobre todo á las atribuladas; y, en efecto, no hay estado en la vida cristiana para el que no dé consuelo, luz y valor.

Nada, por otra parte, honra más á nuestra Santa Religión, que esta clase de libros, porque los Santos son la gloria de la Iglesia, y la historia de estas grandes almas, las mejores, más nobles, tiernas y fuertes que ha producido la humanidad, es por sí sola una admirable demostración del Cristianismo, y la más magnífica apo-

logía de la piedad. Yo no veo nada más á propósito, no sólo para animar á las almas fervorosas y fortificar á las débiles, sino aun para volver á Dios y á la fe á las que por las desgracias de esta época irreligiosa abandonaron uno y otra.

Mas para que las vidas de los Santos tengan este poder y atractivo, no basta escribirlas con un estilo mediano y con los solos recursos de un talento vulgar y de un arte profano. Es preciso reunir un conjunto de cualidades, que confieso son difíciles de encontrar. Rara vez se hallan juntas la ciencia del verdadero hagiógrafo y el conocimiento de lo que constituye el interés propio y el encanto supremo de la vida de un Santo, porque es necesario trabajar asiduamente para conseguirlo.

Esta es la razón por la cual se encuentran tan pocas vidas de Santos escritas como deben estarlo.

Permitidme os diga mi opinión en este importante asunto, y los requisitos que creo necesarios para que la vida de un Santo sea tal, cual la puede desear un alma piadosa é ilustrada. La inclinación que siento á esta clase de obras, y lo poco bueno que desgraciadamente se encuentra en lo que respecta al estilo, interés y demás circunstancias que debieran llevar consigo, me han hecho reflexionar mucho sobre este asunto.

Las condiciones y cualidades que yo desearía, se resumen en lo que voy á deciros.

Yo quisiera, ante todo, un conocimiento exacto de lo que conviene para esta clase de materias, pero sobre todo, desearía se amase mucho al Santo de quien se escribe. Después de esto, un estudio profundo de su alma y de su vida, hecho sobre las fuentes y documentos contemporáneos, tomándose para esto el tiempo y trabajo necesario. Es preciso pintar al natural las luchas de esta alma y las victorias de la gracia sobre la naturaleza, y todo esto trazarlo con sencillez, verdad, nobleza, profunda penetración y vivos detalles, de tal modo, que se

retrate fielmente al Santo y á su época, cuidando siempre de que no desaparezca el héroe bajo el montón de hechos accesorios de la historia, sino que aparezca en primera línea. Hechos verídicos, auténticos, exactos, numerosos, pero agrupados con gusto y hábilmente dispuestos, con un orden juicioso que lo prepare é ilumine todo; en fin, un estilo sencillo, grave, tierno y penetrante. Esta es, sucintamente expresada, la idea que yo tengo del verdadero mérito y de las grandes dificultades que ofrece el escribir la vida de un Santo. Y esta es la razón de que pocas veces se encuentren en estos libros las cualidades que acabo de expresar, y que con gran gusto mío os digo, hallo en la Vida de la Santa Baronesa de Chantal, que habéis compuesto, y creedme, si ha gustado tanto y cada día gusta más, es porque habéis seguido el verdadero método, empleando todo el tiempo y cuidado necesario al efecto, por lo cual no dudo que esta segunda edición, que tan atenta y cuidadosamente habéis revisado y corregido, será perfecta.

En Annecy, en una peregrinación que hice á la cuna y sepulcro de San Francisco de Sales, fué donde vi por primera vez vuestro libro, en el Monasterio de las buenas religiosas de la Visitación, encontrándole por casualidad, y le abrí sin saber su mérito ni quién era el autor, arrastrado únicamente por la inclinación que siento por leer vidas de Santos. Le llevé conmigo á la montaña, y sus primeras páginas me encantaron, ó mejor diré, me admiraron, pues es tan raro encontrar una vida de un Santo escrita como se debe, que al abrir un libro de esta clase espero siempre el disgusto de confirmarme en la idea de lo poco que generalmente valen. Así es que, no teniendo entonces el gusto de conocerlos, como hoy, sentí al leerle una admiración involuntaria, que os aseguro no hizo perjuicio á mi encanto, y aun (permitidme os lo diga) me hizo amaros con tanta más

verdad, cuanto que he gozado en esta lectura, que prolongaba á propósito en mis correrías solitarias, de una cosa que pondré siempre en el número de mis mayores satisfacciones; quiero decir, el placer de hallar la vida de los Santos á mi gusto, encontrando una grande alma, y viviendo algún tiempo en su dulce intimidad por medio de quien supo hacerla revivir para mí.

Después he vuelto á leer esta vida con el lápiz en la mano, aumentándose con esta segunda lectura la favorable impresión que recibí en la primera. La he dado á leer á otras almas, y todas han encontrado, como yo, un encanto singular junto con un vivísimo interés y con la edificación más práctica y verídica en esta preciosa historia; porque realmente, en la vida de esta gran Santa es donde se encuentra en una serie de escenas las más bellas, variadas y tiernas, lo que dice el Apóstol: *Quaecumque vera, quaecumque sancta, quaecumque pudica, quaecumque justa, quaecumque amabilia.*

Durante un trabajo bastante largo, cuya tarea me había impuesto, entre otras muchas indignidades, ¿no leí que los Santos modernos tienen un aspecto mezquino, insignificante, limitado y frío? Por respuesta tienen aquí una Santa que ha vivido casi en nuestros días, abuela de la marquesa de Sevigné, tía de Bussy Rabutin, tía abuela de los señores de Toulangeón, que muchos conocemos hoy, en una palabra, una Santa que pertenece de mil modos á nuestra sociedad moderna. Y pregunto, ¿dónde encontraremos, aunque se busque en la mitad de la Edad Media y en los primeros siglos, una distinción más alta, una grandeza más constante, y un heroísmo más tierno? Niña aún, exhala todos los perfumes de la piedad, de la modestia y de la inocencia, y de sus tiernos labios se escapan acentos tan enérgicos y cristianos, que no tienen semejanza sino en la vida de los mayores Santos.

Ya joven, su valor se aumenta con sus deberes, y

sabe ser esposa, madre, ama de casa, señora del gran mundo y de la primera distinción, sin dejar por esto de ser Santa. Tan pronto entre el brillo y los placeres de una alta posición, como en las pruebas crueles de que ni los títulos ni la opulencia mundana pueden preservar, hace ver en todas ocasiones la magnanimidad y fortaleza de que es capaz una mujer cristiana.

Muy pronto viuda, por efecto de una repentina y terrible desgracia, retirada del mundo, encerrada en la soledad, educa á los cuatro hijos pequeños que su esposo la dejara, y rodeada de una multitud de pobres, á quienes ama como á miembros pacientes de Jesucristo, se la ve adelantar y progresar en la más alta perfección, elevándose, bajo la dirección del mayor Santo de esta época, á un valor y á unos sacrificios que nunca se han visto mayores.

Religiosa y fundadora de una Orden, une á la existencia más recogida y á la vida más contemplativa, la actividad más fuerte y fecunda. Funda ochenta monasterios, reforma una multitud de abadías y conventos y llena el mundo con sus cartas, obras y virtudes, y todo sin cesar de ocuparse de sus hijos, á quienes vigila, dirige y anima á que cumplan sus deberes antes y después de su matrimonio, con una dulzura de corazón incomparable.

Y lo que acaba de embellecer completamente todas las fases, todas las escenas de la santa y brillante existencia de la Baronesa de Chantal, es que en su grandeza está recopilada toda la que distinguiera al siglo XVII. A su alrededor se agrupan muchas almas elevadas y fuertes, sacadas del mundo por caminos diversos, pero admirables. Siguiéndola en sus correrías apostólicas para las varias fundaciones de su Orden, penetramos con nuestra Santa en el interior de las antiguas familias francesas, en casi todas las nobles ciudades de nuestras antiguas provincias, y aprendemos así á conocer en to-

dos sus detalles aquellas costumbres patriarcales, aquellas antiguas tradiciones, aquella vida tan austera de otros tiempos, y vemos de cerca á los padres de familia tan firmes é intrépidos, á las tiernas madres rodeadas de sus hijos, viviendo todos en dulce unión; admiramos aquellas municipalidades tan cristianas, con sus magistrados tan justos y rectos; en una palabra, á todas las autoridades tan deseosas del bien público, que aun en la misma oposición que se ven obligadas á hacer para defender sus derechos, se colocan en un orden noble y elevado. A nuestros ojos aparece también aquel inmenso movimiento de fe activa, que hace de la primera mitad del siglo XVII uno de esos raros momentos en que la Iglesia, descansando feliz, se parece á una tierna madre que, después de largos dolores, mira con amor y orgullo á sus pequeños hijos crecer á su lado, y goza algunos instantes de paz y consuelo, mientras se acercan las tempestades y luchas que son inevitables.

Pero á pesar de lo bellísima que es la vida exterior y pública de Santa Juana Francisca, no os habéis contentado con sólo esto, mi querido amigo, y quisisteis penetrar en su vida íntima, y os felicito por ello, porque allí es donde se encuentra el encanto más exquisito de la vida de los Santos. Gracias á vuestras profundas indagaciones, podemos ver año por año y día por día los progresos de nuestra Santa en la piedad, mortificación, dulzura, caridad con los pobres y unión con Dios. Podemos ver asimismo los obstáculos que tuvo que vencer y las tentaciones de tristeza y desaliento, que no pudieron detenerla en su carrera ni abatir su corazón.

Vemos, en fin, y esto es lo más precioso, los remedios y preservativos que para todos los casos la indica su grande y santo director, las prácticas de piedad que la aconseja y todas las admirables industrias con las cuales la consuela, fortifica y eleva, haciéndola subir de vir-

tud en virtud, de perfección en perfección, hasta conseguir el amor más sublime de Dios.

Esta es la razón de que inspire tanto interés vuestra VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA, y sea un libro en gran manera útil, un guía que puede ponerse en las manos de todas las mujeres cristianas, y en el que aprenderán con un ejemplo irrecusable, que es menester adelantar siempre en el camino que nos lleva á Dios, sin desanimarse jamás. En esta preciosa Vida verán los desmayos, los desalientos propios de nuestra débil naturaleza y las tristezas interiores que le son consiguientes; pero las verán también explicadas y consoladas por un Santo, superadas y vencidas por una Santa: dos enseñanzas, tan bella una como otra, y ambas necesarias á las almas en la época presente.

Os confieso que este es el primer atractivo que encontré en vuestra obra. El segundo es el número, la belleza, la variedad y la autenticidad incontestable de los documentos que lograsteis reunir. A la felicidad de haber encontrado un asunto incomparable, añadís el de renovarle y restaurarle por medio de descubrimientos importantes é inesperados. Causa admiración ver la multitud de documentos inéditos, desconocidos de los precedentes historiadores, que se hallan en vuestro libro, y permiten estudiar á nuestra Santa hasta en los menores detalles de su larga carrera, excitando siempre más y más el interés que inspira y la emoción continua que produce la lectura de sus páginas. Apasionado por la verdad, habéis tratado de reproducir fielmente y con la exactitud posible el modelo que teníais á la vista, persuadido, y con razón, de que seríais elocuente siendo verídico.

Son los Santos las obras maestras de la gracia; Dios deposita en ellos una celestial belleza, una elevación y grandeza que apaga todas las ficciones más hermosas de la imaginación, y así, el mejor medio para sentirse

movido y conmover á los lectores, es acercarse á los Santos, considerarlos despacio, durante largo tiempo, y retratarlos después. Siempre se altera su fisonomía cuando se la quiere embellecer con el artificio.

Un grande hombre decía al principio de este siglo: «Los Papas no tienen necesidad más que de la verdad.» Yo digo lo mismo: para agradar, enternecer, conmover y elevar las almas á Dios, no necesitan los Santos y sus historiadores más que la verdad; pero estos últimos deben penetrarse y saber expresar bien esta misma verdad. Desgraciadamente pocos lo alcanzan, y por esto digo que hay muy pocas vidas de Santos que estén escritas como deben estarlo. Yo creo que esto sucede porque muchos historiadores, falsos y fríos por carácter, miran de muy lejos al Santo de quien escriben, no le estudian á fondo ni en detalle, no le aman, y en consecuencia les falta celo y ardor para pintarlo. Le ven en general solamente, y no le buscan más que en su espíritu é imaginación. No suben á la fuente, á los monumentos primitivos, y se contentan con instrucciones de segunda ó tercera mano; no se apasionan por lo verdadero, ni tienen la severa conciencia que debe caracterizar al buen historiador, y lo peor de todo es que, con pretexto de que se espera su obra con impaciencia, se apresuran, no se toman el tiempo necesario, y escriben en seis meses lo que pediría algunos años. Las vidas de los Ilmos. Sres. Obispos Frayssinous y Quelen, honor del episcopado francés, escritas por un autor piadoso, cuya muerte ha sido sentida generalmente, adolecen de tal precipitación, que no se conoce á estos dos grandes hombres, y es muy de desear que otro historiador tome á su cargo presentar al público con más detención las virtudes y relevantes prendas de estos ilustres Prelados.

Pero es menester trabajar mucho para encontrar datos y noticias; no desanimarse por lo que hay que

esperar para alcanzar algún resultado; registrar bibliotecas y archivos empolvados; en una palabra, perseguir (digámoslo así) al Santo para encontrarle, oírle y verle tal cual era en los días de su vida mortal. Si los autores de vidas de Santos hiciesen todo esto, se conmovieran, admirarían y sentirían todo lo que se admiraron, conmovieron y sintieron los que tuvieron la dicha de ser contemporáneos de estos bienaventurados; y al leer estas santas historias se comprendería fácilmente que un sólo temor, un sólo sentimiento dominaba el corazón de los historiadores: el no saber expresar, revelar ni pintar á sus Santos, tales como en sus almas se aparecían y dibujaban.

Este y no otro es el verdadero método. Confieso que es arduo, porque exige mucho tiempo, trabajo, vigiliass, fatigas, viajes no pocas veces y, en fin, un largo y meditado estudio. Mas ¡felices mil veces los que no retroceden ante estas dificultades! porque ven á las claras las almas de los Santos, los aman y los hacen amar, manifestando toda la belleza del tesoro de gracias y virtudes que los adornaron.

Esto es lo que habéis hecho, querido amigo; todo lo habéis registrado y examinado; habéis visto y leído todo cuanto tiene ó pudo tener conexión con Santa Juana Francisca. No pareciéndoos suficiente Dijón, visitasteis á Bourbilly, Annecy, Thorens, Monthelon, todos los lugares en que habitó la Santa y donde pasó su vida, no perdonando trabajo ni fatiga para conocerla, comprenderla y respirar, por decirlo así, en la atmósfera de su alma, y ciertamente lo habéis conseguido, amigo mío. Y aun no contento con esto, quisisteis volver á buscar y restablecer la verdad del modo más seguro, y al efecto recogisteis todas las relaciones, apuntes y memorias escritas por los contemporáneos de la Santa, y el éxito de estas fatigas os debe lisonjear, porque habéis logrado conmover á vuestros lec-

tores. Y ¿cómo no, si nadie puede hablar de los Santos como los que los han conocido, tratado, vivido en su compañía largos años, contemplando sus virtudes y sintiendo su irresistible y dulce influencia? Sobre todo, las personas que han tenido la dicha de ser sus discípulos, sus amigos, de haber gozado de su íntima y dulce conversación, tienen un acento de verdad que ningún otro historiador puede poseer.

Así, las vidas de los Santos compuestas por sus discípulos, son generalmente encantadoras, citando entre otras la de San Vicente de Paúl, escrita por Abelly, y la de San Alfonso de Ligorio, por el P. Tannoia, las cuales tienen un mérito difícil de igualar y menos de sobrepasar, á pesar de ser un poco largas, porque en sus sencillas, sinceras y dulces páginas se retrata tan al vivo al Santo, que no se ve ni se piensa más que en su bella y grande alma.

Este perfume de verdad, piedad y sencillez, hace que no se tengan en cuenta los defectos de un estilo poco elegante, porque no se mira á otra cosa más que al Santo, el cual ocupa toda la atención.

No, lo repito; nada es comparable á los testimonios y testigos contemporáneos; y si estos testigos, como los vuestros, hablan ó escriben sin pensar en lo que el público puede juzgar, y únicamente para satisfacer á su corazón y á su piedad; si con estos sentimientos se presentan delante de la Iglesia ó de sus comisionados para dar sus declaraciones selladas con juramento, ¿quién no se siente enternecido y lleno de convicción, al escuchar el acento sublime de la verdad que revelan sus labios? Y si estos testigos vivieron en el siglo XVII, si pertenecieron á aquella gran sociedad, donde había tanta elevación en el espíritu, tanta exactitud, tan buen sentido y grandeza en las almas, y donde todo el mundo hablaba el hermoso lenguaje de la sinceridad, ¿no tendremos razón para decir: ¡oh! cuán-

tos encantos á la vez? Pues todos estos encantos realzan vuestra obra. Si; al leerla se olvidan que nos separan dos siglos de esta Santa, de esta alma verdaderamente heroica, y nos parece que la vamos á ver aparecer y conversar con nosotros.

Es menester decir aquí que es muy frecuente el aislar de tal modo al Santo de cuanto le rodea, que al leer su vida, no se sabe á qué época ni á qué clase de la sociedad pertenecía el Santo; si era antiguo ó moderno, contemporáneo de Enrique IV ó de San Luis. La crítica moderna nos ha enseñado otro método mejor y más amplio, que coloca al personaje de quien se escribe en medio del círculo donde vivió, agrupando á su alrededor los principales hechos de su siglo. Es de mucho interés una monografía escrita de este modo, pero también (preciso es confesarlo) tiene su escollo; además de que no toda persona puede tomarse por centro de una época, ni á todas las vidas puede aplicarse este método, corriéndose por esta causa el riesgo, cuando se trata de un Santo, de perder de vista el principal objeto de la historia, que es manifestar con exactitud su alma, su vida íntima, el móvil de sus acciones y la inspiración de sus virtudes.

Hay autores que estudian profundamente el asunto, que real y verdaderamente tienen mucho talento, instrucción, viveza y fuego; que aman al Santo, y procuran hacerle amar; pero que le ahogan bajo un montón de acontecimientos y detalles históricos, entre los cuales queda obscurecido. Se viaja de este modo, digámoslo así, por espacio de muchas páginas... y el Santo ¿dónde está? Es preciso buscarle... y no se le encuentra.

Sin duda son menester de cuando en cuando, en la vida de los Santos, algunas ideas generales, alguna mirada á la historia contemporánea, pero siempre con brevedad. El hacer desaparecer al Santo bajo la reunión de mil hechos colaterales de la historia profana, es

apartarse enteramente del fin propuesto, como sería, por ejemplo, escribiendo sobre uno de los Padres de la Iglesia, contar todo lo que en aquella época sucedió en el imperio romano. Este es el grande y común defecto de los hagiógrafos alemanes. Generalmente muy sabios, escriben sin atender más que á la erudición, y descuidan completamente al Santo. Todo cabe en sus libros; abusan de la ciencia, y muestran su ignorancia del verdadero arte hagiográfico. Es menester, ya lo hemos dicho; historia contemporánea en la vida de un Santo, pero con cierta medida; porque el Santo debe aparecer siempre en primera línea. Un pequeño resumen bien escrito da mucha luz sobre una vida, pero debe ilustrarla y no absorberla. Media página, á veces una sola palabra, bastan á un escritor que tiene aire y estilo para descubrir el horizonte y dibujar el cuadro; y por lo mismo os doy la enhorabuena, querido amigo, pues habéis sabido lograr esto de un modo admirable, y evitando excursiones superfluas en terreno extraño, escoger lo que verdaderamente interesaba á vuestro asunto, y todo con gusto y brevedad; y nos habéis llevado y tenido en la época y en la sociedad en que vivía Santa Juana Francisca, dejándola siempre, como era debido, en primer término.

Sobre todo, lo que los hagiógrafos debían comprender bien es que en la vida de los Santos se busca principalmente el bien y provecho del alma, y que, por consiguiente, importan poco las generalidades, y se desean detalles, porque éstos son los que nos edifican y nos hacen conocer de cerca á nuestros Santos. Así, pues, en cuanto á lo accesorio, mucha economía, pues podemos llamarlo como el marco del cuadro; pero en cuanto á los detalles, que forman la verdadera vida del Santo y son el fin del libro, debe haber extensión y libertad, porque ellos son los que nos manifiestan á los Santos viviendo y obrando según su carácter y la gracia que les

fué concedida, y de este modo se comprende lo más secreto y hermoso de su vida.

Fenelón, aquel grande hombre y grande maestro, dice con mucha razón y sabiduría, en su carta á la Academia: «Una circunstancia bien aprovechada, una palabra bien expresada, un hecho que indica el genio ó el carácter de un hombre, es un rasgo singular y precioso en la historia, porque os pone á la vista este hombre todo entero. Esto es lo que hicieron perfectamente Plutarco y Suetonio, y lo que se encuentra con gusto en el Cardenal de Ossat, que os hace creer que veis á Clemente VIII; que unas veces le habla con el corazón en la mano, y otras con la reserva más completa, etc., etcétera.» Pues ¿con cuánta más razón en la vida de un Santo, cuyo fin principal es retratar su alma, se deberá cuidar de recoger fielmente los menores rasgos que nos le hagan conocer?

Necesarios son, pues, detalles, hechos exactos, precisos, numerosos y contados en cuanto sea posible por los contemporáneos mismos, y sobre todo por amigos y discípulos del Santo, que habiéndole visto, tratado y querido, le recuerdan y hablan de él con una emoción penetrante que no se puede imitar; por lo cual es menester citarlos, y citarlos sin cesar, porque sus relaciones serán siempre preferibles al más elegante estilo del escritor más elocuente.

Detalles—repito,—pormenores, y sobre todo palabras, porque éstas son el eco de las almas. Dejad al Santo hablar por sí mismo á menudo, porque sin esto desaparece todo lo que le es personal y propio, y quedando sólo lo que es común á todos los Santos, y en lo que todos se parecen, se pierde la fisonomía particular y distinta de cada uno; no se conoce ni se ama á ninguno con preferencia; no resultando sino unas historias, si puedo definir las así, frías, pálidas, uniformes y empalagosas, que son más bien un esqueleto descarnado, que

la vida del Santo; relaciones frías y heladas, sin interés, sin sustancia, sin alma y sin vida.

Pero hay autores que ni saben ni quieren ceder á nadie la palabra, sin exceptuar al mismo Santo que describen, y queriendo dar á su narración la preferencia sobre todos los textos y sobre todas las citas, consiguen ocultar al Santo de tal modo, que no se le ve, oye ni entiende, sino siempre y solamente al escritor. Me atrevo á decir que esto es muy perjudicial para esta clase de libros, porque las palabras de los Santos son como diamantes y piedras preciosas colocadas en el rico tisú de la relación, y cuanto pueda decir y sacar de su imaginación el escritor más elocuente, no será comparable con ellas. Es preciso, sin embargo, no derramar estas piedras, colocándolas sin cuidado ni elección, poniéndolas sin orden y como á la casualidad, sino engastarlas preciosamente, y ponerlas su marco, que es lo que las hace aparecer con todo su brillo y valor.

Mas los detalles que pido han de ser verdaderos, no inexactos ni arbitrarios, ó inventados, como sucede en las novelas, en donde abundan, porque salen de la imaginación del novelista; y por cierto que en esta época vemos una cosa bien extraña y ridícula: bajo el especioso pretexto de que es menester hacer que las vidas de los Santos agraden á las gentes del mundo, algunas personas han creído que deberían escribirse en el estilo y forma de las novelas dramáticas, y con largos diálogos; y con efecto, de este modo se han escrito algunas vidas de Santos, y entre ellas la de nuestra Santa Juana Francisca.

Este método expone continuamente al escritor á atribuir al Santo sentimientos que nunca tuvo, palabras que no dijo jamás y, en fin, á sustituirse sin cesar á él; lo cual, digámoslo sin rebozo, es de todo punto detestable, y sería, si prevaleciese, verdadero azote de esta clase de literatura.

Ciertamente es menester que las personas del siglo encuentren atractivo en la vida de los Santos, pero para lograrlo es muy mal medio el de alterarlas y desfigurarlas. Yo creo que, para conseguir este objeto, sería mejor presentarlas con el encanto verdadero que les conviene. Ensáyese este medio y se verá que el atractivo real de esas bellas almas no es más que la verdad en toda su pureza y sencillez.

Se necesitan también hechos, fechas y una exacta cronología; porque no es indiferente saber qué edad tenía el Santo cuando practicó aquella virtud y cumplió tal acto de sacrificio y abnegación. La historia de un Santo, como cualquiera otra, carece de luz y deja siempre un vacío desagradable cuando no tiene cronología. De este defecto adolece la vida de San Francisco de Asís, escrita por M. Chavin de Malan, libro por lo demás, muy digno de aprecio.

Fenelón es admirable hablando sobre esto: «Sería menester — dice — pintar al Santo al natural; mostrar cuál ha sido en todas las edades, en todas las ocasiones y situaciones y en las principales circunstancias y ocurrencias de su vida.» Y persiguiendo después con ardiente crítica á los panegiristas poco inteligentes, que creen elogiar mejor al Santo con sus discursos que con la relación de su vida y hechos, añade: «Se le daría á conocer mucho mejor contando sus mismas acciones y palabras, que son pensamientos y dibujos de cabeza ó imaginación.» Y añade con su delicado y exquisito tacto: «Describiendo el curso de la vida, es menester detenerse principalmente en los lugares en que el carácter y la gracia se manifiestan mejor; pero es preciso hacerlo de modo que se deje algo á la observación del oyente. El mejor modo de alabar al Santo es contar sus laudables acciones; esto es lo que da cuerpo y fuerza á un elogio; lo que instruye y penetra.»

Hay un sentido muy delicado en estas palabras de

Fenelón: «Es menester dejar algo á la observación del oyente;» y nosotros lo aplicaremos mejor al lector. Los defectos en que incurren casi inevitablemente esos fogosos panegiristas, que no saben más que alabar á todo trance, consisten en que faltan á la dignidad y veracidad, y en que desfiguran completamente la imagen del Santo, queriendo adornarla. Esto es lo que ha sucedido con Santa Teresa. Esta doctora, que tiene una sencillez incomparable, ha sido adornada por uno de sus historiadores con una afectación tan ridícula, con un aire de pretensión, con un estilo tan buscado y estirado, tan poco circunspecto y tranquilo, con un modo de hablar tan ligero, y casi diré tan inmodesto y desatento, lleno de exclamaciones vehementes y, en fin, con tan falsos adornos por el afán de causar efecto, que no se conoce á esta Santa admirable, como sucede con el deplorable cuadro pintado por Gerard, que no ha sabido dar á esta noble y santa figura sino una expresión extravagante y mundana.

Del mismo modo otros mil pintores, tan faltos de gusto como de buen sentido cristiano, no comprenden el grave inconveniente que hay en pintar á la Santísima Virgen con aire elegante y lleno de pretensiones.

Pero escuchemos otra vez á Fenelón, que dice así:

«La historia pierde mucho cuando se la quiere adornar. Nada más digno de Cicerón que el siguiente juicio de los Comentarios de César: *Commentarios quosdam scripsit rerum suarum valde quidem probandos. Nudi enim sunt, recti et venusti, omni ornatu orationes, tanquam veste detracta. Sed dum voluit alios habere, parata, unde sumerent qui vellent scribere historiam, ineptis gratum fortasse fecit, qui volunt illa calamistris inurere, sanos quidem homines á scribendo deterruit.* Un espíritu ligero y superficial desprecia la historia desnuda; quiere vestirla, adornarla con bordaduras y rizos. Esto es un error *ineptis*. El hombre juicioso y de gusto delicado

do cree que nada es más hermoso que esta desnudez tan noble y majestuosa.»

Y ¿quién no conoce cuánto mejor pueden aplicarse estas palabras á la vida de los Santos que á la historia profana? ¡Cuán fuera de lugar están en estas vidas los vanos adornos y las pretensiones! ¡Qué bien parece la sencillez, la verdad, la gravedad noble y majestuosa, que tan justamente reclaman las historias de los Santos! ¡Y qué desagradable es esperar ver á un Santo y encontrarse con un escritor que se esfuerza en rebuscar frases con que acicalar y peinar, digámoslo así, á estas grandes figuras!

En cuanto á mí, lo confieso, me es sumamente desagradable verme engañado así. Lo que busco y debe buscarse apasionadamente en la vida de un Santo, es al mismo Santo, tal cual Dios le formó, su alma, su corazón, la unción de sus virtudes, el buen olor de Jesucristo que exhala y la belleza de sus obras y acciones. Si veo que un escritor se ocupa de otra cosa que del Santo y de la santidad; que no tiene ni la inteligencia ni el amor que necesita para describir sus virtudes; si me hace volver la atención constantemente hacia él mismo, á sus admiraciones ficticias, á su pretendido mérito en escribir, á la gracia de su estilo, y se mantiene perpetuamente en la frialdad y pequeñez de la declamación ó de un escrito acompasado, lleno de vanidad por acumular frases más ó menos bien traídas, confieso que me conmuevo é irrita, que desprecio tal arte, y que, cualquiera que sea, será siempre infinitamente pequeño y miserable, comparado con el verdadero y grande arte, esto es, con la sencillez, unción, encanto y elocuencia de un buen hagiógrafo.

Aun haré una pequeña observación respecto del estilo, que creo es de alguna importancia. No se suele pensar en lo fácil que es caer en un tono declamatorio sin conocerlo. Una frase en lugar de otra, tomar un

tiempo por otro como, por ejemplo, el presente en lugar del perfecto ó imperfecto, hace que el autor declame más bien que cuente. No digo, sin embargo, que no se emplee el presente, aun en una narración de lo pasado para hacer la relación más pronta y graciosa; pero el emplearle continuamente, como lo he visto en una vida que por otra parte tenía un mérito real, basta para convertir un libro en cansada y molesta declamación.

« El arte — ha dicho Fenelón — se desacredita algunas veces á sí mismo por manifestarse demasiado; » y esto es todavía mucho más exacto en la vida de los Santos que en otra cualquiera obra. Pero no por esto se ha de pensar que no cabe arte en la hagiografía, pues ésta, independientemente de las condiciones peculiares suyas, tiene también las propias de todo historiador, que consisten en la elección y disposición de los materiales, en lo discreto de la relación, en la armonía y buen arreglo de las partes y del todo, en la gracia para expresar, preparar y presentar los hechos, realzando los detalles y engastando, digámoslo así, estas condiciones como otras tantas perlas y joyas preciosas en la trama de una relación bien hecha. Si, por el contrario, no se ha sabido hacer más que amontonar materiales, enfilando hechos unos tras de otros, no se ha escrito una historia, sino un bosquejo amontonado: *rudis indigestaque moles*.

Tal vez penséis en este momento, querido amigo, que me he alejado mucho de la santa Baronesa de Chantal; pero os aseguro que no la he perdido de vista un solo instante. Las cualidades que pido y los defectos que señalo, me recuerdan constantemente vuestra obra, teniendo el mayor gusto en deciros que poseéis las primeras y evitasteis los segundos. Después de haber estudiado profundamente esta grande alma, la habéis retratado, no en un cortó diseño, sino en una grande y bella historia, en un cuadro completo en que

esta fecunda y rica vida se despliega toda entera. Nada hay en ella abreviado ni compendiado y, sin embargo, nada está recargado; todo tiene su conveniente desarrollo, armonioso y enérgico en sus detalles; cada hecho viene con el cortejo de las circunstancias que le preparan, explican y aclaran; la cronología siempre indicada, colocadas las cosas en su lugar con un orden natural y admirable, detalles abundantes sin superfluidades; en una palabra, relación sencilla, pura y corta, de suerte que no sé por qué felicitaros más, si por la severidad y sobriedad de vuestro gusto, ó por lo concluido y bien ahondado, como dicen los arqueólogos, de vuestra obra.

Nada os diré de vuestro estilo. Cuando un escritor se coloca en el punto de vista en que vos lo habéis hecho, y se penetra de una grande idea, habría de tener el gusto pervertido para no escribir bien. No habéis rebuscado frases. ¿Para qué las queríais? Habéis escrito con vuestra alma, sin observaciones inútiles, sin necias retóricas, sencilla, sobria y amorosamente. De este modo habéis logrado formar el precioso tejido que era necesario para las piedras preciosas, extraídas por vos de las obras de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, y que tanto brillan en vuestro libro con dulce y vivo resplandor. Por último, os diré, para concluir, lo que á mi ver es la condición fundamental de la hagiografía y la primera cualidad del hagiógrafo, y es lo siguiente: si habéis formado una historia completa de esta gran Santa, es porque en vuestro estudio sobre esta alma privilegiada no sólo la habéis fondeado, sino que lo habéis hecho movido, digámoslo así, é inspirado, y este es el verdadero modo de evitar que sea vana y fría la relación de una historia; en una palabra, habéis estudiado y escrito *con amore*, como dicen los italianos. Y esto es lo que generalmente falta á las vidas de los Santos, y por lo que valen tan poco;

están escritas *sin amor*. Y es cosa bien sabida que el pintor, el historiador por excelencia, es el amor. Para pintar, para contar, es menester no haber visto sólo con los ojos, sino con el corazón.

De los que no tienen este misterioso sentido, puede decirse: *tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen*.

La figura del Santo pasa á su vista en las antiguas crónicas, en los empolvados *in folio*; pero no la cojen á su paso, no la resucitan viva y verdadera á la mirada del alma, porque están desprovistos de esta segunda vista del corazón que nada puede suplir, y cuyo secreto conoce sólo el amor, el entusiasmado amor.

Y así como no ven, en realidad, por esa misteriosa adivinación del amor, al Santo cuya historia quieren narrar, del mismo modo les falta inspiración para retratarle. De aquí se sigue una frialdad inevitable. Si ellos no arden, ¿qué fuego podrán encender en sus lectores con sus frías narraciones? Ni aman, ni saben hacer amar; se leen sus obras sin sentirse conmovido ni apasionado. ¿Y por qué? Digamos la verdad, aunque sea algo dura: porque muy á menudo sucede que los escritores, más que del Santo y de sus virtudes, están enamorados de sí mismos y de su estilo. No quieren quedarse olvidados y lo hacen conocer en cada página. En una palabra, componen un libro, le llenan de frases, se miran y remiran en él como en un espejo, y mientras tanto va desapareciendo el Santo, se desvanace, y sólo queda un vano literato, en el que, como es consiguiente, no se ve ya la actitud, el acento, el continente del Santo, que desapareció junto con la luz, la llama, el color, el perfume y los rasgos sencillos que le caracterizaban.

Hay autores que dicen: voy á componer una vida hermosa de tal Santo, y es el modo de echarlo á perder; porque todo se pierde mirando este trabajo como una obra puramente literaria. No, no; para escribirla como

se debe, es preciso haberse sentido inspirado; es menester que haya habido un día en que el Santo se haya apoderado del alma, haciéndola sentir el irresistible atractivo de sus virtudes y la necesidad de hacer participar á los demás de vuestro amor y admiración.

Así es como ha escrito Montalembert la vida de Santa Isabel, y así ha sabido reproducir perfectamente la dulce y pura imagen de esta graciosa Santa, y millares de lectores han bendecido á Dios por tan precioso libro.

Pero al decir que es preciso escribir con amor la vida de los Santos, me apresuro, pues que aquí se presenta la ocasión, á manifestar que este amor no debe ser un amor arqueológico; más claro, que no debe amarse al Santo como se ama la arqueología, y que si bien es menester dar á su vida el tinte, el colorido propio de su época, es preciso no tomarla como materia de estudio para el anticuario y erudito, y con preocupaciones de vano aficionado, pararse en lo exterior y superficial del asunto, sin penetrar hasta el fondo, punto de vista falso que coloca la santidad donde no está, sustituyéndola una pretendida estética, por no comprender que la belleza real de todas las cosas es la completa verdad. Esto es hacer perder de vista al Santo; es decir, su alma, su santidad, su vida íntima, por gustar demasiado de la poesía del asunto.

La hagiografía alemana adolece mucho de este defecto, así como varios escritores franceses que, puerilmente entusiastas de la Edad Media la ven toda entera en las catedrales góticas ó en las *leyendas de oro*, en lugar de mirarla en su fondo, en su espíritu y en sus verdaderas costumbres. Se cree haber hecho maravillas cuando se ha descrito, no el hombre ni su alma, sino la forma del vestido, y cuando se han engastado en un estilo poco antiguo algunas viejas y disparatadas locuciones. Estilo poco profundo, vanísima tinta local, y, por otra parte, ausencia total de verdad y sentimien-

to; ningún conocimiento de la virtud cristiana y de la santidad, ningún amor al Santo; he aquí lo que encierran tales libros (1).

Escribir con amor es escribir con piedad; es decir, con el corazón lleno de amor de Dios y del prójimo; con el conocimiento de las cosas de Dios y el respeto de un corazón cristiano, que venera los misterios de la vida sobrenatural. En efecto; la vida de un Santo no es una biografía ordinaria, es una serie de acontecimientos de un orden superior. La parte más íntima y fecunda, el grande encanto y supremo interés que inspiran estas vidas, se debe á esas relaciones con Dios, á esa conversación con el cielo, á esas operaciones tan delicadas de la gracia, á ese exquisito perfume de las virtudes evangélicas, á ese buen olor, en fin, de Jesucristo, que todas esas cosas exhalan deliciosamente. Es evidente que el que no conoce ni tiene idea de estas cosas no se colocará nunca en su verdadero punto de vista, ni tendrá esa inspiración revelada, digámoslo así, de la vida que quiere escribir. En realidad, el perfecto historiador de un Santo, debería ser otro Santo; pero ya que esto no se verifique, es preciso al menos que el historiador tenga conocimiento de la santidad, y escriba con verdadera piedad.

(1) Fenelón ha expuesto sobre esto los verdaderos principios con su juicio y precisión acostumbrados.

«El buen historiador—dice—no omite ningún hecho que pueda servir para pintar á los hombres grandes y descubrir las causas de los acontecimientos, pero deja á un lado toda disertación que sólo tenga por objeto manifestar la erudición del sabio. El hombre que gusta de ser tenido por más sabio que historiador, y que tiene más crítica que verdadero genio, no economiza á su lector ninguna fecha, ninguna circunstancia, aunque sea superflua, ningún hecho, por más que sea estéril y seco; sigue su gusto, y no consulta el del público, creyendo que todo el mundo es tan curioso como él, y gusta de esas minuciosidades que él busca con afán. Por el contrario, un historiador discreto, sobrio y juicioso no entretiene á sus lectores con hechos que no sirven para enterarle de nada importante y útil.»

En una palabra, sin saber lo que es la vida santa, no se puede escribir la vida de un Santo, y generalmente hablando, la vida santa no se conoce sino á proporción que se aman, veneran y admiran las virtudes de los Santos.

Uno de los grandes atractivos que tiene vuestra VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA, es que, al leerla, aspira uno la atmósfera de la santidad, y se encuentra, digámoslo así, nadando en las aguas purísimas del Cristianismo. No es esto decir que nos transportéis fuera de este mundo y de las luchas y tentaciones de la vida humana, como lo hacen muy á menudo los hagiógrafos, que adolecen de la manía de representarnos á los Santos tan despojados de todo lo humano, que es preciso preguntar si verdaderamente sus héroes son hombres, hijos de Adán, seres, en una palabra, de carne y hueso como nosotros. No; creedme, el gran interés que inspira vuestro libro le debe á su verdad, que nos demuestra con sencillez que lo sobrenatural de la vida de la Santa Baronesa de Chantal no absorbe lo natural y legítimo. Se ve alternativamente á la mujer, á la hija, á la esposa, á la madre y á la viuda luchando entre la naturaleza y la gracia, y haciendo siempre nuevos y grandes progresos en todas las virtudes.

No he agotado, os lo confieso, cuanto se podría decir sobre este importantísimo asunto; pero queriendo y debiendo acabar resumiendo todas las condiciones generales especiales que exigen los libros de que hablamos, diré que á la hagiografía, como á la historia, pueden aplicarse estas palabras del Sr. Villemain: «Si se consideran una por una las cualidades de toda clase, así de entendimiento como de estilo, que exigen estos escritos, sobra motivo para espantarse.» Pero si es una difícilísima tarea, también es grande y hermosa empresa la de trabajar larga y animosamente para conocer á fondo el alma y la vida de un Santo, y describir esta alma y esta

vida en una grande historia con toda su verdad, atractivo y belleza, desenvolviendo todos sus detalles con un orden claro y luminoso, en una narración rápida, tierna y afectuosa, científica sin duda, pero más piadosa y llena de unción que de ciencia, sin sustituir nunca la erudición al amor; con arte y con los adornos del estilo, pero no perdiendo en ningún caso (y este es el verdadero arte, el perfecto estilo) la sencillez, la gravedad y la verdad. Os felicito, pues, amigo mío, por haberlo procurado así en la vida que habéis escrito, y aún más por haberlo conseguido.

¡Oh, quién nos dará verdaderos historiadores de nuestros Santos! ¡Cuánto he deseado ver establecida entre nosotros una grande escuela de hagiografía, una asociación de escritores católicos, religiosos ó seculares, que se dedicasen á escribir como se debe las vidas de los Santos, haciendo conocer y amar verdaderamente á estas grandes almas, resplandecientes de santidad! Creo que esta escuela se comienza á formar; los caminos están abiertos, el método se conoce, y los defectos, así como las buenas cualidades de nuestros antepasados, son los guías que nos enseñarán todas las sendas seguras y buenas. Ya han visto la luz pública algunas excelentes vidas de Santos, y á pesar de una verdadera penuria en este género, no estamos, sin embargo, desprovistos enteramente de estas preciosas obras. El siglo XVII poseía ya importantes trabajos hagiográficos, aunque las vidas que nos han dejado los escritores de aquella época estén muy lejos de carecer de faltas. Tillemont es un modelo de ciencia vasta, detallada, escrupulosa, minuciosa, pero seca y árida. Mr. Hermant tuvo el excelente pensamiento de escribir las grandes vidas de San Crisóstomo, de San Ambrosio y de la mayor parte de los grandes Doctores de la Iglesia; pero es frío, difuso, flojo, y se ahoga en un flujo de frases inútiles. Fleury, al contrario, en los primeros volúmenes de su historia ecle-

siástica, ha trazado rápidamente, y como un hombre superior, las vidas de grandes anacoretas, Doctores y Obispos. Del mismo modo en el siglo XVII, el autor anónimo de la vida de Dom Bartolomé de los Mártires, hizo una obra tan excelente que puede llamarse magistral. ¿Quién no conoce la excelente vida de San Vicente de Paúl, por Abelly, que fué discípulo suyo y Obispo de Rhodéz? El estilo es tal vez un poco antiguo, pero ¡cuán lleno está de unción, y qué profundo, firme, substancial y recogido es! En cuanto á vos, amigo mío, teniais un excelente modelo en la vida de Santa Juana Francisca, escrita por la Madre de Chaugi, pero temible al mismo tiempo por su perfección; felizmente habéis sabido coger su aire, y como la flor de su relación, enriqueciéndoos, por otra parte, con esa multitud de documentos contemporáneos que no pudo utilizar la venerable hija de Santa Juana Francisca.

En cuanto al siglo XVIII, poca cosa ofrece en estas materias; si se exceptúan las biografías del Abate Prayat, excelentes entre las medianías.

Pero en el siglo XIX se levanta la ciencia hagiográfica, y aparecen algunas bellas monografías de Santos. Las vidas de Santa Teresa y de Madama Acaria, escritas por el Abate Boucher, Cura de San Mery, son obras de superior mérito. El Cardenal de Bausset ha escrito una vida de Fenelón, que nadie se atreverá á competir con él escribiendo otra. Después, ya más cerca de nosotros, Mr. de Montalembert, ya lo he dicho, ha sabido dar á su vida de Santa Isabel de Hungría un tono encantador de sencillez, verdad y fe, que ha hecho entrar á la hagiografía en un camino nuevo y ameno. Y los dos bellísimos volúmenes que ha publicado ya sobre los monjes (1), no tienen más que un defecto: esperar aún los otros volúmenes, que el público conmigo le pide con

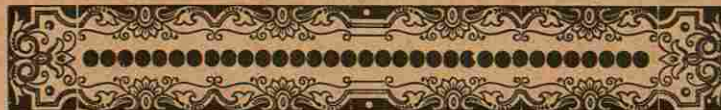
(1) Alude á la obra *Los Monjes de Occidente*, de Montalembert.

instancia. El P. Lacordaire le ha seguido con mérito sin igual, en su hermosa vida de Santo Domingo. Menos feliz en su vida de Santa Catalina de Sena, el Sr. Chavín de Malan, tiene un verdadero mérito en la de San Francisco de Asís. La vida de Mr. Olier, por Mr. Faillón, es una grande obra; y entre nuestras excelentes monografías, citaré también la vida de San Francisco de Sales, por el Sr. Cura de San Sulpicio, y la importante vida del Sr. de Emery, aunque, á mi parecer, está demasiado abreviada, y las citas creo debieran ser más numerosas. Podría indicar también el serio trabajo hecho en nuestro tiempo sobre San Agustín, San Crisóstomo, el Cardenal de Cheverus, el venerable Holhauser, el Cura de Ars, y otros Santos é ilustres personajes. La historia de la Trapa, por el Sr. Gaillardin, es una de nuestras buenas obras: las dos hermosas y austeras figuras del Abad de Rancé y de D. Agustín de Lestrangle, están llenas de vida y verdad. Pero concluyo, porque no puedo enumerarlo todo aquí.

Vuestra historia de Santa Juana Francisca, querido amigo, está destinada á ocupar un lugar entre las mejores obras de esta clase; y si el deseo de glorificar á Dios, honrar á la Iglesia y ser útil á las almas, haciendo conocer y amar á una Santa tan grande como la fundadora de la Visitación, ha sido el fin de vuestro trabajo, podéis estar seguro de haberlo conseguido.

✠ FÉLIX, Obispo de Orleans.

ORLEANS, 15 de Mayo de 1863.



Prólogo de la segunda edición.

ENTRE las obras del espíritu humano, creo hay pocas que tengan más atractivo y procuren al alma tan profunda y pura alegría como la composición de la vida de un Santo.

En esta obra todo es hermoso y no se encuentran más que perlas. En cada página abundan las palabras elevadas, los sentimientos delicados, los actos sublimes. Las mismas faltas tienen su belleza, porque están llenas de lágrimas y exhalan el suave perfume del arrepentimiento y dolor.

Ninguna de las acciones de los Santos, aun las más indiferentes, deja de tener su encanto y su luz. Cuando San Francisco de Sales iba á Belley á visitar á su amigo el Ilmo. Sr. de Camús, éste tenía gusto singular en mirarle en silencio por unos agujeritos que, expresamente para ello, había hecho en la puerta de su cuarto. Le veía ir, volver, leer, escribir una carta, con tal modestia, tan sostenida severidad y tan continuada elevación y presencia de Dios, que sus ojos se llenaban de lágrimas. Tal es la impresión que se recibe estudiando la vida de los Santos, aun en sus más pequeños detalles. Verdaderamente, su lectura ó su composición es un raptó continuo.

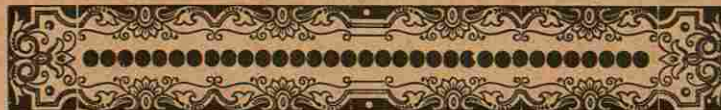
Si de los hechos nos remontamos á los monumentos

instancia. El P. Lacordaire le ha seguido con mérito sin igual, en su hermosa vida de Santo Domingo. Menos feliz en su vida de Santa Catalina de Sena, el Sr. Chavín de Malan, tiene un verdadero mérito en la de San Francisco de Asís. La vida de Mr. Olier, por Mr. Faillón, es una grande obra; y entre nuestras excelentes monografías, citaré también la vida de San Francisco de Sales, por el Sr. Cura de San Sulpicio, y la importante vida del Sr. de Emery, aunque, á mi parecer, está demasiado abreviada, y las citas creo debieran ser más numerosas. Podría indicar también el serio trabajo hecho en nuestro tiempo sobre San Agustín, San Crisóstomo, el Cardenal de Cheverus, el venerable Holhauser, el Cura de Ars, y otros Santos é ilustres personajes. La historia de la Trapa, por el Sr. Gaillardin, es una de nuestras buenas obras: las dos hermosas y austeras figuras del Abad de Rancé y de D. Agustín de Lestrange, están llenas de vida y verdad. Pero concluyo, porque no puedo enumerarlo todo aquí.

Vuestra historia de Santa Juana Francisca, querido amigo, está destinada á ocupar un lugar entre las mejores obras de esta clase; y si el deseo de glorificar á Dios, honrar á la Iglesia y ser útil á las almas, haciendo conocer y amar á una Santa tan grande como la fundadora de la Visitación, ha sido el fin de vuestro trabajo, podéis estar seguro de haberlo conseguido.

✠ FÉLIX, Obispo de Orleans.

ORLEANS, 15 de Mayo de 1863.



Prólogo de la segunda edición.

ENTRE las obras del espíritu humano, creo hay pocas que tengan más atractivo y procuren al alma tan profunda y pura alegría como la composición de la vida de un Santo.

En esta obra todo es hermoso y no se encuentran más que perlas. En cada página abundan las palabras elevadas, los sentimientos delicados, los actos sublimes. Las mismas faltas tienen su belleza, porque están llenas de lágrimas y exhalan el suave perfume del arrepentimiento y dolor.

Ninguna de las acciones de los Santos, aun las más indiferentes, deja de tener su encanto y su luz. Cuando San Francisco de Sales iba á Belley á visitar á su amigo el Ilmo. Sr. de Camús, éste tenía gusto singular en mirarle en silencio por unos agujeritos que, expresamente para ello, había hecho en la puerta de su cuarto. Le veía ir, volver, leer, escribir una carta, con tal modestia, tan sostenida severidad y tan continuada elevación y presencia de Dios, que sus ojos se llenaban de lágrimas. Tal es la impresión que se recibe estudiando la vida de los Santos, aun en sus más pequeños detalles. Verdaderamente, su lectura ó su composición es un raptó continuo.

Si de los hechos nos remontamos á los monumentos

que los contienen, nuevos motivos de placer. Aquellos antiguos manuscritos que los Santos han tocado, aquellos renglones escritos por sus manos, aquellas cartas cuyos sobres y sellos se conservan, son reliquias vivas que se besan con respeto, perfuman los labios y embalsaman el corazón.

Y ¡qué delicia siente el alma visitando los lugares en que vivieron los Santos! Generalmente no hay más que ruinas; pero ¡qué elocuentes son estas ruinas! Entre ellas se aspira con la atmósfera el gran espíritu que á los Santos animara. Algunas veces se ven aún en pie sus casas: ¡qué dicha! Aquí oraba el Bienaventurado; allí consolaba á los desgraciados; éste es el lugar donde servía á los pobres de Jesucristo. ¡Oh, qué dulces recuerdos!

De este modo se compone la historia de un Santo, y cuando se concluye, ¡oh, qué nueva alegría! Se deja la pluma y el alma se siente llena de una paz profunda; se piensa y se dice: concluí mi obra; sea ahora lo que Dios quiera. Que sea alabada, criticada ú olvidada, ¿qué importa? Por lo menos no servirá para escandalizar ni corromper á nadie. No desanimará á nadie; no marchitará ningún corazón; y en mi hora suprema ningún cuidado, ningún remordimiento excitará en mí su recuerdo. ¡Qué felicidad, sobre todo en esta época!

Mientras tanto, el libro sale á luz... este libro dulcísimo, por tantos años soñado, en el cual se hubiera deseado poner todo el corazón, que debía estar lleno de tan bellos pensamientos... Sin duda no es como se deseaba. Porque, ¿quién realizó nunca su sueño dorado? No obstante, el libro corre, vuela y, digámoslo así, anda solo. El gran nombre del Santo le rodea; la gloria de que goza la Santa le protege y le abre camino. Pronto se ven personas que le han leído y son mejores; almas mundanas que, después de esta lectura, encuentran el mundo menos seductor; corazones puros que se

hicieron más puros; también hizo correr lágrimas, pero ¡qué lágrimas! las de la admiración, del sentimiento, del dolor, del amor divino. ¡Oh, bellas lágrimas! ¡Oh, qué felicidad tan dulce y verdadera!

Mas no es esto todo; ese Santo á quien amáis, esa Santa que os encanta, tienen almas que los aman tanto y más que vos, y que los amaron antes que vos, pero que, ansiosas de la gloria de estos Bienaventurados, quisieran más belleza en vuestra obra; desearían quitar y borrar sus menores faltas y estampar lo que ni vuestro talento ni vuestro corazón supieron hallar.

Existen piadosos seglares, señoras del mundo, más grandes aún por su virtud que por su nobleza, que leyendo la vida de nuestra Santa Juana Francisca, han creído un deber de devoción con esta heroína el indicarnos algunas delicadezas de estilo y sentimiento, cuyo secreto posee tan perfectamente este sexo cuando su corazón es puro y piadoso.

Hay religiosas que en los intermedios del canto de los Oficios han pasado largas horas compulsando todos sus antiguos manuscritos, para rectificar una fecha y la ortografía de un nombre propio, completar una noticia, aclarar un punto, etc.

Hay también sacerdotes que, en medio de sus faenas apostólicas, refrescando y recreando su alma con la contemplación de nuestra gran Santa, han señalado cuidadosamente al margen todo lo que les parecía deber llamar la atención, y me han enviado su ejemplar anotado; á mí, á quien no conocían, que ni me habían visto jamás, y que es muy posible no me conozcan nunca.

¿Y por qué no he de nombrar aquí con todo el respeto y reconocimiento que la debo á la piadosa y apostólica comunidad de sacerdotes de la parroquia de San Sulpicio de París, la cual preside el dignísimo Sr. Hamón, autor de la *Vida de San Francisco de Sales*? Por espacio de más de un año, la historia aún inédita de San-

ta Juana Francisca Fremiot de Chantal ha sido leída por todos los sacerdotes reunidos, no habiéndonos vuelto el manuscrito sino después de haber cubierto el margen con preciosas censuras. Si algo podía valer la primera edición, á esto lo debo.

Prelados dignísimos, llenos de fatigas con el inmenso trabajo que hoy pesa sobre un Obispo, no se han desdénado de dar una atenta mirada á esta obra, enviándonos después observaciones y notas preciosísimas que no merecía nuestro humilde trabajo, y que por lo tanto recibíamos como un homenaje de amor y respeto á nuestra Santa bendita.

Y aquí no podría callar aunque quisiera. El grande y elocuente Obispo (1) que Santa Juana Francisca me ha hecho la gracia de conocer, después de haber dado á sus cansados ojos el trabajo de leer esta historia, ha querido tener la excesiva bondad de volver á leer esta segunda edición, á pesar de las molestias que abruma su vida, y si los aficionados notan en ella elevación, gravedad, belleza de pensamientos y sentimientos que no tenía la primera, ya saben á quién se le debe este mérito.

Tampoco me es posible olvidar en mi agradecimiento al amable, sabio y piadoso Cardenal Pitra, á quien me dió el Señor por maestro en mi juventud, y que jamás me ha negado sus consejos ni su corazón, dándome una prueba de lo último en la bondad con que se ha dignado presentar por sí mismo al público mi VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA, contribuyendo con esto en mucha parte á su feliz éxito.

Con tan afectuosos y útiles medios se preparó y arregló esta segunda edición.

La respetable Madre Superiora del monasterio de Annecy, escribiendo una circular á toda la Orden de la

(1) Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans.

Visitación, decía: «Pensamos proporcionaros un placer muy grato, dándoos la noticia consoladora de que cada día se aumenta el número de los fieles que vienen á visitar los sepulcros de nuestros Santos Padres. Los preciosos restos de nuestra Bienaventurada Madre han sido este año muy particularmente reverenciados; en el mes de Agosto próximo pasado, muchas personas, sacerdotes y seglares, han venido de bastante distancia para celebrar su fiesta, cosa que antes no había sucedido, y que se debe á la lectura de la nueva Vida de nuestra Santa Madre, que acaba de publicar el Vicario general de Orleans, Sr. Bougaud. Mucho sentíamos ver á nuestra Santa Madre tan poco conocida y reverenciada; por lo mismo estamos sumamente reconocidas á este señor, que tan felizmente ha emprendido y conseguido propagar su culto.» (1)

La venerable Madre Superiora de Avignon, escribiendo también á toda la Orden, se expresa así: «Mi corazón tiene necesidad de manifestar á VV. CC. la gran satisfacción con que he leído la Vida de nuestra Santa Madre de Chantal, publicada por el Sr. Bougaud, Vicario general del Ilmo. Sr. Obispo de Orleans, y cuyo mérito es sobre todo elogio. Este es el dictamen de muchas personas piadosas y recomendables por su ciencia y virtud, que nos han hablado de esta obra. Existían en el mundo algunas prevenciones contra nuestra Santa Fundadora, cuyo carácter y virtudes se desconocían. Esta obra ha disipado todas las sombras, haciendo justicia á esta gran Sierva de Dios: la prueba evidente de esto es el aumento de devoción á nuestra Santa Madre, que se manifiesta en las oraciones y novenas que se le hacen todos los días.» (2)

(1) Circular de la Madre María Justina Mangny, Superiora del primer monasterio de Annecy, 21 de Mayo de 1862. Annecy, en 4º, imprenta de Burdet.

(2) Circular de la Madre Rosa Agustina Marcel, Superiora de

¿Por qué negar que estas palabras han llegado hasta mi corazón? Llevar las almas al sepulcro de los Santos, es llevarlas á conocer claramente el puro y santo amor. Aumentar en las almas la devoción á los Santos, es abrir el manantial de todos los sentimientos más elevados, fecundos y heroicos.

Mucha felicidad y satisfacción nos daría el que esta segunda edición tuviese igual resultado.

Orleans, domingo de Ramos de 1863.—*Em. Bougaud*,
Vicario general de Orleans.

Avignon, 27 de Noviembre de 1862. Avignon, imprenta de Aubanel, hermanos.



Prólogo de la primera edición.

LA Orden de la Visitación posee aun hoy día preciosos manuscritos relativos á su fundadora Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal (1), compuestos en vida de la Santa, mas secretamente y sin noticia suya, y que esparcidos en el siglo XVII por todos los monasterios de la Orden, parecia que nunca habían de salir á luz, y han permanecido, en efecto, hasta el presente inéditos y casi desconocidos. Aunque hacia muchos años tenía yo las más intimas relaciones con uno de los principales monasterios de la Visitación (2), sólo por casualidad, y cuando menos lo pensaba, llegaron á mis manos estos estimables manuscritos, cuya lectura me encantó. Observé en ellos un encanto incomparable de pensamiento y estilo, junto con tan profunda admiración de las virtudes de la Santa, y una relación tan tierna y afectuosa, que

(1) Este es el nombre completo y auténtico de nuestra Santa, con el que la conoce y honra la Iglesia, y el único que puede dársele en las oraciones de la liturgia. Pero así como los teólogos llaman San Ligorio á San Alfonso María de Ligorio, así Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal es generalmente conocida con el de Santa Chantal, y muchos no la conocen con otro nombre. (*Nota del autor.*)

La razón de esto, es que á las mujeres casadas no se les nombra en Francia sino por el apellido de su esposo. (*Nota de la traductora.*)

(2) El de Dijón.

¿Por qué negar que estas palabras han llegado hasta mi corazón? Llevar las almas al sepulcro de los Santos, es llevarlas á conocer claramente el puro y santo amor. Aumentar en las almas la devoción á los Santos, es abrir el manantial de todos los sentimientos más elevados, fecundos y heroicos.

Mucha felicidad y satisfacción nos daría el que esta segunda edición tuviese igual resultado.

Orleans, domingo de Ramos de 1863.—*Em. Bougaud*,
Vicario general de Orleans.

Avignon, 27 de Noviembre de 1862. Avignon, imprenta de Aubanel, hermanos.



Prólogo de la primera edición.

LA Orden de la Visitación posee aun hoy día preciosos manuscritos relativos á su fundadora Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal (1), compuestos en vida de la Santa, mas secretamente y sin noticia suya, y que esparcidos en el siglo XVII por todos los monasterios de la Orden, parecia que nunca habían de salir á luz, y han permanecido, en efecto, hasta el presente inéditos y casi desconocidos. Aunque hacia muchos años tenía yo las más intimas relaciones con uno de los principales monasterios de la Visitación (2), sólo por casualidad, y cuando menos lo pensaba, llegaron á mis manos estos estimables manuscritos, cuya lectura me encantó. Observé en ellos un encanto incomparable de pensamiento y estilo, junto con tan profunda admiración de las virtudes de la Santa, y una relación tan tierna y afectuosa, que

(1) Este es el nombre completo y auténtico de nuestra Santa, con el que la conoce y honra la Iglesia, y el único que puede dársele en las oraciones de la liturgia. Pero así como los teólogos llaman San Ligorio á San Alfonso María de Ligorio, así Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal es generalmente conocida con el de Santa Chantal, y muchos no la conocen con otro nombre. (*Nota del autor.*)

La razón de esto, es que á las mujeres casadas no se les nombra en Francia sino por el apellido de su esposo. (*Nota de la traductora.*)

(2) El de Dijón.

hacia ver claramente que no era producto de la memoria, sino del corazón. Se contaban rasgos tan heroicos, las palabras que se ponían en sus labios eran tan bellas, todo cuanto se decía de esta heroína llevaba consigo un carácter tan elevado y tan sostenido, tan rara unción de ternura y fortaleza, de energía y amor, que senti vivísimos deseos de leer su vida, y tomé la que en el siglo XVIII escribió el abate Marsollier (1), pero al leer los primeros renglones quedé asombrado y afligido.

No acuso por esto al abate Marsollier. Escribía en un siglo desgraciado, el cual, entre otros males, adolecía del de no comprender nada de la vida de los Santos, y queriendo escribir la de Santa Juana Francisca, creyó que para que la recibiese un siglo que no tenía nociones de nada grande y heroico, era menester rebajarla y vulgarizarla. Con esta idea omitió indagaciones de toda clase, y no recurrió á las fuentes, perdiendo así todo el perfume de las antiguas edades, y no quedándole otra cosa sino frías y falsas amplificaciones, con largas y filosóficas disertaciones. Esta es en compendio la vida de Santa Juana Francisca, escrita por el abate Marsollier. Así, cuando cansado, y aun diré indignado, cerré el libro y tomé de nuevo los antiguos manuscritos, me pareció subir de una tierra baja, desierta y estéril, á una de esas hermosas montañas donde el aire, la luz, los inmensos horizontes y las altas cimas llenan el alma de elevación, de paz y de entusiasmo. Dejé, pues, el libro de Marsollier para no abrirle ya nunca, y buscando una Vida de la Venerable Madre de Chantal, tomé las Memorias de la Madre de Chaugy (2), y en

(1) La Vida de la Venerable Madre de Chantal, fundadora, primera religiosa y primera Superiora de la Orden de la Visitación de Santa María, por el abate Marsollier, canónigo y antiguo preboste de la iglesia catedral de Uzès: 2 tomos en 12.º; París, 1717. Marsollier, el más infiel de los biógrafos, dice Mr. Hamón, y lo prueba. (Vida de San Francisco de Sales, 3.ª edición, prólogo.)

(2) Memorias sobre la vida y virtudes de Santa Juana Francisca de

ellas encontré el encanto que había perdido. Se ve en ella una gran Santa, pero no está completa: la religiosa es incomparable; pero la esposa, la señora del mundo, la madre, la madre sobre todo, ¿dónde está? Estos pequeños hijos, tan amados, y después ¡ay! tan llorados, ¿qué es de ellos? Yo los buscaba y no los encontraba, y lo que más me admiraba, es que la misma fundadora casi estaba lejos de estas Memorias, donde apenas aparecía. Había en estas páginas, selladas con tanto encanto, una Santa de un temple singular, formada para obrar, y que no obraba. Estuve mucho tiempo sin penetrar este misterio, pero al fin le descubrí.

Cuando la Venerable Madre de Chantal tomó por secretaria á la joven Hermana de Chaugy, la encargó recogiese y pusiese en orden la historia de las fundaciones de todos los monasterios; pero con su profunda y ordinaria humildad no quería que se hablase de su persona: no era posible dejar de nombrarla, y decir que en tal día había llegado á tal y tal parte, ciudad ó villa, con tales y tales Hermanas; mas esto era lo único que con gran trabajo permitía. De las ardientes palabras que se le escapaban, de los actos de fe, celo y amor de Dios que marcaban sus pasos, no se podía hablar, porque nada toleraba en esta materia; y si la Hermana de Chaugy se descuidaba alguna vez y dejaba que su pluma consignase alguna palabra en que se trasluciese la virtud de su Santa Madre, era llamada por ésta, que leía con cuidado cuanto escribía, en su celda, donde la hacía arrodillarse, y después de haberla reprendido agriamente por hablar así de una peca-

Chantal: un volumen en 8.º; París, 1845. Estas son las que en 1644 dió á luz, arregladas y compuestas, Mr. de Maupas, con este título: Vida de la Venerable Madre Juana Francisca Fremiot, etc., etc., por Messire Enrique de Maupas, Obispo y Conde de Puig, etc., etc., un vol. en 4.º; París, 1644. El abate Boulanger, capellán de la Visitación de Mans, ha tenido la feliz idea de volver á publicarlas en estos tiempos, según el texto original de la Madre de Chaugy.

dora, la mandaba volver á escribir la fundación. No era posible someterse á esta intimación, ni se debía privar á la Iglesia y á los fieles de estas piadosas Memorias, y así, la Madre de Chaugy las escribió secretamente. No pensó seguramente en escribir la vida de la Santa, sino únicamente añadir un suplemento á las relaciones ya escritas, pero incompletas, por causa de la humildad de Santa Juana Francisca. He aquí por qué no se ve á la fundadora en las Memorias: porque está dibujada en otra parte. Tampoco se ve en ellas á sus grandes co-operadoras, pero también existen en otra parte sus historias. Y por último, como todas estas memorias, historias y relaciones son para el claustro, apenas figuran los hijos de la Santa; y la esposa, la madre, la dueña de la casa, la señora del mundo, y aun la misma fundadora, no están delineadas sino con un ligero perfil.

Todo este concurso de circunstancias, ¿no parecía pedir la reunión de esos diversos documentos, fundirlos en uno solo, completar unos con otros, aclararlos y explicarlos por medio de esas innumerables *Cartas*, de esas bellas instrucciones, de esas Memorias tan curiosas, de todos los papeles, en fin, que se reunieron para el proceso de la canonización, y con todos estos materiales retratar de cuerpo entero á esta gran Santa? Y ya que no lo hizo el siglo XVII, ni hubiera sabido hacerlo el XVIII, ¿por qué en el XIX, en el que renace la fe y la piedad, no se había de emprender una obra que tal vez merecerá la pública aprobación y agrada á las almas piadosas? Así discurría yo, y poco á poco sentía nacer en mí el deseo de componer la obra que hoy ofrezco al público.

El profundo y constante estudio á que me dediqué desde este momento, y muchos años seguidos después, para conocer bien la verdadera figura de Santa Juana Francisca, su gran carácter y su bella misión, tan adecuada á las aspiraciones, necesidades y peligros del

tiempo en que vivimos, me hizo, en fin, decidirme á escribir la historia de esta grande heroína.

I

El carácter de la Santa me impresionó desde luego. Esta mujer admirable poseyó en grado eminente la virtud que más falta hace en este siglo; falta que tal vez es la llaga más profunda de las que aquejan á las generaciones contemporáneas; quiero decir, la fortaleza. Sucesivamente soltera, esposa, madre, ama de casa, señora del mundo, en medio de una sociedad ilustrada, de la cual era como el primer adorno; viuda después, religiosa y fundadora de una Orden, encargada, al fin de sus días, de la alta dirección de más de ochenta monasterios creados por ella, en todas estas posiciones, difíciles por sí mismas, llevó su generosidad hasta el heroísmo, porque su grande alma siempre estaba ansiosa de sacrificios.

Los hizo tan admirables, que el mundo no ha podido comprenderlos ni perdonárselos hasta el día de hoy; pero los Santos se extasiaban con ellos. «Encontré en Dijón—escribía San Francisco de Sales—lo que no encontró Salomón en Jerusalén: la mujer fuerte en la señora de Chantal.» San Vicente de Paúl encarecía aún más sus alabanzas, y trazaba el retrato de esta alma admirable de un modo que parecería exagerado, si no se conociese la moderación de aquel santo sacerdote. Después de los mayores elogios, asegura que habiendo dirigido por espacio de veinte años á la Madre de Chantal, no vió nunca en ella ni debilidad ni imperfección. Por lo demás, la Iglesia, Juez infalible del verdadero carácter de los Santos, ha confirmado estas alabanzas, y de todas las virtudes de Santa Juana Francisca parece no quiere celebrar más que una sola en su liturgia: aquella admirable fortaleza de alma, con la cual, llena

del amor de Dios, anduvo el camino de su vida elevándose al más alto grado de perfección (1).

Esta fortaleza de alma es, ciertamente, el más hermoso rasgo de su fisonomía y el móvil de todos sus actos, así como el secreto de su misión y el verdadero motivo de su existencia en el siglo XVI, y lo que la distingue y coloca en lugar aparte entre todos los Santos de aquella época.

Ya se sabe cuán numerosos fueron entonces los Santos. El desencadenamiento de todas las pasiones y de toda clase de orgullo, decorado falsamente con el nombre de Reforma, turbó por muchos años el siglo XVI, provocando al fin una de las más hermosas reacciones de santidad que hayan servido de consuelo jamás á la Iglesia. Lutero acababa de morir, pero Calvino y Enrique VIII vivían aún; el mundo resonaba con porción de profecías vaticinando la ruina próxima de la Iglesia, con declamaciones acerca de su irremediable corrupción, y al mismo tiempo aparecían en el mundo los Santos Pío V, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y de Borja, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, Vicente de Paúl, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, la doctora española Santa Teresa de Jesús, y la heroína francesa Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal; es decir, que todas las glorias, todas las grandezas de la verdadera Iglesia se reunían como de intento para combatir á la Reforma, que en aquellos días hacía ostentación de sus escándalos y multiplicaba sus tristes calamidades.

Y lo más admirable no es el número de Santos que brillaron en el siglo XVI, sino el carácter de cada uno de estos héroes. Se hubiera dicho que Dios, por medio

(1) *Omnipotens et misericors Deus, qui Beatam Joannam Franciscam, tuo amore succensam, admirabili spiritu fortitudine, per omnes vias semitas in via perfectionis donasti...*

de una de esas admirables inspiraciones con que tan oportunamente socorre á su Iglesia, y al mismo tiempo con una de esas tiernas atenciones que revelan en Él un corazón de padre, aun para las más ingratas naciones, había querido personificar y hacer visibles y brillantes en diez ó doce Santos todas las virtudes, todas las grandezas del catolicismo ultrajado y desconocido. La austeridad, por ejemplo, en el Santo Arzobispo de Milán, que, Príncipe, Obispo y Cardenal, se imponía á los veintidós años, y bajo la púrpura, maceraciones y penitencias que hubiesen espantado á los solitarios célebres de la Tebaida; la suavidad en el dulce Obispo de Ginebra, cuyo sólo nombre encanta, como si no distásemos dos siglos de su feliz existencia, y que atrajo setenta mil protestantes á la Iglesia católica por el atractivo de su amabilidad y profundísima doctrina; el verdadero proselitismo, la propagación admirable de la fe divina en el milagroso Javier, que por su humildad y celo dió á la Iglesia más almas que las que le arrebató el orgulloso Lutero, el amor de Dios sublime y puro en Santa Teresa, la caridad viva y activa en San Vicente de Paúl, la angélica inocencia de Santa Rosa de Lima... Mas iríamos muy lejos si quisiésemos seguir á estas almas heroicas, y por lo mismo, volvamos á nuestra Santa Juana Francisca, cuya pintura deseáramos perfecta como el original.

Esta Santa debía ser en la época inmediata siguiente á la Reforma, y en un siglo entristecido por tan grandes apostasias, y tan vergonzosas caídas, una como revelación brillante del verdadero espíritu de Fortaleza, y para ello la concedió Dios todos los bienes juntos: distinguido nombre, fortuna brillante, un marido digno de ella y á quien amaba, cuatro hijos pequeños, despejados y encantadores, y, en una palabra, cuanto el mundo puede ofrecer de más lisonjero y seductor, á fin de que, el día en que viva y ardiente rompa unos lazos tan

fuertes y dulces, se vea el mundo obligado á confesar que en ese heroico sacrificio hay algo divino. Y porque este sacrificio, por más grande que fuese, no hubiera bastado para revelar al mundo y á los hombres todos la fortaleza divina que existe en la Iglesia, antes y después de separarse la Baronesa de Chantal de su familia querida, la pone Dios en la cruz y la inunda de amarguras y dolores. Esposa, pierde á su marido en la flor de su juventud; Madre, ve morir uno á uno la mayor parte de sus hijos, perdiendo después casi todos sus nietos; Religiosa, se siente oprimida con extrañas enfermedades y atormentada en su alma con terribles tentaciones; Fundadora, el mundo se levanta contra ella, la suscita obstáculos que parecen invencibles; la persigue y la calumnia, pero nada puede desanimarla ni abatirla. Su gran corazón es más fuerte que todas las pruebas, y en el espacio de cincuenta años de un martirio no interrumpido, hace brillar con todo su vigor y magnanimidad cristiana el retrato que el Espíritu Santo delineara de la verdadera mujer fuerte.

No olvidemos añadir que ésta fortaleza de Santa Juana Francisca no disminuye nada la sensibilidad y ternura de su alma. Cada sacrificio traspasa su corazón, cada acto de fortaleza le arranca un grito de dolor, y esto mismo es lo que hace tan admirable, tan hermoso, el espectáculo de su heroísmo. Porque, preciso es decirlo; si la Baronesa de Chantal se hubiese arrancado con ojos serenos de los brazos de su anciano padre; si con semblante tranquilo hubiese separado las tiernas manos de sus hijos, que enlazadas apretaban sus rodillas, ¿quién no se estremecería de horror á vista de tal fortaleza? Pero cuando la Santa viuda aparece llorando y afligida en medio de sus heroicos sacrificios; cuando, obligada á pasar sobre el cuerpo de su hijo, se oyen salir de su corazón los gritos dolorosos y patéticos de la tierna pasión maternal, y cuando, ya religiosa, se la vuelve á

ver en la muerte de sus hijos caer mortalmente enferma, necesitando los últimos socorros de la Iglesia, y sin embargo persistir en sus santas empresas, sin que nada fuese bastante para detenerla en su misión santa ¡ah! preciso es confesar que esta fortaleza proviene de Dios; preciso es confesar que es una fortaleza celestial la que, elevando las almas hasta tan sublime grado de heroísmo, las deja, sin embargo, toda su sensibilidad, y jamás las endurece.

Tampoco esta fortaleza excluye la prudencia, sino que la arregla, del mismo modo que conserva y no apaga la sensibilidad. Y ¿quién poseyó en más alto grado esta virtud cardinal que nuestra Santa Juana Francisca? ¡Qué rectitud de espíritu! ¡Qué firmeza de juicio! Y como si todo esto no fuese bastante para luchar cara á cara contra un mundo que á todo lo heroico apellida exagerado, el Señor concede á nuestra Santa dos consejeros, dos guías: el uno es el dulcísimo San Francisco de Sales; el otro, el Angel de la caridad, San Vicente de Paúl; es decir, la envía en su auxilio los dos directores más sabios que se conocen, á juicio del mismo mundo. El primero, la dirige dieciséis años; el segundo, diecinueve; y sostenida por la dulzura del uno y la sabiduría del otro, verifica sus más heroicos sacrificios con tan perfecta mezcla de moderación y fortaleza, de energía y de prudencia, que «los buenos, como oportunamente decía el Santo Obispo de Ginebra, encontrarán mucho que admirar, y los malos nada que censurar.»

Cuando murió Santa Juana Francisca, á los setenta años de edad, después de no haber dado un paso en tan largo tiempo que no hubiese sido un sacrificio, San Vicente de Paúl vió subir su alma al cielo, no en figura de paloma, como se cuenta de otros varios Santos, sino como un globo de fuego; queriendo Dios demostrar por medio de esta imagen ardiente, que el alma de esta

mujer incomparable era toda de fuego y tan fuerte como este terrible elemento.

Ciertamente, no hay época ninguna en que no sea útil recordar tales ejemplos. Pero nuestro siglo tiene una necesidad imperiosa de ellos, porque nunca se ha visto mayor rebajamiento de caracteres y corazones que el que hoy se advierte en la generalidad; y nada más necesario para estas almas debilitadas que el aire puro y vivificador de los buenos ejemplos. Esta es la primera razón que me movió á escribir esta historia; este es el primer interés que inspira, pero debo confesar que no es el único.

II

Entre los acontecimientos que consolaban á la Iglesia de Francia en la época en que vivió Santa Juana Francisca y preparaban el esplendor y la grandeza aun humana del siglo llamado *Grande*, hay uno que atrae las miradas, y que revela, mejor que otro ninguno tal vez, la fecundidad del Catolicismo.

Quiero hablar de la aparición simultánea de tres creaciones distintas en la vida religiosa: el Carmelo francés, la Visitación y el Instituto de las Hijas de la Caridad; creaciones, no solamente distintas, sino originales y perfectas, dispuestas admirablemente para combatir, por su misma diversidad, las pasiones y desgracias de los tiempos que las vieron nacer.

Permitaseme delinear rápidamente la fisonomía de cada una de estas Ordenes, decir sus diferencias y armonías, y ayudar así al lector á que comprenda mejor los principales acontecimientos de esta historia.

La Carmelita vive austera y pobremente, se acuesta en el suelo, lleva los pies descalzos, ayuna casi diariamente y macera frecuentemente su cuerpo con sangrientas disciplinas, aligerando de este modo á su alma del peso del cuerpo, y facilitándola el ejercicio de la

oración y contemplación. Separada del mundo por rejas, « que con sus puntas amenazan á los que á ellas se acercan », (1) se oculta á todas las miradas, cubriéndose con un velo que la envuelve enteramente. Su carácter distintivo es la penitencia. La Visitación no conoce ni estos largos ayunos, ni la dura cama del suelo, ni todas estas austeridades propias del Carmelo. Mortificada, no obstante, porque sin los sacrificios corporales no hay vida religiosa, y aún menos contemplativa, la hija del gran Francisco de Sales se inmola particularmente por el sacrificio interior y por el cuidado en mantenerse siempre dulce, recogida, amable y agradable en todo y para con todos. Conserva también la clausura y tiene rejas, pero menos austeras; y el velo que la Iglesia pone en su cabeza, no la oculta del todo á las miradas. Su carácter distintivo es la dulzura. La Hija de la Caridad no tiene velo, clausura, ni rejas de este ni de otro modo; ó más bien, según la expresión de San Vicente de Paúl, su monasterio es la casa de los enfermos, la obediencia su clausura, la parroquia su capilla. Preguntaban un día á su Santo Fundador por qué no daba á sus Hijas siquiera un velo que las protegiese en su misión peligrosa, y respondió con estas magníficas palabras: « Su velo será la santa modestia. » Sin las trabas de otras santas instituciones, la Hija de la Caridad, víctima de otra especie, sale al encuentro de todas las miserias, se sacrifica en las guardillas, en los hospitales, en las cárceles, en los campos de batalla, en todo lugar en donde haya llagas que curar, lágrimas que enjugar y almas á quien consolar y servir. Su carácter distintivo es la caridad.

Estos tres tipos, tan puros y perfectos, aparecieron en Francia casi al mismo tiempo, á principios del siglo XVII, que en visperas del XVIII acumuló ruinas

(1) Bossuet, *Sermón de la toma de hábito de la señorita de Boullón.*

que éste debía aumentar creando otras mayores, y (digámoslo así) entre dos tempestades: como si la Iglesia, aprovechando un momento de tregua, hubiese hecho un supremo esfuerzo para preparar todos los consuelos y todos los socorros que eran necesarios á los tiempos que se iban á suceder.

La Carmelita apareció la primera en el año de 1604, procedente de España, donde había adquirido nueva vida al soplo ardiente de la gran Doctora Santa Teresa, y fué acogida con entusiasmo. Esta mezcla de contemplación, penitencia y amor, ha embelesado siempre á los pueblos; y el siglo XVII estaba aún muy penetrado de las ideas de la fe, para no comprender tan hermosa sublimidad. Por otra parte, el Carmelo correspondía perfectamente á las ideas y costumbres austeras, tan profundas aún y tan vivas en los primeros años del gran siglo, en el que salieron, junto con la reforma de las Ordenes antiguas, el Abad de Rancé y la Trapa, que habiendo sido primero la gloria de esta época, vino después á ser peligrosa cuando el Jansenismo trató de cubrirse con ella para turbar á la Iglesia. Añadiré, además, que la voluptuosidad de Luis XIV, la corrupción y los escándalos de su corte, llegaron muy pronto á inquietar los mejores espíritus, y hacerlos desear justas expiaciones. Todo esto proporcionó al Carmelo la más brillante propagación. Aún no había traspasado los Pirineos, cuando toda la Iglesia de Francia, según expresión de Fenelón, suspiraba por él (1); y en cuanto apareció se vió correr á su seno á una multitud de almas austeras, ardientes, ansiosas de mortificaciones corporales, celosas de poner alguna parte de su sangre en la balanza en que debían pesarse los destinos de su siglo, víctimas consumidas por el amor penitente; holocaustos que no han cesado de quemarse delante de Dios, y que

(1) Fenelón, sermón para la fiesta de Santa Teresa.

hoy mismo, después de Voltaire y la Regencia, y de la revolución francesa, son más numerosos que nunca.

La Visitación nació la segunda en 1610. Era remedio para otras necesidades, y satisfacía otras inclinaciones. No sólo hay en el mundo almas ardientes, las hay dulces; y las mismas que son ardientes, no están siempre unidas á cuerpos robustos, por lo cual en el siglo XVII, y aun después, personas generosas y capaces de los mayores sacrificios, que deseaban dejar el mundo, no sabían dónde refugiarse: unas, porque no se sentían atraídas á las grandes austeridades que generalmente se practican en el claustro; otras, porque sintiéndose inclinadas á la mortificación exterior, no tenían fuerzas corporales para practicarla, asemejándose unas y otras á tiernas palomas volando alrededor del arca sin poder entrar en ella. Fundando para estas almas un Instituto que, por no ser austero, les conviniese acomodándose á su debilidad física, y por otra parte juntase la contemplación amorosa y la interior y constante mortificación del espíritu, San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot crearon un tipo nuevo, desconocido en los siglos antecedentes, y cuya belleza embelesó al siglo XVII. A la faz de un cristianismo estrecho, penoso, y muy pronto repugnante ó imposible, cual quería hacerlo el Jansenismo, se presenta la Visitación con su amable heroísmo, y seduce á millares de almas. «¿Sabéis—escribía San Francisco de Sales en 1619 á su Santa cooperadora—que varios siervos de Dios me han dicho que la dulzura de nuestro Instituto agradaba de tal modo al carácter francés, que ibais á quitar la estima á las otras casas religiosas, y que viendo á la Baronesa de Chantal no habría nadie que quisiese ir á otra parte?» Esto era, sin duda, un temor exagerado, porque cada Orden religiosa tendrá siempre un invencible atractivo para las almas destinadas por la Providencia á formar parte de su familia; pero en estas sen-

cillas palabras se ve la acogida que se hizo á la Visitación. Como todas las cosas divinas, este dulce Instituto aparecía en el tiempo prefijado, y encontraba multitud de almas que le estaban esperando. En algunos años contaba la Francia cien monasterios de la Visitación; y al lado de esta rápida propagación; qué amable y feliz influencia! estos cien monasterios, cuyo número se duplica después, irradian, por decirlo así, la suavidad á su alrededor. ¿Y en qué época? En la misma en que la salud general se ve descaecer, y en que la piedad siente la necesidad de ganar en recogimiento, en vida interior, en unión íntima con Dios, lo que pierde en austeridad; secreto admirable que posee la Visitación, que revela al mundo, y que acaba de explicar su providencial aparición en los primeros años del siglo XVII, siendo como la aurora de los días adversos.

La Hija de la Caridad nació la última, en 1634, y no consultando más que las ideas modernas, hubiera debido ser acogida con mayor aplauso que las otras dos; pero no fué así. El siglo XVII, en este primer período de un cristianismo tan elevado y tan puro, nada estimaba tanto como la penitencia y la oración, reservando para el claustro todo su entusiasmo. Por otra parte, esta idea de religiosas sin rejas y sin clausura, consagrándose, no al alivio de los pobres en los hospitales, lo que siempre se había visto, sino á visitarlos y cuidarlos en sus casas; esta idea que nos parece tan sencilla, tan hermosa, tan útil, y sobre todo tan francesa, pareció entonces, como en realidad es, tan heroica y tan nueva sobre todo, que admiraba á unos y alarmaba á otros, faltando poco para que no sucumbiese bajo las objeciones que se le hacían. Los siglos posteriores, para los cuales aparecía este nuevo tipo, eran los que debían hacerle brillar con todo su esplendor, revelando toda su hermosura. Se acercaba el tiempo en que no se comprendería la oración ni la penitencia, en que

sólo se amarian las cosas de la tierra, apreciando mil veces más los cuidados y servicios hechos al cuerpo que los prestados al alma, por más importantes que estos sean; y en que la Religión, desconocida en sus beneficios más preciosos, tendría necesidad de una nueva señal para hacerse reconocer y adorar. Pues bien, la Hija de la Caridad era esta señal. Y como los siglos más ansiosos de goces materiales son también los más fecundos en catástrofes, en lágrimas y dolores, ¿qué otra señal sería más oportuna y mejor elegida? Cuando en medio de nuestras calles y plazas públicas, en la guardilla del artesano y en los campos de batalla se ve aparecer el blanco tocado de la Hermana de la Caridad, con su mirada pura y franca, y con sus manos benéficas y delicadas, ¡ah! hasta el más impío se siente conmovido; y el corazón que no sabe comprender la Visitación ni el Carmelo, comprende bien á la humilde Hija del benéfico Paúl, que cura las llagas del pobre, consuela sus penas, calma sus dolores, enjuga sus lágrimas y, convertida en madre tierna, sin dejar de ser virgen, recoge y mantiene sus hijos.

Así proporciona Dios los socorros á las miserias todas. Así del corazón de la Iglesia, de su seno desgarrado, pero inagotable, salen, en cada crisis de la humanidad doliente, las instituciones más hermosas y más oportunas para las necesidades de las almas y los peligros de la sociedad.

Si alguno que no conociese la historia y si el carácter de nuestra Santa Juana Francisca se viese encargado de manifestar de cuál de estas tres familias religiosas era Madre y Fundadora, seguramente no nombraría la Visitación: un Instituto tan dulce no parecía conveniente á esta naturaleza ardiente y varonil. Así es que la Santa sólo á lo último pensó en él. Su primera idea fué el Carmelo, porque gustaba de la clausura completa, de las más austeras penitencias y de la per-

petua contemplación. Obligada á renunciar á este proyecto, porque Dios, que tenía sobre ella otros designios, la suscitó obstáculos invencibles, volvió sus ojos á las Hijas de la Caridad. Ya que no se la concedían las austeridades del Carmelo, era menester por lo menos que se alimentase con la abnegación y fatigas del servicio de los pobres. Y como aún no existía la Hija de la Caridad, la creó por sí misma en 1610, veintitrés años antes que San Vicente de Paúl, y fué, con toda la fuerza de la expresión, la primera Hija de la Caridad. De aquí viene el nombre de Visitación dado á su Instituto, porque su fin principal era *visitar* á los enfermos; y aunque la clausura, que al fin se les impuso, le haya quitado este ejercicio, no ha perdido este nombre. Pero de repente, y empezada ya la obra, una fuerza invisible detiene á la Madre Chantal, la obliga, á pesar suyo, á poner otra vez la clausura abandonada y renunciar al servicio de los pobres y la visita de los enfermos, no conservando de su primer plan sino el sacrificio interior unido á la contemplación. Y así es como el tipo nuevo de la Visitación nace, por efecto de esta acción misteriosa de Dios, sin los hombres, y aun á pesar suyo; porque esta acción divina no se muestra en ninguna parte de un modo mejor que en la fundación de las Ordenes religiosas. Como su Santo director, y aún mejor que él, porque resistió más, podía decir Santa Juana Francisca: *No se por qué se me llama Fundadora, porque nada se ha hecho de lo que yo quería, y si lo que no quería.*

¿Por qué la Santa, que en el siglo XVII tiene por carácter distintivo la fortaleza, es precisamente la elegida para fundar el Instituto que se distingue de los demás por la dulzura, que forma su fisonomía característica? ¿Cómo la llevó Dios á la fuerza, digámoslo así, y á pesar suyo á emprender esta grande obra? ¿Por qué medios preparó su espíritu, su corazón y aun su cuerpo para un designio que parecía no convenirla de modo

ninguno? Esto es lo que vamos á ver en esta obra, y lo que nos hará admirar la profundidad, sabiduría y ternura con que Dios abre camino para las obras que inspira.

De cuantos medios empleó la Providencia en orden á la Madre Chantal para ponerla á la cabeza de una Orden de que debía ser Fundadora, el primero y principal fué el encuentro que tuvo en Dijón con el Santo Obispo de Ginebra, y la pura y santa amistad con que Dios unió sus corazones, para que diesen principio á una empresa que tanta gloria había de darle. Esta mujer varonil tenía necesidad de ser ayudada para emprender y llevar á cabo una obra que correspondía tan poco á su carácter, y Dios le da al efecto al más dulce y amable de todos los Santos. Así unidos fundan los dos este humilde Instituto (como gustaban llamarle), trazan entre los dos las grandes líneas de este edificio, y no olvidan los menores detalles. Juntos también atraen infinitas almas, y las modelan á imagen suya: amables y fuertes, magnánimas y humildes, puras y alegres, tocando apenas la tierra con la planta de los pies, y casi celestiales por sus aspiraciones y santos ardores. ¡Dulce cuadro el del origen de la Visitación! ¡Fecundos años en que este bello Instituto nació al soplo de los Santos! ¡Ah! yo emprenderé retrataros; y si Dios se digna guiar mi pluma, nos recordaréis hermosos días y nos haréis amar la virtud.

III

Tal vez algunos de nuestros lectores sentirán que la Santa Madre de Chantal haya fundado una Orden claustral, y muchos imaginarán, sin duda, que hubiera hecho servicios más laudables si hubiera consagrado su Instituto al alivio de las humanas miserias, como lo pensó largo tiempo; pero este juicio nace de la ignorancia en que se vive hoy día respecto á lo que es una Orden

claustral, y lo que vale para la salvación de las almas y bien de la sociedad la oración unida al sacrificio.

¿Qué sería del mundo, abandonado á tantas pasiones, entristecido con tantas desventuras, si sólo se procurase aliviar estas desgracias y aun calmar estas pasiones; si mientras que los hombres hacen llegar hasta Dios el ruido de sus impiedades, de sus locos amores y audaces blasfemias, los labios puros y benditos de las vírgenes no elevasen al cielo sus plegarias, implorando la misericordia divina y desarmando su justa cólera?

¿Qué hubiera sido del mundo, particularmente en el siglo XVII, que en medio de grandes virtudes se dejó llevar de pasiones tan desenfundadas? ¿Se hubiese podido creer que resistiría á tantas causas de disolución, y que acabaría tan majestuosamente su curso, sin aquella multitud de claustros, de donde se elevaba día y noche una oración tan pura y poderosa? Ni Bossuet ni Fenelón lo pensaban; para conjurar la tempestad que á lo lejos resonaba, recurrían sin cesar á las penitencias del Carmelo y á los gemidos de la Visitación (1).

Y en los tiempos anteriores, cuando el decrepito imperio romano se hundía más con el peso de sus crímenes que bajo el de los bárbaros que le invadían, ¿quién le sostuvo durante siglos enteros sobre el borde del abismo? San Gregorio el Grande lo atribuía á las oraciones de tres mil vírgenes que Roma había acogido, procedentes de los monasterios arruinados de Italia, y que se consagraban á servir al decadente imperio en lo que más necesitaba, que era sufrir, orar é inmolarse por él.

Y si nuestras modernas sociedades, envenenadas por los sofistas, enervadas y degradadas con malas costumbres, no han perecido aún, ¡ah! no nos hagamos

(1) En los diferentes sermones predicados por Bossuet y Fenelón en las ceremonias de tomas de hábitos, se ve reproducido este pensamiento bajo mil formas diferentes.

ilusiones, seguramente ni la gloria ni el genio, ni la fuerza, y ni aun el artificio han obrado este milagro, y si la oración ferviente de los corazones consagrados al amor divino, hechos por éste, y por el sacrificio y la abnegación, casi omnipotentes.

Me persuado á que la mayor parte de los que lean esta obra no la concluirán sin entrever, por lo menos, estas grandes verdades; pero dado caso que sean insensibles, no desespero, no obstante, de hacerles ver desde otros puntos de vista la grande importancia de las Ordenes claustradas. Conocerán lo que son esas impenetrables rejas de que tanto se murmura sin comprenderlas; impenetrables ciertamente para todos los ruidos, vanidades y pasiones terrenas, pero abiertas siempre para multitud de almas, puras unas, sanas y fuertes, que se sepultan tras ellas para ir siempre pisando las mundanas vanidades; tristes otras, turbadas, ó abatidas ó culpables, que vienen á buscar en un retiro de algunos días un poco de refrigerio, de luz y de paz. ¿Y quién dirá los consuelos que encuentran en estos asilos desconocidos y despreciados? ¡Cuántos arrepentimientos se conciben, cuántas vacilantes virtudes se reaniman, cuántas almas próximas á sucumbir se fortifican y cobran nuevo ánimo para volver á emprender la obra de su santificación! ¿Quién dirá, sobre todo, qué manantiales de paz y felicidad se preparan detrás de estas rejas para las familias y la sociedad por medio de esa feliz institución de los pensionados? De ellos salieron tantas mujeres eminentes, encanto del siglo XVII, y que, sostenidas con las grandes virtudes del sacerdocio y de las Ordenes religiosas regeneradas, hubiesen sido la salvación de la Francia, si el siglo XVII hubiese podido libertarse de la desgracia de engendrar al XVIII. La más brillante, la de más talento de todas las mujeres de esta época fué madama de Sevigné, nieta de la Santa Madre de Chantal. Su infancia se enlaza graciosamen-

te con los últimos años de su anciana y santa abuela; su edad madura alcanza á la fundación de casi todos los monasterios de la Visitación, donde la célebre marquesa viene á menudo á recogerse y consolarse lejos de las agitaciones del mundo. Lo mismo sucede á las señoras de Toulangeon, de Grignan, de Rabutin, de la Fayette, de Hautefort, de Lesdiguières, y á otras muchas que, educadas en la Visitación y recogidas por ella, la debieron en gran parte el perfume de sus talentos, la gravedad amable de su carácter y el temple sólido de su fe. Así es como la Visitación ha ejercido una acción social mucho más considerable que lo que se ve á primera vista, y con la cual contribuyó por su parte á la grandeza del siglo XVII. Así también, en nuestros días tempestuosos, paga su deuda á la sociedad que pelagra, semejante á esos canales que la mano del labrador oculta bajo la tierra para que ayuden mejor á fertilizar los campos.

IV

Con sólo las antecedentes líneas se traslucen bien las clases diferentes de interés que se enlazan con la historia de la vida de Santa Juana Francisca, y los diversos motivos que me han determinado á escribirla. Pero no me cansaré de repetirlo: á pesar del vivísimo atractivo que me inspiraba este trabajo, jamás le hubiera emprendido si no hubiese descubierto los preciosos documentos de que he hablado antes, desconocidos á todos los historiadores que me han precedido, y que me inspiraron la idea de escribir esta obra. Así, no satisfecho con las copias incompletas y harto defectuosas que tenía entre manos, me puse á buscar manuscritos originales, y á fin de comprenderlos mejor, me propuse visitar todos los lugares en que vivió la Santa, porque hay escenas que no pueden concebirse bien sino viendo

los mismos sitios donde pasaron. Desde la infancia vivía yo en la ciudad donde había nacido Santa Juana Francisca, donde derramó los perfumes de su juventud y de su edad madura, donde encontró á San Francisco de Sales, y de donde salió pasando sobre el cuerpo de su hijo. Fui á ver el castillo de Bourbilly, en el cual se celebraron sus bodas, y que fué testigo de sus alegrías como esposa y madre, que tan pronto ¡ay! fueron seguidas de inconsolable luto. Visité después el castillo de Monthelon, donde vivió los ocho primeros años de su viudez y donde brillaron con tanto esplendor su heroica paciencia, su dulzura y su tierno amor á los pobres; y, en fin, fui á la pequeña villa de Annecy, en Saboya, célebre por su hermoso lago, más célebre aún por haber sido teatro de las virtudes de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, y, en fin, por haber servido de cuna á la Visitación naciente.

En cuanto llegué, corrí al Monasterio, encontrando la más cordial hospitalidad en sus habitaciones exteriores. No era el mismo en que vivió la Madre Chantal, pero se veía la misma piedad, la misma afectuosa amabilidad y las mismas virtudes. Al momento se me abrieron todos los archivos, y los manuscritos más preciosos pasaron del interior de la casa á los locutorios exteriores, donde yo estaba. ¡Cuán grande fué mi emoción al recorrer sucesivamente la magnífica colección de cartas autógrafas de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, las primeras cargadas de borrones y rayas, las segundas escritas con mano más firme, pero con una ortografía rara, y casi todas en general infelizmente publicadas, y otras muchas que aún no se han dado á luz; el manuscrito autógrafo de las Memorias de la Madre de Chaugy, escrito sin repaso alguno, con hermosa letra y sin una equivocación; las Memorias de la Madre Francisca Angélica de la Croix, de la Hermana Luisa Dorotea de Marigny, de la Madre de Clermont

Mont-Saint-Jean, de Jorge de Fesigny, primer síndico de Annecy, todas sin haberse publicado hasta ahora; la historia, igualmente inédita, de las fundaciones de la Visitación en Francia, Saboya é Italia, redactadas por las Hermanas mismas con tanta exactitud como gracia; en fin, más de veinte volúmenes, todos desconocidos fuera del claustro y manuscritos todavía, que contienen la historia de las principales fundaciones de la Visitación en todas las partes del mundo.

Pero lo que excitó mi piadosa avidez aún más que todos estos tesoros, fueron los seis volúmenes en folio, que encierran firmados y rubricados por los Notarios Apostólicos, y elevados, por consiguiente, al mayor grado de certidumbre y autenticidad, todos los documentos del proceso de canonización de Santa Juana Francisca. Circunstancias particulares multiplicaban su valor. Cuando los Notarios Apostólicos recogieron todas las declaraciones relativas á este proceso, sellaron con sus sellos los seis volúmenes en folio que las contenían, imponiendo pena de excomuniación para cualquiera que se atreviese á abrirlos antes de la sentencia del Juez, es decir, antes de la publicación solemne de la Bula de la canonización. Pero acontecimientos que diremos después dilataron hasta 1767 la publicación de esta Bula; y habiendo estallado la revolución poco después á manera de un rayo, y destruido el monasterio de Annecy, aquellos volúmenes quedaron hasta nuestros días desconocidos y olvidados en los archivos del obispado. El Ilmo. Sr. de Rendu, cuya pérdida deplora aún la Iglesia de Annecy, encontró intactos los sellos de los Comisarios Apostólicos, como se dignó decirme, y estaba decidido á romperlos cuando llegué á su ciudad de Annecy. Ningún historiador de nuestra Santa pudo, en consecuencia, tener conocimiento de aquellas preciosas páginas, inéditas como todo lo demás.

Para que nada se escapase á mis investigaciones, el

Sr. Obispo me permitió entrar en el monasterio, y visitarle todo y en todos sus detalles. Tuve el gusto y la dicha de ver, entre otras inestimables reliquias, el antiguo libro de *Capítulo*, principiado hace dos siglos y que aún no está concluido, cuyas primeras hojas están escritas por San Francisco de Sales, y donde se refiere, escrita por mano propia de Santa Juana Francisca, la fundación de Annecy, y se ven, firmados por la misma Santa, los procesos verbales de los *Capítulos* que presidió. Habiendo escrito San Francisco de Sales en la primera página de este libro el deseo de que *los nombres escritos en estas hojas perecederas sean para siempre escritos en el libro de los vivos*, no sólo las religiosas tuvieron á dicha el estar inscritas en él, sino que los Reyes, las Reinas, los Cardenales, Obispos y señores de todos los países solicitan hace más de dos siglos el favor de poner sus firmas debajo de las de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca. Yo puse mi humilde nombre también, rogando á estos grandes Santos bendijesen la obra por la cual había emprendido la peregrinación de Annecy.

No puedo decir los días que pasaron en tan dulce ocupación, porque el tiempo que se pasa felizmente no se mide como el desgraciado. El día y parte de las noches las pasaba sobre estos preciosos libros, conmoviéndome cada una de sus palabras, ya por su encantadora sencillez, ya por lo varoniles y enérgicas que brotaban de la boca de estos dos grandes Santos; señalaba con el dedo, copiaba y hacía copiar una porción de pasajes cuya lectura me entusiasmaba. Cuando el cansancio me obligaba á dejar la pluma, salía y paseaba las calles de la ciudad, embalsamada aún con el perfume de las virtudes de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, y señalada con las huellas de sus pasos. Visité la humilde casa, palacio del Santo Obispo desterrado de Ginebra; la iglesia en que alimentaba á su pueblo con

la palabra divina, doblemente amable en su boca, y donde se ve aún, cerca de la puerta, el lugar (hoy vacío) de su confesonario, rodeado en otro tiempo por tanta gente. Seguí el camino que siguió hace dos siglos la Santa Baronesa de Chantal, cuando fué desde la casa del Santo Obispo á la casita de la *Galería*, donde al otro día nació la Visitación. Entré en ella, y guiado por las *Memorias contemporáneas* reconocí la pequeña capillita donde San Francisco de Sales dió el velo á Santa Juana Francisca y recibió los votos de su profesión; el jardín en que se verificaban aquellas dulces conferencias que, con el nombre de *Entretencimientos*, se han publicado; la calle de árboles en que, paseándose con su santa cooperatora, trazaban las primeras líneas del naciente Instituto, y hasta los clavos que sostenían el cepillo, ocasión de la única desobediencia de la Santa, y motivo de uno de los más bellos actos de humildad y arrepentimiento que nos han conservado los anales de sus virtudes. Todo está aún de pie como hace dos siglos; todo habla allí al alma; todo respira la paz, la inocencia, el heroísmo y el amor.

A ninguna parte, no obstante, iba yo más á menudo, ni me detenía tanto y con más placer, que en la capilla del actual monasterio, donde descansan, respetados por las revoluciones y por los años, los cuerpos de los Santos Fundadores. No olvidaré nunca la emoción que sentí cuando entré en ella por primera vez y vi en una caja, abierta á todas las miradas, que por medio de un cristal permite á la devoción satisfacer su curiosidad, el cuerpo de la Santa cuya vida meditaba yo tanto tiempo hacía. Está tendida en un honorífico lecho, como si estuviese dormida, vestida con el hábito religioso como cuando andaba por el mundo multiplicando monasterios; su rosario pende del cinturón: un Crucifijo descansa sobre su pecho, en el mismo lugar en que su mano bendita imprimió el Santo Nombre de Jesús con un hie-

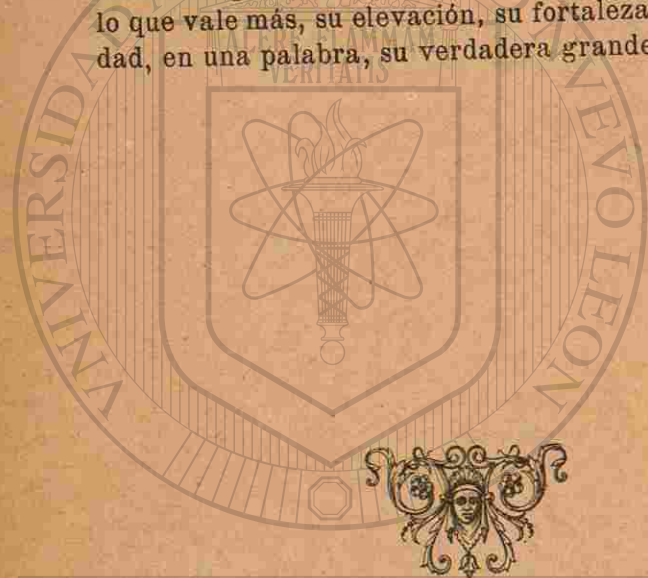
ro ardiendo. Largo tiempo la contemplé en silencio con los ojos llenos de involuntarias lágrimas, que no pensaba en detener, y embriagado el corazón con ese celestial perfume que se respira en los sepulcros de los Santos. Aquí desaparecieron todas mis irresoluciones, y viendo en la obra que meditaba algo hermoso y grande que daría de sí una enseñanza elevada y profunda, y al mismo tiempo útil para las necesidades de este siglo, mis dudas se desvanecieron: vi en esta santa mujer una fortaleza templada con tanta dulzura; en su gran Director, una amabilidad sostenida con tan gran fortaleza; en todas aquellas primeras religiosas que se agruparon alrededor de los Santos fundadores, algo tan puro, tan firme, ardiente y vigoroso; y, en fin, en todo este conjunto, tan grandes y hermosas perspectivas de luz y de vida, que me sentí conmovido de admiración; y á pesar de mi debilidad, que nunca me pareció más grande, prometí á Dios poner al instante manos á la obra.

El resultado de estos trabajos, peregrinaciones y penosas indagaciones, es lo que hoy ofrezco al público.

Le ofrezco á las almas piadosas, particularmente á las mujeres cristianas que viven en medio del mundo, y á las vírgenes que la gracia divina santifica en la santa soledad de los monasterios. Leyendo esta obra aprenderán las primeras cómo en medio del tráfico y cuidados del siglo, con muchos hijos y gran fortuna, se puede ser santa con sólo ser fuerte, generosa y mortificada, sacrificándose por amor de Dios y de su familia. Las segundas apreciarán más una vocación que la Baronesa de Chantal compró tan cara y á costa de tan grandes aflicciones de corazón, y aprenderán de esta ilustre sierva de Dios á cuánta altura pueden elevarse las almas que saben abandonarse, y, como dice la Santa Escritura, entregarse á la gracia.

Aun los mundanos mismos, si quisiesen leer esta

obra, espero no la concluirán sin sacar algún provecho. Comparando esta hermosa vida, transfigurada, digámoslo así, y fecundizada por el espíritu de generosidad y de fortaleza, con la vida sensual y estéril que se tiene en el mundo, la paz de la una con las tristes agitaciones de la otra, y aun, si se quiere, los sacrificios de ésta con las mayores alegrías de la otra, se sabrá al menos en qué lado se encuentra la dicha del alma, y, lo que vale más, su elevación, su fortaleza, su fecundidad, en una palabra, su verdadera grandeza.



VIDA
DE
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
DE CHANTAL
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

Ó SEA

del Instituto de las Hijas de San Francisco de Sales, llamadas
vulgarmente en España Religiosas Salesas.

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca: su adolescencia:
primeros años de su juventud.

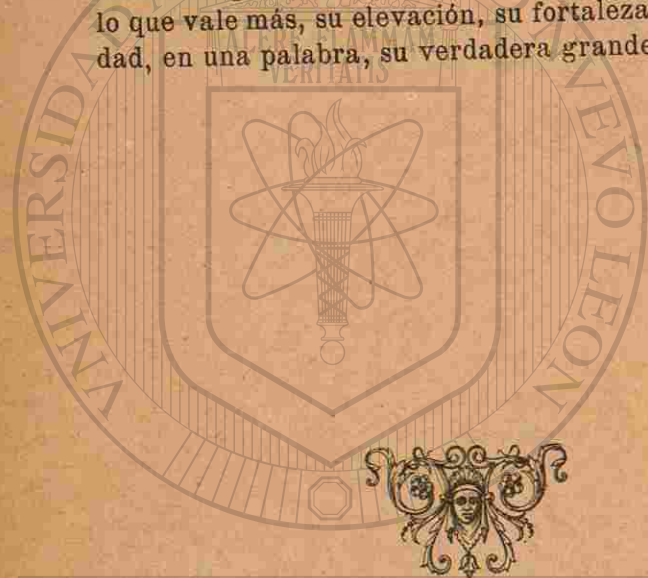
1572-1592

ME llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; nací en Dijón, ciudad capital del ducado de Borgoña y tengo cincuenta y cinco años. Soy hija del Sr. D. Benigno Fremiot, Presidente del Parlamento (1) de Dijón, y de la señora doña Margarita de Berbisey.

Así es como la Santa, cuya vida voy á contar, declaraba por sí misma su nombre y nacimiento en presencia de los Comisarios Apostólicos, reunidos en Annecy para el proceso de canonización de San Francisco de Sales. Se ve que nació en Dijón, en esa ciudad, ilustre en la

(1) Dan en Francia el nombre de Parlamento ó Corte de justicia á lo que en España se llamaba antes Real Chancillería, y ahora llamamos Audiencia territorial, ó tribunal de justicia de un territorio. (*Nota de la traductora.*)

obra, espero no la concluirán sin sacar algún provecho. Comparando esta hermosa vida, transfigurada, digámoslo así, y fecundizada por el espíritu de generosidad y de fortaleza, con la vida sensual y estéril que se tiene en el mundo, la paz de la una con las tristes agitaciones de la otra, y aun, si se quiere, los sacrificios de ésta con las mayores alegrías de la otra, se sabrá al menos en qué lado se encuentra la dicha del alma, y, lo que vale más, su elevación, su fortaleza, su fecundidad, en una palabra, su verdadera grandeza.



VIDA
DE
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
DE CHANTAL
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

Ó SEA

del Instituto de las Hijas de San Francisco de Sales, llamadas
vulgarmente en España Religiosas Salesas.

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca: su adolescencia:
primeros años de su juventud.

1572-1592

ME llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; nací en Dijón, ciudad capital del ducado de Borgoña y tengo cincuenta y cinco años. Soy hija del Sr. D. Benigno Fremiot, Presidente del Parlamento (1) de Dijón, y de la señora doña Margarita de Berbisey.

Así es como la Santa, cuya vida voy á contar, declaraba por sí misma su nombre y nacimiento en presencia de los Comisarios Apostólicos, reunidos en Annecy para el proceso de canonización de San Francisco de Sales. Se ve que nació en Dijón, en esa ciudad, ilustre en la

(1) Dan en Francia el nombre de Parlamento ó Corte de justicia á lo que en España se llamaba antes Real Chancillería, y ahora llamamos Audiencia territorial, ó tribunal de justicia de un territorio. (*Nota de la traductora.*)

Edad Media por el nacimiento de San Bernardo, y después por el de Bossuet, y que había nacido en 1572, pues que en 1627 declaraba tener cincuenta y cinco años; en fin, que pertenecía á una familia que llevaba la toga con el honor y la fortaleza de la antigua sociedad francesa.

La familia de los Fremiot, ocupaba, en efecto, un lugar distinguido é importante entre la nobleza de Borgoña. Largo tiempo desconocida, no se la ve salir de la obscuridad sino en la primera mitad del siglo XV (1), y

(1) Algunos historiadores han supuesto que la casa de los Fremiot era de los primeros tiempos del cristianismo en las Gaulas, y que entre los paganos convertidos y bautizados por San Benigno, Apóstol de Borgoña, había algunos miembros de esta familia. Pero esta es una de esas falsas leyendas de que debe desconfiar el historiador, que en nada se apoyan, y de las que, como aquí particularmente, se puede manifestar el origen de donde nacen. La madre de Chaugy, que fué la primera que escribió las Memorias sobre Santa Juana Francisca, dice en 1642, hablando de su patria y familia: *Los antepasados paternos de esta bienaventurada madre, fueron de los primeros fundadores del augusto Parlamento de Dijón, ciudad muy antigua, capital de Borgoña, y una de las primeras iluminadas con los sagrados rayos de la fe católica por el glorioso San Benigno.* (Memorias, p. 1.) La frase es clara, y no cabe ninguna anfibología. El Ilmo. Sr. de Maupas, á quien se comunicaron estas Memorias, inéditas aún, copia este párrafo y lo embrolla: *Santa Chantal—dice—era de la muy noble estirpe de los Fremiot, descendientes de las mejores y más antiguas familias de la Borgoña, habiendo sido los primeros fundadores de este ilustre Parlamento de Dijón, ciudad capital de la provincia, y de las primeras iluminadas con los sagrados rayos de la fe católica por el glorioso San Benigno.* (Vida de la venerable Madre de Chantal, por el Ilmo. Sr. de Maupas, p. 3.) La frase no conserva ya la misma claridad. ¿Quién es el que ha sido iluminado con los sagrados rayos de la fe? ¿Es la noble estirpe de los Fremiot? ¿Es la ciudad de Dijón? Con un poco de atención se comprende bien, pero es fácil engañarse. Un canónigo de Autún, N. Levesque, predicando en 1687 el panegirico de la Condesa de Toulangeon, se equivoca completamente. *La casa de los Fremiot—dice—no hace tanto ruido en el mundo como otras muchas casas, pero tiene grandes y hermosas distinciones. Es la primera casa cristiana de su país. Son los primeros bautizados por mano de San Benigno, uno de los primeros Apóstoles de Borgoña.* (Oración fúnebre de la Condesa de Toulangeon, por N. Levesque, canónigo de Nuestra Señora de Autún.) De esta manera nacen los errores históricos, que repiten después sin estudiarlos todos los historiadores.

lo que es más raro y hermoso, es que salió de esta obscuridad á fuerza de virtudes. Su probidad fué la que la ennobleció. Desde el tiempo de Enrique III, los Fremiot en la cumbre de los honores ponían en su blasón esta divisa, un poco altiva, pero que resume sus aspiraciones: *Sic virtus super astra vehit.* « Así es como la virtud eleva sobre los astros. » (1)

El primero de la familia de quien tenemos alguna noticia es Renato Fremiot, oidor de cuentas en Dijón en 1518, y bisabuelo de nuestra Santa, el cual « era un modelo de justicia y de virtud, padre de los pobres y refugio de los afligidos. » (2). Su hijo, Juan Fremiot, entró en el Parlamento, y añadió á su título de Consejero el de Señor de Thotes y de Barrain en parte. La fortuna le sonreía, pero no disminuía su energía ni su fe. « Todos los días, por mañana y tarde, sin faltar á ello jamás, hacía una exhortación á sus hijos y criados, como para que les sirviese de antídoto y preservativo contra los errores de Lutero y de Calvino; y no contento con esto iba á las tertulias, donde, juntándose con sus amigos, hablaba con celo y fervor admirable de las verdades que enseña la Iglesia romana. » (3) Con esto se co-

(1) *El Parlamento de Borgoña*, por P. Paillot, Dijón, 1649, 1 vol. en folio, página 87. He aquí las armas del Presidente Fremiot: *El escudo tenía tres mirlos pequeños de plata sobre fondo azul, dos en la parte superior y otro debajo, coronados con tres estrellas de oro puestas del mismo modo, pero las dos superiores sobre gules con una faja de plata. Por cimera un mirlo negro.* Divisa: *Así es como la virtud eleva sobre los astros: Sic virtus super astra vehit.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, acerca de la vida y las virtudes de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, publicadas por el Abate Boulanger: segunda edición, París, 1845, un volumen en 8.º, página 2. Citaremos siempre esta segunda edición.

(3) *Memoria de la Madre de Chaugy*, p. 1. Hay aquí en estas Memorias tan interesantes, y que copiamos sin cesar, algunas inexactitudes. La Madre de Chaugy confunde los nombres. El abuelo de Santa Juana Francisca se llamaba Juan y no Renato. Este no había ocupado los primeros cargos en el Parlamento; era oidor de cuentas. En cuanto á lo que dice que los antepasados paternos de Santa Juana fueron los

nocerá la sangre fervorosa que iba á correr por las venas de Santa Juana Francisca.

Este Juan Fremiot casó con Guillermina Godrán, y tuvo de ella cuatro hijos y una hija. El mayor, Claudio Fremiot, Señor de Is-sur-Tille, consejero del Rey, fué largo tiempo Presidente de la Contaduría ó Tribunal Mayor de Cuentas de Dijón. Tendremos muchas veces ocasión de hablar en esta historia de este caballero sencillo y bueno. Vivía en Dijón en un palacio que subsiste aún, y que los cristianos visitan mirándole como si fuera una reliquia, por haberse encontrado en él muchas veces San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca (1).

El segundo, Andrés Fremiot, Consejero en el Parlamento, murió joven; no encontraremos su nombre otra vez en esta historia. El tercero, Benigno Fremiot, fué padre de nuestra Santa. Sucesivamente abogado general, Consejero del Rey, Presidente del Parlamento de Borgoña, alcalde de Dijón, eclipsó á todos sus antepasados por la importancia del papel político que hizo, y por la grandeza singular de su carácter. El cuarto, Juan Fremiot, entró religioso en la Abadía de San Benigno de Dijón, y fué después Prior del monasterio Benedictino de Val de-Choux, cerca de Chatillon-sur-Seine. Además de sus cuatro hijos, Juan Fremiot tuvo también una hija llamada Micaela Fremiot, que casó con Juan le Compasseur, Presidente de Rentas, la cual murió joven y sin sucesión (2).

primeros fundadores del Parlamento de Dijón, es un error. No se encuentra ningún Fremiot en la lista de los magistrados nombrados por Luis XI cuando se estableció el Parlamento de Borgoña. En cambio se encuentra un Berbissey; es decir, uno de los antepasados maternos de la Santa. De esto proviene la equivocación de la Madre de Chaugy, copiada aquí, como siempre, por el Ilmo. Sr. Maupas.

(1) Este palacio está situado en la calle Jeannin, núm. 1. Por equivocación creen algunas personas que Santa Juana Francisca nació en él. (Mírese al fin del volumen la nota núm. 2.)

(2) Véase al fin del volumen el cuadro genealógico de la familia

La familia de Berbissey no era menos noble que la de Fremiot, y era más antigua. Se encuentra ya el nombre de Berbissey en la lista de Magistrados nombrados por Luis XI cuando creó el Parlamento de Borgoña. Y después esta familia, cuyas alianzas eran considerables, no había cesado de dar alcaldes á la ciudad de Dijón, Consejeros al Parlamento de Borgoña, Obispos y Abades á la Iglesia. Pero lo que aumentaba incomparablemente el lustre de esta casa era que, en las venas de los Berbissey corrían algunas gotas de la sangre de San Bernardo. En 1378, las dos familias se habían unido por el matrimonio de Pedrito de Berbissey con Odea de Normand, de la familia del Santo Abad de Claraval (1).

Si insistimos en estos datos, no es, según la juiciosa observación de uno de los primeros biógrafos de nuestra Santa, «para hacer ostentación de las cosas de que el mundo se vanagloria, sino porque creemos justo buscar primero la raíz del árbol precioso de cuyos frutos vamos á disfrutar.» (2)

En 1572, en el momento en que empieza esta historia, el Sr. D. Benigno Fremiot y Margarita de Berbissey, casados hacía dos años (3), vivían en Dijón, en una casa

Fremiot, núm. 1. Véase también en los archivos generales del departamento de la Cote d'Or, una noticia desgraciadamente poco exacta sobre esta misma familia. (Libro de armas y blasones del Tribunal mayor de Cuentas, pág. 56.)

(1) Véase la *Oración fúnebre de la Condesa de Toulangeon*, de que se habló antes. El autor, al publicar su discurso, le añadió piezas justificativas, que hacen de él un documento muy curioso. En particular, trae un título en latín, de Juan de Marigny, Abad de San Esteban de Dijón, del 6 de Mayo de 1378, que atestigua esta unión de la familia de Berbissey con la de San Bernardo.

(2) *Memoria de la Madre de Chaugy*.

(3) *Libro de armas y blasones del Tribunal mayor de cuentas*, pág. 56. «Benigno se había casado en 1570 con Margarita de Berbissey, hija de Claudio, primer Consejero del Tribunal mayor de cuentas.» No hemos encontrado en ninguna otra parte esta fecha del matrimonio del señor de Fremiot.

que ha desaparecido después, y cuyo sitio sería hoy muy difícil determinar (1). Nuestra Santa nació en ella el 23 de Enero de 1572, un martes, entre siete y ocho de la mañana. Su padre, muy cristiano y lleno de fe viva, quiso que al instante se llevase su hija á la iglesia para que la bautizasen (2); y como este día se celebraba la fiesta de San Juan el Limosnero, la hizo poner el nombre de Juana, por una de esas antiguas costumbres de la Edad Media, tan tiernas y tan profundas á un tiempo. Tenía ya otra hija llamada Margarita, que casó después con el Barón des Francs. Su hijo menor, Andrés Fremiot, fué Arzobispo de Bourges, y uno de los más queridos amigos de San Francisco de Sales.

Juana, como la llamaremos desde ahora, nunca conoció á su madre, al menos no la vió sino en esa edad en que puede decirse que aún no tiene memoria el corazón. La señora de Fremiot murió en la flor de su edad, del parto de Andrés, su tercero y último hijo. Fué sentida de todos, y muy particularmente de los pobres, que la acompañaron á su última morada llorando y llamándola entre sollozos y gritos su bienhechora (3). Juana tenía entonces dieciocho meses. Generalmente parece falta algo á los niños que no han crecido sobre el regazo materno. Son plantas que no las ha dado el sol. Pero

(1) Véase al fin del volumen la nota 2.^a

(2) La fe de bautismo de la Santa ha desaparecido, sin que las más minuciosas diligencias y las más exquisitas indagaciones hayan podido encontrarla. Parece que en 1722 ya no existía, pues los Comisarios Apostólicos, encargados de principiar el proceso de canonización, no habiendo podido adquirir este documento, hicieron una información especial respecto al punto del bautismo de la Santa. Y para suplir la falta de la partida de bautismo que no se pudo encontrar, se hicieron presentar un certificado del Ilmo. Sr. Obispo de Langres, con fecha 12 de Febrero de 1710, por el cual certifica que los moradores de la ciudad de Dijón profesan la Religión Católica, y que todos los niños están bautizados. Sin embargo de todo esto, no se dejó de oír sobre este punto á gran número de testigos. (*Proceso de beatificación*, 3 vol. en fol., pág. 674.)

(3) Declaración de la Hermana Francisca Benigna Dorlier.

Dios, que destinaba á nuestra Santa para tan grandes cosas, quiso sustraerla de intento á las caricias de su madre, á fin de que su educación fuese enteramente viril, preparándola en el Presidente Fremiot, un hombre de un temple vigoroso, capaz de imprimir en su alma esa vida de fe, de generosidad y sacrificio de que debía dar tan bellos ejemplos en el siglo XVII.

El Presidente Fremiot poseía, en efecto, en alto grado, todas las cualidades propias para esta gran misión. En el Parlamento se admiraba su grande entendimiento, la rectitud de sus dictámenes (1) y juicios, la prontitud y energía de su voluntad. Pero lo más grande, lo que hacía tan ilustre á este caballero, era su fe, el ardor con que amaba á la Iglesia, y la inflexible rectitud de su conciencia. Era de esos hombres á quienes el sentimiento del deber domina en todo, que no creen puede titubearse un minuto en obedecer, aunque debiesen perderse mil vidas, y que elevados sobre sí mismos por la firmeza de sus principios, sólo necesitan una ocasión para ser héroes. No faltó esta ocasión en la agitada vida del Presidente, y más de una vez se le vió elevarse al heroísmo tan sencilla y naturalmente, que podemos decir lo hizo sin pensar siquiera en ello.

Juana aspiró, desde luego, en los brazos y de la boca de este hombre de bien, no se qué de viril y ardiente, sensato y resuelto, que fué uno de los rasgos marcados de su varonil carácter. La fe penetró profundamente en su alma tierna, é iluminó su entendimiento antes que la razón se despertase. Muy pequeña, y casi mamando aún, no podía ver un hereje sin llorar amargamente. Si

(1) Los contemporáneos han notado que, nombrado abogado general á los veintidós años, y habiendo ejercido este empleo durante largo tiempo, nada propuso jamás en sus conclusiones que no fuese aprobado y seguido por la Audiencia, «particularidad que no es común—observa Paillot,—y que fué anunciada públicamente en sus exequias, en presencia del Parlamento.» (*El Parlamento de Borgoña*, pág. 86.)

algún hugonote quería acariciarla, como se hace generalmente con los niños, gritaba cuanto podía ocultando su cabecita en el pecho de su ama, y no era posible acallarla sino cuando el hereje desaparecía de su vista (1).

Tendría unos cinco años cuando, divirtiéndose un día en el gabinete de su padre, se entabló una viva discusión entre el Presidente Fremiot y un caballero protestante que había venido á visitarle. Se trataba de la Sagrada Escritura. Decía el caballero protestante que lo que más le agradaba en la religión reformada era el que en ella se negaba la presencia real de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. A estas palabras no pudo contenerse la santa niña, y acercándose con viveza al protestante y mirándole con emoción: «Señor—le dijo,—es menester creer que nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, porque así lo ha dicho Él; y si vos no lo creéis, le hacéis pasar por mentiroso.» El tono con que hablaba le admiró mucho al protestante, y quiso disputar con ella; pero le dejó parado con sus sabias respuestas, y encantó á todos los asistentes con el ardor de su fe. Apurado con las vivísimas réplicas de la niña, el caballero protestante quiso salir del paso terminando la cuestión como generalmente se hace con los niños, dándola dulces; pero no le salió bien, pues nuestra Juana, tomándolos en su delantal sin querer tocarlos, los tiró al fuego, diciendo: «Mirad, señor, mirad; así se quemarán los herejes en el fuego del infierno, porque no han querido creer lo que ha dicho nuestro Señor.»

Otro día que este mismo caballero se hallaba en la sala del Presidente Fremiot, discutiendo, como siempre, sobre la doctrina reformada, la santa niña se acercó á él, y le dijo: «Señor, si hubierais desmentido al Rey, mi

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 303.

padre os mandaría ahorcar; pues bien, si desmentís á nuestro Señor, estos dos Presidentes (mostrándole un gran cuadro que representaba á San Pedro y San Pablo) os mandarán ahorcar.» Con cualquier motivo, tratándose de nuestra santa Religión, se la escapaban palabras semejantes.

Encantado el Sr. de Fremiot con tan felices disposiciones, se aplicaba con el mayor cuidado á desarrollarlas completamente. Maestros, que escogió por sí mismo, se encargaron de dar á sus tres hijos la instrucción sólida y brillante que reclamaba su clase, posición y las exigencias del siglo. «Juana aprendía con gran facilidad y viveza de imaginación; se la enseñó todo lo que debe saber una señorita de su clase: leer, escribir, bailar, tocar instrumentos, la música, el canto y las labores propias de su sexo, etc., etc.» (1) Todo lo aprendía perfectamente; pero, sobre todo, en nada era tan superior, ni á nada se aplicaba con tanto esmero y atención como á las instrucciones religiosas, en que el Presidente Fremiot, su padre, era su único maestro. Por la mañana y por la noche, siguiendo las costumbres y tradiciones de su familia, reunía á sus tres hijos, y, con el amor de padre y el celo de cristiano, les enseñaba á conocer la hermosura de la Religión católica, que tanto desfiguraban los herejes.

Insistía, sobre todo, en lo necesario que es amar de corazón á la santa Iglesia Romana y al Padre común de los fieles, tanto más digno de veneración y de respeto, cuanto más desconocido y ultrajado era entonces su sagrado carácter (2). El alma de nuestra santa niña se abría con gusto, para recibir estas instrucciones vivificadas con la fe, y se la veía, aún muy joven, extreme-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 5.

(2) Declaración de la Hermana Paula Jerónima de Monthouz. «Declara esta Hermana que sabe esto por habérselo oído decir á la Condesa de Toulangeón, hija de la Bienaventurada.»

cerse de alegría ó indignación, según que su padre contaba los triunfos ó los dolores de la Iglesia.

Desde su infancia se notaba ya en nuestra Santa aquella tierna compasión hacia los pobres que debía obrar después tantos prodigios (1). La vista de un desgraciado la hacía llorar; y cuando encontraba á uno cubierto de andrajos, la parecía ver á Nuestro Señor Jesucristo, acordándose no tenía dónde reclinar su cabeza sagrada, y decía candorosamente: «Si yo no quisiera á los pobres, me parece que tampoco querría á Dios.»

La tierna devoción á la Santísima Virgen coronaba sus nacientes virtudes. Huérfana desde la cuna, en cuanto tuvo uso de razón, que pudo conocer y sentir la falta de su madre, se volvió á María rogándola la admitiese por hija; y desde entonces gustaba de llamarse y tenerse por hija suya, consultándola como se consulta á una madre, y llamándola en su ayuda en todas sus empresas, necesidades y peligros (2). Entre otras muchas gracias, le deberá muy pronto la de conservarse sin mancha en medio de las seducciones peligrosas á que se verá expuesta su juventud.

Ninguna noticia tenemos sobre su primera Comunión, que no tenía entonces la solemnidad pública con que ahora se verifica; y lo mismo nos sucede respecto á su Confirmación (3). Se sabe únicamente que al recibir este Sacramento tomó el nombre de Francisca, que añadió al de Juana; y muchos testigos han afirmado en el proceso de su beatificación que desde este día principió á sentir el deseo que tuvo siempre después de hacer

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

(2) *Proceso de Beatificación*, vol. 1, pág. 59. Todos los testigos insisten sobre esta devoción á la Santísima Virgen, que fué siempre uno de los rasgos más marcados de la vida de nuestra Santa.

(3) Los testigos se contentan con decir que fué confirmada *in aetate legitima*, en tiempo oportuno. Muchos declaran no saber en qué año ni en qué iglesia.

cosas grandes por Dios, y aun de padecer el martirio por su amor (1).

Parece que por este tiempo, y en el momento en que Juana Francisca salía de la adolescencia é iba á entrar en la juventud, sucedió un acontecimiento que acabó de madurar sus pensamientos, y la hizo volver su corazón mas tiernamente á Dios. El Sr. D. Juan Fremiot, su abuelo, vivía aún, tenía setenta y cinco años, y después de haber sido una de las lumbreras del Parlamento de Borgoña, gozando completamente de sus fuerzas y facultades, en esa hermosa y robusta vejez que suele Dios conceder á la virtud, se había retirado del mundo, y empleaba el resto de una vida admirable en prepararse para los días eternos. Una mañana el Sr. D. Juan Fremiot reunió á sus hijos y nietos, y aunque se hallaba bueno como siempre, les anunció que Dios le había revelado la hora de su muerte, y que moriría al día siguiente. «En seguida montó en su mula y fué á despedirse de sus parientes y amigos, diciéndoles sencillamente que estaba de partida para la eternidad.»

«De vuelta—prosiguen las *Memorias*—nuestro piadoso y venerable anciano, hizo que el día prefijado viniese un eclesiástico á celebrar la Misa en una capillita en que podía oirla desde su cama, y dijo terminantemente que antes de que el sacerdote hiciese la última ablución exhalaría su espíritu. Pasó la noche muy devotamente, aunque con dolores, y en cuanto amaneció se confesó, comulgó, recibió la Extremaunción, y pidió se empezase la Misa, añadiendo estas hermosas palabras: «Porque antes de la última ablución, he de ir á beber el eterno néctar en el reino de mi Dios.» Oyó esta Misa con admirable devoción, y al mismo tiempo que el sacerdote elevaba el cáliz, elevó este santo an-

(1) Declaración de la Hermana María Valentina de Bellair.—Idem de la Hermana Rosalía Greyffé.

ciano sus ojos al cielo, y con un rostro angélico y un ardor celestial, dijo en latín el versículo del Profeta-Rey:—*Cuando consolaberis me?* ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo me consolaréis?—Y en el mismo instante expiró (1).»

Esta muerte, tranquila como la de los Santos y casi milagrosa, debió conmover profundamente á Juana Francisca. Vela todos los días en la enérgica vida de su padre los sacrificios que pide la virtud, y en la muerte de su abuelo se le manifestaron las recompensas que la esperan. Estas dos lecciones que la Providencia divina preparó á su juventud, acabaron de desarrollar los pensamientos graves y la fe ardiente que desde sus primeros años había Dios depositado en el alma de nuestra Santa. Por entonces, Margarita, hermana mayor de Juana Francisca, fué pedida en matrimonio por uno de los señores más nobles de Poitou, Juan Jacobo de Neufchezes, señor de Francs. Era un ventajoso casamiento. El padre del Sr. de Neufchezes era sobrino del ilustre Gaspar de Tavannes, cuyos escritos recogió, publicando sus *Memorias* en 1574. Su nieto, sobrino del que pedía la mano de Margarita, fué gran Almirante de Francia, é hizo un papel importante durante la minoría de Luis XIV, bajo la regencia de Ana de Austria. El Presidente Fremiot acogió con gusto la pretensión del señor de Francs, porque por una parte estrechaba los lazos de amistad que le unían con el Conde de Tavannes, y por otra parte le facilitaba los medios de alejar á sus hijos de Borgoña enviándolos á Poitou. El horizonte político se anublaba, en efecto; desde la muerte del Duque de Alençon, hermano de Enrique III, y, sobre todo, después de la desgraciada paz de Nemours, arrancada á la debilidad del Rey, las cabezas fermentaban en Borgoña, y todo anunciaba que la guerra civil no tardaría en estallar.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 2.

Así, en el momento en que se celebró el matrimonio, hacia 1587 (1), el Presidente Fremiot, quedándose con sólo su hijo Andrés, de edad de trece años, confió al señor de Neufchezes á su hija Juana Francisca y la envió á Poitou con su hermana.

Muy triste era para los católicos en aquel tiempo el viaje que emprendía nuestra Santa. Apenas se pasaba el río Loire, cuando por todas partes se presentaban las tierras saqueadas por el protestantismo. Dueños por largo tiempo del Anjou, Poitou y Touraine los hugonotes, habían allí acumulado innumerables ruinas. Casi todas las iglesias habían sido destruidas ó profanadas, los campanarios derribados á fuerza de cañonazos, los atrios acribillados de balas de arcabuz, las estatuas sin cabeza, los relicarios fundidos, los restos de los Santos echados al aire (2). Juana Francisca no podía dar un paso sin sentirse traspasada de dolor. «Dábame tal pena—dice después la misma Santa—ver las iglesias en tan deplorable estado, que no podía contener las lágrimas» (3). Cuando en sus paseos alrededor de Poitiers (donde las tropelías y ultrajes de los hugonotes no tuvieron límites) veía algún pedazo de Cruz, algún resto de estatua oculto entre la hierba, ó alguna capilla medio

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz. «Añade la dicha declarante, que Santa Juana Francisca fué en seguida á acompañar á la señora Baronesa de Francs, su hermana, á Poitou, teniendo entonces como unos quince años.» «Otros muchos testigos hacen la misma declaración, que es preciosa, porque fija la fecha de este viaje, y hace ver que Santa Juana Francisca no estaba en Borgoña durante las turbaciones de la guerra. Hay en todos los historiadores que han contado la juventud de la Santa una gran confusión y mil cosas inexplicables, á consecuencia del poco cuidado que han tenido en expresar bien las fechas.

(2) Mr. Vaissette, *Hist. del Languedoc*, año de 1566 á 1570.—Sismondi, *Hist. de los franceses*, t. XVIII, pág. 266-306.—Véanse también los grabados de fines del siglo XVI. Se ven en ellos las iglesias medio arruinadas, los campanarios derribados y rotas las estatuas.

(3) Declaraciones de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup.* art. 13.

quemada, sus ojos se llenaban al instante de agua. Esta emoción se renovaba tan á menudo, que al fin tomó el partido de no levantar su velo, temiendo conociesen había llorado. Pensaba que el mundo, incapaz de sentir estas aflicciones, imaginaría que tenía penas en el seno mismo de su familia. Toda su vida conservó un doloroso recuerdo de este triste espectáculo; y cuando, ya adelantada en edad, oía cantar en las hermosas lamentaciones de Jeremías: «Los caminos de Sión lloran, porque nadie viene á las solemnidades; sus puertas están por el suelo; sus sacerdotes gimen, y sus vírgenes están amargamente desoladas;» su corazón se oprimía de nuevo como si aún estuviese en Poitou. Quiso que se las pusiesen en verso. «¡Oh—decía,—si yo hubiera tenido estos versos cuando era joven, los hubiera cantado todos los días!» Tal era á los dieciséis años el alma de Santa Juana Francisca. Uniendo esta exquisita sensibilidad con la virilidad de carácter y la fe ardiente de que hemos hablado antes, podrá formarse idea de lo que será nuestra Santa el día en que hayan dado su fruto tan preciosos gérmenes.

Por lo demás, tiempo era de que Juana Francisca y su hermana dejaran la Borgoña. Como el Sr. de Fremiot lo había previsto, la guerra civil iba á estallar; y mientras llegaba la hora de la reparación y la justicia, que no es dado á los partidos rehusar á los que cumplen valerosamente con su deber, el Presidente iba á correr los mayores peligros.

Una cuestión importantísima preocupaba entonces é impresionaba á todo el mundo. Enrique III, que había sucedido en 1575 á su hermano Carlos IX, no tenía hijos. Su pariente más cercano y el heredero presunto de su corona, Enrique de Bearn pertenecía á la religión reformada. ¿Qué iba á ser de la Francia, el reino cristianísimo, el día en que Enrique III bajase á las bóvedas de San Dionisio? El trono de Clodoveo, de Carlo-

magno y de San Luis, ¿podía ser ocupado por un hugonote? De estas ideas nació la Liga. Bendecida en su origen y principios por el Papa Gregorio XIII, aprobada por el Rey Enrique III, que se puso á su cabeza, propagada por el clero, aclamada por todo el pueblo, la Liga, en su principio y en su primer impulso fué uno de los más bellos actos de fe que ha podido hacer todo un pueblo cristiano. Pero por santa y sagrada que sea una causa, ¡cuán difícil es que sus defensores no se manchen con las pasiones! Fuese ambición en unos, desidia é incapacidad de otros, la discordia entre el Rey y la Liga estalló; y por una de esas mil contradicciones en que abunda la historia de los hombres, la espada desenvainada para alejar del trono á un Rey protestante, se empleaba en hacer bajar de él á un Rey católico.

A los ojos del Presidente Fremiot era esto un atentado que nada podía absolver, justificar ni excusar, ni aun los crímenes que justamente se reprendían en Enrique III. En vano el Parlamento de Borgoña se hizo casi todo del partido de la Liga; en vano sus miembros más respetables, el primer Presidente Bruslard, el Presidente Seannin, el Sr. de Montholon y el Sr. des Barres, todos parientes ó amigos de Fremiot, se pusieron á la cabeza del movimiento. Nada pudo apartar á este digno magistrado de lo que creía ser su deber. Rehusó sentarse en el Parlamento, que no dando ya sus sentencias en nombre del Rey, no era á sus ojos más que una junta de rebeldes, y saliendo de Dijón se fué á vivir al campo.

En el momento se desencadenó la furia del populacho; no se oyen más que gritos y amenazas contra el Presidente: saquean su casa, insultan á sus parientes, cogen á su hijo, y le encierran en el castillo de Dijón.

El Sr. de Fremiot no se deja intimidar ni abatir; trata con el Conde de Tavannes, hijo del ilustre Mariscal de este nombre, se apodera sagazmente de Flavigny, pe-

queña plaza muy fuerte situada en Borgoña en la cima de un monte, convoca allí á todos los magistrados que pensando como él habían salido de Dijón, y en una sesión solemne declara en nombre de Enrique III, cuyas órdenes había tomado, que el Parlamento de Borgoña se había trasladado de Dijón á Flavigny.

Era este un golpe atrevido, y no es difícil imaginar cuánta sería la cólera que esta noticia produjo en Dijón. Los magistrados empeñados en la Liga, casaron y anularon por adelantado todos los actos del Parlamento de Flavigny, confiscaron los bienes de los magistrados empleados en él, y como el Presidente Fremiot era el alma de esta reunión, después de haber tentado seducirle con las ofertas más grandes y magníficas, conociendo era inflexible, recurrieron á uno de esos horribles medios que ninguna guerra puede legitimar, y que señalan con una mancha eterna é infame á los que se sirven de ellos. El Sr. Claudio Fremiot, su hermano, fué encargado de ir á Flavigny con orden de decir al Presidente que disolviese al punto el Parlamento realista, ó se decapitaría á su hijo, enviándole después en un saco su cabeza.

Hay hombres que nunca se muestran más grandes que en los mayores dolores; el Sr. de Fremiot confundió á sus enemigos con la sublimidad de su valor. «¡Más vale que muera el hijo inocente, y que el padre no viva culpable!» exclamó al saber noticia tan terrible. Después abrazó á su hermano, le animó para sufrir esta prueba cruel, y le entregó una carta para el Sr. de Fervaque, Gobernador de la provincia; carta admirable que estuvo después largo tiempo desconocida en los archivos municipales de Dijón.

Esta carta es como sigue: al leerla se siente el latido de corazón de un ciudadano tan grande y leal cual le ha formado el Cristianismo; tan fuerte como el de Roma, pero más sensible, y por consiguiente más verídico.

«Señor :

»Estoy muy agradecido á vos y á todos los señores de la ciudad, por el favor que me habéis hecho permitiendo á mi hermano venir á verme á esta villa; no sólo por el contento que he recibido al consolarnos mutuamente de nuestras desgracias públicas y privadas, sino porque en esto he conocido la buena opinión que tenéis todavía de mí, á saber: que guardo siempre en mi alma el amor que un hombre de bien debe tener á su patria y conciudadanos. ¡Plugiera á Dios, ciertamente, que mi vida fuese sacrificada por el bien público, y que todo marchase con felicidad !

»Yo bien quisiera haber podido dejarme vencer por las lágrimas y persuasiones de mi hermano, que me han llegado á lo íntimo del corazón, al saber los pesares y malos tratamientos que él y mi hijo han sufrido por mi causa, y que mis deudos se hallan aún amenazados. Pero mi honor y mi deber me impiden doblegarme bajo el peso de todas estas cosas.

»Os ruego, pues, humildemente, que consideréis, señor, cuál ha sido mi pasada conducta, y estoy seguro que, lejos de criticarme, cuantos quieran juzgarme sin pasión alabarán el deseo y el afán con que he procurado la paz de toda la provincia, como también mi paciencia entre tantas amenazas y malos intentos contra mi pobre persona.

»Es cierto que el verme precisado á vivir en esta provincia, puesto que el Rey me lo había mandado (y por otro lado, ¿que había yo hecho para ser desterrado de ella?), y no oyendo otra cosa sino que á éste y á aquél se les había dado el encargo de quitarme la vida, determiné buscar una habitación más segura que una mala casa de campo, con cuyo fin me dirigí á esta villa el martes último.

»Si es un crimen ser fiel vasallo del Rey y retirarse á una ciudad que permanece en su obediencia, soy cul-

pable. Si es un crimen también el que un hombre honrado, á quien se persigue y á quien injustamente se le quiere quitar la vida, busque un asilo para su defensa, soy culpable. Pero, señor, vos sois bastante discreto para imputarme estas cosas como crímenes.

»Y aun cuando yo hubiera faltado en esto, no comprendo por qué ha de recaer el castigo sobre mi hijo y sobre mis hermanos, hermanas y parientes cercanos, que son inocentes, y de los que no tengo noticia alguna hace dos meses enteros.

»Y, sin embargo, mi hermano me trae la funesta y amenazadora noticia de que se me enviará en un saco la cabeza de mi hijo, y se maltratará cuanto sea posible á todos mis parientes.

»Yo bien sé, señor, que en un corazón tan generoso como lo es el vuestro, no cabe tan cruel y bárbara resolución, y que todo esto es efecto de los consejos furibundos de mis enemigos, que querían satisfacer su pasión desmesurada á expensas de la buena y grande reputación que habéis adquirido con mil heroicas hazañas, y con tantos servicios como habéis hecho en los honrosos empleos que dignamente habéis desempeñado: por lo cual espero que no os dejaréis arrastrar por un pensamiento tan horrible é inhumano.

»Mas si vuestra virtud y buen carácter fuesen dominados por la violencia y furor de mis enemigos, confieso que no estoy tan desprovisto del afecto y amor paterno, que no me conmoviese extraordinariamente con tan terrible espectáculo. Pero, sin embargo, diría con toda resolución que tenía por muy feliz á mi hijo viéndole morir joven, en la primera flor de su edad, por los acontecimientos públicos, mereciendo por su inocencia un sepulcro honroso, y más bien por el destino y la desgracia que por culpa de su padre, anticipar el fin de su vida, evitando la pena de las calamidades que se preparan para este miserable Estado.

»Yo os suplico, pues, templéis con la sal de vuestra prudencia estos malos consejos; y creed que ni los tormentos que pudieran darme, ni cuanto pueda hacerse contra mi hijo, que sentiré más que si se hiciese conmigo, será bastante para que yo consienta en la menor cosa que sea contra mi honor y el deber de un hombre honrado. Quiero más bien morir ahora con toda mi buena fama, que vivir largo tiempo sin la reputación de hombre de bien. Y os aseguro que si hubiera podido hacer sin mengua de mi honor lo que dijisteis á mi hermano, ciertamente habría condescendido.

»Os ruego humildemente que toméis á bien cuanto os digo; y creed que no hay nadie en este mundo que desee más que yo el bien y la paz de nuestra patria; y que si alguna vez puedo serla útil, lo haré con el mayor placer y mejor voluntad.

»Ruego al Señor os conserve vuestra vida y salud muchos y felices años.

»Flavigny, domingo 5 de Marzo de 1589.

»Vuestro muy humilde y obediente servidor,

»Fremiot.» (1)

No se pueden leer estas líneas sin conocer el alma heroica de su autor. Los de la Liga, aun los más violentos se conmovieron y no se atrevieron á ejecutar sus amenazas. Se contentaron con tener encarcelado al joven Andrés Fremiot, sobre cuya cabeza quedó suspendida la espada, esperando que el amor ó el temor harían más flexible al Sr. de Fremiot.

(1) Archivos de la ciudad de Dijón. *Correspondencia municipal*, B. 22, registro X, núm. 122. Véase al fin del volumen la nota núm. 3. Damos allí el texto entero de esta admirable carta, respetando su estilo antiguo así como su ortografía. Ya estaba esto escrito cuando, leyendo la *Historia del Parlamento de Borgoña* que acaba de publicar el Sr. Lacuisine, hemos encontrado en ella esta carta no solamente impresa, sino juzgada como merece. (*El Parlamento de Borgoña desde su origen hasta su caída*, por el Sr. de la Lacuisine, Presidente de la Audiencia imperial de Dijón, 2 volúmenes en 8.º mayor, Dijón, t. II, 27.)

En este tiempo, una noticia terrible resonó en toda Francia: el puñal homicida cortó la vida á Enrique III el 2 de Agosto de 1589, y la raza de los Valois se había extinguido con él. El trono de San Luis pertenecía á un protestante, y la Francia católica quedó aterrada con tan infausto acontecimiento. «En lugar de las aclamaciones y del «Viva el Rey» que en semejantes ocasiones se acostumbra, se veía á unos encasquetándose el sombrero ó tirándole al suelo; otros cerraban sus puños, se daban la mano, se prometían no recibir un Rey hugonote, y jurando y perjurando, concluían diciendo: *primero morir mil veces.*» (1) El Presidente quedó más afligido y aterrado que nadie. «En una noche encaneció del todo del lado de que estaba echado.» (2) ¿Qué resolución, en efecto, debía tomar? Enrique IV era nieto de San Luis, heredero legítimo de la corona, ¿cómo abandonarle? Por otra parte, Enrique IV era hereje, ¿cómo obedecerle? El Sr. de Fremiot meditó toda una noche, revolviendo en su cabeza estos pensamientos, y amaneció encanecido por el insomnio y la agitación, pero decidido á tomar una de esas resoluciones sublimes que bastan para inmortalizar á un hombre para siempre. Enrique IV era nieto de San Luis; el trono le pertenecía; el Sr. de Fremiot hizo ondear su bandera sobre las torres de Flavigny: por otra parte, Enrique IV era protestante, no podía reinar sobre franceses; el señor de Fremiot resolvió dejarse hacer pedazos á las puertas de Flavigny si el Rey se aventuraba á entrar sin haber hecho su abjuración. «Señor—decía después al gran Enrique,—si V. M. no hubiera gritado: ¡Viva la Iglesia Romana! tampoco hubiera yo dicho nunca: ¡Viva el Rey Enrique IV!»

Tomada ya esta resolución, partió al instante el se-

(1) *Historia Universal*, de D'Anbigné, t. III, lib. II, c. XXII.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 7.

ñor de Fremiot para unirse con el Conde de Tavannes, que al frente de sus tropas sitiaba el castillo de Duesnes. Les anunció la terrible noticia de la muerte de Enrique III, y les hizo jurar fidelidad al Rey Enrique IV, con tal que se hiciese católico. Redactaba al pie de la muralla el acta del juramento del ejército, cuando una bala de mosquete hizo reventar el tambor sobre el que escribía: sin que su mano temblase, pidió otro tambor, y siguió escribiendo en el mismo lugar.

Así pasaron cuatro ó cinco años hasta el completo triunfo de Enrique IV, durante los cuales el señor de Fremiot gastó su fortuna, vendió sus propiedades y expuso su vida, «inculcando á todos los que con él se habían afiliado, que la mayor riqueza de un político y de un militar es empobrecerse gloriosamente, guardando la fidelidad jurada á Dios y al Rey.» (1)

Para concluir este retrato, muy imperfecto por cierto, del sublime carácter del señor de Fremiot, añadiremos que la hora del triunfo le encontró más grande aún que la del peligro. Hasta sus mismos enemigos se vieron obligados á reconocer y confesar su desinterés y su modestia. Sorprendido con los elogios que se le daban, sin dejarse tentar por los elevados empleos con que se le brindaba, rehusando el de primer Presidente en el Parlamento de Borgoña, resistiendo directamente al deseo de Enrique IV, que quería llevarle á París, fué tan inflexible en su modestia como lo había sido en su fidelidad. Llegado á la cima de los honores, este hombre, tan grande como sencillo, no aspiraba más que á la soledad, al olvido de todas las criaturas y al trato íntimo y tranquilo con Dios; y hubiera querido poder ser sacerdote para consagrar su vejez á Dios y al bien de los hombres. Este era su sueño dorado y su única ambición (2).

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 6.

(2) Casi todos estos hechos, poco conocidos, han sido atestiguados

Mientras el Presidente Fremiot daba tan grandes ejemplos en Borgoña, su hija Juana Francisca corría graves peligros en Poitou, que aunque de otra clase, no hacían brillar menos su virtud. La llegada del Sr. Barón de Francs y de su joven esposa, habían dado ocasión para que se celebrasen fiestas brillantes, á que acudió toda la nobleza de los alrededores. Nuestra Santa tenía entonces diez y seis años, y estaba en todo el brillo de su juventud. Apenas apareció cuando se vió buscada, adulada y lisonjeada. Criada hasta entonces en la escuela severa del Presidente, conoció por primera vez el seductor lenguaje del mundo, tanto más dulce cuanto menos se conoce al principio de la vida.

El carácter de la persona que se le había dado para que la acompañase aumentaba el peligro. Era una mujer frívola, que no la hablaba más que de fiestas, bailes y adornos, haciendo ostentación en su presencia de los mil secretos que había para agradar, y que conocía muy bien, por haberlos practicado demasiado; en una palabra, como perniciosa sirena, «nada descuidó para marchitar con sus artificios á esta naciente y hermosa flor.» (1) Hubiera querido que aprendiese á usar afeites, que se adornase con pedrerías y tejidos perfumados, como los que Clemente de Alejandría y Tertuliano prohibían á las primeras cristianas. Y no sólo esto, sino trató de enseñarla cosas más perniciosas, porque se sospechaba que se valía de encantos, y hubo grandes indicios para creerlo. Decía á Juana Francisca, que si quería hacerla caso conseguiría casarse con uno de los primeros y más grandes señores de Poitou.

por los testigos del proceso de canonización de Santa Juana. Muchos testigos los habían sabido de boca de las antiguas religiosas, que se los habían oído contar á la misma Santa, que hablaba con gusto de su padre y de sus bellas acciones, pero era para humillarse diciendo era indigna hija de un padre tan grande.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 10.

La inocente niña escuchaba y no comprendía; pero sentía hacia esta mujer una repugnancia instintiva, de que no sabía darse cuenta. Deseaba no verla, é hizo cuanto pudo para que se la despidiese; pero no lo pudo conseguir, porque esta infeliz vieja tenía más artificios para mantenerse en la casa que fuerzas la niña para hacerla salir. Obligada á oír estas fútiles conversaciones, y expuesta á los peligros de la vanidad, buscó su refugio en Dios á los pies de los altares, invocando á María, á quien amorosamente llamaba Madre querida. Se aplicó á meditar su vida oculta en Nazareth, y en estas tiernas meditaciones que empezaron á ser largas y frecuentes, aprendió á conseguir una paz y felicidad tan sólida, que la hicieron insensible á toda seducción.

Juana Francisca tenía otra defensa contra los peligros del mundo, y era su delicada modestia, que siendo á la vez grave y graciosa, atraía y contenía. La natural dignidad de su porte, la precoz madurez de su espíritu, aquella seriedad y reserva que se vela hasta en su sonrisa, haciendo su expansión más atractiva, todo su aspecto, en fin, protegía su juventud y su belleza, é imponía respeto á cuantos se le acercaban. Moderaba en sus vestidos la moda del tiempo, y no se sujetaba á ella sino en cuanto bastaba para evitar el ridículo. El retrato de la Santa que ponemos al frente de esta historia nos convencerá de ello: está representada á los veinte años de su edad.

Cuando se sabe la pasión que reinaba en el siglo XVI por el lujo en el vestir, y se ve en la colección de retratos de aquella época la multitud de bordados, cadenas, perlas, pedrerías, las hileras de botones de oro, los colores brillantes, las telas preciosas y ricas que la ley permitía á las señoras nobles, y con las cuales no querían contentarse (1), se siente uno penetrado de admi-

(1) Véase el edicto de Enrique III tocante á la reforma de los vesti-

ración al ver la sencillez modesta del traje de nuestra joven Santa. Su vestido, de un color obscuro, está decente y enteramente cerrado con una especie de camiseta tupida, que sube hasta la garganta; siendo esto tanto más notable, cuanto que en aquella época la moda de los trajes indecentes arrastraba á todo el mundo, y la licencia iba tan lejos en este punto, que eran menester leyes especiales para proteger la modestia (1). Las mangas son anchas, pero están muy lejos de llegar á esas dimensiones desmesuradas, contra las cuales declamaban con tanta razón como buen gusto todos los predicadores de entonces (2). No tiene en el cuello ni en los cabellos perlas ningunas, que entonces eran muy estimadas; tampoco las lleva en su corpiño ni en las mangas del vestido. Una gorrita de terciopelo reemplaza en su cabeza á estas pedrerías, que en vano habían procurado prohibir, y sin las que parecía imposible se pasase

dos (24 de Marzo de 1583). Se dice allí, entre otras cosas, «que las señoritas que son mujeres de Presidente, y sus hijas, puedan llevar en sus sombrerillos y tocados bordados, un cintillo y un collar de perlas, una sortija y anillos de piedras también con oro esmaltado ó no esmaltado; cadenas, brazaletes, herretes y botones de oro en las delanteras de sus vestidos y capas; y en las extremidades de las mangas una sola hilera, sin ninguna guarnición, esmalte, piedras ni perlas, sino es en sus horas de recibo, que podrán llevar sus delanteras de oro, esmaltado ó sin esmaltar, pero con sólo cinco piezas de pedrería.» (*Recopilación general de las antiguas leyes francesas*, por el Sr. de Isambert. París, 1829, tomos XII, XIII y XIV. Véanse los edictos de Francisco I, Carlos IX, Enrique II y Enrique III para la reforma del lujo de los vestidos.)

(1) Véase lo que se lee en la exposición de los motivos del edicto dado por Enrique III para la reforma del lujo: «Se ofende á Dios mucho, y la modestia se extingue casi enteramente.»

(2) Véanse los sermones de Menot, predicador famoso del siglo XVI. Tronaba sin cesar contra el lujo, y jamás olvida las mangas anchas cargadas de pedrería y abotonadas con perlas, etc., etc. (*Sermones, Menoti*: París, caract. gothiques.) Se pueden añadir también los sermones de Guillermo Pepin. Ataca también vivamente á las señoras nobles que usan mangas anchas y colas largas, cuyo valor serviría para mantener á toda una familia, y que cuando la moda cambia, creen hacer mucho por Dios destinando á los altares estos vestidos aun manchados. (*Sermones, Guillelmi Pepini*. París, 1536, en 8°, gótico.)

una señorita de la nobleza. Notemos, por último, que esta amable Santa está de rodillas, con las manos juntas, los ojos ligeramente levantados hacia el cielo y en actitud de oración. ¿Qué postura era más conveniente para su piedad y dulce modestia?

Aun los mismos hombres que desgraciadamente no son virtuosos ni gustan de la virtud, no pueden menos de reconocerla; y así, las familias más nobles, admiradas de tan singular y bello espectáculo, ambicionaron enlazarse con Juana, y su mano fué pretendida al instante por los señores más ilustres de Poitou.

Una de estas pretensiones hizo brillar la fe generosa de nuestra joven Santa.

Entre los caballeros que con más frecuencia entraban en casa del Barón de Francs, había uno tan distinguido por la nobleza de su cuna como por la gracia y atractivo de su persona, y que además era muy amigo del Sr. de Neufchezes. Dicho caballero, que pertenecía á la religión protestante, conoció perfectamente que la mano de una joven tan virtuosa no sería nunca más que para un buen católico, y para alcanzarla fingió sentimientos que no tenía. El Sr. Barón de Francs cayó buenamente en este lazo, ó tal vez se prestó al ardid, con la esperanza de conservar á su cuñada en Poitou, y esperando que «la mujer fiel convertiría al marido infiel;» no obstante, por más ruegos que se emplearon, Juana Francisca se negó constantemente á este enlace. Un día en que la instaban fuertemente, dió una respuesta llena de la valentía y entereza cristianas de que había dado ya tantas pruebas: «Primero elegiría—dijo—una cárcel perpetua, que la casa de un hugonote para vivir en ella; y mejor sufriría mil muertes, una tras de otra, que verme unida con los lazos del matrimonio á un enemigo de la Iglesia.»

Esta respuesta dejó admirados á todos, porque como el joven caballero ocultaba sus verdaderos sentimien-

tos, se le tenía por buen católico. Pero no se tardó en conocer que Juana Francisca había recibido del cielo una luz divina en este asunto, pues cuando su pretendiente perdió enteramente la esperanza de conseguir su mano, se quitó la mascarilla, y se manifestó cual era en realidad, hereje verdadero, y de los más obstinados.

Muchos de los testigos oídos en el proceso de beatificación de la Santa afirmaron que toda su vida había conservado el mayor reconocimiento por esta gracia, considerándola como una de las mayores con que Dios la favoreció, atribuyéndola á la intercesión de la Virgen Santísima, que en esta circunstancia se había dignado protegerla y ampararla con toda la eficacia y ternura de una buena Madre. Añadía, también, que el feliz matrimonio con que el Señor la bendijo después, había sido la recompensa de su fidelidad en corresponder á la gracia, negándose á dar su mano á un hereje.

Poco después se presentó otro partido que deslumbró al instante al Barón de Francs; era un joven que llevaba un nombre muy ilustre, y se decía descendiente de una antigua y noble familia, huérfano de padre y madre, arreglando tan bien su porte y relaciones, que todo el mundo cayó en el lazo, y creyendo cuanto decía, daban mil enhorabuenas á la señorita Fremiot. Pero ésta no se dejó llevar de la pública opinión. Su perspicaz talento, ó más bien esa luz divina que Dios concede á las almas que le sirven verdadera y sencillamente, la hizo descubrir en este joven ciertas cosas que la desagradaron; y por más que la hicieron las más brillantes proposiciones, jamás quiso oír hablar de matrimonio con este caballero. Después se admiró la prudencia con que se gobernó en esta ocasión, porque se descubrió al cabo de algún tiempo que era un aventurero, que cayó al fin en manos de la justicia (1).

(1) *Memorias inéditas de la Madre Angélica de la Croix.*

A pesar de tan reiterados chascos, los señores de Francs esperaban que su hermana se estableciera en Poitou, y aun se ocupaban en ello activamente, cuando se recibió una carta del Presidente Fremiot, que deseaba tener á Juana á su lado. Andrés, su hijo menor, había ido á París para concluir sus estudios; el Presidente se había quedado solo, y como nuestra Santa se aproximaba á los veinte años, se ocupaba en su porvenir y vislumbraba en Borgoña una de las alianzas más ilustres para esta hija querida.

A la lectura de esta carta, las dos hermanas se deshicieron en lágrimas, porque se querían con el tierno cariño de dos hermanas que nunca se habían separado, y que ni la menor nube de disgusto había debilitado nunca (1). No obstante, Juana hizo sin dilación sus preparativos de viaje; y entre el sentimiento de separarse de su hermana Margarita por primera vez y el gusto de volver á ver á su padre, tomó el camino de Borgoña, donde la esperaban felicidades muy puras, seguidas de doloroso y largo luto, y teatro adonde Dios la llamaba para dar al mundo el espectáculo de los más heroicos sacrificios.

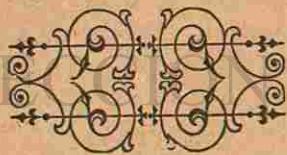
Tales fueron la infancia, adolescencia y primeros años de la juventud de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Cuando el caminante sale muy de mañana, ve alguna vez, antes de amanecer, una dulce claridad que blanquea el horizonte, y esta hermosura de la naciente aurora le hace adivinar el magnífico esplendor del sol del mediodía. La misma emoción es la que siente el historiador cuando se encuentra en el instante en que em-

(1) «Se separaron—dice la Madre de Chaugy—la Baronesa de Francs y su hermana con grandísima aflicción, porque habían vivido juntas con tan grande unión y buena inteligencia, que no había habido entre ellas ni la menor palabra de disgusto ni disputa.» (*Memorias de la Madre de Chaugy*, c. III.) Todos los historiadores dicen lo mismo.

piezan á levantarse esas grandes lumbreras que se llaman *Santos*. Desde su cuna se vislumbra alguna vez su vida. Aquí, por ejemplo, en esta infancia tan graciosa y tan fuerte, tan ardiente y tan pura, en que brilla en medio de la más viva y tierna sensibilidad, una firmeza y energía tan extraordinarias á los dieciocho años, ¿quién no trasluce ya, aunque en germen, esas virtudes que deben brillar un día con tanto esplendor; esa fe, capaz de transportar las montañas; ese vigor de alma, con que nuestra Santa derribará los obstáculos que se opongan al cumplimiento de los designios de Dios; esa generosidad y ese fuego divino que, llevándola de sacrificio en sacrificio, arrancará á San Francisco de Sales el grito de la admiración, y lágrimas á San Vicente de Paúl?

En medio de todo esto, nada anuncia, no obstante, que nuestra Santa tuviese el menor presentimiento de su vocación futura. La misma que un día debía hacer florecer el desierto, y á quien tantas almas habían de seguir en la soledad para que, como maestra, las enseñase á suspirar y desear al Esposo divino, se encontraba próxima á entrar en el mundo, y la hora en que debía, parece, fijar su destino, había sonado ya: nuestra Santa iba á contraer libre y voluntariamente los lazos que la habían de atar en el siglo para siempre, según todas las apariencias.



CAPÍTULO II

Matrimonio de Santa Juana Francisca Fremiot, verificado en el castillo de Bourbilly.

— 1592 —

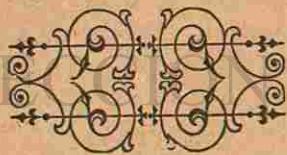
EL esposo que el Presidente Fremiot destinaba á su hija, era un joven caballero, de edad de veintisiete años, primogénito de la ilustre familia de Rabutin, y el último descendiente por línea materna de la familia de San Bernardo (1). Se llamaba Cristóbal II, Barón de Chantal, y vivía en Bourbilly, á dos leguas de Semur. Su padre, soldado veterano de las guerras de la Liga, y partidario de los principios del Presidente Fremiot, había combatido á su lado desde 1589, en las guerras heroicas de Semur y Flavigni. El hijo había heredado el valor del padre. «Era de carácter muy dulce—dice Bussy Rabutin—y esto le atraía quimeras con hombres brutales, que no concebían cómo sin ser fanfarrón se puede ser valiente; pero él se lo hacía comprender con muy buenas estocadas (2).» A los veinte años

(1) *Vida de la Venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, página 13. Véanse también las declaraciones de la Madre María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Antonia de Sacconay, *super articulo IX*.

(2) *Historia genealógica de la casa de Rabutin*, compuesta por el señor Roger de Rabutin. Esta obra, manuscrita, que contiene interesantes detalles sobre la mayor parte de las personas que deben figurar en esta historia, está en la Biblioteca pública de Dijón.

piezan á levantarse esas grandes lumbreras que se llaman *Santos*. Desde su cuna se vislumbra alguna vez su vida. Aquí, por ejemplo, en esta infancia tan graciosa y tan fuerte, tan ardiente y tan pura, en que brilla en medio de la más viva y tierna sensibilidad, una firmeza y energía tan extraordinarias á los dieciocho años, ¿quién no trasluce ya, aunque en germen, esas virtudes que deben brillar un día con tanto esplendor; esa fe, capaz de transportar las montañas; ese vigor de alma, con que nuestra Santa derribará los obstáculos que se opongan al cumplimiento de los designios de Dios; esa generosidad y ese fuego divino que, llevándola de sacrificio en sacrificio, arrancará á San Francisco de Sales el grito de la admiración, y lágrimas á San Vicente de Paúl?

En medio de todo esto, nada anuncia, no obstante, que nuestra Santa tuviese el menor presentimiento de su vocación futura. La misma que un día debía hacer florecer el desierto, y á quien tantas almas habían de seguir en la soledad para que, como maestra, las enseñase á suspirar y desear al Esposo divino, se encontraba próxima á entrar en el mundo, y la hora en que debía, parece, fijar su destino, había sonado ya: nuestra Santa iba á contraer libre y voluntariamente los lazos que la habían de atar en el siglo para siempre, según todas las apariencias.



CAPÍTULO II

Matrimonio de Santa Juana Francisca Fremiot, verificado en el castillo de Bourbilly.

— 1592 —

EL esposo que el Presidente Fremiot destinaba á su hija, era un joven caballero, de edad de veintisiete años, primogénito de la ilustre familia de Rabutin, y el último descendiente por línea materna de la familia de San Bernardo (1). Se llamaba Cristóbal II, Barón de Chantal, y vivía en Bourbilly, á dos leguas de Semur. Su padre, soldado veterano de las guerras de la Liga, y partidario de los principios del Presidente Fremiot, había combatido á su lado desde 1589, en las guerras heroicas de Semur y Flavigni. El hijo había heredado el valor del padre. «Era de carácter muy dulce—dice Bussy Rabutin—y esto le atraía quimeras con hombres brutales, que no concebían cómo sin ser fanfarrón se puede ser valiente; pero él se lo hacía comprender con muy buenas estocadas (2). » A los veinte años

(1) *Vida de la Venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, página 13. Véanse también las declaraciones de la Madre María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Antonia de Sacconay, *super articulo IX*.

(2) *Historia genealógica de la casa de Rabutin*, compuesta por el señor Roger de Rabutin. Esta obra, manuscrita, que contiene interesantes detalles sobre la mayor parte de las personas que deben figurar en esta historia, está en la Biblioteca pública de Dijón.

había tenido ya dieciocho desafíos, y saliendo siempre victorioso, tuvo la suerte de no matar nunca á su adversario. Las guerras de la Liga vinieron á ofrecerle campo más digno de su bizarria; y, en efecto, se le vió brillar en todos los encuentros, y admiró á todos verle en la flor de su edad unir á tanto valor, intrepidez y sangre fría, los más delicados sentimientos del honor, y lo que es más raro, y (á pesar de los referidos desafíos que debían hacer creer lo contrario) una fe profunda y mucha delicadeza de conciencia. Era de un carácter alegre, afable y comunicativo. Hablaba con gracia, cultivaba las ciencias y gustaba de la poesía, ocupándose algunos ratos en componer versos. En una palabra, poseía la fe y el valor de un caballero de la Edad Media, junto con el distinguido carácter y modales de un noble del siglo XVII.

El Presidente Fremiot, que admiró este raro conjunto de buenas cualidades en tan pocos años, le hizo nombrar capitán de las tropas que guarnecían á Semur, creyendo no poder confiar á una espada más leal la guardia de una ciudad adonde se había trasladado el Parlamento para tener sus sesiones, y aun le permitió aspirar á la mano de Juana Francisca.

Esta había cumplido veinte años. «Era—dicen las antiguas *Memorias*—de talle gentil, de aire gallardo y majestuoso, y toda su figura hermosa, llena de gracia natural, y atractiva sin artificio ni afeminación: su carácter era vivo y alegre; su entendimiento claro, despejado y pronto; su juicio sólido, no habiendo en ella nada que fuese voluble ni ligero. En fin, tenía tal reputación, que la llamaban la Perfecta Señora, y sintieron mucho verla salir de Dijón para ir á vivir á Bourbilly (1).» La Madre Chaugy supone, y todos los historiadores repiten, que en Dijón se verificaron las prime-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 12.

ras entrevistas, y se celebró por fin el matrimonio, pero es un error; en esta época la guerra civil estaba en su período más fuerte, y el señor de Fremiot no hubiera podido presentarse aún en Dijón sin arriesgar su vida (1). El contrato de matrimonio, que tuvimos la dicha de encontrar en Annecy, da con este motivo preciosas indicaciones que nos faltaban (2). Se ve en este documento que no se firmó en Dijón, donde la cabeza del Sr. Fremiot puede decirse estaba puesta á precio, ni tampoco en Thotes, en donde «no había más que una mala casa de campo», incapaz de resistir el menor ataque, sino «en el castillo y casa fuerte de Bourbilly», es decir, en casa del joven Barón, pues aunque el hacerlo así era contrario á la costumbre recibida, la necesidad de las circunstancias exigía esta medida de prudencia. Estaban presentes y firmaron el contrato, con los dos futuros esposos, el Sr. de Chantal, padre; el Presidente Fremiot, padre de la Santa; el Sr. D. Juan Fremiot,

(1) *Archivos municipales de Dijón*. Sentencias del Concejo de la ciudad, años 1589, 1590, 1591 y 1592.

(2) Véase la nota núm. 4. En ella damos el texto del contrato de matrimonio, sacado de una nota auténtica. Esta nota se sacó en 1714 por diligencia de la madre de Thesut, Superiora de la Visitación, de Dijón. Se lee en los *Anales de la Visitación*, de esta ciudad, publicados recientemente por el Sr. Abate Colet, Vicario general de Dijón, hoy Obispo de Luzón: «Hacia mucho tiempo que nuestras Hermanas de Annecy buscaban la copia del contrato de matrimonio de nuestra bienaventurada Madre Chantal, por ser necesario este documento para instruir el proceso de su beatificación. Nuestra Madre Magdalena Serafina empleó para buscarle personas entendidas y aficionadas á esta clase de investigaciones. En fin, el contrato se encontró en Epoisses, aldea pequeña cerca de Dijón, adonde se había llevado la oficina del notario de esta ciudad, que le había redactado. Nuestra Madre hizo sacar una copia comprobada, que costó 200 francos.» (*Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 196.) Esta es la copia que aún se conserva en Annecy, y cuyo texto publicamos. No es verdad, no obstante, como dicen los *Anales*, que el contrato de matrimonio haya sido redactado por un notario de Dijón. Se otorgó ante Francisco Boedot, notario real de la bailía de Auxois, con residencia en Epoisses. En cuanto al texto original del contrato, todas nuestras diligencias han sido inútiles para encontrarle.

Prior del Gran Val-des-Choux, su tío paterno, quien probablemente bendijo el matrimonio; el Sr. D. Carlos d'Esbarres Escudero, que vivía en Semur, tío materno de la Santa, y el Sr. D. Juan Jacobo de Neufchezes, Barón de Francs, su cuñado. Se nota la falta del señor D. Claudio Fremiot, su tío, y de Andrés, su hermano; éste residía en París concluyendo sus estudios, y aquél no pudo, sin duda alguna, alcanzar el salvo-conducto de la ciudad de Dijón, que le era necesario para ir á Bourbilly.

El contrato se firmó el 28 de Diciembre de 1592, por la tarde, y «en vista y consideración del futuro matrimonio», y, por consecuencia, no pudo éste celebrarse sino al otro día, 29, y no el 28 mismo, como dice Bussy Rabutin (1). Juana Francisca tenía veinte años, once meses y seis días.

Creo agradará al lector saber las condiciones del contrato. El joven Barón de Chantal poseía ya el territorio de Bourbilly, que pertenecía de derecho al primogénito de la familia, quien entraba en posesión de él al cumplir su mayor edad. Su padre le asignaba, para él y sus herederos perpetuamente, la tierra y señorío de Sauvigny, distante una legua de Bourbilly, con todas sus dependencias y derechos, reservándose el usufructo durante su vida. Su futura hija política, además de la suma de 200 escudos anuales que se la asegurarían sobre lo mejor de los bienes de su futuro esposo, y como por viudedad, debía gozar, mientras viviese, del castillo de Bourbilly. «Además, la dicha futura esposa será alhajada con sortijas y pedrerías por el dicho señor esposo, hasta la suma de 600 escudos, y provista de un coche enjaezado con cuatro buenos caballos». Por su

(1) *Genealogía manuscrita*. «Cristóbal, hijo de Guay de Rabutin, estuvo dos años al lado del Presidente de Fremiot, durante los cuales casó con su hija Juana Francisca Fremiot, en 28 de Diciembre de 1592.»

parte el Presidente Fremiot daba á su hija y la constituía como dote de matrimonio, la suma de 16.666 escudos y dos tercios; es decir, 50.000 libras, suma considerable para aquel tiempo, y de la cual una parte debía ser pagada al contado, y la otra después de la muerte del Presidente.

¿Qué valía, en esta fecha de 1592, el señorío de Bourbilly? Muy difícil es la exactitud en esto. Muchos años después, la nieta de nuestra Santa, la señora de Sevigné, escribía á la señora de Grignan: «Por fin, querida hija, he llegado al antiguo castillo de mis padres, habiendo encontrado en el mismo lugar en donde los dejé, mis hermosos prados, mi pequeño río y mi hermoso molino. Se han podado los árboles que están delante de la puerta, y queda una calle ó paseo muy agradable. El trigo está aquí abundantísimo, pero los *monises* tan raros, que no se encuentra un sueldo. Si no tuvierais trigo os ofrecería de lo mío, porque tengo 20.000 fanegas que vender; posible es aquí morir de hambre sobre montones de trigo; y, sin embargo, he asegurado 14.000 libras y he renovado los arrendamientos, sin rebajar nada, que es lo que principalmente quería hacer aquí. El abate Coulanges apreciaría esta tierra en 100.000 escudos» (1).

Pero cuando la señora de Chantal fué á Bourbilly, estaba muy lejos de valer esto, y aun mucho menos. Todo estaba allí en el mayor desorden. Diez años, á lo menos, habían transcurrido desde que falleció la madre del joven Barón, y desde entonces el castillo, que en parte había sido preciso reedificar, las originalidades y caprichos costosos del anciano señor de Chantal, la juventud de su hijo, la guerra que en esta época todo lo arruinaba, y, sobre todo, esa decadencia inevitable en que cae toda casa en la cual no hay mujer que la go-

(1) Monmerqué, *Cartas de Mad. de Sevigné*, t. I, pág. 110.

bierne, habían disminuído notablemente sus rentas. Los criados saqueaban la casa, los labradores no pagaban los arriendos, y las tierras no daban ningún producto. Para colmo de desdichas, el joven Barón fué herido y hecho prisionero en la guerra, viéndose precisado á pedir prestado para rescatarse, con lo cual había acabado de enredar el mal estado de su fortuna. «Hija mía—escribía la señora de Chantal, treinta años después, á una de sus hijas á quien acababa de casar;—aplicate cuidadosamente al cuidado de tu casa... Si yo no hubiese tenido ánimo para hacerlo desde el momento en que me casé, no sé cómo hubiéramos podido vivir, porque teníamos menos rentas que tú, y 15.000 escudos de deudas» (1).

A estos detalles sobre el matrimonio de Santa Juana, podrían juntarse otros que serían más interesantes. ¿Cómo se preparó á este acto tan serio, á este sacramento tan santo y tremendo? ¿Cuáles fueron su fe, su modestia, su recogimiento, su ardiente oración, en un momento en que generalmente no se lleva á los pies de los altares santos sino un corazón embriagado con las vanas alegrías mundanas? Nada nos dice la historia; sólo sabemos que Juana Francisca aceptó de manos del Presidente Fremiot, su padre, al Barón de Chantal, con el mismo respeto que si Dios se le hubiese presentado, y que al momento le entregó su corazón, consagrándole sus afectos más profundos, tiernos, respetuosos é inalterables, como veremos más adelante. Por su parte el Barón de Chantal admiró las gracias y dones que descubrió en su joven esposa, y demasiado cristiano para no preferir á todas las cualidades de cuerpo y de espíritu las del corazón y la virtud, quedó encantado de las

(1) Archivos de la Visitación de Annecy, *Carta de Santa Juana Francisca de Chantal á su hija Mad. de Toulangeon*, en 1625. Estos 15.000 escudos de oro, valían cada uno 3 libras, lo que hacía 45.000 libras de deudas.

de nuestra Santa, y pagó su afecto con un amor que nada pudo debilitar jamás.

Todos los historiadores están unánimes en este punto. «Los dos esposos—dice uno de los testigos que figuran en el proceso de canonización—ofrecían en Bourbilly el más perfecto modelo de un matrimonio santo; no tenían más que un solo corazón y una sola alma; la Santa rodeaba á su esposo de amor y obediencia, amándole ardiente y tiernamente, y éste la correspondía con el afecto más sincero y sólido, venerándola y honrándola con su más íntima confianza. Esto era público y notorio(1).» «Dios—dice la Madre Chaugy—había formado en el corazón de estos esposos una amistad tan casta, sincera y recíproca, que jamás hubo entre ellos, no solamente disputa ninguna, sino ni aun diversidad de voluntad (2).» Bussy-Rabutin, á pesar de su facilidad en murmurar, habla en este punto como todos los demás. En el magnífico testimonio que vamos á citar, sólo está demás la primera palabra. «Hasta su matrimonio—dice—el Barón de Chantal había sido muy galante, pero encontrando en su joven esposa todos los atractivos de cuerpo y espíritu, se enamoró de ella completamente, y la amó con una ternura inexplicable. Lo que mantuvo constantemente este cariño hasta la muerte, fueron las frecuentes ausencias, más largas aún que las temporadas que pasaba á su lado. Cuando estaba en el ejército ó en la corte, nuestra Santa se entregaba totalmente á Dios; pero, cuando volvía, su esposo la robaba toda su atención (3).»

Estas frecuentes ausencias, de que habla Bussy-Rabutin, eran precisas con motivo de las guerras de Religión, que, principiadas hacía largo tiempo, no tenían

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de Claudio Latour, *super*. art. XIII.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*.

(3) *Vida en compendio*.

trazas aún de concluir. En 1593, Enrique IV, que se preparaba el acto de su abjuración y deseaba dar un golpe decisivo, necesitaba reunir todas sus fuerzas, y acordándose del Barón de Chantal, «á quien amaba y estimaba», mandó á su padre que se le enviase con toda brevedad. El mandato no admitía réplica, y aunque no hacía más que tres meses que se había casado, el joven Barón partió inmediatamente, llevando una carta para Enrique IV, en la cual el anciano Sr. de Chantal se disculpaba con su Príncipe por haber detenido á su hijo tanto tiempo en Borgoña, así como de enviarle mal equipado, solicitando con nobleza la generosidad del Rey (1).

La tarde de su partida fué cuando los jóvenes esposos, paseándose por la hermosa calle de árboles de Bourbilly, tuvieron aquella larga conversación, muy abreviada, por cierto, en las precedentes historias de la Santa, en que el Barón de Chantal rogó á su santa esposa se encargase de la administración de todos sus bienes;

(1) *Genealogía manuscrita*. Se nos permitirá citar los últimos renglones de esta carta. Desgraciadamente tendremos que hablar más adelante bastante mal de este anciano Barón, para que dejemos de hacerle ahora la justicia de mostrarle bajo el aspecto de generosidad, fidelidad y altivez que eran como el sello de la antigua nobleza francesa. «En cuanto á mi hijo, decía el anciano Barón de Chantal al concluir, tengo, señor, gran disgusto, atendiendo á quien es, y al honor que le hacéis al estimarle y tenerle en algo, de que mi fortuna, agotada con los precedentes servicios, no acompañe á mi sincera y fiel adhesión, no pudiendo sacar nada de lo poco que me queda sino con la punta de la espada. Esto, señor, podéis suplirlo ó remediarlo con vuestra liberalidad, dando á este joven, tan sinceramente adicto á V. M., medios para acompañaros y seguirus á las heroicas y magníficas hazañas como á las virtuosas empresas, con las cuales queréis inmortalizar vuestro nombre. Siento mucho el largo tiempo que se ha detenido, y que ha sido mucho más de lo que yo hubiera deseado, porque sus antiguas heridas se le abrieron de nuevo por mucho tiempo, y siéndome preciso casarle por los negocios de mi casa, ruego que todo esto le sirva, como á mí, de excusa, si, como viejo caballero francés, hablo con la franqueza propia de la antigua nobleza francesa. Ruego á Dios, señor, os conceda salud y prosperidad, así como feliz y larga vida.»

ésta se resistía alegando su inexperiencia, la inclinación que la impulsaba á dedicarse exclusivamente al servicio de Dios, como también la imposibilidad—decía—de unir una vida de recogimiento y oración, con el tráfico y bullicio de tan gran casa; pero el Barón fué refutando poco á poco sus objeciones, y mostrándola que no hay incompatibilidad ninguna entre estas cosas la citó la Sagrada Escritura, que dice: «La mujer sabia edifica su casa, y la mujer fuerte pone su mano en cosas útiles», y coronó sus hermosos argumentos con la relación del ejemplo dado por su misma madre, mujer de alta alcurnia y de mayor virtud, criada en la corte, de donde no conservó más que los honores y la finura más delicada. Esta señora se dedicó desde su llegada á Bourbilly á gobernar su casa y poner en orden sus dependencias, arregló todos los negocios, y en tiempos muy calamitosos la preservó de una ruina completa. En medio de todos sus afanes, supo unir á la inteligente y varonil firmeza de su gobierno en los intereses materiales, la piedad más tierna y heroica, como se vió—decía el joven Barón—á la hora de su muerte, porque atacada de un cáncer en el pecho, que sufrió en silencio años enteros, dominándose hasta el extremo de no descubrir á nadie sus dolores, y teniendo que hacerle una operación horrible, como se la quisiese atar, dijo estas hermosas palabras: «La razón y la conciencia son las ataduras más fuertes para una mujer cristiana; no tengáis cuidado, estoy acostumbrada á sufrir mirando á mi Jesús crucificado.» Efectivamente, no exhaló una queja, ni habló una sola palabra, levantando los ojos al cielo mientras le quemaban las carnes vivas. La operación fué desgraciada y murió poco tiempo después, dejando á todos indecisos sobre qué habían de admirar más en esta mujer heroica, si su paciencia, su modestia ó su mucha caridad.

Este tierno relato, mezclado con las lágrimas de la

despedida, hizo mucha impresión en la señora de Chantal, que prometió á su esposo corresponder á la confianza que le manifestaba, encargándose de la dirección de todos sus bienes, y desde este momento se vió brillar en nuestra Santa ese genio práctico que aún no había tenido ocasión de manifestarse, y que además de su virtud constituirá la grande gloria, el lustre inmortal de Santa Juana Fremiot.

Debiendo durar la ausencia del Barón unos cuatro ó cinco meses, resolvió aprovecharla para arreglar y poner en el castillo el orden que de todo punto faltaba, y empezó su reforma por los criados. Persuadida de que el ejemplo vale mucho más que las palabras, y á fin de ejercer la más exacta vigilancia, tomó el partido de levantarse como ellos á las cinco de la mañana. Los dirigía ella misma en el ejercicio de la mañana, y quería que pudiesen todos oír diariamente la Misa. Con este fin mandó que la Misa de fundación que debía decirse en el castillo, y que desde que murió su virtuosa suegra no se decía, se celebrase diariamente muy de mañana en la capilla. De este modo todos los criados, aun los que iban al campo, podían oírla. Por la noche, antes de acostarse, hacía la cuenta del trabajo del día. Muchas veces, la señora de Chantal, durante el día, tomaba su labor y se iba á hilar ó coser con sus criadas, y aprovechaba este tiempo para ilustrar dulcemente sus espíritus con sus piadosas conversaciones, en que las enseñaba á conocer y amar á Dios. El domingo los llevaba á todos á la Misa de la parroquia, y para que pudiesen ayudar á cantar el Credo con más solemnidad, les enseñaba á los que veía con buena voz y disposición. Sucedió muchas veces que mientras les daba esta lección, que solía ser regularmente en las cocinas ó en las quintas, se llenaba de un santo entusiasmo, y no pudiendo contenerle en su pecho, exclamaba: «¡Oh y qué felices seríamos si vertié-

semos toda nuestra sangre por la fe! Pero no somos dignos de esta dicha y debemos humillarnos mucho. Había recibido—dice la Santa—estos sentimientos en los días de mi infancia, y siempre los he sentido crecer en mí.» (1)

Trataba á sus arrendadores casi como á sus criados. Todos los meses se le habían de presentar para traer el rédito y recibir sus órdenes. Se ha notado como un rasgo característico de su talento práctico, que siempre les daba por escrito sus órdenes, al menos cuando tenían alguna importancia. De este modo no podían pretextar el olvido, ó no haberlo entendido ni comprendido, y mucho menos era posible cambiarlas ó alterarlas. No contenta con esto, montaba á caballo é iba á sorprender á sus renteros, aun en las más lejanas quintas. Sorpresas agradables, por otra parte, porque la joven Baronesa tenía el talento de hacerse obedecer, pero poseía en más alto grado el de hacerse amar.

Obrando de este modo se previenen las faltas, y no hay ninguna que reprender. «Es una gran prueba de su prudencia y dulce gobierno, el que en ocho años que estuvo casada (dicen sus biógrafos), y nueve que pasó en el mundo después de viuda, no mudó de criados ni criadas, exceptuando dos que despidió porque no pudo conseguir se enmendasen de algunos vicios á que se habían entregado. No gastaba mal humor con sus criados ni gritaba para darles sus órdenes. Sola su virtud la hacía temer y amar. En una palabra, su casa era la morada del honor, de la paz, de la educación, de la cristiana piedad y de la alegría verdaderamente noble é inocente.» (2)

Tal vez parecerá raro que insistamos tanto en estos

(1) Declaración de la Hermana María Valentina de Bellair y de la Madre Rosalia Greyffé.

(2) *Memorias de la Madre Chaugy*, pág. 20.

detalles, que parecen muy pequeños respecto á una historia que debe contarnos escenas tan dramáticas. Pero Bossuet dice magníficamente que «estas cosas tan sencillas de gobernar la familia, edificar á los criados, cumplir con la justicia y la misericordia, hacer el bien que Dios quiere, y sufrir los males que envía, son las prácticas comunes de la vida cristiana, que Jesucristo alabará en el último día delante de los ángeles y delante de su Padre celestial. Las historias se abolirán con los imperios (dice con su acostumbrada elocuencia), y nada se hablará ya de todos esos brillantes hechos de que están llenas.» (1)

Por otra parte, estas costumbres iban siendo más raras al fin del siglo XVI. El amor á la casa y á los cuidados domésticos, que en todas partes se encontraba en la sociedad cristiana, y de que se vanagloriaban las mujeres de la clase media y de la nobleza, va decayendo en el siglo XVII para desaparecer enteramente en el XVIII. Una vida ociosa y negligente es de buen tono; la dueña de la casa no se ocupa en su cuidado, porque creería rebajarse de su clase; es moda levantarse muy tarde, cambiar tres ó cuatro veces al día de traje, pasar las horas en visitas por el día y las noches en el juego; esto es lo que se llama vivir como nobles.

La señora de Chantal tenía, no solamente un alma grande y virtuosa, sino también un talento demasiado claro para dar en tal locura. Su traje, tan modesto antes de casarse, lo fué después mucho más. Viéndose en el campo y al frente de una gran casa, dejó los adornos preciosos de su juventud, los vestidos de seda que tenía derecho á llevar como noble señora (2), y se vistió con las telas más comunes.

(1) *Oración fúnebre del Príncipe de Condé*, segunda parte.

(2) *Isambert: Colección de leyes de Enrique III y Enrique IV sobre los vestidos.*

Pero en esto, como en todo, se advierte en nuestra Santa el delicado afán de no hacer nada que pudiese desagradar al Barón de Chantal. «No llevaba—dice uno de los testigos que declararon en el proceso de su canonización,—sino vestidos de lana, excepto cuando creía no deber rehusar á su esposo el gusto de verla con los de seda y oro que le habían hecho para su matrimonio.» (1) «Por lo demás—dice la Madre de Chaugy,—lle-
vaba sus vestidos de lana con tal gracia, tan limpios y arreglados, que parecía más adornada cien veces que otras que arruinan sus casas con su lujo y perifollos. Así—dice también la madre de Chaugy con su gracia acostumbrada,—no tenía necesidad de mendigar el brillo de su hermosura á los adornos del traje.» (2) La hermosura de su alma se reflejaba en su rostro, el cual resplandecía con esa mezcla de inocencia y de modestia que no puede compararse con nada.

Al tiempo mismo que renunciaba á la vanidad, la Baronesa de Chantal se consagraba al trabajo. «Sus dedos—dice uno de sus biógrafos,—no descansaban. Cuando, por la mañana, después de oír Misa, había visitado las cocinas, los patios y aun algunas veces las granjas más apartadas, y cuando había dedicado á todas estas dependencias esa mirada del amo que todo lo hace prosperar, se la veía volver alegre y amable y tomar en seguida su labor, que no interrumpía sino por necesidad ó cuando tenía visitas, y aun en este caso era preciso fuesen personas de cumplido, pues si no lo eran hacía traer su mesita, y después de una amable excusa continuaba trabajando.»

En una vida tan útilmente ocupada, no había espacio para leer esas novelas perniciosas que empezaban

(1) *Declaración de la Madre María Amada de Sonnaz. Id. de la Hermana María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Francisca de Gruel, sup. art. 16.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 17.

á correr con profusión. Es público que la literatura del siglo XVI resucitaba inmoral y excéptica; Montaigne se había burlado de todo, y todo lo había manchado Rabelais. Muchos de sus discípulos procuraban imitar la risa del uno y el estilo libertino del otro. Los hombres graves lamentaban este desorden, y el mismo San Francisco de Sales, con toda su dulzura, no puede contenerse y truena hablando de «esos libros que las cabezas huéras admiran, por las vanas sutilezas que en ellos aprenden: como el infame Rabelais y ciertos escritores de nuestros días, que hacen profesión de dudar de todo, de despreciarlo todo y de mofarse de todas las máximas de la antigüedad» (1). Aunque el anciano Barón había pasado su vida en los campamentos, había, no obstante, reunido en el castillo cierto número de estos libros, unos frívolos y otros licenciosos para pasar con menos disgusto las largas noches de invierno. La señora de Chantal los hizo quemar todos con horror, no queriendo ni aun tocarlos con el pie. «Sus lecturas diarias eran las vidas de los Santos y los Anales de la historia de Francia» (2). Leía con gusto estas historias, manantial de emociones verdaderas, sencillas y profundas, donde aprendía á conocer y amar cada día más á la Iglesia y á la Francia, estas dos patrias del cielo y de la tierra, cuyo amor hace latir todos los corazones.

El servir á los pobres contribuía á dar ocupación y santificar una vida tan llena ya de buenas obras. Todos los días, después de comer, recibía á la puerta del castillo á cuantos pobres venían á buscar su alimento. Tomaba con sus manos las escudillas que traían y las llenaba de sopa; les cortaba el pan, y los servía con tanto gusto como si fueran hijos suyos. Se notó muchas veces que durante la comida de los pobres, se ponía de repente

(1) *Carta á un caballero que iba á seguir la Corte, 8 de Diciembre de 1630.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 18.*

pensativa y silenciosa, dejando correr lágrimas por su rostro, oyéndosela decir: «He tenido hambre, y me disteis de comer.» Si alguno de sus pobres diarios faltaba á la cita, ó si la señora Juana (era una de las más antiguas criadas del castillo, á quien se llamaba así por respeto á su virtud aún más que por sus años), había descubierto «alguna nueva miseria», partía apresurada, por mal tiempo que hiciese, penetrando con respeto en las cabañas más ahumadas y sucias, les daba pan, vestidos y remedios; se lo distribuía con tan buenas palabras, con un rostro tan afable que, según la tierna expresión de los pobres de Bourbilly, *era un gusto estar enfermo, por tener el consuelo de verse visitado por la Santa Baronesa.*

Uno de los testigos oídos en el proceso de canonización, Juana Pouthiot, antigua pastora del castillo de Bourbilly, dió acerca de estos actos de caridad de la señora de Chantal detalles encantadores, desconocidos hasta aquí y del más vivo interés. Después de haber prestado juramento en manos de los notarios apostólicos, y declarado había nacido en Bourbilly y tener noventa años, examinada por ellos, y reconocido que, á pesar de su avanzada edad, gozaba de su entero juicio y perfecta memoria, «*declara* que ha visto hace unos sesenta y cinco á la señora Juana Francisca Fremiot en su castillo y casa fuerte de Bourbilly; que toda la ocupación de dicha señora era servir á los pobres enfermos de la aldea de Bourbilly, ayudarles con sus propios bienes, haciendo á cada uno una limosna extraordinaria en su expresado castillo. Además de esto, la referida señora tenía siempre un puchero separado, lleno de carne y caldo, destinado sólo para darlo de caridad á los pobres enfermos; que la misma señora llevaba personalmente los caldos y los alimentos á los dichos pobres enfermos de Bourbilly, á los cuales daba todos los socorros posibles, levantándoles, limpiándoles la basu-

ra y haciéndoles las camas.» Todo lo cual, la dicha Pouthiot ha visto hacer y practicar á esta señora con los nombrados aquí abajo, en tiempo de su enfermedad, que era contagiosa, á saber: con Celso Benigno Piverneau, Pedro Chaillot, Auberto Piverneau, Magdalena Fardeau, mujer de Francisco Milletot, labrador de Bourbilly, y otros en sus casas, cuidándoles y vistiéndoles con sus propias camisas como á sus hijos.» (1)

Otro testigo, Brígida Baubis, hija política de Margarita Potot, criada de la Santa, después de haber contado los mismos hechos, añade otros que son aún más admirables. Preguntada, bajo la fe del juramento, por los comisarios apostólicos, y reconocida también de razón perfecta y de buena memoria, á pesar de sus setenta años, declaró: «Que la dicha señora de Chantal manifestaba sobre todo su caridad con las mujeres en el tiempo de sus partos. Se acuerda haber oído decir muchas veces á Margarita Potot, su suegra, que acompañaba siempre á esta señora á las casas de las mujeres que estaban paridas ó se encontraban de parto, que convidaba á la dicha Potot, su criada, á ejercitar siempre esta caridad, y con esta condición le dió muchos bienes; que durante tres meses que la llamada Magdalena Fardeau, mujer de Francisco Milletot, labrador del dicho Bourbilly, estuvo enferma de resultas de un parto, la expresada señora no dejaba de ir diariamente á cuidarla; acompañada de la dicha Potot, su criada, la llevaba caldos y otros alimentos; y no contenta con esto, la misma señora la sostenía y cuidaba, hasta el extremo de quitarla la basura y porquería, limpiándola y lavándola como si hubiera sido su hija, y poniéndola sus mismas camisas.» (2)

El rasgo siguiente, contado por los mismos testigos

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) *Ibid.*

es aún más hermoso. Una tarde vinieron á decir á la señora de Chantal que la mujer de Antonio Rigal, labrador de Bourbilly, estaba muy mala de parto, y que por ser muy laborioso se temía por la vida del hijo y de la madre. La Santa sale apresuradamente y pasa parte de la noche cuidando á la pobre mujer, que parecía no tener ya remedio; pero instada por todos los que allí estaban, consiente en retirarse para ir á descansar un rato. Pocos instantes después de haber salido, la pobre doliente mejora sensiblemente, y el parto, aquel parto que debía, según la opinión de todos, acabar con la vida de la madre, se verifica como por milagro. Júzguese de la alegría de Antonio Rigal. Pero ¿qué diremos de su reconocimiento y admiración cuando, al abrir la puerta de su choza, se encuentra de rodillas en el suelo, á la mitad de la noche, y á su misma puerta, á la Santa Baronesa de Chantal, que creía ya en su casa, y á quien conoce deber la vida de su mujer y de su hijo? Escenas son éstas que no se encuentran sino en la vida de los Santos, y cuando se piensa que la que practicaba estos actos de caridad heroica tenía veintitantos años, un nombre ilustre, una brillante fortuna y cuanto incita al alma para gozar de la vida, se siente uno con los ojos bañados en involuntario llanto, bendiciendo á Dios, que es admirable en sus Santos.

Muchas veces, al volver de sus correrías, otros desgraciados esperaban á la señora de Chantal. Como señor de Bourbilly, el Barón de Chantal ejercía el cargo de Juez, y ya por un delito, ya por otro, se encerraba á los paisanos en las cárceles del castillo. Nuestra Santa era el ángel de estos desdichados. Si la falta era ligera, iba á buscar al señor de Chantal, y con sus ruegos y caricias alcanzaba la libertad del preso. Algunas veces también aprovechaba estas ocasiones para hacer á su esposo dulces reconvenciones sobre su genio vivo. «Verdad es—decía éste—que soy un poco vivo, pero

vos sois buena en demasia.» Si, por el contrario, la falta era grave, y el señor de Chantal estaba inflexible, iba en secreto á visitar y consolar al preso; y como el calabozo era húmedo y malsano, cuando por la noche se habían acostado los criados le hacía salir muy calladito y le llevaba á un cuarto donde le había dispuesto una buena cama. Al otro día por la mañana le volvía á su cárcel, y con el corazón rebosando de la alegría que acompaña á todo acto de abnegación, iba con la sonrisa en los labios á dar los buenos días al señor de Chantal (1).

Mientras que nuestra joven Santa derramaba así la fortaleza y ternura de que su corazón estaba lleno, supo de repente una noticia que la conmovió profundamente. Margarita, su hermana mayor, que, como recordará el lector, había venido de Poitou á Borgoña para asistir á la boda de Juana, no se había vuelto, y continuaba viviendo, ya en Bourbilly, ya en Semur, en casa del Presidente, su padre, en donde de improviso había sido atacada de un mal tan repentino y terrible, que el Sr. de Fremiot escribía á su hija viniese lo más pronto posible, si quería verla viva y abrazarla. La señora de Chantal fué precipitadamente, y llegó en los momentos en que iba á concluir su existencia. Margarita sólo contaba veintitrés años, tenía tres hijos pequeños, y estaba embarazada de seis meses del cuarto. Para colmo de desgracias, el Sr. Barón des Frans, que padecía ya de la enfermedad á que debía sucumbir tan pronto, estaba tomando las aguas medicinales (2). ¡Júzguese del dolor de la Santa con golpe tan terrible! Amaba tiernamente á Margarita, de quien casi nunca se había separado, y había vivido siempre con ella en

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup.* art. 14.

(2) *Diario del consejero Breunot*, 19 de Junio de 1593.

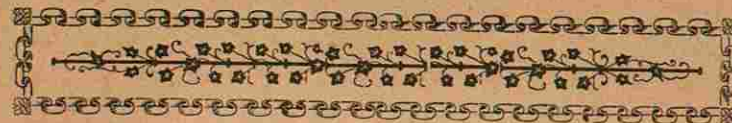
la unión más íntima y tierna (1). Así la lloró amargamente, y mientras volvía el Barón des Frans, se llevó á los huerfanitos á su castillo de Bourbilly (2).

A esta pena sucedieron otras dos, más sensibles aún al corazón de la Santa, pero sobre las cuales las pesquisas más minuciosas no han podido conseguir darnos el menor detalle. Por dos veces, en 1593 y 1594, tuvo la felicidad de ser madre, y las dos veces vió morir á sus hijos en el momento de salir de su seno, probando así, casi de golpe, lo más inefable y elevado de la alegría con lo más amargo y desgarrador del dolor. Dios principiaba ya á probar á su sierva, acercando á sus labios el cáliz de amargura que debía beber después á grandes tragos. Pero no hacía más que acercárselo, y antes de que llegase la hora de las grandes pruebas la concedía aún seis años de pura y perfecta felicidad. Fué madre cuatro veces, y vió bendecida su tierna unión con el Barón de Chantal con un hijo y tres hijas. El lector gustaría de saber cuáles eran los sentimientos que llenaban el alma de nuestra joven Santa cada vez que el Señor la concedía la gran bendición de la maternidad. ¡Qué reconocimiento por esta gracia! ¡Qué amor á la inocente alma que se la confiaba! ¡Qué aumento de piedad, de pureza, de intención! ¡Qué delicadeza y qué unción tan íntima con Dios para no inspirar á este pequeño ser sino las más santas inclinaciones! Desgracia-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 12.

(2) Véase en Epoisses, en la oficina del Sr. Jacobo, notario, el original de un contrato de matrimonio de 29 de Agosto de 1601, al pie del cual se ve la firma de la señora de Chantal. Es el contrato de matrimonio de la antigua ama de llaves de la Baronesa des Frans, que nuestra Santa había traído á Bourbilly con los hijos de su hermana, y que no dejó ya á su nueva ama sino para casarse en 1601. Santa Juana Francisca firma el contrato y hace un regalo á la novia. Se ve por este contrato que el Barón des Frans había ya fallecido en el expresado año de 1601, y que el Sr. Presidente Fremiot era tutor de los niños huérfanos.

damente, la historia sobre este punto es sumamente lacónica. Unicamente sabemos que la primera acción de la señora de Chantal en el momento de nacer sus hijos era tomarlos en sus brazos, levantarlos hacia el cielo para consagrarlos á Dios y ponerlos bajo la protección de la Santísima Virgen. Sabemos también que á pesar de ser joven, de salud delicada y encargada del cuidado de una gran casa, quiso criar á sus hijos con su leche. Aquí terminan nuestras noticias, y por tanto, será menester esperar algunos años para conocer á la señora de Chantal como madre. La veremos entonces presidir por sí misma á la educación de sus hijos, formarlos en su adolescencia y juventud, depositando en sus corazones esos principios de sólida virtud que no olvidará nunca su hijo, aun entre la vida disipada de la corte y del ejército, y que harán de sus hijas tan amables y firmes cristianas en el mundo.



CAPÍTULO III

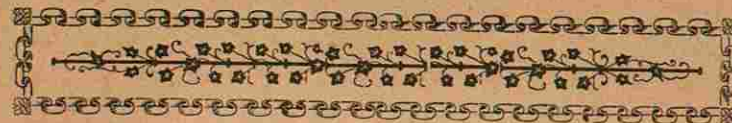
La señora de Chantal en medio de los placeres y honores del mundo. Triunfo de Enrique IV y su entrada en Dijón. Primeros milagros de Santa Juana Francisca Fremiot. Muerte del Barón, su esposo.

1595-1601

No se crea que la señora de Chantal vivía en una profunda soledad en el castillo de Bourbilly únicamente ocupada en el cuidado de sus hijos, criados y domésticos. La vida que en aquella época se pasaba en los castillos era, al menos durante una parte del año, muy variada y animada. Los señores no tenían aún la costumbre de dejar sus dominios para vivir en ciudades. Retirados en sus castillos, cuya soledad les molestaba muchas veces, salían de ellos sin cesar: en el verano para ir á la guerra, lo que era aún el mayor placer de la nobleza, que podemos calificar de resto de la caballería moribunda, y en el invierno para entregarse á la diversión del juego ó de la caza, ó sola y sencillamente para buscar el trato agradable de amigos y conocidos, pues la sociedad más culta y fina, al fin del siglo XVI, principiaba á buscar y gozar de los encantos de la buena conversación.

En este concepto, el castillo de Bourbilly estaba colocado en una situación admirable. Era una hermosa posesión reedificada hacía muy poco tiempo por el anciano

damente, la historia sobre este punto es sumamente lacónica. Unicamente sabemos que la primera acción de la señora de Chantal en el momento de nacer sus hijos era tomarlos en sus brazos, levantarlos hacia el cielo para consagrarlos á Dios y ponerlos bajo la protección de la Santísima Virgen. Sabemos también que á pesar de ser joven, de salud delicada y encargada del cuidado de una gran casa, quiso criar á sus hijos con su leche. Aquí terminan nuestras noticias, y por tanto, será menester esperar algunos años para conocer á la señora de Chantal como madre. La veremos entonces presidir por sí misma á la educación de sus hijos, formarlos en su adolescencia y juventud, depositando en sus corazones esos principios de sólida virtud que no olvidará nunca su hijo, aun entre la vida disipada de la corte y del ejército, y que harán de sus hijas tan amables y firmes cristianas en el mundo.



CAPÍTULO III

La señora de Chantal en medio de los placeres y honores del mundo. Triunfo de Enrique IV y su entrada en Dijón. Primeros milagros de Santa Juana Francisca Fremiot. Muerte del Barón, su esposo.

1595-1601

No se crea que la señora de Chantal vivía en una profunda soledad en el castillo de Bourbilly únicamente ocupada en el cuidado de sus hijos, criados y domésticos. La vida que en aquella época se pasaba en los castillos era, al menos durante una parte del año, muy variada y animada. Los señores no tenían aún la costumbre de dejar sus dominios para vivir en ciudades. Retirados en sus castillos, cuya soledad les molestaba muchas veces, salían de ellos sin cesar: en el verano para ir á la guerra, lo que era aún el mayor placer de la nobleza, que podemos calificar de resto de la caballería moribunda, y en el invierno para entregarse á la diversión del juego ó de la caza, ó sola y sencillamente para buscar el trato agradable de amigos y conocidos, pues la sociedad más culta y fina, al fin del siglo XVI, principiaba á buscar y gozar de los encantos de la buena conversación.

En este concepto, el castillo de Bourbilly estaba colocado en una situación admirable. Era una hermosa posesión reedificada hacía muy poco tiempo por el anciano

Barón de Chantal, y adornada interiormente á sus expensas con todo el lujo y gusto de su época. Visto por fuera el castillo, al que rodeaba una fuerte muralla gótica flanqueada de torres en sus cuatro ángulos, formaba un cuadrado en cuyo centro había un patio; un puente levadizo cerraba su entrada, á la que se llegaba por una calle de añosos árboles. Desviado de su curso, un pequeño río próximo, el *Serain*, bajaba al valle, le atravesaba, esparcía la frescura en los prados, y después de haber llenado los fosos del castillo, detenido de repente por una fuerte barrera, se precipitaba en una especie de garganta estrecha, convirtiase en torrente formando algunas cascadas, y, corriendo hacia la llanura, movía las ruedas de una porción de molinos. Alrededor del castillo había prados celebrados por su fertilidad, colinas cubiertas de viñas de pintoresco aspecto, y á lo lejos se divisaban grandes bosques llenos de caza.

La vecindad de una docena de castillos diseminados por los bosques, pertenecientes á señores de opinión realista, parientes ó amigos de las dos familias de Fremiot y de Chantal, aumentaba los atractivos de esta hermosa posesión. En Vicde-Chassenay, primero, en la parroquia misma de Bourbilly, vivía el Sr. Bourgeois de Crépy, Presidente del Parlamento de Borgoña, que había abrazado con ardor el partido del Sr. Fremiot, y que ya hacía años vivía con él en la mayor intimidad. Sus dos hijas, Margarita, casada con el hijo del primer Presidente Bruslard, y Rosa, que fué después Abadesa de Puyd'Orbe, eran muy piadosas y amigas de niñez de nuestra Santa. Un poco más lejos, en Epoisses, vivía Luis de Ancienville de Bourdillon, bizarro militar que tomó mucha parte en las guerras de la Liga, y á quien Enrique IV recompensó erigiendo en marquesado su tierra d'Epoisses. En sus manos juró la señora de Chantal fidelidad, é hizo pleito homenaje á la muerte de su

marido. La mujer del Marqués d'Epoisses, Claudia de Sauix, era hija del Mariscal de Tavannes y hermana del ilustre Guillermo de Tavannes, que, con el señor de Fremiot, había levantado en Borgoña el estandarte de Enrique IV. Los monumentos contemporáneos la llaman «el *Fénix* de su siglo y el *modelo* de esposas fieles.» Merecía, en efecto, por la bondad de sus irrepreensibles costumbres y gran virtud, ser una de las amigas más íntimas y queridas de nuestra Santa.

El mismo Guillermo de Tavannes vivía á poca distancia; su castillo de Corcelle-les-Semur no distaba más que dos leguas de Bourbilly, adonde iba continuamente, haciendo las delicias de sus habitantes. Joven aún, casado hacía poco con la hija única del ilustre Chabot-Charny, el Conde de Tavannes, Lugarteniente general, que había salvado á la Borgoña de los horrores de la San Barthélemy, y ya célebre por su valor como soldado y por su destreza como General, lo era también por su talento cultivado. Manejaba la pluma tan bien como la espada. Durante el invierno escribía sus hazañas de primavera y de verano. Sus *Memorias*, que componía entonces, y de las cuales algunas páginas debió escribir después de algunos ratos de conversación con la Baronesa de Chantal, tienen el sello de la lealtad y de la modestia, y hacen amar más al hombre que admirar al General. Al contar aquellas batallas, tan rápidas como victoriosas, aquellos asedios tan felices, aquellas estratagemas tan hábiles, se olvida sin cesar á sí mismo. «Alabado sea Dios», es su sola y constante palabra. Abandonado después por Enrique IV, por quien lo había sacrificado todo, no se permite una queja. *Parte de mis servicios*—dice—*no han sido agradecidos; pero no se debe acusar á S. M., sobre quien pesaban tantos negocios.* En toda ocasión es igual á sí mismo; siempre sencillo, modesto, desinteresado y pronto á derramar hasta la última gota de su sangre para procurar la paz; y

cuando esta paz está firmada, se tiene por feliz de que no se le haga caso y de que no se tenga necesidad de él, prefiriendo la felicidad de la patria, que deja ociosa su espada, á las guerras civiles, que la harían útil y aun necesaria. Este era Guillermo de Tavannes, digno de ser el encanto de una sociedad de la que Santa Juana Francisca era el alma. Su joven esposa, que reunía á su mucha piedad un gran talento, no era menos digna de ser amiga de nuestra Santa. Este era en Bourbilly el círculo íntimo y acostumbrado; pero se aumentaba sin cesar por las delicadas atenciones de la señora de Chantal, que deseosa de complacer á su esposo, y sabiendo que le agradaba la sociedad, en la cual brillaba mucho, tenía gusto en multiplicar convites. En estos casos se veía llegar al castillo á Imberto de Marcilly, señor de Cypierre, Gobernador de Semur; á Francisco de la Madeleine, Marqués de Ragny, con su ardiente é intrépida esposa; á Joaquín Dindeville, que vivía en el castillo de Grignon, ocupado entonces por las tropas del Conde de Tavannes; á Jacobo de Chaugy, cuya sobrina transmitirá á la posteridad los anales del origen de la Visitación; á D'Anlezy, señor de Chazelles, que con un imprudente arcabuzazo pondrá fin ¡ay! á todas estas reuniones; y otros muchos señores, cuyos castillos ruinosos son aun hoy día el encanto y adorno de aquella hermosa comarca.

Todo el tiempo que el Sr. de Chantal no estaba en el ejército había casi todos los días nuevas diversiones en el castillo. Por la mañana, grandes cacerías en los bosques de Bourbilly; á la noche todos se reunían delante de las grandes chimeneas del castillo, en una grande y antigua sala adornada con cielos rasos pintados, que hoy se borran, y escudos heráldicos, entre los cuales se distinguen todavía los blasones de los Rabutin.

¿Qué era la señora de Chantal y cómo aparecía en

medio de estas reuniones? Bussy-Rabutin nos lo dice en una hoja que se le atribuye, y que es tanto más preciosa, cuanto que la Baronesa de Chantal está retratada allí en sus relaciones con el mundo, en una época en que su virtud no había derramado su último resplandor, y en que la mujer no había aún desaparecido bajo la aureola de la Santa.

«La Baronesa de Chantal era hermosa y tenía mucho atractivo. Era de estatura más que mediana, pelo negro, rostro ovalado, ojos grandes, negros y vivos, cutis fino, terso y muy blanco; tenía labios encarnados y una sonrisa encantadora; fisonomía majestuosa, moderada, con un aire marcado de dulzura; la mirada muy agradable y llena de fuego é inteligencia. A todos estos encantos exteriores unía las más felices cualidades de alma y corazón. Juntaba todas las virtudes que forman una cristiana piadosa con los atractivos que hacen amable á una mujer. Su alma era generosa y fuerte, su modestia y dulzura incomparables; su espíritu cultivado y alegre, su imaginación viva y fina su conversación. Las menores bagatelas eran interesantes en su boca; se chanceaba algunas veces, pero pronto volvía á su natural, algo grave (1).»

(1) Manuscrito perteneciente al monasterio de Annecy, en 4.º menor. Acabamos de encontrar en el monasterio de Maçon un hermoso retrato de Santa Juana Francisca, vestida de religiosa, pero de un aspecto muy joven, en el cual se observan todos los rasgos característicos de la descripción de Bussy. La tradición de las más antiguas religiosas era que la señora de Chantal estaba en este retrato vestida de señora seglar, y que le pintarían después el hábito religioso que lleva hoy. Pero bien estudiado el cuadro y la pintura con el mayor cuidado por el Sr. Surigni, no es posible—dice—creer verdadera esta tradición, y lo que parece más probable es que este retrato se hizo antiguamente por un retrato original en que la Señora de Chantal, joven aún, estaba vestida de señora, y el pintor, después de copiar exactamente el rostro, la ha puesto el hábito religioso, el corazón y el Crucifijo, emblemas ordinarios de nuestra Santa. ¿Dónde está ahora el retrato original de que se sacó éste? ¿Quién podría decirlo? Mientras le encontramos, pues no estamos desesperanzados de lograrlo, este retrato de Maçon tiene mu-

En todos estos rasgos debe notarse ese espíritu cultivado y alegre, esa conversación viva y fina, esas bagatelas interesantes en su boca, esa seriedad en las chanzas, y, en fin, la reunión de las virtudes que forman una cristiana piadosa, y esos mil atractivos que hacen amable á una mujer. La madre de Chaugy, que se ocupa muy poco de este punto de vista, muy secundario á sus ojos, pero muy importante á los nuestros, habla lo mismo exactamente que Bussy-Rabutin. Nos pinta á la señora de Chantal como el encanto de todas las sociedades por la viveza y gracia de su carácter, así como santificando las fiestas religiosas con su fervor y su fe. Si se preparaba una diversión, se ocupaba en ello con su ordinaria vehemencia, pero sin manifestar su deseo, y procuraba que no se pensase en verificarla en domingo. Si se debía muy temprano ir á cazar en día de fiesta, media hora antes de emprender la marcha estaba en la capilla un sacerdote pronto para decir la Misa; imposible era á los cazadores dejar de oirla. Si en domingo se reunía mucha gente en el castillo, la señora de Chantal manifestaba su deseo de ir á la parroquia á oír la Misa mayor; se hacían algunas objeciones y el señor de Chantal, por atención y política con los convidados, la representaba «que se cumplía lo mismo el precepto oyéndola en el castillo que en la parroquia, y que ésta estaba lejos; mas nuestra Santa respondía «que la nobleza debe dar el ejemplo al pueblo, y que, por otra parte, tenía mucho gusto en orar con todo el pueblo.» ¿Cómo resistir á razones semejantes? Toda la gente se levantaba y seguía á nuestra amable Santa á la parroquia (1).

cho valor. Nos hace conocer á la señora de Chantal á la edad de veintisiete ó veintiocho años, y sirve de contraprueba á la descripción de Bussy.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 17. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *sup.* art. XII.

Esta mezcla feliz de amenidad y piedad y, como nos acaba de decir Bussy-Rabutin, esta unión de los atractivos que hacen á una mujer amable con las virtudes que la hacen Santa, eran tan marcados en la señora de Chantal, que los caballeros y señoras de la vecindad la habían caracterizado, como hemos dicho ya, con el sobrenombre de la Perfecta Señora.

Estas eran las escenas de invierno y otoño; la primavera y verano eran muy diferentes. El Barón de Chantal reunía y armaba su gente, iba á juntarse con el Conde de Tavannes, el Marqués de Ragny y el señor de Cypierre, y á las órdenes del Mariscal de Aumont, primero, y después á las del Mariscal de Biron, ponían sitio á Chalons, Autun ó Beaune. En todo este tiempo la señora de Chantal no salía del castillo. No toleraba juegos, cazas, ni diversiones. Cercenaba aun en el adorno de sus vestidos, á pesar de su sencillez, y si se le decía algo sobre esto, respondía: «¡Ay de mí! no me habléis de este asunto; los ojos á quien yo debo agradar están cien leguas de aquí; inútilmente me adornaría.» Si venían algunas visitas de cortesía las recibía con la política más fina, pero con tanta modestia y reserva, sobre todo, si eran jóvenes señores, que era fácil comprender que no era tiempo oportuno de pensar en diversiones. «Juzgaba con mucha prudencia—dice un excelente y antiguo historiador—que hay tiempo y ocasiones en que una mujer debe ser menos atenta para ser más modesta (1).

Dió un día un buen ejemplo de esto, que es preciso oír de la boca de una de las hijas más virtuosas de la Santa. «Había un caballero joven, muy amigo del Barón de Chantal, pero á quien el diablo tenía cautivo con una gran pasión por nuestra Santa, aunque la singular modestia de la joven Baronesa le tenía tan sujeto, que

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, pág. 22.

no se atrevía á declarar su pasión infame sino por medio de sutilezas. Cuando el Sr. de Chantal estaba en su casa, no salía de ella este joven caballero, con pretexto de la caza. Una de las veces que el Sr. Barón había ido de viaje, este infeliz enamorado quiso tentar fortuna, y fué á visitar á nuestra Santa, que le recibió como á un amigo de su esposo. Acercándose la noche, y viendo la Santa que empezaba una conversación lisonjera, empleó una santa astucia, y sin manifestar conocía la pasión que dominaba á aquel joven, le dijo que sentía mucho no estuviese el Sr. de Chantal en casa para entretenerle y divertirlo, porque ella, como mujer ausente de su esposo, no podía pensar en diversión ninguna; que además tenía precisión de ir á casa de una de las señoritas de la vecindad; que dejaba á sus criados en la casa para que le sirviesen y asistiesen; y con esto montó á caballo para pasar la noche en otra parte. El pobre caballero quedó tan confuso y aturdido con esta brillante virtud, que jamás volvió á tratar de acercarse á esta virtuosa señora en la ausencia de su esposo (1).» Este volvió poco después, y habiendo sabido esta noticia, amó aún mucho más á su tierna y virtuosa esposa.

Mientras que la señora de Chantal daba estos bellos ejemplos de virtud en el interior de su castillo, grandes acontecimientos cambiaban la faz de la Francia (2).

(1) *Memorias*, pág. 22.

(2) Los detalles que vamos á dar sobre la entrada de Enrique IV en Borgoña, y que abreviamos con sentimiento, están sacados de documentos contemporáneos é inéditos. Los dos principales son las *Memorias del Consejero Breunot sobre la Liga* y el *Diario de lo que pasó en la reducción de la ciudad de Dijón á la obediencia del rey Enrique IV*. Estos dos preciosos manuscritos pertenecen á la Biblioteca de Dijón. En cuanto al papel especial del Presidente Fremiot y del Barón de Chantal en medio de estos acontecimientos, la misma Santa Juana Francisca los explicó muchas veces por sí misma, y su relato ha sido fielmente conservado por las primeras Madres de la Visitación. Bástanos indicar las *Memorias de la Madre de Chaugy* y las no publicadas aún de la Madre Paula Jerónima Favrot. (*Archivos de Annecy*.)

Enrique IV había dado un golpe mortal á la Liga, declarándose abiertamente católico. Sus victorias rápidas y brillantes, sus palabras oportunas y á veces sublimes antes, durante y después de las batallas; sus cualidades encantadoras, sus desgracias, sus aventuras, sus mismos defectos, todo contribuía para acelerar su marcha triunfante. En Borgoña empezó el entusiasmo en los primeros meses del año 1594, y bien pronto se hizo irresistible. Cada día las ciudades, las aldeas se unían á Enrique IV. Los paisanos gritaban por los caminos: « ¡Viva el Rey! pues que ya es católico. » Los castillos enarbolaban la bandera blanca; las sillas vacantes se multiplicaban en el Parlamento de Dijón. En vano los partidarios de la Liga, reducidos á sus últimas trincheras, recurrían á las amenazas y violencias; nada podía detener la irresistible simpatía que inspiraba Enrique IV. En fin, el 22 de Mayo de 1595, el mismo Parlamento se rindió (1), y la ciudad abrió sus puertas al

(1) Nada hay más curioso que los procesos verbales de la última sesión del Parlamento. Se ve en ella el verdadero carácter de la Liga, como la comprendían los hombres grandes de la época. Había nacido para impedir subiese al trono un protestante; debía cesar y no tenía razón de existir, puesto que este protestante era ya católico. Esto es lo que claramente explicó el primer Presidente Bruslard. Representó que, profesando el Rey antes la religión reformada, el Parlamento había dado una sentencia justa y santa prohibiendo reconocerle, por ser lo que era; pero que habiéndole Dios tocado en el corazón y llamándole al seno de la Iglesia, donde perseveraba, y habiéndole reconocido como soberano todas las ciudades capitales, no había medio de negarle la obediencia. Concluyó diciendo que los magistrados debían considerar quiénes eran; que eran consejeros del Rey, y no del Duque de Mayenne; que era, pues, preciso reconocer al Rey, y que si no, suplicaba al Tribunal le dispensase de entrar en él. Estas preciosas palabras, que se hacían oír en medio de magistrados que estaban indecisos aún, fueron primero seguidas de largo silencio; todos cubiertos, continuaban callando. En el fondo, todas las conciencias estaban acordes; sólo el amor propio de cada uno estaba indeciso para rendirse. El Presidente de Montholon apoyó enérgicamente la proposición del Sr. Bruslard. El Rey había sido recibido por la Iglesia, y en ella perseveraba; la causa por la cual se le rehusaba el trono, «había desaparecido; era menester reconocerle como Rey, y poner su nombre y sello á la cabeza de todos

Mariscal de Birón que tomó posesión en nombre del Rey, haciendo su entrada en ella el 25, alojándose en casa del Presidente Fremiot, que apresuradamente se había dispuesto para recibirle.

Con estas noticias, que llenaban de gozo á cuantos en Borgoña eran del partido del Rey, el Barón de Chantal se arrancó al cariño de su santa esposa, y vino desde Bourbilly á Semur, para reunirse con su suegro el Presidente Fremiot. Los dos salieron al momento para Dijón: el Presidente, con objeto de presentar al mariscal de Birón los homenajes del Parlamento de Semur, y el Barón para poner su espada á las órdenes y servicio de Enrique IV. La señora de Chantal, que había acompañado á su esposo hasta Semur, volvió sola á Bourbilly con el corazón lleno de alegría, pero inquieto, temiendo los acontecimientos que se preparaban, pues todos creían que una gran batalla era inevitable para concluir el triunfo de Enrique IV. Este fué el motivo de encerrarse en una soledad más profunda, rogando á Dios por la Francia, y pidiéndole dirigiese los acontecimientos en que, aunque vagamente, presentía que su esposo y su padre habían de tomar mucha parte. Enrique IV no se hizo esperar. Nueve días después de la rendición de Dijón al mariscal de Birón, entraba él mismo en esta ciudad en medio de un inmenso gentío (4 de Junio de 1595). Llevaba este día «un justillo de fustán blanco, que estaba agujereado por los dos codos (1),» pero su rostro estaba radiante de alegría. Saludaba al pueblo y á las señoras; se gritaba ¡Viva el Rey!, se agitaban blancos pañuelos y, en fin, el entusiasmo llegaba á su colmo (2).

los expedientes. Presentar así la cuestión, era resolverla.» (*Memorias inéditas del consejero Breunot.*)

(1) *Memorias manuscritas del señor de la Marc.* Afirma haber oído á su madre contar muchas veces esta particularidad.

(2) El entusiasmo, no obstante, no impidió se tomasen las precau-

Por lo demás, Enrique IV no hizo más que atravesar la ciudad. El ejército español estaba á muy pocas leguas, y aun se decía que había pasado el Saone para socorrer al castillo de Dijón, donde se habían encerrado los restos de la Liga. El Rey quería asegurarse de ello; y así, después de haber pasado la noche en casa del Presidente Fremiot para honrar al mariscal de Birón, que estaba alojado en ella, partió al amanecer acompañado de unos pocos caballeros, entre los cuales estaba el Barón de Chantal. Todos estos señores no llevaban más que su gola y lanza, sin casco ni escarcela, lo mismo que el Rey, el cual llevaba armas doradas, porque todos creían ir á un simple reconocimiento, y ninguno, ni aun el mismo Enrique IV, imaginaban era un combate el que les esperaba.

Ni aun reunidas estaban las tropas del Rey; éste había escrito al Marqués de Mirabeau, al Conde de Grancey y al Barón de Lux que viniesen á esperarle al camino. Contaba con encontrar á los demás señores en las llanuras de Béze y de Saint-Seine, adonde los había citado; y después de los tres ó cuatro días necesarios para reunir su ejército, marchar á las riberas del Saone, y dar allí al enemigo una batalla general y decisiva.

ciones más minuciosas para asegurarse de que Enrique IV se había convertido sinceramente. Se tenía alguna desconfianza, y fué menester que por dos veces, en la puerta de la ciudad y en la de la Iglesia, hiciese Enrique IV el juramento público de la fe católica. «En fin—dice el consejero Breunot, que cuenta la entrada del Rey en Dijón—después de la alta nobleza, de infinitos caballos y grande aparato, sobre diez á once de la mañana entró el Rey en Dijón por la puerta de San Pedro, y recibido en la misma por el clero, le llevaron á la santa capilla, donde oyó devotamente la Misa, adoró la Cruz, besó la paz, dijo en voz alta el *Confiteor*, protestando antes vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana, por dos veces diferentes, una á la puerta de la iglesia y otra á la puerta de la ciudad; y esto—añade maliciosamente el consejero Breunot—en manos del señor canónigo Desbarres, adicto antes fuertemente á la Liga.» (*) Así es como los partidarios de la Liga, vencidos, cubrían su retirada.

(*) *Memorias inéditas del consejero Breunot*, pág. 120.

De repente, y ya cerca de Béze, supo que los españoles se habían apresurado á pasar el Saone, y que se les veía á poca distancia. Se adelantó también, y sin pensarlo se encontró frente á todo el ejército enemigo. El mariscal de Birón, que fué el primero que avistó á los españoles, los cargó furiosamente y empezó á desordenarlos. Enrique IV, que los vió titubear, se adelantó seguido de un puñado de nobles y de 200 caballos. Los enemigos tenían 12.000 hombres alineados en batalla; felizmente no creyeron que sus adversarios eran tan solamente los que veían, y temiendo un ardid de guerra, se intimidaron y titubearon. Bien pronto la pelea fué espantosa. Aquel puñado de valientes, casi sin armas, combatiendo con la cabeza desnuda, y puestos de improviso en medio de un ejército, multiplicaban sus golpes para disimular su pequeño número. En Arques, en Ivry, Enrique IV había combatido por la gloria; en Fontaine-Française combatió por la vida. Por lo demás, tampoco combatió nunca mejor, el peligro le electrizaba; á un tiempo atrevido y prudente, lleno de fuego y de sangre fría, excitando á sus tropas y conteniéndolas, parecía tan admirable General como bizarro soldado. Los señores borgoñones le rodeaban haciendo prodigios de valor. El Mariscal de Birón recibió una cuchillada; al Barón de Luz le mataron el caballo. La Curée, Conde de Montbard, iba á ser atravesado de un lanzazo, cuando el Rey le gritó: «¡Cuidado, Curée!» En lo más recio del combate, Enrique IV toma de la mano al Marqués de Mirabeau, y le grita: «¡Carga ahí!» Lo hace, y en el momento el enemigo aclara sus filas y se aparta. Pero nadie llamó más la atención del Rey que el Barón de Chantal: estaba en todas partes; Enrique IV, que quería estar el primero al frente del enemigo, y que en medio de la pelea decía á sus caballeros: «¡Deteneos, señores!, quiero lucirme», le encontraba siempre á su lado. En una circunstancia

de la batalla, el joven Barón dió una carga tan oportuna, que contribuyó mucho al feliz éxito de este día. Enrique IV le proclamó en alta voz la tarde misma de la batalla, y para manifestar al Barón de Chantal su reconocimiento y el aprecio que hacía de sus servicios, le propuso que le acompañase á París, y le dió una pensión de 1.200 escudos y la promesa de grandes honores (1).

Fácil es imaginar la alegría de la señora de Chantal con estas noticias. La gloria de su esposo, gloria tan pura, la llegaba al corazón; además la derrota de los extranjeros, el triunfo de las armas francesas, el restablecimiento de la Religión católica, la paz de un país turbado tantos años hacía, y todos estos dichosos frutos de una victoria debida en parte á su marido, ¿podían no entusiasmar á un alma como la suya?

La vuelta de Enrique IV á Dijón fué acompañada de fiestas brillantes, en las cuales acabó de ganar todos los corazones. Poseía en grado eminente las cualidades mezcladas de defectos que forman el encanto y son lo peligroso del carácter francés; ese genio abierto, esa risa franca, ese talento vivo, ligero, malicioso y lleno de arranques que han tenido siempre tanto imperio en nuestro país.

El Barón de Chantal, que formaba parte de la comitiva el día de la entrada solemne, alcanzó licencia para salir al día siguiente y marchar á Bourbilly á ver á su querida esposa. Había sido herido en la batalla de

(1) *Genealogía manuscrita*, por Bussy-Rabutin. «El Barón de Chantal se señaló particularmente en el combate de Fontaine-Française, donde fué gravemente herido á vista de Enrique IV, y según confesión del mismo Príncipe, contribuyó no poco á la victoria. El modo con que el Rey habló del Barón de Chantal al salir de la batalla, le hizo más honor, en opinión de los justos apreciadores de la gloria, que los bastones de mariscales á muchos de los que los obtuvieron en este reinado. En aquel tiempo, lo mismo que en éste, estas honrosas recompensas no eran siempre para los más dignos, sino para los más felices.»

Fontaine-Française, pero no quiso que lo supiese por no alarmarla. Algunos días de descanso en el seno de la más pura alegría le restablecieron enteramente, y le permitieron ir á Semur, donde le esperaba el Presidente Fremiot, que le habia escrito se reuniese allí con él.

Todo se preparaba, en efecto, para la partida del Parlamento de Semur y de Flavigny, y el Barón de Chantal debía con sus tropas formar parte de la escolta. El viaje y, sobre todo, la entrada en Dijón, fué un verdadero triunfo. Enrique IV recibió con los mayores honores á estos valerosos magistrados y los proclamó «Padres de la patria», colmando en particular de reales distinciones al noble Presidente Fremiot. «Caballero—le dijo el Rey,—habéis sido tan buen primer Presidente en Flavigny, que deseo seáis también aquí el primero.—No quiera Dios, Señor—respondió el Presidente Fremiot,—que éntre yo en el empleo de otro mientras viva el que lo ejerce. El primer Presidente es buen católico y servirá bien á V. M.» No pudiendo conseguir el que cediese, quiso Enrique IV que por lo menos los correos fuesen á casa del Señor de Fremiot, y que se le entregasen todos los despachos reales; pero este insigne magistrado usó con tanta modestia de este favor, que jamás abrió despacho real ninguno sin haberle llevado antes al primer Presidente.

Al otro día de esta escena, en que la modestia y grandeza de alma del Sr. de Fremiot brillaron con tanto esplendor, prendieron y llevaron delante de Enrique IV á un consejero acusado de concusiones y perfidias. Era el mismo que durante las guerras de la Liga, habiendo hecho prender al hijo del Presidente, amenazó al desgraciado padre con que le enviaría en un saco la cabeza de su hijo. Cuál no fué la admiración de todos, y aun del mismo Rey, viendo venir al Sr. de Fremiot para pedir el perdón de su enemigo, abogando en su favor con tan-

ta elocuencia y con tan sólidas razones, que Enrique IV exclamó conmovido: «Presidente, conozco que es menester que mi clemencia se junte á vuestra bondad; queréis la vida de vuestro enemigo, y yo os la concedo.» Recreándose un día el Rey con algunos señores, y hablándose de los pasados acontecimientos, se volvió repentinamente hacia el Sr. de Fremiot, y le dijo: «Presidente, ¿qué hubierais hecho si yo hubiese permanecido hugonote?—Señor—respondió éste con el aire firme y modesto que tan bien le sentaba,—confieso que si V. M. no hubiese gritado: ¡Viva la Iglesia romana! tampoco habría yo gritado jamás: ¡Viva el Rey Enrique!» Echándose á reir Enrique IV, se volvió hacia un Mariscal de Francia, favorito suyo, y le dijo: «Si queréis hacer alguna picardía, buscad para que os ayude á otro que no sea el Presidente Fremiot.»

No fué únicamente la estimación de Enrique IV la recompensa de los sacrificios y noble conducta del Presidente Fremiot; vió al Parlamento hacerle, en fin, justicia, y confiarle las más delicadas comisiones; vió al mismo pueblo, tan largo tiempo engañado, y que había saqueado su casa, volver á él, por ese sentimiento de equidad que tarde ó temprano revive en el fondo de las masas, acogerle con gritos entusiastas, elegirle unánimemente alcalde de Dijón y llevarle en triunfo á su casa (1).

En medio de estas escenas, que abreviamos con sen-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 7.—*Proceso de canonización*. Véanse muchas declaraciones, y sobre todo las de la Madre Favre de la Charmette.—*Memorias inéditas* del consejero Breunot. En ellas encontramos mil pruebas de la creciente influencia del Presidente Fremiot, y tanto más preciosas, cuanto que están escritas de mala gana; porque no debe olvidarse que el consejero Breunot era uno de los más ardientes partidarios de la Liga, quien siempre estuvo en contra del Presidente Fremiot, á quien jamás perdonó ni su bella conducta, ni menos el buen éxito de ella; y en consecuencia, es menester desconfiar respecto del aprecio y juicio que podía hacer del Presidente Fremiot.

timiento, porque el conocimiento del bello carácter del señor de Fremiot nos da acerca del de su hija mucha luz, ¿qué hacía la Baronesa de Chantal? ¿Estaba en casa de su padre cuando se hospedó en ella el Mariscal de Birón? ¿Hizo los honores cuando Enrique IV tuvo á bien estar en ella? ¿Volvió de Semur á Dijón siguiendo la comitiva triunfal que presidía su padre y escoltaba su esposo? No es posible dudarlo. Y cuando se piensa lo que era la señora de Chantal en el mundo, la gravedad amable, la modestia y dignidad de su porte, ocurre preguntar cómo aparecería en día tan señalado, entre tantos honores, en medio de todos estos regocijos de un padre, de un marido, de su patria y de la Iglesia. Pero la humildad de la Santa ha echado un velo sobre todo esto.

Por lo demás, no hizo más que aparecer en Dijón. Enrique IV dejó muy pronto la Borgoña, llevó consigo al Barón de Chantal, y nuestra Santa volvió sola á Bourbilly.

Su despedida fué muy triste y penosa, porque hacía un año que todo parecía juntarse para aumentar el profundo y firme afecto que unía á estos esposos: la larga ausencia del Sr. de Chantal, los peligros á que acababa de estar expuesto, la herida que había recibido en Fontaine-Française, las nobles y brillantes cualidades que había desplegado, y sobre todo los afectuosos cuidados que le había prodigado su querida compañera. Tal vez también, acercándose la gran prueba, Dios mismo dejaba á estas dos bellas almas saborear la ternura de su dulce unión para que pudiesen gustar, en los pocos días que les quedaban aún, todos los consuelos é inocentes delicias de que eran tan dignas.

Sea lo que quiera, todos los historiadores están acordes en que en esta época había una cosa indefinible en la unión ya tan dulce de estas grandes almas, que le daba un carácter nuevo y más profundo. «En este tiempo—dice uno de los testigos—se daban uno á otro tales

muestras de la unión de sus corazones, que se veía bien que eran un alma sola en dos cuerpos distintos.» «En el año que el Sr. de Chantal estuvo curándose de la herida que recibió en Fontaine-Française—dice otro testigo—pasó muchos meses en Bourbilly al lado de la venerable sierva de Dios, la cual en todo este tiempo le dió muchas muestras de no tener en el mundo más afectos ni complacencias que en él, y por su parte el Barón la correspondía con tal ternura, que todos los vecinos estaban admirados (1).»

Pero lo que prueba mejor que estos testimonios el aumento de cariño de que hablo, es la especie de escrúpulo que asaltó á la Santa Baronesa después de haber marchado su esposo á la corte.

Aunque la señora de Chantal había llegado ya á un alto grado de virtud, jamás, no obstante, había podido dominarse para moderar la alegría que la causaba la presencia de su esposo, á fin de no aflojar en el servicio de Dios. Recuérdese lo que sobre esto dice Bussy: «Cuando el Sr. de Chantal estaba en la corte, se daba toda á Dios; pero cuando volvía á su lado, se daba toda á él. Cuando estaba de vuelta, la alegría de volverle á ver y de divertirse, el gusto de complacerle, el deseo de agradarle y tenerle distraído, la hacían tener siempre gente en su casa, é insensiblemente se relajaba en sus prácticas de devoción, á las cuales volvía en la primera ausencia de aquél.»

La Madre de Chaugy dice lo mismo. «Cuando este querido esposo estaba de vuelta, la gran complacencia que con él sentía nuestra bienaventurada, hacía que olvidase sus acostumbradas devociones y sus oraciones diarias.»

Nunca había sido mayor su alegría, ni nunca se ha-

(1) *Proceso de canonización.*—Declaraciones de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Luisa de Allier.

bía abandonado á ella tan completamente; y es muy probable que jamás habrían sufrido tanto sus piadosos ejercicios. Así, cuando partió su esposo con Enrique IV, y vuelta á Bourbilly se encontró sola bajo los grandes árboles de su castillo, con sus hijos, sus pobres, su vida recogida, uniforme y ocupada en la oración y caridad, la hizo reflexionar cuánto se había entibiado con Dios durante la estancia del Barón á su lado, y el pesar que de esto la resultó la hizo tomar medidas oportunas para que el amor de su esposo no hiciese daño ni la entibiase en el de Dios. «Habiendo conocido—dice uno de los testigos—que había casi olvidado algunas prácticas de piedad mientras su marido estaba de vuelta, porque se había dejado llevar demasiado de la alegría que su presencia le causaba, formó la firme resolución de ser fiel á los ejercicios de piedad que se había propuesto, estuviese ó no presente su esposo (1).»

Tomada su resolución, empezó á ejecutarla; y como sucede á todas las almas que se abandonan enteramente á Dios, se vió al instante inundada de luces, sintiendo vivísimos deseos de darse toda á su Criador. «En cuanto el Sr. de Chantal se iba—dice la misma Santa—sentía en mi corazón grandes afectos de ser toda de Dios. Mas ¡ay! no sabía aprovecharlos, ni reconocer la gracia que el Señor me hacía, y acababa—dice con sencillez encantadora—todas mis oraciones con el pensamiento de este querido esposo, rogando al Señor me le conservase y trajese pronto á mi lado.»

Mientras el recuerdo del Sr. de Chantal ocupaba el corazón de nuestra Santa, hasta en medio de sus oraciones y elevados deseos de perfección, éste, entre los honores de la corte, no pensaba tampoco sino en su amada compañera. La ausencia de la que amaba entrañablemente echaba para él un triste velo sobre las fiestas

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, art. XVIII.

más espléndidas, á las que no asistía sino con el cuerpo. Como tenía mucha gracia para la poesía, explicaba su tristeza en versos, que las primeras Madres de la Visitación conservaron largo tiempo, pero que ya no se encuentran. En la última copla de una de estas poesías, protestaba que, el sólo pensamiento de las virtudes de su santa esposa, imprimía en su alma el desprecio de todas las vanidades y grandezas de la corte. Probablemente á este recuerdo, como á la dignidad y elevación de su carácter, debió, poco después de su vuelta á París, dar un paso que bastaría para honrar y conservar su nombre hasta la más larga posteridad. De solos treinta y cinco años, en la madurez de la edad y del talento, renunció á la esperanza de verse condecorado con el bastón de mariscal de Francia, por no obedecer una orden que creía injusta (1). Dejó con esto la corte, y volvió á Bourbilly á consolarse con el amor de una Santa, de la privación de unos honores que el mundo quería hacerle pagar muy caro.

Una recompensa inestimable, sobre todo á los ojos del cristiano, le esperaba en Bourbilly. Dios iba á manifestar en su presencia la santidad de su querida esposa, coronándola, tan joven aún, con la aureola de los milagros. Comenzaba el invierno de 1600 á 1601, tan tristemente célebre por el hambre terrible que arruinó el reino, y sobre todo á la Borgoña. Muchos pobres mu-

(1) Todos los testigos y los historiadores están acordes en este punto. «Al principio del año 1601—dice la Madre de Chaugy—el Sr. de Chantal se retiró de la corte para no verse obligado á obedecer una cosa que creía injusta. Si hubiera querido quedarse, se pensaba en hacerle Mariscal de Francia, tanto por su mérito, como en consideración al Presidente Fremiot, su suegro.» (*Memorias*, pág. 23.) El P. Fichet habla lo mismo (véase la *Santa vida de la Madre Chantal*, cap. VII), así como la Hermana María Filiberta de Monthoux. (Véase su Declaración, *super art. XIX*.) La Hermana Valentina de Bellait va más lejos, y atribuye esta determinación del Barón de Chantal á la impresión de piedad que su santa esposa había producido sobre él. (Véase su Declaración *super art. XIX*.)

rieron de hambre, y otros, pálidos y lívidos, se arrastraban por los caminos, arrancando algunas hierbas silvestres, ó disputándose los despojos corrompidos de los animales muertos. La Baronesa de Chantal, que desde niña amaba tanto á los pobres, se sintió movida de compasión, y anunció que diariamente daría una limosna de sopa y de pan á cuantos se presentasen. Acudieron de seis leguas á la redonda, y se juntaron en número grandísimo á las puertas del castillo. Para que hubiese más orden en esta distribución, el Sr. de Chantal, á ruegos de su santa esposa, hizo abrir otra puerta en el patio, y mandó que los pobres entrasen por una y saliesen por otra. Sucedió á veces que los pobres tomaban su ración, y luego, dando prontamente la vuelta al castillo, volvían otra vez para alcanzar otra. La Santa lo conocía, pero jamás tuvo valor para humillarlos manifestándoles que no la engañaban. «Dios mío—decía á cada instante,—estoy como mendiga á la puerta de vuestra misericordia. ¿Quisiera yo verme rechazada á la segunda ó tercera vez? Mil y mil veces sufrís benignamente mi importunidad, ¿por qué no he de sufrir yo la de mi prójimo?»

No contenta con esta caridad, transformó en algún modo su castillo en hospital, y con el consentimiento de su esposo, hizo preparar un número considerable de camas para los enfermos, y sobre todo para las pobres amas de cría, que, muriéndose de hambre, no podían dar de mamar á sus niños. «En este mismo tiempo de carestía y escasez—dicen muchos testigos,—la dicha señora, impulsada por su gran caridad, hizo venir á su castillo á todas las mujeres que estaban criando en Bourbilly, y las alojó con los niños y sus cunas en un gran cuarto, próximo á la capilla de Santa Margarita, donde tenía mucho cuidado de que rezasen, dándolas todos los alimentos que necesitaban. Y, no contenta con esto, enviaba todos los días una libra de pan á cada

persona de las casas de estas mujeres, para que comiesen sus maridos y los demás hijos (1).»

Para poder seguir en este ejercicio de caridad, la señora de Chantal hizo construir á toda prisa, en una de las dependencias del castillo, *el horno de los pobres*, que ha subsistido hasta estos últimos tiempos, siendo objeto de veneración, y cuyas vastas dimensiones eran motivo de admiración para todos los peregrinos. Tenía 15 pies de ancho, y podía contener hasta 30 fanegas; y aunque estaba destinado únicamente para cocer el pan de los pobres, y se encendía cuatro veces á la semana, muchas veces no bastaba (2).

La desconfianza nace pronto en tiempo de hambre. Muchos criados de la casa principiaron á murmurar entre sí sobre la imprudencia de la señora de Chantal. Estas quejas, contenidas primero, algo menos secretas después, estallaron, en fin, en el momento en que fué preciso tomar de las últimas provisiones. Excitada, pues, por las murmuraciones de sus criados, la joven Baronesa subió á sus graneros para calmar el espanto que les causaba ver disminuir las provisiones. No quedaba más que un tonel de harina y un poco de centeno.

Era á mediados de invierno, y el número de los pobres aumentaba todos los días. La señora de Chantal levantó los ojos al cielo, y con el corazón lleno de una santa confianza, mandó á sus criados sacasen á manos llenas y distribuyesen á los pobres sin cuenta ninguna.

(1) *Proceso de canonización.* Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) Véase lo que se lee en el proceso de canonización de la Santa. «Y además, yo, notario apostólico, habiendo ido al trascorral de dicho castillo de Bourbilly á requerir al Sr. Poussy, con los testigos que firman abajo la presente acta, el dicho Sr. Poussy me ha hecho ver también un horno para cocer el pan, que puede contener casi 30 fanegas, teniendo 15 pies de ancho, que el dicho Sr. Delamaison y otros que antes han hecho sus declaraciones, aseguran haber sido construido por los cuidados de dicha señora Francisca Fremiot, para hacer cocer el pan de los pobres, á fin de hacer diariamente sus limosnas.»

Así se hizo durante seis meses, y cuando se trajeron los granos nuevos, se vió con admiración que no había disminuído aquel montoncito de harina. Este fué el primer milagro de la señora de Chantal, y todo el país, testigo de ello, no lo ha olvidado aún. «Habíamos oído contar este hecho como un verdadero milagro—dice la Madre de Chaugy,—y habiendo rogado á nuestra bienaventurada Madre nos contase cómo había pasado, nos lo dijo del mismo modo que lo hemos dicho, añadiendo, con su grande humildad, que había atribuído siempre esta gracia á la gran virtud y devoción de una criada suya llamada Juana, en cuyas oraciones fiaba mucho» (1).

Los historiadores no cuentan más que este milagro; pero de las indagaciones hechas para la canonización de la Santa, resulta otro milagro de la misma especie, hecho anteriormente, y tal vez más brillante aún. «En este tiempo—dice un testigo,—durante dos años de carestía y escasez, la dicha señora redobló sus socorros y acostumbradas limosnas de tal modo, que por dos veces dejó sin granos sus graneros. Un día vinieron tres ó cuatro pobres al expresado castillo de Bourbilly para pedir limosna á la dicha señora, y ésta mandó á su criada, Margarita Potot, fuese por grano al lugar donde se guardaba, para dárselo á estos pobres. La Potot respondió que no había ni uno, y que era tan cierto, que había barrido la víspera el lugar en que estaba. No obstante esto, la señora insistió en llevar á la Potot al mismo lugar y con la misma orden, y habiendo ido por obediencia, quedó sorprendida encontrando mucha cantidad de grano, aunque no había dejado ninguno la víspera, cosa que admiró á toda la casa y á los habitantes de Bourbilly. Y esto lo ha oído decir la dicha Poutiot,

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 19. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *super art.* XXIV.

no sólo á Margarita Potot, criada de la dicha señora, sino también á los criados del castillo expresado, donde ella iba á menudo, porque vivía en el corral de las ovejas del dicho castillo.» (1)

Otro testigo, la propia nuera de Margarita de Potot, la criada en cuya presencia pasó el milagro, da casi iguales detalles. Declara «que ha oído decir á Margarita Potot, su suegra, que un día la señora de Chantal le dijo fuese por grano al lugar acostumbrado, para dar á unos pobres que estaban á la puerta del castillo; le respondió que no había ninguno, porque de orden suya lo había dado la víspera á los pobres; pero habiéndole vuelto á decir dicha señora: «Id por amor de Dios,» fué la Potot por obediencia, y encontró en el dicho lugar gran cantidad de grano, lo que la causó mucha admiración. (2)

La Madre Favre de Charmette, que cuenta también este hecho en su declaración, tiene mucho cuidado de distinguir bien esta multiplicación milagrosa del trigo de la misma multiplicación de harina que sucedió después; y añade además la importante circunstancia de que al abrir Margarita Potot la puerta del granero, le encontró tan lleno de granos, que la costó trabajo entrar. «Aseguro—añade—que he sabido estos dos hechos milagrosos por algunas antiguas religiosas de la Visitación, á las cuales se los habían contado como testigos oculares de los dos prodigios las criadas de la Santa» (3).

¡Cuánto hay que desconfiar del testimonio de los Santos cuando hablan de sí mismos! No obstante, estos años, señalados con tan heroicas virtudes y honrados con tales milagros, son los que la señora de Chantal

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) *Ibid.* Declaración de los mismos.

(3) *Ibid.* Declaración de la Madre Favre de Charmette.

llamará después años de disipación, y dará gracias al Señor toda su vida por haberla sacado de ellos por medio de San Francisco de Sales. «Antes de esto—decía la Santa—vivía yo en una especie de indevoción, no pensando sino en observar los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, y contentar á mi esposo, y en los negocios de mi casa» (1). De este modo olvidaba tantas virtudes, tan singular inocencia, caridad tan fecunda y sacrificios tan heroicos, ó más bien, con este mismo olvido les añadía un nuevo mérito y ensalzaba su belleza.

En medio de todas estas buenas obras, y de una vida más y más consagrada á Dios, llegó la gran prueba.

El Barón de Chantal cayó peligrosamente enfermo, y entonces se vió muy claro que la Religión, en lugar de apagar los legítimos afectos, dobla su energía purificándolos. Nuestra Santa enfermó, por decirlo así, con su querido esposo. Sentada á los pies de su cama, con el alma traspasada, pero con un rostro tranquilo para no alarmarle, no le dejaba ni de día ni de noche. Apenas se separaba de él, en los cortos instantes en que descansaba un poco, entonces se la encontraba en la capilla del castillo, postrada, bañada en lágrimas. «Habiendo caído enfermo el Barón de Chantal—dice Bussy-Rabutin—su mujer, que le amaba entrañablemente, pasaba los días á la cabecera de su cama, y las noches en oración en la capilla» (2).

Por lo demás, el Barón de Chantal sufría sus dolores como verdadero cristiano. El falso juicio del mundo, de que acababa de ser víctima; la peligrosa enfermedad, que amenazaba su vida aún en flor; el amor de una Santa, que elevaba su alma sobre todos los afectos terrenos; la muerte, en fin, que sin saberlo él le cubría con sus alas... todas estas cosas abrían su imagi-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy.*

(2) *Vida compendiada*, cap. I.

nación á luces más claras. Sentía la nada de las cosas del mundo, y su corazón, desasiéndose poco á poco de todo, aspiraba sólo al amor de su Dios. «Estas dos almas, puras como dos castas palomas—dice un biógrafo,—hablaban largamente del desprecio de esta vida temporal, y de la gran felicidad de servir á Dios lejos del tumulto del mundo. El enfermo, como más próximo á su fin, tenía sentimientos más íntimos de la eternidad, y quería se hiciesen la recíproca promesa de que el primero que quedase libre por muerte de otro, consagraría el resto de sus días al servicio de Dios. Pero como el corazón de nuestra virtuosa señora no podía sufrir la idea de separarse, mudaba siempre la conversación» (1).

Por fin el Sr. de Chantal se puso bueno, se restableció, tomó fuerzas, y empezó otra vez sus paseos y caminatas. Se le creía á cien leguas del sepulcro, pero ¡ay! nunca había estado más cerca.

Dos sueños bastante raros acabaron de preparar su grande alma para el sacrificio que Dios iba á pedirle. Una noche que el Sr. de Chantal, enteramente restablecido de su enfermedad, dormía tranquilamente, le pareció que teñían su vestido de púrpura, y que estaba vestido como un Cardenal. Al otro día contó su sueño á su querida esposa, y como tenía carácter y ánimo guerrero, añadió que muy pronto sería herido en una batalla y sus vestidos se teñirían con su sangre. La Santa se echó á reír. «En verdad—dijo,—yo he soñado que estaba vestida y cubierta con un crespón negro como una viuda.» Y conociendo que estos sueños hacían impresión en el Sr. de Chantal, añadió: «Creo que esto es efecto de los muchos miedos que tuve con vuestra enfermedad, y así, no hago caso ninguno de este sueño.» El Sr. de Chantal no contestó, y volvió al cielo sus ojos con una mirada llena de resignación.

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por el Sr. Maupas, pág. 3.

Es preciso detenerse un poco y admirar aquí las precauciones delicadas que Dios toma para preparar á nuestros dos esposos al golpe doloroso que iba á separarlos. Permite primero que el Sr. de Chantal sea víctima de una injusticia, para desencantarle del mundo y de la corte. Le postra en seguida en una cama para purificarle, y le lleva hasta las puertas del sepulcro, como si quisiera familiarizarle con la muerte. Durante este tiempo, su santa y joven esposa está á su lado; quiere Dios que tenga delante de sus ojos el espectáculo de su esposo moribundo, para que vaya vislumbrando poco á poco la posibilidad de perderle, y que aprenda de antemano la ciencia de la resignación, de que tendrá muy pronto la más cruel necesidad. Y no obstante, va purificando sus corazones, elevando sus almas, llenándolas de luz, de fortaleza, de desasimiento de sí mismos, y de tierna y profunda sumisión á la voluntad divina, para que cuando estalle el golpe terrible estén prontas sus dos almas: la primera, para dejar la tierra y volver á Dios; la segunda, para quedarse en el mundo y subir sobre la Cruz, encontrando en ella, con el dolor, una nueva y más preciosa fecundidad.

En este tiempo, el caballero de Anlezy, señor de Chazelles, uno de los vecinos, parientes y mejores amigos del Sr. de Chantal, vino á verle y darle la enhorabuena por su convalecencia (1). Propuso una cacería, que aceptó gustosamente el Sr. de Chantal, porque era una de las diversiones que más le agradaban, y desde que salió de su enfermedad iba muy á menudo á ella. Los dos amigos salieron muy de mañana, acompañados de algunos criados. El sitio en que iban á cazar estaba cerca. No había más que salir del castillo por el puente levadizo, subir unos cuantos minutos la cuesta un poco

(1) Anlezy es una aldea de Nievre, cuyo señorío pasó después á los Damas. La madre del Barón de Chantal era hija de Carlos de Cossay y de Ana de Anlezy.

pendiente y áspera de un montecillo (1) que daba entrada á grandes bosques cortados por anchas calles de árboles medio llenas de maleza en muchos lugares, y en medio de los cuales venía la caza saltando al amanecer. Los dos amigos, habiendo llegado á una de estas calles, y habiendo dejado un poco atrás á los criados, principiaron á andar con lentitud por las orillas opuestas de un claro del bosque. Llevaban sus arcabuces amartillados y cebados y el gatillo caído. De repente sale un tiro y resuena un grito, cayendo el Barón de Chantal en tierra bañado en su sangre (2).

Nunca ha podido saberse de qué modo sucedió este terrible acontecimiento. ¿Se había enganchado alguna rama en el arcabuz del Sr. Anlezy y estalló el arma en su mano? La casaca que el Barón de Chantal llevaba aquel día era de color de ciervo: ¿se engañaría con esto su amigo, creyendo tirar á un venado? Sea de esto lo que fuere, el golpe fué mortal; el muslo estaba roto, y le habían entrado varias balas en las caderas. «¡Muerto estoy!—dijo el Barón al caer;—amigo y primo mío, con todo mi corazón te perdono, porque no lo has hecho sino por puro descuido.» Pero el desgraciado Anlezy nada oía; su dolor le volvía loco; iba de un lado á otro gritando y queriendo matarse con sus mismas armas.

«¡Primo y amigo querido!—le gritaba el moribundo,—el cielo me envió el tiro antes que saliese de tu mano; no peques, te ruego; acuérdate de Dios y de que eres cristiano.» Y diciendo estas palabras le miraba, expresando con los ojos su sincero perdón.

Mientras tanto, todos los que les habían acompañado á la caza acudieron al ruido, y deshaciéndose en llanto perdían el juicio con la pena. El Sr. de Chantal,

(1) Se la llamaba la Molaige, nombre que en el patois del país significa lugar dificultoso, difícil de subir.

(2) Aún se enseña hoy día en el bosque de Vic el sitio donde sucedió esta desgracia.

á quien habían llevado á una casa de la aldea (1), era el único que conservaba su sangre fría. Inmediatamente envió á buscar un sacerdote, y temiendo con su vida que no llegase á tiempo, mandó á cuatro de sus criados á otras tantas parroquias, para que si no le hallasen en una, le buscasen en otra. El quinto criado fué á dar la noticia á la señora de Chantal. «Pero ¡ay!—dijo el Barón, con los ojos arrasados en llanto,—que no se la diga que estoy herido de muerte, sino que mi herida es en el muslo.» La joven Baronesa, que aún no estaba restablecida de su último parto, recibió el recado en la cama, pues no se había levantado todavía cuando llegó el criado: lo turbado de éste la reveló su desgracia. «¡Ah!—exclamó,—me quieren dorar la píldora»; y vistiéndose apresuradamente, echó á correr con el corazón lleno de dolorosa inquietud. En cuanto á lo lejos la vió el Sr. de Chantal:—Amiga mía—la dijo,—la sentencia del cielo es justa; es menester someterse y morir.—No, no—exclamó su esposa;—es menester tratar de curarse.—Será en vano,—dijo dulcemente el herido, que se sentía morir. A estas palabras, la señora de Chantal, que á pesar de sus temores no había conocido la extensión de su desgracia, prorrumpió en sollozos, y de su corazón afligido se escapaban gritos dolorosos y quejas amargas contra el imprudente que ha causado esta desgracia.

—¡Ah!—dijo el enfermo interrumpiéndola,—miremos este golpe como emanado de la Providencia divina, y honrémosla sometiéndonos á ella.»

Después, con esa tranquilidad que sólo la virtud puede dar, preguntó si había venido el sacerdote, y con la respuesta afirmativa le hizo entrar, y se confesó. Mientras tanto, de todas partes llegaban médicos. La Baronesa, entre el temor y la esperanza, iba de uno á

(1) Aún subsiste hoy esta casa: es la última de la aldea, y esta casi á la entrada del bosque de Vic.

otro, queriendo leer en sus ojos, y como si nada pudiese resistir á su amor:—Señores—les decía,—es absolutamente preciso curar al Sr. de Chantal.

—Si no quiere el Médico del cielo, nada podrán los de la tierra—respondió sonriéndose el enfermo.

La señora de Chantal estaba tan fuera de sí, é insataba de tal modo á los médicos, que éstos, temerosos de acelerar la muerte, no se atrevieron á extraer las balas, y se contentaron con vendar la herida, transportando al enfermo á su castillo. Su agonía duró nueve días; al quinto desapareció completamente la poca esperanza que se tenía. La calentura se hizo muy intensa y el enfermo sufría cruelmente, pero sin delirar, conservando todo su juicio. Tendido en su lecho de muerte, la esperaba con la sangre fría de un soldado, ó más bien con la resignación y dulce fortaleza del cristiano.

Sus virtudes, más grandes y brillantes al acercarse la muerte, llenaban de admiración á los que le veían. El nombre de su inocente matador salía sin cesar de su boca con palabras de fe ardiente. «De todo mi corazón le perdono; ha sido una imprudencia, y yo por malicia di la muerte á Jesucristo»; y diciendo esto, miraba á su Crucifijo de un modo indefinible de amor y de dulzura.

Conforme se acercaba su fin, crecía en su alma la fe y el amor de Dios con el desprecio más completo de las cosas humanas. Herido en la flor de su edad; separado violentamente de cuanto constituye el encanto y la felicidad de la vida; arrebatado al amor y á las caricias de una esposa incomparable, á quien dejaba cuatro hijos pequeños, todo lo olvidaba para no ocuparse más que de la felicidad de cumplir la voluntad siempre amabilísima de Dios. Consolaba por sí mismo á los que lloraban alrededor de su cama, y exhortaba á su esposa á resignarse, con una fortaleza que manifestaba bien su entero abandono en las manos de Dios.

Pero era tan intenso el dolor de la señora de Chan-

tal, que no podía decidirse á la aceptación de su desgracia. El sí de la resignación no podía salir de su boca. A cada instante salía del cuarto del enfermo sollozando amargamente, y corriendo por los corredores y salas del castillo, exclamaba en alta voz: «Señor y Dios mío, tomad cuanto tengo en este mundo, pero dejadme á mi querido esposo.»

Dios, cuyos adorables designios conoceremos en el discurso de esta historia, había determinado no escuchar ruegos tan ardientes y puros; y el Sr. de Chantal tenía este presentimiento tan vivo, que aunque los médicos estaban con muy buenas esperanzas, quiso no obstante, desde los primeros días de su herida, arreglar todos sus negocios, y pidió los últimos Sacramentos. El día octavo, vispera de su muerte, recibió el Santo Viático con la devoción y fervor de un religioso: perdonó aún otra vez á su matador, hizo escribir este perdón en el libro de su parroquia para que sus hijos y nietos no pensasen más que en perdonarle para siempre jamás, y escribió en su testamento una cláusula especial, por la cual desheredaba á cualquiera de sus hijos que tratase ó hablase de vengar su muerte. Después de esto, libre ya de toda inquietud, desasido de la tierra y ansioso del cielo que veía próximo, se durmió con la muerte de los justos á la edad de treinta y cinco años y algunos meses.

No trataremos de explicar el dolor de la señora de Chantal, ni el estado en que la puso la muerte de este esposo tan querido. «Sería menester—dice un historiador antiguo,—que el dolor y el amor mezclasen y uniesen perfectamente sus respectivos colores, para pintar tan lamentable duelo (1).» Los lectores que nos han seguido hasta aquí, comprenden y conocen bien la ternura y vi-

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por Mr. de Maupas, pág. 27.

veza de esta alma amante, y podrán apreciar la desolación profunda y el cuchillo desgarrador que traspasaría su corazón al ver quebrarse lazos tan fuertes y dulces. Lloró á su esposo, y le lloró con un diluvio de lágrimas incomparables. La que en la ausencia de su marido no quería ver á nadie, diciendo: *los ojos á quienes debo agradar están á cien leguas de aquí*, cuando vió estos ojos cerrados por la muerte, se retiró á la soledad más profunda. Su castillo no le parecía bastante solitario, y así se escapaba callandito, siendo su único consuelo ir á un bosquecillo poco distante para llorar á su placer (1). En vano las señoras de los castillos vecinos, en vano sus tías y primas de Semur venían á Bourbilly para tratar de consolarla: lo apreciaba y agradecía; pero cuando por la noche entraba en su cuarto, «¡ah!—decía,—¿por qué no me dejan llorar á mi libertad? Creen aliviarme, y me martirizan.» Caía entonces de rodillas sollozando, y pasaba toda la noche dejando correr sus lágrimas.

«El dolor de nuestra Santa viuda—dice Bussy-Rabutin—y la violencia que se hizo para reprimirle, la demacraron en tales términos, que no era conocida; adivinaron que pasaba la noche de rodillas rezando y llorando, y fué preciso velarla para que al menos estuviese quieta en su cama (2).» «Tal fué la violencia de su dolor—dice á su vez la Madre de Marigny,—que al cabo de tres ó cuatro meses la señora de Chantal parecía un esqueleto, y empezaba á temerse por su vida (3).»

Quien hubiera visto á la señora de Chantal en este estado, la hubiera considerado muy desgraciada: lo era, en efecto, tanto cuanto es posible serlo en este mundo.

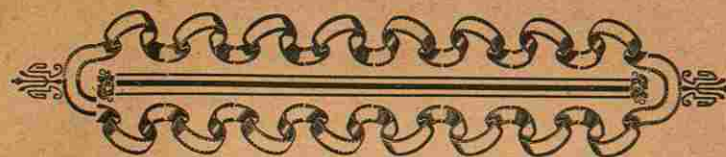
(1) Era el bosque de Garenna, que estaba enfrente del castillo y que aún existe.

(2) *Vida compendiada*, cap. II.

(3) *Segundo manuscrito de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. Proceso de canonización*, tomo II, pág. 974.

Tenía en el corazón una de esas heridas que jamás se cierran en las grandes almas. Y no obstante, de esta desgracia nacerá una vida nueva para su alma desolada. «Sacará de este amargo dolor, que sintió con exceso—dice Bussy-Rabutin (1),—pero que sufrió heroicamente, una fortaleza incomparable, luces y ardores divinos, con un total desasimiento de las criaturas, y, por último, esa muerte á sí misma y ese entero abandono á Dios, que en sus manos divinas fueron instrumento para tantas y tan grandes cosas.

(1) *Vida compendiada*, cap. II.



CAPÍTULO IV

Primer año de viudez. La señora de Chantal, deseando entregarse totalmente á Dios, busca al efecto un director.

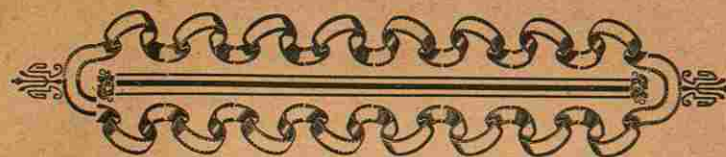
1601-1602

La señora de Chantal quedó, pues, viuda á los veintiocho años. Después de haber tenido la rara felicidad de encontrar un esposo digno de ella, había sido arrancado de sus brazos por un horrible accidente. De los seis hijos con que en ocho años había Dios bendecido su santo matrimonio, dos habían muerto en la cuna; la quedaban cuatro, un hijo de cinco años y tres hijas aún más pequeñas, sobre todo la última, que aún no tenía tres semanas. El dolor de la viuda se aumentaba con las inquietudes de la madre. Lo presente la affigia por su soledad, lo porvenir la espantaba por la responsabilidad. Estos son los grandes dolores de la vida que no se pueden comparar con nada, y para los que son impotentes todos los consuelos humanos. Dios, que conoce lo que vale un alma, es el único que puede imponerla tan pesada carga, y el solo que puede ayudarla á soportar. Él mismo enjuga sus lágrimas dolorosas y cicatriza tan profundas heridas.

La señora de Chantal no tardó en conocerlo. Consuelos desconocidos á las almas que no han sufrido se

Tenía en el corazón una de esas heridas que jamás se cierran en las grandes almas. Y no obstante, de esta desgracia nacerá una vida nueva para su alma desolada. «Sacará de este amargo dolor, que sintió con exceso—dice Bussy-Rabutin (1),—pero que sufrió heroicamente, una fortaleza incomparable, luces y ardores divinos, con un total desasimiento de las criaturas, y, por último, esa muerte á sí misma y ese entero abandono á Dios, que en sus manos divinas fueron instrumento para tantas y tan grandes cosas.

(1) *Vida compendiada*, cap. II.



CAPÍTULO IV

Primer año de viudez. La señora de Chantal, deseando entregarse totalmente á Dios, busca al efecto un director.

1601-1602

La señora de Chantal quedó, pues, viuda á los veintiocho años. Después de haber tenido la rara felicidad de encontrar un esposo digno de ella, había sido arrancado de sus brazos por un horrible accidente. De los seis hijos con que en ocho años había Dios bendecido su santo matrimonio, dos habían muerto en la cuna; la quedaban cuatro, un hijo de cinco años y tres hijas aún más pequeñas, sobre todo la última, que aún no tenía tres semanas. El dolor de la viuda se aumentaba con las inquietudes de la madre. Lo presente la affigia por su soledad, lo porvenir la espantaba por la responsabilidad. Estos son los grandes dolores de la vida que no se pueden comparar con nada, y para los que son impotentes todos los consuelos humanos. Dios, que conoce lo que vale un alma, es el único que puede imponerla tan pesada carga, y el solo que puede ayudarla á soportar. Él mismo enjuga sus lágrimas dolorosas y cicatriza tan profundas heridas.

La señora de Chantal no tardó en conocerlo. Consuelos desconocidos á las almas que no han sufrido se

mezclaron de repente á sus amargos dolores. Unas luces clarísimas llenaron su espíritu, y sintió vivísimos deseos de dejarlo todo, pues que todo se marchitaba y quebraba tan pronto para consagrarse totalmente á Dios. «Las inspiraciones que recibía de Nuestro Señor—dice la Santa—eran tan fuertes, que hubiera querido dejarlo todo é irme á un desierto para servir á Dios más entera y perfectamente fuera de todos los obstáculos sensibles, y creo que si no me hubiesen atado los cuatro hijos pequeños que tengo, me hubiera ido, desconocida y oculta, á la Tierra Santa para acabar allí mis días» (1).

Pero esta viva luz no duraba siempre. Desde las alturas adonde la fe la transportaba, la señora de Chantal caía á menudo en las tinieblas y desolaciones de su viudez. ¿Por qué la había arrebatado el Señor tan querido esposo? ¿Por qué había roto una unión que, lejos de alejarla del cielo, la aproximaba más á él? ¿Por qué, sobre todo, dejar huérfanos á estos cuatro hijos que tanta necesidad tenían de tan buen padre? La señora de Chantal traslucía que en golpe tan fuerte y raro debía ocultarse algún designio grande de Dios; pero no hacía más que entreverlo, y estas medias luces eran demasiado cortas para consolarla siempre entre las tristezas y abatimiento de su posición. Así fluctuaba entre el dolor y la alegría (2). Tan pronto, recogida y más tranquila—decía,—á Dios con una inefable paz: «Todo lo que hacéis, Dios mío, lo hacéis por misericordia»; y un instante después sus ojos se llenaban de lágrimas y volvía á empezar con esos eternos *porqués* del dolor para los cuales no hay respuesta en este mundo. De esta mezcla de luz y tinieblas nacía una situación de alma imposible de explicar. La Santa misma

(1) Archivos de Annecy. *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca sobre su propia vida; cuaderno en 4.º de 20 págs.

(2) Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.

dejó dicho que no hubiera podido imaginar que fuese posible sufrir tanto y ser al mismo tiempo tan feliz (1).

Sin embargo, la señora de Chantal no estaba ociosa durante estas interiores desolaciones; no se lo permitía su fe ni la energía de su carácter. Apenas se repuso de ese primer estupor en que se cae después de golpes tan fulminantes, recordó las piadosas conversaciones de su esposo durante su última enfermedad, y conmovida con este recuerdo, queriendo conservar la mayor fidelidad y dar á Dios todo su amor, hizo voto de perpetua castidad. Además, después de este voto repartió entre los pobres los vestidos del señor de Chantal y los suyos propios, los mismos que habían llevado en los días de su unión en la tierra. No conservó ni aun los adornos que la regalaron en la época de su casamiento, y los dió á las iglesias, no queriendo—decía,—más ropa nupcial que la que es preciso llevar para las bodas del Cordero. En esta época hizo también el voto de emplear sus manos en trabajar para las iglesias y los pobres, porque le parecía que estas dos cosas eran un santo y doble modo de vestir á Jesucristo. Redujo el tren de su casa y despidió parte de sus criados después de haberlos recompensado con largueza. Arregló también el modo de pasar el día, y el tiempo que por complacer á su esposo gastaba en la caza, en el juego y las visitas resolvió emplearlo de allí en adelante en la oración y lectura, visitando con más frecuencia á los pobres y enfermos, y dedicándose, sobre todo, á la educación de sus hijos.

Para llevar á cabo una vida tan enteramente consagrada á Dios, conoció la señora de Chantal que necesitaba un director que pudiese guiarla por los senderos difíciles de la piedad, en medio del mundo. Por otra parte,

(1) Archivo de Annecy, *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca.—Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.

su oración, fervorosa hasta entonces, pero siempre sencilla, iba elevándose; sentía una unión tan íntima con Dios, que se sorprendía; y en momentos dados, era llevada á regiones superiores que no conocía. Visiones milagrosas se mezclaban con ardientes afectos de su alma hacia Dios, y alarmaron su espíritu, comprendiendo le era imposible adelantar un paso en estos caminos desconocidos sin encontrar un guía experimentado, un director, que empezó á desear con ardor.

En la señora de Chantal los deseos eran tan impetuosos como su carácter, y así, el de tener un director no la dejó un instante de reposo. «¡Ay!—decía después,—yo deseaba un director, y pedía lo que no conocía; porque aunque me habían educado personas virtuosas, jamás había oído hablar de director, maestro espiritual, ni nada que se le pareciese. Pero Dios puso este deseo tan en lo íntimo de mi corazón, y era tan fuerte la inspiración de pedirle un director, que yo se lo rogaba con una vehemencia tan profunda, que me parecía sin igual. «Yo hablaba á Dios—dice—como si le viese con mis propios ojos; y la fe y mis vehementes deseos de ser escuchada me llenaban de la dulce esperanza de ser oída.» Y después añade estas palabras que pintan su carácter: «Yo me iba á pasear sola, y como en un transporte decía en voz alta á Dios: Señor, yo os ruego, por la verdad y fidelidad de vuestras promesas, me concedáis, para dirigirme espiritualmente, un hombre que sea verdaderamente santo y siervo vuestro, que me haga conocer vuestra voluntad y lo que deseáis de mí, y os prometo y juro en vuestra presencia hacer cuanto me diga de parte vuestra. En fin, todo lo que un corazón herido de dolor y obligado por ardientes deseos puede inventar, todo le decía yo á Nuestro Señor para inclinarle á que accediese á mi súplica.» (1)

(1) *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca, manuscrito en 4.º; Archivos de Annecy.

No contenta con pedirlo por sí sola, hacía que los pobres, las viudas, los huérfanos y los niños, en una palabra, todos los afligidos y los inocentes pidiesen la gracia que deseaba, y repartía muchas limosnas con esta intención. Algunos de mis lectores se admirarán de que una persona como la señora de Chantal, cuya piedad era tan grande, y que había sido honrada con milagros, no hubiese encontrado al instante director; pero es preciso saber que hay una inmensa diferencia entre un confesor y un director. El primero recibe la confesión del penitente, le absuelve de sus culpas y le da los consejos que necesita para que su alma se purifique; á esto se reduce su misión; pero la del director es mucho más elevada, y esta es la razón por qué en todas partes se encuentran confesores, multiplicándolos Dios en su bondad infinita, porque todas las almas los necesitan; pero no sucede lo mismo con los directores, que es preciso arrancarle.

Cuando en una ciudad, ó aunque sea en una aldea, cierto número de almas á quienes llama Dios á una excelente virtud ó á quienes destina á grandes obras de su gloria, han rogado y llorado mucho tiempo pidiendo un director, se compadece el Señor, mira su aflicción y de esta mirada de amor nace un director: es una creación aparte.

Los directores salen del corazón de Dios, como los grandes Doctores ó los grandes Pontífices por una extraordinaria efusión de su amor á la Iglesia. Su gloria es, en verdad, más secreta, y sólo á los ángeles regocija. Ocultos en la obscuridad de un confesonario, desconocidos del mundo, incapaces á veces de manejar una pluma ó de pronunciar un discurso, hacen poco ruido. Se oye su voz como la de un pequeño soplo (1), pero este

(1) Job, IV, 16. «He oído la voz de Dios—dice Job,—como un pequeño soplo.»

soplo tan pequeño tiene á veces más poder, y siembra más virtudes que la voz de los mayores oradores. ¡Oh triunfo de la humildad y de la gracia! No llaman á nadie, y se corre á buscarlo. No sé qué luz divina revela á las almas lo que encierra aquel obscuro confesonario, porque de todas partes acuden, abren sus conciencias, y encantadas de verse tan pronto comprendidas, tan completamente consoladas y tan sabiamente guiadas, exclaman gozosas: ¡Oh, y cómo manifiesta Dios su amor á las almas, dándolas directores santos!

«¡Felices los que los encuentran!—dice Fenelón.—Que lo agradezcan y se aprovechen. ¡Almas rectas! á vosotras os le dará Dios, concediéndolo á vuestros ruegos. Dios los formará expresamente para los designios que sobre vosotras tiene.» (1)

Tal vez nunca formó Dios directores más eminentes y santos que los que florecieron en los siglos XVI y XVII, porque en ningún tiempo hubo más necesidad de grandes remedios; y en efecto, jamás se vió, en medio de tan espantosa tormenta, aparecertantas almas santas, obras tan poderosas, y una regeneración tan brillante y tan extendida al mismo tiempo. Casi todos los hombres grandes de aquella época, sacerdotes, religiosos, Pontífices, fueron consumados directores. San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl, el P. de Condren y el Sr. Olier, el Cardenal de Berulle y el Sr. Andrés Duval, el bienaventurado Pedro Fourrier y San Francisco de Regis. Dios les multiplicaba, y aún no bastaban.

«¡Oh Dios mío!—exclama Fenelón;—si fueraposible que yo me atreviese á quejarme de vos, lo único de que os acusaría es de no dar bastantes directores á vuestra Iglesia.»

Bien sabía este grande Obispo que para salvar al

(1) Carta sobre la dirección.

mundo, sobre todo en ciertos momentos de crisis, para arrancarle del mal y volverle á Dios, no bastaban ni las fatigas del Apóstol, ni las ciencias de los Doctores, ni las lágrimas de los penitentes, ni los gemidos de las vírgenes. A todo esto ha sido menester juntar siempre la humilde y profunda acción de los santos directores. Ellos son los que han formado en todos tiempos, en el secreto del confesonario, las grandes almas que debían regenerar al mundo.

La señora de Chantal estaba llamada á muy altas virtudes y á un papel muy importante en la Iglesia, para que no le hubiese preparado Dios un director. Le reservaba uno, en efecto, y de primer orden; sólo que así como Santa Teresa, antes de encontrar á San Pedro Alcántara, había buscado inútilmente durante dieciocho años lo que tan oportunamente llama un «maestro espiritual,» la señora de Chantal debía comprar también, con muchos años de espera, deseos y pruebas, la felicidad de ser dirigida por San Francisco de Sales.

Tuvo, no obstante, en esta época, una como vista anticipada del guía que la estaba preparado. Una mañana, estando en Bourbilly, iba á caballo por el campo, rogando á nuestro Señor la hiciese conocer al que debía dirigirla, porque este pensamiento no se apartaba de su imaginación. Pasaba por un camino ancho, á la orilla de un bosque, cuando de repente divisó en la falda de un montecillo, y á poca distancia, un hombre cuyas facciones no había visto nunca, y que parecía un Obispo.

Llevaba una sotana negra, un roquete, y bonete en la cabeza; su figura era angélica y casi celestial. Mientras la señora de Chantal le miraba atentamente, oyó una voz que la dijo: «Este es el guía, amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos descansará tu conciencia.» En vano trató de conocer quién podía ser aquel santo personaje; no le había visto en ninguna parte;

pero sintió una grande alegría y la seguridad de encontrarle muy pronto (1).

Casi al mismo tiempo, estando en oración San Francisco de Sales en la capilla del castillo de Sales, fué arrebatado en éxtasis, y vió una joven viuda cuyo nombre ignoraba, y á quien jamás había visto. No sabía lo que esta visión significaba, cuando en un momento se levantó el velo del porvenir, y vislumbró la cuna de una Congregación religiosa, de quien sería Madre esta joven viuda, y él su Padre y Fundador (2).

Estas visiones fueron acompañadas de tan vivas luces que cuando en Dijón se vieron por primera vez San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, al instante se reconocieron uno á otro. Del mismo modo, en los desiertos de la Tebaida, los dos grandes Padres del yermo, San Pablo y San Antonio, se saludaron uno á otro por sus nombres, sin haberse visto jamás. Y en tiempos menos remotos, Santo Domingo y San Francisco de Asís se abrazaron tiernamente la primera vez que se encontraron, presintiendo admirablemente su común vocación.

No obstante, el dolor de la señora de Chantal crecía, lejos de calmarse; su salud se debilitaba, y sabiéndolo el Sr. de Fremiot, la escribió reprendiéndola vivamente por abandonarse así á su aflicción: la recordaba que debía conservarse para sus cuatro hijos pequeños; y por último, la mandaba que saliese de Bourbilly, y viniese

(1) Se enseña aún el lugar en que la señora de Chantal tuvo esta visión. Es en el camino que baja desde Bourbilly al molino del castillo, á casi igual distancia de uno y otro, á la falda de un bosquecillo que hoy se llama Bosque Tomás.

(2) Estas dos visiones con que fueron favorecidos San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, fueron, en los dos procesos de canonización, objeto de la más seria y severa indagación. Acerca de este punto, en los dos procesos, se oyó á un número considerable de testigos auriculares, y sus unánimes declaraciones no permiten ni aun sombra de duda sobre estos dos acontecimientos.

al menos por algún tiempo á Dijón. Esperaba que el ruido de la ciudad y la compañía de sus parientes y amigos aliviaria un poco su intenso dolor. La señora de Chantal partió al instante, y llegó á Dijón á fines de Marzo de 1602. Encontró allí á varias de sus amigas de la niñez: á la señora de Bruslard, tan piadosa y ardiente; á la señora de Villers, una de esas almas que parece han nacido solamente para hacer amar la virtud; la señorita de Xaintonges, la valerosa fundadora de las Ursulinas de Dijón, y otras. En este círculo de amigas íntimas, al lado del Presidente Fremiot, su venerable padre, «que amaba tiernamente á su hija, y de quien era correspondido (1);» de su excelente tío el Sr. D. Claudio Fremiot; y con las señoras de Berbissey y des Barres, que la habían servido de madre, fué como concluyó lejos del mundo el primer año de su viudez. Los que han sufrido mucho saben cuán dulce es en esta media soledad en que no penetran más que algunas pocas personas que comprenden nuestros dolores, y en cuyas almas encuentran siempre eco nuestros gemidos.

No obstante, la señora de Chantal no confiaba todas sus penas, y así jamás hablaba de sus inquietudes de conciencia ni de sus deseos de tener un director. La imagen que había visto en su visión en el montecillo de Bourbilly, en lugar de disminuir su impaciencia la había aumentado. Aquellas palabras: «Este es el guía, amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos descansará tu conciencia,» no se apartaban de su imaginación. Pero ¿dónde estaba? ¿En dónde se le encontraría? ¿En qué iglesia, en qué capilla estaría ese Santo? Porque tenía un aspecto tan angélico, que no dudaba era un Santo, y de los mayores Santos. Con estos pensamientos visitaba sin cesar todas las iglesias de Dijón, todas las capillas, todos los santuarios, muy numerosos

(1) Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.

entonces, orando, llorando y buscando por todas partes á ese guía misterioso, confiando encontrarle á cada instante, y volviendo desolada, abatida, próxima á desanimarse á cada paso inútil de los muchos que daba.

De este modo crecía su inquietud con sus infructuosas diligencias; y como dice uno de sus biógrafos, importunaba al cielo con sus gritos ó clamores (1). Un día que había ido á Nuestra Señora d'Etang (es una capilla de la Santísima Virgen, edificada en la falda de una montaña escarpada, distante dos leguas de Dijón, y célebre en toda Borgaña), encontró allí un religioso mínimo, que por devoción había ido á decir Misa, en compañía de algunas señoras piadosas de la ciudad. Como la señora de Chantal tenía ya gran reputación de virtud, se la acercaron estas señoras, y principió entre todas una de esas piadosas conversaciones, que nacen por sí mismas en estas peregrinaciones. Entre otras cosas, se habló de directores y direcciones; y sea que la señora de Chantal, preocupada siempre con sus deseos, hubiese traído la conversación á este terreno, ó que hubiese venido por sí misma, como sucede á menudo entre personas devotas, lo cierto es que aquellas buenas señoras, á quienes dirigía el mencionado religioso, hicieron tantos elogios de su dirección que la señora de Chantal concibió la idea de abrirle su corazón. Vió claramente á la primera ojeada que no era el que se le había manifestado, y de quien se le había dicho: «Este es el guía fiel, en cuyas manos descansará tu conciencia.» Pero por una parte sus tentaciones se aumentaban de tal modo, que la parecía imposible pasar más tiempo sin la ayuda de un director; por otra, tenía á ratos mil temores de que la imagen que se la había aparecido en su visión de Bourbilly fuese una ilusión, ó tal vez un artificio del enemigo para impedirla tomase un guía, sin

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el P. Fichet, cap. VIII.

el cual era evidente que no podía adelantar. En esta angustiosa duda, después de haber pesado con madurez todas las cosas y orado fervorosamente, mandó á preguntar al religioso si gustaría de oirla. La respuesta fué venir después de la Misa para hablarla, y en esta capilla de Nuestra Señora d'Etang principió para la señora de Chantal una nueva y cruel prueba, destinada á inflamar más y más en su corazón el deseo de un director, para que cuando Dios la diese á San Francisco de Sales apreciase en su valor y amase de corazón la dulzura, la moderación, prudencia y sabia lentitud de este grande Obispo.

Aquel religioso, cuya dirección poco inteligente debía hacer sufrir tanto á la señora de Chantal en dos años y medio, era, no obstante, piadoso y docto. Todos los contemporáneos lo afirman, y el mismo Santo Obispo de Ginebra habla con elogio del bien que hacía en Dijón (1). Pero puede suceder muy bien que, por un designio particular de Dios, un director que para ciertas almas tenga grandes luces, no las tenga para la dirección de otras, y realmente esto es lo que sucedió. En cuanto este religioso oyó á la señora de Chantal, viéndola devorada del ansia de mortificaciones corporales, en lugar de contenerla aflojó la rienda en algún modo, y la permitió ayunos, disciplinas, levantarse á media noche, cosas todas de que estaba casi imposibilitada, en el estado de debilidad á que la habían reducido la muerte de su marido, los dolores de su corazón y el afán é inquietud de conciencia que siguieron á su terrible aflicción. Al mismo tiempo, admirado del ardor y actividad de esta alma, la impuso gran número de ora-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, cap. XI.—Maupas, *Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, cap. XI. Una y otro aseguran que era docto y virtuoso.—*Cartas de San Francisco de Sales*. Véase la del 14 de Junio de 1604.—*Vida compendiada*, por Bussy-Rabutin. «Este director hombre por otra parte lleno de virtud.»

ciones, meditaciones y prácticas laboriosas, ejercicios largos y de mucha aplicación, que cansaban su cabeza y fatigaban su espíritu. Esto era aumentar falta sobre falta; y sin duda, ó este religioso no conoció el carácter de la señora de Chantal, ó había olvidado uno de los principios fundamentales de la dirección de las almas. A las flojas y cobardes conviene excitarlas y espolearlas con estos medios. Las ardientes é impetuosas deben, por el contrario, por medio de una dirección dulce, irse sosegando, tranquilizando y pacificando, dejando poco á poco esa multitud de ejercicios que las agitan sin adelantarlas: principio esencial y de los más profundos que veremos conocía y practicaba excelentemente San Francisco de Sales.

Imposible era que no sufriese mucho Santa Juana Francisca caminando por senda tan opuesta á su carácter. ¿Tuvo tal vez, desde luego, un aumento de temores é inquietudes? ¿Vió tal vez su director asomar en la penitente el deseo de dejar su dirección, sintiendo haberla aceptado? Sea lo que quiera, viéndola siempre agitada, y persuadido de que sólo la obediencia podía poner término á turbaciones cuya causa ignoraba, exigió hiciese cuatro votos: el primero, de obedecerle; el segundo, de guardar un secreto inviolable sobre todo lo que él la dijera; el tercero, no dejarle nunca, y el cuarto, no hablar jamás de su interior sino con él. Los historiadores, lacónicos en este asunto, parece indican que exigió al mismo tiempo estos cuatro votos y el mismo día en que la vió por primera vez; pero esto no es probable: lo más natural es que los exigiese después y sucesivamente, reforzando, digámoslo así, los unos con los otros, á la manera de los nudos, que se aprietan más cada vez que el que está atado con ellos hace un esfuerzo para desatarse.

Seguramente no había en todo esto ni medida, ni prudencia, ni conocimiento del carácter de la señora de

Chantal, ni apreciación exacta de las circunstancias en que se encontraba, ni de las penas que eran su consecuencia. Guardémonos, no obstante, de no ver en esta dirección singular más que debilidad é ignorancia humana, porque la mano de Dios es la que lo dirige todo. Revelará al instante á San Francisco de Sales la verdadera senda propia para Santa Juana Francisca, pero permite primero que los ojos de su director estén cubiertos como con un velo, á fin de que pase por medio de las tinieblas y ansiedades, preparándose de este modo á la gran dirección que la reservaba: este es el juicio que hizo algún tiempo después el Santo Obispo de Ginebra. «Dios fué—dice escribiendo á la señora de Chantal—quien os embarcó en la primera dirección, propia y muy buena para vos en aquel tiempo (1).» Santa Teresa, que se había visto sometida á una prueba muy semejante, como hemos dicho, juzgaba lo mismo en este asunto. «Ahora conozco—dice escribiendo en sus últimos años—que la mano de Dios se oculta alguna vez, y que fué una conducta particular de nuestro Señor que no encontrase en dieciocho años un maestro espiritual (2).» En efecto, no lo olvidemos: en el gobierno de ciertas almas, Dios es quien las envía directores, y el que algunas veces permite que no los encuentren; y en uno y otro caso, su conducta, bien comprendida, es digna de admiración.

La señora de Chantal pasó dos años y algunos meses bajo esta dirección tan poco conveniente, sufriendo mucho, siempre inquieta, atormentada bajo todos aspectos, pero resignada, obediente y como una humilde oveja, tan sumisa y respetuosa, que no hubiera querido faltar ni en una letra á lo que se le mandaba; aprendió en esta severa escuela á desasirse de sí misma y á no

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 14 de Octubre de 1604.

(2) *Obras de Santa Teresa*, traducidas de los manuscritos originales por el P. Rouix, tomo I, págs. 43 y 44.

buscar ni querer sino la adorable voluntad de Dios. Al terminar esta prueba, la encontraremos renovada y más fuerte, mejor dispuesta para aprovecharse de la dirección de San Francisco de Sales. ¡Tanta verdad es que todo sirve y todo se vuelve en bien para las almas que aman á Dios! En tanto, llegaron las vacaciones del Parlamento de Borgoña, y el Presidente Fremiot, según su costumbre, iba á pasar algunos días en Thotes (1), en Auxois; la señora de Chantal partió con su padre y se volvió á Bourbilly, adonde, por otra parte, la llamaban sus asuntos, la cosecha que concluía y las vendimias que se preparaban. Esta inconsolable viuda no pudo volver á ver los lugares testigos de sus gozos y de sus penas sin derramar torrentes de lágrimas; y su inclinación hacia una vida más santa se aumentó en la soledad, junto con el deseo, cada vez más vivo, de encontrar por fin un director. Un día que en la capilla del castillo de Bourbilly derramaba su alma en presencia de una imagen de la Santísima Virgen, y pedía al Señor la hiciese conocer su voluntad, de repente, y en el momento en que oraba con más fervor, se vió rodeada de una multitud innumerable de vírgenes y viudas, y oyó una voz del cielo que la dijo: «Esta es la generación que te dará á ti y á mi fiel siervo; generación casta y escogida, y que quiero que sea santa.» Nada comprendió la señora de Chantal de esta visión, pero se quedó dulcemente impresa en su memoria, y durante algún tiempo suavizó la amargura de sus penas (2).

En estas circunstancias recibió una carta, que no pudo leer sin oprimírsele el corazón. Su suegro el Ba-

(1) Thotes y Bourbilly eran dos castillos cuyos territorios casi confinaban.

(2) La misma Santa Juana Francisca cuenta este hecho en sus *Memorias inéditas*. Muchos testigos lo afirmaron bajo la fe del juramento. Véase, entre otras, la declaración de Claudio Luis Diguier, Prior del monasterio de Talloires. *Proceso de canonización*, tomo II, pág. 24.

rón de Chantal, que vivía en el castillo de Monthelón, á una legua de Autun, la escribía diciéndole que estaba muy viejo y que quería fuese á vivir con él.

La señora de Chantal, que conocía el carácter del anciano Barón, los desórdenes de su casa y los mayores aún de su conducta, comprendió al instante toda la amargura del cáliz que tendría que beber; pero la esperanza del bien que podía hacerle, desviándole del mal y preparándole á una cristiana muerte, la hizo vencer su repugnancia y disgusto. «Así—dice un antiguo biógrafo,—no titubeó. Recibió como por obediencia el mandato de su suegro, y tomando esta cruz la puso sobre su corazón, y fué á vivir á su casa con sus cuatro hijos para sufrir allí un purgatorio de casi siete años y medio (1).

Los últimos días que pasó en Bourbilly fueron señalados con actos de caridad que los habitantes no han olvidado todavía y que afirmaron bajo juramento cuando el proceso de canonización. «En los días en que la señora de Chantal se preparaba á salir de Bourbilly para ir á Monthelón—dice uno de los testigos—hizo distribuir antes de su partida todo el grano y comestibles que había en el castillo á los pobres de la aldea. En los mismos días, tres huérfanas pobres del pueblo de Corcelles, llamadas las Foulardas, vinieron á buscar á la Baronesa para que les diese limosna, y á causa del excesivo rigor del frío tuvieron que pararse en el camino; lo que sabido por nuestra Santa envió á buscarlas, y habiendo llegado, cuidó de dejar á dos colocadas antes de su marcha de Bourbilly, y se llevó en su coche á la tercera.» «A la salida de dicha señora—dicen otros dos testigos—había un gran número de pobres, tanto viudas como huérfanos y otros miserables, que lloraban y gemían de un modo que daba lástima, siguiendo

(1) Mr. de Maupas: *Vida de la venerable Madre Chantal*, pág. 40.

do su carruaje, y diciendo que perdían á su buena madre (1). »

La perdían, en efecto, porque después ya no volvió á vivir en Bourbilly la señora de Chantal. Volvió algunas veces para velar por las cosechas y vendimias, pero sólo de paso y rápidamente, habiendo transmitido la propiedad á su hijo y después á su nieta la señorita de Chantal, que, ya casada con el Marqués de Sevigné, vino á conocer su castillo y dependencias, que le parecieron poco amenas; de suerte que, como decía con su viveza ordinaria, *rara vez iba á fastidiarse á Bourbilly* (2). Poco á poco fué saliendo el castillo del dominio de la familia y quedando inhabitable. Los grandes árboles del paseo, que la Marquesa de Sevigné había hecho arreglar y limpiar, desaparecieron, las torres se cayeron, los fosos se llenaron de escombros, y el río, impedido en su curso, se retiró de los muros del castillo. Felizmente, entre la vida de los Santos y los lugares predestinados para morada suya hay armonías que sobreviven á los estragos mismos del tiempo.

Cuando al salir de Semur se andan dos ó tres horas por las llanuras ricas y monótonas del Auxois, aparece de repente, en una sinuosidad profunda del terreno que nada prometía, una pradera poco extensa, fértil, de aspecto dulce y melancólico, y en ella las ruinas de un antiguo castillo. Es Bourbilly. Todo á su alrededor está tranquilo y silencioso; apenas se oye el murmullo monótono del río que se aleja. Un círculo de montecillos poco elevados, pero cubiertos de bosques, envuelve al vallecillo en una cortina verde, aumentando así su silencioso aspecto. Al verle se piensa que este lugar está preparado por Dios mismo para las puras alegrías de un amor casto y cristiano; uno de esos dulces nidos

(1) *Proceso de canonización.* Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) Carta de la Marquesa de Sevigné á Bussy-Rabutin.

de que habla San Francisco de Sales, cerrados hacia la tierra y con sólo una abertura que da vista al cielo. ¡Soledad expresamente hecha para olvidar el mundo en los días de grande y feliz amor ó para llorar libremente en los de gran dolor!

Dos edificios paralelos y desunidos, restos del castillo, están aún en pie en el centro del valle. Uno de ellos tiene una ancha ventana gótica al estilo del siglo XIV, desprovista de vidrios, y por entre sus barrotes quebrados se ven gavillas de trigo amontonadas; esta es la capilla. En el otro edificio, de estilo menos antiguo, se ven habitaciones con sus artesonados de flores, adornadas con grandes chimeneas, en las cuales brillan las armas y blasones de los dueños; aquí habitó nuestra Santa durante los ocho años que fué la dulce compañera del Barón de Chantal. En el piso bajo, las cocinas y cuartos grandes, donde trabajaba con sus criados y recibía á los pobres; la antigua escalera, cuyos escalones, hoy desunidos, subió y bajó tantas veces, y delante de la puerta algunas grandes encinas, á cuya sombra, como en otro tiempo San Bernardo, gustaba de pasearse sola, teniendo el cuerpo en la tierra y el espíritu en el cielo. Sólo un cristiano puede imaginar el encanto inefable que siente el alma al recorrer los lugares en que han vivido los Santos, y que hace creer está uno más cerca de esos seres sublimes; porque como las flores comunican su perfume á todo lo que tocan, así parece que han dejado los Santos algo de sí mismos en los lugares donde nacieron y habitaron.

Puede ser ilusión, pero es cierto que intuitivamente se piensa en que desde el cielo nos sonríen los Bienaventurados, mientras recorremos amorosamente las ruinas de sus terrestres habitaciones, atribuyendo á sus celestiales miradas las dulces emociones de que el alma se siente llena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO V

Monthelón.—Nuevas pruebas de la señora de Chantal.—San Francisco de Sales predica la Cuaresma en Dijón.—San Francisco de Sales considerado como director.

1602-1604

EL año 1602 terminaba cuando la señora de Chantal y sus cuatro hijos llegaron á Monthelón. El castillo era más viejo y sombrío que el de Bourbilly, medio hundido en la tierra, rodeado por todas partes de fosos profundos y de torres. El Barón de Chantal, que había contraído muchas deudas para hermostear á Bourbilly, no pudo restaurar á Monthelón, y se había contentado, al venir á vivir en él en 1592, después del matrimonio de su hijo, con hacer esculpir sobre la puerta principal las armas de su familia, con su gran cordón del orden de San Miguel, y esta divisa en latín y francés: *Virtus vulnere virescit. La virtud se aumenta con las llagas*. Cuando se piensa en los años de dolor que la señora de Chantal pasará en este castillo, en las humillaciones que sufrirá y en los progresos admirables que hará en la virtud, no es posible fijar los ojos en esta inscripción, que aún subsiste, sin sentirlos mojados con lágrimas involuntarias, pues más que inscripción ó divisa, era una verdadera profecía. El anciano Barón de Chantal, que iba á ser la causa de tantos dolores para nuestra Santa, tenía, sin embargo, algu-

nas buenas cualidades. Era un hombre franco, desinteresado y valiente, que se había distinguido en el ejército, y que había conquistado la estimación y aun el afecto de Enrique IV, pero lleno de una vanidad ridícula y pueril que le quitó mucha consideración, y de una violencia de carácter que hizo daño á su fortuna. La vanidad le había entrado con la sangre, porque era defecto hereditario en la familia de los Rabutín. Menester es oír en este punto al Conde de Bussy, uno de los vanidosos de la familia, burlándose graciosamente de la multitud de blasones, armas y divisas con que los Cristóbal y los Guy tapizaron el castillo de Bourbilly. «Fui allí con la familia, y ésta quedó tan satisfecha de la casa como yo—escribe á la Marquesa de Sevigné.—Los Rabutín vivos, viendo tantos escudos, se estimaron doblemente, conociendo con esto el grande aprecio que los Rabutín muertos hacían de su casa. Pero todos nos reímos de buena gana viendo al bueno de Cristóbal de rodillas, el cual, después de haber puesto sus armas en mil lugares y de mil modos diferentes, se había hecho hacer un traje con ellas. Ya creeréis fácilmente, hermosa prima, que Cristóbal tendría su sello, y que sus armas se verían en su vajilla, en las gualdrapas de sus caballos y en sus carruajes; por mi parte pondría la mano en el fuego.» Este buen Cristóbal, que llevaba un vestido todo lleno de sus armas, era el padre de nuestro anciano Barón, y éste, formado en su escuela, había aprovechado en ella más de lo que era menester.

En cuanto á su violento carácter, sobrepujaba á su vanidad, habiéndole comprometido en una porción de desafíos y golpes de mano que le habían hecho el terror de la comarca. A consecuencia de uno de ellos, había sido condenado á muerte por contumaz y culpable de dos asesinatos, y no había escapado del suplicio sino á favor de las guerras de la Liga, durante las cuales verdaderamente expió su falta con nobleza. La edad no

había aplacado esta violencia, pero la había dado otro carácter: su mal humor perpetuo y sus accesos de cólera hacían temblar á cuantos vivían á su lado.

Dios, que ha querido que la dulzura fuese la amable compañera de la fortaleza, ha querido también, por justo castigo, que la violencia vaya seguida de la debilidad. Este anciano sombrío, delante del cual todo debía doblegarse, había caído bajo la dependencia de una criada, sin cuyo consentimiento no se hubiera atrevido á dar un paso ni hacer el menor movimiento: le había dominado de tal modo, que mandaba en el castillo como si fuese la señora y dueña de él (1), habiéndose instalado hacía largo tiempo con sus cinco hijos en casa del Barón, cuyos bienes dilapidaba con desvergüenza. Todo el mundo lo veía y en todas partes se murmuraba; algunas personas trataron de hacer observaciones moderadas; pero, como sucede generalmente, el anciano Barón no quería ver ni oír nada.

Apenas llegó la señora de Chantal, cuya primera ojeada era á un tiempo justa y pronta, y que poseía en alto grado las cualidades de una señora de su casa, conoció al instante que se despilfarraban los intereses de su suegro, y trató de hacer algunas pequeñas observaciones; pero la criada, descontenta de la llegada de nuestra Santa, y temiendo que ésta pudiese echarla, había prevenido el ánimo del Barón en contra de su nuera. Algunas palabras dichas por ésta unos días después con la mayor humildad, provocaron una escena muy violenta. La señora de Chantal comprendió al instante la cruz á que tenía que resignarse. Por su parte, la criada, envalentonada con sus primeros triunfos, no se contentó, y llegó hasta ser insolente. De allí en adelante la señora de Chantal fué tratada como una extraña que se

(1) *Proceso de canonización. Declaraciones de la Hermana de Leschereines y de la Hermana Grandis, super art. 54. Memorias manuscritas de la Hermana Angélica de la Cruz.*

admite en el hogar doméstico, pero con quien nada se trata ni consulta. «La criada tomó tal autoridad—dice la Madre de Chaugy,—y hacía valer de tal modo la superintendencia que se había abrogado, que la humilde nuera no se hubiera atrevido á dar un vaso de vino á un correo sin que ella lo mandase (1).» «Siete años enteros—dice el P. Fichet—pasó nuestra Santa bajo la férula de una insolente bribona que gobernaba toda la casa del Barón sin permitirle ni aun crédito para disponer de un rublo (2).»

Sujeta y aun injuriada en el castillo de Monthelón, la señora de Chantal se manifestó grande, y más grande que cuando era feliz y dueña de todo en Bourbilly. Unicamente ocupada en su grande obra, la conversión de su suegro y la de su indigna criada, se dedicó á vencer á uno y á otra á fuerza de dulzura. No había pasos ni sacrificios que la pareciesen costosos, con la esperanza de que se volviesen á Dios. Llegó á tan alto grado de heroísmo, que cuidaba á los hijos de esta mujer como á los suyos propios, tomándose el trabajo, no sólo de instruirlos, sino también vistiéndolos algunas veces, peinándolos, limpiando sus vestidos y haciéndoles con sus manos los más bajos servicios.

Sin embargo, estos actos la costaban grandes combates, y sobre todo, en los principios de una vida tan humillada, en que toda su sangre se rebelaba. Confesó ella misma que cuando veía á los hijos de esta criada andar á la par con los suyos, y algunas veces serles preferidos, se llenaba de indignación. Pero ahogando los gritos de la naturaleza, no oponía á los insultos é insolencias sino un corazón manso y un rostro afable. Un día, hablando de esta criada, algunas personas dijeron que en cuanto muriese el Barón de Chantal cor-

(1) *Memorias*, pág. 38.

(2) *Vida de Santa Juana Francisca de Chantal*, pág. 28.

tarian la nariz á esta mujer, y la echarían á los fosos del castillo por encima de las torres. «¡Oh, no—respondió,—yo sería su salvaguardia! Si Dios se sirve de ella para imponerme la cruz, ¿por qué no la he de aceptar?» Y en otra ocasión, murmurando una persona, y diciendo que por qué, teniendo nuestra Santa tanta aptitud para dirigir una casa, había de estar en Monthelón privada de este ejercicio: «Dios lo quiere así—dijo la Santa—para que tenga más tiempo de ocuparme en mis ejercicios de piedad.»

Observaba con su suegro la misma conducta. Aprovechaba cuantas ocasiones se presentaban para hacerle bien, y ninguna violencia fué capaz de disminuir su respeto ni desanimar su paciencia.

A motivo tan elevado se unía otro que, como el primero, la sirvió de ayuda para sufrir heroicamente esta vida durante siete años. Naturalmente era orgullosa; con la sangre había heredado de sus antepasados un no sé qué de altivo y dominante (1), que quería ahogar á toda costa, y nada le parecía más á propósito para conseguir la virtud de la humildad, que vivir en una casa donde las humillaciones eran para ella el pan cotidiano. Lo logró, en efecto, y tanto, que no es fácil explicarlo. En esta durísima escuela, mejor que en el más severo noviciado, quiso Dios que adquiriese esta grande humildad y perfecta obediencia, que bajo la mano de San Francisco de Sales serán después instrumentos de grandes cosas.

Con estos pensamientos y deseos de humildad, hizo la señora de Chantal, en el mes de Abril de 1603, un acto de grande importancia. En el siglo XVII estaba aún el mundo como en la Edad Media, poblado de jóvenes, viudas y casadas, que detenidas en el siglo por la edad

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 399. «Como dice nuestro Santo Padre, nuestra bienaventurada Madre tenía naturalmente un carácter dominante.»

ó el deber, se asociaban á las oraciones y penitencias de las grandes Ordenes religiosas, aceptaban su regla, su oficio, su espíritu, y aun parte de su traje, con la condición de participar de sus méritos y buenas obras, y no pudiendo ir al retiro de sus monasterios, los llamaban, y en cierto modo los introducían en el hogar doméstico.

Dos Terceras Ordenes eran las más populares entre todas: la de Santo Domingo y la de San Francisco; la primera inclinaba especialmente á las almas á la penitencia; la segunda á la humildad y á la pobreza. La señora de Chantal prefirió esta última, y se hizo recibir en ella el 6 de Abril de 1603 (1).

(1) Véase la carta de hermandad que después de la ceremonia de recepción la entregó el P. de Tournon, Provincial de León, y cuyo original se presentó á los comisarios apostólicos cuando el proceso de canonización.

Carta de hermandad de la señora Juana Francisca Fremiot al Orden de Capuchinos.

«A la devota viuda señora doña Juana Francisca Fremiot, Baronesa de Chantal, el Hermano Antonio de Tournon, Provincial del Orden de Menores, nombrados Capuchinos, en la provincia de San Buenaventura, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

»Como por concesión de muchos Padres Santos, y particularmente de Urbano V, de feliz memoria, está concedido al General y Provinciales del Orden de frailes menores de San Francisco el admitir y recibir por Hermanos á los que juzguen digno de ello (después de la petición hecha por ellos), y hacerlos participantes de todos los bienes que diariamente se hacen en su Congregación; por tanto, sabedor de vuestra piedad, así como del amor que tenéis á nuestra Congregación, y atendiendo al deseo que habéis manifestado de ser admitida en ella, con el fin de participar de las buenas obras que en ella se hacen, accediendo á vuestra piadosa demanda, os recibo en caridad de Nuestro Señor Jesucristo por hija de nuestra religión, haciéndoos participante del fruto de todas las devociones, sacrificios, oraciones, ayunos, vigili-
as, votos, oficios y otros bienes que la divina Bondad quiere se obren en ella, y á la cual suplico quiera confirmar en el cielo lo que caritativamente os concedemos en la tierra, y que como espero os será concedido si perseveráis en una vida virtuosa y católica, según la promesa que habéis hecho en el santo Bautismo, á lo cual os exhorto; supli-

No se concibe cómo los historiadores han omitido un hecho tan importante y significativo. Cifando su cintura con el cordón de San Francisco de Asís, creía nuestra Santa no ceder sino á su desprecio del mundo y al amor que sentía á la humanidad y á la pobreza; pero, sin saberlo, daba el primer paso hacia la vida religiosa que debía abrazar después, aunque bajo una forma bien diferente, y hacia la cual una mano invisible principiaba á inclinar su corazón y á dirigir la carrera de su vida.

Entretanto, la señora de Chantal seguía sin director. Cuanto más adelantaba en la virtud, más necesidad tenía de un guía; y convencida más y más de que no era posible pasarse sin él, multiplicaba sus oraciones con este fin. Un día que estaba en oración, se sintió de repente arrebatada en Dios, y después de haber pasado largo tiempo en éxtasis: «Me parece—dice—que volvía de otro mundo, donde no había aprendido más que esta sola palabra: «Así como Jesús mi Hijo ha sido obediente, os destino á vos á ser obediente.»

Cuenta también y dice: «Estando en el bosquecillo próximo al castillo de mi suegro en Monthelón, me sentí fuertemente llevada por un impulso interior, y puesta en oración, sin que pudiese yo resistir á ello, como deseaba, para irme á la iglesia que estaba muy cerca. Allí se me hizo conocer que el amor celestial quería consumir en mí todo lo que me era propio, y que pasaría por muchos trabajos interiores y exteriores. Cuando volví en mí, todo mi cuerpo se estremecía y temblaba; pero mi corazón quedó lleno de grandísima alegría en Dios, porque me parecía que sufrir por amor de Dios es

cándoos roguéis á Dios por mí y por nuestra expresada Congregación. En fe y testimonio de lo cual he firmado la presente de mi propia mano, y sellado con el sello mayor de nuestra provincia.

»Dado en nuestro convento de Dijón el 6 de Abril de 1603.» (*Proceso de beatificación*, tom. II, pág. 606.)

el verdadero alimento del amor mismo en la tierra, como lo es en el cielo gozar de Dios, sumo bien (1).»

En medio de estas humillaciones y de estos raptos, apareció, en fin, San Francisco de Sales. Hacía dos años y medio que Dios, digámoslo así, trabajaba en preparar á nuestra Santa Juana Francisca para recibirle. Con este fin la había mostrado su imagen al pie de un montecillo de Bourbilly; después la había dejado tomar un director que no le convenía, pero cuyos defectos habían de tener por resultado hacerla desear con más vehemencia al Santo Obispo de Ginebra, y al mismo tiempo que así avivaba sus deseos, domaba su carácter naturalmente orgulloso en el castillo de Monthelón, doblegaba su voluntad, y con pruebas terribles y éxtasis admirables, la modelaba por sí mismo para la obediencia. En 1604 está ya concluida la obra, y puede aparecer San Francisco de Sales. La señora de Chantal está pronta, y lo espera.

Por lo demás, si la señora de Chantal está dispuesta á recibir la dirección del santo Obispo de Ginebra, éste no lo estaba menos para dársela. Hacía también algunos años que Dios le preparaba del mismo modo en la soledad, oración y desasimiento de todo, á este ministerio augustísimo; le colmaba de todos los dones de naturaleza y gracia, y juntaba silenciosamente en su alma las luces y virtudes que forman los verdaderos directores. Después de haber contemplado la acción de Dios en el corazón de la señora de Chantal, es menester que la admiremos ahora en el de San Francisco de Sales. Este delicioso estudio, en lugar de dilatar inútilmente nuestra relación, la prestará un nuevo encanto y un adorno más.

Dejemos á un lado, aunque con sentimiento, para no

(1) Estas visiones las cuenta nuestra Santa Juana Francisca por sí misma en sus *Memorias inéditas*. La Madre Chaugy, que también las cuenta, no hace más que copiarlas de estas *Memorias*, pág. 34.

ser difusos, al apóstol, al predicador, al controversista, al teólogo y aun al místico mismo, y no retratemos sino al director, porque con este título, sobre todo, ejercerá tan alta y saludable influencia sobre la señora de Chantal; y absteniéndonos de hablar más, y omitiendo la larga preparación con la cual le elevó Dios poco á poco á tan altas luces y sublime amor, contentémonos con buscar en sus cartas y en el testimonio de los que le conocieron, cuáles eran con precisión las cualidades, las virtudes y los principios que hacían del Obispo de Ginebra el más perfecto director.

Y primeramente, pocos hombres poseyeron en más alto grado el don de discernimiento de espíritus, es decir, esa mirada fina y profunda que penetra hasta lo más íntimo de las conciencias; esa ciencia infusa, por decirlo así, de los caminos de Dios sobre las almas; y para resumirlo todo en una palabra, esa especie de intuición divina, que es el carácter distintivo de los verdaderos directores. «Tenía ojos de lince para conocer el interior — dice el Ilmo. Camus, Obispo de Belley — y penetraba hasta la división más profunda del alma y del cuerpo (1).» Iniciado por largos estudios en todos los secretos de la vida interior, versado en el conocimiento de los grandes místicos, y lo que vale mucho más, ele-

(1) *El Espíritu de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, representado en muchas de sus acciones y palabras notables, recogidas de algunos sermones, pláticas, conferencias, conversaciones, libros y cartas*, por M. J. P. Camus, Obispo de Belley: París, 1641: 6 vol. en 8.º Esta obra, sumamente curiosa, en que la verdadera fisonomía de San Francisco de Sales está pintada al natural, ha sido reimpresa recientemente por el Sr. Abate Dépery, muerto siendo Obispo de Gap. Collet la compendió en el siglo XVIII, y habiendo tenido su edición (París, 1727, en 8.º) un gran éxito, la obra original vino á ser extraordinariamente rara, lo que era tanto más de sentir, cuanto que Collet la alteró mucho queriendo retocarla. Ha sido, pues, un verdadero servicio, hecho á la piedad y á las letras, el restituir á su primitiva integridad esta pintura olvidada, pero muy verídica, de San Francisco de Sales. Citaremos siempre la excelente edición del Ilmo. Dépery: París, 1840, 3 vol. en 8.º

vado á los más altos grados de oración, San Francisco de Sales adivinaba las almas, según toda la fuerza de la expresión. «Principio por donde acabáis, mi muy querida y verdaderamente amada hija—escribía un día á la Madre Angélica Arnauld de Port-Royal,—porque vuestra última concluye así: *Creo que me conocéis bien*. ¡Oh! sí, ciertamente; es verdad que os conozco bien (1). Y en pocas palabras la revelaba todo el fondo de su conciencia, con una claridad que la llenaba de admiración. Lo mismo sucedía con los demás; y uno de los más bellos espectáculos de esta historia será el ver las luces de San Francisco de Sales sobre las almas que dirigirá. ¿Y qué almas? La señora de Chantal, la señora de Charmoyssi, la Presidenta Bruslard, las señoritas Favre, de Brechard, de Blonay, de Chatel, tan grandes por su talento, corazón y carácter, y mucho más grandes por la santidad de su vida é íntima unión con Dios.

Estas luces eran tan vivas, que los hombres menos simpáticos (iba á decir hostiles) á San Francisco de Sales, ó por lo menos á su espíritu y á su carácter, se llenaban de admiración. «Ha sido—dice—el señor de Saint-Cyran, uno de esos Obispos singulares que, habiendo sido llamados por la senda más excelente, han merecido sacar de la fuente misma las luces y el conocimiento de la verdad, de que tenían necesidad para guiar y encaminar las almas á Dios; de suerte que aunque les hubiese faltado algún conocimiento necesario, no se les podía imputar á ignorancia, porque habiéndolos puesto Dios en sus cargos, sin quererlos ellos, como personas de inocencia y virtud singular, todo lo que en consecuencia hacían para el bien de las almas estaba bien hecho, aprobado por Dios y por los hombres.» (2)

(1) *Carta de San Francisco de Sales á la Madre Angélica.*

(2) *Cartas cristianas y espirituales del Sr. Juan de Verger de Hau-*

Con estas abundantes luces, se juntaban en San Francisco de Sales dones aún más singulares; su dulzura, primeramente, encantadora. Según expresión de un testigo, es preciso decir que cuanta mansedumbre puede caber en un hombre, estaba reunida en él (1); ó más bien, según otro contemporáneo, «parecía que esta virtud se había revestido en él de figura humana» (2), porque brillaba en su frente, en sus ojos y en sus menores palabras. No era posible acercarse á él sin sentirse atraído y como seducido por la hermosura, y si me atrevo á decirlo así, por la inefable pureza de esta dulzura. Moraba en su alma, no como por desaliento y fruto de una experiencia amarga, ni como por desprecio ó debilidad, sino como una virtud que nada marchita ni nada desluzce; todo era verdad, y nada falso había en ella. Así una multitud inmensa y arrebatada por esta misma dulzura, seguía sus pasos y se agolpaba á su confesonario, donde le abrumaban. «Mirad—escribía á nuestra Santa:—tantos hijos se echan en mis brazos, que no tendría fuerzas para sostenerlos si el amor de Dios no me diese vigor.» Pero si las fuerzas le faltaban alguna vez, no perdía jamás la dulzura, la paciencia ni la serenidad suave de palabra y rostro. «Son hijos—decía—que se arrojan á los brazos de su padre. ¿Se enfada una gallina cuando sus polluelos se acogen á un tiempo bajo sus alas? Al contrario, extiende cuanto puede sus alas maternas para cubrirlos á todos; y también mi corazón parece se dilata, á medida que el nú-

ranne... que aún no se han impreso: 1744, 2 vol. en 12º, tom. I, pág. 56. Nótese con qué habilidad y con qué rodeo tan forzado trata el Abate de Saint-Cyran de cubrir al partido Jansenista con la autoridad de San Francisco de Sales: «Aunque les hubiese faltado algún conocimiento necesario (el Jansenismo);» éste aunque es graciosísimo; y lo que sigue no lo es menos... «no podría imputárseles; todo lo que hacían estaba bien hecho y aprobado por Dios...»

(1) *Proceso de canonización. Declaración de Lesmontey.*

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, tom. III, pág. 142.

mero de mis queridos hijos se aumenta á mi alrededor. ¡Los amo tanto!—añadía—¡amo tanto á estos hijos queridos!»

Amable por ternura y por virtud, lo era también por principio, por esa convicción profunda de que no se puede hacer bien á los hombres sino á fuerza de dulzura. Abundaba en comparaciones y en figuras para explicar su pensamiento. «Sed siempre lo más dulce que podáis—decía á un Obispo joven,—y acordaos que se cojen más moscas con una cucharada de miel que con cien barriles de vinagre. Si se peca en algún extremo, que sea por la dulzura. El azúcar jamás echa á perder la salsa.» (1). Y á otro que fácilmente usaba de palabras vivas, reprensiones y asperezas: «Todo por amor—le decía sin cesar,—nada por fuerza.» Tenía siempre en la boca esta grande y admirable máxima: «Que es menester tratar con los espíritus del mismo modo que lo hacen los ángeles, por medios amistosos y sin violencia (2); que es menester atraerlos á la manera de los perfumes que no tienen más medio de atraer que la suavidad; y la suavidad—decía,—¿cómo podrá atraer sino suavemente? (3). Citaba un ejemplo adorable: era el de Jesús, Soberano sacerdote, que se mantiene á la puerta de los corazones, instando dulcemente que se le abra sin forzar jamás la cerradura. *Ecce esto ad ostium, et pulso* (4).

No por esto negaba absolutamente que no hubiese casos en que fuese útil el vituperio y la reprensión, pero quería que nada hubiese en esto de humano, de impaciencia ó imperio, nada que no estuviese embebido en dulzura y caridad. «¿Qué cosa más amarga que una nuez verde?—decía—y sin embargo, confitada es dulce»

- (1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 4.
- (2) *Carta á Santa Juana Francisca*, 14 de Octubre de 1604.
- (3) *Tratado del amor de Dios*, lib. II, cap. 12.
- (4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. II, pág. 36.

sima de todo punto. Así, la reprensión es áspera por naturaleza, pero confitada en dulzura y cocida en el fuego de la caridad, es cordialísima, amabilísima y deliciosísima (1)». Decía muy á menudo: «Que para las ensaladas buenas, se necesita más aceite que sal y vinagre (2).»

Cuando se examinan las cosas por encima en lugar de penetrarlas con la reflexión, se cree fácilmente que la dulzura es parte de debilidad; pero nada menos que eso. Los violentos son los que en verdad son débiles y ceden á los demás porque no saben dominarse á sí mismos. «Bienaventurados los mansos—dice Jesucristo—porque ellos poseerán la tierra.» San Francisco de Sales era de esta clase, y nada era en él tan notable como esta unión de dulzura y fortaleza. «Si tenía atractivo para hacerse amar—dice el Ilmo. Camus,—no tenía menos fuerza para hacerse no temer, pero sí respetar; pero el respeto que inspiraba estaba tan lleno de amor, que muchos se estremecían en su presencia, no tanto por miedo de desagradarle (porque no le desagradaban ni aun los más importunos y descorteses), cuanto por temor de no agradaarle bastante (3).» «Su dulzura le daba tal ascendiente sobre todos los espíritus, que todos los subyugaba (4).»

Cosa admirable, en efecto, aunque poco notada. El dulcísimo San Francisco de Sales tuvo el cargo de dirigir á las almas más ardientes de su siglo; durante muchos años fué director de la joven Abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, uno de esos caracteres indomables que se quiebran, pero no se doblan; tuvo bajo su gobierno durante largo tiempo á la señora de Chantal, á las señoritas de Brechard y de Favre, tan firmes,

- (1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 5.
- (2) *Idem id.*
- (3) *Idem*, t. III, pág. 142.
- (4) *Idem id.*

tan resueltas y tan impetuosas en su voluntad; siempre las llevó, y nunca fué llevado por ellas. Jamás se quejaron estas grandes almas de la debilidad de su santo director, y si alabaron y exaltaron su perfecta firmeza.

«En cuanto á mí—escribía la Madre Angélica,—la más altiva de todas, os declaro que nunca me ha parecido blando el Ilmo. de Ginebra, como muchos creen que es (1).» No hay más que abrir sus escritos ó sus cartas: ¿qué encontraréis en unos y otras, bajo aquellas comparaciones tan dulces y aquellas imágenes tan agradables? El cristianismo varonil bien enseñado, indicadas las máximas de mayor crucifixión para la naturaleza, y á veces sacrificios brillantes y heroicos exigidos á las almas que dirigía, y á quienes quería vigorosas y fuertes.

Este contraste de virilidad y ternura era tan notable, que el mismo San Francisco de Sales se maravillaba. «Es muy particular—decía—creo que no hay nadie en el mundo que ame con más cordialidad y ternura, y para decirlo de una vez y con franqueza, más amorosamente que yo, y aun me excedo algo en las palabras y dilección, sobre todo á los principios... y no obstante, me gustan las almas independientes y firmes; porque la demasiada ternura turba el corazón y le inquieta y distrae en la oración. ¿En qué consiste que sienta yo de ese modo, siendo, como soy, lo más afectuoso del mundo? Y sin embargo, así lo siento; pero es maravilloso el cómo puedo yo juntar todo esto.» (2)

Pero, por otra parte, no es esta la sola armonía que existía en la grande alma de San Francisco de Sales, donde, por el contrario, abundaban las armonías. Es bien notorio el celo que le devoraba; convirtió setenta y dos

(1) *Memorias de la Madre Angélica*, Véase también la carta á su sobrino el Sr. Le Maistre.

(2) *Cartas de San Francisco de Sales*, edición antigua, libro VI, carta XXIII.

mil herejes, y hubiera ido al fin del mundo por ganar una sola alma; y no obstante, había en este santo Prelado algo que llamaba más la atención que este celo, y era su invencible paciencia, su dulcísima condescendencia en el gobierno de las almas. Poseía en el más alto grado el arte, que es el arte soberano en todas las cosas, y el secreto para salir bien de todo: el arte de saber esperar. Convencido de que sucede con la virtud lo que con la aurora, que crece lenta é insensiblemente, su método era trabajar poco á poco, á paso de tortuga, teniendo cuidado de no adelantarse á la gracia, y practicar para esto aquella divisa que tanto le gustaba: apresurarse lentamente y adelantar paso á paso. Se sonreía con amabilidad al oír hablar de ciertos directores muy jóvenes ó muy vehementes, que ignorando esta ciencia divina de la paciencia, ahogan, por decirlo así, á las almas, llevándolas demasiado á prisa. Se servía de una comparación muy graciosa, según su costumbre, para expresar sus ideas. «Un director—decía—se parece á un ama de cría, ó á una madre: es menester que se haga pequeña con sus hijos pequeños; que ande á pasos con ellos; que los lleve en sus brazos en los malos pasos; que los ponga en el suelo algunas veces, pero que no se enfade con sus caídas ni se impaciente por su lentitud; y sobre todo, que tenga cuidado de que no corran antes de que tengan fuerzas para ello.» Todo esto lo comprendía el Santo maravillosamente, y lo practicaba de una manera encantadora; y esto es lo que hacía de él uno de los directores más santos y singulares que el cielo ha dado á la tierra.

San Francisco de Sales tenía aún otro encanto que, unido á los demás, acababa de seducir á cuantos le rodeaban. Era franco. «Os diré una palabrita, y palabrita de amigo, y al oído, pero al oído del corazón—decía un día;—no sé absolutamente el arte de mentir, ni de disimular, ni fingir con destreza, lo que es el gran ins-

trumento y el principal resorte para el manejo de la política. Procedo de buena fe, á la antigua francesa; lo que tengo en los labios, es justamente lo que hay en mi pensamiento. No sé expresarme con dos corazones; aborrezco la simulación como la muerte.» La sagacidad, que era muy grande en él bajo su apariencia de sencillez, jamás impidió á sus labios ser tan sinceros como su corazón; se descansaba tranquilamente en una sola de sus palabras, porque se sabía que era una palabra franca y verdadera.

Pero todas estas cualidades tan amables y tan raras, no hubieran podido hacer de San Francisco de Sales un tan perfecto director, si su corazón hubiera sido frío y seco. ¿Cómo se ha de dirigir á las almas si no se las ama? ¿Cómo, sobre todo, consolarlas? Porque dirigir á las almas, ¿qué es frecuentemente sino consolarlas y animarlas? Felizmente, como ya conocerán nuestros lectores, este era un rasgo de los más expresivos de esta hermosa alma. ¿Qué alma fué más sensible? ¿Qué corazón más tierno y afectuoso? San Vicente de Paúl se extasiaba contemplándole. «¡Oh, cuán bueno debe ser Dios—exclamaba—cuando el Ilmo. de Ginebra es tan bondadoso!» Abranse sus cartas... ¡Qué caudal de ternura contienen! Una madre no ama más á sus hijos que lo que amaba San Francisco de Sales á sus hijos espirituales. Si alguna de las almas entregada á su dirección tenía una pena, si sabía la muerte de un pariente, de un amigo, lloraba á todo llorar, sollozaba tiernamente aun en medio del Santo Sacrificio, y temiendo escandalizar, pedía perdón con una gracia encantadora diciendo que Dios le había dado un corazón tan débil que no podía contenerse. No podemos resistir al deseo de citar un ejemplo de esto. Cuando nuestro San Francisco de Sales perdió á su anciano ayo, el Sr. Déage, Canónigo de su iglesia, cuenta el Ilmo. Camus, que la primera Misa que dijo por este querido difunto fué entrecortada

con mil suspiros, que manifestaban lo que sentía su muerte; pero cuando llegó el Padrenuestro que se dice después de la consagración, tuvo que detenerse por la abundancia de lágrimas que le ahogaban, y estuvo largo tiempo sin poder dejar de llorar. Al fin, haciendo tregua con sus ojos, acabó la Misa, abismado en profunda tristeza. El capellán que le confesaba ordinariamente, temiendo que la melancolía perjudicase á su salud, le acompañó á su cuarto, y viéndole á solas con él, quiso decirle algunas palabras de consuelo: «¡Ay!—le dijo el Santo,—esa alma está bien donde está. ¡Oh si, no quería volver aquí! Está entre los brazos y en el seno de la misericordia de Dios, donde descansa, como San Juan, en el pecho amoroso de Jesucristo. ¿Pero queréis saber lo que me ha hecho llorar tanto cuando llegué al Padrenuestro? ¡Ay! es que me acordé que este buen hombre fué el primero que me enseñó á rezarlo (1).»

Estos afectos tan tiernos, sinceros y profundos eran al mismo tiempo muy elevados, porque miraba á todas las almas en el Corazón de nuestro divino Salvador. «¡Ay!—decía—el que las ve fuera de este nido, correríesgo de no amarlas, pura, constante é igualmente. Pero en este Corazón, ¿quién no las amará? ¿Quién las encontrará fastidiosas? ¿Quién no tolerará sus defectos? ¡Oh, si! estas almas están en el pecho del Salvador, donde están muy queridas, y son tan amables, que el esposo se muere de amor por ellas.»

Añadiremos, para concluir, que á un afecto tan tierno, y al mismo tiempo tan puro para con las almas, juntaba un admirable desasimiento de las personas, una perfecta vigilancia en sus palabras, miradas y conducta, sobre todo con las mujeres de que estaba rodeado, con las cuales tenía tal reserva, que jamás las recibía sin tener la puerta del cuarto entreabierta; las hablaba

(1) *Espritu de San Francisco de Sales*, tomo I, pág. 338.

sin mirarlas, y las miraba sin verlas, de suerte que después que se habían ido, no hubiera podido decir cómo eran. Un día se hablaba de una de sus parientas, notable por su belleza. «Verdad es, dijo el Santo, que la he visto muchas veces, pero os aseguro que aún no la he mirado.» Y preguntándole el Ilmo. Camus cómo se podía ver á las personas sin mirarlas, sorprendido un poco el Santo, y avergonzándose por haber descubierto su virtud, «mirad—dijo,—á vos os he visto y mirado muchas veces, pero mi parienta es de un sexo al que es menester ver sin mirar, es decir, superficialmente y en general, y solamente lo necesario para saber que se habla con una mujer.» Otro día, hablando de una persona célebre por su hermosura, San Francisco de Sales dijo que era muy especiosa. «¿Y por qué emplear la palabra especiosa?»—dijo el Ilmo. Camus.—Será palabra saboyana, porque francesa no lo es.—No es—respondió el Santo—ni francesa, ni saboyana, pero es muy eclesiástica.—Bien—replicó el Ilmo. Camus—pero ¿los eclesiásticos habrán de desollar así los idiomas?—No—dijo el Santo,—pero cuando hablan de este sexo, me parece que las palabras hermoso, hermosa, hermosura, no sientan bien en su boca, porque en algún modo acusan el juicio formado por sus ojos, y por tanto sería muy á propósito moderarlos, y usar de términos más modestos.» «Por esto puede juzgarse—exclama el Ilmo. Camus—de la pureza de las palabras, miradas y pensamientos de este bienaventurado, verdaderamente santo de cuerpo y de espíritu.»

En fin, no olvidemos, para concluir este retrato de San Francisco de Sales, mirado como director, el hablar de su inmenso amor á Dios; de aquella unión tan íntima con nuestro Señor, que ponía su rostro inflamado y ardiente con sólo pronunciar ú oír su nombre santísimo; aquella devoción tan tierna, tan sencilla, tan afectuosa, é iba á decir tan infantil, si no supiera cuánta seriedad,

profundidad y heroicidad encerraba. Pudo decir con toda verdad: «Si yo conociese en mi alma un solo hilo de afecto que no fuese de Dios, en Dios y por Dios, me lo arrancaría al momento, y más quisiera no ser, que no ser del todo de Dios, sin reserva ninguna.»

Cuando las almas llegan á tan alto grado de vida interior, hasta en su misma figura se ve brillar alguna cosa que llamaríamos divina, porque es, como si dijéramos, algo de la fisonomía de Jesucristo, una copia que no puede mirarse sin pensar en el original; y esto es lo que se notaba en San Francisco de Sales. Todos los que se le acercaban se sentían conmovidos, como si hubiesen visto á Jesucristo. San Vicente de Paúl decía claramente que el bienaventurado Obispo de Ginebra era la más verdadera y fiel imagen del Salvador que en aquel tiempo existía sobre la tierra (1); y nuestra misma Santa Juana Francisca, sobrepujando á los demás en entusiasmo, con qué ardiente acento exclamará un día: «¡Oh Dios mío! ¿me atreveré á decirlo? Sí, lo diré; me parece que nuestro bienaventurado Padre era una imagen viva en que estaba pintado el Hijo de Dios, Señor nuestro. Porque verdaderamente, el orden y la economía de esta santa alma era toda sobrenatural y divina. Muchas personas me han dicho que cuando miraban á este bienaventurado, les parecía ver á nuestro Señor en la tierra.» (2)

Tal era el santo personaje que Dios había preparado para guiar á la señora de Chantal por los elevados caminos que había de recorrer. Dos hombres, pues, tuvieron y recibieron la misión de formar esta grande alma, y prepararla para sus destinos sublimes: el Presidente Fremiot y San Francisco de Sales. Salió de manos del primero, fuerte, ardiente, capaz de sacrifi-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, tomo I, pág. 250.

(2) Carta al Rdo. P. D. Juan de San Francisco.

cios y de heroísmo. La veremos en manos del segundo templar y endulzar algo su carácter enérgico con algún exceso, debido tal vez á la educación paternal, doblegarse por obediencia, transformarse por humildad, revestirse de dulzura y de gracia, y llegar, en fin, pero no sin trabajo, á ese ideal de la mujer cristiana, de que aún está algo lejos, á pesar del brillo radiante de sus treinta primeros años.

A principios del año 1604, adonde nos ha conducido la relación de esta historia, aún no se conocían San Francisco de Sales y la señora de Chantal. Casi no había oído ésta el nombre siquiera del bienaventurado, y de seguro el santo Obispo ignoraba de todo punto el de nuestra Santa. Vivían á doscientas leguas de distancia, destinados, sin saberlo, á la misma obra; hechos, por consiguiente, uno para otro, y llevando en sus almas esas diferencias de carácter y esas armonías de corazón que son la señal y las condiciones de las sólidas uniones.

Evidentemente, estas dos hermosas almas no son de una misma familia. Diríamos que San Francisco de Sales pertenece á la familia tierna y afectuosa de San Juan, de San Ambrosio, de San Francisco de Asís, de San Buenaventura, de Fenelón; Santa Juana Francisca, al contrario, es de la fuerte y ardiente familia de San Pablo, de Santo Domingo, de San Ignacio, de Santa Teresa y de Bossuet. Sea lo que quiera, la diversidad de naturaleza y de carácter es evidente; se deja ver aun en su estilo. San Francisco de Sales es florido, abundante, anda por medio de figuras, emblemas y comparaciones, jugando entre flores. Santa Juana Francisca, al revés, escribe de un modo firme, severo y sin colorido; pero vivo, ardiente, y tan varonil, que admira en una mujer.

Pero aquí concluyen las diferencias; en todo lo demás sólo se ven armonías; en uno y otra la misma ele-

vación de espíritu, la misma nobleza de sentimientos, la misma grandeza de alma. En uno y otra también, los mismos ímpetus fervorosos de amor á Dios, el mismo horror al mal, el mismo desprecio de todo lo que pasa, el mismo deseo de las cosas eternas.

Y lo que es muy digno de notarse, es que á pesar de estas diferencias aparentes, en el fondo se ven los mismos sobrenaturales caminos. San Francisco de Sales se santificó poniendo fortaleza en su dulzura; Santa Juana Francisca se santificará poniendo dulzura en su fortaleza; y después de concluida esta obra íntima, los dos, de común acuerdo, trabajarán en fundar para servicio de la Iglesia una obra pública, cuyo carácter distintivo será la dulzura en la fortaleza y la fortaleza en la dulzura.

Ya hacía algunos años que San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca trabajaban con ardor, pero aisladamente, en la primera obra, y la adelantaban, aunque no igualmente. Uno y otra eran cada día más humildes y mortificados; más desasidos del mundo y de sí mismos; puros los dos como ángeles, entraban ya en esos resplandores y divinos ardores de que quiso Dios dar una idea á San Vicente de Paúl, haciéndole ver á estas dos almas santas bajo la figura de dos globos de fuego. Adelantada ya esta primera obra, era tiempo de que empezase la segunda, y que al efecto se conociesen San Francisco de Sales y la Venerable sierva de Dios, siendo Dijón el lugar escogido por la Divina Providencia para su primera entrevista.

En su consecuencia, el 3 de Agosto de 1603, el alcalde de Dijón, obedeciendo, sin saberlo, la orden de Dios, reunió el concejo de la ciudad, y propuso se convidase al Obispo de Ginebra para que viniese á predicar la Cuaresma en la santa capilla de Dijón (1). Al

(1) 13 de Agosto de 1603. El señor alcalde dijo que si agradaba al

recibir esta invitación, tuvo el Santo Obispo tan vivo y claro sentimiento de la voluntad de Dios, que por más que sus amigos, y aun su mismo director, quisieron disuadirle de que aceptase (1), se apresuró á responder al alcalde de Dijón, diciéndole «que estaba decidido á vencer todos los obstáculos y á deshacer todas las dificultades, antes que dejar de llegar á Dijón el día que le señalaba (2).»

Al mismo tiempo, el Presidente Fremiot, sabiendo cuánto se alegraría su hija de oír á un Obispo de tan gran reputación de doctrina y santidad, la escribió dándole esta noticia y convidándola á venir á Dijón.

La Santa llena de gozo con sólo pensar los hermosos sermones que podría oír durante la Cuaresma, hizo al instante sus preparativos de viaje, y en los primeros días de Marzo de 1604 los dos Santos salían, uno de

Ayuntamiento que el Sr. Obispo de Ginebra, que es persona muy docta en Teología, predicara el Adviento y Cuaresma próxima, daría con mucho gusto los pasos para ello. Se concluyó aprobando se suplicase al Sr. Obispo viniese al efecto. (*Registro de los acuerdos del Concejo de la ciudad. Archivos municipales de Dijón.*)

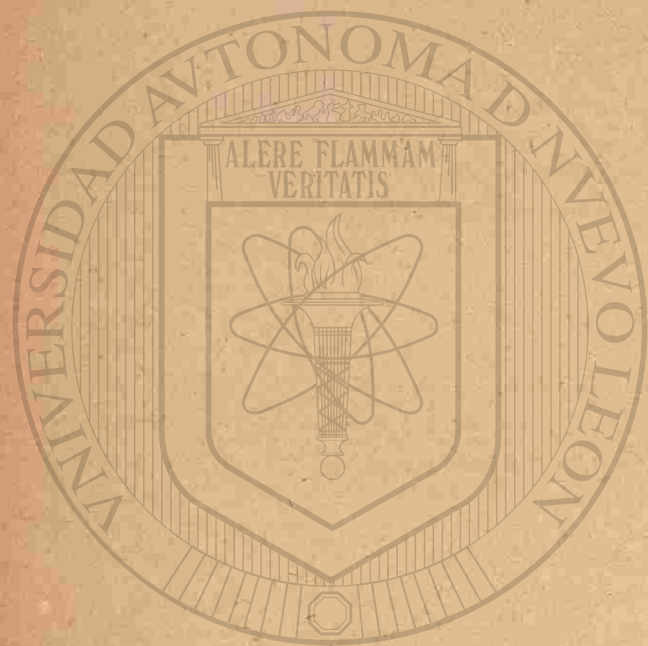
(1) «Ya sabéis—escribía un día San Francisco de Sales—lo que os dije de mi viaje á Dijón, el cual hice contra el parecer de todos mis amigos, pero sobre todo de aquel á quien debo tener más deferencia (el P. Rector de Chambery), quien, con un gran celo por mi bien, quiso detenerme. Pero este gran Dios, en cuya presencia deseaba yo hacer lo más recto, me instaba de tal modo para este bendito viaje, que nada me pudo detener. (*Carta de San Francisco de Sales á Santa Juana Francisca*, edic. Mig., tom. V, pág. 559.)

(2) 26 de Agosto de 1603. Se han leído las cartas escritas á la ciudad por el Rdo. P. en Dios Sr. Francisco de Sales, Príncipe Obispo de Ginebra, fechadas en Annecy, en las cuales ofrece venir á dicha villa (Dijón) para predicar en ella la próxima Cuaresma, excusándose por no poder hacer lo mismo en el Adviento. Se le responderá que se aceptan sus ofertas. (*Archivos municipales de Dijón. Acuerdo del Concejo de la ciudad.*) Durante largo tiempo conservó la villa de Dijón con noble orgullo esta carta de San Francisco de Sales. Hoy yace desconocida en el fondo de sus archivos, donde la mano de un docto amigo, el señor D. José Garnier, archivero del departamento de la Cote d'Or, nos ha proporcionado encontrarla. Damos el texto en los documentos justificativos, número V.

Annecy, en Saboya; la otra de Monthelón, en Borgaña, y se pusieron en camino para Dijón, obedeciendo cada uno de por sí á la mano invisible que los guiaba, no previendo ninguno las maravillas que se preparaban.

Vamos á contar estas maravillas; pero antes es menester detenernos y recogernos: la tierra que vamos á pisar es santa; desatemos los cordones de nuestros zapatos, es decir, purifiquemos nuestras almas, elevemos nuestros espíritus y nuestros corazones á la altura de los coloquios celestiales que vamos á oír, y de los grandes y dulces espectáculos que vamos á presenciar.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO VI

La señora de Chantal se pone definitivamente bajo la dirección de San Francisco de Sales. — Sus primeras conversaciones y cartas primeras.

1604

Es cosa encantadora el leer en los autores de la época la relación de las primeras entrevistas de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal, y así nada mudaremos, dándola en toda su sencillez.

«Por más que se apresuró—dicen los antiguos biógrafos,—no pudo llegar nuestra Santa á Dijón hasta el primer viernes de Cuaresma. La misma tarde fué á oír el sermón del bienaventurado. En cuanto le vió sentado en el púlpito, le reconoció por el mismo que Dios le había manifestado. Entonces, llena de alegría, y deseando verle, oírle y contemplarle más á su gusto, hizo poner su silla en el lado opuesto y en un sitio desde donde podía verle de frente.

»Por su parte, el Santo Prelado, aunque atento á su discurso, notó á esta viuda entre todas las demás señoras, y tuvo un dulce recuerdo de su visión en el castillo de Sales. Verdad es que la atención y la acción del sermón se le hacían casi imperceptible; pero no obstante, había podido reconocer muy bien á la persona que Dios le había manifestado en aquella ocasión, y con santa

curiosidad de saber quién era, habiendo encontrado al Ilmo. de Bourges, le dijo: «Decidme, os ruego, ¿quién es una señora joven, morena clara, vestida como viuda, que se pone en el sermón enfrente del púlpito y oye con tanta atención la palabra de Dios?». El ilustrísimo de Bourges se sonrió, y supo dar exacta razón de quién era, y nuestro bienaventurado se alegró mucho de saber que era su hermana, porque estos dos grandes Prelados habían empezado á contraer una generosa y grande amistad » (1).

Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges, de quien se habla aquí, no es otro que aquel joven Andrés, cuya cabeza había estado tan expuesta quince años antes durante las guerras de la Liga. Enviado á París en 1591 para acabar los estudios, supo hacerse notar por la viveza y talento que le distinguían, y recibió el birrete de doctor en la célebre Universidad de esta ciudad. Vuelto á Dijón y nombrado consejero del Parlamento, aunque apenas tenía veintiséis años, creyó todo el mundo que un día se sentaría en la silla presidencial de su padre; pero de repente cambiaron sus ideas y se inclinó hacia el estado eclesiástico. Dejó, en efecto, la toga, recibió los primeros Ordenes sagrados y fué nombrado, aun antes de su promoción al sacerdocio, Arzobispo de Bourges y Abad de San Esteban de Dijón. Enrique IV, que le quería mucho por ser hijo del Presidente Fremiot, añadió á estas dignidades bienes considerables situados en el cantón de Gex, olvidando al dárselos que había hecho ya donación de ellos al Santo Obispo de Ginebra para establecer curas católicos. Con esto tuvo San Francisco de Sales que entablar un pleito contra el joven Arzobispo de Bourges, cuando quiso entrar en posesión de estos bienes. Este pleito se había ya juzga-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 42.—*Vida del bienaventurado Francisco de Sales*, por Carlos Augusto, pág. 315.

do en primera instancia, perdiéndole San Francisco de Sales, el cual apeló al Parlamento de Borgoña. En estas circunstancias fué cuando convidaron á San Francisco de Sales á venir á predicar á Dijón. Además de que el impulso divino le instaba para que aceptase, una de las razones que á ello le determinaban era el deseo de conferenciar con el joven Arzobispo de Bourges, y si era posible, arreglar amigablemente este asunto. Esperaba más éxito de algunas explicaciones amistosas, que de todos los abogados y de todas las sentencias, y á la verdad no se engañó. Apenas vió á San Francisco de Sales el Ilmo. de Bourges, cuando quedó hechizado, y desde el primer día le cedió todos sus derechos. De esto resultó entre los dos Obispos una de esas amistades fuertes y sólidas que nada puede romper, y que fué para el joven Andrés una honra para toda su vida y una gran compensación de los sacrificios que había hecho. De esta amistad nacieron las relaciones de San Francisco de Sales con el Presidente Fremiot, y en consecuencia con su hija la Baronesa de Chantal.

El alojamiento que ocupaba San Francisco de Sales durante la Cuaresma, ayudaba también á estas relaciones. Era una hermosa fonda edificada recientemente al estilo del reinado de Francisco I, no muy grande, pero de un gusto exquisito, levantada en el barrio noble de la ciudad, en el fondo de un hermoso y grande patio rodeado de árboles frondosos, bajo los cuales podía el Santo preparar sus sermones y rezar su Breviario: una verdadera morada de Obispo, y Obispo solitario. Por una feliz coincidencia, esta fonda pertenecía al señor de Villers, abogado del Rey, rico y muy piadoso, amigo íntimo del Sr. Presidente Fremiot, y marido de aquella señora de Villers, tan amiga de la señora de Chantal (1).

(1) Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Concejo de la ciudad*,

En fin, para concluir de expresar las circunstancias que ayudaron á las relaciones del Santo Obispo de Ginebra con nuestra Santa, diremos que apenas apareció en Dijón, cuando excitó un entusiasmo general. No era bastante oírle en público; era menester verle en particular, hablar con él, embriagarse, si así puede decirse, con su palabra, no solamente santa, sino también discreta, sencilla, elegante y amable; pero como le tenían asediado con las confesiones y los sermones, y sólo le dejaban libre á la hora de sus comidas, se disputaban el convidarle á comer, sobre todo los Presidentes y principales magistrados. El Sr. de Fremiot iba siempre á estas reuniones y llevaba á su hija, como era natural: de este modo arreglaba Dios todas las cosas para que la señora de Chantal viese á menudo á San Francisco de Sales.

Pero en ninguna parte disfrutaba mejor de la conversación del Santo que en casa del Presidente Fremiot, y á ninguna parte iba con más gusto el Santo Obispo (1). «Todo el mundo—nos dice por sí mismo este bienaventurado,—todo el mundo me festeja y me sonríe en esta casa (2).» El buen Presidente, primero, á quien San Francisco de Sales amaba como á un padre, y cuya magnífica biblioteca venía á consultar y admirar; el Arzobispo de Bourges, después, en el que encontraba tan sincera bondad de alma y de corazón, y que esti-

«9 de Marzo de 1604. Se darán 150 libras por la manutención del ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra, que debe predicar en la santa capilla: esta suma se entregará en mano de la mujer del abogado Villers, en cuya casa se alojará dicho Sr. Obispo.—21 de Mayo de 1604. Cuenta con el Sr. de Villers y su mujer, por el gasto del Sr. Obispo de Ginebra, 100 sueldos al día.» La fonda en donde estuvo San Francisco de Sales existe aún, calle Vannerie, núm. 41, en el fondo del patio. Se le llama vulgarmente el pabellón de San Francisco de Sales.

(1) «El Santo Obispo iba á menudo á comer á casa del Presidente Fremiot.» (*Vida compendiada*, de Bussy-Rabutin, cap. XI.)

(2) *Carta de San Francisco de Sales al Presidente Fremiot*, 8 de Octubre de 1604.

maba como una de las almas más francas y sencillas en la amistad, y la señora de Chantal, de quien nada decía por temor de no decir bastante. «Y el Sr. Presidente de Cuentas—añadía en su carta al Sr. de Fremiot,—vuestro buen hermano, ¿no os ha dicho que él también me ama muy de veras? Nadie, ni aun el pequeño Celso Benigno, ni vuestra Amada (1), han dejado de acariarme en vuestra casa.» En medio del noble interior de esta familia, y, por decirlo así, en este amable cuadro, se nos aparece Santa Juana Francisca en sus relaciones con San Francisco de Sales.

Se han conservado varios fragmentos de las primeras conversaciones de los dos Santos; fragmentos muy cortos, pero admirables, en que la dulzura del uno, la fortaleza de la otra, la elevación y el desasimiento de los dos, brillan con dulce resplandor.

Un día que la señora de Chantal había ido á comer, un poco más compuesta y adornada: «Señora—le dijo el bienaventurado—¿pensáis en volveros á casar?»

—¡Oh! no, Ilmo. Señor—respondió ella con viveza.

—Pues entonces—replicó el Santo—es menester quitar la muestra.

Comprendió muy bien la Santa lo que quería decir, y al otro día quitó de su traje ciertos adornos y primores permitidos á las señoras de su clase después del segundo luto.

Otro día notó San Francisco de Sales ciertos encajitos de seda en su adorno de crespón. «Señora—la dijo,—¿dejaríais de estar decentemente vestida aun cuando no llevaseis esos encajes?» Esto bastó, y aquella misma noche los descosió al desnudarse.

Otra vez, viendo unas borlas en los cordones de su cuello, la dijo el bienaventurado con su ordinaria dulzura: «Señora, ¿no estaría bien sujeto vuestro cuello

(1) Son los dos hijos mayores de Santa Juana Francisca.

aun cuando no tuviera al cabo del cordón esa invención?» Volviéndose al momento, tomó unas tijeras y cortó por sí misma las borlas (1).

Estos son sacrificios muy pequeños, se dirá; sí, sin duda; pero estos pequeños sacrificios en una historia que nos reserva para después otros tan brillantes, ¿no nos dan luces muy claras acerca del carácter de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal? Mirad bien á este santo Obispo en su verdadero carácter; amable, ingenioso, siempre con la sonrisa en los labios, austero, no obstante, tanto al menos como oportuno, cubriendo de flores la Cruz, pero sin quitarla su amargura; haciendo entrar á las almas como por vía de juego en el austero camino de la simplicidad y del desasimiento, que es el verdadero camino cristiano. Al mismo tiempo vemos el fuerte y generoso carácter de la señora de Chantal, su prontitud en la obediencia, su ansia de conocer la voluntad de Dios, su ardor en cumplirla, y ese vigor de alma que jamás retrocederá delante del sacrificio.

Uno de los caracteres más admirables de los Santos (y en esto no se parecen á los grandes hombres del mundo), es que cuanto más cerca se les ve en la intimidad de la vida privada, conmueven más é infunden más respeto. La señora de Chantal lo advertía cada día más. Lo que sabía del Santo, lo que en él había admirado cuando le veía en el púlpito, todo eran sombras después que tenía el consuelo de contemplarle de cerca. «Yo admiraba—dice,—cuanto hacía y decía, mirándole como un ángel. Su aspecto, tan digno y santo, me hacía tal efecto, que no me era posible apartar los ojos de su angélica persona. Sus palabras no me edificaban menos: hablaba poco, pero de un modo tan juicioso, tan

(1) *Segunda Memoria de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. — Proceso de canonización, tomo II, pág. 976. — Memorias de la Madre de Chauvy, pág. 42.*

dulce y tan propio para satisfacer á los que le consultaban, que yo no conocía felicidad igual á la de estar á su lado y oír las palabras de sabiduría que salían de su boca; y para esto, como para ver la santidad de sus acciones, me hubiera creído muy feliz siendo la última de sus criadas.»

Por su parte, San Francisco de Sales admiraba cada día más la humildad, la modestia y el fervor santo de la bienaventurada. «¡Oh!—decía—Dios la hará un día una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Génova, y otras semejantes y Santas viudas.» Y añadía: «No se puede reunir más grandeza de espíritu con humildad más profunda: es sincera y sencilla como un niño, con un juicio sólido y elevado, alma grande, y un valor para las empresas santas superior á su sexo.» Comunmente repetía, para expresar su pensamiento: «En Dijón encontré yo lo que Salomón no halló en Jerusalén: una verdadera mujer fuerte en la señora de Chantal.» Con esta recíproca admiración de las virtudes de uno y otra, preparaba Dios estas dos almas á las íntimas relaciones que debían contraer para su gloria.

Además de los sermones solemnes que predicaba en la santa capilla en presencia de la Municipalidad y del Parlamento, San Francisco de Sales reunía á todas las señoras piadosas de la ciudad en la casa recién establecida de las Ursulinas, y les hacía pláticas en que les instruía sobre la vida devota (1).

La señora de Chantal no faltaba jamás á estas instrucciones tan sencillas y familiares, en las que el corazón de San Francisco de Sales, explayándose á su gusto, encontraba acentos que penetraban los corazones de todas. Mil veces, al salir de estas reuniones, conmovida y como embalsamada con el perfume de

(1) *Crónicas de la Orden de las Ursulinas, recogidas para uso de las mismas religiosas, por D. M. P. V.; París, 1673, un vol. en 4.º, pág. 162.*

virtud que había respirado, se sentía vivamente impulsada á ir á echarse á los pies del Santo Obispo y abrirle toda su alma. «Me moría de deseos—escribía algún tiempo después (1),—pero el miedo de faltar á mi voto me detenía siempre.» Así se pasaba la Cuaresma y se entraba en la Semana Santa sin que se hubiese atrevido á decir una sola palabra de su conciencia al bienaventurado Obispo de Ginebra.

El Miércoles Santo se vió de repente asaltada de una violenta tentación de desaliento que ya conocía por experiencia. Por casualidad estaba ausente su director, y no sabiendo dónde encontrar socorro, fué á casa de su hermano y le pidió le proporcionase poder hablar una palabra á San Francisco de Sales, que aquel día comía con él. «Habiendo concluido la comida, el Arzobispo de Bourges (dice Carlos Augusto) presentó su hermana al bienaventurado y halló medio de dejarlos solos, aunque á la vista de varias personas, y hablaron largo tiempo.» Después San Francisco de Sales bajó á la iglesia, y nuestra Santa, de rodillas á los pies de aquel que debía leer tan profundamente en su alma, le abrió tímidamente y por primera vez su corazón. «Volví tan contenta y tranquila—decía después,—que me parecía haber oído á un ángel. Y no obstante—añade,—los escrúpulos de mi voto me apretaban tanto, que no me atrevía á hablar sino á medias (2).»

Al otro día, jueves, se verificó en la iglesia abacial de San Esteban una ceremonia que conmovió profundamente á la señora de Chantal. Su hermano, Andrés Fremiot, nombrado para el Arzobispado de Bourges, debía decir su primera Misa. Había sido ordenado de Sacerdote el Sábado de Pasión, y, por consejo de San Francisco de Sales, había esperado hasta el Jueves

(1) *Memorias autógrafas de Santa Juana Francisca*, Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º

(2) *Ibid.*

Santo para ofrecer por primera vez el Santo Sacrificio, en el mismo día que lo había instituido Jesucristo. El bienaventurado Obispo de Ginebra asistía al nuevo celebrante, y un gentío inmenso llenaba la iglesia.

Todos los parientes del Sr. de Fremiot, los magistrados y las señoras piadosas de Dijón, se apiñaban alrededor del altar. No debiendo celebrarse el Jueves Santo, según el rito romano, más que una sola Misa en cada iglesia, y debiendo todos los Sacerdotes recibir la Comunión de mano del celebrante, San Francisco de Sales—dice Carlos Augusto,—se puso de rodillas en el salón de la tarima del altar, y en esta postura se arrastró hasta la mitad de él para recibir la Santa Eucaristía, con tan tierna devoción, que hizo llorar á todo el mundo. Parecía su cabeza rodeada de rayos de luz (1), sobre todo en el momento en que el joven Fremiot, con el corazón conmovido y las lágrimas en los ojos, puso la Hostia santa en la boca del santo Obispo. La señora de Chantal vió el prodigio, y llamó la atención de su prima la señora de Esbarres para que lo viese. Era como una aureola cuya luz crecía poco á poco, y deslumbraba los ojos de los asistentes. Júzguese cuánta impresión haría este acontecimiento en la señora de Chantal, y cuánto aumentó en su alma el deseo ardiente que tenía de abrir enteramente su conciencia al bienaventurado Obispo de Ginebra (2).

Después de la santa Misa, el Arzobispo de Bourges dió una comida, á la que fueron convidados los principales de la ciudad y algunas señoras de las más distinguidas. La Baronesa de Chantal estaba colocada junto al Santo Obispo. Durante la comida oyó San Francisco de Sales á la piadosa viuda decir á su

(1) *Historia de San Francisco de Sales*, por Carlos Augusto, página 317.

(2) Véase en el proceso de canonización de San Francisco de Sales, la declaración de Francisco Favre, que estaba presente.

vecina, que se proponía ir en peregrinación á San Claudio, y, tomando la palabra, la preguntó cuándo pensaba verificarlo; añadiendo que tal vez podrían verse allí, porque su madre, la señora de Boisy, había hecho voto de ir también, y no había podido cumplirlo aún por falta de salud; pero que no tardaría en ponerse en camino, que él la acompañaría y tendría mucho gusto en encontrarse con la señora de Chantal. Esta proposición llenó de alegría á nuestra Santa, conmovida aún por el prodigio de que había sido testigo por la mañana.

La semana siguiente, no estando aún de vuelta su director, rogó á San Francisco de Sales la confesase otra vez. El Santo, para probarla, puso alguna dificultad, diciéndola «que las mujeres suelen tener á menudo inútiles curiosidades.» No obstante, consintió al fin, y, mientras la confesaba, se sintió de repente alumbrado con tan vivas luces para la dirección de la señora de Chantal, y con una unión de su alma con la de la penitente, que salió pensativo, no sabiendo lo que esto quería decir.

Probablemente en esta semana fué cuando la señora de Chantal llevó á San Francisco de Sales á la célebre peregrinación de nuestra Señora d'Etang (1). Se cuenta que después de haber subido el Santo el sendero escarpado de la montaña, al llegar á la meseta donde se levanta la humilde capilla, se puso de rodillas á los pies de la milagrosa imagen, y dejó rebosar, en una improvisada oración, todos los sentimientos de fe, piedad y tierna devoción á la Santísima Virgen, de que estaba

(1) La señora de Chantal poseía en Fleury, al pie de la montaña de nuestra Señora d'Etang, una casa que subsiste aún. Pertenece al Presidente de la Cuisine, el que, al hacerla restaurar, ha conservado con religioso cuidado los adornos de la época, y ha hecho colocar en la fachada una inscripción, que atestigua que San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca fueron allí juntos.

llena su alma. «Dios te salve—dijo,—dulcísima Virgen María, Reina de los desiertos, Virgen Madre de un Dios oculto, que gustáis de manifestar vuestras misericordias en los lugares apartados del comercio de los hombres; yo os ruego, por las maravillas que vuestra bondad se ha dignado obrar sobre esta montaña, que contiene vuestra imagen milagrosa, que me toméis por hijo y servidor vuestro, y me concedáis todas mis súplicas y las que os hace la señora de Chantal. Dadnos todas las virtudes, y sobre todo la humildad» (1).

Al día siguiente al Domingo de Cuasimodo, San Francisco de Sales, que debía salir muy pronto de Dijón, fué á visitar á la señora de Chantal para despedirse, y después de muchas, santas y cordiales palabras: «Señora—le dijo con un tono grave y dulce que no pertenecía sino á él:—Dios quiere os hable con toda confianza. Su bondad me ha hecho la gracia de que en el momento en que subo al altar para celebrar el Santo Sacrificio, no tengo ya pensamiento ninguno que me sirva de distracción; pero hace algún tiempo que vuestro recuerdo me viene á la imaginación, no para distraerme, sino para unirme más á Dios, y yo no sé qué es lo que quiere hacerme entender con esto.» Añadió otras muchas cosas con un sentimiento grave, y profundamente atento á la presencia de Dios. Después llamó la Santa á sus cuatro niños, los hizo poner de rodillas, y le suplicó los bendijese; el Santo los acarició y bendijo, bendiciendo también á su madre, y dejó á ésta llena de un ardiente deseo de entregarse enteramente á Dios.

Al otro día partió San Francisco de Sales, pero al subir al carruaje, en la plaza de San Esteban, se vió rodeado de un inmenso gentío que quería recibir su

(1) No citamos sino algunos trozos de esta larga improvisación, que se encontrará en el P. Dejoux, *Historia del milagroso cuento de nuestra Señora d'Etang*, por el P. Dejoux, Provincial de los Padres Mínimos del Ducado de Borgoña.—Dijón, 1726, en 8.º, pág. 89.

bendición por última vez: la emoción era universal, deshaciéndose unos en lágrimas, queriendo otros tocar al menos sus vestiduras, y por último, deteniendo algunos los caballos para no dejarle marchar. «No, no, ilustrísimo señor—decían;—no, no os marcharéis, y si es menester os llevaremos nosotros mismos en nuestros brazos hasta vuestra ciudad de Annecy.» La señora doña Guillermina Tabourot, viuda del consejero Fremiot y tía de nuestra Santa, exclamó sin poderse contener: «¡Oh, y qué ladronazo, Dios mío, qué ladronazo!» Y preguntándola qué es lo que quería decir, «¿no veis—respondió,—cómo nos roba y se lleva todos los corazones?» El Ayuntamiento se le presentó en cuerpo, y, dándole las gracias por su predicación, le ofreció una rica vajilla de plata con las armas de la ciudad; pero el Santo se negó á recibirla, diciendo: «¡Oh, no, señores; yo no he venido á buscar vuestra plata, sino vuestros corazones (1).»

(1) «Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Concejo de la ciudad*, 9 de Abril. Sabiendo que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, que ha predicado durante este santo tiempo de Cuaresma en la santa capilla, se marcha el martes después de Pascua, el Ayuntamiento ha acordado ir en corporación á darle las gracias por el trabajo que se ha tomado edificando al pueblo, que ha quedado muy contento de él, y se le conducirá hasta San Juan de Losne, en Auxonne.

»Hoy, día 26 de Abril, los Sres. Vizcondes y Regidores han ido á ver al Sr. Obispo de Ginebra y despedirse de él, dándole las gracias por el trabajo que se ha tomado en edificar al pueblo con sus santas y doctas instrucciones, rogando á Dios le conserve y guarde. El Sr. Obispo ha dicho que él era quien quedaba muy obligado para con la ciudad por la honra y favor que han querido dispensarle sus habitantes asistiendo á sus sermones; que lo recordaría toda su vida, y que les rogaba le encomendasen á Dios, como él lo haría por ellos. El Alcalde mayor le ha respondido manifestándole mucha gratitud, y le ha presentado una gran bandeja de plata dorada, y dorados alrededor, regalo que no ha querido aceptar. También le presentaron una sortija de oro esmaltada de blanco, en donde estaba engastado un grande zafiro que valía 50 escudos, la que tampoco quiso recibir, diciendo que, aunque no estaba prohibido el tomar de los príncipes y corporaciones de las ciudades, no obstante, él no podía aceptarlo de modo ninguno, por haber hecho voto de lo contrario.»

Y subiendo al coche, partió en medio de las aclamaciones y sentimiento de todo un pueblo. La señora de Chantal asistía de lejos á esta partida, seguía con los ojos al santo Obispo, feliz por haberle conocido, desconsolada por perderle tan pronto, y sin poder imaginar siquiera las inmensas consecuencias que para la Iglesia entera habían de tener sus cortas entrevistas con el Santo Obispo de Ginebra.

Tampoco éste lo pensaba absolutamente, si bien los acontecimientos que acababan de pasar le hacían reflexionar sobre ellos. La visión del castillo de Sales; el fuerte impulso que le llevó á Dijón; la inesperada aparición de aquella que se le había manifestado; la luz divina que interiormente le había iluminado al confesar á la señora de Chantal; la notable circunstancia de que cuanto más pensaba en todas estas cosas más unido se sentía á Dios, todo esto pasaba y repasaba en su espíritu al salir de Dijón. Al primer relevo del coche, habiéndose detenido en una posada, pidió papel y escribió á la Santa el siguiente billetito: «Me parece que Dios me ha dado á la señora de Chantal; cada momento tengo más certeza de ello: ruego á la bondad divina que nos introduzca á los dos en las sagradas llagas de Jesucristo, y nos haga dar allí la vida que de El hemos recibido. Os encomiendo á vuestro buen ángel. Haced lo mismo por mí, que soy todo vuestro en Jesucristo. = Francisco, Obispo de Ginebra.»

Algunos días después, el 3 de Agosto de 1604, habiendo llegado á su ciudad de Annecy, la escribió una larga carta (1) sobre los deberes de las viudas; carta un

(1) Al mismo tiempo escribió al Ayuntamiento de Dijón una carta, que desgraciadamente se ha perdido. «2 de Mayo de 1604. Se ha leído una carta del Sr. Obispo de Ginebra, dando gracias á los Señores de la ciudad; y recomienda no se olvide poner en práctica el llevar al Santísimo Sacramento bajo palio, cuando se conduzca por las calles para los enfermos, y el pueblo le acompañará, lo cual proporcionará muchos

poco general, pero muy íntima, llena de gracia, de imaginación, donde se ve el talento del Santo, y su clara y profunda penetración. «He visto en Roma—la dice—un árbol plantado allí por el bienaventurado Santo Domingo; todos van á verle afectuosamente, por amor del que le plantó; así, yo, que he visto en vos el árbol del deseo de santidad que nuestro Señor ha plantado en vuestra alma, le amo tiernamente, y tengo gusto en considerarle ahora, mejor que en vuestra presencia... ¡ Ah! sí; este deseo, debe, señora, mantenerse en vos, lo mismo que en la costa marítima de Génova se mantienen los naranjos, los cuales están todo el año cargados de frutos, de flores y de hojas, todo junto». Después de este amable exordio, San Francisco de Sales instruye á la señora de Chantal sobre los dos principales deberes de las viudas; uno es el amor de la viudez, «amor santo y digno de desearse, por tantas razones como estrellas tiene el cielo»; y el otro, el amor del progreso espiritual, y del adelanto animoso y constante en la virtud. Insiste después en lo necesario que la es dilatar su corazón, arrancarle de la opresión en que se ahoga, evitar los escrúpulos, los afanes, las inquietudes; «porque nada—dice—impide tanto adelantar en la perfección como estas cosas»; por último, la exhorta á que se arroje dulce y constantemente «en las sagradas llagas de Jesucristo»; y concluye indicándola algunas devociones, siempre con el objeto de dilatar su corazón, como el amor de nuestro Señor y el de su santa Iglesia, «esta querida y dulce paloma—dice—única y sola que puede dar palomitas al Esposo. Alabad á Dios—prosigue—cien veces al día por ser hija de la Iglesia, á ejemplo de la Madre Teresa, que repetía á menudo, con extremado consuelo, en la hora de su muerte, alabanzas y gracias al Señor por haberla

bienes á la ciudad.» (Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Consejo de la ciudad.*)

hecho nacer y morir en el seno de tan buena Madre.» A esta devoción, que generalmente no comprenden bastante los cristianos, quiere el Santo añada una continua oración por todos los Prelados, pastores y predicadores de la Iglesia. «Mirad—dice—cómo están esparcidos sobre toda la superficie de la tierra. Rogad á Dios por ellos, á fin de que se salven las almas; y, rogando por ellos, os ruego no me olvidéis nunca, pues que Dios me da la firmísima voluntad de no olvidaros tampoco jamás» (1).

Esta carta llegó muy oportunamente. Desde el día que la señora de Chantal abrió su conciencia á San Francisco de Sales, mil penas la habían asaltado; el temor de haber violado su voto la causaba á menudo grandes tormentos. En vano trataba de tranquilizarse con la memoria de las palabras del bienaventurado, porque no podía conseguirlo. A las inquietudes de lo

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 3 de Mayo de 1604. No sé á qué edición referirme, porque los numerosos autógrafos de San Francisco de Sales que tengo entre manos me confirman en la idea de que aún no se conoce bien á este Santo. Demasiado se sabe que en el siglo XVII no se preciaban de exactos en reproducir fielmente los textos de los manuscritos. Con razón ó sin ella, no se daban más que textos arreglados. Si esto se hacía, aun con las obras de los Padres de la Iglesia y las crónicas de la Edad Media, ¿qué había de suceder con cartas publicadas por religiosas con el solo fin de edificar? Así se abrevian unas, se suprimen otras, y muchas veces de dos ó tres se forma una sola.

Casi siempre se quitan los nombres propios; todo lo histórico, todo lo relativo á una persona desaparece, para no dejar subsistir sino lo que es útil para todas las almas en general. Y este es un sistema que, no sólo no se oculta sino que se le advierte al lector en el prólogo. Así hicieron los primeros editores de las obras de San Francisco de Sales, y en particular de sus cartas. Después se ha reproducido servilmente esta primera edición, y ninguno se ha servido de los autógrafos. Ya sería tiempo de que algún sabio hiciese por San Francisco de Sales lo que el Sr. de Montmerqué ha hecho tan perfectamente por la marquesa de Sevigné, y sería verdaderamente un trabajo tan útil á la verdadera piedad como á la bella literatura. El Sr. Abate de Baudry le había emprendido, pero la muerte le impidió concluirlo. Los papeles que sobre esto dejó, son los que ahora mismo publica el Sr. Migné en su edición de *San Francisco de Sales*, la más completa que hasta ahora ha salido.

pasado se juntaban, para aumentar su turbación, las preocupaciones de lo porvenir. ¿Debería ponerse bajo la dirección de San Francisco de Sales? La visión del castillo de Bourbilly; el ardiente deseo que sentía, desde que conoció al santo Obispo, de confiarle su alma; la paz que se siguió á la primera entrevista, ¿no eran otras tantas señales de la voluntad de Dios? Pero, por otra parte, ¿podía dejar á su confesor sin violar sus votos? Todos estos pensamientos, que se cruzaban en su espíritu, la hacían sufrir un verdadero martirio. Un día, en particular, víspera de Pentecostés (1604), duró este martirio treinta y seis horas continuas; y fué tan amargo y doloroso, que durante este tiempo no pudo descansar ni tomar alimento. Al fin, abrumada de dolor y sin fuerzas para tanto sufrir, confió su pena al Rdo. P. Villars, uno de los hombres más eminentes de la Compañía de Jesús, con quien se confesaba en ausencia de su director. El Rdo. P. Villars, que á una gran piedad juntaba una ciencia profunda, después de haber oído á la señora de Chantal, la respondió seria y fuertemente, con impulso extraordinario de Dios: «Señora, la voluntad de Dios es que os pongáis bajo la dirección del ilustrísimo Sr. de Ginebra, que es la que os conviene, y no la que ahora seguís. Tiene el espíritu de Dios y de la Iglesia, y el Señor quiere alguna cosa grande de vos, dándoos ese serafín terrestre para dirigiros.» Estas palabras tranquilizaron á la señora de Chantal. «Me parecía—dice—que me quitaban una montaña que pesaba sobre mi corazón, y quedé en una gran paz y seguridad de que lo que me decía era la voluntad de Dios.»

Pero esta tranquilidad duró muy poco; el director de la señora de Chantal volvió á Dijón, la vió, la oyó, y sin reprenderla por sus conferencias con San Francisco de Sales (1), ni prohibirla que le escribiese, in-

(1) La Madre de Chaugy y todos los historiadores que la han co-

sistió, no obstante, en que no fluctuase de un director á otro, sino que tuviese uno solo por guía.

El Rdo. P. de Villars era absolutamente del mismo parecer sobre la necesidad de una sola dirección, porque este punto jamás ha estado dudoso en la Iglesia; pero esta dirección única quería fuese la de San Francisco de Sales para la señora de Chantal; mas ésta, cada vez más apurada y afligida, sin encontrar la paz en ninguna parte, se decidió, en fin, á escribir al santo Obispo de Ginebra, aprovechándose del permiso que para ello la había dado su confesor.

Aquí empieza una de las más hermosas correspondencias que pueden existir. Desgraciadamente la tenemos incompleta. «San Francisco de Sales, que no se creía digno—dice—de estar en relaciones con un alma tan grande como la de la señora de Chantal, había puesto aparte las cartas que ésta le había dirigido, y las había anotado por su mano para que sirviesen un día para su historia, que se proponía escribir. Murió primero el Santo, y el paquete de sus cartas fué entregado imprudentemente á la Santa, que confusa y espantada las echó al fuego. Con gran trabajo y alguna exposición pudo una religiosa que se hallaba presente salvar algunas. Otras se encontraron en otra parte con todas las de San Francisco de Sales, cuidadosamente conservadas por la señora de Chantal, publicadas después, y leídas unas y otras con una admiración que

piado, aseguran que el director de la señora de Chantal, de vuelta de Dijón, la reprendió fuertemente por sus conferencias con San Francisco de Sales, lo que la causó grandes remordimientos de conciencia. (Chaugy, pág. 48.—Maupas, pág. 49.) Es un error, como se puede conocer por una carta de San Francisco de Sales: «Todo esto me consuela—dice á la Santa,—como también lo que me escribís de que el Rdo. Padre que nuestro Señor os había dado por director había dicho *le parecía bien* que durante mi estancia en Dijón me hayáis comunicado vuestra alma, y aun que no le parecía mal que alguna vez me escribieseis.» (Carta del 14 de Junio de 1604.)

jamás se agota. Como las *Confesiones* de San Agustín, las *Obras* de Santa Teresa y el magnífico libro de la *Imitación de Jesucristo*, estas cartas llevan el sello de un espíritu que no es el del hombre. Se ve tanta pureza unida á tanta ternura, tanto ardor de corazón con tan perfecto desasimiento, que no se necesita más para hacer admirar y amar una religión capaz de elevar á las almas á tanta altura, é inspirarlas sentimientos tan divinos. El estudio de esta correspondencia nos pondrá á la vista un espectáculo raro en los fastos de la santidad. Es el espectáculo de una Santa dirigida por un Santo.

En todas partes vemos obrar á los Santos, pero generalmente no se ve la mano que los dirige. Se ven sus trabajos, sus sacrificios y abnegación; pero una parte de su vida se mantiene oculta, y ésta es la más bella; es esa vida íntima, secreta, que sólo un hombre conoce aquí en la tierra, el confesor, y en la cual, no obstante, se encuentra la última solución, la sola verdadera explicación de la vida pública. Los mil pensamientos que callandito se depositan en el santo tribunal; las turbaciones, las inquietudes que se disipan cayendo en el oído amigo de un confesor; los consejos que se reciben; los remedios que aquél indica; el camino, en fin, que traza, todo esto en la vida de los Santos es generalmente invisible. El Santo, de rodillas en el santo tribunal, ha hecho todas sus confidencias humilde y amorosamente; pero quedaron cubiertas con un eterno silencio, y no resucitarán hasta el último día. Aquí, por el contrario, San Francisco de Sales está lejos; la señora de Chantal no le ve sino con largos intervalos, y apenas una ó dos veces al año; necesitan, por tanto, escribirse á menudo, y confiar á hojas volantes, la una las confidencias sublimes de su corazón, el otro las respuestas admirables de su sabiduría. Aunque no se tratase aquí sino de personas vulgares, se hallaría no obstante, un

encanto singular en penetrar tan íntimamente en los misterios descubiertos del corazón humano. ¿Qué sucederá, pues, cuando la penitente es la señora de Chantal, y tiene por confesor al Santo Obispo de Ginebra?

Habiendo, pues, recibido San Francisco de Sales la carta de la señora de Chantal, fecha 30 de Mayo de 1604, en la cual le contaba sus turbaciones y penas interiores, la contesta al mismo tiempo dos cartas largas (1). La primera, que debe mostrarse al padre director, estaba escrita con toda verdad y sinceridad, «como debo hacerlo siempre—decía San Francisco de Sales—pero no con tanta libertad como en ésta, en la cual deseo hablaros de corazón á corazón.» En una y otra insiste San Francisco de Sales sobre la necesidad de no tener más que un guía, al cual debe el alma manifestarse en toda ocasión tan entera y francamente como un libro abierto, «y cuya autoridad debe ser en todo y por todo preferida á la propia voluntad, y aun al parecer y dictamen de cualquiera otra persona particular.» Quiere, no obstante, que si el director se ausentase se pueda comunicar con otro, «porque ciertamente, el recibir los avisos é instrucciones de otros, recurriendo á ellos en ausencia del director, no es de ningún modo contrario al respeto que se le debe;» sin embargo, pone una condición, y es «que el director y su autoridad sean siempre preferidas.» Consiente también que en ciertas circunstancias pueda pedirse consejo á otro, con tal que no sea por ligereza, curiosidad, afán de lo nuevo y gusto de mudanzas; y que «la obediencia prometida permanezca firme en su lugar, que es el primero, y sea siempre preferida.» «No paséis más adelante, os lo suplico—añade San Francisco de Sales—y no os ocupéis absolutamente del grado en que debéis tenerme, porque todo esto no es más que tentación y sutilezas. ¿Qué os

(1) Cartas de 14 y 24 de Junio de 1604.

importa saber si me podéis tener ó no por padre espiritual, con tal que sepáis lo que es mi alma para la vuestra, y que yo sepa lo que es la vuestra para mí? Sé que tenéis una entera y perfecta confianza en mi buen afecto; no lo dudo en modo alguno, y tengo en ello consuelo. Sabed también, y creedlo, os lo suplico, que tengo viva y extraordinaria voluntad y deseo de servirlos para vuestra santificación, con toda la extensión de mis fuerzas.»

«No puedo explicaros — continúa dejándose llevar de las efusiones de su hermosa alma — ni la calidad ni grandeza de este afecto que siento para servirlos, en todo lo que respecta á vuestro adelanto espiritual; sólo os diré que pienso procede de Dios, y así le mantendré afectuosamente, pero en verdad puedo aseguraros que todos los días le veo crecer y aumentarse notablemente. Aún os diría más, pero me parece más conveniente no pasar de aquí.»

El Santo no comprende, por lo demás, que pueda existir entre él y la señora de Chantal otro lazo sino el de la caridad y verdadera amistad cristiana. «Estos — dice — mi buena hermana (y permitidme os dé este nombre, por el cual los Apóstoles y primeros cristianos expresaban el íntimo amor que se tenían), estos son nuestros lazos, nuestras cadenas, las cuales, cuanto más se aprieten, más holgura y libertad nos darán... Tenedme, pues, estrechamente unido con vos, y no os ocupéis en saber más sino que esta unión no es de modo alguno contraria á ninguna obligación, ni aun á la de voto. Descansad, pues, completamente sobre este punto... Obedeced á vuestro primer director filial y libremente, y servíos de mí caritativa y francamente.

»Pero soy muy pesado escribiéndoos tan largamente — añade, — me detengo pidiendo al Niño Jesús que os haga digna de estas gracias y favores, y nos haga morir por El, ó al menos en El. Señora, rogadle mucho por

mí, que soy muy miserable, y estoy abrumado con mi propio peso y con el de los demás; lo cual sería una carga intolerable si el que me llevó con todos mis pecados sobre la Cruz, no me lleva por su misericordia al cielo. Por lo demás, nunca digo la Misa sin vos, y lo que os toca más de cerca, y ni aun comulgo nunca sin vos. En fin, soy tan vuestro como podéis desear. Guardaos de afanes, melancolías y escrúpulos. Por lo demás, no queráis por nada de este mundo ofender á Dios, y esto es bastante para vivir contenta.»

La carta concluye con algunos recuerdos para toda la amable familia de Fremiot, de quien el Santo conservaba tan dulce memoria. «Nada me decís de la salud de vuestro padre, y deseo mucho saberlo, como también de vuestro señor tío, á quien os suplico saludéis por mí. Por lo demás, ya que el Padre director os permite escribirme alguna vez, hacedlo, os ruego, de buena voluntad, aunque os distraiga un poco, porque lo haréis por caridad. Me encuentro en un país y con unas ocupaciones que realmente me hacen digno de compasión, y es un consuelo recibir, entre los disgustos de tantos difíciles y fastidiosos negocios, noticias vuestras y de vuestra familia; creed que esto es un verdadero rocío para mí. ¡Dios os haga la gracia de vivir y morir en su amor, y si le agrada, por su amor! Se lo suplico y os saludo afectuosamente, bendiciéndoos, como á vuestros pequeñuelos hijos, si estáis en Chantal (1), porque si estáis en Dijón, no quisiera hacerlo en presencia de su señor tío (2), aunque el verlos arrojados y pedírmelo vos, me hizo cometer esta falta á mi partida.

»Para Dios sea vuestro corazón y vuestra alma, señora, yo soy vuestro humilde y afectísimo servidor.»

(1) Chantal es el nombre de un territorio dependiente de Monthelón. Pero allí no había ninguna casa.

(2) El Ilmo. Sr. D. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges.

A pesar de estas palabras, las turbaciones continuaban, ó más bien estas sabias y dulces instrucciones, lejos de tranquilizar el alma de la señora de Chantal, redoblaban su deseo de ponerse enteramente bajo la dirección del Santo Obispo. Por otra parte, cuanto más tiempo pasaba, más se afirmaba el P. de Villars en el dictamen que sobre sus penas había dado á la señora de Chantal. «No os digo sólo que dejéis vuestra primera dirección—la decía—y que os pongáis totalmente bajo la del Ilmo. Sr. de Ginebra; sino que os añadido de parte de Dios, que si no lo hacéis resistís al Espíritu Santo.» Un Padre capuchino que estaba entonces en grande olor de santidad le dijo lo mismo: «Señora, no tardéis más, poneos bajo la dirección del Ilmo. de Ginebra; si por un milagro—añadió—os enviase Nuestro Señor y Dios su propio espíritu para dirigiros, no lo haría con más acierto que por este dignísimo Prelado.» Instada la señora de Chantal por estas palabras y por el atractivo divino, que cada día era más fuerte, escribía carta sobre carta al Santo Obispo para suplicarle se encargase de su dirección. San Francisco de Sales, no obstante, no se apresuraba. Los cuatro votos hechos por la señora de Chantal le hacían no decidirse á desatarlos hasta después de reflexionar mucho y convencerse de que así era la voluntad de Dios.

Deseando ver á la Santa para resolver con seguridad, le escribió viniese á buscarle, porque era negocio éste muy árduo para decidirle á tanta distancia. El lugar de la reunión se fijó primero en Thonon, pero después se arregló fuese en San Claudio, adonde la señora de Boisy había hecho voto, como dijimos antes, de ir en peregrinación, y adonde San Francisco de Sales debía acompañarla.

La víspera de su partida, la señora de Chantal subió á Fontaine-lez-Dijón, cuna de San Bernardo, á fin de encomendar á Dios el éxito de su viaje. Apenas entró

en la iglesia, cuando de repente se sintió como arrebatada de Dios, y vino á su memoria el recuerdo de una visión que había tenido en otro tiempo. Una mañana, estando en su cama medio adormecida, le pareció estar en un carro lleno de viajeros, y que pasaba delante de una iglesia, donde había una porción de gente recogida y atenta en oración. Quiso lanzarse fuera del carro y entrar por la puerta grande de la iglesia, que estaba abierta, pero sintió que la rechazaban, y oyó distintamente una voz que le dijo: «Es menester andar más é ir más lejos. No entrarás nunca en el sagrado reposo de los hijos de Dios sino por la puerta de San Claudio.» Nada comprendió de esta visión, pero le quedó un vislumbre de esperanza, de que algún día cesarían sus grandes tribulaciones. Así, cuando se sentía más atormentada decía: «¡Paciencia, alma mía, Dios te ha prometido que entrarás en el sagrado descanso de sus hijos por la puerta de San Claudio!» (1) Esta visión la vino á la memoria en el instante en que iba á partir para San Claudio, llenándola á un tiempo de consuelo y esperanza, creyendo que Dios la preparaba gracias muy abundantes.

Llegó á San Claudio el 21 de Agosto de 1604 (2), acompañada de la señora Presidenta Bruslard; por su parte, San Francisco de Sales llegó también el mismo

(1) Esta visión ha sido contada y escrita por la misma Madre de Chantal en sus *Memorias inéditas*. Cuando el proceso de canonización, muchos testigos declararon haberlo oído de su propia boca. Puede verse en particular la declaración del ilustre Presidente Favre, amigo de San Francisco de Sales. Hablando de esta visión, dice: «Sé todo esto por habérselo oído decir á la dicha señora yo mismo.» (*Proceso de beatificación*, tomo II, pág. 519.)

(2) Y no el 24, como dice la Madre de Chaugy, porque el 22 fué cuando San Francisco de Sales aceptó la dirección de nuestra Santa. En general, la Madre de Chaugy no es muy segura en los acontecimientos de la primera parte de la vida de la señora de Chantal. No los había presenciado, los había sólo oído contar; y no escribiendo más que para edificar, da muy poca importancia á la exactitud de las fechas.

día con la señora de Boisy, su madre. Por la tarde el bienaventurado hizo que la señora de Chantal le diese una cuenta detallada de cuanto había pasado en su alma desde que se separaron. Escuchó atentamente su relación, y en seguida, sin decirle una palabra ni hacer la menor observación, recomendándola únicamente el abandonarlo todo á Dios, la dió las buenas noches y la dejó.

Al otro día, muy de mañana, vino á buscarla; parecía estar cansado y abatido. «Sentémonos—dijo—estoy muy fatigado y no he dormido, ocupándome toda la noche en vuestro asunto. Es seguramente la voluntad de Dios el que yo me encargue de vuestro espiritual gobierno, y que sigáis mis consejos.»

Después de esto el santo Obispo guardó silencio, y levantando en seguida los ojos al cielo: «Señora—dijo—¿os lo diré? Menester es decirlo, pues que Dios lo quiere así; los cuatro votos que habéis hecho, para nada sirven sino para destruir la paz de la conciencia. No os admiréis si he tardado tanto en resolverme; quería conocer bien la voluntad de Dios, y que nada se hiciese en este asunto sino lo que su mano hiciera.»

«Yo escuchaba al Santo Prelado—dice la señora de Chantal—como si me hablase una voz del cielo; parecía estar en un éxtasis, según su recogimiento y la lentitud con que dejaba caer, digámoslo así, las palabras una tras de otra, como si le costase trabajo hablar.»

El mismo día, antes de decir Misa, el Santo Prelado llamó á la señora de Chantal á la sacristía y la dijo renovase sus votos de obediencia, pobreza y castidad durante la Misa, en el instante de la Consagración, rogando á sus Angeles de la guarda fuesen testigos de este acto (1). La Santa lo hizo así, y por su parte el

(1) *Memorias inéditas* de la Madre Dorotea de Marigny. Asegura haber sabido este hecho de la misma boca de Santa Juana Francisca, pero

bienaventurado, al elevar el Santísimo Sacramento del Altar, después de haber renovado él mismo su voto de castidad, prometió á Dios solemnemente «ayudar, servir y hacer adelantar en el amor de Dios á su muy querida hija espiritual, lo más cuidadosa, fiel y santamente que le fuese posible, aceptándola y teniéndola en adelante como suya, para responder de ella á Dios Nuestro Señor.»

Terminada la Misa, redactó el acta y la entregó á la Santa, que hasta la muerte la llevó colgada de su cuello en un saquito, y el mismo día principió su confesión general. La concluyó el día 25, fiesta de San Luis, día célebre en la vida de la señora de Chantal, en el cual, según expresión del Santo, «renovó su juventud como el águila, entrando en el mar de la penitencia y prometiendo á Dios ser toda suya, de cuerpo, de co-

se equivoca diciendo que fué el 28 de Agosto, día de San Agustín. El acta, redactada por San Francisco de Sales y escrita por su mano, dice positivamente que fué el 22 de Agosto, octava de la Asunción de la gloriosa Virgen María. He aquí el texto íntegro de tan importante documento:

«Yo, Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, acepto de parte de Dios los votos de castidad, obediencia y pobreza, renovados al presente por Juana Francisca Fremiot, mi muy querida hija espiritual; y después de haber reiterado yo mismo el voto solemne de perpetua castidad que hice en la recepción de los Ordenes, el cual confirmo de todo mi corazón, protesto y prometo guiar, ayudar, servir y adelantar á la dicha Juana Francisca, mi hija, lo más cuidadosa, fiel y santamente que me sea posible, en el amor de Dios y perfección de su alma, la cual desde ahora recibo y tomo como mía, para responder de ella delante de Dios Nuestro Salvador; y así la consagro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, al cual sea dado honor, gloria y bendición por los siglos de los siglos. Amén.

»Hecho al elevar el Santísimo Sacramento del Altar, en la santa Misa, á vista de la Divina Majestad, de la Santísima Virgen Nuestra Señora, de mi buen Angel y del de la dicha Juana Francisca Fremiot, mi muy querida hija, y de toda la corte celestial, el día 22 de Agosto, Octava de la Asunción de la gloriosa Virgen, á cuya protección recomiendo con todo mi corazón este voto mío, á fin de que sea para siempre firme, duradero é inviolable. Amén.

»Francisco de Sales, Obispo de Ginebra.»

razón y de alma (1).» El bienaventurado, después de aplaudir tan santas resoluciones, la dió regla de vida, cambió su modo de hacer oración, que estaba lleno de opresión como todas sus relaciones con Dios; y para poner orden y método en el trabajo de su perfección, la señaló las virtudes en cuya adquisición debía ejercitarse primero. Todo esto duró casi una semana. La señora de Chantal había llegado á San Claudio el 21 de Agosto, y el 28 volvía á Dijón, con el rostro radiante de paz, y el corazón inundado de tanta alegría y tan dulce esperanza, que no la era posible ocultar la expresión de su felicidad. «Nunca—dice la madre de Chaugy con su gracioso estilo,—nunca volvió tan contenta á su colmena la casta é inocente abeja, después de haber recogido sobre las flores el rocío del cielo» (2).

Apenas llegó, su primer pensamiento fué subir á Nuestra Señora d'Etang, para dar allí gracias fervorosas á Dios y á su Santísima Madre por los beneficios que había recibido en San Claudio. Vertió abundantísimas lágrimas; renovó todos sus votos, particularmente el de obediencia; redactó el acta y la firmó con su sangre sobre el altar (3).

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 14 de Octubre de 1604.

(2) *Memorias*, pág. 5.

(3) He aquí este importante documento que la Santa llevaba en un saquito pendiente del cuello:

«Señor Todopoderoso y eterno: yo, Juana Francisca Fremiot, aunque indigna de ponerme en vuestra divina presencia, confiando, no obstante, en vuestra bondad y misericordia infinitas, hago voto á vuestra Divina Majestad, en presencia de la gloriosa Virgen María y de toda vuestra Corte celestial y triunfante, de perpetua castidad, y obediencia al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, bajo la autoridad de los legítimos superiores; suplicando muy humildemente á vuestra inmensa bondad y clemencia, por la preciosa sangre de Jesucristo, que os sea agradable, y recibáis benignamente este holocausto en olor de suavidad, y que así como os habéis dignado darme gracia para desearlo y ofrecérselo, os agrade dárme la también muy abundante para cumplirlo. Amén.

»Escrito en Nuestra Señora d'Etang, 2 de Septiembre de 1604.»

Con esto parecía que la señora de Chantal debía haber conseguido una paz duradera. Pero tal era la delicadeza de conciencia de esta mujer admirable, que después de las precauciones que había tomado para mudar de confesor, después de la larga y prudente reserva de San Francisco de Sales, después de tantas oraciones y maduras reflexiones, aún estaba inquieta. Muy diferente se mostró en esto de esas personas ligeras que cambian sin cesar de confesores, en apariencia por encontrar mejores guías, pero en realidad para hallar otros más débiles y condescendientes. Fué, pues, menester que San Francisco de Sales la escribiese una larga carta para tranquilizarla; pero no debemos sentirlo, porque entre las cartas del bienaventurado no sé si hay alguna ni más útil ni más amable.

«La elección que habéis hecho de mí para guía espiritual vuestro—la dice—tiene todas las señales de una buena y legítima elección; no dudéis de esto, os lo suplico. El vigoroso impulso de espíritu que os ha inclinado á ello con tanta fuerza y consuelo al mismo tiempo; la circunspección con que he procedido antes de resolverme á ello; el no habernos fiado uno ni otro de nosotros mismos; el haber oído el dictamen de vuestro confesor, bueno, docto y prudente; el tiempo que hemos dado para calmar las agitaciones de vuestra conciencia y debilitar vuestras inquietudes si estaban mal fundadas; las oraciones, no de un día ni de dos, sino de muchos meses, con que hemos procurado alcanzar la luz que para decidirnos necesitábamos, son, sin duda, señales infalibles de que esta era la voluntad de Dios... Descansad, pues, en esto, os lo suplico, y no disputéis más con el enemigo sobre este punto, diciéndole con resolución que Dios lo ha querido y lo ha hecho.»

Y como la señora de Chantal, cuya bella alma estaba llena de delicadeza, había escrito al Santo Obispo

que temía serle gravosa, sabiendo lo abrumado que estaba con tantos negocios, el bienaventurado, para disipar este recelo y abrirla dulcemente el corazón, la deja entrever alguna parte de los sentimientos de estimación y santo afecto que Dios le inspiraba hacia su corazón. «Sabed, mi muy querida hermana, que desde que comunicasteis conmigo vuestro interior, me dió Dios un grande amor á vuestra alma. Cuando os declarasteis á mí más particularmente, echaisteis un lazo admirable á mi alma, para que amase yo más y más á la vuestra, lo cual me hizo escribiros que Dios me había dado á vos para que os llevase á Él, y que no era posible aumentar en lo más mínimo el afecto que sentía en mi alma, sobre todo al rogar á Dios por vos. Pero ahora, querida hija mía, existe además una cierta y nueva cualidad que no me es posible descifrar. No, no añado un solo ápice á la verdad; hablo delante del Dios de mi corazón y del vuestro: cada afecto se diferencia particularmente de los demás. El que os tengo tiene una cierta particularidad que me consuela infinito, y para decirlo todo de una vez, que me es sumamente provechosa. Tened esto por una sincerísima verdad, y no dudéis de ello; no quería decir tanto, pero de una palabra se va á otra, y después de todo, pienso que esto servirá para provecho vuestro.»

Añade después con un acento de ternura y elevación inexplicable: «Jamás me había sucedido, al pronunciar en mis oraciones las expresiones de *dadnos*, *concedednos*, el pensar en ninguna persona en particular; pero después que he salido de Dijón, en esta palabra *nos*, muchas personas particulares se vienen á mi memoria, las cuales me están muy recomendadas; pero vos sois generalmente la primera, y cuando no lo sois, que es rara vez, os quedáis para la última, para detenerme más tiempo, ¿puedo decir más? Pero por amor de Dios, que nadie se entere de esto, porque digo tal vez algo más

de lo que quisiera, aunque con toda verdad y pureza.

»Bastante es todo esto—dice,—para que podáis responder á todas esas sugerencias, ó al menos para que os animéis á burlaros de su autor y á escupirle á la cara. Os diré un día lo demás en este mundo ó en el otro.»

Aquí se ve el estilo íntimo y natural de San Francisco de Sales. Decíamos antes hablando de estas cartas, que eran un monumento admirable del espíritu cristiano, y hubiéramos debido añadir que son también y en alto grado, un monumento del carácter francés. El talento, la gracia, la delicadeza, el abandono, la franqueza, la oportunidad, todas estas cualidades tan eminentemente francesas brillan en cada página, y forman una de las lecturas más agradables para un talento cultivado.

Pero el encanto más seductor de estas cartas, el que domina á todos los demás, y se conoce pronto, es el que permite entrever, como á través del cristal transparente de una hermosa agua, la santa, pura y angélica amistad que unía á estas dos bellas almas. «Nada os diré de lo grande que es mi corazón para vos—escribía San Francisco de Sales á la bienaventurada;—pero sí os diré que no tiene comparación con nada, y que este afecto es más cándido que la nieve y más puro que el sol.» Y algún tiempo después: «Siento—la decía—una suavidad extraordinaria en el afecto que os tengo; es fuerte, indestructible, sin medida ni reserva; pero dulce, enteramente puro, muy tranquilo; en una palabra, todo de Dios y en Dios, según me parece.» Todo era, en efecto, en Dios, y tenía el sello de aquel afecto transfigurado, digámoslo así, de Santa María Magdalena para con Jesucristo. Se han recogido todas las cartas de San Francisco de Sales á Santa Juana Francisca, hasta los más pequeños billetes, los más secretos y confidenciales. Y ¿qué se encuentra en ellos? Mil expresiones del mayor afecto, pero también lo más celestial que puede

imaginarse. Se oyó en el proceso de canonización de los dos Santos á un número inmenso de testigos, cuyas declaraciones forman doce volúmenes en folio. Es preciso haberlos leído para tener una idea de los pleonasmos inagotables con que los contemporáneos se esfuerzan en pintar la modestia, la prudencia, la reserva, la castidad de oro fino y la pureza angélica de estas dos nobles almas. ¡Ah! no nos envidiéis la felicidad de encontrar alguna vez en la historia, y entre los torrentes de culpable amor que corrompen al mundo y á menudo le trastornan, algunas gotas á lo menos de ese amor casto que con la inocencia perdiera el hombre, que volveremos á encontrar en el cielo, cuyo suave ambiente y virginal perfume aspiramos en la historia de la vida de los Santos.



CAPÍTULO VII

Principios de la dirección de Santa Juana Francisca Fremiot por San Francisco de Sales.—Reglamento para una señora del mundo en el siglo XVII.—Penas interiores de la señora de Chantal.

1605

EL primer acto de la dirección de San Francisco de Sales, fué dar á la señora de Chantal un reglamento para poder dirigirse en todas sus acciones, y que fuese para ella en presencia de Dios un motivo de perpetua obediencia. Destinado á una señora joven aún, nacida y criada entre la alta nobleza, madre de cuatro hijos, ocupada en administrar una fortuna considerable, y compuesto, por otra parte, por un director tan sabio y juicioso, y tan enemigo de las exageraciones y excesos, creo que merecerá con justicia le estudiemos en todos sus detalles con el mayor cuidado. Abraza tres puntos: las oraciones y demás diferentes ejercicios de piedad; las penitencias y obras de caridad; y, en fin, los deberes de sociedad y de familia (1).

(1) El texto de este reglamento, escrito de mano de San Francisco de Sales, no se encuentra ya. Pero apenas llegó la Santa á Borgoña, encontró varias dificultades, con motivo de los principales artículos de este reglamento: escribió inmediatamente al Santo Obispo, y éste la contestó en una larga carta, en la que explica, comenta y desarrolla el texto y el espíritu de este reglamento. Esta importante carta es del 14 de Octubre de 1604.

imaginarse. Se oyó en el proceso de canonización de los dos Santos á un número inmenso de testigos, cuyas declaraciones forman doce volúmenes en folio. Es preciso haberlos leído para tener una idea de los pleonasmos inagotables con que los contemporáneos se esfuerzan en pintar la modestia, la prudencia, la reserva, la castidad de oro fino y la pureza angélica de estas dos nobles almas. ¡Ah! no nos envidiéis la felicidad de encontrar alguna vez en la historia, y entre los torrentes de culpable amor que corrompen al mundo y á menudo le trastornan, algunas gotas á lo menos de ese amor casto que con la inocencia perdiera el hombre, que volveremos á encontrar en el cielo, cuyo suave ambiente y virginal perfume aspiramos en la historia de la vida de los Santos.



CAPÍTULO VII

Principios de la dirección de Santa Juana Francisca Fremiot por San Francisco de Sales.—Reglamento para una señora del mundo en el siglo XVII.—Penas interiores de la señora de Chantal.

1605

EL primer acto de la dirección de San Francisco de Sales, fué dar á la señora de Chantal un reglamento para poder dirigirse en todas sus acciones, y que fuese para ella en presencia de Dios un motivo de perpetua obediencia. Destinado á una señora joven aún, nacida y criada entre la alta nobleza, madre de cuatro hijos, ocupada en administrar una fortuna considerable, y compuesto, por otra parte, por un director tan sabio y juicioso, y tan enemigo de las exageraciones y excesos, creo que merecerá con justicia le estudiemos en todos sus detalles con el mayor cuidado. Abraza tres puntos: las oraciones y demás diferentes ejercicios de piedad; las penitencias y obras de caridad; y, en fin, los deberes de sociedad y de familia (1).

(1) El texto de este reglamento, escrito de mano de San Francisco de Sales, no se encuentra ya. Pero apenas llegó la Santa á Borgoña, encontró varias dificultades, con motivo de los principales artículos de este reglamento: escribió inmediatamente al Santo Obispo, y éste la contestó en una larga carta, en la que explica, comenta y desarrolla el texto y el espíritu de este reglamento. Esta importante carta es del 14 de Octubre de 1604.

San Francisco de Sales arregla primero las oraciones vocales con que la señora de Chantal debe principiar el día: el Padrenuestro, Avemaria, el Credo, el *Veni Creator*, el *Ave Maris Stella* y *Angele Dei*. La recomienda lo rece en latín, que es la lengua de la Iglesia, pero que cuide de comprender su sentido por medio de una traducción francesa.

Después de la oración vocal, y antes de ocupación ninguna, debe hacer su meditación, con la preparación, y según el método que la envía. «Esto—dice—os ocupará una hora bien completa (1).»

Aconseja el Santo tomar para asunto de la meditación la vida y muerte de nuestro Señor, y algunas veces

(1) Esta era poco más ó menos la regla que San Francisco de Sales daba á todas las personas piadosas á quienes dirigía; pero la moderaba según las circunstancias. Escribía á la señora doña Rosa Burgeois, siempre enferma, sin poder casi salir de su cuarto: «Por la mañana, cuando ya estéis levantada, debéis hacer vuestra meditación y el ejercicio de por la mañana que he llamado preparación. Todo esto no durará sino tres cuartos de hora á lo más, porque la meditación y el ejercicio no se hagan á un tiempo.» (San Francisco de Sales, *Obras*, tomo IX, pág. 269.) A la señora Presidenta Bruslard, obligada por su posición á mucho trato de mundo, la escribía en su reglamento: «Haced la meditación todos los días, sobre la vida y muerte de nuestro Señor... Me parece que haciendo por la mañana media hora de oración, debéis contentaros con oír una Misa todos los días...» (Id., tomo VIII, págs. 9-11.) Pero pasado algún tiempo, y habiendo la señora de Bruslard progresado en la vida cristiana, no se contenta ya San Francisco de Sales con media hora: «En cuanto á la oración—la dice,—debéis hacerla con frecuencia... Hacedla, pues, por la mañana durante una horita antes de salir, ó por la noche antes de cenar...» y añade, «pero cuidad de no hacerla después de la comida ni de la cena, porque esto haría daño á vuestra salud.» (Id., pág. 230.) ¡Siempre la dulzura en la energía, la prudencia en la austeridad! Si las personas estaban muy llenas de ocupaciones en el mundo y con poco tiempo libre, no las quitaba San Francisco de Sales la oración; únicamente disminuía el tiempo. «Bastará—escribe á una señora—que empleéis en la meditación una media horita ó un cuarto de hora cada día, porque esto, con las elevaciones, retiros de corazón en la presencia de Dios y oraciones jaculatorias, que debéis hacer entre día, será muy bastante para mantener vuestro corazón recogido y unido á vuestro divino objeto; y aun esta oración podrá hacerse durante la Misa para ganar tiempo.» (Id., tomo XI, pág. 484.)

las postrimerías del hombre; pero en este caso quiere que la señora de Chantal finalice siempre la meditación por un acto de confianza en Dios, y que nunca se represente la muerte ni el infierno por una parte, sin ver de la otra la cruz, á fin de que habiéndose excitado al temor, se recurra también al amor. Para libros de oración, indica el Santo los ejercicios espirituales de Taulero y las meditaciones de San Buenaventura, obras admirables, en efecto, que es imposible meditar sin sentirse iluminado y conmovido, y que sin razón se han olvidado y abandonado hoy día.

Todos los días después de la oración, la santa Misa, y «en ella, ó en otro rato del día, rezar el Rosario con la mayor devoción posible.»

Durante el día, «muchas y frecuentes jaculatorias, sobre todo al dar el reloj las horas, porque es utilísima devoción.»

«Me gustan los cánticos espirituales—dice—cuando se cantan afectuosamente.»

Por la noche, antes de cenar, aconseja San Francisco de Sales un ratito de recogimiento, y cinco Padrenuestros y Avemarias á las llagas de Jesucristo nuestro Señor. Este rato es para el examen particular, cuya importancia explicó admirablemente San Ignacio, y cuyo uso puso Santa Teresa en tanta estimación en los claustros, quedando para San Francisco de Sales la misión de popularizarlo entre la gente del siglo. Para que la señora de Chantal hiciese con más fruto este ejercicio, la aconseja el Santo que escoja una de las llagas de nuestro Señor, para que éntre en ella su alma como en su morada y refugio los cinco primeros días de la semana, el sexto en los agujeros que en su santísima cabeza hicieron las espinas de la corona, y el séptimo en su costado abierto; «porque es menester—dice—principiar en él la semana y acabarla lo mismo; es decir, que los domingos es menester volver á este corazón.»

Por la noche, una buena media hora de lectura espiritual, que con todo lo demás—dice el Santo—es bastante para todos los días. Para la lectura espiritual indica el Santo el P. Granada, que recomienda sin cesar á todas las almas que dirige; Gersón, es decir, la *Imitación de Jesucristo*, que San Francisco de Sales atribuía al canciller Gersón, según la opinión de su época, pero que es muy probable no sea obra de este célebre escritor; la *Vida de Jesucristo*, traducida de Ludolfo, cartujo, obra muy rara hoy día, pero que se puede y debe reemplazar con una de las *Vidas de Jesucristo* que se han escrito en nuestros días (porque ¿qué es un cristiano que no tiene en su cuarto la vida de su Salvador y su Dios?); *La Madre Teresa* (estas son las obras de Santa Teresa, que aún no estaba canonizada), lectura de oro si se lee como debe hacerse; y, en fin, el *Tratado de la Tribulación*, librito compuesto por el P. Rivadeneira, que convenía á las ideas tristes que dominaban algo á la señora de Chantal después de la muerte de su esposo, y desde que Dios quería purificar su alma crucificándola.

Por la noche quiere San Francisco de Sales que la señora de Chantal se retire « casi una hora, ú hora y media, después de la cena, » y que concluya el día como le empezó, con algunas oraciones vocales.

Indicando así á la señora de Chantal los principales ejercicios en que se ha de ejercitar cada día, no olvida San Francisco de Sales explicarla lo principal de todo: el espíritu con que debe hacerlos; espíritu de dulzura, de desasimiento y de una santa libertad de corazón. «Haced—la dice— todo esto sin afán, con espíritu de amor y de dulzura.» Estas palabras son notables, y las refuerza con estas otras bellísimas: « Si os sucede no hacer alguna de las cosas que os ordeno, no escrupulicéis sobre ello, porque la regla de nuestra obediencia, escrita con grandes letras, debe ser ésta:

Es menester hacerlo todo por amor, y nada por fuerza. Es menester amar más la obediencia, que temer la desobediencia.

«Os dejo el espíritu de libertad; no el que abandona la obediencia, porque esta es la libertad de la carne, sino el que aparta la opresión, el escrúpulo y el afán. Si sobreviene algún motivo justo y caritativo para dejar vuestros ejercicios, quiero que los dejéis, como si esto fuera lo mandado por la obediencia, y que su falta se reemplace con el amor.»

Repíte varias veces esta máxima; y conociendo que esto no era bastante para la señora de Chantal, muy ardiente, y tal vez demasiado exacta, sobre todo á los principios, se extiende á grandes pormenores sobre este espíritu de libertad en que quiere hacerla entrar. Por ejemplo—la dice:—un alma que está apegada al ejercicio de la meditación, si la interrumpís, la veréis salir con disgusto, prisa y admiración. El alma que tiene la verdadera libertad, saldrá con un rostro alegre y corazón amable para con el importuno que la molesta, porque la es igual servir á Dios meditando, que servirle tolerando y sobrellevando al prójimo... Y á propósito de esto, os diré que el Cardenal Borromeo, á quien se va á canonizar dentro de unos días, es un ejemplo maravilloso de lo que voy diciendo. Era el espíritu más rígido, inflexible y austero que se puede imaginar; no bebía más que agua, ni comía más que pan... Y no obstante, á pesar de esta austeridad de carácter, comía á menudo con los suizos, sus vecinos, para atraerlos al bien; no tenía dificultad en beber y brindar con ellos en cada comida, además de lo que había bebido por necesidad. Este es un bello rasgo de santa libertad, dado por el hombre más austero de esta época: un espíritu disoluto hubiera hecho mucho; otro encogido, hubiera creído pe-

car mortalmente; y sólo el espíritu de libertad lo hace por caridad, sin clase ninguna de apremio.»

«El P. Ignacio de Loyola, á quien van á canonizar, comió carne en un Miércoles Santo por mandato sencillo del médico, que lo creyó conveniente por un malecillo que tenía. Un espíritu apremiante y encogido se hubiera hecho rogar tres días.»

De esta manera, y con otros muchos ejemplos, enseñaba San Francisco de Sales á la señora de Chantal el amable camino de la santa libertad y dilatación del corazón, que casi no le había ni aun nombrado su primer director, esforzándose en preservarla de dos grandes escollos en que suelen caer muchas personas devotas: uno es la falta de constancia, que hace abandonar por bagatelas los ejercicios de piedad, y el otro la falta de libertad, que obliga á sentir mucho dejarlos, aunque lo exijan la necesidad ó la caridad. El primero de estos defectos no era de temer en la señora de Chantal, pero sí el segundo, á que la inclinaba su carácter, naturalmente austero, cuya austeridad se había aumentado con la mala dirección antecedente.

Después de haber arreglado las oraciones y ejercicios de piedad, arregla también San Francisco de Sales las penitencias y obras de caridad, y prescribe á la señora de Chantal ayunar el viernes, cenar ligeramente el sábado, y tomar la disciplina dos veces á la semana. «En cuanto á la jumentilla—dice,—apruebo el ayuno del viernes y la sobria cena del sábado; apruebo que se la mortifique toda la semana, no tanto por la falta de alimento, guardando siempre la sobriedad, cuanto por no elegir las viandas y platos que se han de comer.

Apruebo, sin embargo, que se la acaricie un poco, dándola á comer la cebada que San Francisco de Asís la propinaba para que anduviese de prisa, y que no es otra sino la disciplina, que tiene la maravillosa virtud

de aguijonear la carne y vivificar el alma, pero sólo dos veces á la semana.»

Algunas personas se admirarán al ver que San Francisco de Sales, director tan dulce y juicioso, mande la disciplina dos veces á la semana «á una señora del mundo, de solos treinta y tres años, de una complexión delicada y madre de cuatro hijos.» No obstante, no se contenta el Santo con sólo usar la disciplina dos veces á la semana: la prescribe también de cuando en cuando por forma de penitencia ó de remedio. «Será bueno—dice á la señora de Chantal hablándola de sus tentaciones contra la fe—tomar algunos golpes de disciplina: cincuenta, sesenta, ó solos treinta, según el estado en que estéis de salud. Mucho ha servido esta receta á una buena alma conocida mía.» Por lo demás, si se leen con atención las obras de San Francisco de Sales, se le verá prescribir la disciplina, no sólo á la señora de Chantal, lo que tal se miraría como un caso especial, sino también á las señoras Bruslard y Flechere; al Presidente Favre; á los Sres. de Blonay, aunque en estado de matrimonio y teniendo que vivir en el mundo; y aun á la señorita de Blonay, de edad de dieciséis años; á la señorita de la Roche, de la misma edad poco más ó menos; á la señorita Favre y á la de Beaumont, que fueron después, es verdad, excelentes religiosas, pero que no pensaban entonces en serlo, y, por el contrario, pensaban casarse dentro de pocos días. Por otra parte, no era sólo San Francisco de Sales el que dirigía así á las almas; hacían lo mismo San Carlos Borromeo, San Felipe de Neri, el Cardenal Bona, San Vicente de Paúl, el Sr. Olier, y generalmente todos los Santos directores de los siglos XVI y XVII, grande época, fiel á las tradiciones de las edades de fe, y que aún no había visto nacer la tibia doctrina de los tiempos modernos que, haciendo desaparecer la mortificación de la carne, debía poco á poco arruinar toda clase de mortificaciones.

Con las penitencias, que forman la vida seria y grave, junta también San Francisco de Sales en su reglamento las obras de caridad que la fecundizan. No dice más que una sola palabrita, pero es escogida en realidad. «Haced algunas pequeñas limosnas con grande humildad. Me gusta que se visite á los enfermos viejos y á las mujeres (habla á una mujer), y aun á los jóvenes cuando lo son mucho. Me gusta la visita á los pobres, especialmente á las mujeres, hecha con gran dulzura y bondad.» De este modo pide humildad en la abnegación, dulzura con los pobres y prudencia en la visita á los enfermos. ¡Visitar sobre todo á las mujeres (siendo mujer) ó á los viejos, y con menos frecuencia á los jóvenes (siendo joven el que visita), á menos que no lo sean mucho!... ¡Qué consejos tan delicados y profundos! ¡Como que un Santo se los da á una Santa! Todos los amigos de los pobres deberían meditarlos (1).

Arreglando las oraciones, las penitencias y las obras de caridad, no deja olvidados San Francisco de Sales los deberes del estado, de la posición, de la familia, ni lo que la señora de Chantal debe como madre á sus hijos, ni á sus padres como hija. La familia pequeña de nuestra Santa iba siendo grandecita. Celso Benigno, que era el mayor, iba á cumplir diez años. María Amada, la segunda, tenía ocho. Francisca y Carlota eran menores. San Francisco de Sales no entra aún en gran-

(1) Lo mismo escribía á la Presidenta Bruslard: «Os aconsejo tomar alguna vez el trabajo de visitar los hospitales, consolar á los enfermos, atender á sus necesidades, enternecerlos de corazón viéndolos, y hacerles alguna limosna.» En seguida viene este prudente correctivo: «Pero para todo esto tened cuidado y mucha discreción, á fin de que ni vuestro esposo, ni los criados y los señores parientes vuestros puedan incomodarse por el largo tiempo que paséis en la iglesia faltando al cuidado de vuestra casa.» Y añade esta palabra de más valor que el oro más puro: «Vuestro señor esposo gustará y amará vuestra devoción, si á medida que ésta se aumenta sois con él más suave y aun más dulce que de costumbre.» *Carta de San Francisco de Sales á la señora de Bruslard*. Edición Migne, tomo V, pág. 549.)

des pormenores sobre una educación que principia y que, por otra parte, está en manos de una madre como nuestra Santa. Ya, no obstante, se pueden notar amables y sabios consejos. Después de bendecir á Dios por los inmensos deseos que tiene la señora de Chantal de criar á sus hijos en el santo amor de Dios, y después de haberla aconsejado lea las epístolas de San Jerónimo, y sobre todo las confesiones de San Agustín, «donde verá á Santa Mónica, viuda y con el cuidado de su Agustino, y otras mil cosas que la consolarán», pone dos reglas de grande importancia. Quiere, lo primero, que cada uno de los niños tenga su camita aparte, y que no solamente Celso Benigno, que es ya grande, sino las otras tres niñas, «duerman solitas en cuanto se pueda, ó al lado de personas en quien justamente podáis confiar como en vos misma. Imposible es decir la utilidad de esta grande advertencia, la experiencia me la hace cada día más recomendable.» A tan sabias pretensiones, destinadas á proteger la inocencia de los niños, quiere el Santo Director que la señora de Chantal junte un gran celo para apoderarse al instante y sin pérdida de tiempo de sus pequeños pensamientos, de sus nacientes afectos, á fin de volverlos á Dios, y dejando para después los pormenores y particularidades, indica rápidamente el punto sobre el que debe insistir la señora de Chantal en la doble educación de su hijo y de sus hijas. «En cuanto á Celso Benigno, es menester—dice—que se le inspire el obrar por motivos generosos, y que se imprima en su pequeñita alma la pretensión de servir á Dios, y todas las aspiraciones nobles y valientes, haciéndole conocer lo poco que valen todas las cosas perecederas, y que la gloria mundana no es más que un poco de humo que se lleva el viento. En cuanto á vuestras hijas—dice,—procurad arrancar la vanidad de sus corazones, y creed que ésta nace casi con el sexo.» Esta es la gran palabra de la educación, desgraciadamente

muy poco comprendida hoy; los mismos padres fomentan la ambición en el corazón de sus hijos, y las hijas aprenden la vanidad sobre las rodillas de sus madres.

Pero al poner así el dedo sobre las dos llagas vivas que la señora de Chantal tendrá que cicatrizar en el corazón de sus hijos, el Santo tiene cuidado de añadir: «Pero haced todo esto poquito á poco, lenta y suavemente, como hacen y obran los ángeles, con modales amables y sin violencia.»

Las reglas que San Francisco de Sales da después, relativas á los deberes de nuestra Santa respecto á su padre y á su suegro, no son menos sabias. «Apruebo—la dice—que estéis la mitad del año con vuestro padre y la otra mitad con vuestro suegro, procurando por todos los medios posibles el bien de sus almas, del modo que lo hacen los ángeles, como ya os he dicho... Tratad de haceros más y más agradable á uno y á otro con vuestra humildad y dulzura, procurando su salvación con espíritu de dulce caridad.

»Debéis á vuestro señor padre un grande y caritativo afecto para encaminarle á un dichoso fin, y ningún respeto humano debe deteneros para trabajar en esto con un santo ardor; porque vuestro padre es vuestro primer prójimo, y el que quiere Dios améis en primer lugar; y lo que en él debéis amar lo primero es su alma, y en su alma la conciencia, y en la conciencia la pureza, y en la pureza el temor y el deseo de la eterna salvación.

»Lo mismo digo respecto á vuestro suegro. Y en cuanto á los medios de lograrlo, mi dictamen, respecto á vuestro padre, se reduce á dos puntos: uno, que haga un examen y confesión general de toda su vida, para hacer una penitencia general también: esta es cosa que debe hacer todo hombre de bien y todo buen cristiano antes de morir. Lo segundo, que se desprenda poco á poco de los afectos del mundo; vos le ayudaréis á comprenderlo y practicarle.»

Es menester notar bien estas palabras, á manera de los ángeles, que repite sin cesar San Francisco de Sales en los consejos que da, y que constituyen, como llevo dicho, todo el sistema y método del Santo director. Entendía por esto una cierta mezcla de bondad, dulzura, firmeza, paciencia, amabilidad y santa industria, admirable por cierto, y que inculcaba con gracia infinita á las personas que se ponían bajo su dirección. De este modo convirtió á tantas almas, é hizo que la piedad se manifestase tan sólida y encantadora, que en todas partes floreciese (1).

Después de haber dado los preceptos, no faltaba á

(1) No todas las personas á quienes el Santo dirigía eran tan discretas como la señora de Chantal. Algunas había que preferían sus devociones á sus deberes de estado y familia, y entonces el Santo era inflexible. Hay una carta de este sabio director, escrita á la señora de Bruslard, esta piadosa amiga de la señora de Chantal, la cual, más viva, más ardiente, pero menos discreta que nuestra Santa, se había quejado de las exigencias de su padre y de su esposo; en cuya carta brillan con todo su esplendor el verdadero espíritu de San Francisco de Sales y el de la Iglesia. «Tal vez—dice el Santo—habéis dado motivo á vuestro buen padre y digno esposo para mezclarse é incomodarse con vuestra devoción. ¿Qué sé yo? Temo que, siendo vos tan afanosa y tan activa, hayáis querido tirar demasiado de ellos, queriendo que todo sea según vuestro modo de hacer las cosas. Si esto es así, no hay duda que esa es la verdadera causa de su disgusto. Creedme; es menester procurar que nuestra devoción, en cuanto es posible, no sea molesta para nadie; yo os diré ahora lo que debéis hacer.

»Cuando podáis comulgar sin inquietar á vuestros dos superiores (vuestro padre y vuestro esposo), hacedlo según el parecer de vuestro confesor. Cuando penséis que podrán incomodarse, contentaos con la Comunión espiritual, y, creedme, esta privación de Dios agrada mucho á Dios y le atraerá amorosamente á vuestro corazón. Es menester hacerse atrás para saltar mejor.

»Conozco una señora, que es una de las almas más grandes que he visto, la cual ha estado largo tiempo con tal sujeción á los caprichos de su marido, que en lo más fuerte de sus fervores y devoción tenía que llevar la garganta descubierta y cargarse exteriormente de adornos y vanidades: no comulgaba nunca sino en Pascua, en secreto y sin que nadie lo supiese; de otro modo, hubiera habido en la casa mil tempestades. Y por este camino llegó á una alta perfección, lo que sé por haberla confesado muy á menudo.» (*Carta á la señora Presidenta Bruslard*. Edición Migne, tom. V, pág. 445.)

San Francisco de Sales sino indicar un modelo. Escogió á San Luis, rey de Francia, cuya hermosa vida ofrece tan perfecto ejemplo para conducirse en el mundo. «Tened devoción á San Luis—dice:—fué Rey á los doce años, tuvo nueve hijos, hizo perpetuamente la guerra, vivió más de cuarenta años en el trono, y al cabo de este tiempo, su confesor, que era un santo, juró que habiéndole confesado toda la vida, jamás había observado que hubiese caído en pecado mortal. Hizo dos viajes al otro lado del mar: en los dos perdió su ejército, y en el último murió de la peste, después de haber asistido, visitado, socorrido y curado á los apestados de su ejército, dejando esta vida alegre, contento y animoso, pronunciando un versículo de David. Os doy este Santo por patrón especial para este año: el que viene, si Dios quiere, os daré otro, después que salgáis bien aprovechada de la escuela de éste.»

Apenas recibió la señora de Chantal este reglamento, tan sabio y oportuno para sus necesidades y tan evidentemente lleno del espíritu de Dios, cuando se aplicó á ponerlo por obra con el ardor que le era natural, pero que subía de punto cuando se trataba de las cosas divinas. Este ardor, menester es confesarlo, era excesivo en la señora de Chantal, faltándole aún la moderación que admiraremos después. Apasionada por lo bueno, la señora de Chantal no podía ni aun entrever la sombra de ello sin sentirse entusiasmada y sin lanzarse en su persecución; muchas veces no podía lograrlo, y otras pasaba los debidos límites, y en ambos casos sufría mucho. Su Santo director, con el tacto maravilloso que en la dirección de las almas le había concedido Dios, la explica este estado que no comprende, analiza el fondo de su alma con singular claridad, le hace tocar la llaga con su dedo, y le indica los oportunos remedios.

Y, en efecto, la misión admirable del director es penetrar en las almas que no se conocen, revelarlas su

mismo interior, iluminar sus tinieblas, hacerlas conocer las causas secretas de sus penas, curarlas algunas veces, consolarlas y fortificarlas siempre.

«Hay algo en mí—escribía la señora de Chantal á San Francisco de Sales—que nunca está satisfecho; pero no sé decir lo que es.» «Quisiera yo saberlo bien,—la contesta San Francisco de Sales;—no obstante, ¿no sería tal vez una multitud de deseos que llenan de obstáculos vuestro espíritu?» Y añade después con una gracia encantadora: «Yo también estuve malo de esta enfermedad (1).»

Esta es, en efecto, la enfermedad de los principiantes. Cuando un alma se decide á practicar la virtud, siente vivos deseos de perfección; pero á fin de mantenerla en la humildad, haciéndola sentir su nada y la necesidad que tiene de Dios, no siempre, y menos al principio, le concede el Señor fuerzas proporcionadas á sus impulsos y suficientes para ejecutar sus deseos. Entonces empieza un estado penoso; pues agitada el alma, atormentada con grandes impulsos y deseos del bien, se siente, no obstante, débil para ejecutarlo, y lucha con un trabajo que no deja de ser bastante fecundo. Esto dura algunas veces muchos años, hasta que esa actividad, harto humana, es destruida, y queda sólidamente establecida la humildad necesaria.

San Francisco de Sales emplea muchas cartas, llenas de comparaciones muy bien escogidas y sembradas de mil palabras adecuadas, para explicar á la señora de Chantal este estado, en el cual entraba sin comprenderlo. Le compara á una paloma que quisiera volar, pero que aún no tiene alas, ó á un pájaro atado á una percha, el cual se agita y aletea, pero inútilmente, porque está atado, y añade: «No os agitéis, ni os apresuréis por volar; tened paciencia hasta que tengáis alas

(1) *Cartas inéditas de San Francisco de Sales.* 21 Nov. 1604.

para volar como las palomas; temo mucho que tengáis demasiado ardor por la presa, y que os afanéis y multipliquéis vuestros deseos sin dejarlos madurar.» Esta es la llaga antes indicada y que describe después magníficamente. «Veis—dice—la hermosura de las luces, la dulzura de las resoluciones, y os parece tenerlas casi entre las manos, de suerte que la proximidad de este bien os excita el apetito, y este apetito os estimula y os hace correr para satisfacerlo, pero en vano, porque el amor os tiene atada á la percha, ó no tenéis alas, y con ese continuo movimiento enflaquecéis vuestro corazón y gastáis vuestras fuerzas... Examinad bien vuestra conducta sobre este punto; tal vez veréis que dejáis mucha anchura á vuestro espíritu para correr tras el deseo de ese gusto soberano que lleva consigo el bien para el alma. Este afán es un defecto en vos, y este es el *no sé qué* que no está satisfecho, porque es una falta de resignación. Me diréis que os resignáis, pero es con un *más, pero...* porque queríais tener esto y aquello, y os agitáis por tenerlo.»

Muchas almas podrían reconocerse en este retrato hecho por mano maestra. Mirad ahora el remedio: «Para remedio, pues, hija mía, pues que aún no tenéis alas para volar, no os inquietéis, no os apuréis, y tened paciencia hasta que tengáis alas. Es menester hacer algunos ensayos, pero con moderación, sin agitarse ni sofocarse;» y vuelve á decir: «Vamos, deteneos un poco, no os apresuréis, ya veréis cómo es mucho mejor hacerlo así; mientras tanto, vuestras alas se fortificarán con facilidad.» En fin, dice, «un simple deseo no es contrario á la resignación; pero un anhelo angustioso del corazón, un aletear sin cesar, y esa agitación de la voluntad que multiplica las ansias, ciertamente no es otra cosa que falta de resignación.» Por último, concluye con la elocuente comparación de Moisés, que desde lo más alto de la montaña vió la tierra prometida,

por la cual tanto había suspirado, pero no entró en ella, sino que murió sin haber conseguido más que mirarla de lejos. «¡Ay!—exclama San Francisco de Sales—tenía en la boca el mismo vaso de agua que vos deseáis y no podía beberla.»

«¡Oh Dios, qué suspiros debía dar esta alma! No obstante, murió mucho más contento que la mayor parte de los que entraron en la tierra prometida, pues que Dios se dignó darle sepultura por sí mismo.»

Estamos lejos ya, como se ve por lo referido, de la dirección primera que tuvo la señora de Chantal, y que tanto la hizo sufrir. Estas no son ya aquellas vivas excitaciones, excelentes respecto á una persona floja y cobarde, pero muy imprudentes cuando se dirigen á un alma como la de nuestra Santa; aquellos ardores del director que, añadidos á los excesivos de la penitente, la obligaban á esforzarse de un modo, que aniquilaba sus fuerzas; aquellos ejercicios de piedad, tan multiplicados y de tanta atención, que le cansaban la cabeza y fatigaban el espíritu; aquellos lazos que la ahogaban y oprimían su alma, demasiado inclinada á la austeridad.

San Francisco de Sales sigue una marcha enteramente contraria: lejos de agujonear á la señora de Chantal, la contiene, la modera, la tranquiliza; sobre todo, se esfuerza en ensancharle el corazón. Su gran máxima, la que repite constantemente y termina todas sus cartas, y la que hace leer y meditar en todos los libros espirituales en que se trata de este punto, es ésta: que no se debe ser quisquillosa en el ejercicio de las virtudes, sino trabajar recta, franca y sencillamente, á la antigua francesa, con libertad y de buena fe; que lo mismo debe hacer con los consejos y mandatos que él la dé; que estas palabras: *Haced esto, no penséis más en esto*, no deben ser entendidas con un rigorismo absoluto, sino amigablemente, con libertad y buena fe.

«¡Oh, no!, amada hija—añade (1);—nada temo yo tanto como el espíritu de encogimiento y melancolía; por el contrario, deseo absolutamente que tengáis un corazón ancho, grande, que se dilate alegremente en los caminos y servicio de Nuestro Señor.»

Mucha necesidad tenía la señora de Chantal de esta dirección. A las penas exteriores que hacían tan dura su situación en Monthelón, se juntaban penas interiores que, aumentándose todos los días, le causaban algunas veces ansiedades y profundas tristezas. Hacia el fin de 1604 se vió acosada de horribles tentaciones contra la fe, de dudas sobre nuestros más adorables misterios, y muy en particular sobre la divinidad de la Iglesia. Si por corto tiempo disminuían estas tentaciones, era para dar lugar á obscurecimientos, inmovilidad y grandes sequedades, y á una completa ausencia de gusto y sentimiento en la práctica de la virtud. En vano se daba á la oración; su espíritu, tan vivo en todo y para todo, quedaba en tinieblas. ¿Se quería aplicar al amor de Dios? Su corazón la parecía de mármol; el sólo nombre de Dios la helaba. De esto resultaban desolaciones imposibles de pintar; y tales, que San Francisco de Sales, con toda su ciencia de doctor y su paternal solitud, apenas podía calmar.

«No podéis ni debéis creer, querida hija—la escribe San Francisco de Sales el 18 de Febrero de 1605—cuando comenzaron estas penas, que las tentaciones contra la fe y la Iglesia provienen de Dios. Y ¿quién enseñó nunca que Dios fuese su autor?... Sugestiones de blasfemia, de infidelidad é incredulidad. ¡Ah! no; no pueden salir de nuestro buen Dios; su seno es muy puro, y no puede concebir semejantes objetos... El mismo enemigo es el que va por todas partes alrededor de nuestro es-

(1) Véase en particular en las *Cartas de San Francisco de Sales*, la del 1.º de Noviembre de 1605, y entre las inéditas, la del 7 de Marzo de 1606.

piritu, escudriñando y huroneando para ver si encuentra alguna puerta abierta para entrar. Así lo hacía con Job, San Antonio, Santa Catalina de Sena, y con una infinidad de almas muy buenas que conozco, y aun con la mía, que no vale nada y que no conozco. Y qué, hija mía, ¿nos hemos de enfadar por esto? Dejadle que se canse, y tened bien cerradas las puertas, él se cansará; y si no se cansa, le hará Dios que levante el sitio. Acordaos de lo que creo haberos dicho ya. Buena señal es que haga tanto ruido y truene tanto alrededor de la voluntad, porque manifiesta que no ha podido entrar dentro.»

El remedio soberano para esta clase de tentaciones es el desprecio. Cuanto menos caso se las hace, más pronto desaparecen. Pero esto era muy difícil de alcanzar del carácter ardiente de la señora de Chantal, y de su delicadeza de conciencia, que siempre imaginaba haber consentido ó dado motivo á la tentación. «Vuestas tentaciones contra la fe han vuelto—la escribía cinco meses después;—y aunque no las respondáis ni una sola palabra, os acosan. No les replicáis; esto es muy bueno, hija mía, pero pensáis mucho en ellas, las teméis mucho, y os dan miedo; si no fuera así, ningún mal os harían; pero sois muy sensible á las tentaciones. Amáis la fe, y no quisiérais os viniera ni un solo pensamiento contrario á ella; de suerte que cuando sentís alguno, aunque sea á lo lejos, os entristecéis y turbáis. Sois tan celosa de la pureza de la fe, que os parece que la menor cosa la marchita. No, no, hija mía; dejad correr el viento, y no penséis que el ruidillo de las hojas es el de las armas. Hace poco tiempo—continúa—estaba yo junto á unas colmenas de abejas, y algunas se vinieron sobre mi rostro; quise desviarlas con la mano, pero un hombre que había allí me dijo:—No, señor, no las toquéis ni tengáis miedo, porque no os acometerán de ningún modo si así lo hacéis; pero si las tocáis, de

seguro os picarán.—Le creí, no las toqué, y ninguna me picó. Creedme; haced lo mismo con estas tentaciones; no las toquéis, y no os ofenderán; pasad adelante sin entreteneros con ellas» (1).

San Francisco de Sales repite mucho este gran consejo de despreciar las tentaciones contra la fe, é insiste en ello bastante á causa del carácter impetuoso y vehemente de la Santa: «Vamos, vamos, hija mía—le dice,—valor; sea vuestro corazón siempre de Jesús, y dejad á ese mastín que ladre á la puerta cuanto quiera.» Y seis meses después: «Tened grande ánimo y sed constante,—le escribe elocuentemente,—y no le perdáis por ningún ruido, y sobre todo por el de las tentaciones contra la fe. Nuestro enemigo no puede hacer más que ladrar, pero hacidle burla, y veréis cómo huye. No le repliquéis, y reios de él, porque todo eso no vale nada.

«Bien ha chillado y gruñido alrededor de los Santos, armando grandes algazaras; pero ¿para qué? El miserable no ha podido impedir que se coloquen en las sillas que él perdió» (2).

Al mismo tiempo que San Francisco de Sales enseñaba á nuestra Santa á despreciar al demonio y sus ataques, se esforzaba en desarrollar en su corazón el amor á Nuestro Señor Jesucristo, y ese sentimiento de confianza y abandono en sus manos, que es el remedio más enérgico en tiempo de tentación. «Representaos en vuestra imaginación—le escribía—á Jesucristo crucificado entre vuestros brazos y en vuestro pecho, y decid cien veces, besando su costado: En esta abertura está mi esperanza; esta es la fuente viva de mi dicha... No, no; nada me separará de su amor. Le tengo, y no le soltaré hasta que me lleve al lugar de seguridad... Y con esto, hija mía, ¿qué podeis temer? Que venga la

(1) Carta del 30 de Agosto de 1605.

(2) Carta del 1.º de Noviembre de 1605.

tempestad y la tormenta, ¡viva Jesús! Estad segura, no pereceréis» (1).

Consejos tan santos y sabios, tan apropiados á las necesidades de la señora de Chantal, y dados con tal autoridad y semejante acento, ¿cómo no habían de fortificar y consolar á nuestra Santa? Sin duda, pero no por esto cesaban sus tentaciones; y en la desolación en que sus penas la ponían, se la oía exclamar: «¡Mi alma está triste hasta la muerte!» ó bien, cayendo de rodillas: «Padre mío—decía—¡pase de mí este cáliz!» «Pero en cuanto lo había dicho—añade la Santa—sentía una sed ardiente de beberlo hasta la última gota, y volvía á decir á Nuestro Señor: ¡Dios mío, no pase de mí este cáliz sin haberle bebido! (2) ¡Tened piedad de mí, Dios mío, y hacedme esta misericordia!»

Estos santos afectos duraban poco, porque era menester que la prueba siguiese su curso; y dominándola otra vez la pena, á pesar de toda su fe y energía, caía la Santa en el mismo desaliento. Este es á menudo el estado de las almas que Dios acrisola en el fuego de las tribulaciones interiores. Estar unida á un Dios que es luz y vivir en las tinieblas, poseer en su corazón á un Dios que es el amor mismo, y sentirse fría como el mármol, ¿cómo puede ser esto al mismo tiempo? ¿No será que Dios se haya alejado abandonando al alma? De aquí esas amargas desolaciones, que no pueden ser comprendidas sino por los que las han probado. Así Nuestro Señor Jesucristo, que llevó nuestras cruces todas, después de haber sufrido la traición de Judas, la negación de San Pedro, la debilidad de Pilato, la burla de Herodes, las bofetadas y salivas; después de haber sentido en el jardín de las Olivas las penas interiores, el disgusto, la tristeza, el desaliento, quiso pasar

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Maupas, *Historia de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, pág. 38.

por la mayor de todas, el abandono aparente de Dios, y se le oyó exclamar: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me habéis abandonado!»

Hacia la mitad del año 1605 fué cuando la señora de Chantal sintió por primera vez la punta dolorosa de esta espina; y por más que estuviese íntimamente unida con Dios, se la vió desfallecer con la idea de que Dios estaba separado de ella.

Pero aquí es donde San Francisco de Sales se mostró admirable. No se sabe qué admirar más, si la sensibilidad, que le hace sentir todos los dolores de la señora de Chantal, ó la ciencia profunda que posee del corazón humano y de los escritos de los maestros de la vida espiritual, ó, en fin, de la encantadora y santa imaginación, que todo lo pone por obra con una fecundidad inagotable. Multiplica las comparaciones para explicar á la señora de Chantal el estado de su alma, y para hacerla comprender cómo, á pesar de esta aparente ausencia de Dios, le está siempre íntimamente unida. Tan pronto la recuerda el ejemplo del Buen Ladrón, al cual había prometido que aquel mismo día estaría con él en el Paraíso, y apenas ha muerto cuando le lleva la misma tarde al infierno de los justos. «¡Gran Dios! —exclama San Francisco de Sales,—¿qué debería pensar al bajar así á los abismos? Yo creo que diría: no, no temo mal ninguno, porque tú, Señor, estás conmigo» (1). Otras veces propone el Santo Director, á su penitente desolada, el ejemplo de la Magdalena al pie de la cruz, en el momento en que las tinieblas cubrieron la tierra. «¡Oh! y qué mortificación sería la suya por no ver á su querido Señor. Esta amante afligida se ponía de pie, fijaba sus ojos sobre Jesús, pero no veía más que cierta blancura pálida y confusa. No obstante, estaba tan cerca del Señor como antes» (2).

(1) Carta del 3 de Octubre de 1605.

(2) Carta del 29 de Junio de 1606.

Otras comparaciones, no menos exactas, se agolpaban bajo la pluma de San Francisco de Sales (1), y siempre van á la misma conclusión. «Dejadle hacer, que todo va bien; vengan cuantas tinieblas queráis, que, no obstante, estamos cerca de la luz; cuantas impotencias gustéis, pues estamos á los pies del Omnipotente. ¡Viva Jesús! y que nunca nos separemos de Él, en tinieblas ó en claridad» (2).

Por lo demás, San Francisco de Sales, al consolar á la señora de Chantal, no olvida jamás el humillarla: su talento grande, y sobre todo fino y penetrante, comprendía que en el fondo de estas tentaciones hay siempre una raíz de amor propio, que no está nunca completamente seca, ni aun en las almas más santas. «No es maravilla—la escribe—que el espíritu de una pobre y pequeña viuda sea débil y miserable. ¿Qué queríais que fuese? ¿Penetrante, fuerte, constante y subsistente? Contentaos con que sea propio para vuestra condición, un espíritu de viuda, es decir, miserable y abyecto con todas las abyecciones, excepto la de la ofensa de Dios» (3). Y en otra parte: «Reconoced que sois una pobre, pequeña y miserable viuda; amad esta ruin condición, gloriaos de no ser nada, pues que vuestra miseria es objeto de la voluntad de Dios. Entre los mendigos, los que son más miserables y tienen mayores y más espantosas llagas, se tienen por mejores y más propios para conseguir limosna, pues nosotros somos mendigos, y ya sabemos que los más miserables son de mejor condición en su clase. La misericordia de Dios los mira con amor» (4).

«Vi últimamente—continúa con esa amable sencillez que sólo es peculiar de este Santo Obispo—á una viuda

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Carta del 29 de Junio de 1606.

(3) Carta del 29 de Junio de 1606.

(4) Carta del 1.º de Noviembre de 1606.

que iba en la procesión del Santísimo Sacramento, donde los demás llevaban grandes hachones de cera blanca, y la pobrecilla sólo llevaba una velita, que tal vez habría hecho ella misma, y aun el viento se la apagó; sin embargo, ni se adelantó, ni volvió atrás, ni dejó de entrar en la iglesia al mismo tiempo que los demás» (1).

¿Haré yo mal en detenerme tanto en estas citas, y en multiplicarlas así?

Pero hay en estas cartas tanta sabiduría, tanto corazón, algo tan delicado y tan profundo, tal raudal de imaginación, y un conocimiento tan alto de Dios y del hombre, que no puedo cansarme de leerlas, y cuando se hallan bajo mi pluma, no sé detenerme al copiarlas.

No obstante, por más auxilios y socorros que las cartas de San Francisco de Sales daban á la señora de Chantal, ésta creyó necesitaba volver á verle, á fin de hacerle de viva voz esas mil aclaraciones que difícilmente se pueden comunicar por cartas. San Francisco de Sales consintió en ello y la señaló para punto de reunión el castillo de Sales, á tres leguas de Annecy, donde vivía su madre la señora de Boisy, con una parte de su familia. La señora de Chantal llegó el 21 de Mayo de 1605 (2). Advertido San Francisco de Sales de su llegada, fué á recibirla al camino, y como el coche se había retrasado, pasó casi tres horas solo en una granja que estaba en el mismo camino. Allí tuvo una especie de éxtasis, á lo menos esto es lo que se trasluce en la modesta relación que hizo, y, enteramente abismado en Dios, presintió las grandes cosas que iban á suceder, y cuya hora iba á sonar muy pronto (3).

(1) Carta del 29 de Junio de 1606.

(2) «Llegó al castillo de Sales el 21 de Mayo—dice Carlos Augusto,—y es una equivocación de la Madre de Chaugy el decir que fué el 29, día, aquel año, de Pentecostés.»

(3) Para que se tenga una idea del respeto que los Santos tienen á la verdad, y la confianza que en consecuencia merece su historia, diremos que se habían recogido diferentes Memorias de todos los hechos

Santa Juana Francisca volvió por segunda vez á repasar su conciencia y hacer confesión general, desplegando toda su alma delante de su Santo director, con sentimientos tan extraordinarios de Dios, que San Francisco de Sales estaba transportado de alegría. De repente, un fervor divino se apoderó de los dos, y sus corazones se deshicieron hablando como moradores del cielo más que de la tierra.

—¿Con que de todo corazón—decía San Francisco de Sales—queréis servir á Jesucristo?

—De todo corazón—respondió.

—¿Y os dedicáis toda al puro amor?

—Toda, á fin de que me consuma y me transforme en sí.

—¿Sin reserva y absolutamente os consagráis á Él?

—Sí, sin reserva me consagro.

—¿Despreciáis al mundo como estiércol y basura, para ser de Jesucristo y alcanzar su gracia?

—Le desprecio con toda mi alma, y le aborrezco.

—Por conclusión, hija mía, ¿no queréis más que á Dios?

de la Vida de San Francisco de Sales, las cuales se enviaban á la señora de Chantal, y ésta las revisaba y corregía. En una de estas Memorias se afirmaba que San Francisco de Sales había tenido un verdadero éxtasis, cuando esperaba en el camino á su santa penitente. La señora de Chantal, al ver cómo se pinta y afirma este suceso, se alarma. «He visto—dice escribiendo al instante—que en esta Memoria se hace mención de un raptó, y pienso que yo misma habré dado lugar á ello por no haberme explicado bien, ó que no han copiado exactamente mis palabras. Escribo al autor de esta Memoria para que me diga de dónde sabe este hecho; si lo ha sabido de un modo que no tenga duda, advertiré de ello á V. R., si no, mirad lo que sucedió.» Y la Santa explica que San Francisco de Sales estuvo solo tres horas en el camino, «con pensamientos admirables y vistas de no sé qué grande y extraordinario sobre su venida; que no le había preguntado nada, pero que se sabe que en estos momentos dió Dios al Santo Obispo grandes luces y certeza de sus designios, etc., con muchas suavidades interiores. (*Cartas inéditas de Santa Juana Francisca*, pág. 54.) Aquí se manifiesta su delicadeza y respeto á la verdad.

—No, nada absolutamente más que á Él por el tiempo y la eternidad.

En una de estas conversaciones celestiales, arrebatado San Francisco de Sales de alegría al ver los torrentes de gracias que inundaban esta santa alma, le dijo con su estilo figurado: «¡Oh, hija mía, querida hija mía, mucha agua cae del cielo!» La Santa, arrobada en Dios, no comprendiendo que hablaba de los torrentes de gracias, y no pensando en que el tiempo estaba sereno, respondió con viveza: «Dejemos llover, padre mío, dejemos llover.» San Francisco de Sales se sonrió, y la dijo continuase.

Por lo demás, en todas estas conversaciones no se hablaba más que de lo presente, y nunca de lo porvenir; de la necesidad de amar á Dios en el mundo, pero jamás de dejar éste. Un día, no obstante, el pensamiento de dejarlo todo y despojarse de todo por Dios, se presentó al espíritu de la señora de Chantal, cuyo corazón dejó escapar este grito: «¡Oh, Dios mío, Padre mío! ¿No me arrancaréis un día del mundo y de mí misma?» Y le respondió pausada, grave y seriamente: «Sí, un día vendréis á buscarme, y yo os pondré en una situación en que estéis totalmente desnuda y despojada de todo por Dios.» Sin embargo, le prohibió pensar nunca en esto, mandándola no se ocupase sino en santificar al presente, abandonándose á Dios respecto á lo porvenir.

Además de la dulce alegría de poder hablar tan santa y útilmente con su Santo director, la señora de Chantal tuvo además otra felicidad muy dulce, y fué la de renovar y hacer muy íntima la amistad que había empezado á contraer en San Claudio con la señora de Boisy, madre de San Francisco de Sales. Esta admirable mujer, que había sido madre de trece hijos, y que vivía en el castillo de Sales, rodeada de todos los que el Señor la había dejado, de sus yernos y nueras, en medio de una paz y unión que llenaba de admiración

al mismo Santo Obispo, concibió hacia la señora de Chantal una especialísima amistad.

El castillo de Sales estaba entonces alegre y edificado, viendo empezaba á balbucir un niño que fué después el célebre Carlos Augusto de Sales, hijo de Luis de Sales y de la señora de Cussy, el cual, andando el tiempo, fué Obispo de Ginebra, y sucesor de su tío San Francisco de Sales, cuya vida escribió con tanta piedad como encanto. Tenía entonces diecisiete meses, y se notaban con ternura mil relaciones entre sus primeras palabras y las que había pronunciado San Francisco de Sales, dando desde entonces vehementes indicios de su futura santidad. «La señora de Chantal—dice un antiguo historiador—tuvo grande empeño en ver y observar á este tierno niño, y habiéndole tomado en sus brazos, le bendijo afectuosamente, amándole siempre después con santo y tierno cariño. Le puso al cuello un rico relicario de oro; y el pequeño Carlos Augusto, que ya empezaba á dar algunos pasos y á decir algunas palabras, se echaba á menudo en los brazos de esta señora, quien teniéndole sobre sus rodillas, aconsejó á sus padres le destetasen, no sólo porque era ya muy crecido y le convenía alimento más sólido, sino porque había observado que el ama era de un carácter demasiado vivo y precipitado. Su consejo se siguió exactamente. El día que le destetaron se dió limosna general en la puerta del castillo, y las tres virtuosas señoras le hicieron llevar á la iglesia, donde la señora de Chantal le presentó al sacerdote para que le bendijese, y todas tres comulgaron por aquel niño. Cuando llegó á edad perfecta, la señora de Chantal le decía con gracia que era algo hijo suyo, pues le había ofrecido á Dios y le había destetado.

»También, por consejo de Santa Juana Francisca, se envió á estudiar á Carlos Augusto, y antes de partir, fué á pedirle su bendición y recibir sus consejos.

Más tarde, estando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, en días de dar á su sobrino la primera tonsura, la madre Chantal quiso regalarle la primera sotana, y con sus propias manos le hizo el primer cinturón, á causa del singular amor que le tenía. Carlos Augusto lo estimó tanto, que guardó siempre este cinturón como preciosa reliquia, y nunca le llevaba sino en las fiestas grandes» (1). Pero no adelantemos los sucesos. Luego encontraremos á Carlos Augusto en los locutorios de la Visitación; le veremos, Doctor y Obispo, venir á pedir á la madre de Chantal consejos, oraciones y ejemplos, y veremos también á nuestra Santa ponerle la pluma en la mano para que escriba, como lo hizo, la vida más exacta — según dice la misma — y la más encantadora, según los hombres entendidos, de todas las historias de San Francisco de Sales.

(1) *La casa natural, histórica y cronológica de San Francisco de Sales*, por Nicolás de Hauteville, Presbítero, Doctor en Teología y Canónigo de la Catedral de San Pedro de Ginebra, París, 1669, en 4.º, pág. 380.



CAPÍTULO VIII

Progresos visibles en la santidad.—La señora de Chantal se consagra más y más al servicio de los pobres.

— 1606 —

No tardaron en conocerse los progresos de la señora de Chantal bajo la sabia dirección del Santo Obispo de Ginebra. Su altivo é impetuoso carácter se transformaba. Adelantaba á grandes pasos en la práctica de la humildad, de la dulzura, de la mortificación, de la paciencia, de estas virtudes, en fin, tan difíciles en sí mismas, y tan opuestas á todas sus inclinaciones. No es esto decir que hasta entonces no se hubiese aplicado á ello, y aun con éxito, sino que las entendía y practicaba de una manera nueva que no se la había visto antes, y que encantaba á todo el mundo.

Estos progresos, que los historiadores han notado, vinieron á ser más sensibles á la vuelta del viaje de que hablamos. Hasta entonces la señora de Chantal no había hecho más que entrever, digámoslo así, á San Francisco de Sales; y si se exceptúan las cartas, que habían sido frecuentes, no le había hablado sino de prisa; pero habiendo tenido esta vez la dicha de pasar diez días enteros en el castillo de Sales, siendo testigo todo este tiempo de las maravillas que la gracia obraba visiblemente en su Santo director, sintió aumentarse la veneración que hacia él había concebido desde el pri-

Más tarde, estando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, en días de dar á su sobrino la primera tonsura, la madre Chantal quiso regalarle la primera sotana, y con sus propias manos le hizo el primer cinturón, á causa del singular amor que le tenía. Carlos Augusto lo estimó tanto, que guardó siempre este cinturón como preciosa reliquia, y nunca le llevaba sino en las fiestas grandes» (1). Pero no adelantemos los sucesos. Luego encontraremos á Carlos Augusto en los locutorios de la Visitación; le veremos, Doctor y Obispo, venir á pedir á la madre de Chantal consejos, oraciones y ejemplos, y veremos también á nuestra Santa ponerle la pluma en la mano para que escriba, como lo hizo, la vida más exacta — según dice la misma — y la más encantadora, según los hombres entendidos, de todas las historias de San Francisco de Sales.

(1) *La casa natural, histórica y cronológica de San Francisco de Sales*, por Nicolás de Hauteville, Presbítero, Doctor en Teología y Canónigo de la Catedral de San Pedro de Ginebra, París, 1669, en 4.º, pág. 380.



CAPÍTULO VIII

Progresos visibles en la santidad.—La señora de Chantal se consagra más y más al servicio de los pobres.

— 1606 —

No tardaron en conocerse los progresos de la señora de Chantal bajo la sabia dirección del Santo Obispo de Ginebra. Su altivo é impetuoso carácter se transformaba. Adelantaba á grandes pasos en la práctica de la humildad, de la dulzura, de la mortificación, de la paciencia, de estas virtudes, en fin, tan difíciles en sí mismas, y tan opuestas á todas sus inclinaciones. No es esto decir que hasta entonces no se hubiese aplicado á ello, y aun con éxito, sino que las entendía y practicaba de una manera nueva que no se la había visto antes, y que encantaba á todo el mundo.

Estos progresos, que los historiadores han notado, vinieron á ser más sensibles á la vuelta del viaje de que hablamos. Hasta entonces la señora de Chantal no había hecho más que entrever, digámoslo así, á San Francisco de Sales; y si se exceptúan las cartas, que habían sido frecuentes, no le había hablado sino de prisa; pero habiendo tenido esta vez la dicha de pasar diez días enteros en el castillo de Sales, siendo testigo todo este tiempo de las maravillas que la gracia obraba visiblemente en su Santo director, sintió aumentarse la veneración que hacia él había concebido desde el pri-

mer día que le conoció, y los sentimientos de confianza y docilidad, condiciones tan indispensables para aprovechar con la dirección. «Yo — dice la Santa — veía á Dios habitar en este santo pastor con tal plenitud, que nunca le miraba, me parece, sin algún sentimiento de la presencia de Dios, y hubiera mirado como la mayor felicidad el abandonar todas las cosas del mundo para ser la menor de las criadas de su casa, y hartarme con las palabras de vida que á todas horas profería.»

Por su parte, San Francisco de Sales, que tampoco había visto á la señora de Chantal sino poco y de prisa, aprovechó esta ocasión para observarla más atentamente; y como era tan perspicaz, notó al instante, entre mil cualidades admirables, algunos ligeros defectos, resto de su educación aristocrática, los cuales la indicó con infinita dulzura, y ella enmendó al instante con no menor generosidad, quitando así el estorbo, aunque ligero, que oponían al desarrollo de sus virtudes y al resplandor con que debían brillar.

Al otro día después de su vuelta del castillo de Sales, hizo la señora de Chantal un acto que indicó ese cierto modo expresado con que desde entonces comprendía y practicaría la virtud. Hasta entonces había acostumbrado, como lo hacen las señoras del mundo, á que la vistiese una de sus criadas. A las cinco de la mañana la llamaba para que encendiese la vela, y fuego si era invierno, y la vistiese; la pobre doncella, que temía siempre hacer esperar á su ama, á cualquiera hora de la noche que despertase hacía grandes esfuerzos para no volverse á dormir, lo que le era sumamente penoso. Al volver de Sales, la señora de Chantal dijo á su doncella que no quería viniese á vestirla, y que se vestiría bien sola. Se supo que San Francisco de Sales había exigido esta reforma, y la Santa contó por sí misma y con humildad lo que había pasado. El Santo Obispo supo por casualidad estos pormenores, y habiendo ido á

buscar á la señora de Chantal, la reprendió con bondad, y la dijo: «Es menester que tengáis una devoción tan dulce para con Dios y tan benigna para con el prójimo, que no incomodéis ni deis molestia á nadie. Si queréis buscar á Dios muy de mañana en la oración, ¿no es justo que os levantéis sola para encontrarle mejor, sin molestar á ninguno de los que os sirven?»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la señora de Chantal: después, no sólo no llamó á sus doncellas para ayudarla á vestirse, sino que empezó á servirse por sí misma, en cuanto podía; de suerte que, encendida su chimenea, barría su cuarto, hacía su cama, preparaba sus vestidos, se peinaba, y, por último, no le hacían sus criadas sino lo que absolutamente no podía hacer por sí misma. Las gentes que no ven sino lo que tienen delante de los ojos, creerán que esto aumentaba sus penas, pero se equivocan; por el contrario, recobraba su libertad.

Lo mismo, respectivamente, hacía con el anciano Barón de Chantal, su suegro. Durante la Cuaresma, por ejemplo, se levantaba muy de mañana, montaba á caballo y se iba á dos leguas de distancia á la Misa y sermón que había en Autun, y en seguida, fiel á la recomendación de San Francisco de Sales de no incomodar á nadie con su devoción, salía de Autun por calles poco frecuentadas para que no la detuviesen, y, volviendo á montar á caballo, tomaba el trote largo para llegar á casa de su suegro á la hora en que éste se ponía á la mesa, á fin — dice su biógrafo — de no darle ni aun la sombra de incomodidad alguna.

«Después de su vuelta de Sales — dice la Madre de Chaugy — se vió brillar en nuestra Santa una grande libertad de espíritu, enteramente nueva, acompañada de gran suavidad. Sus devociones no molestaban ya á nadie, lo que daba motivo á que todos bendijesen al Santo Obispo, reconociendo que Dios había suscitado en estos

tiempos á este grande hombre para hacer la devoción amable, fácil y proporcionada para todo el mundo. Los criados de esta santa viuda decían entre sí, como proverbio, según hemos sabido por su propia boca: «El primer director de la señora no la mandaba hacer oración más que tres veces, y todos estábamos fastidiados; el Ilmo. de Ginebra la hace orar todo el día y á nadie incomoda (1).»

Para acabar de perfeccionar la virtud de la señora de Chantal, era menester que se llegase á disipar la nube de tristeza que se vela sobre su rostro desde la muerte de su esposo, y desde el principio de sus penas interiores, lo que á pesar suyo podía ser molesto á los que la rodeaban. Era esta una obra difícil; pero San Francisco de Sales conocía toda su importancia, y se había dedicado á ella desde que conoció á la señora de Chantal. El consejo de que estuviera alegre, llena, puede decirse, todas las cartas del Santo director. «Vivid completamente alegre—la decía,—y siempre constante en el servicio de nuestro amado Jesús.» Y en otra parte: «Vivid alegre, y sed generosa; Dios, á quien amamos y á quien nos hemos consagrado, nos quiere contentos». Y añade después: «Por nada en el mundo querriais ofender á Dios, ¿no es esto bastante para vivir alegre?» Algunas veces decía sólo una palabrita en la despedida de la carta: «Estemos contentos». Otras veces deja correr la pluma: «Conservaos alegremente humilde delante de Dios, y sed humildemente alegre delante de las gentes. Si los hombres os estiman, burlaos de ello alegremente; si no os estiman, consolaos alegremente.» En otra parte encontraremos un rasgo encantador, que caracteriza perfectamente á San Francisco de Sales, y que no podríamos omitir sin reprendernos. «Creedme; los israelitas no pudieron cantar nunca en Babilonia, porque pen-

(1) *Memorias*, tomo I, cap. XVII.

saban en su país; pero yo quisiera que nosotros cantásemos en todas partes.»

Estos amables consejos, renovados en el castillo de Sales, empezaban á dar su fruto. La señora de Chantal aparecía de día en día más alegre. El canto renacía en sus labios, y los salmos de David, puestos en verso por Felipe Desportes, Abad de Tirón, eran sus cantos favoritos. Llevaba siempre consigo este libro, hasta cuando iba por el campo á caballo. Le hacía colocar en un saquito colgado en el arzón de la silla, á fin de poder cantar por el camino.

Al mismo tiempo que la señora de Chantal hacía tantos progresos en el espíritu de dulzura y santa amabilidad, San Francisco de Sales velaba cuidadosamente para que no perdiese nada de su energía y del vigor que formaba el fondo de su carácter. La ejercitaba sin cesar en mortificarse, en vencerse, que es el más bello empleo de la fortaleza; é independientemente de las mortificaciones que conocía y había autorizado, como el cilicio y la disciplina, se aprovechó de los diez días pasados en el castillo de Sales para enseñarle otras más sencillas, más comunes; pero que practicadas con valor, y sobre todo con constancia, quiebran mejor, y tal vez más pronto que el cilicio y la disciplina, la naturaleza.

«He oído decir á la señora de Chantal—escribe una religiosa—que estando en el mundo se había criado con tanta delicadeza, que no comía sino de ciertas cosas; pero siendo viuda, y estando bajo la dirección de nuestro bienaventurado Padre, se libró de tales delicadezas. Este bienaventurado—nos decía,—cuando tenía yo el honor de comer á su mesa, sabía ya mi repugnancia y aversión á ciertos manjares, y cuando los había en la mesa me preguntaba dulcemente si no comería de aquello, como si ignorase mi delicadeza y aprensión. Yo le respondía: «Ilmo. Señor, en mi vida lo he comido»; pero

al momento me lo servía. Un día, por ejemplo, sabiendo la repugnancia que ella tenía á las aceitunas, se las sirvió, diciéndole que deseaba mucho las comiese, lo que hizo al instante, aunque con grandísima repugnancia (1).»

De vuelta del castillo de Sales, la señora de Chantal resolvió seguir esta clase de mortificación, á la cual, á pesar de su gran santidad, no se había aplicado hasta entonces. Para ello, á fin de mortificarse en la elección de alimentos, encargó á una doncella que la asistía que sirviese á la mesa. De este modo se la servía muy á menudo contra su gusto, pero nadie lo advertía. ¡Tan dominada y muerta estaba la naturaleza de nuestra Santa!

Cuando había convite en el castillo, tenía mucho cuidado para que nadie conociese su mortificación; recibía en su plato, con mucha política, los sabrosos bocados que se la ofrecían, los cortaba y fingía comerlos con mucho gusto, pero se entendía con un criado, que de cuando en cuando y por su orden, la tomaba su plato y se le llevaba sin que lo advirtiesen. De este modo los bocados más suculentos de la caza y de las aves se reservaban para los pobres (2).

La misma mortificación usaba en sus vestidos. Hemos visto que, cuando su esposo murió, había dado todos los adornos de su juventud, y había elegido un vestido muy sencillo. Había conservado hasta entonces sus largos y hermosos cabellos; los rizaba y empolvaba, según se acostumbraba en aquel tiempo, «y esto la gustaba mucho (3).» De vuelta del castillo de Sales, hizo el sacrificio de esta última vanidad, una de las más delicadas y costosas. Se ignora si San Francisco de Sales

(1) *Proceso de canonización*, tomo II. *Memorias de la Madre Dorotea de Marigny*, págs. 976-992.

(2) *Declaración de la Madre Maria Amada de Sonnaz*, *sup.* art. 58.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

había exigido que se cortase el pelo, pero es cierto que lo aprobó, y que poco después la excitó él mismo á otro sacrificio. «He pensado hace más de tres meses—la escribe—que haríamos muy bien en que os deshicieseis completamente de toda vanidad en vuestros vestidos. Hacedlo, pues, porque así nos lo inspira nuestro buen Dios, y creed que no dejaréis de ser bastante bella á los ojos de vuestro Esposo» (1). Dócil á este dictamen, la señora de Chantal adoptó «un traje negro de estameña, tan sencillo, que no tenía ni aun galón, con un cuellecito sin almidonar, mangas de dos dedos de ancho, una gorra negra de tafetán, prohibiéndose para siempre el uso de medias de seda» (2).

Pero, sobre todo, en sus relaciones con sus padres fué donde resplandecieron más los maravillosos progresos que hacía la Santa en humildad, dulzura, mortificación y desasimiento de todas las cosas. Empezó en Monthelón con un rasgo heroico. El día de la Santísima Trinidad de 1604 se paseaba por la tarde cerca del castillo, cuando vió venir hacia ella tres jóvenes de muy buen aspecto, que le pidieron limosna; por casualidad no llevaba dinero, ni objeto alguno de valor, excepto una sortija de oro, que tenía en mucha estima por haberla llevado su esposo, de cuyo dedo la sacó el mismo día de su muerte. Sin embargo, no titubeó, y dándola á uno de ellos, le rogó fuese para los tres. Los tres jóvenes la dieron las gracias con mucha amabilidad, y con un aire que no es posible explicar, la aseguraron que eran muy buenos amigos, y que dando á uno había dado á todos. A estas palabras se sintió tan penetrada de la presencia de Dios, que cayó de rodillas y les besó los pies con indecible alegría. Cuando se levantó habían desaparecido, sin que se pudiese saber

(1) *Carta de San Francisco de Sales*, 11 Febrero de 1607.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

por dónde se habían ido. Desde entonces quedó tan aficionada á los pobres, que hizo voto de no rehusar jamás el dar limosna cuando se la pidieran por amor de Dios (1).

No contenta con este voto, ni con el que anteriormente había hecho de trabajar siempre para los pobres, tuvo aún más cuidado de visitarlos en sus pobres albergues. Lo hacía todos los días, aun en los más calurosos del estío y en los fríos y llenos de nieve en el invierno. Al salir del castillo decía á los que la acompañaban, para excitar su fe y la propia suya: «Vamos á visitar á Nuestro Señor en el monte Calvario, ó en el huerto de las Olivas, ó bien al Santo Sepulcro», diversificando así las estaciones, á fin de suministrar cada día un alimento divino á su piedad.

En efecto, un pobre era para ella, no sólo un hermano desgraciado sino el mismo Jesucristo oculto bajo los andrajos de la miseria, que continuaba bajo este velo, que sólo la fe puede penetrar, su vida humillada, para perpetuar así su dolorosa Pasión. Penetrada de respeto hacia este misterio de la pobreza, en el que creía como en el misterio de la Trinidad ó de la Santa Eucaristía, no se acercaba á los pobres sino como se acerca uno en el mundo á los Príncipes y á los Reyes. Los saludaba profundamente, les hablaba con respeto; muchas veces los servía de rodillas, «porque, después de todo, Dios—decía—la había rehusado el honor de nacer en la pobreza» (2).

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

(2) Este santo modo de mirar á los pobres, que había sido muy común en la Edad Media, no había desaparecido ni con mucho en el siglo XVI. El ilustre d'Aguesseau, hablando de sus padres, dice: «Miraban á los pobres como á sus hijos, de suerte que si tenían diez mil francos que imponer, no imponían más que ocho mil, y daban dos á los pobres, que miraban como á su propia sangre, por una adopción santa y gloriosa para ellos, pues ponían á Jesucristo mismo en la clase de sus hijos.»

Si tenían deudas ó pleitos, se encargaba de pagar aquéllas y sostener sus derechos; y cuando iba á Dijón, llevaba siempre «algunos sacos de papeles de aquellos buenos aldeanos, á fin de consultarlos con el digno Presidente, su padre, el cual lo hacía siempre con la mayor benignidad.» Si faltaban á los pobres mantas ó vestidos, mandaba á buscarlos inmediatamente al castillo. «Tenía—dice la Madre de Chaugy—vestidos de reserva para los pobres; y cuando venían algunos muy miserables, andrajosos y llenos de miseria, les hacía poner los vestidos que tenía ya hechos, y tomando los andrajos que dejaban, los hacía cocer en agua para quitar la miseria, y con sus propias manos los zurcía y remendaba. Cuando no tenían miseria y sólo estaban desgarrados, se la vió muchas veces ponerse unas mangas sobre las suyas, y con un delantal blanco sobre su vestido, extender sobre una mesa los de los pobres y cepillarlos, componerlos después, remendarlos, y volverlos á cepillar para dárselos más limpios á sus pobres dueños (1).»

Cuando la enfermedad se juntaba á la pobreza, la caridad de la señora de Chantal era aún más respetuosa y más tierna. Tenía en el castillo un cuartito separado, donde había aguas, ungüentos y remedios que preparaba por sí misma para los pobres. Todo lo cual estaba tan limpio y tan bien arreglado, que cuando en la aldea se quería alabar la limpieza de una casa, se decía como proverbio: «Está tan limpia como la botica de la señora de Chantal.» Antes de salir se proveía de los remedios que creía poder necesitar, y cuando llegaba á la cama de los enfermos «lavaba sus llagas con sus manos, quitaba las materias y carnes podridas, y las curaba con devoción y cuidado, haciéndolo á veces de rodillas.» «Personas que estaban entonces á su servicio

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

nos han asegurado—dice la Madre de Chaugy—que la vieron muchas veces besar los pies de los pobres y aplicar sus benditos labios sobre llagas tan horribles, que hacían estremecer con sólo mirarlos (1).»

En seguida hacía sus camas, barría sus cuartos, y se sentaba algunos ratos á su cabecera; si tenían calenturas les enjugaba el sudor, despidiéndose de ellos con tanto cariño como si fuese una madre que curaba á sus hijos. No se crea, sin embargo, que estos actos no costaban nada á la señora de Chantal. Se lee en su correspondencia con San Francisco de Sales «que sentía repugnancia al hacer la cama á los enfermos», así como al oír malas palabras (2).» Pero ella sacaba de su fe y amor á Dios el valor suficiente para hacer todos los sacrificios, así grandes como pequeños, que se la presentaban.

Si los enfermos se acercaban á su fin, quería se lo advirtiesen para estar presente á su última hora, y poder en este momento ayudarlos con sus exhortaciones y consejos. Los ricos solicitaban el mismo favor, y no había nadie en la aldea que estuviese en la agonía, sin que avisasen á la Santa Baronesa. Tenía mucha gracia para asistir á los moribundos, para consolarlos y animarlos en medio de las angustias de la muerte. Si estaba ausente cuando moría el enfermo, se la iba á buscar al momento, «porque nadie se hubiera atrevido á amortajar al difunto, diciendo respetuosamente: Esto pertenece de derecho á la Santa Baronesa; y, en efecto, pedía esta gracia á los pobres, en cambio de los servicios que les prestaba durante sus enfermedades (3).»

De vuelta de sus correrías, era muy raro no encontrarse, sentados en los bancos de piedra del castillo, un

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

(2) Migne: *Cartas sin fecha*, pág. 1419.

(3) Declaración de la Hermana María Filiberta de Monthouz, *sup.* art. 28.

gran número de pobres que la esperaban. Había algunos que venían desde muy lejos para que los curase, sobre todo los que tenían algún cáncer, á quienes nadie quería curar. La señora de Chantal los recibía siempre con la mayor amabilidad, y confesó después «que no había para ella día más largo y fastidioso que aquel en que no tenía ocasión de servir á los pobres (1).»

Si hay en la vida de los Santos algo que pudiera ser grato á los ojos del mundo, debería ser la caridad; pero los actos más sublimes son algunas veces los menos comprendidos. La conducta de la señora de Chantal no tardó en ser objeto de la crítica en general. «Está perdiendo el tiempo», decían unos; «mejor haría en cuidar á su suegro», murmuraban otros. La señora de Chantal, sin entrar en discusiones, respondía humildemente que nada quitaba del tiempo en que podía ser útil á su suegro; «y además—decía,—mi suegro tiene criados y criadas; pero los pobres de Jesucristo á nadie tienen si yo los dejo.» A pesar de esto, despreciando las hablillas del mundo, continuó visitando á los pobres, y sirviendo á los que la Iglesia llama, con frase divina, miembros pacientes de Jesucristo (2).

Esta expresión «miembros pacientes de Jesucristo» no era para la señora de Chantal una de esas palabras vagas que se repiten sin comprenderlas; era un misterio vivo cuya profundidad penetraba más cada día. A fuerza de meditar, había entrevisto inefables conexiones entre la Pasión de Jesucristo sobre la Cruz y esa pasión dolorosa que todo hombre tiene que sufrir tarde ó temprano por la enfermedad ó por la adversidad. Del mismo modo que veía á Jesucristo mendigar en los pobres, le veía también paciente en los enfermos, lloran -

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup.* artículo 28.

(2) Declaración de la Madre María Antonia de Sacconay, *sup.* artículo 62.

do en los afligidos, y sirviéndose en algún modo de sus dolores, para continuar así á través de los siglos, pero bajo otra forma, el sacrificio expiatorio que salvó al mundo. Por esto, nada había que pudiese abatir á la señora de Chantal, ni hacerla detener en su noble carrera, porque su alma, fuerte con estas ideas, se elevaba más y más al heroísmo.

Un día, entre otros, un aldeano que volvía de Autun encontró en un foso del camino á un pobre joven cubierto de lepra y abandonado de todos. El buen hombre bajó del caballo, y cogiéndole, se lo echó encima para llevárselo, como era de costumbre, á la señora de Chantal, para quien era esto un verdadero regalo. En efecto, le recibió con grandísima alegría, le hizo acostar en una cama que estaba dispuesta siempre para los pobres, y haciendo un paquete de sus andrajos para limpiarlos de la miseria que traían, tomó unas tijeras, y con sus propias manos cortó los cabellos y ungió la cabeza de este leproso. Le puso después un gorro blanco, y fué por sí misma á quemar los cabellos, sin permitir á ninguna de sus criadas que los tocasen. Todo el tiempo que duró su enfermedad, que fué larga, fué á visitarle tres ó cuatro veces al día, ungiéndole la cabeza y curando su lepra con admirable alegría. Si la sucedía tener que detenerse con su suegro, ó con alguna visita que no podía dejar, encargaba á una criada fuese á llevar la comida á su pobre enfermo. Esta, que no tenía la virtud de su ama, ponía corriendo al lado de la cama lo que llevaba, y se retiraba al instante tapándose las narices, lo que hacía al pobre enfermo desahacerse en lágrimas. «Cuando la señora viene—decía—nunca se tapa las narices, se sienta á mi lado, y me instruye en lo que es necesario para mi salvación; pero cuando no puede venir, todos me abandonan.» Aquel pobre joven murió poco después. La señora de Chantal le veló noches enteras, y le hizo recibir los últimos Sa-

cramentos. En el momento de expirar se volvió hacia ella con las manos juntas, y le pidió su bendición. La señora de Chantal se la dió, y abrazándole le dijo: «Anda, hijo mío, muere en paz; tú serás llevado, como Lázaro, por mano de ángeles al seno de Abraham.» Lavó su cuerpo en seguida, y lo amortajó. Uno de los primos de la señora de Chantal, que se encontraba por casualidad en el castillo de Monthelón, y que no veía, como su prima, á Jesucristo en los pobres, la dijo encolerizado y con desprecio: «Señora, ¿habéis olvidado que en la ley antigua, el que tocaba á un leproso quedaba manchado?—¡Oh!—replicó la Santa con dignidad,—desde que he leído en el Evangelio que mi Salvador se había asemejado á un leproso, ya no tengo horror de la lepra, excepto de la del pecado;» y continuó lavando el cuerpo del pobre difunto. Asistió á su entierro, y todo el tiempo que duró la ceremonia meditó en estas palabras: «Dios eleva al pobre del fango, y le hace sentar entre los príncipes de su pueblo (1).»

Se cita otro rasgo de nuestra Santa en esta época, que es aún más bello. Había cerca de Monthelón una mujer joven y bonita, que para complacer á su marido se hizo cortar una berruga que tenía junto á la nariz, y que disminuía algo su belleza. Desgraciadamente la operación no salió bien; la salió un cáncer, y en poco tiempo se desfiguró de tal modo y se puso tan fea, que su mismo marido la abandonó. Cuando aquella pobre mujer se vió en tan terrible abandono, se dirigió á la señora de Chantal, como á la providencia de todos los abandonados. La Santa Baronesa empezó á curar tres veces al día el cáncer que roía con espantosa actividad el rostro de la pobre mujer; pero todos los remedios fueron inútiles. El mal se extendió por la frente y me-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 71. Declaración de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Antonia Sacconay, sup. art. 23.

jillas, descarnando de tal modo la cara, que verdaderamente era cosa tan horrible á la vista, como intolerable al olfato el hedor que despedía. La pobre mujer se vió pronto relegada á un cuartito, en donde durante tres años y medio no vió más que á la señora de Chantal, pues todo el mundo huía de un espectáculo tan horrible como desagradable. Continuando el cáncer sus estragos, después de haber descarnado las mandíbulas y puesto al descubierto toda la dentadura, subió por un lado hasta las orejas, y por el otro bajaba hasta la barba; de suerte que el rostro de esta mujer se hubiera parecido al de una calavera, sin los ojos, que volviéndose en sus órbitas descarnadas, la hacían aún más horrible.

Los parientes de nuestra Santa hicieron cuanto pudieron para que dejase de cuidar á esta mujer, y no pudiendo lograrlo, se decidieron á ponerlo en conocimiento del Presidente Fremiot, quejándose amargamente de la imprudencia de la señora, y exagerando el peligro á que se exponía de contraer la enfermedad y comunicársela á sus hijos. El Sr. de Fremiot, sumamente conmovido, escribió á su hija una severa carta en que, para concluir, la decía: «En virtud de la autoridad y del poder que tiene un padre sobre su hija, os prohibo tocar á esa mujer cancerosa. Si no tenéis cuidado de vos misma, tened compasión de esos cuatro hermosos hijos que Dios os ha dado, y de los cuales os ha de pedir cuenta.» La señora de Chantal no titubeó en obedecer; continuó preparando tres veces al día lo que era necesario para curar á la enferma, y lo llevaba á su cuarto, absteniéndose de tocarla, que era lo que su padre la prohibía.

Aquella pobre no vivió ya más que unas tres semanas. Tal era la actividad del cáncer, que después de haberla desprendido las mandíbulas, la hizo un agujero en la garganta, y sólo por esta abertura podía nues-

tra Santa hacer bajar un poco de alimento á su estómago, valiéndose de un instrumento que había mandado hacer al efecto; no podía pronunciar ni una sola palabra, y su aliento salía por dicho agujero con un ruido tan lastimoso, que hacía retirar á los más intrépidos.

En los momentos antes de su muerte, aquella pobre mujer no tenía más que una pena: la de no poder comulgar. La señora de Chantal leyó en sus ojos esta pena, y no queriendo cuidar menos á su alma que á su cuerpo, alcanzó del párroco la diese la Comunión por el agujero de la garganta con una pequeña partícula, que se la introdujo por medio de unas pinzas de plata que mandó hacer para esto. La buena mujer expiró dulce y cristianamente medio cuarto de hora después de esta feliz Comunión (1).

Apenas se la enterró, cuando trajeron á la señora de Chantal un pobre viejo lleno de sarna y lamparones; le recibió y curó por espacio de diez meses, al cabo de los cuales murió, y le amortajó con sus propias manos.

Mientras que la señora de Chantal revelaba así cada día, en actos tan heroicos de abnegación, su grande amor á los pobres, un viaje á Bourbilly la hizo llegar al más alto grado de heroísmo. Era hacia fines de Septiembre, y había ido á este castillo por ser tiempo de vendimias, cuando de repente se declaró la epidemia de la disentería, con tanta fuerza, que en un instante hubo en la aldea un número considerable de muertos y agonizantes. La Santa, compadecida de aquellos pobres enfermos faltos de todo, se consagró al instante y con ardor divino á su servicio. Todas las mañanas antes de amanecer, y hecha ya su oración mental, se iba á visitar á los enfermos, llevarles remedios y limpiar sus inmundicias. Oía después Misa, y en seguida volvía á visitar á los enfermos que estaban más lejos. A la tarde

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 72. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *sup.* art. 23.

hacia la segunda y general visita á todas las casas de la aldea en que había enfermos, y vuelta á su casa pedía cuentas del trabajo del día y del estado de sus bienes, «porque sus devociones no la impidieron nunca velar por la conservación y aumento de la hacienda de sus hijos (1).» Sucedió muchas veces que cuando volvía por la tarde á su castillo, rendida de cansancio, la venían á buscar para asistir á un moribundo, y pasaba la noche al pie de su cama de rodillas, rezando con él, sirviéndole como una madre, y excitándole á morir santamente. Siete semanas pasaron así, durante las cuales no hubo un sólo día en que no lavase y amortajase con sus propias manos tres ó cuatro cadáveres.

Pero sucumbió, en fin, á tanto trabajo; la calentura y la disentería la redujeron al instante á tal estado, que se desesperó de su vida. En este conflicto hizo escribir á su suegro para pedirle perdón, y encomendarle sus cuatro huerfanitos; después, abandonándose al divino beneplácito, ofreció á Dios el sacrificio de su vida. Pero aún no había llegado su hora. Una noche en que se la creía á los últimos, y en que todo el mundo esperaba verla agonizar, se sintió inspirada para hacer un voto á la Virgen, y al instante volvió á la vida y á la salud. Se levantó, pues, y habiendo arreglado sus negocios, montó á caballo y salió para Monthelón. Fué recibida allí con una alegría difícil de expresar, por sus cuatro hijos, que no habían cesado de llorar desde que se recibió la carta que anunciaba su enfermedad, y aun por su suegro, que no podía consolarse con la sola idea de perderla; «porque á pesar de las persecuciones que había sufrido en el castillo de Monthelón, era tenida en él por una Santa (2).» Por otra parte, apenas supieron sus habitantes que había llegado, cuando acudieron en gran número, no sabiendo cómo

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 78.

(2) *Maupas*, pág. 79.

expresar su alegría. Las mujeres, los niños, todos se agrupaban á su alrededor, la besaban las manos, y los pobres, sobre todo, bendecían al Señor porque les había devuelto su madre.

Profundamente conmovida y consolada con tales testimonios de afecto, la señora de Chantal volvió á principiar con nuevo ardor, en medio de aquellas buenas gentes, su vida activa, generosa y consagrada con abnegación propia al alivio de todas las miserias y al consuelo de todos los dolores. Pero no insistamos más en esto, porque necesitamos darnos prisa para contar otras maravillas. Por lo demás, la memoria de esta caridad heroica, no se ha debilitado con el tiempo en medio de aquellos pueblos que tanto amó la señora de Chantal. Los habitantes de Bourbilly la habían apellidado la *santa Baronesa*; los de Monthelón la bautizaron con nombre aún más dulce, y que parece indicar la feliz transformación que se notó en nuestra Santa después que se puso bajo la dirección del bienaventurado Obispo de Ginebra; la llamaban *nuestra buena señora*. Este es el nombre que se lee en el pedestal de su estatua en la iglesia de Monthelón; es el nombre que le dan en sus rezos de mañana y tarde, y hasta en el cumplimiento de los actos más solemnes de la Religión. Aun hoy, después de pasados dos siglos, cuando un aldeano de Monthelón entra en una iglesia, y se arrodilla en el tribunal de la penitencia para hacer la confesión de sus culpas, se le reconoce al instante, porque siempre empieza así: «Yo me confieso á Dios todopoderoso, á la bienaventurada Virgen María, á San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los Santos y á *nuestra buena señora* (1).»

(1) Un gran número de sacerdotes de la ciudad de Autun y de las aldeas de alrededor, me han contado este hecho por su propia boca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO IX

La señora de Chantal considerada como madre.—Modo de criar á sus hijos.—Fidelidad y ternura para con su esposo difunto.—Por amor á Dios y á su esposo, rehusa contraer un segundo y ventajoso matrimonio.

— 1607 —

MIENTRAS tanto, los hijos de la señora de Chantal iban creciendo, y cuanto más adelantaban en edad, más viva era la solicitud y más tiernos los desvelos de su madre; no los dejaba ni de día ni de noche; trabajaba con un celo infatigable en formar su espíritu, su corazón, su conciencia; viendo que no tenían padre, ponía en ellos todo el amor que había tenido á su esposo, y al fin de este capítulo veremos cuán profundo y constante era este amor; los amaba con una ternura, que es tal vez una de las maravillas más admirables, pero la menos notada hasta aquí, en una vida tan fecunda en maravillas.

Dos cosas han podido contribuir á dejar en la obscuridad esta parte de la vida de la señora de Chantal. La primera, el acto heroico con que finaliza el primer período de su existencia. La segunda, el modo con que hasta ahora se ha escrito su historia. Lejos de mí el censurar á las piadosas historiadoras, que en el silencio del claustro han recogido con tanto celo, y contado tan tierna y agradablemente las acciones de la Madre de

Chantal. Pero al menos permítaseme lamentarme. Ni la Madre de Chaugy, ni ninguna de las hermanas que declararon acerca de la vida y muerte de nuestra Santa, la conocieron antes de su entrada en la Religión. Declararon lo que sabían, lo que habían visto. Han pintado admirablemente á la religiosa, á la fundadora, á la Santa crucificada interiormente con Jesucristo, y elevada á los grados más altos de unión con Dios; pero ellas, sin embargo, casi no vieron á la señora del mundo, apenas sospecharon á la esposa, y no conocieron á la madre. Aquellos hijos, de quienes se habla constantemente en la correspondencia de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal, y que son por parte de ésta objeto de una solicitud tan activa, tan infatigable y aun tan ardiente, y que San Francisco de Sales se ve obligado á moderar; aquellos hijos, digo, apenas son mencionados en las *Memorias*; lo poco que de ellos se cuenta está diseminado en mil diversos lugares y de un modo incidental. Es preciso leer las cartas de los dos Santos, consultar algunos documentos inéditos ó sumamente raros, estudiar noticias sueltas, y con estos datos reconstruir uno de los lados más amables é instructivos de la vida de nuestra Santa.

Hemos dicho anteriormente que durante su corta y pura unión con el Barón de Chantal, tuvo seis hijos en ocho años de matrimonio; dos murieron en la cuna, quedándola cuatro: un hijo y tres hijas.

El hijo, que era el mayor, se llamaba Celso Benigno, é iba á cumplir doce años. Vivo y lleno de talento, de muy buena presencia, valiente hasta la temeridad, y de una franqueza que había de degenerar en dureza, pero que á su edad era encantadora, adivinábanse ya en Celso Benigno aquellas raras cualidades que habían de hacer de él algunos años más tarde, según el testimonio de Bussy-Rabutin, «uno de los más cumplidos caballeros de Francia, por su gallardía, talento y valor.»

«Era extremadamente alegre—continúa Bussy—y decía las cosas con tal gracia, que á todo el mundo divertía (1).» Destinado al Parlamento por el Sr. Presidente Fremiot, que deseaba dejarle su silla hereditaria, se mostró desde luego tan apasionado por las armas, batallas y placeres, que fué menester renunciar á este proyecto y dejarle seguir su gusto. Enviado á la corte, fué bien pronto el mejor adorno y el idolo de ella; y rodeado de una porción de amigos que le echaron á perder con sus lisonjas, y le arrastraron á peligrosas aventuras, en las cuales se jugó mil veces la cabeza, sin perder, no obstante esto, su fe ni su honor, Celso Benigno llegó á ser alternativamente motivo de esperanza y alegría, de temor y dolor supremo para su madre.

La mayor de las tres hijas, María Amada, tenía un año menos que Celso Benigno y era una niña encantadora. «Aunque aún no se descubrían las gracias con que estaba enriquecida, sino como las primeras luces de la aurora ó como los botones de los árboles que prometen bellas flores, todos creían que esta luz naciente sería magnífica en su lleno. Era muy hermosa, alta, de buen carácter, de talento claro y juicio sólido, y muy graciosa en todos sus modales y acciones (2).» Grandes disposiciones para la piedad se juntaban con estas bellas cualidades naturales. «En una edad en que las demás niñas no son capaces más que de juegos inocentes y pueriles pensamientos, María Amada era susceptible de las más profundas reflexiones. La oración mental, que no es sino para los perfectos, principió á ser su diario ejercicio, y era admirable ver todos los días á esta niña en la capilla, delante de su madre, de rodillas como un angelito, sin menear más que sus labios para pronunciar sus oraciones vocales, y concluidas éstas, hacer un largo cuarto de hora de oración mental, sobre el punto

(1) *Genealogía manuscrita de la familia de Rabutin.*

(2) *María Amada de Chantal, por la Madre de Chaugy.*

que su buena madre y directora la había dado, y del cual la daba después cuenta con una fidelidad y claridad admirables (1).» Tantas gracias unidas á tan raras virtudes, decidieron á la señora de Chantal á educarla de modo que el mundo, al que por otra parte se inclinaba, no marchitase su virtud. Así la veremos después atravesar por entre sus escollos sin dar en ninguno, hasta apagarse en la flor de su edad, después de haber sido esposa á los doce años, madre á los diecinueve, viuda al mismo tiempo que madre, religiosa luego de viuda, á un tiempo novicia y profesa en su lecho de muerte, digna por la belleza de sus virtudes, por el encanto de su inocencia y la sublimidad de sus sentimientos en la hora suprema, de haber sido hija de la madre de Chantal y cuñada de San Francisco de Sales.

La segunda hija de la señora de Chantal se llamaba Francisca, y en la lengua, un poco dura, de aquellas campiñas se la llamaba Franson. Era una niña muy diferente de María Amada: menos inclinada á la piedad, más viva é impaciente, traviesa, algo impetuosa como su hermano, amando mucho al mundo y poseyendo cuanto es menester para agradarle; «alegre, graciosa, bella, toda fuego y talento, con muy buen aire y modales agradables. No tenía, como María Amada, esas facciones finas y delicadas que encantan, pero sí un no sé qué de noble y grande que causaba admiración; lo bastante, en una palabra, para deslumbrar á los demás y cegarse á sí misma (2).» La señora de Chantal, á quien esta mezcla de buenas cualidades y defectos estremecía, deseaba en el secreto de su alma que Francisca tomase el estado religioso, como se desea ver llegar al

(1) *Noticia inédita sobre la Baronesa de Sales de Thorens, hija mayor de Santa Juana Francisca.* (Archivos de Annecy.)

(2) *Oración fúnebre de la muy alta y poderosa señora Francisca de Rabutin de Chantal, Condesa de Toulangeon, hija segunda de la bienaventurada Madre de Chantal.*

puerto á un navío demasiado débil para desafiar la tormenta. La veremos después, casada con el Conde de Toulangeon, ser una de las mujeres más amables y virtuosas de una sociedad en la que había tantas y tan estimables, y disipar los temores de su madre, dando muestras de la piedad más sólida, á pesar de ser dueña de una colosal fortuna.

Por último, la tercera y la más pequeña de las hijas de la señora de Chantal se llamaba Carlota. Había nacido quince días antes de la muerte de su padre, y las primeras caricias que recibió de su madre habían sido empapadas en llanto. Fuese por este motivo, ó porque tuviese mejores cualidades que sus hermanas, la señora de Chantal fundaba en ella las más lisongeras esperanzas. «Es un carácter angelical — decía muchas veces; — hemos de hacer algo muy bueno de ella.» Carlota tenía, en efecto, y conservó hasta el último día de su corta carrera, la inocencia, el candor y la ingenuidad de un ángel. Era uno de esos seres que Dios muestra á los hombres, pero que reserva para sí; flores del cielo, y no de la tierra, que un Dios celoso se apresura á coger antes que el soplo de las pasiones humanas haya doblado su tallo ó marchitado su brillo.

Todas estas criaturas eran aún muy pequeñas cuando San Francisco de Sales vino á predicar la Cuaresma á Dijón. Ya se sabe cuánto amaba á los niños. «Los acariciaba y mimaba con sonrisa y cariño inimitable, y ellos iban al Santo con toda familiaridad y confianza.» Muchas veces querían sus criados apartar á la multitud de niños que en cuanto le veían corrían á él; pero el Santo Prelado les decía: «Dejadlos, dejadlos que vengan.» Después, acariciándolos y pasándoles su bendita mano por la cara, decía: «Mirad, esta es mi familia pequeña; sí, mi familia pequeña (1).»

(1) *Vida del Ilmo. San Francisco de Sales*, por el Rdo. P. Luis de la Riviere, del Orden de los Mínimos, un vol. en 12.º; Lyon, 1625.

Inútil es decir que de este modo bien pronto fué muy querido de los hijos de la señora de Chantal. No sólo Celso Benigno y María Amada, sino la misma Francisquita tenía un gusto particular en verle y oírle. «Cuando veía entrar al Santo—dice un contemporáneo—se ponía á sus pies; le escuchaba con un gusto poco común en los niños, á quienes sólo las bagatelas llaman la atención. Al ver á esta criatura mirarle y oírle, se hubiera creído que tenía mucha más edad, ó que la piedad se había adelantado á la razón. San Francisco de Sales la quería mucho, y á pesar de la continua presencia de Dios, que le ocupaba enteramente, á pesar de la majestad que su profunda virtud, aún más que su dignidad, hacía brillar en su persona, no podía dejar de acariciarla de ese modo con que se hace uno niño para agradar á los niños (1).» Lo mismo hacía con Celso Benigno, con María Amada, y aun con la pequeñita Carlota. Los nombra, los saluda y los envía un cariño en todas sus cartas. «Nunca saludo á los ángeles sin saludar al vuestro—escribe á la señora de Chantal;—haced lo mismo con el mío. No olvido á Celso Benigno, á quien siempre encomiendo á Dios como á toda vuestra familia.» Y algún tiempo después: «Me encomiendo—dice—á las pequeñas, pero penetrantes oraciones de Celso Benigno; y si María Amada principia á dirigir por mí á Dios algunos pequeños ruegos, los estimaré mucho.» Y en otra carta: «Mucho quiero á vuestro Celso Benigno y á la pequeña Franson; Dios sea su Dios para siempre, y el ángel que bendijo á su madre los bendiga también eternamente.» En otra: «Amo mucho á vuestra pequeñita (Carlota), porque, en efecto, y como decís, es angelical.» En fin, todas sus cartas contienen mil deseos amables y recuerdos afectuosos para la pequeña familia, «que tiene por

(1) Oración fúnebre de la señora doña Francisca de Rabutín-Chantal, Condesa de Toulangeon.

suya en nuestro Señor, y cuyas tiernas y penetrantes oraciones reclama sin cesar.»

Por lo demás, fácil es imaginar que en su correspondencia no se limita San Francisco de Sales á sólo deseos respecto á los niños, sino que contesta á las preguntas que sobre su educación le hacía la señora de Chantal. Los temores, los deseos, las esperanzas que forman la dolorosa alegría del corazón de una madre mientras que educa á sus hijos, eran confiados constantemente á San Francisco de Sales, y por sus respuestas conocemos cuán esmerada era la educación que la señora de Chantal deseaba dar á sus hijos.

El que la daba más inquietud era Celso Benigno. Veía en él junto con el germen de las más felices y brillantes cualidades, defectos apenas nacientes, pero que podían ir creciendo y echarlo todo á perder; y como presentía que, á pesar de los deseos de su abuelo, Celso Benigno pasaría probablemente su juventud en la corte ó en el ejército, se asustaba del porvenir de su hijo. Hablaba de esto á menudo con San Francisco de Sales, y por su parte el Santo Obispo, que comprendía la importancia de semejante obra, nada descuidaba para ayudar á la señora de Chantal á desempeñarla dignamente.

Como sucede muchas veces, en el seno mismo de su familia era donde la señora de Chantal encontraba mayores dificultades para la educación de Celso Benigno. Así en Dijón como en Monthelón, la vecindad de sus abuelos le perjudicaba para su educación. En Dijón, ¿podría imaginarlo nadie? el excelente é Ilmo. señor Andrés Fremiot era casi un obstáculo; quería muchísimo á Celso Benigno, aplaudía demasiado sus travesuras y los arranques de su talento, sin cuidar de ocultar su regocijo por tener un sobrino tan cumplido. Celso Benigno lo comprendía, y su natural vanidad crecía de día en día bajo esta influencia. San Francisco de Sales, ad-

vertido por la inquieta madre, toca con delicadeza este punto esencial. «Y en cuanto á nuestro Celso Benigno— escribe,—estoy seguro que su señor tío tendrá más cuidado de su alma tierna que de todas las bellezas de su exterior. Si se tratase de otro tío, yo diría que tuvieseis vos misma un especial cuidado para que no se perdiese ese tesoro de inocencia. No dejéis de sembrar en su alma los dulces y suaves olores de la devoción, y recomendad mucho á su excelente tío alimento bien aquella (1).»

Pero el mayor peligro estaba en Monthelón. El anciano Barón de Chantal, infatuado con sus títulos, orgulloso con su nombre y altos hechos, inspiraba sin cesar á Celso Benigno las ideas más falsas acerca de la verdadera gloria, sembrando en su alma gérmenes de orgullo, altivez é independencia, que ya muchas veces habían producido rebeliones y terquedades. Por esto insiste mucho en este punto San Francisco de Sales. Recomienda á la señora de Chantal «le rebaje mucho la gloria puramente mundana; que le demuestre sin cesar su vanidad, ridiculez y peligro; que no le haga ver la Religión sino bajo su aspecto grande y noble, único capaz de atraer un corazón como el suyo, inclinado á las cosas grandes y elevadas; que le revele esta misma Religión, sobre todo en las obras de abnegación y generosidad, á fin de atacar á Celso Benigno por el corazón después de haberle seducido por la imaginación, llegando por este medio á plantar en su tierna alma pretensiones de servir á Dios, nobles y valientes.» Consejos admirables, en que se ve variar á San Francisco de Sales su método, según la diversidad de los espíritus que dirige, trazando en sólo algunas líneas el más bello y verdadero programa de educación cristiana de los jóvenes.

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

Para secundarla en esta obra difícil, porque no se trataba sólo de formar el corazón de Celso Benigno, no, sino era menester también comenzar á formar su espíritu, tenía la señora de Chantal, cuando estaba en Dijón, á su venerable padre el Sr. Presidente Fremiot, el que á su grande alma y noble carácter unía un talento muy cultivado, versado á un tiempo en el derecho y en la literatura; escribía el latín con tanta perfección como el francés, y era elocuente en uno y otro idioma: de suerte que por las grandes cualidades de su alma, era muy digno de ser padre de la señora de Chantal, y por su gran talento abuelo de la Marquesa de Sevigné.

Pero aunque fuese un verdadero socorro para ayudar á la dirección general de los estudios de Celso Benigno, no era suficiente para todo; y por consejo de San Francisco de Sales, viendo que el niño adelantaba en edad, y que ya era tiempo de ponerle en manos de hombres, se trató de buscarle un ayo.

La señora de Chantal no tuvo que buscarle mucho tiempo, ni muy lejos. Cuando su hermano Andrés fué á París en su juventud para comenzar sus largos y profundos estudios, á la conclusión de los cuales recibió la borla de doctor en Teología y en ambos derechos, fué acompañado y dirigido por un eclesiástico de los más distinguidos, á quien habitualmente se llamaba «el buen Sr. Roberto», porque era sumamente dulce, y tenía una humildad y sencillez encantadoras; pero también se le hubiera podido llamar «el sabio Sr. Roberto», porque seguramente era uno de los hombres más doctos en su tiempo.

Después de haber concluido la educación de Andrés Fremiot, se encargó, á petición de la señora de Chantal, de la de Celso Benigno, y poco después de la de los dos hijos de su hermana, Benigno y Jacobo de Neufchêzes, que eran huérfanos, y á los cuales servía ella de

madre, mostrando en todo esto tanta inteligencia, tan gran corazón y tanto desinterés, que en cambio, la señora de Chantal profesó á este santo Sacerdote un afecto y estimación profunda, unida á un vivo reconocimiento, que se manifiesta todavía treinta años después, y aun en las últimas cartas de su vida.

Un gran descanso fué esta elección para el espíritu del Presidente Fremiot, y un gran consuelo para San Francisco de Sales, al pensar que para una obra tan difícil, y tratándose de un niño cuyo carácter era tan vivo, tan ardiente y tan enemigo de todo freno, la señora de Chantal tendría un buen auxiliar. «He pensado en vuestro querido hijo—la escribe San Francisco de Sales—y, conociendo su carácter, creo que es menester tener gran cuidado de su espíritu, á fin de que ahora se forme para la virtud, ó á lo menos no se incline al vicio; y al efecto, es menester recomendárselo mucho al buen Sr. Roberto, para que éste le haga gustar el bien de la verdadera sabiduría, poniéndole delante el buen ejemplo y observaciones de las personas virtuosas (1).» Y también añade: «Bendigo á nuestro Señor, porque os ha dado al buen Sr. Roberto. Es una gracia extraordinaria para vuestro querido hijo (2).»

Tres ó cuatro años después, cuando la señora de Chantal dejó el mundo para entrar en la Religión, el buen Sr. Roberto estaba allí, en la junta de los parientes, animando á la Santa á realizar su sacrificio, prometiéndola concluir la educación de su hijo, y jurándole no dejarle nunca. Y si algo pudo decidir á la señora de Chantal á dejar su hijo en Dijón, llevando á sus hijas consigo á Annecy, fué, ciertamente, el pensamiento de que, además de su venerable padre, á quien le confiaba, Celso Benigno tendría siempre á su lado al

(1) Carta de San Francisco de Sales, edición Migne, tomo VI, página 644.

(2) Carta del 13 de Julio de 1608.

Sr. Roberto. Este, en efecto, cumplió su promesa, y no dejó nunca al joven Barón de Chantal, á quien amaba como si fuese hijo suyo. Vigiló sus estudios, se los hizo acabar, le puso en estado de aparecer de un modo distinguido en la corte, y cuando Celso marchó, por fin, á París, se quedó con sus dos primos, Benigno y Jacobo de Neufchezes, viniendo á ser después, en su vejez venerable, y en medio de esta noble familia, que había llegado á ser la suya, Vicario general de uno de ellos (Jacobo) que fué Obispo de Chalons; y entre las ocupaciones de la triple educación de los hijos y nietos del Presidente Fremiot, todavía tuvo bastante tiempo para enriquecer la literatura católica con la hermosa compilación intitulada *Gallia Christiana*, que adicionaron después los benedictinos sin llegar á concluirla.

Este mismo cuidado y solicitud que tenía la señora de Chantal para con Celso Benigno, le tenía también para con los demás hijos suyos. María Amada, la mayor de las niñas, era objeto de continuas cartas entre los dos Santos. «Ruego á Dios por todos vuestros hijos—escribía San Francisco de Sales,—porque, hija mía, todo esto me parece que me toca tan de cerca, que ningún parentesco podría aumentarlo nada. Quiero decir que los tengo por hijos míos, y los considero como tales en lo íntimo de mi corazón. Pero sobre todo, María Amada, porque es la mayor, estando yo por esto obligado á quererla con más ternura; y también porque un día que no estabais en casa, en Dijón, me hizo muchas caricias, y me permitió la besase con el beso de la inocencia (1). ¿No tengo yo, por lo tanto, mucha razón para rogar á nuestro Señor la haga completamente agradable á su bondad? (2)» Y como se la destinaba á colocarse en el mundo, y todo anunciaba que un día

(1) Era en 1604: María Amada tenía siete años.

(2) Carta del 24 de Enero de 1608.

brillaría en él, San Francisco de Sales insistía en la necesidad de formar con más cuidado su alma, su corazón y su conciencia. «En cuanto á nuestra Amada, como quiere vivir en medio de la tormenta y tempestad del mundo, es menester, sin duda ninguna, tener con ella un cuidado cien veces más grande, y afirmarla en la verdadera piedad y virtud. Es preciso abastecer mucho mejor su barquilla, y aparejarla convenientemente para resistir al viento y la tormenta; es menester plantar hondamente en su alma el verdadero temor de Dios, y criarla en los más santos ejercicios de devoción (1).»

La señora de Chantal trabajaba en esto con tanto más afán, cuanto que María Amada estaba próxima á hacer su primera comunión; y aunque este acto no se celebraba entonces con la solemnidad que hoy, no por eso dejaba de ser el acto supremo y decisivo de la juventud. La Santa hubiera querido que San Francisco de Sales preparase por sí mismo á María Amada para este importante acto, y el Santo Obispo lo deseaba mucho; pero no habiéndole permitido las circunstancias venir á Borgoña, como esperaba, escribió á la señora de Chantal no lo difriese más. «Si estuviera en esa—le dice el 3 de Marzo de 1608—confieso que hubiera querido ser preferido en preparar á María Amada para su primera Comunión, porque es el acto más digno de conmemoración para un alma destinada á la virtud, como lo es la de esta querida niña; pero es menester que mi deseo no la prive de este alimento celestial en las próximas Pascuas. Me parece, pues, que debéis hacerlo así; y mientras tanto, pido y pediré á nuestro buen Dios la tome por su predilecta y muy amada, dándole el sentimiento de su amor como prenda del que El le tiene (2).»

Y algún tiempo después, con esa amabilidad de la

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Carta del 3 de Marzo de 1608.

que muchos creen desprovistos á los Santos, San Francisco de Sales, que no había visto á María Amada desde que era pequeñita, escribía embromando á su madre: «He preguntado á Juan si nuestra querida Amada llevaba ya su moldecito (1), porque no encuentro en esto ningún mal, y ya sabéis que me gustan las cabezas bien modeladas, y si su cabecita está bien modelada como la vuestra, la amaré mucho más. En fin, ¿qué queréis? es menester que las niñas sean un poco bonitas» (2).

Pensando en lo porvenir de sus hijos se decía á sí misma la señora de Chantal que sería muy feliz si alguna de sus hijas se consagrara á Dios, é involuntariamente deseaba fuese Francisca ó Carlota: Francisca, porque su viveza y travesura la hacían temer naufragase en el mundo; Carlota, por lo inocente y angelical que era. Hablaba alguna vez de esto á su Santo director, y todas las respuestas de éste respecto á un asunto tan delicado, llevan el sello de la más alta sabiduría. «Si Francisca—dice el Santo—quiere ser religiosa por su propia voluntad, bueno; de otro modo, no apruebo que se prevengan las determinaciones de su voluntad, sino del mismo modo que á los otros niños, por medio de insinuaciones dulces y suaves (3).» Y poco tiempo después escribe á la señora de Chantal: «Apruebo que hagáis educar á vuestras pequeñas (Francisca y Carlota) en un monasterio, con intención de que luego queden allí, pero mediante dos condiciones: una, que el monasterio sea bueno y reformado; otra, que llegando el tiempo de la profesión, que no puede ser antes de los dieciséis años, se sepa por ellas mismas, con toda fidelidad y entera libertad, si de buena gana y por su gusto y devoción quieren ser religiosas; porque si no tuviesen esta

(1) Especie de adorno de la cabeza que usaban las señoras en el siglo XVII.—(Nota de la traductora.)

(2) Carta del 25 de Junio de 1608.

(3) Carta del 14 de Octubre de 1604.

devoción y afecto, sería un gran sacrilegio encerrarlas en él. Hacedlas conocer todo esto cuidadosa y dulcemente; tal es mi opinión en esta materia » (1).

Habla entonces en Puy d'Orbe, en Borgoña, á unas cuantas leguas de Bourbilly y de Monthelón, un monasterio de benedictinas recientemente reformadas por San Francisco de Sales, las cuales estaban gobernadas por una de las íntimas amigas de nuestra Santa, la señora doña Rosa Bourgeois, hermana de la señora Presidenta Bruslard. Resolvió, pues, la Santa enviar allí á sus dos hijas pequeñas, persuadida de que en ninguna parte estarían educadas con tanto y tan maternal esmero, ni podrían conocer mejor su vocación. Pero ahora veremos por qué no pudo realizarse este proyecto, y cómo, felizmente para estas niñas, no tuvieron que dejar nunca á su madre.

San Francisco de Sales tenía una hermanita de trece años de edad, á quien quería mucho porque la había bautizado él mismo, ejerciendo por primera vez sobre esta criatura su ministerio sacerdotal. Como deseaba hacer de ella algo bueno, la entregó á la señora de Chantal cuando ésta hizo su último viaje á Saboya, á fin de que la llevase por sí misma al monasterio de Puy-d'Orbe, donde quería se educase y donde se había convenido irían con el mismo objeto Francisca y Carlota Chantal. Juana de Sales estuvo, en efecto, algún tiempo en Puy-d'Orbe, siendo amable y piadosa, pero sin manifestar ningún deseo de ser religiosa. Sabido esto por San Francisco de Sales, no quiso que Juana continuase por más tiempo en el monasterio contra su gusto, y cambiando de idea, tuvo el pensamiento de confiarla á la misma señora de Chantal para que la educase con sus tres hijas. Las cartas que la escribió con este motivo son lo más amable que se puede imaginar. « No pongo en duda—

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

le dice—si os he de enviar ó no á mi hermanita, porque además de mi deseo, mi madre lo quiere tan de veras, que lo quiere hasta con impaciencia, desde que ha sabido que esta niña no quiere ser religiosa; de suerte que, aunque yo no lo quisiera, tendría que quererlo. Al efecto, pues, os envío treinta escudos por Lyon, tanto por el gasto que os ocasionará el mandar por ella, como porque es menester que haga alguna fineza á las doncellas de la señora Abadesa, á las cuales no habrá dejado de dar alguna molestia en el tiempo que ha estado allí.

»El cómo se ha de hacer esto, yo no lo sé, y por lo mismo os ruego que os toméis el trabajo de disponerlo todo del modo más conveniente. Temo que la señora Abadesa, vuestra amiga, se enfade un poco; pero ¿qué remedio? ¿Cómo se ha de dejar más tiempo en el monasterio á una niña que no quiere vivir en él toda su vida?» Y después de estos preliminares, añade el Santo, entre serio y jocoso; «y con vos, ¿no será menester algún cumplido para echaros esta carga? Os aseguro que no me sería posible hacerlo; pero os suplico y os ruego, y aun os pido de todos modos, que me pongáis la cuentecita de lo que necesita para su ajuar y equipo, á gusto vuestro, como lo hacen las princesas en España cuando se les dan niñas para meninas, porque esto lo quiero y lo quiero absolutamente; aun cuando sea un sombrerillo de paño, si se lleva en vuestra casa. Ya veis, querida hija mía, que no estoy de mal humor, pero que esto es lo que debéis hacer. Es menester, repito, yo lo quiero, y si el asunto lo mereciese, os mandaría que me dijeseis todo lo que es necesario para esta niña; es decir, para su equipaje, porque en cuanto á su manutención, no digo nada, pues ya sé cuanto me diríais respecto á ello, y que seguramente os enfadaríais. Escribo á vuestro señor suegro, suplicándole tenga á bien consentir en que me hagáis este favor; pero la verdad es que no entiendo

de cumplidos; vos supliréis lo que á mí me falta (1).»

La señora de Chantal recibió esta carta con extrema alegría, de la cual participó toda la familia, porque Juana de Sales era ya conocida y querida de las niñas, habiéndose detenido en Monthelón algún tiempo á su llegada de Saboya: se envió, pues, por ella al monasterio, se la recibió como á una hermana, y renunciando la señora de Chantal al proyecto de separarse de sus dos hijas pequeñas, se aplicó con mayor celo á la importante obra de su educación.

Aunque no hubiera quedado ninguna huella de esto en los monumentos contemporáneos, sería fácil traslucir cuál debió ser el carácter de una educación dada por semejante madre. La señora de Chantal, sin tener en cuenta para esto su santidad, era una mujer muy sólida y muy práctica. Deseaba hacer de sus hijas mujeres útiles, que comprendiesen la nobleza y santidad de su papel en este mundo, y cristianas activas y generosas, capaces de llevar dignamente el peso de sus obligaciones. Se hubiera avergonzado de limitar sus cuidados á que saliesen mujeres de mundo, que brillasen por su talento en las conversaciones. No porque despreciase estas gracias exteriores, que añaden tantos encantos á la virtud, sobre todo en una mujer; pues al mismo tiempo que había buscado para preceptor de su hijo á un eclesiástico distinguido, había hecho venir al castillo de Monthelón á una señorita muy piadosa, llena de habilidades y talento, á fin de que la educación de sus hijas fuese tan brillante como lo exigía su clase. Pero no quería que por cultivar la inteligencia y aprender modales distinguidos, se olvidase la obra, más importante aún, de la educación del corazón, de la que se había encargado ella misma; porque todos los talentos, cualesquiera que fuesen, la parecían de ningún valor, y aun pe-

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

ligrosos, si al mismo tiempo no se desarrollaba en el alma de los niños el espíritu de abnegación y sacrificio, en lo cual consiste esencialmente la educación del corazón.

Cosa digna, en efecto, de ser tenida en cuenta. En nosotros el corazón es el amo; y este corazón, de quien todo depende, no es capaz más que de dos movimientos: se dilata ó se estrecha, se da enteramente á los demás ó sacrifica á los otros á sí mismo. Abnegación ó egoísmo; no hay medio en esto, y el corazón arrastra tras sí al alma en el camino que elige. ¿Quién no comprenderá, pues, la importancia grande de la educación del corazón? La señora de Chantal pensaba sin cesar en ella. Arrancar del alma de sus hijas la más pequeña raíz de egoísmo; apagar el gusto al lujo y los placeres, que secan el alma y la hacen incapaz de hacer ningún sacrificio; habituarlas, al contrario, á las dulces alegrías de la caridad y de la abnegación; y como Dios es sólo origen de este espíritu de sacrificio, unir las íntimamente con El, era lo que preocupaba y deseaba la señora de Chantal. Uno de los más bellos espectáculos que nos ofrecerá esta historia será el ver cómo se manejaba para alcanzar la victoria en una empresa tan erizada de dificultades.

Todas las mañanas, después de haber hecho su oración, hacia las seis en invierno y algo más temprano en verano, entraba en el cuarto de sus hijas, las despertaba y vestía por sí misma, y cuando estaban ya prontas las ponía en círculo á su alrededor y las enseñaba á encomendarse á Dios, sirviéndose para esto del ejercicio de la mañana, que la había enviado el bienaventurado Obispo de Ginebra. Después de este rezo, las hacía meditar algunos minutos sobre una verdad de la Religión, y ya hemos visto con qué claridad y fidelidad lo hacía María Amada, dando cuenta de ello á su madre.

Concluido el ejercicio, todas las niñas se abrazaban,

é iban también al cuarto de su abuelo á darle los buenos días, abrazándole todas. La señora de Chantal iba con ellas, para darles el ejemplo del respeto y amor filial que se debe á los padres ancianos. La Misa se decía sobre las ocho en la capilla del castillo, y todo el mundo asistía, aun los niños más pequeños. Persuadida nuestra Santa que debe considerarse como perdido el día en que no se ha oído la santa Misa, no perdonaba medios ni fatigas, con tal de enseñarles á que asistiesen á ella santamente.

En el curso del día les enseñaba el Catecismo, y les hablaba de Dios con ese acento conmovido que sale naturalmente del corazón de los Santos. Los cinco hijos de la criada, los criados del castillo y los niños pobres de la parroquia, asistían á estas instrucciones; y nada más tierno que ver á esta gran señora, que había brillado en las sociedades mundanas, y á quien habían apellidado la señora perfecta, transformada en humilde maestra de escuela, enseñando á leer y rezar á los niños pequeños. «¡Oh! Verdaderamente—la escribía San Francisco de Sales maravillado por esta conducta—apruebo que seáis maestra de escuela. Dios os lo recompensará, porque ama á los niños, y como decía yo el otro día enseñando el Catecismo, á fin de incitar á las señoras de esta ciudad á que tengan cuidado de las niñas, los Angeles de la guarda de los niños aman con mucha predilección á los que los educan en el temor de Dios y destilan en sus almas tiernas la piedad y devoción (1).»

La señora de Chantal les enseñaba á elevar de cuando en cuando su corazón á Dios, sobre todo cuando daba el reloj, y les hacía decir en voz alta sus oraciones antes y después de las comidas. De este modo depositaba en sus tiernos corazones esos hábitos de oración,

(1) Carta del 11 de Febrero de 1607.

que á un tiempo elevan y fortifican á las almas que son fieles á este santo ejercicio.

Después de cenar se retiraba temprano con sus hijos, les hacía rezar el ejercicio de la noche, á que se añadía siempre un *De profundis* por el Barón de Chantal, su difunto padre; después cada uno hacía su examen, pedía la bendición á su santo Angel, y decía en alta voz con los demás: *In manus tuas*, etc., etc., después de lo cual la señora de Chantal daba agua bendita y su bendición á todos sus hijos, los hacía acostar modestamente á cada uno en su camita, según el consejo de San Francisco de Sales. No tardaban en quedarse dormidos pacíficamente bajo la protección de Dios, de la Virgen y de su buena madre, que se estaba con ellos, sin retirarse hasta que todos estaban perfectamente dormidos. Con estas costumbres de oración, la señora de Chantal se esforzaba en imprimir en el alma de sus hijos el amor al trabajo, más necesario entonces que nunca.

El mundo empezaba, en efecto, á poblarse de una multitud de mujeres sumamente amables, llenas de talento, que brillaban en sus conversaciones encantadoras y en sus cartas interesantes, pero de una vida perezosa y ligera, que ciertamente no merecía la estimación en que hoy se la tiene todavía. Las costumbres antiguas se iban perdiendo, y era muy raro encontrar en algún antiguo castillo, ó en las ricas casas de la clase media, una mujer laboriosa y fuerte, semejante al retrato que nos hace el Espíritu Santo, diciendo que sus dedos toman la aguja, trabajan en lana, y hacen ellas mismas los vestidos á sus hijos y esposos.

Por los severos principios de su primera educación, y aún más por su virtud, la señora de Chantal era la mujer fuerte retratada en las Sagradas Letras. «Nunca se la encontraba ociosa—dicen sus biógrafos;—si venían visitas, las recibía con la labor en la mano; y

por más gente que hubiese en el castillo, se hacía traer siempre su costura.» Una de sus doncellas la rogaba un día que descansase. «¡Oh! no—dijo;—si perdiese el tiempo, creería hacer un robo á la Iglesia y á los pobres, á quienes destino mi trabajo.» Procuraba que sus hijas siguiesen su ejemplo; y en cuanto pudieron tomar la aguja, las enseñó á que hiciesen dobladillos en los lien-zos destinados para los vasos sagrados, á bordar saba-nillas para los altares, á coser vestidos para los pobres, y, en fin, á no estar nunca sin hacer alguna cosa. Te-nía particular gusto en trabajar para los monasterios que sufrían los rigores de la santa pobreza, y para los religiosos que rompen sus hábitos en las fatigas del apostolado. San Francisco de Sales no estaba tampoco olvidado en los trabajos de la pequeña familia. Una vez le envió un corporal, cosido y bordado con esme-ro. «¿Sabéis—respondía el amable Santo—lo que dije al extender vuestro corporal para la Consagración? ¡Ojalá que pueda extenderse perfectamente el corazón de la que me lo ha enviado, bajo las sagradas influen-cias de la voluntad de nuestro Salvador!» En otra oca-sión le mandaron una larga pieza de sarga, hilada por la señora de Chantal, para que se hiciese una sotana. «¡Oh! y cuánto hereido—escribía el Santo Obispo—vien-do vuestro afán de que la sarga que habéis hilado sirva para mi uso, y que dé su valor á los pobres... Pero ¿quién me la apreciará en su justo valor? Porque si quisiera yo dar á los pobres lo que vale, según lo que yo la aprecio, no tendría, os lo aseguro, caudal para ello... Mas, en fin, no repitáis más esto, porque os hago saber que yo no me hago hábitos nuevos todos los años, sino sólo cuando es necesario.»

Acostumbrando así á sus hijas á una vida muy ac-tiva y siempre ocupada, la señora de Chantal las evi-taba una parte de los peligros que debían encontrar después en el mundo: criándolas con gustos sencillos,

sin grandes composturas ni adornos, las protegía con-tra los pensamientos de vanidad y los deseos de agra-dar, que á los quince años empiezan á resfriar la pie-dad y secar el corazón. Este era uno de los consejos que más repetía San Francisco de Sales. «Procurad quitar á todas—la escribía,—procurad quitar á todas la vanidad, que nace en el alma casi con el sexo.» La se-ñora de Chantal se aplicaba á ello con tanto más cui-dado, cuanto que sus hijos, notables por su belleza na-ciente, eran muy inclinados á la vanidad, tanto Celso Benigno como María Amada, y Francisca aún más. Así no cesaba la señora de Chantal de alabarles la sen-cillez y la modestia; les enseñaba á ser graves; á esti-mar á las personas por sus cualidades y no por sus ves-tidos; á burlarse agradablemente de esas modas ridícu-las que varían sin cesar, y que son para las mujeres ricas ocasión de tantos gastos y pecados. Un día que había notado en su pequeña María Amada, que empe-zaba á ser mayorcita, un movimiento de vanidad y de alegría al ponerse un bonito vestido, la llevó á pasear bajo los grandes árboles de la avenida de Bourbi-lly, y allí, esta santa mujer, que quería que su hija fuese toda de Jesucristo, empezó á decirla con serie-dad la vergüenza que debía darnos el tener vanidad de nuestros vestidos, y que éstos sólo debían servir para ruborizarnos, pues que son prueba de nuestra perdida inocencia; que era menester acordarnos del establo y del pesebre donde había nacido Jesús, pensar en la Cruz sobre la cual murió, é imitar á los Santos, que gemían por la necesidad que muchos tenían de lle-var vestidos de seda y coronas de oro, cuando Nuestro Señor había llevado una corona de espinas. Añadió para concluir, que si San Bernardo, de quien María Amada tenía la honra de ser pariente, no había queri-do reconocer á su hermana un día que se le presentó adornada con mucho lujo, María Amada no debía espe-

rar que la reconociese nunca por hija si no renunciaba á la vanidad. Esta lección enérgica hizo sobre María Amada una de esas impresiones que no se borran jamás (1).

Pero no era bastante para nuestra Santa preservar á sus hijos de los peligros de la vanidad, sino que se aplicaba á desarrollar en su alma la caridad, sin la cual la mujer es incapaz de corresponder á su vocación. Lejos de apartarle de los terribles espectáculos de la miseria y del dolor, y aun de la misma agonía, quería que la acompañasen en sus visitas á los pobres. Celso Benigno llevaba el pan, María Amada los remedios y Francisca algún dinero. Esta era su recompensa cuando habían sido obedientes y asiduos al trabajo. Uno de sus mayores castigos era quedarse en casa cuando la señora de Chantal daba su ordinario paseo para ir á visitar á los pobres. Por medio de estas dulces costumbres de intimidad con los pobres, contraídas desde la infancia, la señora de Chantal desarrollaba en sus hijos la unción del corazón, y hacía brotar en su alma esos profundos manantiales de sensibilidad, que parece han desaparecido en nuestros días, porque los niños están educados en la vanidad, que todo lo seca, en lugar de crecer con la edad en la caridad, que conmueve y fortifica.

Y á fin de que el remedio estuviese siempre al lado del mal, si á pesar de la vigilancia de una madre como ésta el mal llegaba á introducirse en el alma de sus hijos, los enseñaba á que amasen la verdad y á tener un corazón transparente y labios sinceros. No había falta ninguna que no alcanzase perdón si se confesaba con sinceridad. Lo que nunca, por el contrario, perdonaba, era el disimulo ó la falta de franqueza y sencillez. Un

(1) Declaración de la Hermana María Luisa de Bussiere. Véanse también *Las primeras Madres de la Visitación*, tomo II, pág. 70.

día que una de sus pequeñas, al salir de la infancia, fingió estar mala para no cumplir con un deber de los que su madre les imponía, la llevó á ésta aparte y la hizo confesárselo todo; no era más que una niñería sin malicia. No obstante, la señora de Chantal, que sabía que los niños que nunca han tenido grandes temores del mal no tendrán nunca grandes virtudes, la reprendió fuertemente, y desde entonces jamás se notó en ella ni sombra de disimulo (1).

Semejante educación, severa y tierna al mismo tiempo, llena de elevación y de fortaleza, no podía dejar de tener éxito; y así, los hijos de la señora de Chantal eran la admiración de cuantos los conocían. No solamente en Dijón y Autun, sino en Saboya, «tenían tal reputación de amables, bien educados y modestos, que se agolpaba la gente para verlos en las casas y en las iglesias (2).» Sobre todo, Amada era la perfecta imagen de su madre. «Aunque no tenía más que catorce ó quince años, se la veía obrar con tanta prudencia, que sobrepujaba á su edad; y no se sabía qué admirar más, si su belleza ó su modestia. Su aspecto era noble y generoso, su trato afectuoso, y tan amable que todos la miraban como un ángel, y tenían mucha confianza en su dictamen (3).» Lo mismo se dice de Francisca, á la cual, sin duda ninguna, costaba más la virtud, y era menos firme y no tan segura en el servicio de Dios; pero, sin embargo, á pesar del petulante ardor de la naturaleza, adelantaba visiblemente en la práctica de la verdadera virtud.

No quiere esto decir que los hijos de la señora de Chantal no tuviesen defectos. ¡Quién podrá lisonjearse de ser perfecto, y menos á los dieciséis años! Pero una

(1) *Las primeras Madres de la Visitación*. María Amada de Chantal, tomo II, pág. 58.

(2) *Memorias*, p. I, cap. XXIII.

(3) *Noticia de María Amada*, por la Madre Changy.

palabra bastaba para corregirlos y enmendarlos. Se cuenta con este motivo una graciosa anécdota. Un día que Francisca salía magníficamente adornada y llena de cintas y rizos, encontró de repente, á la puerta, á San Francisco de Sales, que venía á visitar á su madre. Se detuvo cortada y avergonzada, viendo que iba compuesta de un modo tan poco en relación con las instrucciones del Santo. El bienaventurado se detuvo también, la estuvo mirando algún tiempo sin decirle nada, para dar tiempo á que la vergüenza la hiciera sentir su falta, y después sonriéndose: «No estoy tan enfadado como creéis—la dijo con bondad;—estos adornos son verdaderamente un poco mundanos, pero ese rubor viene del cielo y de una conciencia de la cual la gracia de Jesucristo no está lejos.» Y al mismo tiempo, ocultando bajo su mismo peinado algunos de sus rizos: «Esconderéis—la dijo con su amable sonrisa,—esconderéis muy bien los otros sin ayuda, y es menester no quitaros ese mérito; ya veréis cómo agradáis más á Dios que hubiérais podido agradar al mundo y sus partidarios.» La dulzura del Santo, aquella feliz sorpresa, y sobre todo la gracia, hicieron tan viva impresión en Francisca (1), que nunca lo olvidó. María Amada también había sufrido, aunque tal vez menos que su hermana, los ataques de la vanidad. «Empleaba algún tiempo más que el debido en adornarse y componerse, para lo cual tenía gracia particular. La señora de Chantal, que lo conoció, la reprendió con dulce severidad, y reconociendo al instante su falta la obediente niña, fué á confesarla á San Francisco de Sales, y desde entonces ya no se vió en ella sino una singular modestia, unida á un gusto sencillo y delicado en sus adornos (2).»

Por lo demás, una y otra, aunque tan hermosas y

(1) *Oración fúnebre de la señora de Toulangeon.*

(2) *Noticia de la Baronesa de Sales de Thorens.* (Véase también á María Amada de Chantal, por la Madre de Chaugy.)

tan propias para agradar al mundo, se las veía muy pocas veces en medio de él. Se las encontraba más á menudo en la cabaña del pobre que en las grandes casas de los ricos; pero en todas partes se las conocía al instante por hijas de una Santa, en su aire amable y fino y en el delicado cuidado que ponían en olvidarse de sí mismas para no pensar más que en los demás. En su casa recibían á las gentes con tal cortesía, respeto y modestia, que toda la nobleza de la provincia concurría á ella con afán (1). Pero no adelantemos los sucesos. Ya veremos después á María Amada y Francisca, casadas y establecidas en el mundo, ser el objeto de una solicitud aún más grande por parte de la Santa, y corresponder las dos con virtud tan generosa, que llenará de admiración á San Francisco de Sales.

Mientras que la señora de Chantal se mostraba tan buena y verdadera madre, seguía siendo la viuda más tierna y más fiel. A pesar de hacer ya tantos años que había muerto su esposo, pensaba en él, no obstante, sin cesar. Continuamente hablaba de este querido difunto, y siempre con suspiros que se reprendía como una debilidad.

Esto dió motivo á un singular y tierno escrúpulo. Tuvo miedo de ofender á Dios llorando tan largo tiempo y con tanta amargura al que Dios le había quitado, y en 1606 consultó por primera vez este asunto con su Santo director. Hasta este tiempo, en 1604 y 1605, todas sus cartas están llenas de la tierna y profunda memoria de su esposo, pero sin la menor muestra de escrúpulo ni inquietud. Importuna sin cesar á San Francisco de Sales para alcanzar sus oraciones en favor del Barón de Chantal. «Estad segura—la escribe el Santo Obispo con fecha 14 de Octubre de 1604—que no olvido á vuestro difunto esposo en la santa Misa.» Y un mes des-

(1) *Noticia de la Baronesa de Sales.*

pués, el 9 de Octubre de 1604: «Ya os he dicho y os lo repito, pues que lo deseáis, que siempre llevo al altar la memoria de vuestro esposo.» Y al año siguiente, el 30 de Noviembre de 1605: «No hay día alguno en que yo no ruegue por el alma de vuestro esposo, y creo que me lo habéis querido recordar con la relación de esas dos cosas que me contáis, y que me han sido muy gratas» (1).

En 1606, en el mes de Julio, es cuando se ve nacer por vez primera en la señora de Chantal el temor de que este constante y profundo recuerdo de su esposo, la costumbre que tenía de hablar de él sin cesar, las lágrimas y suspiros que no sabía reprimir, fuesen algo contrarios á la plena y entera resignación que quería tener á la voluntad santísima de Dios. «Me preguntáis—la contesta San Francisco de Sales—si no habláis demasiado de vuestro difunto esposo. ¿Qué os dije yo, mi muy querida hija?, porque ya no me acuerdo; pero pensando en ello, os diré que no hay mal ninguno en hablar cuando se presenta ocasión para ello, porque esto no quiere decir sino que conserváis la justa memoria que de él debéis tener; pero creo sería muy bueno que hablando de él hablaseis de un modo natural, sin palabras ni suspiros que demostrasen un amor apegado á la presencia corporal, y así, en lugar de decir mi pobre marido que en gloria esté, quisiera que dijerais mi esposo que Dios haya perdonado, etc., etc.; y decir esto con un sentimiento de afecto, no debilitado por el tiempo, sino libre y acrisolado por un amor superior. Creo que me entendéis, pues siempre me comprendéis perfectamente (2).»

Y no sólo no podía la señora de Chantal dejar de hablar de su marido, sino que en 1606, cinco años después

(1) Véanse las *Cartas de San Francisco de Sales*, y las *Cartas inéditas*, en las fechas indicadas.

(2) Carta del 7 de Julio de 1606.

de la muerte de éste, no le era posible oír pronunciar el nombre del autor de la catástrofe. Como el señor de Anlezy era pariente del Barón de Chantal, se había intentado varias veces procurar una entrevista entre este señor y la viuda; pero aunque la Santa le había perdonado sinceramente, la sola idea de ver en medio de sus hijos al hombre que los había hecho huérfanos la conmovía de un modo tan horrible, que había exigido no se le hablase más de esto. Algún tiempo después, San Francisco de Sales había querido probar con alguna palabra si se podía tratar del asunto; pero viendo que no se le escuchaba no quiso insistir, siguiendo su dulce y sabio método de no adelantarse á la gracia, y sólo pensó en aprovechar una ocasión oportuna. A fines de Junio de 1605 la misma Santa le proporcionó una, tal como él la deseaba. En una carta que le escribía, hablando de su marido como lo hacía muchas veces, le cuenta el modo con que hablaba en la hora de su muerte de cuantos le habían ofendido, y las palabras de afecto y perdón con que este querido esposo dejó el mundo y cuanto en él amaba. San Francisco de Sales era demasiado hábil para no aprovechar una ocasión semejante, que le proporcionaba hacer otra tentativa bajo la influencia de tan tierna memoria, y la contesta inmediatamente: «Mucho consuelo me ha dado la relación que me hacéis de los rasgos de virtud que brillaron en vuestro esposo á su partida de este mundo, señal evidente de su religiosidad y buen carácter, como también de la gracia divina con que el Señor le asistía. Y ya veis que si pudiera hablaros os diría lo mismo que yo en cuanto á la entrevista del que le dió el golpe de muerte. Así, pues, hija mía, arriba el corazón.

Para vos y para mí, por consecuencia, es un gran consuelo saber cuán dulce, bueno, agradable y amoroso era el corazón de este caballero para con los que le

habían herido ú ofendido. ¡Ay! ¿No será muy justo que le demos gusto imitando su ejemplo?»

Y para dar el último golpe, haciendo hablar al Esposo del cielo después del de la tierra, y llamando en su ayuda á los dos grandes amores que llenaban el corazón de la Santa: «¿Qué diré yo de nuestro nuevo esposo? ¿Qué dulzura no manifestó con los que le dieron la muerte, y no por descuido, sino por pura malicia? ¡Ah! ¡Cuán agradable le será que hagamos nosotros lo mismo! Este es nuestro nuevo esposo, querida hija mía; y ni la muerte disuelve nuestro matrimonio con él, sino que, por el contrario, le perfecciona y consuma.» Se creará con esto que al fin esta vez triunfó San Francisco de Sales, pero no fué así, y en 1605, como en 1604, nuestra Santa no pudo resolverse al sacrificio que se la pedía.

Pasó un año, y en Julio de 1606 los parientes de la señora de Chantal y del señor de Anlezy tratan de hacer una nueva tentativa; nuestra Santa lo sabe, y toda su sangre se rebela: escribe apresuradamente á San Francisco de Sales dándole parte de sus temores y de sus repugnancias. El Santo contesta: «No hay necesidad de que busquéis día ni ocasiones de ver al señor de Anlezy; pero si se presenta, quiero que tengáis un corazón dulce, amable y compasivo para con él. Conozco que ese corazón se conmoverá, que vuestra sangre se encenderá; pero ¿qué es todo esto? También nuestro Salvador se conmovió á vista de su Lázaro muerto y á la idea de su pasión representada en su mente. Sí; pero ¿qué dice la Escritura? Que en una y otra ocasión levantó los ojos al cielo. ¡Ah, hija! Dios nos hace ver en estas ocasiones que más que espíritu somos carne y hueso (1).»

Y conociendo que era preciso insistir y que esta dis-

(1) Carta del 6 de Julio de 1606.

posición de ánimo no podía durar más sin perjudicar á la perfección á que aspiraba la señora de Chantal, y que, por otra parte, ya era bastante fuerte para el gran sacrificio, añade: «¿Me he explicado bien? Por si así no fuese, repetiré que no es necesario busquéis ocasión para encontraros con el Sr. de Anlezy; pero quiero condescendáis con los que desean procurárosela, y que manifestéis que lo queréis todo, sí, todo, y aun la muerte misma de vuestro esposo, por amor de vuestro dulce Salvador.» Conociendo que después de mandar, lo que le sucedía rara vez, tenía necesidad de animar á la señora de Chantal, «valor, hija mía —la decía,— practiquemos estas pequeñas y ordinarias, pero excelentes y santas virtudes; quedaos en paz, y á Dios otra vez, hija mía; manteneos en la tierra con sólo la punta de vuestros pies, y levantaos cuanto podáis hacia el cielo (1).»

La señora de Chantal obedeció por fin esta vez, y consintió en la entrevista con el Sr. de Anlezy. Estuvo todo lo amable que le permitió su corazón, y queriendo domar la naturaleza hasta en sus más legítimas repugnancias, ofreció al Sr. de Anlezy, que acababa de ser padre, tener á su hijo en la pila bautismal; pero este acto heroico le costó mucho trabajo. Fué menester que interviniese de nuevo San Francisco de Sales, y que, medio por autoridad y medio por persuasión, arrancase del alma desgarrada de nuestra Santa este nuevo y cruel sacrificio (2).

Esta es la señora de Chantal pintada al natural. Vemos á la esposa inconsolable, después de seis años de viuda, llorando todos los días de su vida, á pesar de su entero desasimiento de todas las cosas, al esposo que tanto había amado. En vano se consagra al servicio de Dios con toda la vehemencia de su carácter; en vano

(1) Carta del 6 de Julio de 1606.

(2) Carta del 24 de Enero 1608.

derrama á manos llenas sobre los pobres toda la ternura de que su corazón es capaz; nada puede echar un velo sobre la imagen, presente siempre en su alma, del esposo que desapareció para ella. Le conserva tan tierno, tan profundo y constante cariño, que aquí parece débil su obediencia, y por primera vez casi no escucha á San Francisco de Sales. Lejos de destruir los afectos de esposa y de madre el amor de Dios, parece los rejuvenece y vivifica; y de este modo se nos revela el inefable misterio de que el desasimiento no es insensibilidad, y que los verdaderos corazones de esposas, de madres y de hijas son precisamente los corazones de las Santas (1).

No obstante, era más fácil á nuestra Santa olvidar al mundo que hacerse olvidar de él. Era joven aún, tenía un nombre ilustre, una fortuna considerable, admirables cualidades de espíritu y corazón, grandes atractivos exteriores, y un no sé qué de completo y acabado que la virtud añade siempre á la belleza. Así, apenas pasaba un año sin verse buscada y pedida en matrimonio. Sobre todo, en el año de 1606 se trató porfiadamente de que pasase á segundas nupcias. A los primeros pasos, la señora de Chantal respondió francamente que no pensaba en semejante cosa, y que esto era imposible de todo punto. «Bien dicho—la escribe al instante San Francisco de Sales felicitándola;—es menester cortar y romper francamente en estas ocasiones; es menester no entretener á los chalanes, pues que no tenemos la mercancía que desean; preciso es decírselo con claridad para que vayan á otra parte; ¡donosa ocurrencia es, por cierto, la de esa pobre gente! ¿No ven que hemos quitado la muestra? (2).»

Parece se hacían valer, para determinarla, razones

(1) Carta del 30 de Enero de 1606.

(2) Carta del 30 de Enero de 1608.

de familia, y sobre todo el interés de su anciano padre, que se aprovecharía aún más que su hija de este matrimonio. «¡Oh Dios, hija mía—añade San Francisco de Sales,—es menester ser sencilla completamente en este asunto, y no querer oír ni una palabra de capitulación. Dejad hacer. Dios guardará muy bien á vuestro padre sin perder á la hija.»

«Verdaderamente no dicen mal—añade haciendo alusión á ciertas palabras de la carta de la señora de Chantal;—Santa Agueda, Santa Tecla y Santa Inés, sufrieron la muerte por no perder la azucena de su castidad, ¿y querían meteros miedo con fantasmas? ¡Oh, sí, sí, hija mía, leed amorosamente la Imitación de la Santísima Virgen y las Epístolas de San Jerónimo; entre ellas encontraréis la que escribe á su *Furia* (1); y algunas otras que son muy hermosas.» Quince días después, para acabar este negocio, la señora de Chantal fué á Dijón, y tuvo que sufrir los más dolorosos asaltos; pero nada pudo quebrantar su resolución.

Algún tiempo después principiaron de nuevo las instancias, «porque el caballero que la pretendía para esposa era sumamente rico y viudo; tenía varios hijos, y se pensaba en que los hijos de la señora de Chantal casasen con los del pretendiente, lo que hubiera proporcionado una gran opulencia á la casa de nuestra Santa (2).» Todos los parientes de ésta se coligaron, y resolvieron obligarla á que diese su consentimiento. El señor Presidente Fremiot, que era íntimo amigo del caballero, empleó los ruegos, las lágrimas y los mandatos, todo lo cual martirizaba á nuestra santa Baronesa. «Yo hubiera querido estar en casa de mi suegro;

(1) Es la Epístola en que San Jerónimo, con términos admirables, trata de la felicidad y perfección de las viudas.

(2) *Memorias de la Madre de Chaussy*, pág. 92. Esta se equivoca, sin embargo, al colocar este hecho en 1609; la fecha de las cartas de San Francisco de Sales nos prueba que fué en 1606.

todas las persecuciones que en ella había sufrido me parecían rosas, comparadas — dice — con estas espinas. Todo lo más que me era posible, me mantenía asida al árbol santo de la Cruz, temiendo que tantas voces encantadoras hiciesen al fin alguna mella en mi corazón, adormeciéndolo para que cediese á alguna complacencia mundana.»

Un día particularmente, los asaltos fueron tan largos y tan dolorosos, que la Santa viuda temió sucumbir á ellos. Entonces, escapándose de la junta de sus parientes, sube á su cuarto, se pone de rodillas, vierte torrentes de lágrimas en una fervorosa oración, y decidida por fin á ejecutar un acto en que pensaba hacía largo tiempo, toma un punzón, lo pone al fuego, y ya bien caliente descubre su pecho, y con letras profundas imprime sobre su corazón el nombre sagrado de Jesús, para demostrar que decididamente renunciaba á toda otra alianza que no fuese la de Jesucristo. El hierro había entrado tan adentro, que no sabía cómo detener la sangre que corría abundantemente de aquella heroica llaga. Empapó luego la pluma en aquella sangre, escribió de nuevo sus votos, y la promesa renovada entonces de consagrarse únicamente al solo amor de Dios.

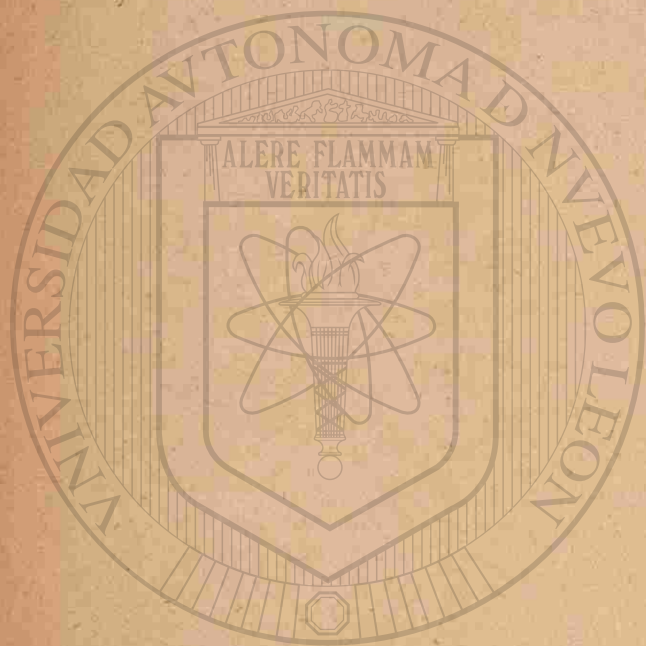
Cuando, treinta años después, murió la Venerable Madre de Chantal, y principiaron sus hijas á lavar el cuerpo, encontraron sobre su carne, demacrada por la penitencia, encima del corazón, «aquel santo nombre, grabado en caracteres grandes, como de una pulgada, muy bien formado excepto la S que no estaba concluida; la cruz estaba hacia abajo.» (1)

Las Hermanas contemplaron con emoción esta señal sagrada de amor á Dios, de castidad y de valor, y comprendieron muy bien lo que dice admirablemente el

(1) Carta circular de la Madre de Mussy acerca de la muerte de la bienaventurada Madre de Chantal.

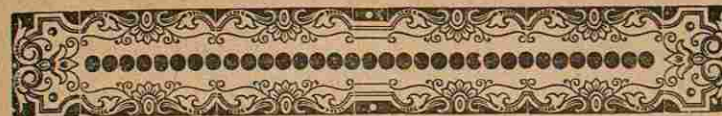
autor de la *Imitación de Jesucristo*, que sin dolor no hay amor (1).

(1) Inútil es decir, que este acto es uno de aquellos de los que se dice, y con razón, que son para admirados y no para imitados. Este era el dictamen de San Francisco de Sales, quien dijo «que si la señora de Chantal le hubiese consultado, no lo hubiera permitido.» Véase lo que dice la Madre de Ballón en sus *Memorias*: «El 25 de Noviembre de 1621, hablando con el Ilmo. Sr. de Ginebra, le dijo entre otras cosas, que había sabido que la Madre de Chantal, siendo seglar y ya viuda, había pedido á su confesor permiso para grabar sobre su pecho al lado del corazón, con un buril encendido en el fuego, estas dos palabras: *Viva Jesús*, y que se lo había concedido, pero que esta operación la había causado al instante calentura. Yo sentía entonces algún deseo de hacer lo mismo, pero tal vez no sería efecto sino de un movimiento de vanidad. Sin embargo, no quise callarlo al bienaventurado Prelado. Me dijo que, en efecto, la señora de Chantal había conseguido licencia de su confesor para esto, pero que entonces no estaba bajo su dirección, y que él no se lo hubiera permitido; después me negó á mí su consentimiento completamente» (*Memorias manuscritas*, archivo de Annecy.) Esta relación es muy curiosa, aunque tiene algunas inexactitudes. No es *Viva Jesús!* sino el sólo nombre de *Jesús*, lo que Santa Juana Francisca grabó en su pecho. En cuanto á lo que dice San Francisco de Sales, «que entonces no estaba bajo su dirección,» quiere únicamente decir que estaba lejos, y que por esto no pudo la Santa consultarle; porque este hecho se verificó sin duda ninguna el año de 1606, ó tal vez en las primeras semanas de 1607. En esto, repito, no hay duda alguna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO X

Estado general de la Francia en 1607.—La señora de Chantal se siente llamada á la vida religiosa. — Prudencia de San Francisco de Sales, quien al fin la revela el secreto de su vocación.

— 1607 —

AL mismo tiempo que la señora de Chantal grababa sobre su corazón el nombre de Jesús en señal de su consagración absoluta á Dios, principiaba á sentir mayores deseos de dejarlo todo, de abandonar al mundo y á su familia, y de retirarse á la soledad. Sus deseos de vida religiosa, vagos aún en 1605, más claros en 1606, vinieron á ser de repente muy vivos y ardientes en 1607. La que muy pronto iba á elevarse como un águila á las alturas de la vida contemplativa, principiaba á batir impaciente sus alas.

Cuando Dios quiere salvar á un siglo, y su Iglesia tiene necesidad de ser glorificada y vengada, envía un soplo divino, y la faz de la tierra se renueva. Este soplo corría entonces por el mundo. Se había levantado en Italia, y de repente se vieron aparecer como otros tantos prodigios á San Pío V, San Carlos Borromeo, San Felipe de Neri, y otros muchos.

Este soplo atravesó la España y San Ignacio, Santa Teresa, San Pedro de Alcántara y San Juan de la Cruz nacieron en su suelo.

La Francia principiaba á sentir este soplo, y había

sonado ya la hora en que, después de tantas incertidumbres, iba también á tomar parte en la gran renovación católica.

Seducida largo tiempo hacia por el atractivo de la novedad; preparada, por otra parte, con malas costumbres para aceptar malas doctrinas, de las ligerezas de Francisco I había descendido á las intrigas de Catalina de Médicis, y de las debilidades de Carlos IX á la devoción escandalosa de Enrique III; en una palabra, la Francia había estado á punto de resbalar y caer en el protestantismo. Felizmente acababa de despertar, y espantada á la vista del abismo que se abría bajo sus pies, se disponía á llevar á esta lucha del bien y del mal el ardor y entusiasmo que la caracterizan.

Al resplandor del relámpago se veía, en fin, la grandeza del peligro que amenazaba, y lo que á él conducía: la ignorancia religiosa, las costumbres corrompidas, las instituciones arruinadas, el escándalo deshonorando al Altar é inficionando el claustro; Pontífices sin celo abriendo á Sacerdotes sin vocación las puertas del santuario, y las cosas santas despreciadas por los pueblos, porque éstas eran profanadas por indignos ministros.

Estas llagas, cuya profundidad no podía ocultarse, arrancaban en los unos dolorosos gemidos, y excitaban en los otros un santo celo. Por todas partes se reunían Concilios y Juntas del clero para encontrar remedio á tanto mal. A las predicaciones de la Liga tan fogosas y tan ardientemente escuchadas, pero tan embriagadas con las pasiones de la tierra, se sucedían otras predicaciones no menos ardientes ni menos populares, pero pronunciadas por boca de Santos que no se dirigían más que á la conciencia. San Francisco de Regis en las Cevennes, el P. Eudes en Normandía, Miguel de Noblez en Bretaña, el bienaventurado Pedro Fourier en Lorena, y el ilustre cardenal Duperron en París, luchaban

mano á mano, aquí contra la herejía, allá contra la ignorancia, y en todas partes contra la corrupción.

Y como toda reforma es efímera si no empieza por la infancia, César de Bus fundaba para la educación de la juventud pobre la Congregación de la Doctrina cristiana, boceto de una obra que el Venerable de la Salle debía llevar á la perfección. Los Jesuitas, á los cuales hacía cuatro años habían levantado el destierro, volvían á abrir sus colegios, destinados á sacar del protestantismo á los que habían sido arrastrados por él. Entre esta doble enseñanza de las clases ricas y la de las pobres, el joven y santo Cardenal de Berulle se proponía establecer, como complemento de una y otra, los colegios del Oratorio, que no fundó hasta cinco años después.

Por todas partes se veía el mismo afán, la misma inteligencia, los mismos proyectos de escuelas y congregaciones para la educación de las niñas.

Sin duda, abajo como arriba, nada estaba aún maduro, pero todo germinaba, todo se preparaba en el corazón de los Santos. La Francia se poblaba de un número inmenso de vírgenes que, impresionadas de lo necesario que era formar buenas cristianas, renunciaban á la honra de ser madres para consagrarse á esta obra suprema: ya las Ursulinas, las Hermanas de Nuestra Señora de Lorena, las de Nuestra Señora de Burdeos abrían escuelas, y renovando la juventud, preparaban el siglo XVII, que fué para las mujeres casi tan grande como para los hombres, y que no fué tan grande por cierto sino porque fué profundamente cristiano.

Pero ¿qué se hubiese conseguido con tantas misiones y escuelas, con aquella vasta renovación de almas y de obras, si el sacerdocio no volvía á florecer? Los mayores y más santos Obispos gemían pensando en ello, y aunque todos sus esfuerzos hasta entonces no hubiesen sido coronados sino con un éxito poco feliz, no obstan-

te, empezaban á verse en el horizonte señales precursoras de mejor porvenir. El que en esto como en todo debía manifestarse tan hábil y feliz, Vicente de Paúl, no era aún á la verdad más que un joven sacerdote. Acababa de venderse para rescatar á un cautivo, y en las prisiones de Túnez hacía la primer prueba de su corazón; de aquel corazón que debía ser tan tierno y tan fuerte; de aquel corazón que debía ser inmenso como la miseria y atrevido como el amor; de donde debían brotar sin interrupción, durante sesenta años, tan grandes y tan hermosas inspiraciones de caridad. Su discípulo en la obra de reforma del clero, el Sr. Ollier, no había nacido aún; pero el maestro de uno y otro, el P. Condren, había empezado ya aquélla. «Hombre de una ciencia enteramente divina, nacido—decía algún tiempo después Santa Juana Francisca—para instruir á los ángeles, como San Francisco de Sales para instruir á los hombres, vivía rodeado de una porción de sacerdotes, á quienes entusiasmaba por sus sublimes ideas sobre el sacerdocio, renovando y transformando sus corazones para lanzarlos después abrasados de celo á la conquista de las almas.»

Al mismo tiempo, el estado religioso se levantaba de entre sus ruinas. En la antigua Orden del Cister aparecían las reformas de los Fuldenses, de Septfonds y de Orval, preludios de otra reforma más brillante aún, la de la Trapa. Las antiguas Abadías benedictinas, decididas á que revistiesen el puro espíritu de San Benito, se reunían en congregaciones bajo el nombre de San Hildulfo y de San Vannes, esperando á la que fué más célebre entre todas con el nombre de San Mauro. Los Capuchinos, rama nueva y nacida en el árbol siempre verde de San Francisco de Asís, llegaban de Italia; los Hermanos de San Juan de Dios, de Portugal (1); los

(1) El instituto de San Juan de Dios no procede de Portugal; pues aunque el Santo era portugués, vivió en España desde su juventud, y

Carmelitas de España. Todo se reanimaba y nacía á un tiempo. Del seno inagotable de la Iglesia, de su corazón siempre joven, brotaban y nacían mil inspiraciones de piedad, de caridad y de abnegación; y para realizarlas en públicas instituciones, formaba y preparaba Dios silenciosamente una porción de almas santas, cuya aparición simultánea iba á dar á la renovación católica de la Francia su fecundo y maravilloso resplandor.

La señora de Chantal era una de estas almas escogidas, y su misión no era menos hermosa. Pero en 1607, á la edad de treinta y cinco años, detenida en el mundo por la educación de cuatro hijos pequeños, parecía destinada solamente á ser modelo de madre de familia. Mas no obstante, empezaba ya á sentir las primeras influencias del soplo divino, que iba preparándolo todo para sacarla del antiguo castillo de sus padres y llevarla al puesto que la Divina Providencia la había designado. Tal vez nunca se mostró San Francisco de Sales más admirable en la dirección de la señora de Chantal que en este momento supremo. El ardor de la una, contenido por la prudencia y la sabia lentitud del otro, forman uno de los espectáculos más útiles y encantadores que pueden encontrarse en la historia, y que necesitamos estudiar ahora con cuidado.

Aunque la señora de Chantal, desde la muerte de su marido, se había ido retirando cada día más del mundo, y en 1603, dando un paso bastante significativo, se había afiliado públicamente á la Orden de Capuchinos, no parecía hasta entonces que hubiese pasado por su imaginación la idea de poder ser religiosa. Sólo en 1605 se ve apuntar en nuestra Santa por primera vez el pensamiento de dejarlo todo por Dios, y de retirarse á la soledad; pero no sabiendo dónde ni cómo, no se

en ella hizo la fundación de su Orden de Hermanos hospitalarios, siendo la ciudad de Granada la cuna de tan santa y venerable institución. (N. E.)

preocupa mucho con este pensamiento. Por lo mismo parece no ser esto sino una de esas vivas aspiraciones á un total desasimiento, que son bastante frecuentes en las almas que se entregan enteramente á Dios. Así vemos que San Francisco de Sales no le da ninguna importancia, y con unas breves palabras hace entender á la señora de Chantal que es menester no se entretenga con estas ideas, porque «nada—la dice—impide tanto perfeccionarnos en nuestra vocación, como el aspirar á otra.» Dócil como una niña, nuestra Santa resolvió al instante no volver á pensar en ello; pero ¡vanas resoluciones! Los deseos de vida religiosa eran cada día y á pesar suyo, mucho más vivo. Seis meses después de haberlos descubierto á San Francisco de Sales, se decide á volverle á decir lo que siente en este punto, pero tan inútilmente como la vez primera. «Nada os diré—dice el Santo—sobre el grande abandono de todas las cosas y de sí mismo por Dios, ni sobre la salida del país, y de la casa y familia. No quiero hablar, y sólo deseo que el señor os ilumine y haga conocer su santísima voluntad.» Y sin entrar en más pormenores, pasa el Santo á otra cosa (1).

Impaciente la señora de Chantal, vuelve otra vez á la carga; quiere una respuesta, é insta para ello á San Francisco de Sales quejándose de su indiferencia y casi de su negligencia en asunto tan grave. A pesar de esto, el Santo no responde más que una palabra prudente y sensata, como siempre. No ha tenido ninguna negligencia en el examen de la vocación de la señora de Chantal; ha pensado tanto y más que ella misma, «si le permite decirlo así. Pero encosas semejantes, ¿no se debe tener una diligencia cuidadosa sin duda, pero dulce, paciente y resignada?» (2). La señora de Chan-

(1) Carta del 3 de Octubre de 1605.

(2) Carta del 9 de Mayo de 1606.

tal se calma, y renueva sus resoluciones de no pensar más en esto. Pero apenas ha pasado un mes, cuando vuelve á principiar sus instancias. Sin embargo, San Francisco de Sales, fiel á su resolución de no hablar una palabra sin haber pesado maduramente y largo tiempo antes lo que debía decir: «Tened paciencia—le contesta—hablaremos de eso el año que viene, si Dios nos conserva la vida. Esto es muy bastante; y así no he querido responder á esos deseos de alejarse de la patria, é ir á servir en el Noviciado á las doncellas que aspiran á ser religiosas: todo esto, querida hija mía, es demasiado importante para tratarse por escrito, y sobre todo, tiempo tenemos» (1). Y cierto que había tiempo, pues se trataba nada menos que de arrebatarse una madre á sus hijos; y por otra parte, ni San Francisco de Sales, ni la señora de Chantal, conocían aún toda la grandeza de los designios de Dios sobre ellos.

En estas circunstancias, y en el curso mismo de este año, la señora de Chantal vió de repente en Borgoña un espectáculo de virtud y de perfección religiosa tan brillante, que casi la deslumbró y extravió. ¡Tanta verdad es que las almas más santas tienen necesidad de ser dirigidas! ¡Tan difícil es al talento más penetrante discernir su vocación y conocer hacia dónde le llama Dios! Apenas hacía un año que la Francia había recibido con aplauso á las Carmelitas españolas, traídas á París por el Cardenal de Berulle y la ilustre señora de Acaria, cuando la venerable Madre Ana de Jesús, primera compañera y principal confidente de Santa Teresa, vino á Dijón á fundar el tercer monasterio francés del Carmelo. Esta Madre Ana de Jesús, por sí sola era una verdadera maravilla. Se ha dicho, y esto basta para su elogio, que no era inferior á Santa Teresa en dones sobrenaturales, y que la excedía en

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

cualidades naturales (1). Se hizo célebre por su éxtasis, sobre todo por el que tuvo el mismo día de su profesión al pronunciar sus votos, de donde vino el que Santa Teresa, por un efecto de pudor divino, digámoslo así, mandase que en adelante las Carmelitas no pronunciasen sus votos en público, lo que se ha observado siempre después. Dos religiosas españolas, la Madre Isabel de los Angeles y la Madre Beatriz de la Concepción, y una religiosa francesa, la Madre María de la Trinidad, todas tres de noble cuna y de gran virtud, acompañaban á la Madre Ana de Jesús, y como si todo debiese concurrir á que su llegada fuese más brillante, fueron instaladas en Dijón por su piadoso é ilustre fundador Pedro de Berulle, de quien Dios iba á servirse para establecer el oratorio, y que juntaba á la autoridad del talento un esplendor de virtud que recordaba los más bellos tiempos de la Iglesia. ¡Júzguese del entusiasmo con que serían recibidas en esta fecha de 1605, y en una ciudad tan monástica como lo era entonces Dijón, siempre ávida de semejantes espectáculos! El gentío se apretaba y oprimía en la pobre capillita que las Carmelitas acababan de abrir en la calle de la Carbonería. Se quería oír cantar á las buenas Madres españolas; se las quería ver y respirar el perfume de piedad que salía por las rejas. La señora de Chantal no era de las últimas que acudían. Una mañana, dando la Comunión el Cardenal de Berulle, vió entre el gentío que se acercaba á la santa Mesa, con el traje de viuda, una figura tan modesta y fervorosa, que llamó mucho su atención. Cuando volvió á la sacristía preguntó quién era aquella joven viuda, y habiéndole respondido que se llamaba la Baronesa de Chantal: «El corazón de esa señora—dijo—

(1) Así lo dijo el P. Domingo Bañez, que fué confesor de Santa Teresa y de la Madre Ana de Jesús. (Véase la *Vida de la bienaventurada María de la Encarnación*, por el Ilmo. Sr. de Dupanloup, Obispo de Orleans.—París, 1854, tomo II, pág. 39.)

es un altar en que el fuego del amor divino no se apaga. Este fuego se hará tan vehemente, que no sólo consumirá el sacrificio, sino también el altar mismo.» El Cardenal de Berulle volvió á ver poco después á la señora de Chantal, tuvo con ella largas conversaciones, y toda su vida aseguró que uno de los más insignes favores que Dios le había concedido era haber conocido tan grande alma (1).

La señora de Chantal se entusiasmó con la vista del Carmelo naciente. Llena de ardor por las austeridades corporales, y ansiosa de sacrificios, se persuadió de que Dios la llamaba á consagrarse á Él con este género de vida.

Felizmente, Dios concede á los directores las luces que rehusa á las almas á quienes deben dirigir. Advertido San Francisco de Sales por la señora de Chantal de los nuevos impulsos que sentía, intervino al instante con infinita dulzura, humildad y prudencia, pero también con firmeza. «He pensado mucho sobre este punto—escribe—y he implorado la gracia en el santo sacrificio y en mis oraciones, empleando la devoción y oraciones de otros mejores que yo. ¿Y qué es lo que hasta ahora he conocido? Que un día, hija mía, deberéis dejarlo todo.» Nunca se había expresado San Francisco de Sales tan claramente. Y añade: «Digo todo, pero que esto sea para entrar en religión en las Carmelitas, es demasiado, y aún no he formado mi opinión sobre ello... Entendedlo bien, por amor de Dios: no digo que no, pero digo que aún no he podido encontrar cómo decir que sí... Y sabed que en este asunto me he colocado enteramente en la indiferencia de mi propia inclinación para buscar la voluntad de Dios sola y absolutamente. Y no obstante, jamás he podido encontrar el sí en mi corazón, y he hallado, por el contrario, el no

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

muy decidido y firme.» Habiendo manifestado con esta claridad á la Santa, por una parte que un día lo dejaría todo, por otra que no sería para entrar Carmelita, San Francisco de Sales, haciendo una alusión indirecta sobre los proyectos que en su espíritu maduraba para lo porvenir, y de que aún no quería hablar, la dice: «Dadme tiempo y espacio para orar más y hacer orar con esta intención; y después de todo esto, y antes de que me resuelva, será preciso que os hable con toda comodidad, lo que será, Dios mediante, el año que viene. Además, yo quisiera que no tomaseis una resolución decidida por sólo mi dictamen, á menos que mi opinión os diese una entera tranquilidad, acompañada de cierta interior correspondencia á ella. Yo os la diré muy por menor cuando llegue el tiempo oportuno, y si no os procura completa paz interior, consultaremos con otras personas capaces, á quien tal vez comunique Dios más claramente su voluntad» (1).

Siempre se ve en San Francisco de Sales el mismo carácter dulce, prudente, humilde, desconfiado de sí mismo, y el deseo de que otros intervengan con sus luces en los asuntos de la gloria de Dios y del bien del prójimo. Este es el carácter de todos los Santos y fundadores que han ilustrado la Iglesia.

La obediencia de la señora de Chantal no es menos admirable. Con sólo estas palabras de su Santo director, renuncia á lo que había creído su vocación, y desasida de todo, muerta á su propia voluntad en las mismas cosas en que se cree inocente el buscarse á sí misma, espera humildemente que Dios que le ha dado tan ardientes deseos de la vida religiosa, le indique el camino y le dé los medios de verificarlo.

Rindamos también el más sincero homenaje á las buenas Madres Carmelitas, y en particular á la Madre

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

María de la Trinidad. Por más alegría que la produjese la primera vez que la señora de Chantal la habló de su proyecto, ya por causa de la intimidad que empezaba á reinar entre las dos, ya por causa del esplendor que tan grande alma debía proporcionar al Carmelo naciente, jamás escuchó sobre este punto ningún pensamiento humano. «Señora—la dijo el día primero que la habló sobre este particular, — cuando hayáis satisfecho á lo que Dios pide de vos por medio del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, pensaremos en lo que debemos contestaros sobre vuestros deseos.» Y otra vez, inspirada de Dios, la dió esta respuesta, célebre para siempre: «No, no, señora; Santa Teresa no os contará nunca en el número de sus hijas, porque os quiere Dios madre de tantas hijas, que seréis su compañera» (1).

La señora de Chantal renunció, pues, á ser Carmelita, pero no dejó de verlas y quererlas. Frecuentaba mucho su capilla, y cuando el Cardenal de Berulle predicaba ó decía la Misa, de seguro se encontraba entre la gente á la señora de Chantal, acompañada de su amiga la señora Presidenta Bruslard. Si el humilde Sr. de Gallemad venia á visitar canónicamente el monasterio, veíase á la señora de Chantal en el confesonario de éste. Si las buenas Madres Carmelitas recibían de París

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 105. La Madre de Chaugy dice que estas palabras debieron ser dichas por la Madre Ana de San Bartolomé. Pero como por una parte esta Madre no fué nunca á Dijón, y por otra la señora de Chantal no estuvo nunca en París antes de su entrada en la religión, resulta de aquí una dificultad, que nos ha detenido mucho tiempo cuando nuestra primera edición, y no pudiendo admitir este hecho así no sabíamos cómo explicarlo. Felizmente hemos tenido después ocasión de leer las *Cronicas de la Orden de las Carmelitas*, que en este momento se imprimen en Troyes, y en ellas hemos visto que la Madre María de la Trinidad, y no la Madre Ana de San Bartolomé, era la que había disuadido á la señora de Chantal de entrar en el Carmelo. (Tomo III, pág. 463.) Lo que se explica perfectamente, porque la Madre María de la Trinidad vivía en Dijón, y la señora de Chantal, como veremos ahora, tenía con ella relaciones muy íntimas.

algún libro piadoso embalsamado todo de amor de Dios, apenas lo habían leído, lo enviaban á la señora de Chantal (1). En fin, sin cesar se la ve en la reja de locutorio; y como la Priora, la venerable Madre de Jesús, la Subpriora, la Madre Isabel de los Angeles y las otras eran españolas y entendían poco el francés, hacía llamar á la buena Madre María de la Trinidad, que era la única francesa, y que servía en algún modo de intérprete en el convento.

Cuando una mujer de mundo que aspira á la perfección entra en relaciones con una religiosa, insensiblemente llega á pedirla ó á recibir de ella mil consejos de dirección; y no habría en esto ningún inconveniente, si la discreción presidiese siempre, y si todo quedase sometido al que únicamente ha recibido de Dios la misión de dirigir á las almas, y las luces necesarias para no extraviarlas, pero no siempre se hace así. La buena madre María de la Trinidad, encantada de las santas disposiciones de la señora de Chantal, emprendió dirigirla, y, de acuerdo con una persona cuyo nombre se ignora, empezó á darla consejos no muy prudentes.

La clase de oración de la señora de Chantal la pareció demasiado sencilla y muy ordinaria para una persona de tanta virtud. La aconsejó, pues, que renunciase á la preparación, que se abandonase más á la acción del Espíritu Santo, que no hiciese sino muy poco uso de la imaginación y la inteligencia, y que dejase obrar á sólo su corazón; en una palabra, quería que la señora de Chantal pasase desde el primer grado de oración al segundo. Es muy curioso ver la prudencia con que San Francisco de Sales se interpone entre su penitente y sus ardientes consejeras. «He pensado—la dice—sobre lo que me escribisteis, de que M. N. os había aconsejado que no os sirvierais de la imaginación ni del entendi-

(1) Véanse las cartas de San Francisco de Sales de 1606 y de 1607.

miento, ni tampoco de largas oraciones, y lo que la buena madre María de la Trinidad os había dicho tocante á la imaginación.»

El Santo no puede ser de este dictamen. «No es posible—escribe á la señora de Chantal—dejar de servirse en la oración de la imaginación ni del entendimiento; pero no servirse de esta potencia sino para conmover la voluntad, y, conmovida ésta, emplearla más que la imaginación y el entendimiento, esto se debe hacer indudablemente. No hay necesidad—dice esta buena madre—de la imaginación, para representarse la humanidad sagrada del Salvador: puede ser, en efecto, que no la necesiten los que están muy adelantados en la perfección, pero en cuanto á nosotros, que aún estamos en los valles, aunque deseosos de subir, entiendo que es muy conveniente servirnos de todas nuestras potencias sin olvidar la imaginación.» Añade después con una gracia encantadora: «Quedémonos aún, querida hija, un poco de tiempo en estos bajos valles; besemos aún algún rato los pies del Salvador; ya nos llamará cuando guste al beso de su santa boca. No dejéis este método hasta que volvamos á vernos.» (1)

Tampoco quiere el Santo que la señora de Chantal deje la preparación para la oración. «En cuanto á los preceptos de oración que habéis recibido de la buena Madre Priora, nada os diré por ahora.

»Únicamente os ruego que aprendáis, lo mejor que os sea posible, los fundamentos de todo esto, porque, hablándoos francamente, os diré que dos ó tres veces, el verano pasado, habiéndome puesto en la presencia de Dios sin preparación, me encontré perfectamente bien con su Divina Majestad, con sólo sencillo y continuo afecto de un amor casi imperceptible, pero muy dulce; sin embargo, jamás me he atrevido á salir del camino

(1) Carta del mes de Abril de 1608.

trillado para mi oración de siempre. No sé, hija mía, pero os aseguro que me gusta el método de los antecesores santos y sencillos.

»No digo por esto—continúa—que cuando se ha hecho la preparación, y se siente uno atraído á esta clase de oración, no deba seguirla; pero tomar por método el no prepararse, me parece muy duro, como también el concluir la oración sin dar gracias, lo cual no puede reportar ninguna utilidad. No obstante, hablo sencillamente delante de nuestro Señor y de vos, á quien no puedo hablar sino pura y cándidamente;» y añade con su humildad característica: «pero no presumo saber tanto que no me alegrara, y mucho, de rectificar mi opinión, y seguir la de aquellos que por muchas razones deben saber más que yo; y no hablo sólo de esa buena Madre, sino aun de otras personas que la son inferiores.»

Se ve en todo esto la gran sabiduría con que San Francisco de Sales prevenía á la señora de Chantal contra los atractivos engañosos y consejos imprudentes, manteniéndola, á pesar de su gran virtud, en los primeros grados de oración, que son los más seguros, y de los cuales no se debe salir sino muy humildemente, y con la certeza de que Dios quiere que subamos más arriba.

La misma sabiduría y la misma firmeza empleaba este santo director para impedir á la señora de Chantal las mortificaciones excesivas, que hubieran enervado su espíritu, agotando sus fuerzas corporales. Inclinada siempre á las austeridades, la vecindad del Carmelo aumentaba y acrecentaba los atractivos que sentía á la penitencia corporal. Ya no era bastante para nuestra Santa ayunar el viernes, cenar sobriamente el sábado y tomar la disciplina dos veces á la semana, cosas todas que le había permitido San Francisco de Sales, sino que hubiera querido acostarse muy tarde, levan-

tarse muy temprano é interrumpir su sueño con oraciones y penitencias. Mas respecto á este asunto era inflexible el Santo Obispo de Ginebra. Esté experimentado director sabía muy bien que cierta duración en el sueño es necesaria á la naturaleza humana; si se la dan es capaz de los mayores esfuerzos, pero si se la niegan se abate tarde ó temprano y algunas veces para siempre: por tanto, había mandado á la señora de Chantal que durmiese siete ú ocho horas (1). La vigilaba muy de cerca, respecto á este punto, y la reprendía la menor infracción. «Principio—dice—por la hora de acostaros tarde y levantaros demasiado temprano. ¿Por qué hacéis esto, mi querida hija? No, no lo hagáis; es menester no agobiar el espíritu á fuerza de hacer trabajar al cuerpo; es menester no molestarse ni incomodarse hasta este punto, sobre todo las mujeres, porque después no se está para nada en todo el día (2).» No la vigilaba menos sobre la comida que respecto al sueño, pues aquélla es, como éste, indispensable en cierta medida, y todo buen director debe vigilar mucho en esto á las personas inclinadas á las austeridades corporales (3).

Todo crecía á un tiempo en esta alma tan sabiamente dirigida, y llegada al punto exquisito de la madurez. Con inmensas aspiraciones hacia la perfección, y en particular á la de la vida religiosa, que es su más alta cima; con ardientes deseos de penitencias y sacrificios; con un recogimiento y hábito de la presencia de Dios, que nada podía interrumpir, la señora de Chantal sentía desarrollarse en ella el hambre de la Santa Eucaristía, que es la señal de la perfección. No obstante,

(1) Cartas del 14 de Octubre de 1605 y del 8 de Junio de 1606.

(2) Carta del 5 de Febrero de 1608.

(3) Comer poco, trabajar mucho, tener mucha agitación de espíritu y rehusar el sueño al cuerpo, es querer hacer trabajar mucho á un pobre caballo aniquilado, sin darle el pienso necesario. (Carta de San Francisco de Sales á la Madre Angélica de Port-Royal, 12 de Septiembre de 1619.)

hasta el año de 1606, y á pesar de que desde el de 1601 hubiese sido honrada con el don de milagros, no la había permitido San Francisco de Sales comulgar sino los domingos. Sólo el 8 de Junio de este año de 1606 la permitió que lo hiciera también los jueves. Después de algunas hermosas palabras sobre el Santísimo Sacramento, cuya Octava se celebraba en dicho día. «¡Ah!—dice,—¿y no comeremos un poco más á menudo de su carne divina? ¡Oh, cuán suave es y de cuánto alimento! Digo, pues, que pudiendo hacerlo bien, será muy oportuno recibirla un día de la semana, el jueves, además del domingo.» Y añade con mucha prudencia: «Esto, no obstante, sin ruido, y sin que se descuiden nuestros negocios (1).»

La señora de Chantal estuvo, pues, dieciocho meses, desde el 8 de Junio de 1606 hasta el 24 de Enero de 1608, con el permiso de comulgar dos veces á la semana, sin aumentarle esta vida sagrada hasta la Cuaresma de 1608, y aun esto porque la Santa se sentía muy deseosa de comulgar más á menudo. «Me decís que estáis hambrienta, y aún más que de costumbre, de la santísima Comunión. Humillaos mucho, hija mía, y fortificad bien vuestro estómago con el santo amor de Jesús crucificado, á fin de que podáis digerir bien espiritualmente esta celestial comida; y pues que bastante pido pan el que se queja de hambre, os digo, hija mía, sí, comulgad esta Cuaresma los miércoles y viernes, y el día de Nuestra Señora, además de los domingos... ¡Oh! ¡cuándo será hija mía! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuándo vivirá Jesucristo todo en nosotros!» Y después de una de esas bellas exposiciones de doctrina, tan familiares á San Francisco de Sales, sobre los efectos de la santa Eucaristía: «No pensaba deciros tanto sobre este punto, pero dejo correr fácilmente la pluma cuando os es-

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

cribo; además, ahora mismo me voy á esta santa refacción con vos, porque es jueves, y este día nos unimos uno á otro y se tocan nuestros corazones por este santo Sacramento (1).»

Así es como la señora de Chantal adelantaba lenta, pero seguramente, de una Comunión por semana á dos, después á cuatro, en proporción con sus progresos y deseos. En toda esta dirección es admirable San Francisco de Sales por su gran prudencia.

Por la misma razón, cuanto más adelantaba la señora de Chantal, dirigida por mano tan hábil, más crecía la admiración que siempre la había inspirado su Santo director. Este, por su parte, cuanto más estudiaba el alma de su humilde penitente, más encantado quedaba de las maravillas que cada día descubría; y de estas dos admiraciones que recíprocamente se ocultaban uno á otro, resultaba el hermoso afecto cristiano del que aún no hemos visto más que la aurora. Ahora ya está en su mediodía; resplandece con su más puro brillo; tiene una elevación, una transparencia, una fuerza, una luz, un valor, un fuego y celo santo, que arrebató el alma. Sería el momento oportuno para estudiarle, si tales cosas pudieran someterse á estudio y si dejasen al alma otra libertad que la de contemplarlas y humillarse. «¡Oh, hija mía!—escribía San Francisco de Sales,—¿cuándo seremos santos? Sed santa, hija mía, hermana mía, y rogad á Dios que yo también sea santo. ¡Dios mío! ¿Qué se ha de hacer en este mundo sino orar, padecer y amar al amabilísimo Salvador, dejándose consumir por su amor? ¡Oh! ¡Cuánto os deseo la felicidad de sufrir por Jesucristo!»

Y sigue: «Hija mía, es menester que os diga que nunca he visto con tanta claridad que sois mi verdadera hija como ahora. Sí, es verdad; soy en Jesucristo más

(1) Carta del 24 de Enero de 1608.

vuestro que nunca, y realmente admiro este aumento. ¡Ah! ¡Cuánta verdad es que necesitamos aumentar la grandeza de nuestro ánimo para servir á Dios lo mejor y más valientemente que nos sea posible. Porque ¿á qué fin vendría el haber querido hacer de dos corazones un solo corazón sino para que este corazón sea extraordinariamente animoso, alentado y valiente, constante y afectuoso para con su Criador y Salvador, por el cual y en el cual soy vuestro? (1).» Y en otra parte también: «¡Dios mío! ¡Hija mía! ¡Cuántas perfecciones os deseo! Con una sola sería suficiente; esta unidad, esta sencillez... ¡Oh Dios mío, hija mía! ¡Si no fuese necesario más que mi sangre para haceros enteramente santa!... ¡Oh y cuán tiernamente siento el lazo de nuestra santa dilección y de mi dirección! Día y noche ruego por vuestro progreso espiritual (2).»

Aquí se ve bien el santo celo de que hablamos antes, que es la señal y honrosa divisa de los afectos elevados. Cuando aparece y se expresa con afecto semejante, se siente que el mundo pasó y que no se vive ya sobre la tierra.

Por su parte, la señora de Chantal no tenía menos celo por la hermosura del alma de San Francisco de Sales. «¡Dios mío!—la escribía el Santo,—¡con cuánto consuelo leo las palabras que me escribís diciéndome que deseáis á mi alma la perfección aún más casi que á la vuestra! Esto se llama ser una verdadera hija espiritual; pero, creedme, por más que corra vuestra imaginación, no podrá llegar nunca hasta donde mi voluntad camina para deseáros el más ardiente amor de Dios (3).»

Largo tiempo se mantuvo la señora de Chantal con

(1) Carta del 5 de Junio de 1610.

(2) Cartas del 29 de Diciembre de 1609, del mes de Enero de 1608, etcétera, etc.

(3) Carta del 14 de Septiembre de 1606.

sólo estos deseos generales; pero poco á poco se va animando, y desde 1606 sus cartas abundan cada día en recomendaciones, deseos, afanes, y aun á veces en dulces reprensiones. Unas veces le pregunta al Santo si hace exactamente su oración. «Mucho gusto me disteis—le responde San Francisco—preguntándome en una de vuestras cartas se hacía mi oración. ¡Oh! sí, hija mía; preguntadme siempre sobre el estado de mi alma, porque conozco muy bien que vuestra curiosidad en este punto nace del ardor de la caridad que sentís por mi pobre alma. Sí, hija mía, sí; por la gracia de Dios puedo deciros ahora, mejor que antes, que hago la oración mental sin dejarla un día sólo; y me parece que cada día me aficiono más á este santo ejercicio, de suerte que quisiera muy de veras hacerla dos veces al día; pero me es absolutamente imposible (1).» Otras veces le excitaba á la humildad. «¡Oh hija querida—la dice,—qué contento estoy de que me recomendéis la santa humildad! Os contaré que cuando el viento se encierra en nuestros valles, en nuestras montañas, marchita las florecitas y desarraiga los árboles; y yo, que me encuentro colocado bastante alto por mi cargo de Obispo, recibo muchas más molestias. ¡Oh, Dios mío! ¡Salvadnos, Señor! ¡Mandad á esos vientos de la vanidad que se sosieguen y tendremos una gran calma! (2).»

Otras veces exige que renuncie á velar por la noche y á tanto trabajar por la tarde, lo cual le aniquila y quita la salud. «¿Sabéis, hija mía, la palabra que os daré? La de tener ahora más cuidado de mi salud que antes, si bien la he tenido siempre mejor y más fuerte que lo que merezco; y, gracias á Dios, la siento ahora tan entera y buena, que es de admirar; bien es verdad que puede contribuir á esto el que he dejado entera-

(1) Carta del 6 de Septiembre de 1607.

(2) Carta de 1609. Se ignora el mes.

mente el velar de noche escribiendo, y me alimento más oportunamente y mejor. Pero, creedme, vuestro deseo es lo que más pesa en esta resolución, porque deseo mucho daros gusto; pero con tal libertad y sinceridad, que este afecto me parece un rocío en el que mi corazón se empapa suavemente y sin ruido. Y si queréis que os lo diga todo, no obraba tan suavemente al principio cuando Dios me lo enviaba (porque Él es sin duda) como ahora sucede, porque os aseguro que es infinitamente fuerte, y cada vez más, aunque sin sacudidas ni impetuosidades. Esto es demasiado decir, hija mía, sobre un asunto en que nada quería decir (1).»

En efecto, crecía y se aumentaba más cada día esta amistad divina, en su luz, en su fortaleza, en su serenidad, en su valentía toda santa, daba una idea del amor eterno que unirá las almas en Dios. «¡Viva Dios, hija mía—escribía San Francisco de Sales;—ó Dios ó nada; porque todo lo que no es Dios, ó no es nada, ó es peor que nada. Vivid, pues, toda y enteramente en Él, querida hija, y rogadle que yo también viva sólo en Él, y para Él, y dentro de Él; amémonos fuertemente, hija mía, porque no lo podremos hacer ni bastante ni demasiado. ¡Oh qué hermosura! ¡Amar sin temer exceso! (2)»

Y en otra parte: «¡Valor, ánimo, hija mía! Jesús es nuestro. ¡Sean siempre para Él nuestros corazones! Me ha hecho, querida hija mía, y me hace cada día, así me parece á lo menos, más sensible y suavemente del todo, en todo y sin reserva, única é inviolablemente vuestro, pero vuestro en Él y por El (3).»

Y en fin: «Esta es la verdad, querida Madre mía; tengo una luz muy particular, que me hace conocer que la unidad de nuestro corazón es obra del que *todo lo une*;

- (1) Carta del 8 de Junio de 1606.
- (2) Carta del mes de Enero de 1611.
- (3) Carta del mes de Junio de 1607.

y, por tanto, quiero desde este instante, no sólo amar, sino querer y honrar esta unidad como cosa sagrada (1).»

He aquí en toda su verdad y sin velo alguno esta incomparable y afectuosa amistad, en que se manifiesta aún más admiración y veneración que ternura. Pero en estos mutuos desahogos, era menester que cada uno ocultase al otro su admiración con el mayor cuidado, porque de otro modo, las lágrimas hubieran dado testimonio de su profunda humildad. San Francisco de Sales era el más cuidadoso en ocultar esta admiración, como padre y director que era; y sólo en sus cartas á la señora de Charmoyssi y á la señora de Bruslard, la manifestaba. Pero la señora de Chantal no sabía contenerse. «Ahora que me acuerdo—la escribe un día San Francisco de Sales,—es preciso que os prohíba el nombre de *santo* que me dais cuando escribís de mí, porque, hija mía, yo no soy santo de verdad. En poco ha estado el que por este motivo no entregase vuestra carta á la señora de Charmoyssi, pero lo hice por no privarla del consuelo que tendría con ella (2). Además, hija, no escribís del modo que me gusta, ni á mi madre ni á la señora de Charmoyssi, cuando decís: nuestro santo y bendito Obispo, porque estas señoras leen santo Obispo, debiendo leer Obispo tonto (3). Yo sé bien que en tiempo de San Jerónimo se llamaba santos á todos los Obispos, en razón de su sagrada dignidad; pero ahora ya no se acostumbra hacerlo así (4). En fin, yo no soy más que vanidad y orgullo, y, sin embargo, no me estimo tanto como vos me estimáis; quisiera me conocierais mejor; no dejaríais por eso de tener confianza en

- (1) Edición Migne, tomo V, pág. 1655.
- (2) Carta del 24 de Enero de 1608.
- (3) Las palabras tonto y santo tienen en francés casi las mismas letras y sonido: tonto, es sot, y santo, saint. (N. E.)
- (4) Carta inédita, perteneciente al monasterio de Montelimart. No tiene fecha.

mi, pero no me estimaríais casi nada, y diríais: esta es la caña sobre la cual quiere Dios que me apoye. Seguro estoy de que Dios lo quiere así; sin embargo, la caña no vale nada. Ayer, después de leer vuestra carta, di dos vueltas paseándome, con los ojos llenos de agua, viendo lo que soy y lo que me creen (1).»

¡Ah! ¡Cuánto consuelo se siente cuando dejando los libros y las conversaciones del mundo, aislándose de todo lo vulgar, terreno y culpable, se escuchan acentos como éstos! Entonces parece que no se está en la tierra, sino en el cielo, escuchando á dos de los serafines de que habla Isaías, que continuamente se excitan á bendecir, alabar, adorar y amar al que los ha criado, enviándose mutuamente, al través de los mundos, la gran palabra de la ciencia santa y de los seráficos amores: ¡Santo, Santo, Santo! Mientras tanto, el año que el Santo Obispo había querido emplear en estudiar la vocación de la señora de Chantal, tocaba á su término. La Santa lo dispuso todo para su viaje á Annecy, resuelta á no pensar ni querer nada por sí misma, sino poner su corazón en una santa indiferencia, con el solo deseo, pero muy ardiente, de no querer más que lo que Dios la pidiese por el órgano de su Santo director.

Un acto notable de obediencia santificó el viaje. El 30 de Mayo de 1607 era el día señalado por San Francisco de Sales para que llegase á Annecy la señora de Chantal. Negocios imprevistos detuvieron su partida, y para ganar tiempo hizo largas jornadas á caballo, y aun anduvo toda una noche, á pesar de la lluvia y de los truenos de que venía acompañada. Viéndola llegar el Santo rendida de cansancio, la preguntó por qué se había fatigado tanto. «Porque no creía—respondió—que me fuese permitido, bajo ningún pretexto, dispensarme de llegar hoy, como me lo habíais mandado.» Entonces

(1) Carta del 28 de Octubre de 1608.

el bienaventurado, sonriéndose, la recordó lo que tantas veces la había dicho, que no debía tomar sus mandatos con un rigor tan extremado, sino mirar más á la dulzura de sus intenciones que al rigor de las palabras.

Faltaban aún cuatro ó cinco días para Pentecostés, y San Francisco de Sales los empleó en hacer dar cuenta á la señora de Chantal de cuanto había pasado en su alma desde el año anterior, estudiando con cuidado sus impulsos y deseos, sin descubrirla sus designios, sino encargándola mucho lo encomendase todo á Dios, orando y esforzándose en inculcarla sentimientos de indiferencia, que constituyen, por cierto, el estado más propio y seguro para conocer la santísima voluntad de Dios.

Al otro día de Pentecostés la llamó después de la Misa: «Y bien, hija mía—la dijo con un rostro grave y el tono de voz de una persona abismada en Dios;—ya he resuelto lo que debo hacer de vos.»

—«Y yo—contestó la señora de Chantal,—Ilmo. señor y padre mío, estoy resuelta á obedeceros.»

Y diciendo esto, se arrojó á sus pies. El bienaventurado la dejó, y se quedó de pie á dos pasos de distancia de la Santa.

—«Pues es menester entrar en Santa Clara.

—»Pronta estoy, padre mío.

—»No—volvió á decir;—sois poco robusta; es menester que seáis Hermana del hospital de Beaune.

—»Como queráis, padre mío.

—»Tampoco es esto lo que quiero; seréis Carmelita.

—»Pronta estoy á obedecer.»

En esta forma la probó de mil modos distintos, y viéndola siempre obediente, la dijo:

—«Pues bien; nada os conviene de todo esto.»

Y en seguida empezó á desarrollar ante sus ojos el plan de la Visitación (1).

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 82.

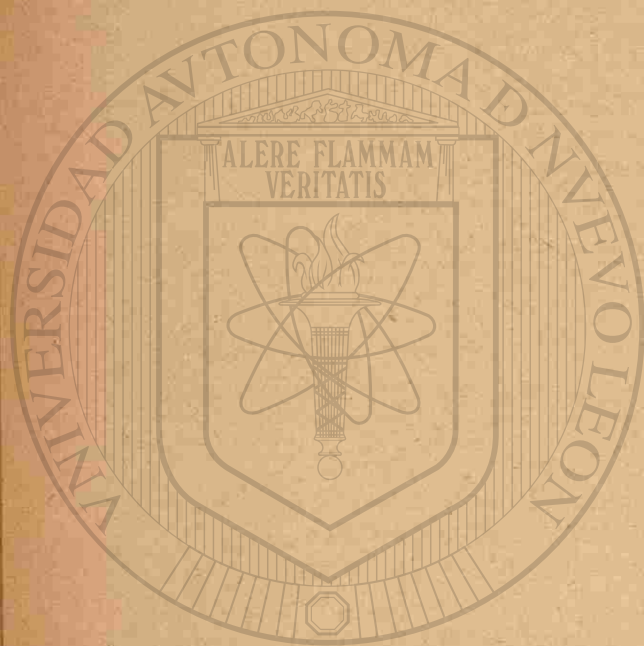
«A esta proposición—escribía después la Santa—sentí repentinamente una gran correspondencia interior, con tanta claridad y tan dulce satisfacción, que conocí que ésta era la voluntad de Dios; porque aunque en todas las anteriores proposiciones estuviese mi alma sometida, no había sentido en ninguna la emoción que en ésta.» Por su parte San Francisco de Sales sentía en el fondo de su alma una indecible seguridad. «Animo, hija mía—decía á la Santa,—ánimo; todas las cosas se unen para fortificar este proyecto en mi alma. Veo grandes dificultades para su ejecución, y ni un rayo de luz para desenredarlas, pero estoy cierto de que la Providencia lo arreglará por medios que no conocemos las criaturas.»

Así fué como la señora de Chantal llegó, por medio de mil rodeos, á conocer la causa final de su existencia. Dios, en efecto, la había criado para ser un día en la Iglesia Fundadora de una Orden, es decir, para participar de un modo inefable de esa paternidad espiritual que no procede ni de la carne, ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, y que Dios sólo puede comunicar, porque Él sólo es su origen. Así, desde sus primeros años la prepara Dios, por una serie de hechos misteriosos, á la obra sublime que debe ejecutar. Le da primeramente un alma de vigoroso temple, porque no hay obra más difícil ni que más sudores cueste que la fundación de una Orden religiosa. Pone al mismo tiempo en su fisonomía una especie de belleza severa, mezcla admirable de dulzura, de humildad, de fortaleza y santo ardor, que la procura la confianza de las almas, y hace que todo se doblegue ante ella. Para que estos elementos alcancen la necesaria virilidad, la sustrae Dios muy pronto á las caricias de su madre, y le da en el Presidente Fremiot un hombre de carácter y de fe, en cuyo corazón bebe el espíritu de sacrificio y de abnegación. A la paternidad de la sangre añade Dios otra

segunda paternidad, cuya influencia es aún más admirable. San Francisco de Sales concluye la obra del señor de Fremiot, y modera con su dulzura el ardor y la fortaleza que éste había comunicado á su hija. Y como la Orden de la Visitación estaba destinada á reunir vírgenes y viudas, permite Dios que la señora de Chantal recorra todos los estados y posiciones de la vida, siendo sucesivamente hija, esposa, madre y viuda, y que de este modo adquiriera la experiencia que necesitará después. Y porque la vida religiosa es una vida de penas interiores y de crucifixión, dolorosas tentaciones afligieron largos años á la señora de Chantal, para que las esposas de Jesucristo tengan una madre que sepa compadecerse de sus enfermedades, habiendo sido probada en muy alto grado.

Por último, llamada á dejarlo todo por Dios, recibe á un tiempo la nobleza, la hermosura, la fortuna, grandes riquezas, ilustres relaciones, padre y parientes á quienes ama, con cuatro hijos hermosos, de talento y encantadores; y pasa de en medio de todos estos goces, desde esta brillante posición, á la humildad del claustro, enseñando al mundo que todas las satisfacciones de la tierra, aun las más elevadas, las más puras, las más legítimas, son flores descoloridas ante la gran felicidad de amar á Dios, y servirle é inmolarse por Él.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XI

Algunas de las futuras compañeras de la señora de Chantal, principian á sentirse inclinadas al retiro.—La señorita Favre, la señorita de Brechard, la señorita de Chatel, la señorita de Blonay, Ana Jacobina Coste.

— 1608 —

No era la señora de Chantal la única que Dios había elegido en tiempos tan difíciles para trabajar, por medio de la fundación de una Orden religiosa, en reanimar en el mundo el espíritu cristiano. Mientras que la Santa adelantaba paso á paso en el conocimiento de los designios de Dios sobre ella, había en Saboya y Borgoña otras almas disgustadas del mundo, solicitadas también por la gracia, pero inciertas sobre los caminos que debían seguir, esperando como la señora de Chantal, un rayo de luz que las iluminara respecto á sus vocaciones, sin pensar en que Dios iba á dar á todas la misma cita.

La primera en turno, y tal vez la más célebre, la señorita María Jacobina Favre, era hija del primer Presidente del Parlamento de Saboya (1). Tenía dieciocho años, mucho talento, un juicio sólido, un corazón fran-

(1) *Las vidas de las cuatro primeras Madres de la Visitación, por la Madre de Chaugy: Annecy, 1659, en 4.º La Madre María Jacobina Favre.*

co como su rostro, y ese género de belleza grave que tanto se estimaba en el siglo XVI. Multitud de aspirantes se disputaban su mano, pero la señorita Favre, apasionada por la independencia, no podía tolerar ni aun la idea de casarse. Creía que sólo las viudas eran felices. «Si la hubiesen asegurado que á las dos horas de casarse moriría su esposo, y que de este modo quedaría libre, hubiera aceptado este partido.» Por lo demás, la idea de un convento ni siquiera la había ocurrido, porque odiaba cuanto ataca á la libertad.

No por esto era ignorante de las cosas de Dios; pero su carácter, enemigo de toda sujeción, independiente hasta el exceso; la ligereza de la juventud, la disipación de la sociedad que la rodeaba, y su pasión por la libertad que la hacía rechazar toda regla, relegaban al fondo de su alma el amor que conocía deber á Dios. «Cuando sentía en mí—dice—algunos pequeños movimientos de unción y devoción, trataba de aumentarlos, y para ello procuraba asistir á la muerte de los que fallecían en la ciudad, sobre todo si eran personas jóvenes y bien parecidas; de este modo, el pensamiento de la nada de las criaturas y la miseria de la vida, me impresionaba por tres ó cuatro días; después se desvanecían estas ideas, y las conversaciones del mundo borraban estas buenas impresiones.»

Felizmente, en medio de esta vida ligera conoció á San Francisco de Sales. Este sabio director, que trabajaba en la dirección de las almas con tranquila y paciente dulzura, no instó á ésta, sabiendo que era de un carácter opuesto á toda sujeción. Se contentó con hacerla leer *La Introducción á la Vida devota*, que acababa de dar á luz en 1608, la obligó á confesarse cada ocho días para mantenerla en gran pureza de conciencia, y como tenía un alma grande, muy capaz de conocer la hermosura de las cosas de Dios, y de conmoverse con su pensamiento, la hizo tener todos los días un cuarto

de hora de oración mental, esperando que la gracia y el tiempo darían la última mano á su obra.

No es fácil imaginar en qué circunstancia consiguió la gracia su triunfo sobre esta grande alma, que tanto amaba la libertad. La señorita Favre bailaba perfectamente, y habiendo tenido su madre que ir á Chambéry con motivo de algunos negocios, las señoras de la ciudad dieron un gran baile para tener el gusto de verla bailar. La señorita Favre, llena de alegría, se propuso justificar su fama en este punto, y en el momento de dar la música la señal, aceptó la mano del gobernador de Chambéry, que la suplicó abriese el baile con él. Aquel era donde Dios la esperaba, enviándole un dardo divino que la atravesó el corazón. «Pobre Favre—se dijo á sí misma interiormente, mientras todos aplaudían su gracia;—¿qué recompensa, que fruto sacarás de esos pasos que das con tanta medida y cadencia? ¿Qué bien ha bailado! dirán: y este será todo tu premio.» Estos pensamientos la llenaron de una saludable confusión. La idea de la muerte y del juicio, y la vergüenza de haber gastado su juventud en placeres tan frívolos, penetraron profundamente en su alma, y salió del baile cambiada, y resuelta á consagrarse á Dios.

No obstante, el Sr. Presidente Favre, que ignoraba esta mudanza, porque María Jacobina lo había callado cuidadosamente, trataba de casar á su hija, y entre otros partidos, se presentó uno muy ventajoso. El hermano del Santo Obispo de Ginebra, Luis de Sales, pidió en matrimonio á María Jacobina; el Sr. de Favre se la concedió, y vino muy contento á dar esta noticia á su hija. Al oírle la señorita Favre se pone pálida, titubea, y cayendo á los pies de su padre, le confiesa llorando el proyecto que tiene de abandonar el mundo. Fué menester que interviniera San Francisco de Sales, el cual tuvo que apelar á los sentimientos de fe y sumisión á la voluntad de Dios del Presidente Favre, para vencer

la resistencia de éste. Todavía fué más difícil persuadir á Luis de Sales, á quien la promesa del Presidente tenía loco de contento. El Santo Obispo se encargó también de anunciarle su desdicha. «¿Sabéis — le dijo un día después de comer — que tenéis un terrible rival? Es menester que le cedais vuestra novia sin remedio ninguno.» «A excepción de su Alteza — respondió el ardiente joven, cuyo valor se aumentaba con su amor — á excepción de su Alteza, dudo yo que haya hombre bastante osado para atreverse á disputármela.» «¡Oh! — dijo el Santo Obispo, con aquella dulce bondad que jamás perdía y con sonrisa fina y graciosa; — ese rival es tan grande, tiene tanto mérito, que no os atreveríais ni aun á mirarle á la cara.» Y viendo á su hermano enmudecer de admiración, añadió: «Sí, porque Jesucristo es el amante elegido por la señorita de Favre.»

En aquella época y entre aquellas familias llenas de fe sincera, el sacrificio no se rehusaba. Luis de Sales calló, sintió en el corazón una profunda herida, apagó heroicamente tan bella y amorosa llama, é inmoló á la voluntad divina una pasión que, aunque naciente, le era más cara que la vida.

El Presidente Favre quiso probar la vocación de su hija, y exigió se quedase algún tiempo más en el mundo. Dejó la señorita Favre los adornos de la juventud, y empezó á confesar el proyecto que tenía de abandonar el mundo para consagrarse á Dios. Así pasó un año. Ella no conocía entonces á la señora de Chantal, y no tenía más que una idea muy vaga del género de vida que el Santo Obispo quería que abrazase.

Al mismo tiempo otra señorita, rica también y de una noble familia de Borgoña, la señorita Carlota de Brechard, caminaba al mismo fin, pero por senda muy diferente (1).

(1) *Las vidas de las cuatro primeras Madres de la Visitación, por la Madre de Chaugy. Annecy, 1659, en 4.º La Madre Carlota Brechard.*

Había principiado su vida pobre y duramente. A la edad de siete meses perdió á su madre. A los cuatro años padeció una enfermedad rara, desconocida de los médicos, y tan aguda, que la puso á las puertas del sepulcro, en términos que, creyéndola muerta, la cubrieron con un paño y encendieron una vela bendita. Poco tiempo después, teniéndola en sus brazos una de sus tías, la dejó caer desde la ventana de una galería, y su cabeza dió en el borde de un estanque, entre piedras y abrojos, de suerte que la levantaron medio muerta. Apenas salva de estos peligros, se declaró la peste, y sus dos hermanas sucumbieron en muy pocos días, y su padre huyó del contagio. La criada del castillo, con esa crueldad fría que se ve tan á menudo en tiempo de peste, la hizo llevar á una casa de campo en donde todos habían muerto, y en la que se habían refugiado dos jóvenes que ganaban su subsistencia enterrando á los que morían apestados. Estuvo allí seis semanas sobre un poco de paja, sin más compañía que la de los dos sepultureros, que le maltrataban y le quitaban la poca comida que le traían. Una infeliz criada atacada de la peste vino poco después á refugiarse en aquel miserable tabuco, juntando su propia miseria con la de la niña: desde la misma noche ambas comieron y se acostaron juntas, y al otro día murió la criada casi en los brazos de la niña. Los dos sepultureros envolvieron en un paño á la muerta, y al salir para ir á buscar un carro, dijeron á la niña que se quedara para cuidar del cadáver. Pasó un día entero delante de este lúgubre espectáculo, y al aproximarse la noche le entró tanto miedo, que se agarró llorando á los barrotes de la ventana para no ver á la muerta. Sus horribles compañeros, viéndola inundada en llanto y decidida á no quedarse sola en aquella casa infestada, la metieron en su carro con el cadáver, y asistió amedrentada á este lúgubre entierro. Tres meses enteros se pasaron así,

durante los cuales, en medio de aquella aldea abandonada, se vió mil veces en peligro de ser devorada por los lobos, que andaban alrededor de los cuerpos, cubiertos solamente con un poco de tierra. Nadie se cuidaba de ella, y se veía obligada á ir á comer moras á la orilla de los vallados, y frutas silvestres en medio del campo, andando sola por los caminos, quemada del sol, manchada de lodo, y tan andrajosa, que nadie hubiera podido reconocerla.

De vuelta á la casa paterna cayó en manos de una maestra caprichosa, que más que á leer, la enseñó á sufrir. Después, su padre, que no la quería, para embarazarse de ella la metió en uno de aquellos conventos, que por su tibieza y relajación sirvieron de pretexto á Lutero para romper las rejas. Aquí la esperaban otros peligros. Hasta entonces no había oído hablar de Dios ni de la religión, y la primera vez que conoció ésta, fué para verla despreciada, envilecida y deshonrada. En lugar de esa paz, de ese silencio piadoso, de esas castas alegrías del amor de Dios, y de esa atmósfera celestial que se aspira y tanto conmueve en los claustros fervorosos, no vió sino la ligereza y la disipación que entristecían una morada no hecha seguramente para su alma; religiosas sólo de nombre y mundanas de corazón, ocupadas en agradar á los hombres, dejando el coro por el locutorio, y no teniendo en medio de vida tan disipada en visitas y pasatiempos, ni tiempo ni momento para oración, ni gracia de recogimiento. Muy gran peligro es para una mujer joven y poco instruida encontrar al mundo oculto con el velo y la hipócrita máscara de religión. Pero el alma de la señorita de Brechard era tan grande y magnánima que nada pudo corromperla ni detenerla en sus aspiraciones hacia Dios.

Privada de todo socorro espiritual, su Crucifijo era para ella un doctor mudo, pero elocuente. Le gustaba

fijar en él largas y ardientes miradas, que le revelaron la ciencia de las ciencias, la del sacrificio y de la penitencia. Apenas entrada en la adolescencia, y sin haber tenido maestros, con sólo la inspiración de la gracia, no pensaba sino en macerar su carne. No sabiendo á quién dirigirse para tener instrumentos de penitencia, tomó una cuerda de crines de caballos, con que atraillaban á los perros para cazar, y habiendo hecho en ella quince grandes nudos en honor de los quince misterios del Rosario, empezó á imprimir en su carne la señal sangrienta de Jesucristo. Ayunaba los viernes y los sábados, y dos veces al día iba á curar los cánceres, y á besar los pies y las úlceras de siete ú ocho pobres protegidos suyos.

El amor de Dios es insaciable. Un ardiente deseo de consagrarse á Dios en un claustro austero se apoderó de ella; y como no conocía otro monasterio que el de las Clarisas, se decidió á escoger esta clase de vida penitente.

En estas circunstancias, la señorita de Brechard tuvo un sueño misterioso que la alarmó sin iluminarla. La pareció ver en una gran sala un altar magníficamente adornado, y al pie de este altar una religiosa vestida con un traje no conocido aún en la Iglesia, que cantaba el oficio de un modo extraordinario. Entre otras ceremonias, tomó una trompeta y tocó de un modo muy agradable, y después, volviéndose á ella, «¿quereis ser de las nuestras?»—la dijo.—¡Jesús! sí—respondió Carlota;—con todo mi corazón.» Con esto la religiosa la dió un ramo de flores, y tocando de nuevo la trompeta, convidó á un número infinito de doncellas á que la siguieran.

Poco después, un religioso franciscano, que tenía fama de gran predicador, llegó á Dijón, y la señorita de Brechard alcanzó permiso para asistir á sus sermones. Era la primera vez que escuchaba el nombre de Dios,

saliendo del corazón y de los labios de un hombre elocuente, y se conmovió hasta lo más íntimo de su alma. Después del sermón fué á buscar al religioso, le abrió su corazón, y por consejo suyo fué á pretender en las Carmelitas, que acababan de llegar á Dijón, pareciéndole que serían las religiosas desconocidas que había visto en su sueño. Informado su padre de su proyecto, se encogió de hombros, su hermana se burló, y todos sus parientes se rieron mucho. Sin desconcertarse por esto la señorita de Brechard fué á confiar su pena á la señora de Chantal, á quien conocía hacía años, habiendo tenido en la pila del bautismo á su hija Carlotita. La señora de Chantal la llevó á las Carmelitas, donde la recibieron con su recomendación. Ni una ni otra imaginaban entonces el porvenir que Dios reservaba á las dos.

Después de un mes de estancia en el convento, y á consecuencia de una grave enfermedad, la fué preciso dejar una Orden tan austera; y la señorita de Brechard, recomendada por la señora de Chantal y la Presidenta Bruslard, fué admitida en las Ursulinas; pero su no bien restablecida salud fué un obstáculo para seguir con estas religiosas. Al salir del convento, el Presidente Fremiot la ofreció llevarla á Monthelón á pasar unos días, para restablecerse, en compañía de su hija la señora de Chantal. Aceptó con grande alegría, y allí vió por primera vez á San Francisco de Sales, que fué, como diremos muy pronto, á bendecir el matrimonio de María Amada, la hija mayor de nuestra Santa. La señorita de Brechard abrió su corazón al Santo Obispo, y éste, que conoció al instante que esta alma era de un temple fuerte y capaz de hacer las más grandes cosas, la dijo, después de haberla manifestado sus designios: «Hija mía, ¿os contentaríais con seguir la suerte de la señora de Chantal?» Esto fué una revelación para la señorita de Brechard, que la recordó el ramo de flores de su

sueño. «¡Oh, Ilmo. Señor! — respondió — ¡sería un gran contento para mí!» «Quedad, pues, en paz — respondió el Santo, — y no penséis, hija mía, en otra cosa sino en amar mucho al que os quiere toda para El.»

La vista penetrante de San Francisco de Sales no le había engañado; la señorita de Brechard era una grande alma muy ardiente, pero aún más generosa, y capaz de llegar en todo hasta el heroísmo, habiendo sido la más ilustre de las compañeras de la señora de Chantal. Honrada durante su vida con el don de milagros, arrebatada muchas veces en éxtasis, admiró al claustro con la heroicidad de sus sacrificios. Su cuerpo, muchos años después de su muerte, estaba incorrupto, y exhalando un perfume incomparable. El proceso de su canonización se principió al mismo tiempo que el de la de Santa Juana Francisca.

Poco tiempo antes que San Francisco de Sales encontrase en Monthelón á la señorita de Brechard, había conocido en Ginebra, hacia el año 1596, á una criada de una posada, ignorante, rústica, que no sabía ni leer, pero que poseía un gran espíritu, un alma generosa, adornada de los dones más singulares de la gracia, y que, á pesar de su origen plebeyo y la humildad de su posición, debía desempeñar un gran papel en los primeros tiempos de la Visitación (1).

Ana Jacobina Coste había guardado carneros en su juventud; y, parte por la pobreza en que se hallaba, parte por miedo al aislamiento en que vivía en medio de las montañas de Saboya, se decidió á la edad de dieciséis años á ponerse á servir. Su amo era protestante, y vivía en Ginebra. Desde los primeros días conoció las buenas cualidades de esta criada, y se valió de todos los medios para hacerle apostatar; pero las promesas de

(1) *Las vidas de siete religiosas de la Visitación*, por la Madre de Chaugy. Annecy, 1659, en 4.º, Ana Jacobina Coste.

dinero no le hicieron más impresión que los capciosos discursos de los ministros. Todos los domingos salía de Ginebra, donde el culto católico estaba prohibido, y andaba una legua para ir á oír Misa en una aldea vecina. Por lo demás, era tal su habilidad y el deseo que tenía de cumplir con sus obligaciones, que nunca pudo su amo, á quien gustaban muy poco estos viajes, encontrar motivo de queja, y ni aun sombra de pretexto para prohibírselos.

El término del tiempo contratado para su servicio en aquella casa concluyó, y resolvió irse á servir á la fonda del *Escudo de Francia*, en Ginebra. No ignoraba los peligros que allí iba á correr, pero esperaba ver de cuando en cuando algunos católicos á su paso, sobre todo religiosos y sacerdotes, con quienes podría confesarse. No se engañó, y uno de los primeros que vió fué San Francisco de Sales, cuando estuvo en Ginebra á sostener contra los ministros protestantes aquella célebre disputa que preparó la conversión de la ciudad de Thonon. Ana Coste asistía á esta reunión oculta entre la gente, y desde la vez primera que miró el rostro celestial del Santo, tuvo el presentimiento de las gracias extraordinarias que había de recibir por su ministerio. Durante la disputa, recogida en Dios, levantaba sin cesar sus ojos al cielo, y con sus ardientes ruegos sostenía al Santo Doctor en la exposición de la verdad. Los que saben los secretos de la Divina Providencia, y con qué amor atiende Dios á los ruegos de su menores hijos, no se equivocarían atribuyendo á esta humilde doncella una parte del éxito de la conferencia. Apenas concluyó, cuando San Francisco de Sales, cuya vida estaba muy expuesta en Ginebra, salió muy de prisa de la ciudad, sin que Ana Coste lograra la felicidad de hablarle. Pero la figura del Santo quedó grabada en su memoria, y principió á orar fervorosamente por él.

Dos años después llegó San Francisco de Sales á Gi-

nebra para intentar una conferencia con Teodoro de Beza, y fué á parar á la *fonda del Escudo de Francia*, en que servía Ana Coste; ésta le conoció al instante, y bajo pretexto de enseñarle por dónde se iba á su cuarto, le acompañó hasta él. En cuanto llegó, cerrando la puerta, «Ilmo. Señor—le dijo,—hace mucho tiempo que pido á Dios la gracia de poder hablaros;» y dando una silla al Santo Obispo, se puso de rodillas y depositó en su corazón los secretos de su vida entera. Entre otros dones poseía el siervo de Dios el de discernimiento de espíritus. Admiró el candor, la inocencia y sencillez de esta humilde doncella, y después de haberla confesado y dado la absolución: «¿No os alegraríais mucho—le dijo—de poder comulgar?»—«¡Ay! Ilmo. Señor—le contestó,—esto sería para mí el mayor consuelo; pero ¿cómo podré yo esperar esta felicidad, pues no podéis decir Misa en Ginebra?» Entonces el Santo, entreabriendo la sotana, sacó una cajita de plata que llevaba colgada de su cuello y en la que llevaba siempre la Sagrada Eucaristía para los enfermos ó católicos privados de pastor en medio de un pueblo protestante. Ana Jacobina, de rodillas, se preparó con alegría para recibir á su Dios, pero de repente un escrúpulo asaltó su imaginación. «Ilmo. Señor—dijo á San Francisco,—¿cómo podréis darme la comunión no teniendo sacristán?» «Hija mía—respondió el Santo con dulce sonrisa,—mi buen ángel, que está entre vos y yo, y el vuestro, que está á vuestro lado, nos servirán de sacristanes. Por cierto que el oficio de los ángeles es asistir alrededor de la Santa Mesa.»

Por consejo de San Francisco de Sales no salió Ana de Ginebra. Estuvo allí varios años, elevando sus humildes trabajos de criada á la dignidad de un verdadero apostolado. Escondía á los sacerdotes, mantenía á los religiosos, llevaba secretamente á los confesores á la cabecera de los enfermos; y para no citar más que

un hecho que manifestará á un tiempo su habilidad y valor, diremos que después de un asalto intentado por los católicos contra Ginebra, el cual tuvo mal éxito, escondió en una bodega y los alimentó por muchos días haciéndolos escapar uno á uno, á más de ochenta soldados católicos.

Nada es, sin embargo, más hermoso, ni llega tanto al corazón, como la conducta de esta humilde criada con su ama, que, joven aún, se moría de una enfermedad de pecho. Después de haberla asistido por espacio de once meses con una paciencia que no se desmintió un sólo instante, la convirtió, la enseñó las oraciones católicas, la hizo abjurar en secreto, y al través de mil peligros halló modo de traerla un confesor. Cuando su ama estuvo próxima á la agonía, como no había sacerdote que la pudiese dar el Viático, la piadosa criada no lo pudo tolerar y fué á buscar á un señor cura que vivía á una legua de Ginebra, pero que, bajo pena de muerte, no podía entrar en ella, y presentándole un pañuelo muy blanco, le rogó la diese una hostia consagrada, prometiéndole no tocarla con las manos, y hacerla recibir con gran reverencia al alma querida que iba á morir. Ya se puede comprender que no la fué posible conseguir lo que deseaba. Volvía, pues, muy triste á Ginebra la pobre Ana Coste, cuando á poco de entrar en su casa vió llegar á la fonda un embajador de Francia cerca de los cantones suizos. Este embajador, que iba á países del todo protestantes, llevaba consigo un capellán, y éste iba provisto de todas las cosas necesarias para decir la santa Misa. No es fácil explicar la alegría de la piadosa criada. Le confió su secreto, y, en cuanto dieron las doce de la noche, en el fondo de la bodega, en que tantas veces había ocultado sacerdotes y religiosos, sobre un altar improvisado se ofreció de nuevo, después de cincuenta años de interrupción, el santo y adorable sacrificio de la Misa. La

enferma parecía no aguardar sino esta felicidad para dejar este mundo, pues expiró algunos momentos después.

Muerta su ama, Ana Jacobina vino á establecerse á la ciudad de Annecy, donde vivía San Francisco de Sales; pero era tal el gentío que rodeaba su confesonario, y tal la discreción de esta humilde doncella, que, aunque tenía vehemente deseo de presentarse al Obispo, pasaron tres semanas sin tratar de verificarlo. Se contentaba con seguirle á todas partes, oír su Misa, escuchar sus instrucciones, y sobre todo la explicación del Catecismo, en que el Santo no tenía igual. Un día que asistía á la explicación, oculta entre el gentío, pero atenta y con los ojos en el bienaventurado, éste la miró de repente con detenimiento. El pastor había reconocido á su oveja. Al instante, y sin dejar de hablar, queriendo dar á entender á esta buena hija que no la había olvidado, tomó en sus manos el pectoral que llevaba, é hizo como que le abría; memoria tierna de la cajita de plata que sacó de su pecho en Ginebra para darla la Comunión. Ana Jacobina comprendió la seña, é interpretándola como una invitación para que se le presentase, lo verificó al día siguiente.

San Francisco de Sales la recibió con bondad, y quiso le contase, no su historia material, que era corta y poco interesante, porque no es ésta la que llama la atención del cristiano, sino la historia del alma, de su conciencia, de sus relaciones con Dios, y dejó admirado á nuestro Santo con su sencillo relato. Desde entonces Ana Jacobina se confesó con San Francisco de Sales.

Un día, después de confesarse esta buena criatura, manifestó al Santo Obispo que tenía un deseo ardiente de abandonar el mundo, y servir á Dios en la persona de sus esposas. No había entonces en Annecy sino un solo monasterio; el de las religiosas de Santa Clara. San

Francisco de Sales la preguntó si quería entrar en él.

—¡Oh, Ilmo. Señor! no es esto lo que yo quiero decir.

—Pues ¿en dónde queréis—la dijo—servir á las esposas de Jesucristo?

—Ilmo. Señor,—respondió,—quiero servir á las religiosas que V. S. Ilma. debe fundar.

—¿Y quién os ha dicho que yo debo fundar religiosas?—replicó San Francisco de Sales sumamente admirado, porque aún no había dicho á nadie su proyecto, sino sólo á la señora de Chantal, y con gran secreto.

—Nadie de este mundo—respondió Ana Jacobina;—pero tengo continuamente esa idea en mi corazón, y por eso os lo digo.

San Francisco de Sales, lleno de admiración, escribió en el mismo día toda esta historia á la señora de Chantal. Desde entonces Ana Jacobina no pensó más que en prepararse para ser religiosa; y aunque el Santo Obispo no decía nada de sus proyectos, le preguntaba á menudo: «¿Cuándo viene la señora?» (1.)

Mientras que San Francisco de Sales encontraba de este modo en una posada y en país protestante, una hija tan sencilla y tan grande la gracia solicitaba á otra de una clase muy diferente, entre las fiestas y reuniones espléndidas del embajador de Francia en Alemania (2). María Petra de Chatel era una joven de veinte años, rica, de buena figura y de rostro gracioso, muy amante de la música, del baile y de la poesía; hablaba muy bien, y era sobresaliente en todos los artes encantadores y frívolos, que son los que gustan y hermocean la sociedad. Componía por sí misma canciones, baladas y rondós, que cantaba después con maestría.

(1) Carta del 29 de Septiembre de 1608.

(2) *La vida de las cuatro primeras Madres de la Visitación*, por la Madre de Chaugy. Annecy, 1659, en 4.º, *La Madre María Petra de Chatel*.

Amada del mundo y amándole, fácil de seducir, luchaba, pero débilmente, no teniendo para defenderse de tantos encantos sino un alma grave naturalmente y las impresiones de viva fe que había recibido con una educación sólidamente cristiana. La señora de Chatel, su madre, era, en efecto, una de esas mujeres sobresalientes, como entonces había muchas, á quienes la grandeza de su carácter y una fe enérgica daban cierto linaje de belleza casi desconocida en el día de hoy. Como se ha escrito su vida, nada diré aquí; pero una sola pincelada bastará para retratarla. A la edad de ochenta años, coronando una vida virtuosa con un gran sacrificio, tomó el hábito de novicia en la Visitación, y la veremos, como simple religiosa, vivir bajo el gobierno de su hija María Petra, que era superiora.

¿Cuál no debió ser la educación dada por semejante mujer! Así, hasta los dieciséis años todo iba bien para nuestra María Petra, cuya modestia encantaba á su excelente madre. «¿Veis á mi chiquitina?—decía.—Pues ya veréis cómo un día será la más grande entre sus hermanas.» Pero estas esperanzas duraron poco; en cuanto llegó á esa edad amable y peligrosa en que se sale de la infancia para entrar en la juventud, María Petra cambió de repente. La lectura de las novelas, las lisonjas del mundo, el gusto por la poesía, sus habilidades en la música y el baile, de tan poco valor en sí mismas, pero que tanta vanidad inspiran á las jóvenes, disminuyeron en ella poco á poco el gusto por las cosas de Dios, sintiéndose, por el contrario, arrastrada á las del mundo.

Felizmente velaba Dios por esta alma, que tenía destinada para grandes cosas. La primera gracia con que la favoreció fué la del *fastidio*. Iba sin cesar á las fiestas y reuniones, donde solía encontrarse como embriagada, pero nunca feliz, y no era raro verla salir bañada en llanto de las mismas concurrencias en que

más había brillado. Había en su corazón un abismo que se ensanchaba sin cesar, y que le parecía tanto más vacío y profundo, cuanto más le llenaba de placeres. Entonces, vehemente como lo era, pasaba á los extremos, y se la oía exclamar, vestida aún con todos los adornos del baile y llorando amargamente: «María Petra, no encontrarás la paz sino en el claustro.» Un afecto legítimo, pero demasiado dulce, acabó de turbar su alma. Un joven caballero agregado á la embajada, y dotado de todas las cualidades que pueden merecer la estimación de las personas honradas, concibió una gran pasión por ella, y se la manifestó del modo más virtuoso. María Petra fué sensible, y su corazón se encontró sobre una pendiente peligrosa, que generalmente se baja aunque no se quiera.

Pero cuanto más se entregaba á estos delirios, más la instaba Dios con el aguijón de su gracia. *El Memorial de la vida cristiana* del P. Fr. Luis de Granada, vino á parar á sus manos, y ella leyó con avidez aquellas páginas admirables, en las cuales describe el Santo religioso la dicha de las almas castas y las alegrías que proporciona el amor de Dios. Solicitada entonces por dos tendencias contrarias, y, por decirlo así, dividida en dos partes, sufrió terriblemente. «¡Ay! — decía sin cesar á Dios — ¿por qué permitís que mi corazón y mis pensamientos corran tras tantas cosas, y que un mortal, que no puedo ni quiero aborrecer, se lo lleve todo? Tapad mis oídos para que yo no oiga la voz de esta sirena.» Así gemía á los pies de los altares; pero en cuanto aparecía la sirena, su corazón se volvía con placer á todas las cosas que ni quería ni podía aborrecer. Le era menester volver á tomar su libro, y de nuevo volvía á renacer en su alma la fuerza y el valor, dándole, al menos por algún tiempo, una paz dulce y una profunda calma.

Bajo el encanto, siempre en aumento, de este libro

de oro, María Petra resolvió renunciar á la vana y mundana gloria, como también á la loca alegría de su juventud. «Dotada de una voz delicada y armoniosa, gustaba de la música con pasión;» renunció á ella, como también á la poesía, «de que era más amante que ninguna joven de su tiempo», y á la que volverá en sus últimos años, encantando al claustro con la belleza y fuego divino de sus cánticos; y no quiso volver al baile que había todos los días en casa del embajador, á pesar de las repetidas instancias que le hicieron.

Estos sacrificios, como es fácil pensar, fueron muy costosos á esta alma generosa, pero inclinada al mundo. Algunas veces el sonido de los violines se oía desde su cuarto, y entonces sentía despertarse en su corazón la afición al baile; pero al momento tomaba un librito piadoso, en que explica el autor cómo la muerte hace bailar á todo el mundo con una misma y monótona cadencia, y fijaba su atención sobre esta escena trágica, hasta que el temor de la muerte desterraba el deseo que sentía de volver á las cosas frívolas del mundo.

La oración dió la última mano á lo que la lectura y la meditación habían empezado; una oración, no sólo viva, fervorosa y continua, sino tan familiar, tan íntima, que podemos conjeturar que aun en medio del mundo, y en lo más fuerte de sus encantos y torbellinos, María Petra no había perdido su inocencia bautismal. Este es, en efecto, el carácter de las almas inocentes; tienen con Dios una familiaridad, y, si me atrevo á decirlo, una libertad que las almas penitentes ni aun sospechan, y de la cual no son capaces casi nunca. Mientras que éstas se mantienen á los pies del Salvador, besándolos y lavándolos con sus lágrimas como la Magdalena, aquéllas, como San Juan, descansan sobre su pecho, y le preguntan con una franqueza que asusta á las demás.

Se creyó por un momento que María Petra iba á se-

pultarse en las Claras ó en las Carmelitas, refugio entonces de todas las almas heroicas; mas la debilidad de su salud se opuso á ello. No sabiendo qué hacerse, recurrió á Dios, y le dijo con su sencillez acostumbrada: «Dios mío, ya veis mis trabajos y mi debilidad; permitidme os diga que es menester que en la próxima Pascua de Pentecostés me manifestéis el lugar en que debo consagrarme á vuestro servicio. Si no lo hacéis así, me veré obligada á entrar en una religión mitigada.» Dios la escuchaba en su misericordia, y no estaba lejos del día en que, en la misma semana de Pentecostés, encontrando por primera vez á la señora de Chantal, iba á sentir que su corazón se inflamaba al desplegarse ante sus ojos el misterio de su vocación.

Menester es juntar con estas admirables y virtuosas señoritas, y ponerla en primera línea, aunque no pudo reunirse con ellas hasta algún tiempo después, á la señorita María Amada de Blonay, y á quien San Francisco de Sales conocía desde su infancia, y á quien preparaba largo tiempo hacia para la obra en que había de ser una de las más notables glorias (1). Talento agudo y curioso, el más agudo tal vez de la Visitación, pero no el menos sólido ciertamente; gustando desde sus más tiernos años de las ideas elevadas y casi sutiles; con experiencia y rara habilidad en el manejo de los negocios temporales; con un corazón inocente, pero más bien con la inocencia que ignora el mal que con la que le combate; llamada desde su juventud *Palomita*, y mereciendo á los sesenta años el mismo sobrenombre por su raro candor; poco vehemente, mucho menos, sin comparación, que María Petra Chatel, y bajo este aspecto sin semejanza con la señorita de Brechard; con cualidades menos brillantes que la señorita de Favre,

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales; París, 1656, en 8.º

si bien en mayor número, fué María Amada la menos sobresaliente, pero sin duda alguna la más completa de las primeras hijas de Santa Juana Francisca. San Francisco de Sales expresó todo esto con una sola palabra: la denominaba la *crème* de la Visitación.

Dios había hecho á la señorita de Blonay la gracia de nacer de una de esas familias patriarcales que son, digámoslo así, como un santuario de fe. Comunmente se decía que los señores de Blonay querían mejor arruinarse que dejar de socorrer á los pobres. Unidos largos años con un indisoluble y santo amor, habían hecho un pacto admirable, por el que se habían obligado á que el primero que quedara viudo haría voto de castidad, y se consagraría al servicio de los pobres ó al ministerio de los altares. La señora de Blonay murió la primera, y su marido cumplió fielmente su promesa. Después de haber hecho sus pruebas bajo la dirección de San Francisco de Sales, recibió los órdenes sagrados, se encerró en su castillo de Saint-Paul, á las riberas del lago de Ginebra, y se consagró á la educación de sus nueve hijos, no sólo como padre, sino también como sacerdote.

Se ve con esto, dicho sea de paso, cuál era en el siglo XVI el estado de las familias. Sin duda existían hacia ya largo tiempo muchas causas de disolución: la relajación de las costumbres de que se hablaba en los Concilios; el grito salvaje de la Reforma, que proclamando la libertad de la carne había encendido todas las pasiones; las guerras de religión, tan largas y tan violentas; los escritos del infame Rabelais, como le apellidaba San Francisco de Sales, y de todos sus discípulos; todas estas causas y otras muchas habían dado motivo para la relajación de las costumbres; pero no obstante esto, en la época de que hablamos, y cuya historia referimos, la familia no estaba aún desorganizada. Aparecía todavía con toda su savia, y con toda la antigua y original belleza que el cristianismo la co-

municara. Padres fuertes y generosos; madres enérgicas y fecundas; el gran número de hijos; el respeto á la autoridad paterna que se conservaba en el vigor de la edad, y aun en la misma honrosa vejez; el culto al deber, al cual se sacrificaba todo; la pureza y alegría del hogar doméstico; todas estas cosas santas y amables, que el cristianismo había traído, que han desaparecido, y que, ¡ay! nos faltan desgraciadamente hoy día, las encontramos en Borgoña y en Saboya en cuantas familias hemos conocido en esta historia, exceptuando una sola, la de Brechard; pero esta era una familia contaminada por el protestantismo. Y sin embargo, es menester decir que la señora de Brechard era una mujer de eminente virtud, y que murió en la flor de su edad, después de haber dado diez hijos á su esposo.

Volvamos á la infancia de la señorita de Blonay, que fué bastante notable. Desde la edad de cuatro á cinco años, se advirtieron en María Amada esa agudeza de ingenio, esa perspicacia, esa inclinación á las ideas elevadas, de que acabamos de hablar. Su primera curiosidad fué saber qué cosa es alma, y de dónde procedía esta potencia que raciocinaba encerrada en su cuerpo, sobre lo cual hizo mil investigaciones. Un día se hablaba en su presencia de las enfermedades del cuerpo, y preguntó si el alma tenía las suyas, y cuál era su médico; preguntas admirables, de que su madre se aprovechaba para explicarle el pecado, la penitencia, la confesión, cosas austeras que espantan á los niños, pero á las cuales no tenía miedo esta querida niña, porque quería vivir con la vida del alma. Otro día que estaba con una fuerte jaqueca, diciéndola que era menester ofrecer á Dios este mal, preguntó «si los males del cuerpo eran buenos para el alma». Y habiendo sabido que el espíritu no se desarrolla nunca sino con detrimento de los goces del cuerpo, deseó mucho sufrir, para aumentar en su alma la vida del espíritu.

San Francisco de Sales, que amaba mucho á la familia de Blonay, y que en cierta época, y sobre todo cuando evangelizaba el Chablais, había vivido largo tiempo en su castillo, fué como el primer maestro de María Amada. Tenía esta niña un placer inexplicable en verle, y muchas veces se la encontraba escondida detrás de una cortina, para tener el gusto de contemplar al Santo sin testigos. Por su parte San Francisco de Sales gustaba de enseñarle oraciones y cánticos espirituales, de responder á sus preguntas, y de oírla resolver los pequeños problemas que la proponía, y que, en efecto, resolvía con la prontitud de su talento vivo y penetrante.

A los diez años la colocaron como educanda en el monasterio de Santa Catalina, antigua Abadía de Religiosas de la Orden del Cister, á media legua de Annecy. Allí fué donde á los tres años de la vida dulce y piadosa que pasan las niñas en los conventos, tuvo los primeros presentimientos de su futura vocación. Una noche, vispera de Navidad, en el año 1606, hacía oración al pie de una imagen de la Santísima Virgen, y como á menudo le sucedía, su imagen viva é ingeniosa se extravió, pensando alegremente en la figura que harían los pastores alrededor del pesebre, en su postura, y en sus arengas y términos; se había pasado una hora sin hacer nada, y trataba de reparar el tiempo perdido, cuando de repente un rayo de luz iluminó su alma. Una voz semejante á un pequeño soplo se deslizó en su oído y la hizo oír estas palabras: «Hija mía, mira á mi Hijo, que viene buscando una esposa, ofrécete á serlo, y te aceptará.» En el momento, cayendo de rodillas, hizo voto de consagrarse á Dios.

La noche siguiente tuvo un sueño que la hizo reflexionar mucho. Se creía en el castillo de su padre; su madre, vestida de blanco, después de haberla peinado largo rato, rodeó sus cabellos alrededor de su brazo y

cogió unas tijeras para cortarlos, y como no quisiese y procurase soltarse de las manos de su buena madre, ésta la dijo dulcemente: «Déjame, hija, déjame cortártelos, porque así has de estar peinada hasta el día de tu boda.»

Dos años después, exactamente, San Francisco de Sales debía predicar en Annecy el día de Navidad, y la señora de Charmoisy, que era hija espiritual del Santo, para cuya dirección compuso éste la *Introducción á la vida devota*, convidó á la señora Abadesa de Santa Catalina á que viniese á oírle. Aceptó esta señora, y llevó consigo á cuatro religiosas y cuatro pensionistas, de las cuales era una María Amada, que después del sermón pudo tener una larga é importante conversación con San Francisco de Sales.

Esta conversación que contaba después María Amada del modo más agradable, se efectuó en una sala que estaba contigua á la capilla; en ella se pasaron San Francisco de Sales y María Amada más de una hora hablando de Dios. El Santo hacía que le diera cuenta del modo con que hacía su oración, y la hacía notar los ardidés que el demonio empezaba á usar contra ella y la enseñaba á combatirle. Durante este santo y amable diálogo, María se sentía llena de la presencia de Dios y de sus santos ángeles. El Santo Obispo, viéndola muy conmovida, la preguntó sobre ello y contestó sencillamente que le parecía encontrarse en medio de los espíritus angélicos. «No lo dudéis, hija mía—la dijo el Santo,—Dios y los ángeles están aquí regocijándose de las buenas resoluciones que tomamos los dos y confirmandonos en ellas. Es preciso sepáis que Dios me ha dado dos ángeles para ayudarme: el de Francisco de Sales me asiste particularmente cuando se trata de la corrección, enmienda, bien y progreso de mi alma, y el del Obispo de Ginebra me ayuda cuando trabajo por el bien de las almas que me están encomendadas, y en

este instante, hija mía, siento perfectamente que los dos me asisten, porque trabajando por vuestro bien, trabajo también por el mío propio.»

La señorita de Blonay no había venido sino para oír predicar á San Francisco de Sales, y lo más que se había prometido era pedirle algunos consejos; pero á medida que la conversación se alargaba, su corazón se dilataba y se sentía atraída á mayor confianza, como sucedía á cuantas personas hablaban con este Santo Obispo. Poco á poco todos los secretos que tenía escondidos en su corazón se volaron y descansaron en el de San Francisco de Sales. Le contó sus deseos de ser religiosa, los atractivos de su juventud, su voto de virginidad, la visión misteriosa que había tenido al otro día, y su proyecto de entrar lo más pronto posible en el convento de las religiosas Claras de Evian.

San Francisco de Sales había escuchado todo esto con el más profundo recogimiento, y levantando después los ojos al cielo. «Y bien, hija mía—le dijo con aquel acento de dulce autoridad á que ninguno podía resistirse,—vos me habéis descubierto vuestros secretos y yo quiero confiaros el mío. Hace ya mucho tiempo que os he visto en el espejo de la Providencia divina, destinada á formar parte de una Congregación que espero será para gloria suya; pero no he querido deciros nada, porque he debido este respeto al celestial Esposo, que desea hablar por sí mismo á vuestro corazón. Unicamente os pido ahora la humildad y perseverancia, y que confiéis en mí respecto á vuestro designio, sin hablar de ello á ninguna otra persona.»

Tres años se pasaron antes que la señorita de Blonay pudiese seguir esta voz que para ella era la voz misma de Dios. Fué menester pleitear mucho tiempo y orar mucho para alcanzar el debido consentimiento, y no pudo reunirse con la señora de Chantal y con las señoritas Favre, de Brechard y de Chatel, sino á los

bró su espada, ó más bien, mientras que esta espada estaba aún en sus manos, porque desgraciadamente el mundo no puede pasar sin ella, enviaba á sus hijos á que fundasen el Oratorio; á que poblasen la Compañía de Jesús para educar á la juventud, visitar á los enfermos, convertir á los indios y civilizar á los negros. Al mismo tiempo enviaba también sus hijas á que se sepultasen en las Carmelitas, en las Claras y en la Visitación, para que, como víctimas de agradable olor, consiguieran con más éxito que la política de los Reyes y las hazañas de la Liga, detener los estragos del protestantismo.



CAPÍTULO XII

Partida de la señora de Chantal.

1608-1610

LA vocación de la señora de Chantal estaba ya decidida. Después de largos y ardientes deseos por su parte, después de sabias dilaciones por la de San Francisco de Sales, se había definitivamente decidido que la señora de Chantal abandonaría el mundo en el momento en que las circunstancias se lo permitiesen; pero que no se retiraría á las Carmelitas, adonde Dios no la llamaba, ni tampoco á ninguna de las Ordenes religiosas que había entonces en la Iglesia, y que servían á Dios con la penitencia y oración, sino que formaría una nueva Congregación, cuya idea, plan y reglas generales, habían sido reveladas por Dios al Santo Obispo de Ginebra. Faltaba buscar los medios de realizar este proyecto, y precisamente en este punto se presentaban una infinidad de dificultades casi invencibles; dificultades felices, sin duda, porque hicieron que los dos Santos desplegasen toda su dulzura, su singular prudencia y la sabia circunspección de su conducta, cosa que siempre es muy útil en empresas de esta clase, pero que era absolutamente precisa en ésta, porque á los prodigios de paciencia debían suceder muy pronto prodigios de fortaleza; y este negocio, tan lenta

y sabiamente tratado, iba á terminarse por un golpe tan vigoroso, cual el mundo admirado no ha visto repetirse otra vez.

La principal dificultad era desatar los lazos innumerables que sujetaban á la señora de Chantal en Borgoña. Su venerable padre, cuya casa dirigía ella; su suegro, de ochenta años, que contradiciéndola siempre, no podía pasarse sin ella; su hijo, único heredero de su nombre, que apenas entraba en los quince años; sus niñas, de las cuales la mayor sólo tenía doce, eran otros tantos lazos de amor que encadenaban á la señora de Chantal, y la imposibilitaban para seguir su vocación.

Lo que aumentaba esta primera dificultad era la precisión de establecer en Annecy, fuera de Francia, la nueva Congregación. Los dos Santos Fundadores consideraban necesaria esta medida. En Annecy era donde San Francisco de Sales, arrebatado en éxtasis, había visto el manantial misterioso, tan pequeño en su principio, que debía luego hacer correr por todo el mundo sus hermosas y abundantes aguas. «Por otra parte—decía Santa Juana Francisca,—¿no es absolutamente preciso que esta viña se plante cerca del Santo Obispo, á fin de que éste, con su mano inteligente, plante y arranque en ella todos los días lo que el divino Padre de familias le revele ser más á propósito para mejorarla y aumentarla?» Pero de aquí nacía otra dificultad. Annecy era una ciudad pobre, metida entre montañas estériles; San Francisco de Sales, desterrado de Ginebra, era más rico de virtudes «que de escudos;» y en cuanto á la señora de Chantal, ni ésta, ni el Santo Obispo pensaron jamás en que al dejar su familia se llevase ni un óbolo. Esta falta absoluta de recursos era, no obstante, lo que llamaba menos la atención; porque sucede en las obras de caridad lo que en las de Dios, que se hacen de nada, y nunca salen mejor que cuando se principian con las manos vacías.

La verdadera dificultad consistía en sacar á la señora de Chantal de su familia y de Borgoña; y era esta dificultad tan grande, que el mismo San Francisco de Sales la creía invencible por entonces, y estaba decidido á retardar la realización de su proyecto hasta que pasasen siete ú ocho años, época en que los cuatro hijos de la señora de Chantal podrían estar colocados y casados.

Una circunstancia, en apariencia de ningún valor, vino de repente á dar alguna luz en medio de estas tinieblas. El día del *Corpus*, volviendo la señora de Chantal muy fatigada de la procesión, quiso subir á su cuarto para descansar un instante. Tres ó cuatro caballeros que encontró á su paso, la ofrecieron el brazo para subir. Rehusó al principio con amabilidad, pero viendo entre ellos al joven Barón de Thorens, hermano de San Francisco de Sales: «¡Oh!—dijo,—éste ha de ser mío,» y aceptó su brazo. Este afectuoso cumplido corrió de boca en boca, y llegó á oídos de la señora de Boisy, quien creyó ver en estas palabras una alusión en que no había pensado la señora de Chantal; y la idea de un matrimonio entre el joven Barón de Thorens, su hijo, y María Amada, la mayor de las hijas de la Santa, la vino á la imaginación. Desde este momento ya no tuvo tranquilidad, hasta que San Francisco de Sales, á quien rogó lo hiciese, habló con la señora de Chantal, lo que se verificó el mismo día.

La proposición regocijó y sorprendió á nuestra Santa, conociendo las muchas dificultades que se presentarían. No obstante, no dejó de manifestar su gozo, confundiendo en expresiones de agradecimiento á la señora de Boisy, sin atreverse, sin embargo, á dar una palabra formal, «sabiendo cuánto sentirían los dos abuelos de la niña verla salir de Francia.»

Apenas concluyó la octava del *Corpus*, salió la señora de Chantal de Annecy, y volvió á Borgoña, muy

contenta por conocer su vocación, y llena de las más agradables esperanzas respecto al buen éxito de sus proyectos. Por su parte San Francisco de Sales le escribía carta sobre carta, y en todas la manifestaba su alegría, diciéndola además que su alma estaba penetrada de una extraordinaria suavidad, y llena de incomparable certeza de que todo concurriría á la entera realización de sus comunes esperanzas.

Todo, en efecto, iba á concurrir á ello; y aun los mismos acontecimientos que á primera vista parecían deber dilatar ó comprometer el éxito, fueron, por el contrario, los que sirvieron para arreglar las cosas.

Hacia dos meses que había vuelto de Annecy la señora de Chantal, cuando las vacaciones del Parlamento la hicieron salir de Monthelón para ir al castillo de Thotes, en donde acostumbraba pasar algún tiempo, acompañando al Presidente Fremiot, su padre. Llevaba consigo á Celso Benigno, á las tres hermanas de éste y á Juanita de Sales, que siempre estaba con nuestra Santa. En cuanto llegaron, se quejó esta niña de un fuerte dolor de cabeza. Al pronto no ofreció ningún cuidado esta pequeña desazón, pero de repente la enfermedad se agravó y tomó un carácter tan alarmante, que á los pocos días ya no hubo esperanzas de salvarla. Con esta novedad en el castillo no resonaban sino llantos; los niños sollozaban sin consuelo, y la señora de Chantal, sobre todo, no podía contener su aflicción. La sola idea de ver morir en sus brazos á esta niña tan querida de San Francisco de Sales, que se la había confiado, la partía el corazón. Noche y día tenía clavados sus ojos en aquella lucecita que iba á extinguirse. Unas veces elevaba al cielo sus súplicas, y puesta de rodillas ofrecía á Dios su propia vida en cambio de la de aquella niña, y otras veces, desolada al ver los progresos visibles de la enfermedad, rogaba á Dios que la arrebataste una de sus propias hijas y conservase á Juana

de Sales. Pero ni sus ruegos ni sus lágrimas pudieron detener la creciente gravedad del mal, y bien pronto entró Juana de Sales en la agonía. Entonces fué cuando nuestra Santa, no escuchando más que á su dolor, cayó de rodillas, é hizo voto de dar á la casa de Sales una de sus hijas, para reemplazar á la que esta familia le había confiado. Apenas pronunció estas palabras cuando sintió un gran consuelo, y Dios la hizo entrever que esta donación sería uno de los medios de que se serviría su Providencia para realizar sus designios sobre ella. «Lavó después el cuerpo inocente de la joven difunta con más lágrimas que agua,» y subiendo á su cuarto escribió á San Francisco de Sales una conmovedora carta, cuya pérdida sentiremos eternamente.

Puede juzgarse del dolor de la Santa por la respuesta del Santo Obispo. Había sido tan excesivo este dolor, que San Francisco de Sales teme que haya escandalizado á los que han sido testigos de él, y la reprende por haberse abandonado demasiado á su pena. «¿Qué queréis dar á entender, querida hija, cuando decís que os habéis encontrado tal cual erais? Decidme, os ruego, ¿qué ha hecho vuestro corazón? ¿Habéis escandalizado á los que estaban presentes á ese triste acontecimiento? Decídmelo claramente, hija mía, porque en cuanto á mí, no me ha parecido bien que ofrecieseis vuestra vida ni la de alguno de vuestros hijos en cambio de la de la difunta. No, querida hija mía; es menester no solamente aceptar el golpe que Dios nos envía, sino también que sea en donde y como El quiera.»

«Os veo desde aquí—continúa—sufriendo con vuestro corazón vigoroso, que ama y quiere con gran fuerza y poder. Me alegró mucho, porque los corazones medio muertos para nada sirven. Pero es menester que nos ejercitemos mucho en amar la voluntad de Dios, más fuerte, tierna y amorosamente que á ninguna cosa de este mundo. Tenéis, hija mía, cuatro hijos, un buen pa-

dre, un hermano querido, y además un padre espiritual, y todo esto os es sumamente caro. Pues bien, si Dios os arrebatase estos objetos queridos, ¿no tendríais bastante con sólo Dios?»

Para animarla más á la resignación, la pone delante San Francisco de Sales el ejemplo de su propia madre, la madre de Juanita de Sales, la venerable señora de Boisy, que había sufrido este golpe con una constancia y fortaleza admirable. «El domingo por la mañana envió á llamar á mi hermano el canónigo (1), y como le había visto triste la noche anterior, y á todos los hermanos también, empezó á decirle: «Toda la noche la he pasado soñando que mi hija Juana ha muerto; decidme, ¿es verdad?» «Mi hermano, que me esperaba á mí para decírselo—continúa San Francisco de Sales,—conociendo que ésta era la mejor ocasión de presentarla el cáliz, y que aún no se había levantado de la cama: «Es verdad, madre mía—le respondió, sin añadir una palabra más, porque no se sentía con fuerza para ello. «¡Hágase la voluntad de Dios!»—dijo mi buena madre, y lloró abundantemente largo rato. Después, llamando á su Nicolasa (2): «Me quiero levantar—dijo—para ir á la capilla á rezar por mi pobre hija;» é inmediatamente lo hizo. Nada, ni una palabra de impaciencia, ni una sola mirada de inquietud se la escapó, sino que bendijo á Dios mil veces, y mil veces se sometió á su voluntad. Nunca he visto dolor más tranquilo: lágrimas abundantísimas, pero nacidas de enternecimiento, y sin sombra de despecho. Era, no obstante, su hija predilecta. ¡Ay! ¿Cuánto no deberé yo amar á tan buena madre?»

San Francisco de Sales estaba ocupado en la visita de su diócesis cuando tuvo tan triste noticia, y la inte-

(1) Juan Francisco de Sales, que fué después Obispo de Ginebra y sucesor del Santo.

(2) Nicolasa Rolland, su doncella.

rrumpió para venir á consolar á su madre. El mismo estaba sumamente afligido. «¡Ay! hija mía—dice en la misma carta á la señora de Chantal,—soy un pobre hombre! Mi corazón se ha enternecido mucho más de lo que yo creía; pero la verdad es que la aflicción de mi madre y la vuestra han contribuido mucho para el aumento de la mía, porque he tenido miedo del efecto que podía hacer el dolor en vuestro corazón y en el de mi madre. Pero en cuanto á lo demás, ¡oh! ¡viva Jesús! yo abrazaré siempre el partido de la Divina Providencia. Todo lo hace bien. ¡Qué felicidad la de esta niña, haber sido arrebatada de este mundo antes de que la malicia pervirtiese su espíritu, y haber salido de entre el fango de la tierra antes de haberse manchado con él! Ya os podéis figurar, querida hija mía, lo que yo querría á esta niña, á quien había engendrado para su Salvador, porque la bauticé por mi mano hará catorce años, y fué la primer criatura sobre la cual ejercité el orden sacerdotal. Yo era su padre espiritual, y, á la verdad, me prometía hacer de ella algo bueno. Y lo que me la hacía aún más querida (y digo la verdad) es que era vuestra realmente, á lo menos por cierta adopción. Pero, no obstante, querida hija mía, en medio del gran sentimiento que mi corazón de carne ha tenido con esta muerte, siento sensiblemente una cierta suavidad y un dulce descanso de mi espíritu en la Divina Providencia, que derrama en mi alma un gran contento en medio de estas penas (1).»

Esta larga y admirable carta, donde se ve cómo saben los Santos amar, llorar y resignarse, calmó un poco el dolor de la señora de Chantal. Apenas la recibió comenzó á hacer el ejercicio del amor á la voluntad de Dios que San Francisco de Sales la aconsejaba, y escribió en su librito la siguiente admirable fórmula

(1) Carta del 2 de Noviembre de 1607.

que rezó después á la mañana y á la noche: «¡Oh Señor Jesús! ya no quiero tener elección en nada; tocad la cuerda que queráis de mi laúd, siempre y por siempre no tocará más que esta sonata. Sí, Señor Jesús; sin condición alguna, sin pero, sin excepción, hágase vuestra voluntad sobre el padre, sobre los hijos, sobre todas las cosas, y sobre mí misma.»

Algunos días después de la muerte de Juana, estando la señora de Chantal sola con su padre el Presidente Fremiot, le dijo la proposición que le había hecho la señora de Boisy relativa al matrimonio de María Amada y el voto que ella misma acababa de hacer de dar una de sus hijas á la casa de Sales. El Sr. de Fremiot se quedó admirado y opuso á la señora de Chantal una porción de objeciones; la poca edad de María Amada, la juventud del Barón de Thorens, el dolor que le causaría la separación de esta niña, «porque—decía—si la envía fuera de Francia ¿cuándo la volveremos á ver?» La imposibilidad de que el Barón de Chantal y la familia toda consintiesen en ello... Mas á todas estas graves observaciones, la Santa respondía con dos razones aún más fuertes, la obligación de su voto, á que su conciencia no le permitía faltar, y el honor de enlazar su familia con la del Santo Obispo de Ginebra. Hizo valer tanto estos dos motivos que convenció al Sr. de Fremiot y le decidió á que él mismo escribiera á San Francisco de Sales aceptando la oferta de la señora de Boisy. «Pero es menester que os confiese, Ilmo señor—decía al concluir su carta—que sólo la fuerza que Dios ha dado á la Baronesa de Chantal, mi hija, hubiera podido arrancar de mis rodillas, de mis brazos y de delante de mi vista á esa niña tan querida.»

San Francisco de Sales contestó al instante al Presidente Fremiot dándole gracias por el honor que hacía á su familia, y escribió también al anciano Barón de Chantal, cuyo consentimiento había sido más difícil de

conseguir. Le rogaba creyese que nadie en el mundo recibiría el honor que les dispensaba con más reconocimiento que sus parientes y que él sobre todo, y que á pesar de estar muy lejos de merecer unirse con él en tan íntimo parentesco, esperaban, no obstante, corresponder á esta elección con el más entero, humilde y sincero deseo de servirles en cuanto les fuese posible. «Yo, muy particularmente, señor—añadía el Santo Obispo,—permitidme os diga que la amistad, no sólo fraternal, sino aun paternal que tenía á mi querida hermanita, me ha quedado en el corazón para darla á otra aún más pequeña que la Providencia me destina, y á quien se la daré, en efecto, con el aumento del respeto y estimación que os profeso, como también al Sr. Presidente y al Ilmo. Sr. de Bourges, sin contar con la dilección que debo á su señora madre, vuestra querida hija (1).»

Al mismo tiempo la señora de Chantal escribía á la señora de Boisy para manifestarla toda su satisfacción. «Señora y mi buena madre; los señores abuelos de mi hija, gracias al Señor, escriben muy contentos y deseosos del honor de enlazarse con vuestra respetable y querida familia. ¿Qué me queda á mí que hacer ahora, sino rogar á Dios que esta hija sea para vos agradable, hermosa, virtuosa y digna de la honra de entrar en vuestra santa casa? ¡Ser hermana de un hombre tan grande, tan santo! ¡Oh qué felicidad! No quiero dejarme llevar del gran contento que esta dicha me inspira. Suplico á nuestro Señor que esta obra sea para su gloria, salvación y tranquilidad de nuestros hijos y consuelo nuestro (2).»

Tres meses después, San Francisco de Sales, cediendo á la impaciencia de su madre la señora de Boisy y también por un secreto presentimiento de que todos

(1) *Cartas autógrafas de los archivos de Annecy.*

(2) *Proceso de canonización. Parte compulsorial, folio 154.*

estos acontecimientos servirían para acelerar la grande obra, vino á Borgoña á presentar por sí mismo á su hermano, el joven Barón de Thorens, á las dos familias de Fremiot y Chantal. La alegría fué recíproca, se arregló el contrato, que no fué firmado hasta el mes de Febrero siguiente, se convino en todos los preliminares, y el joven Barón de Thorens quedó definitivamente como prometido de María Amada de Chantal.

Ya se principiaba á ver alguna claridad en la grande empresa que seis meses antes parecía imposible. El matrimonio debía verificarse dentro de uno ó dos años, y la señora de Chantal, que no podía dejar ir sola á la Baronesa, iría con ella. Francisca y Carlota acompañarían á su madre, que continuaría su educación en Saboya, y Celso Benigno se quedaría con su abuelo, encargado hacía tiempo de dirigir sus estudios. De este modo se desvanecían las dificultades de familia, que eran las principales.

Pero tal es la miseria del corazón humano, que después de haber deseado ardientemente un sacrificio cuando se le ve lejos, al ver que es posible y está cercano, se llena el corazón de espanto, se conmueve y le rechaza. Próxima á ver realizarse sus proyectos, la señora de Chantal se sintió asaltada de grandes tentaciones. Dudó de su vocación, del éxito de la empresa, de la voluntad de Dios, y aun casi de las luces de su Santo director. «Y bien, querida hija mía—le escribe San Francisco de Sales,—vuestra imaginación ha estado turbada é intranquila estos dos ó tres días. No lo extraño, porque tenéis un carácter tan delicado y tan celoso de lo que una vez habéis resuelto, que todo lo que es contrario, por poco que sea, os es sumamente sensible... Verdaderamente sois admirable, hija mía, pues que no os contentáis con que nuestro árbol quede bien y profundamente plantado, sino queréis que no se mueva ni una sola hoja. Creedme; no os apuréis por esas bagatelas de

si faltáis á nuestras resoluciones, ni á la confianza y tranquilidad que en ellas debéis tener, como tampoco en este vuestro padre, porque son temores que no valen nada. Por lo demás, tenéis un buen confesor, docto y prudente; decidle francamente nuestros proyectos como son en sí, para que con sus avisos se dilate vuestro espíritu: seguro estoy de que nada cambiará, antes bien os confirmará en ellos y os animará. Yo lo he dicho al Sr. Rector de Chambery, sin nombrar á nadie, y me animó á ello, lo mismo que otro respetable eclesiástico á quien lo dije también. Por último, mil veces lo he tratado con Dios, ¡ay de mí! no con toda la reverencia que debía, y siempre se ha dignado confirmarme y animarme. Explicad, pues, bien todas las cosas á vuestro confesor; decidle las consideraciones que detienen vuestra salida, y las que tengo hechas para esta clase de vida después que salgáis, y veréis cómo nuestras determinaciones están bien tomadas, porque están inspiradas por Dios. Por mi parte no lo pongo en duda ni un solo momento» (1). Algunos días después la volvió á escribir: «Hija mía, burlaos de todas esas impertinencias, y tratad de dormir bien; quiero decir, pensad que estáis en lugar del bendito San Juan, y que debéis dormir y descansar en el pecho de nuestro Señor, descansando en los brazos de su Providencia. Ánimo, pues, hija mía; no busquemos más que la gloria de Dios; ciertamente así nos parece, y si en verdad encontrásemos otra que no fuese ésta, inmediatamente la arrancaríamos de nuestro corazón. Luego ¿por qué nos atormentamos?» (2).

Estas palabras, como sucedía siempre en todas sus turbaciones, tranquilizaron á la señora de Chantal y la volvieron la paz. «¡Oh Dios mío—decía después,—qué terrible fué este asalto! No apliqué otro remedio que el

(1) Carta del 5 de Febrero de 1608.

(2) Carta del 7 de Marzo de 1608.

de tomar la Cruz de nuestro Señor, y decirme á mí misma: Hija de poca fe, ¿qué temes? ¿De qué tienes miedo? Verdad es que caminas sobre los vientos y las olas, pero á tu lado tienes á Jesucristo.»

A estas aficciones con que empezaba Dios á disponer á la señora de Chantal á que gustase la amargura del sacrificio que la iba á pedir, se juntó de repente una grande humillación, y después de esta humillación recibió una alegría, que la Santa estaba lejos de esperar. El Barón de Thorens, Bernardo de Sales, había sido preferido á otro caballero que había pedido también la mano de María Amada, y á fin de que el abuelo le fuese propicio, había encontrado medio de ganar á la criada. Esta, herida en su orgullo, quiso vengarse, y lo hizo contando al Barón relaciones falsas y calumniosas sobre la Santa, lo que irritó de tal modo el prevenido espíritu de este anciano, que al momento envió un propio con una carta, en que se quejaba amargamente al señor de Fremiot de la conducta de su hija. El Presidente se llenó de admiración, porque, á pesar de la confianza que su hija tenía en él, nunca le había dejado la señora de Chantal que sospechase siquiera lo que padecía en Monthelón, porque para padecer con mérito, quería sufrir en silencio. Pero instada por su padre, que la escribía y la mandaba se explicase, tuvo que decirle alguna cosa de lo que pasaba en Monthelón. La lectura de la carta de su hija hizo llorar al Presidente, y se enterneció tanto, viendo su virtud y sus padecimientos, que en toda la noche pudo descansar.

Al otro día, muy de mañana, la envió un propio con una carta lo más paternal y amorosa que se puede imaginar, quejándose cariñosamente del silencio que con él había guardado, y diciéndola dejase al instante una casa donde se la trataba con tanta indignidad. La Santa viuda era demasiado humilde para aceptar esta proposición, pero creyendo prudente separarse y dejar

la casa de su suegro por algún tiempo, propuso al Presidente la idea de hacer un viaje á la ciudad de Annecy, para dar á la señora de Boisy el gusto de ver á su futura nuera, y devolver á San Francisco de Sales y al Barón de Thorens la visita que éstos la habían hecho en Borgoña. El Sr. de Fremiot aprobó este proyecto, en el que consintió también el Barón de Chantal, y nuestra Santa partió para Saboya, llevando consigo á María Amada, la joven novia, y á su hermana Francisca. Celso Benigno, á quien sus estudios no permitían tan largo viaje, y Carlota, que aún era muy pequeña, se quedaron con sus abuelos.

«¡Dios mío, oh, y qué bien venida seréis, mi querida hija!—la escribe desde Annecy San Francisco de Sales en cuanto supo el proyectado viaje;—partir, pues, en el primer día bueno, después que descanse vuestro caballo; os deseo un felicísimo viaje, y que mi querida hija María Amada no se ponga mala con las incomodidades del camino; creo que llegando temprano por la tarde y haciéndola dormir bien, resistirá perfectamente el viaje.

» Mi madre desea que descanséis un poco en el castillo de Sales, donde os espera para acompañaros aquí, pero no creáis que estaréis allí sin mí; no, ciertamente, porque os esperaré en él, ó iré al momento que sepa habéis llegado. No escribo á vuestra comadre (1), porque tendremos tiempo para hablar largamente, y os confieso que me habéis dado mucho gusto en hacerla venir con el tren modesto que vos acostumbráis; si bien será preciso que yo la trate un poco á lo grande, para que á su vuelta pueda alabar mi magnificencia. ¿No véis cuán de buen humor estoy, y cómo se me alegra el corazón pensando en vuestra venida? (2)»

(1) La señora Presidenta Bruslard, que acompañaba á la señora de Chantal.

(2) Carta de fines de Febrero de 1609.

La señora de Chantal llegó á Annecy en la primera semana de Cuaresma de 1609, y fué recibida por toda la familia de Sales con extremada alegría. La señora de Boisy, sobre todo, estaba tan ocupada y contenta con su futura nuera, que hubiera querido quedarse con ella desde entonces; pero todavía no era tiempo, y aún debía pasar un año antes que los preparativos para el matrimonio de María Amada y la partida de la Santa se terminasen; porque, según la opinión de San Francisco de Sales, estos dos acontecimientos debían verificarse á la par.

La señora de Chantal pasó toda la Cuaresma en Annecy, permitiéndolo así Dios para que su gran reputación de virtud corriese por la ciudad y toda Saboya, y fuese como preparación para la obra proyectada. En efecto, todos los historiadores antiguos hablan de la profunda impresión que hizo la Santa en las señoras de Annecy. «Muchas señoras, hijas espirituales de San Francisco de Sales—dice la Madre de Chaugy—iban á visitarla y se volvían sumamente edificadas; otras lo hacían sólo por curiosidad, sabiendo que era una señora de alta alcurnia. Con las que eran dadas al mundo se portaba con más reserva, y hablaba con tanta eficacia de la desgracia á que conduce el amor del mundo, que muchas, después de haber hablado con nuestra Santa, iban á vestirse con más decencia y modestia, continuando así toda su vida. Otras también se quitaron sus pendientes, que no volvieron á ponerse nunca, y ni aun permitieron que sus hijas los llevasen, como tampoco empolverar sus cabellos ni concurrir á los bailes. Tanto y tan sólida y eficazmente las había convencido con sus ejemplos y palabras (1).»

Una joven religiosa de la Visitación, nombrada Angélica la Pesse, natural de Annecy, cuya madre era del

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy.*

número de estas señoras de que habla la Madre de Chaugy, dió en el proceso de canonización de San Francisco de Sales detalles aún más circunstanciados y de gran interés respecto á la impresión producida por nuestra Santa. «El ejemplo de la señora de Chantal—dice—hizo en el alma de aquellas buenas señoras muchas santas impresiones, que se aumentaron con las conversaciones que tuvo con ellas durante el tiempo que estuvo en esta ciudad. En los ratos que la visitaron, las persuadió con mucha eficacia á despreciar la vanidad del mundo; las reprendió por no cubrirse bien el pecho, por empolvarse el cabello y llevar pendientes. Esto lo tomó mi madre para sí, y aunque era joven y recién casada, al entrar en su casa después de esta conversación, se quitó los pendientes y los dobló y rompió para no tener tentación de volvérselos á poner, y mandó hacer una cruz de oro, que toda su vida llevó colgada al cuello; después, cuando venía á verme al convento, me decía enseñándomela: «Hija mía, este es el fruto de la primera conversación que tuve con la Madre Chantal (1).»

Este perfume de piedad que se exhalaba de los labios y del corazón de la Santa, preparaba poco á poco la grande obra de la fundación. Los altos ejemplos de virtud que dió durante la Cuaresma de 1609, acabaron de ganarla todos los corazones. No salía, por decirlo así, de las iglesias; asistía á todos los Oficios, y maravillaba al mundo con su rara modestia. El Jueves Santo se vistió de blanco, y con un velo sobre el rostro, como las demás Hermanas penitentes de la Santa Cruz, asistió á la procesión general que sale á las diez de la noche, y que durante toda ella anda las iglesias visitando á nuestro Señor, expuesto en el Santísimo Sacramento

(1) *Proceso de canonización de San Francisco de Sales. Declaración de Angélica la Pesse, ad 12 interrogat.*

del Altar. A fin de unir la penitencia al fervor en esta noche dolorosa en que nuestro Señor, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, bebió por ellos el amargo cáliz de su Pasión, la señora de Chantal se descalzó secretamente, y con los pies desnudos visitó todas las iglesias. Al otro día, aniversario de la muerte del Salvador, queriendo darle un testimonio especial de reconocimiento, renovó los votos que tenía hechos años hacia, y que eran á sus ojos como clavos sagrados que la crucificaban en la Cruz de Jesucristo nuestro Señor (1).

La larga estancia de la señora de Chantal en Saboya, tan útil por la impresión que su virtud hizo en los espíritus, lo fué mucho más por las frecuentes é íntimas conversaciones que tuvo con su santo director. En ellas se discutieron, estudiaron y aclararon los planes y conjunto de la futura Congregación; también se pensó y examinó detenidamente qué había de hacerse para alcanzar el permiso del Sr. Presidente, del Barón de Chantal, del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges y de toda la familia, porque en negocio tan grave se quería la autorización de todos los parientes antes de dar el más pequeño paso; cómo se proveería á la educación de los niños, á la buena administración de sus bienes, y, en una palabra, á su porvenir: porque era de todo punto imposible que una madre pensase en abrazar la vida

(1) Helos aquí, tal y como se encontraron, escritos y firmados de mano de la Santa:

«En este día, aniversario de la muerte de mi Salvador, el año mil seiscientos nueve, he renovado mis votos con nuevo é incomparable afecto, queriendo morir para siempre á mí misma y á todas las cosas, para vivir en la obediencia á la divina voluntad, á la cual me consagro absolutamente y sin reserva, para obedecerla en la persona del ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra, mi bueno y venerado padre espiritual; así me ayude mi Salvador con su gracia, y me reciba como de todo corazón me entrego á El. Amén.

«JUANA FRANCISCA FREMIOT.»

religiosa, sin haber arreglado antes y provisto completa y superabundantemente á todas estas cosas.

Después de cuarenta días de deliberaciones, exámenes y oraciones, estando todo determinado y resuelto, volvió la señora de Chantal á Borgoña para empezar los últimos preparativos. El espíritu que concibe una grande empresa, la sabiduría que pesa maduramente los medios, el valor y la energía que se dedican á cumplirla, habían preparado sucesivamente los elementos de la futura Congregación; faltaba solamente que el espíritu de sacrificio les comunicase la fecundidad y la vida; porque desde que Jesucristo rescató al mundo con la efusión de su sangre, el talento, la sabiduría y la prudencia pueden servir para preparar las obras, pero no se establecen ni viven sino por el sacrificio.

La primera persona á quien la señora de Chantal debía confiar sus proyectos, era el Presidente, su padre; y la revelación de ellos debía ser tanto más penosa, cuanto que el Sr. de Fremiot amaba en extremo á su hija, y estaba lejos de sospechar los proyectos que meditaba hacia largo tiempo, y que estaba próxima á realizar. Así, sintiendo que llegaba el terrible momento de descubrir á su padre el gran secreto, el corazón de la señora de Chantal se deshacía, y á pesar de la fortaleza de su alma, temblaba llegase la ocasión de hablar de este doloroso asunto. La tarde del día 24 de Junio de 1609, fiesta de la Natividad de San Juan Bautista, se hizo por fin en Dijón esta revelación importante. Toda la familia había ido á pasearse y ver los fuegos artificiales que era costumbre antiquísima celebrar en este día. Sólo el Presidente Fremiot había quedado en su despacho, ocupado en estudios que prolongaba hasta muy entrada la noche. La señora de Chantal resolvió aprovecharse de esta ocasión, pero en el momento de entrar se sintió muy conmovida. Lo que iba á decir á este buen padre era tan doloroso para su

corazón paterno, le iba á hacer derramar tantas lágrimas, le dirigía tan tiernas reconvenciones... Estos pensamientos la ahogaban; su corazón latía con tanta violencia, que le fué preciso detenerse y por último volver atrás, y, poniéndose de rodillas, orar, y orar largo tiempo. Nunca se comprende tan bien como en estas grandes aflicciones la gracia que Dios ha hecho al hombre convidándole por sí mismo á recurrir á Él por medio de la oración. La señora de Chantal se levantó reanimada, y entró resueltamente en el despacho de su padre. El día empezaba á oscurecer, y el Presidente no podía distinguir la turbación que se pintaba en el rostro de su hija. Demasiado prudente para entrar desde luego en el asunto, la señora de Chantal tomó la cosa de lejos, y representó á su padre lo mucho que sentía educar á sus hijos en el castillo de Montelhon, porque esta casa estaba tan desarreglada, los malos ejemplos que en ella se veían podrían ser tan funestos para sus hijas, que iban siendo grandecitas, y... El Presidente la interrumpió al instante, diciéndola que por qué se inquietaba así; que la mayor se iba á casar, y se la entregarían á la señora de Boisy, que la deseaba hacia tanto tiempo; que en cuanto á las dos pequeñas, ya era tiempo de llevarlas á las Ursulinas, donde se vería á qué estado se inclinaban. No quedaba más que Celso Benigno, y éste estaba á su cargo, y vigilaría por sí mismo su educación y estudios; de suerte que no tenía motivo para atormentarse y afligirse.

A estas terminantes palabras, la señora de Chantal, sumamente conmovida: «Mi bueno y querido padre —respondió laténdola fuertemente el corazón;— perdonadme si me atrevo á deciros que, mediante este arreglo, me veo en libertad de seguir la vocación divina á que Dios me llama, inspirándome hace largo tiempo á que deje el mundo, y que me consagre enteramente á su santo servicio.»

No esperaba el Presidente Fremiot una respuesta semejante, y las lágrimas acudieron á sus ojos, sollozando después de modo que le fué imposible contestar. La señora de Chantal lloraba también. Por fin, el Presidente, aquel anciano venerable, que contaba casi setenta años, y que á un alma singularmente fuerte unía un corazón extremadamente sensible, venciendo su inmensa aflicción, empezó á reconvenir á la señora de Chantal de un modo tan tierno y tan doloroso que, según el testimonio de la misma Santa, Dios sólo pudo darle fuerza para que no se rindiese. Para calmar su dolor, le dijo que esto no era un asunto decidido, sino un proyecto que había querido confiarle como á su venerado y querido padre, y que le había hablado á fin de que le diera sus consejos y dictamen; y viendo que el Sr. de Fremiot se tranquilizaba con estas palabras, que le daban un rayo de esperanza, añadió que «el ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra sabía su proyecto, y no lo desaprobaba.» Al oír esto se recogió un instante el señor de Fremiot, y replicó: «Preciso es confesar que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra tiene el espíritu de Dios, y yo sólo os pido una cosa, y es, que nada resolváis sin que yo le haya hablado.» La Santa lo prometió, añadiendo «que no tenía apego ninguno á su dictamen,» y salió del cuarto de su padre profundamente conmovida, pero contenta con el buen camino que tomaba el negocio.

Algún tiempo después sufrió un nuevo asalto. Sabiendo que su hermano, el Arzobispo de Bourges, había venido á pasar las vacaciones con su padre en el castillo de Thotes, en Auxois, fué á buscarle para ver si le ayudaba. Su título de Obispo y su gran piedad, le daban mucho ascendiente sobre la familia, y esperaba que, teniéndole de su parte, no encontraría obstáculos. Pero apenas vió á su hermano el Arzobispo, cuando éste le declaró sin rodeos «que nunca pensase ni intentase

jamás dejarlos;» y criticando fuertemente su designio, trató de hacerle comprender que, la voluntad de Dios manifiesta, era que se quedase con su familia.

Como con un hermano no se tienen ni el respeto ni las consideraciones que se deben á un padre, la señora de Chantal le respondió con libertad que no podía dejar de hacer lo conveniente para su alma, que no buscaba más que á Dios, y que obedecería en todo á su Santo director, aun cuando la mandase vivir sobre una columna, como á otro San Simón Stilita, para todos los días de su vida.

El Presidente, por su parte, cada vez que veía á la señora de Chantal, insistía en que renunciase á su proyecto de retiro, y como todos los días leía las Santas Escrituras, que sabía de memoria, citaba á su hija textos tan exactos y concluyentes, que la dejaban algunas veces del todo indecisa.

Estos asaltos destrozaban el corazón de la señora de Chantal; la imagen de su padre, anegado en llanto, y de sus hijos abandonados, la perseguía sin cesar. Algunas veces creía que iba á cometer un crimen abismándose en tan inmenso dolor á los que la habían colmado de tanto amor. Ciertos pasajes de la Escritura, citados por el Presidente en sus conversaciones, resonaban constantemente en sus oídos. De este modo, turbada hasta lo más íntimo de su ser, desolada en sus más vivas afecciones, la señora de Chantal rogaba á Dios se compadeciese de su situación, y le pedía le enviase la luz y la fortaleza de que necesitaba. Un día que derramaba su corazón en una oración ardiente como su dolor, una luz divina se esparció de repente sobre su inteligencia. Vió con esa inefable claridad con que conocen las almas favorecidas con estas maravillas, que en todas estas ternuras, muy legítimas en verdad, jugaba, no obstante, el diablo un papel muy importante, y oyó resonar en el fondo de su alma la enérgica palabra del grande

Apóstol: «Si yo agradase á los hombres, no sería siervo de Jesucristo.» Todas estas cosas eran armas que Dios la enviaba para defensa de la sensibilidad de su corazón. Desde este día se preparó con más valor para los últimos y crueles dolores de la separación.

Nada, sin embargo, podía decidirse sin la presencia de San Francisco de Sales. Este llegó, en fin, el 13 de Octubre de 1609. El matrimonio de María Amada con el joven Barón de Thorens, se celebró en la capilla del castillo de Monthelón. El Santo Obispo de Ginebra bendijo por sí mismo esta unión que, principiada al salir de la infancia, debía de ser de tan corta duración, y dejar en la memoria de los hombres un dulce recuerdo de la virtud más amable (1). ¿Quién no sentirá que los historiadores, ocupados con las dramáticas escenas de la partida de la señora de Chantal no hayan recogido ninguna de las palabras que el Santo dirigió sin duda á

(1) María Amada tenía, poco más ó menos, doce años; el joven Barón de Thorens tenía dieciséis. Algunas personas poco versadas en el conocimiento de las costumbres de los siglos XVI y XVII, criticarán un matrimonio entre dos niños. Pero sin entrar aquí en detalles y discusiones inútiles, nos contentaremos con decir que éstos eran entonces muy frecuentes en la clase alta de la sociedad. La señora de Montmorency se había casado á los catorce años (*Vida de la señora de Montmorency*, pág. 4); la señora de Capelis, á los doce años (*Vidas de las primeras Madres de la Visitación de Avignón*, pág. 3); la señorita de Nantes á los doce años (*Vida de la señora de Maintenon*, tomo III, pág. 392); Enrique II, Duque de Montmorency, á los trece años (*Vida del Duque*, por Ducros, pág. 8); la Condesa de Caylus, á los trece años (*Vida de la señora de Maintenon*, tomo III, pág. 402); María Adelaida de Saboya se casó á los doce años con el Duque de Borgoña, que tenía catorce (*Cartas inéditas de la Duquesa de Borgoña*); y en nuestros días la señora Recamier, á los trece años (*Memorias de ultratumba*). Los padres de la sociedad antigua ejercían sobre sus hijos una autoridad de que no tenemos hoy día ni aun idea. Despues de haberlos casado, fijabat ellos mismos la época en que los jóvenes esposos podrían vivir juntos. «Los casados—dice Dangeau—se separarán el mismo día de su matrimonio hasta que sean mayores.» (*Diario de Dangeau*, 24 de Mayo de 1685.) Hay necesidad de decir todo esto, á fin de que nadie piense que la señora de Chantal había apresurado este matrimonio y sacrificado á su hija, á fin de estar más libre.

estos queridos casados, pues que uno era hermano suyo, y la otra, la pequeña Amada, aquella que, según sus graciosas expresiones, debía ser la hermanita más amada entre las más amadas hermanas del mundo?

Al otro día de la boda, el Presidente Fremiot, San Francisco de Sales y el Arzobispo de Bourges se retiraron aparte, y poniéndose en la presencia de Dios, principiaron á deliberar sobre el gravísimo negocio de la vocación de la señora de Chantal. Durante este tiempo, postrada ésta en la capilla del castillo, oraba con fervor, pidiendo á Dios iluminase á San Francisco de Sales, y moviese el corazón del Presidente. Después de una larga conferencia, fué llamada nuestra Santa á la junta. No tenemos hoy día ni aun idea de lo que era un padre en la sociedad antigua. Ya se podía ser esposa, madre y ama de casa; delante de un padre no se veía más que á la hija. El Sr. de Fremiot multiplicó las preguntas, é hizo sufrir á la señora de Chantal un interrogatorio detallado, serio, y semejante á los que acostumbraba hacer en el Parlamento, y la Santa respondió á todo con la precisión y claridad que era una de sus más admirables dotes. Desplegando su vida entera delante de sus jueces, les explicó primeramente cómo había nacido y se había desarrollado en ella la inclinación á la vida religiosa, haciéndoles comprender que tenía todos los caracteres de divina. Explicó en seguida el estado en que había puesto y dejaba los bienes de sus hijos, las deudas pagadas, los pleitos concluidos, terminadas las querellas, y sin motivo para que nadie ni nada pudiese impedir el aumento debido á su fortuna. Trató después del porvenir de sus hijos; el Sr. de Fremiot había querido encargarse de Celso Benigno, y cuidar y vigilar sus estudios, confiados además á un excelente ayo. María Amada, casada desde el día anterior, iba á seguir á su esposo el Baron de Thorens á Saboya. No quedaban, pues, más que Francisca y Carlota, á quienes su madre

llevaría consigo para concluir su educación. Acabó diciendo á su padre y á su hermano, que «si no miraban más que á Dios sólo, encontrarían millares de razones para aprobar su designio.» Mientras hablaba de este modo, el Presidente Fremiot estaba estupefacto, viendo tanta y tan singular prudencia. «Verdaderamente—decía,—citando la Escritura según su costumbre, esta mujer ha considerado todos sus caminos, y no ha comido ociosa su pan.» El Arzobispo de Bourges estaba igualmente lleno de admiración. En cuanto á San Francisco de Sales, recogido en Dios, meditaba con dulce sonrisa, y sin decir palabra, en el feliz éxito de un negocio que tantas dificultades presentaba.

Faltaba un punto sobre el cual no se había hablado, y era saber en qué ciudad se había de establecer la casa adonde la señora de Chantal debía retirarse. El Presidente Fremiot quería que fuese en Dijón, en medio de sus parientes y amigas. El Arzobispo de Bourges prefería á Autun, á fin de que desde esta ciudad le fuese más fácil á su hermana cuidar de la hacienda de sus hijos. La señora de Chantal tomó entonces la palabra, y manifestó que era imposible dejar de establecerla en Saboya, pues que por una parte la obra naciente no podía pasarse sin la dirección y vigilancia de San Francisco de Sales; por otra, la joven Baronesita necesitaba de su madre, pues era demasiado niña para que se la dejase ir sola, y que era indispensable la acompañase á Annecy y viviese con ella algunos años, que nada la impedía llevar á Francisca y á Carlota y de este modo tendría en Saboya á todos sus hijos, excepto á Celso Benigno, el cual de todos modos tendría que separarse de su madre, aunque ésta se quedase en Dijón ó en Autun, pues que se acercaba el momento de enviarle á la Corte ó al ejército, según se inclinase á una ú otro. Además, que no habría inconveniente en que de cuando en cuando diese una vuelta á Borgoña para velar

por los bienes de sus hijos y que así no les haría falta, ni en cuanto al cariño ni en cuanto á su fortuna. San Francisco de Sales apoyó cuanto había dicho la señora de Chantal, y el Sr. de Fremiot, viendo que el Santo Prelado imitaba á nuestro Señor, disponiendo todas las cosas, no sólo con generosa fortaleza, sino también con gran benignidad y dulzura, dió su absoluto consentimiento, así como el Arzobispo de Bourges, y todos se separaron bendiciendo á Dios por esta determinación tan santa. Una dificultad imprevista hizo creer que sería menester dilatar la empresa. Era menester poner el asunto en conocimiento del anciano Barón de Chantal, y el señor de Fremiot se encargó de esta comisión. Pero apenas abrió la boca, cuando este anciano, que amaba á su nuera á pesar de la aspereza con que la trataba, empezó á gritar y llorar amarga y abundantemente. El señor de Fremiot se conmovió tanto, que vino á decir á su hija que era absolutamente necesario dilatar su retiro un año ó dos y dejar á este anciano morir en paz. Pero la Santa, que no ignoraba que no está Dios ni debe estar á nuestras órdenes, y que nosotros somos los que debemos estar prontos del modo y á la hora que guste, respondió con dulce firmeza: «Padre mío, las resoluciones formadas para el servicio de Dios, no deben sufrir dilaciones; yo procuraré arreglarlo amigablemente con mi suegro.» Y, en efecto, lo consiguió.

El domingo siguiente, todos los habitantes del castillo y una parte de los aldeanos, se confesaron con San Francisco de Sales, y comulgaron de su mano en la iglesia parroquial. El Santo predicó en la Misa, y su palabra fué tan persuasiva, que un ateo que había ido á oírle por fanfarronada, se convirtió y entró en una Orden religiosa. Al otro día se despidió San Francisco de Sales de esta venerable familia, y bendiciendo á la señora de Chantal, la recomendó mucho fuese muy humilde, á fin de que el edificio en que meditaban, tuviese

por cimiento la humildad, y pudiese de este modo elevarse á una santa grandeza y desafiar á todos los siglos.

El Presidente Fremiot, el señor Arzobispo de Bourges y la señora de Chantal acompañaron á San Francisco de Sales hasta Beaune. Fácil es imaginar lo que sería este viaje, en tales circunstancias y con semejantes viajeros. En Chassagne, donde se pasó la primera noche, las gentes de la posada observaron cuidadosamente á San Francisco de Sales, y vieron que se había acostado en el suelo, y que por la mañana se había echado en la cama para arrugarla y ocultar su austeridad (1). En Beaune, adonde fueron el otro día muy de mañana, y donde debían separarse, San Francisco de Sales dijo Misa en el Hospital, dió la Comunión á la señora de Chantal, y acompañado de ésta visitó y bendijo á todos los enfermos en sus camas. «¡Oh mi muy querida y deseada hija!—la escribe algún tiempo después San Francisco de Sales, embalsamado aún con los perfumes de este viaje y de esta despedida en medio de los pobres;—yo os dejé en el hospital de Beaune llena de deseos de amar, honrar, servir y adorar la voluntad de Dios, resignada á todas las cosas grandes y pequeñas, con vuestra voluntad del todo abandonada á la misericordia de la suya; os dejé con nuestro Señor, á quien realmente habíais recibido, y esto entre los pobres de Jesucristo. ¡Dios mío! mi querida y muy particularmente querida hija mía. ¡Oh! sí, sois mi alegría y mi corona; quedad así toda entregada de espíritu y de corazón á la voluntad de nuestro Señor, y quedaos también con el afecto en medio de sus pobres. Y pues su voluntad es que aún sirváis á vuestra familia con vuestro gobierno, quedaos en paz con ella, siendo siempre fiel á esta divina voluntad (2).

(1) *Memorias inéditas de la fundación del monasterio de la Visitación de Beaune. Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º*

(2) Carta XLII, libro II, edición antigua.

Apenas había vuelto la señora de Chantal de este viaje, cuando un acontecimiento inesperado llenó de tristeza el castillo de Monthelón. La pequeña Carlotita, de edad de diez años, cayó repentinamente enferma, y murió súbitamente. La señora de Chantal, que la amaba con un cariño particular, habiéndola criado entre las lágrimas de su viudez, que la llamaba su ángel y que se alegraba de las buenas disposiciones para la virtud que manifestaba esta niña, sintió mucho su muerte. Escribió al instante al Santo Obispo para noticiarle su dolor y buscar en él algún consuelo.

Cuando el Santo recibió esta carta, estaba sumido en la más profunda aflicción. Su venerable madre la señora de Boisy, atacada de parálisis y apoplejía, murió en dos días, siempre semejante á sí misma; es decir, tan santa en la muerte como en la vida.

Las circunstancias de la muerte dichosa de su buena madre se las escribió San Francisco de Sales á la señora de Chantal. Esta relación es tan hermosa, tan piadosa y pone tan en evidencia la ternura de corazón, que era uno de los encantos del Santo Obispo, que no podemos dejar de citar algunas líneas:

«Tal vez querréis saber — escribe el Santo — cómo acabó sus días esta digna mujer, madre mía querida; es en verdad una pequeña historia, pero escribo para vos, á vos, á quien he dado el lugar de esta amada madre en el *Memento* de la Misa, sin quitar el que teniais, porque no he podido hacerlo: tan fuertemente tenéis lo que tenéis en mi corazón, y de este modo sois la primera y la última.

«Esta amada madre fué, pues, á la parroquia de Thorens el día de Ceniza, confesó y comulgó con gran devoción, oyó tres Misas y Visperas, y por la noche, estando en la cama y no pudiendo dormir, se hizo leer por su doncella tres capítulos de la *Introducción*, para llenarse de buenos pensamientos, é hizo poner señal en

la protestación, para hacerla á la mañana siguiente. Pero Dios se contentó con su buena voluntad, y lo dispuso de otro modo; porque por la mañana, y apenas se levantó, cayó repentinamente como muerta.

«Vinieron aquí á llamarme, y me fuí corriendo con el médico... Cuando llegué, aunque estaba ciega y muy adormecida, me acarició mucho, y dijo: este es mi hijo y mi padre, y me besó, echándome los brazos al cuello; antes me había besado la mano.

«Continuó del mismo modo casi dos días y medio, después de los cuales apenas se la podía despertar; por último, el primero de Marzo rindió su alma á Dios, dulce y tranquilamente, quedando la difunta más hermosa que he visto en toda mi vida.

«Preciso es deciros también que tuve valor para echarla la última bendición, cerrarla los ojos y la boca, y darla el último beso de paz en el momento en que expiró; después de todo esto, mi corazón, demasiado lleno de dolor, no pudo contener el llanto que se agolpó á mis ojos, y lloré á esta buena madre, mucho más de lo que he llorado desde que soy Obispo.»

Se concibe fácilmente que con motivo de esta grande aflicción, San Francisco de Sales sintió mucho menos á la niña Carlota; la consagró, sin embargo, una lágrima, pero muy parecida á esas lágrimas que vierte la Iglesia por sus hijos chiquitos, que mueren antes de haberse manchado con la basura de este mundo. «Nuestra Carlotita ha sido muy feliz, habiendo dejado la tierra casi sin haberla tocado. Pero ¡ay! era preciso, no obstante, llorarla un poco; porque, ¿no tenemos un corazón humano y una naturaleza sensible? ¿Y cómo no llorar un poco por nuestros muertos, cuando Dios no sólo lo permite, sino que aun nos lo aconseja? He sentido á esta pobre niña, pero con un pesar menos sensible, y tanto más, cuanto que el gran sentimiento de la separación de mi madre quitó la fuerza al dolor de este segundo dis

gusto, cuya noticia me llegó cuando aún teníamos en casa el cuerpo de mi madre. Dios sea alabado en este acontecimiento como en todos. Sí, Dios nos da y Dios nos quita; su santo nombre sea bendito (1).»

La señora de Chantal lloró tiernamente á la señora de Boisy; perdía en ella una santa amiga, y perdía sobre todo á la virtuosa suegra de la Baronesita, que tan impacientemente había deseado, y á quien se había concedido el matrimonio de María Amada con el joven Barón de Thorens, y con la cual se contaba para enviar á Saboya á una niña tan joven y tan inexperta, que necesitaba su apoyo y dirección. Así, apenas se supo su muerte, cuando se hizo evidente á todos que la señora de Chantal no podía dejar ir á su hija sin acompañarla, y así, los mismos que habían sido más opuestos á los proyectos de la Santa, la instaban á que apresurase sus preparativos de marcha.

Mientras tanto, empezaba á correr el rumor de que la señora de Chantal dejaba el mundo, é iba á sepultarse en un convento fuera de Francia; unos la admiraban, otros la criticaban, y todos la lloraban. Desde la víspera de la partida, que se fijó para el primer domingo de Cuaresma de 1610, los caminos que iban á Monthelón se llenaron de pobres, que venían por última vez á ver á su bienhechora. El día de la partida, muy de mañana, los patios del castillo fueron invadidos por un gentío inmenso, que quería ver por última vez á la que llamaban *nuestra buena señora*. Todos los pobres aldeanos se apretaban y oprimían para estar en primera fila. No se oía salir de esta multitud compacta sino las palabras de *madre* y *santa Baronesa*, acompañadas de gritos y lágrimas de dolor. Los criados de la casa, en lugar de acallar á la gente, lloraban aún más que todos. Unos capuchinos que estaban allí trataban de

(1) Carta del 11 de Marzo de 1610.

hacer callar á todo aquel gentío, yendo y viniendo de un lado á otro, pero inútilmente. No se oían más que lamentos, en que todas las voces de los pobres, de las mujeres y de los niños se perdían en un gemido común, entrecortado de cuando en cuando con gritos agudos, y se llenaba de maldiciones á cuantos habían podido ser causa de los disgustos de la señora de Chantal. Un niño, hijo de un pobre, exclamó de repente: «Se os quita la luz porque habéis querido apagarla; haced penitencia.» A estas palabras, las lágrimas y los sollozos se redoblaron con más fuerza.

Mientras tanto, tenía lugar en el interior del castillo una escena aún más tierna y dolorosa. La señora de Chantal, de rodillas delante de su suegro, le pedía perdón de sus faltas y de los disgustos que le había causado. Por su parte, el anciano Barón había caído en los brazos de su hija, no teniendo fuerzas para hablar; todos los presentes sollozaban afligidos. Por fin, la señora de Chantal se levantó, apretó por última vez contra su pecho y en un largo abrazo al arrepentido anciano y salió precipitadamente.

En el momento en que apareció en el descanso de la escalera, un grito general se exhaló del pecho de todos los pobres, que la esperaban reunidos en el patio, y que al ver á la señora de Chantal la recibieron tendiéndola los brazos y llorando tristemente. Atravesó despacio sus apretadas filas, acariciándolos con bondad, besando á sus hijos y recomendándose á las oraciones de todos: en fin, colmada de bendiciones, llevando su ropa mojada con las lágrimas de los pobres á quienes socorría, subió al coche acompañada del Barón de Thorens y de María Amada, su joven esposa, de Francisca y de la señorita de Brechard, y partió para Autun para marchar desde allí á Dijón. Pero la gratitud de los pobres y de los habitantes de Monthelón no estaba satisfecha, y toda aquella multitud tomó el camino de Autun, si-

guiendo de lejos el coche, y honrando así á su bienhechora con una especie de pacífico triunfo.

La señora de Chantal se detuvo poco tiempo en Autun; muerta ya al mundo, y sintiendo que necesitaba de toda su energía para resistir el último y más doloroso asalto que la quedaba que sufrir, empleó su tiempo en visitar las reliquias de los Santos Mártires, que son muy numerosas en esta ciudad, y los hospitales, donde dejó grandes limosnas por despedida. En esta misma ciudad hizo un acto que demostró que los Santos conservan, aun en medio del más heroico desasimiento, un corazón sensible á todos los afectos de familia. Entre el gentío que había seguido su coche, la señora de Chantal había distinguido á un religioso de la Orden Tercera de San Francisco; le llamó y le rogó, por el recuerdo que conservaba de ella, que volviese á Monthelón y se mantuviese al lado de su suegro, y no le abandonase sin haberle preparado á una santa muerte, lo que este buen religioso prometió y ejecutó fielmente.

A los dos días llegó la señora de Chantal á Dijón, en donde debía consumir su sacrificio. Su primer acto al entrar en esta ciudad fué recibir la sagrada Eucaristía, Viático oportuno para el viaje que iba á emprender y fortaleza de que su corazón tenía grandísima necesidad, á causa del tierno amor con que amaba á su padre y el afecto que tenía á sus parientes. Subió también á Fontaines á pedir al gran Doctor San Bernardo su intercesión, para alcanzar de Dios la gracia y el valor de dejar todas las cosas, á imitación suya; y, por último, se la vió trepar la escarpada montaña de Nuestra Señora d'Etang y arrodillarse y postrarse en aquella capilla, donde en 1604 había ido con San Francisco de Sales cuando aún ignoraba el secreto de su vocación, y adonde había vuelto en 1605 á escribir con su sangre y sobre el altar su primer voto de obediencia, y en la

cual, por fin, la Madre de Dios había sido después y muy á menudo la confidente de sus alegrías, de sus penas, de sus afanes y de los inmensos deseos que sentía su corazón de entregarse totalmente á Dios.

El 29 de Marzo de 1610, día señalado para la despedida, los parientes y amigos de la Santa se reunieron en casa del Sr. de Fremiot. La gente era mucha, y todos se deshacían en lágrimas. Sólo la señora de Chantal conservaba una serenidad aparente, pero sus ojos se llenaban de agua, y manifestaban la violencia que se hacía para contener el llanto. Iba de un lado á otro, abrazaba á sus parientes, les pedía perdón, rogándoles la encomendasen á Dios y que no lloraran, pero no lo conseguía; y ella misma se enterneció mucho cuando al acercarse á sus hijos, Celso Benigno se colgó de su cuello, y probó con mil caricias á disuadirla de su intento. La señora de Chantal, inclinada sobre él, le cubría de besos y respondía á sus razones con admirable fortaleza. Ningún corazón, por insensible que fuese, podía contener sus sollozos al oír «esta conversación tan amorosamente dolorida entre la madre y el hijo.» Viendo la señora de Chantal que la ternura agotaba sus fuerzas, se desprendió de su hijo y quiso pasar adelante; pero Celso Benigno, desesperado por no poder detener á su madre, se echó en el suelo delante de la puerta, y la dijo: «Madre mía, si soy bastante débil y desgraciado para no poder deteneros, por lo menos tendréis que pasar sobre el cuerpo de vuestro hijo.» A estas palabras, á esta acción, sintió la señora de Chantal que su corazón se partía, y no pudiendo ya sostener el peso de su dolor, se detuvo, y dió libre curso á las lágrimas. El buen Sr. Roberto, que asistía á esta desgarradora escena, temiendo que la señora de Chantal perdiese su valor en este momento solemne: «¿Y qué, señora — la dijo, — las lágrimas de un niño serán capaces de venceros? — No — replicó la Santa sonriendo en medio de su

llanto; — pero, ¿qué queréis? soy madre, y mi hijo es bueno. » Y levantando los ojos al cielo como otro Abraham, pasó sobre el cuerpo de su hijo.

En este momento apareció el Sr. Presidente Fremiot, retirado hasta entonces en su cuarto. Este hombre, verdaderamente grande, se había preparado con la oración al sacrificio que Dios le pedía. Recibió en sus brazos á su hija, y una conversación en voz baja, interrumpida con besos y sollozos, se prolongó por algún tiempo. Nadie oyó las confianzas sublimes de aquellas dos almas tan dignas una de otra. En fin, la señora de Chantal se arrodilló y pidió á su padre la bendición. El venerable anciano levantó los ojos y las manos al cielo, y « ¡oh, Dios mío! — dijo, — yo no debo resistir lo que hacéis; al contrario, consiento en ello con todo mi corazón é inmolo por mis propias manos á esta hija mía, que me es tan querida como Isaac lo era á su padre Abraham. » Después, abrazando á su hija y haciéndola levantar: « Id, pues, hija mía, adonde Dios os llama. Si no os vuelvo á ver en este mundo, moriré contento sabiendo que estáis en la casa de Dios, y estoy seguro de que vuestras oraciones sostendrán la vejez de un padre que os permite le dejéis y os marchéis adonde deseáis. ¿Lo haréis así, hija mía? — ¡Oh! sí, amadísimo y venerable padre mío, — respondió sollozando nuestra Santa. — Vamos — añadió el Sr. de Fremiot, — enjuguemos nuestras lágrimas, y honremos la santísima voluntad de Dios cumpliéndola amorosamente, no sea que el mundo diga que nuestra constancia se debilita. » Y diciendo estas palabras, la entregó una carta para San Francisco de Sales.

El contenido de esta carta lleva el sello de la ternura de un padre que inunda el papel con sus lágrimas, pero redactada con la varonil elocuencia de un cristiano. Dice así:

« 29 de Marzo de 1610.

» Ilmo. señor:

» Esta carta debería estar escrita con más lágrimas que letras, pues que mi hija, en quien tenía yo mi mayor consuelo en este mundo y que era mi mayor descanso en esta miserable vejez, se me va, y me deja padre sin hijo alguno. No obstante, á ejemplo vuestro, Ilmo. señor, que en la muerte de vuestra madre adorasteis la voluntad de Dios con firme y constante resolución, yo me resuelvo también y me conformo con el divino beneplácito. Y pues Dios quiere á mi hija para su servicio en este mundo, llevándola por ese camino á la felicidad eterna, yo quiero hacer ver que prefiero su contento y la tranquilidad de mi conciencia, á todas mis particulares afecciones.

» Va, pues, á consagrarse á Dios, pero con la condición de que no olvidará á su padre, que tan tierna y cariñosamente la quiere y la ha querido siempre.

» Se lleva dos prendas muy amadas, una de las cuales (María Amada) es, creo, muy feliz, pues que entra en vuestra bendita familia; pero en cuanto á la otra (Francisca) quisiera que nos la conservase para nosotros. Respecto á su hijo (Celso Benigno), yo le cuidaré con todo el afecto que debe un buen padre á su hijo, y mientras Dios tenga á bien dejarme en este valle de lágrimas y miserias, le haré educar en el honor y en la virtud. »

Tomando esta carta, en la que alternativamente hablan el padre y el cristiano, la señora de Chantal abrazó de nuevo á su padre, llenó otra vez de sus lágrimas y últimas caricias á su querido hijo Celso Benigno, y recomendándole encarecidamente al señor de Fremiot, su querido padre, y al Sr. Roberto, subió al coche con sus dos hijas, María Amada y Francisca, con su yerno el joven Barón de Thorens y con la seño-

rita de Brechard, que estaba decidida á seguirla en su retiro. Mientras que el carruaje rodaba por las calles de Dijón, guardó silencio la Santa; pero apenas salió de las puertas, llena de un santo entusiasmo, cantó el cántico de su libertad. Había terminado su dolorosa agonía.

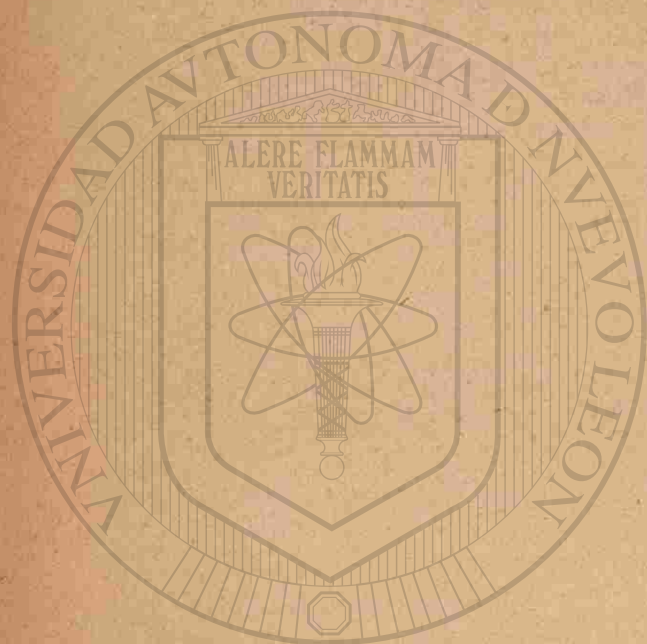
Doscientos cincuenta años han pasado después de este memorable acontecimiento, y siempre produce la misma emoción. Como todos los grandes actos de santidad, hierre y arrebatada. Produce á un tiempo estupor y admiración: tanta energía espanta á primera vista; pero cuando se ve á cuánta prudencia y ternura iba unida, cuánto y por qué hombres, y con qué madurez se reflexionó antes de dar este paso extraordinario; cuántas y cuán minuciosas precauciones se tomaron para que los niños no echasen de menos á su madre; y cuando después, mirando á la señora de Chantal, se la ve tan fuerte, pero tan oprimida y agobiada, destrozada por el dolor y atenta sólo á la voz de Dios, pasando por encima del cuerpo de su hijo, pero temblando con todos sus miembros y próxima á desmayarse; cuando, sobre todo, en aquel último momento se oye salir de su corazón entre sollozos este grito que llega al alma: «¡Ah! qué quereis, ¡soy madre!» y se adquiere así la seguridad de que entre los dos mayores y más poderosos amores que pueden agitar á un alma, el amor divino triunfa sin que el amor maternal quede vencido, entonces toda duda desaparece, toda rebelión natural cede, los ojos se llenan de lágrimas, y se admira en silencio una de las más nobles victorias que se hayan podido jamás conseguir en este mundo.

¡Y qué descanso tan dulce, qué tranquila y profunda satisfacción para el corazón, después de tan terrible crisis, es el seguir al claustro á la señora de Chantal, y verla allí mismo constantemente preocupada de lo porvenir de sus hijos, y á pesar de tantos trabajos

y tan grandes obras, manifestarse y ser siempre su verdadera madre! Ella acaba por sí misma la educación de Francisca, vigila la de Celso Benigno, procura á uno y á otra los más ventajosos enlaces; al Sr. Conde de Toulangeon entrega su Francisca; Celso Benigno casa con María de Coulanges, y ¡qué dolor! cierra por sí misma los ojos á su querida Baronesa Thorens; y lo que es más grande aún, cuando Celso Benigno muere en el campo de batalla, cuando su joven esposa muere también, cuando el Conde de Toulangeon ha dejado viuda á Francisca, ¡cuán tierno es ver á nuestra Santa, de edad de sesenta años, teniendo á su cargo la dirección de casi ochenta casas y con una larga correspondencia europea, constituirse y volver á ser madre de todos sus huerfanitos.

He aquí los espectáculos que nos reserva esta historia, los cuales son tan hermosos, tan grandes, que al acabar esta vida, y resumiendo nuestras impresiones, no sabemos qué alabar y admirar más en la señora de Chantal, si á la fundadora, á la esposa, ó á la madre; porque en todos estos diferentes estados manifiesta poseer unidas, en concierto admirable, todas las cualidades naturales y divinas que forman las grandes almas.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D



CAPÍTULO XIII

Principios de la Visitación (1). — Toma de hábito y profesión de la señora de Chantal y de sus dos primeras compañeras la señorita Jacobina Favre y la señorita Juana Carlota de Brechard.

1610-1611

EN el camino de Chambery á Ginebra, casi á igual distancia de estas dos ciudades, y en la pendiente de una de las colinas que bajan de escalón en escalón desde las cimas del San Bernardo y del monte Blanco, se levanta la pequeña ciudad de Annecy. Ninguna

(1) Los detalles que vamos á dar en los capítulos XIII y XIV, son á un mismo tiempo nuevos, y lo más auténticos que se puede imaginar. Los hemos sacado de los manuscritos inéditos. El primero se titula: *Fundación del primer monasterio de la Visitación de Santa María en la ciudad de Annecy, establecido el día 6 de Junio de 1610.* Está compuesto por la Madre Chaugy, Secretaria de Santa Juana Francisca, tal vez bajo el dictado de la Santa, pero á lo menos visto y corregido por ella. (Archivos de la Visitación de Santa María de Annecy, manuscrito en folio). El otro manuscrito tiene por título: *Compendio de la que ha pasado al principio del Instituto en la casita de la Galería, en donde vivieron nuestras primeras Madres dos años y medio; recogido por nuestra respetable Hermana María Adriana Fichet, séptima religiosa de nuestra orden, que fué de ello testigo ocular é irrepreensible.* (Manuscrito en 4.º, núm. 34, en los mismos archivos). Las religiosas que compusieron este preciosísimo manuscrito sobre la relación de la Madre Fichet, enviaron en una circular, á todas las casas del Orden, lo substancial de todo ello, con fecha de 1662. Sólo comparando todos estos documentos nos ha sido posible escribir la historia de los primeros años de la Visitación, acerca de los cuales teníamos hasta ahora muy pocos detalles.

de las bellezas de la naturaleza falta al gracioso cuadro en cuyo centro está situada. Un lago baña sus pies; corrientes de agua atraviesan en todos sentidos; álamos y plátanos seculares dan sombra á sus paseos. Prados, viñas, vergeles sembrados de chozas y casas de campo la rodean de una alfombra de verdor; y en el fondo se ve levantarse una cadena de altas montañas, cubiertas de bosques hasta la mitad, que se cruzan hacia el lado de la Suiza y de la Saboya, bajando y abriéndose á la parte de Francia, y formando el cuadro hermoso de este encantador paisaje. Y como si el arte celoso hubiera querido rivalizar con la naturaleza para embellecer estos lugares, un antiguo y fuerte castillo, de estilo de la Edad Media, flanqueado con altas torres, se sienta orgulloso sobre una roca escarpada que domina la ciudad, y mezcla memorias de guerra con los pacíficos pensamientos que hace nacer este cuadro campestre.

Aquí era donde San Francisco de Sales, desterrado de Ginebra, estaba retirado y donde esperaba á la señora de Chantal para fundar con ella la Orden de la Visitación.

Habiendo salido de Dijón la señora de Chantal el día 29 de Marzo de 1610, llegó á la ciudad de Annecy el 4 de Abril, Domingo de Ramos. Viajaba bastante despacio, á caballo, según se usaba entonces, llevando consigo á la mayor de sus hijas, de edad de trece años, y á Francisca, aún más joven, cuya educación quería continuar y concluir. Algunas señoras, parientas y amigas, la acompañaban también, y durante este largo camino de seis días se admiró su piedad, su caridad y su modestia. Estaba muerta para el mundo, y ocupada en el gran designio de su entera y completa consagración á Dios. En el camino y en las aldeas por donde pasaba, y en los lugares en donde tenía que hacer noche, se informaba de los pobres y de los enfermos, iba á verlos, les llevaba limosnas, les asistía con sus mismas ma-

nos, hacía sus camas y se recomendaba en sus oraciones. Al atravesar por Ginebra juntó á estos actos de caridad uno muy tierno de humildad. Uno de los parientes más cercanos del Sr. Chantal había hecho grandes servicios á esta ciudad, y los habitantes, llenos de gratitud, habían hecho el año antecedente una especie de ovación á un primo de nuestra Santa que pasaba por Ginebra; la señora de Chantal, por temor que la hiciesen algunas honras particulares, cambió de nombre, tomó el de Baronesa de Bourbilly para no ser conocida, y atravesando rápidamente por Ginebra tomó al instante el camino de Annecy.

En cuanto San Francisco de Sales supo que estaba cerca, montó á caballo, y con él veinticinco personas, señoras y caballeros, para ir á recibirla. Un gentío inmenso esperaba en las calles á la señora de Chantal, que llegó el Domingo de Ramos por la tarde, el año de 1610, en medio de las más vivas demostraciones de la alegría general. El Sr. Favre, Presidente del Parlamento de Saboya, había reclamado el honor de recibirla. Bajó, pues, en casa de este caballero, y desde el primer día hizo nuestra Santa la conquista de su hija, la señorita Jacobina Favre, que deseando consagrarse á Dios, ignoraba no obstante el modo de realizarlo; mas apenas vió á la señora de Chantal cuando un rayo de luz la iluminó. Por su parte, nuestra Santa comprendió al instante el mérito de esta joven, «querida de Dios y de los hombres por sus virtudes, por su talento, juicio sólido y reflexivo, y por su alma cándida y pura como la nieve (1).»

La Semana Santa la empleó en visitar las iglesias, á los pobres y á los enfermos. Después la señora de Chantal llevó á su hija María Amada al castillo de Thorens,

(1) Son las propias palabras de Santa Juana Francisca, escritas por ella misma en el libro de la fundación de Annecy.

en donde ésta debía residir con su esposo: pasó allí los últimos días de Abril y los primeros de Mayo, organizando por sí misma la casa de su Baronesa, comola llamaba, proveyendo á todo con ese juicio práctico que ya conocemos; y como los recién casados eran tan jóvenes, no los dejó hasta que tuvieron un mayordomo y un ama de gobierno, de cuya fidelidad é inteligencia se había asegurado.

Cumplidos estos deberes de madre, segura de que nada faltaba á María Amada, y confiando al cuidado de ésta por un mes ó dos á su hermana Francisca, partió para Annecy á ocuparse en su importante negocio.

Al poner el pie en el umbral de la casa de San Francisco de Sales, vió á dos señoras muy nobles, la una de bastante edad y la otra muy joven aún, que venían para hablar con San Francisco de Sales. La figura modesta é inocente de la joven llamó la atención de nuestra Santa. La joven, por su parte, apenas vió á la señora de Chantal, cuando se sintió iluminada é inflamada de amor, y volviéndose hacia Dios: «Y qué, Señor—se dijo á sí misma,—¿me habréis escuchado, y vais, en fin, á manifestarme lo que queréis de mí?» Ocultó, sin embargo, su emoción, y entrando en casa del Santo, le pidió el favor de una conversación particular, en que le abrió su corazón, le expuso sus deseos de vida religiosa, sus terribles incertidumbres hasta entonces, y por último, la impresión que acababa de sentir al ver á la señora de Chantal. Al salir de esta conversación, la Visitación contaba con una pretendiente más: era la señorita María Petra Chatel, que nuestros lectores conocen ya (1).

Nada manifiesta más la virtud de la Baronesa de Chantal que lo que hizo al otro día de su arribo á la ciudad de Annecy. Por una escritura otorgada ante no-

(1) *Vida de las primeras Madres de la Visitación*, tomo I, pág. 270.

tario, cedió á sus hijos todos sus bienes, y aun su misma viudedad, no reservándose nada de su fortuna, sino diez escudos que tenía entonces en su bolsillo, y que no se le ocurrió dar (1). El mundo criticó mucho este paso, que á su modo de ver era, efectivamente, muy arriesgado; pero la Providencia, que nunca abandona á los que en ella confían, se encargó de justificar la conducta de la Santa Baronesa, por caminos que admiraremos después.

El día señalado por el Santo Obispo de Ginebra para establecer su grande obra de la Visitación, era el de Pentecostés, porque decía que deseaba que sus hijas, encerradas como en un pequeño cenáculo, recibiesen allí al Espíritu Santo, y se embriegasen con este vino celestial, que hace hablar una nueva lengua, y vivir con vida nueva (2).

Un contratiempo, en que luego se manifestó el dedo de Dios, hizo que se dilatase la empresa.

Había en Saboya una familia opulenta, á quien Dios inclinaba fuertemente al retiro. El padre quería entrar en los frailes menores, y su hijo tenía los mismos deseos; la madre trabajaba en formar una nueva congregación de doncellas, con las cuales se proponía llevar una vida oculta y dedicada á la oración. La casa estaba comprada y amueblada, y muchas jóvenes se preparaban á entrar en ella, aprobándolo la opinión pública. Hablaron de esto á San Francisco de Sales, y le propusieron que uniese sus esfuerzos á los de esta señora. Al Santo le costó algo de trabajo el consentir en esto; pero como tenía un carácter dulce y condescendiente, concluyó por acceder al nuevo proyecto.

Acercándose el día de Pentecostés, el Santo Obispo de Ginebra escribió á esta señora, de quien no recibía

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de la Madre Greffier.

(2) Maupas, cap. XIX.

ya noticia alguna. La representaba que, estando en visperas de ejecutar tan grande empresa, era menester que viese y supiese si tenía bastante afecto, valor y fortaleza para abrazarse con Jesús crucificado, despidiéndose del mundo; y que si no estaba aún bien decidida á entrar en este camino, tuviese la bondad de decírselo, á fin de que las otras diesen principio á lo que tanto deseaban (1).

La carta estaba fechada en 2 de Mayo de 1610. Al recibirla esta señora, cuyo nombre ocultó una piadosa reserva, entró en un profundo desaliento. Jesús crucificado, con quien era preciso abrazarse, según decía San Francisco de Sales, la amedrentó, y empezó á dudar seriamente de su vocación. Una enfermedad que entonces la atacó, la persuadió de que no debía ser religiosa, y escribió al Santo que no contase más con ella.

Este contratiempo era tanto más desagradable, cuanto que contando con la casa que esta señora tenía preparada, San Francisco de Sales no había pensado en procurarse otra; y como la señora de Chantal había dejado todos sus bienes á sus hijos, no había dinero para comprar y amueblar una casa. Pero no se conmovieron por esto los dos Santos fundadores, antes bien, se congratularon por verse de este modo libres para principiar su obra, acompañados de la santa pobreza. San Francisco de Sales vió en el arrabal de la Perriere, casi á las orillas del lago, una casita de aspecto modesto, con un patio por un lado y por el otro un jardín, separado, es verdad, de la casa por un camino, pero que dejaba comunicación con ella por una galería cerrada, echada como un puente sobre el mismo camino. Inmediatamente la ajustó, pagó una parte de su coste, se obligó al resto, y nunca se vió á este amable Santo más

(1) Carta del 2 de Mayo de 1610.

contento que el día en que firmó el contrato. «Nunca he sido más feliz que hoy—decía,—pues he encontrado una colmenita para mis pobres abejas, ó más bien una jaula para mis palomitas (1).»

Bien se manifestó que Dios por sí mismo había dirigido todas las cosas, porque la fundación que debía haberse verificado el día de Pentecostés, no pudo realizarse sino el domingo de la Santísima Trinidad, que caía aquel año en el día de San Claudio. Nadie había pensado en ello, pero se observó con admiración, que por segunda vez se cumplía la palabra que Santa Juana Francisca había oído en una visión: *Valor, hija mía; entrarás en el descanso de los hijos de Dios, por la puerta de San Claudio.*

Un prodigio acabó de rasgar el velo transparente bajo el cual se ocultaba la mano que lo gobernaba todo. Uno de los días de esta misma semana de Pentecostés, San Francisco de Sales se paseaba sólo en su cuarto rezando el Rosario, como lo tenía por costumbre. De repente, dos columnas de fuego aparecieron á su lado. Sumido el Santo en la meditación y continuando su paseo sin detenerse, le escoltaron por algún tiempo, como él mismo lo contó humilde y sencillamente al Sr. D. Miguel Favre, su confesor, que lo declaró bajo juramento. «Parece—añaden las Memorias—que Dios envió estas luces y estas columnas á este gran Moisés, para confirmarle en la salida de su pequeño pueblo, elegido fuera del Egipto de este mundo; porque si se ha dicho de los hijos de Israel que eran los más pequeños entre los pueblos, así nosotras somos las más pequeñas entre las familias de la Iglesia de Dios (2).»

El 5 de Junio de 1610, víspera del día en que debía principiarse la empresa, se empleó en concluir los úl-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Annecy*, pág. 5.

(2) *Fundación del monasterio de Annecy*, pág. 6. (Citaremos siempre la copia del monasterio de Dijón.)

timos preparativos. La señorita María Jacobina Favre y la señorita de Brechard estaban decididas y prontas á unirse á la señora de Chantal. Se había esperado que la señorita María Petra de Chatel, que había venido la víspera de Pentecostés á la ciudad de Annecy, y cuya vocación se había decidido á la primera mirada que había dirigido á la Santa, se juntaría á las otras dos; pero le fué preciso volverse para alcanzar el consentimiento de sus padres. La excelente joven Ana Jacobina Coste, debía servir de portera y criada hasta que el Santo Obispo pudiese hacerla lugar en la constitución futura de su congregación. Estando así todo pronto, la casa con algunos muebles, la capilla adornada con cortinas blancas y varias flores, la señora de Chantal, que había trabajado todo el día en acabar los preparativos, se retiró la última, y se acostó, en fin, para descansar. Pero apenas estuvo en la cama, cuando de repente se sintió atacada por una cruel tentación. Le parecía ver á su padre y á su suegro cargados de años y de dolores, pidiendo venganza contra ella; y lo que es más doloroso, á sus mismos hijos llorando y tendiéndola los brazos. ¿Acaso no era un crimen el haberlos abandonado? ¿Y no pasaría en la Iglesia, según el juicio de las Santas Escrituras, por una infiel, habiendo dejado así á sus hijos? Sin duda había engañado al Santo Obispo con sus instancias, si bien exentas de malicia, y en su consecuencia el consejo que la había dado de dejar á su familia, no era conforme á la voluntad de Dios. Y si esto era así, ¿no era mejor dejar la empresa comenzada, que no seguirla temerariamente? Y pensando en esto, encontraba mil pretextos honrosos para hacerlo como era conveniente. Este martirio duró dos horas por lo menos. En vano llamaba á la fe en su ayuda; en vano trataba de recordar el modo, la lentitud y prudencia con que se había tratado y arreglado este negocio; la tentación crecía

siempre; en fin, casi agotadas ya sus fuerzas, se puso de rodillas, y exclamó: «¡Dios mío! Yo me abandono enteramente á vuestra providencia; que mi padre, mis hijos, mi familia y aun yo misma perezamos, si tal es vuestra voluntad divina; poco importa todo esto; lo único que quiero, mi sólo deseo en el tiempo y en la eternidad, es obedeceros y servir á Vuestra Majestad.» Estas enérgicas palabras, pronunciadas con viva fe, volvieron la paz á su corazón. Las nubes se disiparon, y, como sucede siempre, después de las tentaciones, cuando no se ha sucumbido á ellas, una dulce alegría llenó su corazón, y le inundó de consuelo hasta la mañana (1).

El día 6, la señora de Chantal y sus dos compañeras, después de haber comulgado en la Misa, de mano de San Francisco de Sales, emplearon el día en visitar las iglesias y los pobres; á la tarde y al ponerse el sol fueron á casa de San Francisco de Sales, que las había convidado á cenar con sus hermanos. Muchas personas habían ido también para despedirse de las tres señoras. Después de la cena, el Santo Obispo hizo entrar en su cuarto á la señora de Chantal y á sus dos compañeras, la señorita María Jacobina Favre y la señorita Carlota de Brechard, y no pudiendo contener su emoción á la vista de estas castas esposas de Jesucristo, que no respiraban sino por el aire dulce de la soledad, y que ardían en deseo de dejarlo todo por Dios, las excitó á cumplir su sacrificio con palabras dignas de la santidad de su hermosa alma, y de las grandes virtudes de las personas á quienes las dirigía. Entregó á la señora de Chantal un cuaderno de las Constituciones que debían seguir, y levantando los ojos al cielo las bendijo en el nombre del Padre que las atraía, del Hijo que las gobernaba, y

(1) *Fundación inédita de Annecy, pág. 7.*

del Espíritu Santo que las animaba con sus amorosas llamas (1).

Se había querido tener callada la hora en que la señora de Chantal y sus dos compañeras se retirarían á su casa; pero desde por la mañana estaba el pueblo atisbando, y creció tanto el gentío, que era casi imposible andar. El aire resonaba con gritos y bendiciones. Las santas Fundadoras se adelantaban despacio, conducidas por los tres hermanos de San Francisco de Sales, y acompañadas de la nobleza, de la magistratura y del pueblo. No había uno sólo que dejase de sentir en su alma una emoción vivísima al contemplar este pacífico triunfo de la humildad y de la caridad. En el momento en que entraban en la casa de la *Galería*, Ana Jacobina Coste vino á echarse á sus piés, prometiéndolas de rodillas servirles en todo con entera fidelidad. La casa estaba llena de señoras, la mayor parte parientas y amigas que deseaban ser las últimas en abrazarlas.

La noche, que se venía encima, obligó á la gente á retirarse, y las tres fervorosas novicias quedaron solas con Dios. Sus almas estaban llenas de una santa paz. «Este es el lugar de nuestras delicias—dijo la Santa.—Henos ya por fin en el descanso de los hijos de Dios, no solamente por la puerta de San Claudio, sino en el mismo día de San Claudio.» Después se pusieron de rodillas, dando gracias al divino Piloto que las había conducido al puerto á pesar de tantas tempestades, oyeron la lectura del reglamento que San Francisco de Sales les había dado por escrito, se abrazaron estrechamente unas á otras y se prometieron un tierno y fraternal afecto. La señorita de Favre y la señorita de Brechard, prometieron además á la señora de Chantal una filial

(1) *Compendio de lo que ha pasado en el principio del Instituto en la casita de la Galería.*

obediencia; y por último, acariciaron á la buena Ana Jacobina Coste, escogida por Dios para ser la primera tornera del instituto.

En tan agradables ocupaciones, llegó la noche y se retiraron alegremente á sus pobres celdas, donde dejaron gustosas sus vestidos seculares para siempre. La señorita de Brechard, la más vehemente de todas, quitándose los suyos los pisó con desprecio. Muchas veces repitieron después que nunca habían tenido un sueño tan dulce y tranquilo como el de la primera noche de su retiro.

Sólo la señora de Chantal fué la que no durmió. Su emoción era muy grande; toda la noche estuvo su corazón deshaciéndose de amor, contemplando y adorando la bondad de Dios, y las maravillosas sendas por donde había querido se llevase á cabo la deseada empresa. Un instante, sin embargo, estuvo á pique de turbarse esta paz admirable. Al amanecer, una duda se apoderó de su entendimiento. «¿No era tal vez temeraria esta empresa? ¿No era tentar á Dios encargarse del gobierno de una familia? ¿De dónde sacaría lo necesario para mantener y vestir á sus hermanas? Dios, que á ejemplo suyo quiere que se obre en todo prudente y juiciosamente, ¿no la abandonaría como á una loca, que no se había provisto del aceite necesario para tener encendida su lámpara?» (1)

Las impresiones en la señora de Chantal, eran siempre muy vivas; ésta duró casi dos horas, pero la fe ardiente de la Santa la sostenía en medio de estas turbaciones. «Qué, Dios mío—decía,—¿por qué he de temer? ¿Qué es lo que me inquieta? Vuestros amorosos cuidados se extienden hasta los pajarillos de los bosques y los lirios de los campos: ¿cómo podríais negarlos á vuestra humilde sierva? Basta que busquemos vuestro reino

(1) *Fundación inédita de Annecy, pág. 9.*

y vuestra justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura.» En esto llegó la hora de levantarse; la señora de Chantal lo hizo al instante, y con el corazón lleno de amor fué á despertar á sus compañeras, á quienes la mudanza de cama no había impedido dormir perfectamente.

Se vistieron con el traje que se había adoptado para el noviciado, y que consistía en un vestido negro, enteramente sencillo, unos cuellecitos de tela blanca que cerraban hasta la garganta, una venda negra que cubría la mitad de la frente y escondía el cabello, con una gran gorra de tafetán negro, sin puntas ni encajes, que ocultaba todo el rostro si se dejaba caer. «Nunca—dicen las antiguas Memorias, después de haber descrito este humilde traje—se pusieron las orgullosas reinas de Egipto sus pomposos atavíos con más placer que el que tuvieron estas siervas del Salvador, cubriéndose por primera vez con aquel hábito sencillo (1).»

A las ocho de la mañana fué San Francisco de Sales á decirles la Misa en que dió la Comunión á estas tres queridas hijas, dejando para la tarde el verlas más despacio, porque entonces venía acompañado, sin quererlo, de una multitud de gentes que habían invadido la casa. Volvió, en efecto, por la tarde, estableció la clausura para este primer año, y les hizo dejar los nombres de señora y señorita, muy pomposos para almas que habían renunciado á todo, y demasiado fríos para manifestar la ternura con que debían amarse desde entonces, reemplazándolos con los dulces de Madre y Hermanas. Aprobó el traje que se habían puesto, pero no pudo menos de sonreírse al ver la papalina poco elegante que habían adoptado. «Verdaderamente—dijo con gracia á

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 10. Aún se ve en la casita de la *Galería* una pintura en madera, en que las tres primeras Madres están retratadas con este traje, que se abandonó después.

sus hermanos de vuelta á su casa—nuestras damas no han adoptado un tocado que les sea ventajoso.»

Mientras tanto la buena Hermana Ana Jacobina Coste no sabía cómo preparar la comida. No habiendo en la casa provisión alguna, y no teniendo dinero para comprar había ido muy temprano á buscar á la Madre de Chantal, como la llamaremos desde ahora, para decirle su apuro, y ésta se había contentado con decirle: «Dios proveerá, hija mía.» Con esta respuesta, Ana Jacobina Coste esperó tranquilamente primero, pero habiendo dado las diez y sin aparecer provisión ninguna, se fué al jardín, cogió unas yerbas, pidió prestada un poco de leche á una vecina y lo hizo cocer y hervir junto, siendo este solo plato el primer regalado festín de las nuevas reclusas. Se sentaban á la mesa cuando llamaron á la puerta. Ana Jacobina corrió á ver quién era, y se encontró con un criado del señor presidente Favre que las enviaba pan, carne y vino. Esta limosna tan oportuna regocijó mucho á las Hermanas y causó un poco de arrepentimiento á la buena Ana Jacobina, por no haber confiado bastante en la Providencia.

Al día siguiente, 8 de Junio, volvió San Francisco de Sales á «visitar á sus palomitas, y se trató del modo y tono con que habían de gorjear y cantar las divinas alabanzas» (1). Se ensayaron algunos de los cantos de otras religiosas, pero no pareciéndole al Santo bastante sencillos, tomó él mismo las notas y compuso con la Madre de Chantal el canto que aún hoy usan las hijas de la Visitación; canto sencillo, grave, casi seguido y sólo con algunas inflexiones fáciles de cuando en cuando, en que la vanidad no tiene aliciente y no puede satisfacerse, y que ya no preocupando al espíritu, le deja en entera libertad para hablar con Dios. La Madre

(1) *Fundación de Annecy*, inédita, pág. 12.

de Chantal y sus dos hijas se pusieron á estudiar en seguida el Oficio parvo de Nuestra Señora, costádoles algún trabajo la pronunciación del latín, y sobre todo á la Madre de Chantal, que ya no era joven y que estaba más acostumbrada á la pronunciación del corazón que á la de los labios. Sin embargo, tal era su respeto á la santa salmodia, que pasó algunas veces muchas horas de la noche repitiendo las palabras y los versículos en que se le había advertido cométia faltas. El hermano de San Francisco de Sales, Sr. de Boisy, que fué su sucesor en el Obispado de Ginebra, iba muy á menudo á oírlas cantar para corregirlas las faltas, y sobre todo, respecto á los acentos, instruyéndolas también en las ceremonias del Oficio, con un cuidado y exactitud que hacían ver en él un grande amor de Dios.

El día 2 de Julio de 1610, fiesta de la Visitación, á las Visperas, fué cuando las Hermanas cantaron por primera vez el Oficio de la Santísima Virgen. La Madre Favre era cantora mayor y corista de su coro; la Madre de Brechard, corista del suyo, y la Madre de Chantal, oficiaba. Como aún no eran más que tres, habían convidado, para que las acompañase con su voz, que era muy hermosa, á la señorita de la Roche, hija del gobernador del Castillo de Annecy, muy mundana entonces, pero á quien la Providencia tenía destinada para ser muy pronto una de las columnas de la naciente Orden. San Francisco de Sales asistió á este Oficio de rodillas, junto á la balastrada del coro, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón inundado de consuelo.

No obstante, la pobreza no disminuía. La primera noche que la Madre de Chantal y sus hijas pasaron en su casa, no había en ella ni pan, ni vino, ni fuego, ni aceite, ni provisión de ninguna especie, «lo que admiraba mucho á una buena alma, considerando que si hubiese sucedido alguna cosa en aquella noche, no te-

nían ni con qué encender un cabo de vela» (1). Seis meses después seguía la misma situación: «Me acuerdo—dice la Madre de Chantal—que una vez nuestra hermana tornera compró tres sueldos de carbón; fuimos las tres con nuestras llaves, según mandan las Constituciones, para abrir el arca del dinero, y no encontramos más que los tres sueldos, y á la verdad, no fué sin alegría» (2). Les habían dado de limosna un barrilito de vino, de donde estuvieron gastando desde el 6 de Julio de 1610 hasta las vendimias de 1611, en que las Hermanas hicieron alguna provisión de vino, y entonces mermó de tal modo el barrilito, que la Madre de Chantal se admiraba, y decía que si no se hubiese pensado en hacer la provisión, el barrilito no se hubiera agotado jamás.

El fervor era, no obstante, mayor que la pobreza. Parece que se está leyendo una página histórica encontrada en las Catacumbas, al ver la pintura que hace la Madre de Chantal de estos tiempos heroicos. «Es imposible—dice—poder contar las gracias y favores celestiales que Nuestro Señor derramaba en estas queridas almas. Así se veía brillar en esta comunidad un gran fervor, exactitud y obediencia, un admirable recogimiento y espíritu de oración, un candor y una inocencia infantiles, con gran suavidad, dulzura y santa alegría en sus conversaciones, y con tanto amor y tanta unión entre sí, que era un paraíso de delicias estar dentro de nuestra casita. No se hablaba sino de Dios, y de los medios de adelantar en su santo amor. Teníamos escrúpulo, ó á lo menos nos acusaba la conciencia de la más pequeña inobservancia. Un día en que se paseaban en el jardín nuestras dos queridas Hermanas, encontraron algunas peras que se habían caído del árbol,

(1) *Memorias de la Madre de Chaupy*, p. II, cap. II.

(2) *Memorias inéditas de la Madre de Chantal*. Archivos de Annecy. Fundación manuscrita de Annecy.

y quisieron saber si estaban ya en disposición de comerse, para lo cual tomaron cada una un bocado, pero no lo tragarón; no obstante, tuvieron en seguida tanto escrúpulo, que se lo dijeron á nuestro bienaventurado Padre, que las dijo lo confesasen, y las mandó decirlo á nuestra Madre, como también todo lo que les sucediese hacer contra la observancia, por poco que fuese; y este gran Santo nos inspiró tan ardiente amor á la exactitud y sencillez, que á la menor falta teníamos remordimiento de conciencia; y tanto, que no podíamos sufrirlo en el corazón si al momento no íbamos á decirlo á la Superiora, acusándonos con humildad.» Añade la Santa: «Estuvimos las tres con la buena Hermana tornera con tanta unión y tan dulce vida, que nuestra Hermana Jacobina Favre decía que si no fuese por la gloria de Dios, desearía pasásemos así toda la vida sin que se aumentase nuestro número.»

Pero esto no era posible; el perfume de virtud que exhalaba la Congregación naciente era demasiado dulce para que no atrajese muy pronto una porción de almas deseosas de ir á Annecy para formarse en la virtud bajo la dirección de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal. El 22 de Julio de 1610, seis semanas después del establecimiento, recibieron las Hermanas á Claudia Francisca Roget. Era una joven de Annecy, muy amable, muy virtuosa y muy amada, que tomó el hábito con una alegría de todo punto inocente, pero que no quiso Dios sino mostrar un instante á la Congregación, porque murió poco después llena de incomparable gozo. «La primera de mis hijas—decía San Francisco de Sales—que ha ido á ver en el cielo lo que Dios prepara á las demás.»

Cuatro días después, el 26 de Julio, llegó la señorita Petra de Chatel, á la cual ya conocen nuestros lectores, y que debía dejar en la Orden tan piadoso y profundo recuerdo de inocencia, de generosidad y de santa

alegría en el servicio de Dios. Hacía once meses que en una peregrinación que había hecho en Alemania á Nuestra Señora de las Ermitas, cansada del mundo, aspirando á la paz y al retiro, y no sabiendo dónde encontrarlo, á pesar de muchas oraciones y limosnas acompañadas de muchas lágrimas, se sintió inspirada y ansiosa de arrancar á la Virgen Santísima la gracia que hasta entonces le había sido negada. Sacó de su dedo una sortija preciosa, que estimaba mucho, porque era una memoria de su madre, y dándosela á la Santísima Virgen, la dijo con su natural inocencia: «¡Oh Virgen Santa! Los amantes acostumbran dar sortijas á sus amadas, y los esposos se las dan á sus esposas en la ceremonia de sus bodas. Pues que vuestro querido Hijo, á quien yo he escogido por amante, no me hace esta fineza, os ofrezco yo una para que se la regaléis en mi nombre. Sé muy bien que las jóvenes bien educadas y modestas no deben recibir nada sino en presencia de su madre, y que vuestro Hijo no acepta nada sino de vuestra mano, y por eso os presento mi sortija. ¡Oh Madre mía! Yo quiero ser esposa de vuestro Hijo; y á fin de manifestar mi deseo, ofrezco yo misma la sortija para desposarme con El: ésta es la de la promesa; espero que El me dará la de boda el día de mi profesión. Os ruego, Madre mía, que no me dejéis esperar mucho tiempo, y que todo lo más dentro de un año se me habrá concedido esta gracia.» La Santísima Virgen la había escuchado, porque aún no había concluido el año, cuando el 26 de Julio recibió de mano de la santa Madre de Chantal el velo de las esposas de Jesucristo.

Al otro día la siguió la señorita María Margarita Milletot, hija de un Consejero del Parlamento de Borgoña, y poco después la señorita Adriana Fichet, de una de las mejores familias de Saboya. Esta última, que había sido bautizada por San Francisco de Sales, y casi educada por él, tomó el hábito en el cuarto de la

Madre de Chantal, de rodillas delante de la chimenea. La Santa, que estaba enferma, no había podido bajar á la iglesia por haberlo prohibido los médicos, y estaba sentada al lado de la lumbre.

La señorita Claudia María Thiolier, de Chambery, se presentó al mes siguiente, y se la recibió, siendo la octava de la Orden.

La novena fué la señorita de la Roche, hija del Gobernador de Annecy, y aunque entonces, en Agosto de 1610, se principiaba á no dudar de su vocación, fué menester, no obstante, esperar aún un año para la toma de hábito. Era una joven de dieciocho años, bastante mundana aún, pero que lo había sido más anteriormente, «muy hermosa, alta, llena de gracia y de talento, de un carácter muy alegre,» y grande amiga de la señorita Jacobina Favre. Cuando ésta se convirtió en medio de un baile, como hemos dicho, la señorita de la Roche, que no había recibido la misma gracia, empezó á burlarse de su amiga, criticándola porque dejaba el mundo y se entregaba al servicio de Dios. Cuando María Jacobina, retirada en la iglesia, cerraba los ojos y juntaba las manos para rezar con más atención, la señorita de la Roche la remedaba como por juego; pero éste fué el lazo amoroso con que Dios la cogió. A fuerza de ir á la iglesia acompañando á María Jacobina, empezó á gustar de la oración, pero no lo bastante, sin embargo, para pensar en un convento y encerrarse en él. Si iba á menudo á la Visitación, era por la amistad que la unía con la Hermana Favre, por la veneración que la inspiraba la Madre de Chantal, y porque en las fiestas grandes la llamaban para que sostuviese con su hermosa voz el coro, falto aún de bastantes religiosas. Puesta así en relación con los santos Fundadores, San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, testigo cotidiano de las maravillas que Dios obraba en estos primeros días de la Visitación, concibió poco á poco la

idea de un mundo mucho más hermoso que el que hasta entonces había conocido; y á los diecinueve años abandonó á su familia, y vino á pedir á los santos Fundadores el humilde velo de las esposas de Jesucristo.

Al llegar á la casa del Santo Obispo el 28 de Junio de 1611, encontró allí á María Amada de Blonay, á quien hemos dado á conocer á nuestros lectores, pintándoles sus amables cualidades y la juventud agradable que iba á ofrecer á Dios. Las dos, hermosas y puras como ángeles, se comprendieron sin hablar, y cayendo una en los brazos de la otra empezaron á darse tiernos abrazos, como prendas de una amistad del todo santa. El bienaventurado, que las vió, llamó callandito al Sr. de Blonay y le dijo: «Mirad, hermano mío, cómo se acarician nuestras dos palomitas; espero que Dios recibirá su ofrenda con mucho agrado, y que las hará muy fructuosas y abundantes en el pequeño palomar donde vamos á encerrarlas» (1).

La señorita de la Roche tenía diecinueve años, y la señorita de Blonay dieciocho; y las dos fueron, en efecto, en el Orden naciente, dos de sus más inocentes palomas é invencibles apoyos.

No obstante, San Francisco de Sales, al dar así el hábito á tantas religiosas, no sabía con certeza lo que iba á hacer con ellas, ni cuál sería su advocación, ni su clase de ejercicios y trabajos. Se ve, al estudiar sus cartas, que preparaba una institución muy diferente de la que por fin verificó. Hacia pocos años que Santa Teresa había elevado su vuelo hasta las altas regiones de la más sublime perfección, arrastrando tras sí á millares de almas. Los desiertos del Carmelo, más admirables tal vez que los de la Tebaida en otro tiempo, se habían poblado de multitud de jóvenes que se acostaban en el suelo, ayunaban una parte del año, bebían agua

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto, cap. V.

solamente, se daban sangrientas disciplinas, y hacían de su cuerpo un altar sobre el cual inmolaban su espíritu. Las Dominicas, las Clarisas y las Ursulinas, eran del mismo género. Y á la puerta de todos estos conventos se veía llegar una multitud de personas muy piadosas, muy generosas, y capaces, por sus cualidades de corazón, de los más heroicos sacrificios, pero de salud delicada, de constitución débil y enfermiza, que suspirando por la vida religiosa, cuyas austeridades no podían soportar por la debilidad de su salud, tenían que vivir en medio de un mundo que detestaban. De esta suerte, en la organización general de la vida religiosa se observaba evidentemente una falta, que era la de excluir de ella á una porción de almas.

Había también otra, y era que todas estas religiosas, ocultas y separadas del mundo por rejas impenetrables, ocupadas en rezos y oraciones exclusivamente, no podían visitar á los pobres en sus casas, curar á los enfermos, asistir á los moribundos; en una palabra, unir á la fecunda vida de la oración la vida también fecunda y tan necesaria entonces, de la caridad. Estas dos faltas y vacíos eran los que San Francisco de Sales quería remediar y colmar.

«Hermano querido y señor mío—escribía á un sacerdote;—queréis saber lo que hago en este rincón de nuestras montañas, pues decís que desde ahí percibís su olor... Lo creo fácilmente, hermano mío, porque habiendo ofrecido holocaustos sobre el altar de Dios, ¿cómo era posible no exhalasen un perfume de suavidad? Os diré, pues, no lo que yo hice, sino lo que Dios ha hecho el verano pasado.

«Mi hermano, el Barón de Thorens, fué á buscar á Borgoña una mujercita, y trajo con ella una suegra que ni él mereció tener ni yo servir. Ya sabéis cómo Dios me la dió por hija; pues sabed ahora que esta hija vino á pedir á su miserable padre que la hiciese morir al

mundo. Instada de los deseos de servir á Dios, lo ha dejado todo, y con una fortaleza y una prudencia superiores á su sexo, arregló las cosas para proveer á las obligaciones que tenía en el mundo, de un modo que los buenos tendrán mucho que alabar, y los malignos hijos del siglo nada que criticar, al menos con sombra de fundamento.

«La pusimos en su cerrada casita el día de la Santísima Trinidad, con dos compañeras y la criada que visteis, que es tan buena alma en la rusticidad de su nacimiento, que no he visto en su clase otra semejante. Además, van viniendo jóvenes de Chambery, de Grenoble y de Borgoña para unirse á ellas. Creed que es pero que esta Congregación será para las enfermas un dulce y agradable retiro, porque sin muchas austeridades, practican todas las virtudes esenciales de la devoción.

«Dicen el Oficio de Nuestra Señora, y hacen la oración mental. Trabajan, y guardan el silencio, practicando la obediencia, la humildad y la pobreza. En cuanto á su vida en general, puedo deciros que es interior, amorosa, tranquila, y de tanta edificación como puede serlo cualquier monasterio bien arreglado. Después de su profesión irán, Dios mediante, á servir humildemente á los pobres enfermos. Esto es, mi querido hermano, en compendio, lo que se ha hecho aquí» (1).

Escribía también á otra persona: «La clausura será al principio la siguiente: ningún hombre entrará en su casa, sino en las ocasiones en que entran en los monasterios reformados. Las mujeres tampoco entrarán sin licencia del superior, quiero decir del Obispo ó su delegado.

«En cuanto á las Hermanas, no saldrán sino para servir á los enfermos después del año de su noviciado,

(1) Carta del 3 de Abril de 1611.

durante el cual no llevarán diferente vestido que el del mundo, pero será negro y sumamente humilde y modesto.

«Cantarán el Oficio Parvo de Nuestra Señora, para que puedan hacerlo bien y con santa alegría. Por lo demás, se ocuparán en toda clase de buenos ejercicios y muy particularmente en la cordial y santa oración. Espero que Nuestro Señor será glorificado con esta santa empresa, porque la piedra fundamental que para ella nos ha dado, es un alma de grande y de excelente virtud» (1).

Aquí se ve la primera forma, que para colmar este vacío y remediar la falta de que hemos hablado antes había ideado San Francisco de Sales. Deseaba una pequeña congregación de mujeres sujetas por la caridad más que por los votos, con pocas austeridades corporales, pero suplidas por toda clase de santos ejercicios y especialmente por la oración, obediencia, y el sacrificio del corazón y de la propia voluntad: de este modo, podrán ser recibidas en ella todas las almas buenas, sin mirar á su edad, debilidad de salud, y aun enfermedad. Para preservar á su pequeña Congregación de toda disipación, pensaba en una media clausura que impediría á las personas del mundo entrar en el monasterio, pero que dejaría á las Hermanas que saliesen de él para que fuesen, como deseaba, á visitar á los pobres, cuidar á los enfermos, instruir á los ignorantes y ejercitar en el mundo y en medio de él todos los ministerios y ejercicios de caridad.

Este era el plan: pero este último punto no debía ser dado á San Francisco de Sales llevarle á cabo. No era él á quien Dios quería dar la misión de llenar este vacío, transformando á las religiosas en madres de pobres, haciéndolas salir de sus claustros, y exponiéndolas á

(1) Carta del 24 de Mayo de 1610.

los ojos admirados del mundo. La Hermana de la Caridad soñada por el Santo Obispo de Ginebra, era una creación reservada á San Vicente de Paúl; y la misión de San Francisco de Sales, sin ser menos bella, era enteramente otra. Mas entonces no lo sabía: y es uno de los más curiosos espectáculos de esta historia, el ver cómo poco á poco iluminará Dios su espíritu, dirigirá su acción, y le hará modificar todos sus planes. «Yo no sé por qué me llaman fundador de una Orden—dirá un día graciosamente el Santo Obispo de Ginebra,—porque no he hecho lo que quería, y sí todo lo que no quería.»

Mientras tanto, y como sus hijas debían emplearse en obras de caridad, San Francisco de Sales pensaba ponerlas bajo la protección de Santa Marta, que hospedó á nuestro Señor en la tierra, y que es el modelo de todas las almas que le sirven en la persona de los pobres. Habló de ello á su Santa cooperadora, que sintió una secreta repugnancia, porque deseaba que sus hijas se consagrasen entera y únicamente á la Santísima Virgen. Pero lo disimuló, contentándose con rogar á Dios fervorosamente iluminase á su Santo director. Cuál no fué, pues, su alegría, cuando unos días después vino el Santo Obispo á decirle que Dios le había hecho mudar de idea; que su pequeña Congregación se consagraría á la Santísima Virgen, y que sus hijas se llamarían Hijas de la Visitación. Que había escogido este misterio para que éstas, al visitar á los pobres, imitasen el ardor, la generosidad santa, y los altos y sobrenaturales designios de María cuando, sobreponiéndose á su amor, al retiro y á la soledad, fué atravesando las altas montañas de Judea, con el corazón inflamado de caridad, á llevar á su prima Isabel el mayor consuelo que podía darle, revelándole el gran secreto que dentro de poco llenaría al mundo de alegría, y procurando al Bautista, su hijo, la gracia inmensa de la santificación en el vientre mismo de su madre.

En estas diferentes ocupaciones se pasó el año de noviciado, y San Francisco de Sales quiso que el mismo día 6 de Junio, fiesta de San Claudio, primer aniversario de la apertura de la casa y de la toma de hábito de sus tres primeras hijas, fuese también el de su profesión. Después de haberse asegurado de las disposiciones de las tres novicias y del gran deseo que tenían de consagrarse á Dios, las recordó que todo lo que se le ofrece debe purificarse con el fuego del amor, y las excitó á redoblar su fervor para prepararse á esta gran solemnidad. La santa Madre de Chantal, sobre todo, esperaba con impaciencia el momento de hacer la irrevocable ofrenda de sí misma á Nuestro Señor.

« ¡Oh! ¡Cuándo llegará este día feliz—escribía—en que debo hacer la irrevocable ofrenda de mí misma á mi Dios! Su bondad me ha llenado de un sentimiento tan fuerte y tan extraordinario, de la gracia tan grande que es el ser toda suya, que si este sentimiento dura en toda su fuerza, me consumirá. Nunca he tenido deseos y afectos tan ardientes de la perfección evangélica. Me es imposible explicar lo que siento, ni tampoco la grandeza de la perfección á que Dios me llama. ¡Ay! á medida que me resuelvo á ser muy fiel al amor de este dulce Salvador, me parece más imposible poder corresponder á la grandeza de este mismo amor. ¡Oh! y qué cosa tan penosa es amar, y ver delante la terrible barrera de nuestra impotencia (1). »

No obstante, en medio de este seráfico ardor, la venerable Madre de Chantal tenía en el corazón una herida que sangraba siempre, y que al acercarse la profesión volvió de nuevo á abrirse. Era el recuerdo de sus hijos, de Celso Benigno sobre todo, de quien le había sido preciso separarse. Al menos Francisca vivía con ella; María Amada, que vivía á dos ó tres leguas de dis-

(1) *Memorias de la Madre de Chaupy*, pág. 131.

tancia, venía todas las semanas á Annecy. En el momento de la profesión, una y otra estarían á su lado, y con su presencia engañarían en cierto modo á su corazón, endulzando su sacrificio. Pero á Celso Benigno hacia un año que no le había abrazado. ¿Cuándo le volvería á ver? Con este pensamiento, se despertaron sus dolores con la misma vehemencia que el día en que pasó por el cuerpo de su hijo. « ¡Oh Dios! mi querida hija—la escribe San Francisco de Sales;— os recomiendo nuestro pobre corazón; alivíadle y animadle; es el cordero del holocausto que tenemos que ofrecer á Dios. » « ¡Ay!—la dice también—hace doce años que tuve la gracia de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en el monasterio de la santa Viuda Romana (Santa Francisca) con mil deseos de ser devoto suyo toda mi vida. Así como es nuestra santa Patrona, debe ser también nuestro modelo. Amaba tanto á su pequeño Bautista, como vos á vuestro Celso Benigno; pero dejó á Dios que hiciera de él lo que fuese su voluntad divina, y le hizo un hijo de honor y salvación; así espero yo lo hará también con el hijo de mi muy querida Madre (1). »

No contento con preparar los corazones, San Francisco de Sales se ocupaba también en todos los detalles de la ceremonia.

La primera cuestión que se presentó fué la del velo simbólico que la Iglesia ha puesto siempre sobre la cabeza de las que se consagran á Dios. La Madre de Chantal había deseado al principio que las Hermanas llevarsen un velito blanco debajo del negro, pero San Francisco de Sales desechó esta idea (2). Propuso entonces los velos de crespón negro creyendo no se podían hacer con otra clase de telas; pero el bienaventurado, con su profunda humildad, respondió: « Sería muy delicado y

(1) Carta del 9 de Marzo de 1611.

(2) *Proceso de beatificación. Memorias inéditas de la Madre de la Croix*, tomo II, pág. 527.

muy rico para vosotras, que hacéis profesión de tan gran sencillez y pobreza; es menester hacerlos de estameña;» lo que hicieron al instante con un vestido que llevaba la Madre de Chantal en el mundo, porque no tenían con qué hacerlos nuevos. Quedaba aún por determinar el modo con que este velo debía colocarse en la cabeza de las Hermanas. La santa Madre de Chantal lo hizo poner de diferentes modos en la cabeza de la Madre de Brechard. El Santo Obispo, que estaba presente, escogió el que le pareció más conveniente, y tomando unas tijeras redondeó él mismo el velo por detrás, del mismo modo que hoy le llevan las hijas de la Visitación (1).

Arreglado así el velo, se ocuparon las Hermanas en adornar el altar, á cuyo pie debía consumarse el sacrificio. El señor Presidente Favre había prometido á su hija enviarla veinte escudos para esto, pero aún no se había recibido el dinero. Para suplirlo, las Hermanas Favre y Brechard pensaron en tomar cuatro ó cinco monedas de oro que San Francisco de Sales les había dado hacía poco tiempo para que se gastasen únicamente en servicio y alivio de los enfermos.

Se lo dijeron á la Madre de Chantal, y la persuadieron de que no era faltar á la obediencia emplear este dinero en adornar el altar, pues que lo volverían á poner en el arca en cuanto lo enviara el Presidente Favre. La santa Madre condescendió con su deseo; pero apenas dió el permiso cuando se arrepintió, y escribió al momento un billete á San Francisco de Sales acusándose humildemente de su falta. El Santo Obispo, que no sabía las instancias que las Hermanas habían hecho á

(1) La santa Madre de Chantal es la que nos cuenta por sí misma estas escenas encantadoras, donde se oculta con tanto cuidado para dejar todo el lugar á su bienaventurado Padre. (Véanse las *Memorias manuscritas de la Madre de Chantal*. Véanse también la *Historia de la fundación de Annecy* y la *Relación de lo que pasó en la casita de la Galería*.)

la Madre de Chantal, sintió mucho esta desobediencia, y al otro día por la mañana fué al convento para manifestar su disgusto. En cuanto la Santa le vió de lejos, corrió á echarse á sus pies, deshaciéndose en lágrimas, y reñovando humildemente la confesión de su falta. «Hija mía—le dijo el bienaventurado con rostro grave y triste,—esta es la primera vez que me habéis desobedecido; me habéis hecho pasar mala noche.» No añadió ni una sola palabra más, y la dejó llorar de rodillas por espacio de más de un *Miserere* sin decirle nada. Aún se enseña en el jardín el lugar donde pasó esta tierna escena de humildad y arrepentimiento.

El adorno del altar se resentía de la pobreza de las Hermanas; habían empleado como cortinas, sábanas blancas guarnecidas de ramilletes de flores campestres, lo que, por lo demás, daba tanta suavidad, y había puesto tan olorosa la capilla, «que al entrar en ella—dice un testigo—se creía entrar en el jardín del Esposo, entre las flores de los campos y los lirios de los valles.»

El 6 de Junio de 1611, día prefijado para la profesión, San Francisco de Sales vino muy de mañana para confesar á sus tres queridas hijas, y excitarlas con celestiales palabras á realizar perfectamente su sacrificio (1). Su rostro estaba inflamado, y se veía brillar en su hermosa figura una dulce alegría mezclada con una majestuosa y extraordinaria gravedad. Después de la confesión, fué cuando la Madre de Chantal renovó de un modo más especial los votos que había hecho de obediencia á San Francisco de Sales, rogando á Dios la

(1) La Madre de Chaugy dice en sus *Memorias*, pág. 132, que San Francisco de Sales vino á confesar á sus tres hijas el 5 de Junio por la tarde. En la *Fundación de Annecy* dice que fué el 6 por la mañana. Se hallan continuamente en las *Memorias de la Madre de Chaugy*, en sus *Vidas de las primeras Madres* y en sus *Fundaciones inéditas*, estas pequeñas contradicciones, á las cuales no daba ninguna importancia, y de las que no volveremos á hacer mención, contentándonos con seguir la opinión que nos parezca más probable.

guiase y dirigiese por medio de este gran Santo, á quien llamaba padre de su alma, pidiéndole la gracia del perfecto amor en la obediencia, é invocando para alcanzarla á muchos Santos, y en particular al santo patriarca Abraham, al cual tenía una especial devoción desde el día en que, á ejemplo suyo, tuvo valor para sacrificar á su propio hijo (1).

Después del Evangelio, el Santo Obispo, vestido de Pontifical, subió al púlpito. Las tres novicias, colocadas en el santuario y sentadas en el suelo, atraían todas las miradas por la modestia y la humildad de sus rostros, resplandecientes de amor. El Santo las comparó con los tres granos de trigo que se echan en una tierra estéril hasta entonces, y que se multiplican de tal modo, que el país se enriquece en pocos años. «Y así—añadió con espíritu profético—veremos que estas tres pequeñas almas que la providencia de Dios ha sembrado en este rincón de la tierra, se multiplicarán sin número, y la misericordia divina las bendecirá con gran prosperidad, y será glorificada en ellas.»

Acabado el sermón, las tres novicias se arrodillaron en el escaloncito del altar, y las ceremonias de la profesión empezaron cantando el *Veni, Creator*.

En todas las órdenes religiosas, estas ceremonias son tiernas como el acto á que acompañan. Se asiste á una agonía y á un nacimiento al mismo tiempo. Por una parte cantos tristes, el paño de difuntos, velas ben-

(1) La importante fórmula de este voto, encontrada entre los papeles de San Francisco de Sales, es la siguiente: «Dios mío, yo renuevo y confirmo mis votos de perpetua castidad y obediencia á vuestra Divina Majestad, en la persona del Ilmo. Sr. D. Francisco de Sales, vuestro muy amado y digno Obispo de Ginebra, mi único señor y muy querido padre en este mundo. Dios mío y Salvador mío, yo me abandono irrevocablemente y sin reserva á vuestra divina voluntad y santa Providencia; gobernadme y empleadme en cuanto os agrade, por medio de este gran padre de mi alma que me habéis dado, y concededme la gracia del perfecto amor por medio de la obediencia.»

ditas, una campana que toca á muerto; por otra frentes radiantes, coronas de rosas en las cabezas, cantos de alegría: todos los dolores de la tumba y todas las alegrías de la cuna. Al conformarse San Francisco de Sales á estos antiguos ritos, los modificó según las circunstancias. Su carácter dulce está visible en estas oraciones que escribió por sí mismo, y se nota, sobre todo, el acento de corazón.

Después de haberse cantado el *Veni, Creator*, y habiendo hecho el Santo Obispo oración con las manos extendidas durante un corto espacio de tiempo, la santa Madre de Chantal, con una voz grave y sentada, pero llena de tanto amor que temblaba de emoción, principió así el acto de su profesión:

«¡Oh, cielos, oid lo que digo, y que la tierra escuche las palabras de mi boca! A Vos, ¡oh Jesús y Salvador mío! es á quien habla mi corazón: aunque no soy más que polvo y ceniza, ¡oh Dios mío! yo hago voto de vivir en perpetua castidad, obediencia y pobreza (1). Ofrezco y consagro á vuestra Divina Majestad, y á la sagrada Virgen María vuestra Madre, Nuestra Señora, mi persona y mi vida. Recibidme, ¡oh Padre eterno! entre los brazos de vuestra piadosísima paternidad, á fin de que yo lleve constantemente el yugo y la carga de vuestro santo servicio, y que me abandone para siempre y totalmente á vuestro divino amor, al cual desde ahora me dedico y consagro. ¡Oh gloriosísima, sacratísima y dulcísima Virgen María! Os suplico por el amor y la muerte de vuestro Hijo me recibáis en el regazo de vuestra maternal protección. Escojo á Jesús, mi Salvador y mi Dios, por único objeto de mi dilec-

(1) Después, aprobado ya el Orden de la Visitación, se introdujeron en esta fórmula las palabras siguientes, que se dicen hoy: *Según la Regla de San Agustín y las Constituciones de la Congregación de Nuestra Señora de la Visitación, para cuya observancia ofrezco y consagro á vuestra, etc., etc.*

ción: escojo á su santa y sagrada Madre para mi protección, y á esta Congregación para mi perpetua dirección. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén.»

Después de estas hermosas palabras, que cada Hermana repitió por sí sola, la Madre de Chantal y sus dos compañeras se arrodillaron á los pies de San Francisco de Sales, quien puso á cada una en el cuello una cruz de plata, y desdoblado los velos, los puso sobre su cabeza, diciendo: «Esto os será un velo sobre vuestros ojos contra todas las miradas de los hombres, y una señal sagrada para que no recibáis jamás ninguna prenda de amor sino de Jesucristo.»

Luego se echaron en el suelo y se las cubrió con un paño de difuntos, y en esta disposición se las leyeron estas tristes palabras de Job: «El hombre nacido de mujer vive pocos días, etc., etc.» y mientras que los asistentes rezaban el *De profundis*, San Francisco de Sales tomó el hisopo y les echó agua bendita, como se hace sobre un ataúd.

¡Admirable religión, que da á las almas fuerza y valor para prevenir su tumba, sepultarse vivas bajo el paño fúnebre, y que por otra parte no las hace pasar por el sepulcro sino para llamarlas á la honra y fecundidad de una nueva vida.

Habiéndose levantado las Hermanas, los cantos de alegría reemplazaron á los de luto, y tomando el Santo Obispo los tres crucifijos preparados, se los puso en las manos, y la Madre de Chantal dijo en alta voz: «Mi amado es todo mío, y yo soy toda suya; nunca podré abandonarle para mirar á hombre ninguno, porque estoy enteramente unida á él por la caridad, y su bondad es más fuerte que todos los amores del mundo. ¡Oh, Dios mío; desviad mis ojos de la vanidad, y que no me domine ninguna injusticia!»

Se le dió entonces una vela encendida, y dijo: «¡Oh

Señor! vuestra palabra es como lámpara que alumbra mis pasos, y una luz puesta en mi camino. Vuestro resplandor brilló sobre mí, y habéis dado anchura á mi corazón.»

Concluida así la ceremonia: «Id, hijas mías—les dijo San Francisco de Sales,—entrad en vuestra morada, porque el Señor os ha llenado de beneficios.» Se retiraron, en efecto, al coro de las religiosas, separado del santuario por una balaustrada, y al entrar exclamó la Madre de Chantal por una súbita inspiración: «Este es el lugar de mi descanso; en él habitaré para siempre;» lo que se añadió después en la ceremonia de la profesión. La venerable y escogida reunión de personas que llenaba la capilla no podía contener su emoción, y acompañaba con dulces lágrimas el sacrificio de estas santas almas. Algunos de los personajes más distinguidos quisieron saludar á estas nuevas esposas del Salvador, pero el Santo Obispo quiso fuese con mucha brevedad, y les dijo: «Es menester dejarlas en paz todo el día, para que saboreen el don de Dios.»

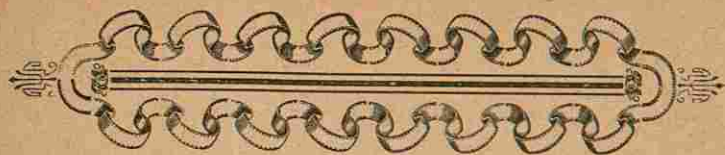
Cuatro días después, el 10 de Junio de 1611, escribía San Francisco de Sales á la Santa este billetito:

«Buenos días, querida Madre mía; esta noche me ha dado Dios el pensamiento de que nuestra casa de la Visitación es, por su gracia, bastante noble y grande para tener sus armas, su blasón, su divisa y su grito de guerra. He pensado, pues, Madre mía, si os parece bien, que debemos tomar por armas: *Un corazón atravesado con dos flechas, encerrado en una corona de espinas; encima, y como plantada en este pobre corazón, habrá una cruz; y en el centro del mismo corazón estarán grabados los dulces y sagrados nombres de Jesús y de María.* En nuestra primera entrevista os diré los mil pequeños pensamientos que me han ocurrido con este motivo; porque verdaderamente, nuestra pequeña Congregación es obra del Corazón de Jesús y de María; el Salvador

moribundo nos dió á luz por medio de su Corazón sagrado, abierto por nuestro amor (1).»

¿Cuáles eran, pues, estos mil pequeños pensamientos que había tenido por la noche San Francisco de Sales, y que quería confiar á la Madre Chantal? Dando el 10 de Junio de 1610, es decir, casi un siglo antes de la aparición de Nuestro Señor á la Beata Margarita María, un corazón coronado de espinas con una cruz encima por armas á su naciente instituto, ¿no cedía San Francisco de Sales á un presentimiento sublime? ¿Había tenido, tal vez, en esta bienaventurada noche, sobre la cual tenemos tan pocos pormenores, la revelación del grande acontecimiento, que debía dar un siglo después tan dulce y suave brillo á la Orden de la Visitación? O bien, Dios que quería dar á un siglo lleno de odios y de ruinas la tierna devoción á su Corazón sagrado como un consuelo y una esperanza, ¿escogió á este efecto á la Visitación, para recompensarla el haber tomado por armas desde su cuna este corazón coronado de espinas, y haber, digámoslo así, como dado la primera pincelada de esta hermosa devoción?

(1) *Cartas inéditas*, 10 de Junio de 1611.



CAPÍTULO XIV

La casita de la Galería.

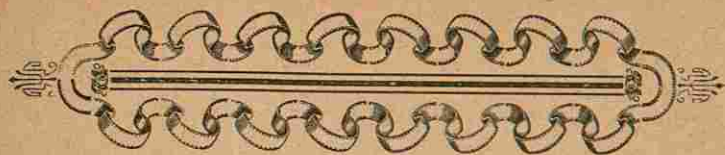
1611—1612

HASTA ahora San Francisco de Sales no se había ocupado más que en preparar á sus tres primeras hijas para la vida religiosa. Pero ya que habían hecho su profesión, era menester dar principio á organizar el Instituto, encaminándole decididamente á su objeto, trazándole las reglas y constituciones por las cuales debía regirse. El año que acababa de concluir, en nada había hecho cambiar las disposiciones generales del Santo Obispo. Se proponía siempre acoger á las personas piadosas, cuya débil salud no las permitía entrar en las Carmelitas, Dominicas y Clarisas, consagradas á las austeridades corporales; reunir las y darles Constituciones dulces en relación con la delicadeza de su temperamento, aplicándolas á servir á los enfermos. Su primer cuidado, en consecuencia, fué hacer cesar la clausura absoluta que había establecido para el año de noviciado, y arreglar el modo con que se debía visitar á los pobres y enfermos, fin decidido del Instituto. Pero como la comunidad era aún tan poco numerosa, que sólo se componía de tres profesas, resolvió que el servicio de los pobres no principiara hasta el 1.º de Enero de 1612, y así contaban con siete meses

moribundo nos dió á luz por medio de su Corazón sagrado, abierto por nuestro amor (1).»

¿Cuáles eran, pues, estos mil pequeños pensamientos que había tenido por la noche San Francisco de Sales, y que quería confiar á la Madre Chantal? Dando el 10 de Junio de 1610, es decir, casi un siglo antes de la aparición de Nuestro Señor á la Beata Margarita María, un corazón coronado de espinas con una cruz encima por armas á su naciente instituto, ¿no cedía San Francisco de Sales á un presentimiento sublime? ¿Había tenido, tal vez, en esta bienaventurada noche, sobre la cual tenemos tan pocos pormenores, la revelación del grande acontecimiento, que debía dar un siglo después tan dulce y suave brillo á la Orden de la Visitación? O bien, Dios que quería dar á un siglo lleno de odios y de ruinas la tierna devoción á su Corazón sagrado como un consuelo y una esperanza, ¿escogió á este efecto á la Visitación, para recompensarla el haber tomado por armas desde su cuna este corazón coronado de espinas, y haber, digámoslo así, como dado la primera pincelada de esta hermosa devoción?

(1) *Cartas inéditas*, 10 de Junio de 1611.



CAPÍTULO XIV

La casita de la Galería.

1611—1612

HASTA ahora San Francisco de Sales no se había ocupado más que en preparar á sus tres primeras hijas para la vida religiosa. Pero ya que habían hecho su profesión, era menester dar principio á organizar el Instituto, encaminándole decididamente á su objeto, trazándole las reglas y constituciones por las cuales debía regirse. El año que acababa de concluir, en nada había hecho cambiar las disposiciones generales del Santo Obispo. Se proponía siempre acoger á las personas piadosas, cuya débil salud no las permitía entrar en las Carmelitas, Dominicas y Clarisas, consagradas á las austeridades corporales; reunir las y darles Constituciones dulces en relación con la delicadeza de su temperamento, aplicándolas á servir á los enfermos. Su primer cuidado, en consecuencia, fué hacer cesar la clausura absoluta que había establecido para el año de noviciado, y arreglar el modo con que se debía visitar á los pobres y enfermos, fin decidido del Instituto. Pero como la comunidad era aún tan poco numerosa, que sólo se componía de tres profesas, resolvió que el servicio de los pobres no principiara hasta el 1.º de Enero de 1612, y así contaban con siete meses

de tiempo para aumentar el número de religiosas y componer las primeras reglas. San Francisco de Sales quiso ocuparse inmediatamente en resolver este último punto, y cuatro días después de la profesión de sus hijas (10 de Junio) fué por la tarde al monasterio, y habiéndose sentado muy cerca de la puerta que daba al jardín, con D. Miguel, su secretario, que le acompañaba siempre, y sentadas las Hermanas en el suelo á su alrededor, las dijo: «Queridas hijas mías, ahora que se aumenta nuestro número, es tiempo ya de arreglar nuestros negocios; primeramente nos levantaremos á las cinco de la mañana. En cuanto á mí y á mi Hermana Ana Jacobina Coste—añadió sonriéndose,—esto nos será fácil, porque somos de aldea.» Después arregló todo el orden de los ejercicios, tal y como se practica hoy. Cuando se habló de la comida y cena: «Padre mío—dijo la Madre de Chantal,—¿qué haremos los días de ayuno? Las Carmelitas no comen más que una onza de pan á la colación en los ayunos de la Iglesia, y cuatro en los de Regla. — ¡Oh, hija mía! — respondió el Santo—nosotros recibimos á las enfermas, y será menester que nos quedemos en el medio; cenaremos tres onzas de pan con un poco de fruta.» Explicado este artículo del Reglamento, y no preguntando nada más las Hermanas, el Santo pasó á otra cosa: «Hijas mías—les dijo,—es menester respetarnos mucho unas á otras. Sé que los Padres Jesuitas, si se encuentran cien veces al día, cien veces se quitan el bonete, y nosotros nos haremos la inclinación de cabeza siempre que nos encontremos. Y para que todas nuestras obras tengan un carácter religioso, en lugar de hacer la cortesía á los señores, haréis la inclinación. ¿No es verdad, queridas hijas mías, que estará esto muy bien?—Sí, ilustrísimo señor;—dijeron todas las religiosas, excepto la Madre Favre que guardó silencio, algo contrariada en este último punto.

»Ha pasado por aquí—continuó el Santo Obispo—un religioso Fuldense, que me ha dicho hay religiosas en Italia tan apegadas á sus rosarios, estampas, cruces, etcétera, etc., que muchas preferirían salir de su convento antes que dejarlas. Por lo cual he pensado, queridas hijas mías, que sería bueno cambiar de cuando en cuando estas cosas, para no apegarnos más que á Dios. Haremos, pues, este cambio el último día del año, cuando saquemos los Santos Protectores.

— «Padre mío—dijo la Madre de Brechard,—¿de qué modo se hará el cambio de nuestras cruces y rosarios?

— «Tomaréis vuestras cruces—respondió el Santo,—rosarios, estampas y cuanto haya que cambiar, y haréis un montoncito, y encima un papelito en que estará escrito el nombre del Santo, y luego sacaréis la suerte para que no haya preeminencia ninguna. Pero mejor es esto. Mirad—dijo después de un momento de silencio,—tengo mucha repugnancia á lo que sucede en algunos conventos, en que se dice á las religiosas: la señora antigua, la señora electa, la señora esto, la señora estotro. Así, nada de preeminencia, ni tampoco de antigüedad entre nosotros, que somos todos muy pequeños. Pondréis el número 1 al primer montón, 2 al segundo, 3 al tercero, y sacaréis la suerte. Así viviremos perfectamente desasidos de todas las cosas. ¿No es verdad, hijas mías?»

Dicho esto, se levantó, las dió su bendición y se retiró.

Otro día, la Madre de Chantal, con todas las Hermanas, incluso las novicias, bajaron con él al jardín de la fuente. Se le trajo una silla debajo del emparrado, y las Hermanas se sentaron á su alrededor.

«Ilmo. Señor—dijo la Madre de Chantal,—decidnos, os suplico, algo de lo que es la afabilidad.»

Todas las Hermanas se acercaron más al Santo Obispo. Se le había colocado sobre buen terreno, y ya

empezaba á explicar esta amable virtud y decir cuánto se necesita hacerse todo para todos, cuando un trueno y grandes gotas de agua le obligaron, como también á las Hermanas, á levantarse y volver á la casa. Se retiró á la galería para esperar que pasase la tormenta, que crecía por minutos. Las Hermanas, y sobre todo las novicias, tenían mucho miedo; y paseándose de arriba á abajo con el Santo Obispo, se santiguaban, haciendo grandes cruces sobre sí mismas á cada trueno que daba.

— Señor Ilmo., — dijo una Hermana joven (María Margarita Milletot), — tengo mucho miedo.

— ¡Oh hija mía! — replicó el Santo sonriéndose, — no temáis nada. El trueno sólo mata á los Santos ó á los grandes pecadores, y vos no sois ni uno ni otro.

Seguía la tempestad, y las Hermanas se pusieron de rodillas para rezar con el Sr. D. Miguel Favre, y el Santo continuó su paseo. Cuando se serenó el tiempo, la Madre de Chantal dijo:

— Ilmo. Señor y padre mío; dadnos á cada una, una virtud que practicar con más fervor.

— Con mucho gusto Madre mía — respondió, — y principiaré por vos.

Las Hermanas se retiraron á un lado, y llamándolas unas después de otras, paseándose siempre, las daba en secreto su práctica: pero después que se fué, se lo comunicaron unas á otras. A la Madre de Chantal, tan vehemente por carácter, habla dado por práctica la indiferencia y la muerte de la voluntad en Dios. A la Hermana Favre, cuya imaginación era tan viva, la presencia de Dios. A la Hermana Arechard, atormentada con penas interiores, la resignación á la voluntad de Dios. A la Hermana Claudia Francisca Roget, que era impresionable como todas las personas enfermas del pecho, la modestia y la tranquilidad. A la Hermana de Chatel, el amor de su abyección. A la Hermana María Margarita Milletot, que era portera, la mortificación de los

sentidos. A la Hermana Fichet, la afabilidad. A la Hermana Thiolier, la humildad interior. A la jovencita Hermana Claudia Inés de la Roche, que aún no se había desembarazado de sus modales mundanos, la humildad exterior. A la Hermana María Amada de Blonay, que acababa de llegar, y cuyo corazón sangraba aún con los sacrificios que debió hacer, el olvido del mundo y de los parientes. En fin, á la Hermana Marta Legros, que era la última que había entrado, la mortificación de las pasiones. Después de esto dijo el Santo á todas unas palabritas para animarlas, y habiendo mejorado el tiempo, se retiró.

Estas amables visitas se renovaban muy á menudo. San Francisco de Sales iba casi todos los días á decir Misa. Una vez que se había perdido la llave del coro, subió sin decir nada á la gran galería, se puso de rodillas cerca de la cuarta ventana, que era la más próxima al altar, y rezó sus acostumbradas oraciones de preparación para la Misa. Cuando se acabaron, viendo que aún no parecía la llave, se paseó de arriba á abajo haciendo oración. Las Hermanas iban por devoción á mirarle por las rendijas de la puerta, admirando su humildad, su modestia y su inalterable dulzura.

Después de la Misa se quedaba ordinariamente algún tiempo en la casa, para dar cuenta á las Hermanas de su interior, é instruir las en la vida espiritual; hablaba con ellas de cuanto era conveniente para el bien del Instituto naciente, ya paseándose en la galería, ya sentado en la alameda del jardín, siempre amable, alegre, provocando preguntas de las Hermanas, y respondiendo á ellas con la exactitud y oportunidad de doctrina y suavidad de maneras que se le observaba siempre.

«Mirad, Hermanas mías — decía un día, — es menester ser muy prontas para obedecer, y decir á Dios sinceramente: Señor, ¿qué queréis que haga?» y no parecemos á esos religiosos, de quien cuenta San Bernar-

do, que era preciso decirles: «Hermano mío, ¿qué os acomodará hacer?» Y preguntándole una Hermana cómo debería una portarse si la Superiora mandase alguna cosa contraria á las leyes de la Iglesia, respondió que no se la debía obedecer; como si la Superiora, por ejemplo, dijese á una Hermana: «Id al jardín á cojerme flores, y para ir más pronto, tiraos por la ventana.» Era menester responderla con suavidad y respeto: «Iré al instante por la escalera, si gustáis, Madre mía.»

En estas amables conversaciones todo el mundo tomaba la palabra. Las Hermanas más jóvenes, las novicias, y aun las torneras, animadas por la afectuosa dulzura del Santo, le proponían mil cuestiones, casi imprudentes alguna vez.

—Ilmo. Señor—le dijo un día una Hermana tornera,—llevais los ojos demasiado bajos por la ciudad.

—¡Ay! hija mía—respondió vivamente el Santo,—y sin esto, ¿cómo se podría andar en la presencia de Dios?—Ilmo. Señor y padre mío—le dijo una Hermana interrumpiéndole en una conversación,—¿estáis en la presencia de Dios?

—¿Os parece—respondió riendo—que sólo vosotras estáis en la presencia de Dios? ¿No está en todas partes? Y ¿no se debe pensar en El sin cesar?

Los menores acontecimientos de la Comunidad, esos mil pequeños nada que cada día se presentan en la vida, le inspiraban una porción de dichos oportunos, de observaciones discretas y de sabias prohibiciones, que las Hermanas anotaban cuidadosamente; y así es como, sin previsiones adelantadas, sin sistema de ninguna especie, se iban elaborando poco á poco, y de una manera práctica, las Constituciones por las cuales se debía regir un día el Instituto. Por ejemplo, una vez la Hermana María Petra Chatel, con deseo de mortificarse, comió una manzana agusanada, y las Hermanas la embromaron agradablemente en la recreación. El San-

to, que lo supo, mandó que de allí en adelante tuvieran las Hermanas los ojos bajos en el refectorio, á fin de que todas pudiesen y tuviesen libertad para mortificarse sin que se conociese. Otra vez la Madre de Brechard, que oficiaba, no había tomado el libro de las *Horas* para cantar los *Oremus*, y cuando llegó al *Per eundem Christum* la faltó de repente la memoria, lo cual causó un poco de risa á las Hermanas. Habiéndolo sabido el Santo, mandó que la oficiante no dijese nunca nada de memoria, y tomó nota de ello para ponerlo en las Constituciones. Otra vez también trajeron á la señorita Francisca de Chantal, á quien nuestra Santa educaba á su lado, un pajarito, con que se divertían un poco las novicias, así como con una ardillita que la joven Baronesa de Thorens había regalado á su hermana. San Francisco de Sales, cuando lo supo dijo: «Dejadme hacer, que yo lo arreglaré muy bien;» y al momento puso en las Constituciones la formal prohibición de que no entrase en el monasterio ningún pájaro ni animal que sirviese de recreación. No acabaríamos si quisiéramos contar todas estas mil escenas, tan llenas de sencillez y gracia, en que se ve al Santo, sin temer rebajarse, entrar en los menores detalles, notar las más pequeñas faltas, la omisión de un acento en el canto del Oficio, una inclinación mal hecha al entrar en la capilla, observar con delicadeza los defectos de las Hermanas, y animarlas para que se levantasen, cuando caían en una falta, con ternura, pero con firmeza, y siempre de un modo delicado y amable, que instruía sin herir, sirviéndose de todo para excitar á las Hermanas á la devoción, y para componer y arreglar para siempre las Constituciones de su Instituto (1).

(1) Ya he dicho, pero no estará demás el repetirlo, que no invento nada; que no hago otra cosa que copiar lo que dicen los manuscritos contemporáneos inéditos hasta ahora, y conservados cuidadosamente en los Archivos de Annecy.

Bajo una dirección semejante, sabia y fuerte á la vez, se podrá conjeturar lo que deberían llegar á ser unas almas como las de la Madre de Chantal, de Brechard, Favre y las otras, tan fervorosas en el servicio de Dios. La pobreza era extremada; el alimento grosero é insuficiente; la ropa enteramente gastada y mala; sin fuego en el invierno; á menudo sin medicinas cuando estaban enfermas; y no obstante no se oía una queja, á pesar de haberse criado todas en las riquezas y comodidades. Se veía brillar en medio de esta desnudez una paz admirable, una serenidad y alegría que nada interrumpía. Un día, por ejemplo, martes de Carnaval, en el momento en que iban á comer, vieron que una pera y un poco de pan era lo único que tenían, y partiendo la pera en ocho pedazos, que era el número de religiosas que había, comieron con más gusto que nunca.

Otro día que hacía mucho frío, como no tenían lumbré, porque nunca se encendía para calentarse, todas tuvieron muchos dolores en los pies y las manos, tanto que la Madre Favre tuvo que quedarse en cama; pero San Francisco de Sales, lejos de manifestarles compasión por sus padecimientos, procuraba por todos los medios posibles enseñar á sus hijas á despreciarlos. Habiendo visto por casualidad á la Madre Fichet con las manos envueltas en un mal pedazo de paño negro, porque las tenía muy hinchadas con el frío: «Hija mía—le dijo,—¿conque lleváis manguito? Yo no los llevo, y sin embargo, mirad mis manos.» No fué menester más para que la Madre Fichet tirase su pedazo de paño, y nunca consintió después cubrirse las manos, aunque se le abriesen con el frío.

Todas llevaban cilicios, cinturones y cadenas de hierro, que cambiaban todos los años con las cruces y rosarios. Muchas veces tomaban la disciplina con ortigas, y se daban á grandes austeridades. Hasta la niña Francisca de Chantal quería participar de estas mortifi-

ficaciones. «Padeciendo tercianas, esperaba el día en que no la tocaba el acceso, y mandaba á escondidas á su doncella que la trajese ortigas para tomar su disciplina.»

Dios recompensaba la virtud de estas almas generosas con oraciones extraordinarias. Casi todas las hermanas habían llegado á los más altos grados de unión con Dios. Se vió á muchas salir de la oración fuera de sí mismas, y como arrobadas en Dios. La Madre de Brechard salió un día del coro, y sin poderlo remediar iba gritando: «No soy nada, no puedo nada, ni valgo nada;» y con este transporte fué á tocar al cuarto de hora antes de cenar, con la campana grande en lugar de hacerlo con la de los ejercicios.

En la recreación misma estaban tan inflamadas y fervorosas, que si llegaba á pronunciar el nombre de Dios, les daban éxtasis y arrobos; siendo esto tan frecuente, que San Francisco de Sales tuvo que mandarlas hablasen de cosas indiferentes en la recreación, por miedo de que esta aplicación constante hiciese daño á su salud.

Pero un temor más grande preocupaba á la santa Fundadora, y la inspiró un ruego admirable. Viendo que estos grandes favores daban mucha admiración al mundo, «me sentí—escribe la Santa algún tiempo después—impulsada á rogar á Dios nos mantuviese en nuestra pequeñez, teniendo noche y día en el espíritu estas palabras: *Vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios*. Rumiaba yo estas palabras con gran fervor de corazón, y habiéndolo comunicado á nuestro bienaventurado Padre, y por orden suya, á nuestro Padre Jacobo de Bonnaval, jesuita, todo lo que sentía sobre esto, y el impulso que me llevaba á instar muy particularmente á Dios Padre, á fin de que fuese su beneplácito esconder nuestra vida con Jesucristo su Hijo crucificado, les pareció bien á uno y á otro, y los dos dijeron

la Misa con esta intención. Yo comulgé en la de nuestro bienaventurado Padre, y di gracias mientras decía la suya el Rdo. P. Bonnival. Cuando este siervo de Dios comulgaba, tuve una luz interior muy grande, y una certeza admirable de que nuestra súplica era agradable á Dios, y que su divina bondad concedía á este querido Instituto un gran don de vida interior, oculta y amorosamente paciente con Jesucristo; y que su inmensa bondad y liberalidad nada disminuiría de las gracias preparadas á las almas que le fuesen fieles en esta pequeña congregación; pero que serían, á imitación de las gracias concedidas al Hijo de Dios, aunque proporcionadas á nuestra nada, ocultas en Dios, dejando su manifestación para la eternidad; y que si en algunas almas se dejaban ver algunas maravillas, sería como un homenaje y en unión de la transfiguración y de las obras milagrosas de nuestro Salvador Jesús. Lo que me consoló extremadamente fué que nuestro bienaventurado Padre, el Rdo. P. Bonnival y yo, todos tres tuvimos los mismos sentimientos; de esto dedujimos que Dios quería que las Hijas de esta Congregación fuesen las admiradoras é imitadoras de la humildad de su divino Hijo y de su vida perfecta, interiormente toda oculta en Dios y enteramente común delante de los hombres; por todo lo cual dimos infinitas gracias á su dulce bondad.»

La humildad igualaba al amor en estas almas admirables. Tenían entre sí un noble y perpetuo empeño de ver quién se humillaría más profundamente, y quién podría ensalzar más á las otras para ponerse más fácilmente á sus pies. De esto nacía el que, cuando una Hermana no estaba en la recreación, las otras decían á la Santa Madre: «Madre mía, decídnos algo de las virtudes de la Madre Fulana.» Y la recreación se pasaba felizmente en el ejercicio difícil de oír hablar bien de los demás.

La santa Madre de Chantal daba ejemplo de todo;

ni su edad, ni su título de Superiora y fundadora le parecían motivo suficiente para dispensarse de los oficios más bajos y repugnantes; servía por su turno en el refectorio, barría las escaleras, y preparaba y hacía la comida. La semana en que le tocaba hacer á sus Hermanas estos humildes servicios, era para ella la semana mejor, y preveía por adelantado los negocios que podrían ocurrir, «á fin—decía—de que no me estorben, si es posible, de cumplir con mi buena semana.»

Como se necesitaba muy á menudo leche para dar á las hijas de los pobres, se había comprado una vaca, y para que no echase á perder los arbolitos del cercado, tenían precisión las Hermanas de guardarla por turno. La Santa Madre no dejaba nunca de ir cuando la tocaba; y era cosa digna de admiración el ver con qué modestia y santa alegría cumplía con este humilde oficio.

En este tiempo supo la Madre de Chantal una terrible noticia. Su padre murió el 11 de Agosto de 1611, de edad de setenta y tres años. «Hija mía—le dijo un día San Francisco de Sales, después de la Misa;—Dios quiere ser vuestro único padre, porque ha llevado para sí al que os había dado sobre la tierra. Perdéis un buen padre, yo pierdo un buen amigo; pero Dios lo ha querido, y es cuanto se puede decir.» La Madre de Chantal, que había querido siempre á su padre muy tiernamente, sintió un extremado dolor, templado, no obstante, con los consoladores pormenores que le comunicó San Francisco de Sales. El Sr. de Fremiot había muerto como verdadero y generoso cristiano, según había vivido; lleno de fe, había tenido el valor de confesarse por última vez con su propio hijo el Arzobispo de Bourges, y recibió de sus manos el santo Viático. Su muerte fué sentida por todos los hombres de bien.

La santa Madre de Chantal sintió con esta pérdida dolorosa que se abría de nuevo la llaga del corazón de que he hablado antes, y que siempre sangraba. «¿No

sería, tal vez, su retiro lo que habría contribuido para adelantar la muerte de tan buen padre? Si á lo menos hubiera esperado un año, podría haber cumplido sus últimos deberes para con él. ¿Qué haría su hijo, de quien el difunto se había encargado? ¿No se perdería cuando, privado de los sabios consejos de un padre, tan lleno de experiencia, no tenía ni aun á su madre para vigilarle? Así no titubeó un minuto, y como verdadera y buena madre, resolvió ir inmediatamente á Borgoña para recoger y transmitir á sus hijos la herencia de su abuelo y ocuparse en consejo de familia en lo porvenir de su hijo Celso Benigno.

Las Hermanas, que habían tomado parte en el dolor filial de su santa Madre, se desconsolaron mucho cuando supieron las dejaba, y tal vez por muchos meses. Apenas había nacido la obra, y ya se iba á ver privada de la que era su alma y su vida. La Madre de Chantal hizo brevemente sus preparativos; renovó sus votos de obediencia en manos de San Francisco de Sales; recibió la profesión de tres Hermanas que habían concluido el noviciado; la Hermana Roget, la Hermana María Petra Chatel y la Hermana Milletot encargó á la Madre de Brechard el gobierno de la comunidad, no queriendo llevarla consigo por la razón de que era de Borgoña, y escogió para que la acompañase á la Madre Favre, rogando al Barón de Thorens la sirviese de guía y protector durante el viaje; y después de recibir la bendición de San Francisco de Sales, salió del convento el 23 de Agosto de 1611.

El Santo Obispo salió también al otro día para Thonon. La Madre Brechard, afligida con esta soledad, subió á la galería donde tantas veces la habían consolado y fortificado los dos Santos con sus consejos, y poniéndose de rodillas para quejarse á Dios amorosamente, oyó distintamente estas palabras: «El Padre y la Madre se marchan, pero yo, que soy tu Dios, estoy

aquí; ¿de qué, pues, te quejas?» Lo que la consoló y la preparó á las pruebas que le estaban destinadas (1).

No obstante, San Francisco de Sales, andando para Thonon, seguía con el corazón y el espíritu á la venerable Madre de Chantal, que se dirigía á Dijón. «Tres días hace que estoy en Thonon—la escribía;—pero ¡oh Dios, mi muy querida hija! no sé qué camino he andado, si el de Thonon ó el de Borgoña; pero conozco que estoy más en Borgoña que aquí. Sí, hija mía; pues que así lo quiere la divina bondad, soy inseparable de vuestra alma.» Y después de algunas palabras sobre su salud, que le tenía algo cuidadoso por causa de la fatiga y de los muchos calores, volviendo á los negocios de su alma, que le preocupaban más: «¡Ay! yo os lo suplico, mi muy querida hija; en todos vuestros negocios estad pendiente de Jesucristo y de Nuestra Señora, para que su multitud no os turbe, ni su dificultad os admire. Haced uno después de otro, en cuanto os sea posible, y emplead para esto todo vuestro talento, pero dulce y suavemente. Si Dios os concede salir bien, le bendeciremos; si no, le bendeciremos también.» Y, por último, añade estas admirables palabras: «¡Oh, hija mía! tratad los negocios de la tierra con los ojos fijos en el cielo (2).»

Por lo demás, esto es lo que hacía la Santa. Llegó á Dijón hacia mediados de Septiembre, siendo recibida por sus parientes con extraordinaria alegría, y después de haber orado y llorado sobre el sepulcro de su padre, que en atención á su virtud y nobleza (3) había sido enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, se encerró

(1) *Vidas de las primeras religiosas*, tomo I, pág. 163. La relación de este hecho, redactada por la Madre de Chaugy, fué revisada por la Madre de Chantal.

(2) Carta del 10 al 11 de Septiembre de 1611.

(3) Su mausoleo con su estatua encima, ha sido después transportado á la iglesia catedral de Dijón, donde aún se ve hoy día.

en el más profundo retiro, visitada por una porción de gentes, pero sin volver ninguna visita, y no saliendo sino para ir á la iglesia.

De Dijón fué á Bourbilly y á Monthelón, estando casi cuatro meses en estos dos castillos, poniendo en orden sus negocios con una firmeza y un juicio que llenaban de admiración al Barón de Thorens y á todos los señores que la acompañaban. En Bourbilly, los parientes del Sr. de Chantal reunieron cierto número de personas doctas y algunos religiosos, para que persuadiesen á la Santa con razones de conciencia y de doctrina; decían que debía quedarse en Borgoña, á fin de cuidar de los bienes de sus hijos, y que no siendo religiosa claustrada, podía vivir en medio de su familia como las Hermanas de la Orden Tercera de Santo Domingo y San Francisco; pero á esto respondió muy oportunamente que no era igual su vocación. Una señora parienta suya, viendo que con nada se la convenía, se encolerizó mucho, y la dijo «que era una vergüenza verla envuelta en dos varas de estameña, y que si la creyesen desgarraría su velo en mil pedazos;» á lo cual dió la Santa una respuesta de Reina: «Quien prefiere su corona á su cabeza—dijo,—no perderá jamás la una sin la otra.»

Advertido San Francisco de Sales de lo que pasaba, escribió á la Madre de Chantal para fortificarla en su resolución. «Si os hubieseis vuelto á casar con un caballero de lo último de la Gascuña ó de la Bretaña—le decía con muy buen criterio,—lo hubieseis abandonado todo, y nadie diría nada. Ahora, que ni con mucho habéis hecho tan grande abandono, y os habéis reservado bastante libertad para tener un cuidado moderado de vuestra casa y de vuestros hijos, sólo porque este corto retiro es por Dios, hay muchas gentes que lo critican.» En consecuencia, el Santo la exhortaba á no hacer ningún caso, y dejaba á su prudencia y discre-

ción el tiempo que había de permanecer en Borgoña (1).

De Bourbilly volvió nuestra Santa á Dijón, donde la hicieron nuevas é increíbles instancias para que se quedase al menos un año; pero no quiso consentir en ello. Puso á su hijo Celso Benigno en el Colegio de Dijón, y rogó á su tío, el Sr. D. Claudio Fremiot, que tuviese la bondad de servirle de padre; y preocupada con las noticias que recibía de Annecy, desplegó la mayor actividad para apresurar el momento de su partida.

Estas noticias no eran buenas. Casi todas las Hermanas estaban enfermas, y una sobre todo, la Madre María Petra de Chatel, estaba de peligro. La Madre de Brechard, superiora en la ausencia de la Madre de Chantal, se consumía en oraciones, trabajos y cuidados, de noche y de día, para cuidar á las enfermas, y ya se empezaba á temer sucumbiese ella misma á sus penas y fatigas. «Querida hija mía—la escribía San Francisco de Sales;—es preciso tomar el descanso y la comida suficiente, dejando amorosamente algún trabajo para los demás, no queriendo para sí todas las coronas, porque el prójimo desea también conseguir algunas» (2).

Había, en efecto, una gran emulación de celo entre todas las Hermanas, y sobre todo se disputaban la felicidad de velar al lado del lecho de la Hermana María Petra de Chatel, no sólo por el afecto que inspiraba á todo el mundo, sino para ser testigo de las heroicas virtudes que esta joven Hermana desplegaba en su enfermedad. Atormentada con una calentura ardiente; devorada de sed hacia cinco días, hasta el punto de que su lengua desecada se pegaba al paladar, y teniendo á su lado un vaso de agua fresca: «¡Dios mío!—decía mirando con gusto esta copa,—es menester que el impe-

(1) Carta del 15 de Noviembre de 1611.

(2) Carta sin fecha cierta, sacada de la *Vida de la Madre de Brechard*. (Véase *Las primeras Madres de la Visilación*, tomo I, pág. 163.)

rio de vuestra gracia sea muy grande para que, estando tan sedienta, me deis fuerza para obedeceros, absteniéndome de beber.» Y luego, tomando esta copa, decía: «Tienes sed, pobre Petra, pero no beberás, porque tu Salvador no lo quiere. ¿Serías bastante cobarde para perder la gloria de haberle sido fiel siempre, por beber un poco de agua y satisfacer tu sed (1).»

A cada instante decía cosas semejantes. Así las Hermanas no podían decidirse á separarse de esta cama, que era para todas una escuela admirable de virtud. Una noche en que la enferma estaba muy mala, y en que San Francisco de Sales, que la había dado ya el Santo Viático, había enviado al Sr. D. Miguel Favre para que la asistiese en sus últimos momentos, la Madre Brechard mandó á la Hermana Claudia Francisca Roget y á la Hermana María Adriana Fichet que se fuesen á la cama; pero éstas esperaron á que se lo dijese por tres veces. El Sr. D. Miguel Favre, al dar cuenta al Santo Obispo del estado de la enferma, le dijo alguna cosa de la desobediencia de las Hermanas. Al otro día, San Francisco de Sales, que había pasado la noche en oración rogando al Señor no se llevase del mundo una persona tan útil á su gloria y tan preciosa para el Instituto naciente, vino al monasterio para administrar á la doliente. Al darla la santa Unción, la enferma, que había perdido el sentido hacía algunas horas, abrió los ojos, miró tranquilamente al Santo Obispo, y se volvió á dormir, no despertando sino al cabo de muchas horas y perfectamente curada. Todas las Hermanas estaban presentes, y salieron de la enfermería acompañando al Santo Obispo que se marchaba. «Mirad, hijas mías—les dijo San Francisco de Sales, aludiendo á la desobediencia de la víspera;—es menester que no nos parezcamos á las jóvenes del mundo, que cuando las dice su madre:

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. V.

haced esto ó aquello, responden: ahora lo haré, madre mía; y con tal que digamos nosotras: ¡pobre Hermana mía! ¡pobre Hermana mía! creemos ser muy obedientes.» Las dos culpables conocieron muy bien que esta sentencia era para ellas, pero hicieron que no lo comprendían; mas cuando San Francisco de Sales bajaba las escaleras, tiraban por el manteo al Sr. D. Miguel Favre, y le decían: «Vos sois quien se lo habéis dicho; vos se lo habéis dicho.» Nuestro Santo, que las oía, se sonreía dulcemente sin volverse, y lo mismo hacía el Sr. D. Miguel Favre.

Por la tarde, sabiendo San Francisco de Sales que la enferma seguía enteramente bien, la escribió este gracioso y amable billetito: «¡Animo en nombre de Dios! mi querida hija Petra María; volvamos á tomar nuestras fuerzas, para servir á nuestro Señor en santidad y justicia toda nuestra vida. Descansad dulcemente en Dios para volver á tomar vigor de su mano misericordiosa, á fin de que cuando vuelva nuestra amada Madre, nos encuentre á todos muy valientes. ¿Qué hubiera dicho esa buena Madre si en su ausencia hubiéramos dejado morir á su querida Petrita? (1).»

Mientras tanto, la santa Madre de Chantal concluyó los negocios relativos á la sucesión del Sr. de Fremiot, y se puso en camino para Annecy, á donde llegó el 24 de Diciembre de 1611. Se apeó en el palacio de San Francisco de Sales, con el cual tuvo una larga conferencia, y por la tarde se fué al monasterio, donde se la esperaba con la mayor impaciencia. Era víspera de Navidad, y aunque acababa de hacer un viaje bastante largo á caballo, en una estación rigurosa y se sentía muy cansada, quiso, no obstante, asistir á todo el Oficio de la noche; y su presencia inflamó de tal modo los corazones de las Hermanas, que «yo no creo—dice la

(1) Carta de Julio de 1611.

Madre de Chaugy—que se hayan pasado nunca las fiestas de Navidad con más santa y devota alegría (1).»

Lo que más hacía desear á la Madre de Chantal el volver á la ciudad y á su monasterio de Annecy, era el que se acercaba el día 1.º de Enero de 1612, que estaba prefijado por San Francisco de Sales, para proceder á la elección definitiva de la superiora y las oficiales del convento, como también para empezar la visita de los pobres enfermos, que se había dilatado por causa del corto número de Hermanas profesas, como dijimos más arriba.

La víspera del 1.º de Enero de 1612, las Hermanas procedieron en efecto á la elección de superiora, y ésta á la de las diferentes oficiales. La santa Madre de Chantal fué nombrada superiora; asistente, la Hermana Favre; maestra de novicias, la Hermana de Brechard; provisor, la Hermana Roget; dispensera y lencera, la Hermana Chatel; portera, la Hermana Milletot; sacristana y encargada de acompañar á las Hermanas al locutorio, la Hermana Fichet.

Hechas estas mudanzas, la Hermana Favre se puso de rodillas, y dijo: «Madre mía, os rogamos nos deis licencia para visitar á los enfermos, para que en el día del juicio nos diga nuestro Señor: Estuve enfermo y me visitasteis.» La Santa Madre escogió entonces algunas Hermanas, y al otro día, después de las gracias de la comida dijo: «Las Hermanas tal y tal irán conmigo, en representación de esta Comunidad, á visitar á los pobres de Nuestro Señor, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Bajó entonces á la capilla acompañada de las dos Hermanas, tomó la bendición de Nuestro Señor delante del Santísimo Sacramento, y echándose el velo, inauguró por sí misma el servicio de los pobres.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. V.

«En estas visitas—dice la Madre de Chantal—asistíamos á los enfermos, no sólo con el servicio de nuestras manos, sino también con todo lo que necesitaban de víveres, lienzo, mantas, almohadas, etc., etc.; porque se encontraban algunos en tanta pobreza, miseria y porquería, con tantos y tan asquerosos insectos, exhalando tanto hedor, que no era menester menos amor que el que tenían estas fervorosas almas para manejarlos, lo que hacían con un valor sin igual, limpiándolos y lavándolos, porque algunas veces estaban mojados hasta los hombros por no tener fuerzas para levantarse ni persona alguna que les ayudase. Los había enteramente ulcerados, á quienes nadie curaba; llenos otros de miseria, á quienes tenían que rapar la cabeza; en una palabra, hacían cuanto era posible para su alivio y aseo, mudándoles la ropa, haciendo sus camas, acostando en paja fresca á los que estaban en el suelo, y arreglando y limpiando el sitio donde se hallaban. En cuanto era posible los hacían visitar por los médicos, y cuando era necesario darles los Sacramentos, hacían llamar al señor cura, ponían sobre las camas de los enfermos sábanas y lienzos blancos, que también colocaban en los sitios sucios para cubrirlos, amortajando luego con sus propias manos á los que morían. Las pobres gentes á quienes servíamos así se deshacían de gratitud y afecto, y ciertamente nos daban grandes lecciones de virtud, porque estábamos admiradas de las que practicaban en su miseria, y sobre todo de su resignación y paciencia, pues estaban enteramente conformes con la voluntad divina, así para padecer como para morir (1).»

Esto es lo que dice la santa Madre de Chantal, contando la fundación del primer monasterio de Annecy. Lo que no dice, pero que nos ha conservado fielmente

(1) *Memorias inéditas de la Madre de Chantal*.

la historia, es la parte heroica que tomaba en el servicio de los pobres. Se repitieron las maravillas de Bourbilly y Monthelón, y el corazón de la Santa, tan lleno de caridad, pareció agrandarse más después de haberle consagrado enteramente á Dios. Todos los testigos dicen unánimemente y declaran « que la venerable sierva de Dios tomaba para sí el cuidado de los enfermos más repugnantes, y cuya vista y presencia era más insoponible; que los limpiaba por sí misma, llevaba su ropa y sus andrajos medio podridos para lavarlos, cortando por su mano los cabellos de cabezas casi corruptas por la porquería y miseria de que estaban llenas, sin olvidar entre estos cuidados la salvación de aquellos pobres miserables, disponiéndolos con piadosas conversaciones á recibir con fruto los Santos Sacramentos de la Iglesia (1). »

Y entrando en detalles, cada testigo declara para apoyo de su aserto hechos particulares.

La Madre María Amada de Sonnaz dijo « que la venerable sierva de Dios desplegó, sobre todo, una extraordinaria caridad con una pobre mujer que estaba paralítica de todo su cuerpo y atacada de disentería, á quien iba á visitar y limpiar todos los días, mandando á su compañera se desviase para que el olor no la incomodase, añadiendo que ella estaba acostumbrada y no la hacía daño. Que tuvo la misma caridad con otra infeliz, tan cubierta de úlceras malignas y de miseria, que daba horror, y como al mismo tiempo estaba con un violento catarro, no tenía fuerzas en el estado de debilidad en que se encontraba para echar las flemas, y la sierva de Dios se las sacaba de la boca con un pañuelo blanco con ingeniosa y caritativa habilidad; todas las mañanas la peinaba, como lo hacía con las demás

(1) *Proceso de canonización.* (Véanse las declaraciones de todos los testigos, *sup.*, art. 32.)

pobres, para quitarle la miseria que la roía, y no contenta con el socorro y los remedios que la daba para el cuerpo, trabajaba con mucho celo para la salvación de su alma, inspirándola sentimientos de penitencia tan sinceros, que el público se llenó de tanta edificación como de admiración y alegría; que hacía lo mismo con los demás pobres, disponiendo que sus Hermanas se portasén igualmente con todos los infelices enfermos, cuidando de disponerlos en tiempo oportuno para que recibiesen con fruto los Santos Sacramentos de la Iglesia; lavándolos y amortajándolos con sus propias manos, no manifestando nunca más contento que cuando tenía que cuidar enfermos hediondos, infectos y cubiertos de llagas, diciendo que le parecía enjugar y secar las llagas de Nuestro Señor en su Pasión. » Lo que la deponente dice haber sabido de la Madre María Adriana Fichet, que había acompañado á la venerable en estas ocasiones (1). »

A estos detalles que estremecen, la Madre María Adriana Fichet añade otros aún más heroicos. « Nuestra bienaventurada Madre — dice — tenía tan grande y natural aversión á matar los animalillos asquerosos que la porquería y la pobreza engendran en la cabeza, que los leprosos y cancerosos le parecían nada en comparación de esto, y prefería curar muchos de estos pobres infelices á matar uno solo de dichos animalillos; sin embargo, la Hermana tornera vino un día á decirle que una pobre mujer estaba tendida en medio del camino, toda cubierta de laceria. Nuestra Santa la hizo venir y desnudarse en el jardín, y después se encerró con la Hermana tornera, y estuvo dos horas largas limpiando su ropa, y matando los animalillos de que estaba llena, procurando que las Hermanas lo ignorasen de todo punto » (2).

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz.
(2) Lo que pasó en la casita de la Galería, etc., etc.

«En una palabra, desplegaba tanto valor y heroísmo—continúa la Madre María Amada de Sonnaz,—y manifestaba tan poca repugnancia en medio de la basura de los miserables, que una de sus religiosas la preguntó un día cómo podía su naturaleza resistir tantos objetos de asco sin revolverse; á lo que respondió, que nunca se le había ocurrido que servía á una criatura, sino que limpiaba las llagas á Jesucristo en la persona de los pobres» (1).

Y en efecto, esto es lo que sostenía á la Madre de Chantal, y lo que al mismo tiempo la recompensaba. De estas llagas, que á sus ojos eran las mismas de Jesucristo, salían perfumes y rayos que atraían su alma y la iluminaban. Un día en particular, mientras que cuidaba en un establo y en medio del ganado á una pobre mujer que se había echado allí para parir, después de coger al niño, que estaba en peligro de muerte, y haberle bautizado, seguía cuidando á la madre, cuando de repente una revelación sublime del establo de Belén, de la Virgen Madre y del Niño Jesús, la arrebató en un éxtasis dulcísimo. Nunca quiso explicarse respecto á este hecho, pero dijo muchas veces, «que nunca podía pasar por aquel lugar sin recordar con gratitud los favores que allí le había dispensado la divina bondad» (2).

La Madre Favre, de la cual decía la santa Madre de Chantal que era imposible explicar el santo fervor que mostraba cuando iba á visitar á los pobres, tuvo un día una recompensa diferente de ésta, pero también muy preciosa. Pasaba, acompañada de la Madre de Fichet, por delante de las ventanas del palacio episcopal, cuando San Francisco de Sales, que estaba en cama por una llaga que tenía en la pierna, las hizo llamar. «Vais—les dijo—á curar á los enfermos; aquí hay uno

(1) Declaración de la Madre María Amada de Socconay, *sup.* artículo 32

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 143.

que tiene una llaga en la pierna; ¿queréis curarme por caridad?» Muy contentas de poder hacer este servicio á su bienaventurado padre, empezaron la cura con una mano trémula de respeto y alegría, lo que le hizo sufrir mucho sin que lo manifestase; y sólo cuando acabaron de curarle, las dijo: «Hijas mías, cuando curéis á los pobres es menester asegurar bien la mano para no temblar, y no apresurarse tanto, porque cuando se toca la carne viva sin mucho tiento, duele muchísimo.» De vuelta á su casa contaron su aventura, que excitó la emulación de las demás Hermanas, y todas solicitaron la honra de ir á curar al Santo enfermo; pero no quiso fuese ninguna, y las mandó á decir: «No podré veros hasta que pueda llevar mi pobre pierna al locutorio» (1).

Apenas habían empezado á servir á los pobres, cuando se conoció la imposibilidad de vivir más tiempo en la casita de la Galería. Colocada en uno de los arrabales, estaba lejos de la ciudad, lo que hacía que en las visitas de los pobres se perdiese mucho tiempo, y el trabajo fuese mayor. Por otra parte, las continuas enfermedades de las Hermanas hacían temer fuese mal sana. Por último, y esto era lo principal, el número de las Hermanas se aumentaba, y no bastaba para todas. Se resolvió, pues, venderla, y se compró dentro de la ciudad otra casa mayor, que se pensaba sería fácil ensanchar, y que su dueño, Felipe Nicolín, abogado del Consejo de Ginebra, cedía á un precio muy moderado. Las Hermanas, después de haber enviado todos sus muebles en el barquito del lago, dejaron la casita de la Galería el 30 de Octubre de 1612. Hacía dos años, cuatro meses y veinticinco días que la Madre de Chantal había entrado en ella, acompañada solamente de las señoritas Favre y Brechard.

Saliendo de Annecy con dirección á las riberas del

(1) *Memorias manuscritas de la Madre Maria Adriana Fichet.*

lago, no se tarda en encontrar á la derecha una casita de modesta apariencia con algunas ventanas muy estrechas.

La puerta carcomida deja ver todavía la reja de hierro que la Madre de Chantal hizo poner; pero ya no existe ninguna huella de la galería de madera que, pasando por encima del camino, unía la casa con el jardín que está enfrente. Allí es donde sucedieron en 1610, 1611 y 1612 los acontecimientos que acabamos de referir.

La Orden de la Visitación ha tenido después casas muy célebres: la de Lyon, en que resonaron las últimas palabras de San Francisco de Sales, y en la cual se conserva su corazón, la de Moulins, que recogió el último suspiro de la santa Madre de Chantal; la de Paray-le-Monial, en donde nació la tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús; la de Annecy sobre todo, donde descansan los cuerpos de los dos Santos. Pero ninguna de estas casas ha dejado tan dulces recuerdos como la casita de la Galería; esta es, en efecto, en la historia de la Orden de la Visitación, lo que es en la vida del hombre el lugar en que por primera vez se abrieron sus ojos á la luz. Es una cuna.

Mas apenas vendieron las Hermanas esta casita de bendición en 1612, cuando se arrepintieron y quisieron volverla á comprar; pero todos los pasos que para ello dieron fueron inútiles, y la santa Madre de Chantal murió sin haber podido conseguirlo. Sólo á los diecisiete años de su feliz tránsito, y á los cuarenta y seis de haberla vendido, es decir, en 1658, fué cuando las Hermanas de Annecy volvieron á entrar en posesión de esta casa, llena de los sagrados vestigios de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal. No era sólo una cuna, sino una reliquia.

El 12 de Mayo de 1658, las hermanas de la Visitación, conducidas por el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, entraron en la casita de la Galería por un puente

cerrado (1) que la ponía en comunicación con el segundo monasterio de Annecy, cuyo principio contaremos después. Visitaron primero la celda de la santa Madre de Chantal, y allí el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, sobrino y segundo sucesor del Santo Obispo de Ginebra, tomando la palabra las recordó los principios tan pobres, tan oscuros, pero tan fervorosos de la Visitación. «¡Oh Dios!—exclamó—¡cuántas santas palabras se han dicho, cuántas santas acciones se han practicado en esta casa, y tal vez en el mismo sitio en que estoy! ¡Si supieseis los coloquios de aquellas almas santas, si ferais tan dichosas que participaseis de su espíritu!» Levantando después los ojos, y viendo sobre la chimenea siete cruces grabadas en un escudo: «¡Oh! mirad—dijo—no sin misterio ha permitido Dios que los que edificaron esta casa hayan colocado aquí estas cruces. Mirad las siete primeras Madres de vuestro Instituto; mirad las armas de las Hijas de la Visitación. Quien quiera reconocer á una Hija de Santa María, tiene que mirar si lleva las armas de la Cruz; son las que escogieron vuestras primeras Madres. Ellas mismas fueron cruces vivas, que llevaron sobre sí á Jesucristo crucificado y muerto.» Después de estas hermosas palabras, el digno Prelado llevó á todas las religiosas á los demás cuartos, diciendo en cada uno una grave que salía del corazón.

En toda la Orden no había entonces sino una sola religiosa que hubiera vivido con la santa Madre de Chantal en la casita de la Galería. Era la Hermana María Adriana de Fichot. Tenía ochenta años y vivía en el primer monasterio de Annecy. Se suplicó al ilustrísimo Sr. Carlos Augusto que la mandara venir, para recoger de su boca la relación de todo lo que había visto hacer y decir á San Francisco de Sales y á la Santa

(1) Fundación del segundo monasterio, pág. 174. Manuscrito en 4.º

Madre de Chantal, en aquellos dos años tan cortos, pero tan preciosos, de la fundación. Vino, en efecto, y tenemos que renunciar al placer de pintar la alegría de esta venerable anciana al volver á ver su primera habitación. Se arrastraba de rodillas por todos los cuartos, besaba la tierra de todos los lugares en que había visto á uno ú otro de los Santos Fundadores. Diez días pasaron en estas piadosas peregrinaciones, y en interminables conversaciones, consagradas por esta Hermana á contar, con una memoria tan fresca como si hablase de lo que pasó la vispera, los ejercicios y fervores de la santa Madre de Chantal y de sus hijas (1).

Estas notas, recogidas de lo contado por la venerable Madre Fichet, son las que nos han suministrado los detalles, hasta ahora inéditos, de los dos primeros años de la Visitación.

(1) La casita de la Galería pertenece hoy á las Hermanas de San José; no existe en poder de las religiosas de la Visitación desde el año 1793. —(Nota de la traductora.)



CAPÍTULO XV

Primeras pruebas de la Visitación naciente.—Construcción del primer monasterio de Annecy.

1612—1614

MIENTRAS tanto, las pruebas, que son la condición esencial de todas las cosas grandes del mundo, no faltaron á la Visitación naciente. Apenas se hizo la fundación, cuando cayó mala la fundadora. Sus enfermedades eran de un carácter raro; unas veces le daban accidentes tan violentos, que parecía iba á expirar, y otras se hinchaba de repente y perdía el uso de la palabra. Los médicos á quienes se consultaba no sabían qué decir. «Recomiendo á vuestras oraciones—escribía San Francisco de Sales—á la Madre Abadesa de nuestra nueva colmena; está padeciendo tan graves enfermedades, que nuestro buen señor de Grandis, aunque es uno de los mejores médicos que he conocido, no sabe qué remedio dar á sus males, que dicen tienen una causa no conocida por Galeno. No sé si el diablo quiere espantarnos con esto, ó si esta buena Madre es demasiado dura consigo misma... Pero sea lo que quiera, tengo tan en el corazón esta empresa, que nada me admira en su ejecución, y creo que Dios hará de esta buena Madre una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Sena, y tantas otras viudas que, como her-

Madre de Chantal, en aquellos dos años tan cortos, pero tan preciosos, de la fundación. Vino, en efecto, y tenemos que renunciar al placer de pintar la alegría de esta venerable anciana al volver á ver su primera habitación. Se arrastraba de rodillas por todos los cuartos, besaba la tierra de todos los lugares en que había visto á uno ú otro de los Santos Fundadores. Diez días pasaron en estas piadosas peregrinaciones, y en interminables conversaciones, consagradas por esta Hermana á contar, con una memoria tan fresca como si hablase de lo que pasó la vispera, los ejercicios y fervores de la santa Madre de Chantal y de sus hijas (1).

Estas notas, recogidas de lo contado por la venerable Madre Fichet, son las que nos han suministrado los detalles, hasta ahora inéditos, de los dos primeros años de la Visitación.

(1) La casita de la Galería pertenece hoy á las Hermanas de San José; no existe en poder de las religiosas de la Visitación desde el año 1793. —(Nota de la traductora.)



CAPÍTULO XV

Primeras pruebas de la Visitación naciente.—Construcción del primer monasterio de Annecy.

1612—1614

MIENTRAS tanto, las pruebas, que son la condición esencial de todas las cosas grandes del mundo, no faltaron á la Visitación naciente. Apenas se hizo la fundación, cuando cayó mala la fundadora. Sus enfermedades eran de un carácter raro; unas veces le daban accidentes tan violentos, que parecía iba á expirar, y otras se hinchaba de repente y perdía el uso de la palabra. Los médicos á quienes se consultaba no sabían qué decir. «Recomiendo á vuestras oraciones—escribía San Francisco de Sales—á la Madre Abadesa de nuestra nueva colmena; está padeciendo tan graves enfermedades, que nuestro buen señor de Grandis, aunque es uno de los mejores médicos que he conocido, no sabe qué remedio dar á sus males, que dicen tienen una causa no conocida por Galeno. No sé si el diablo quiere espantarnos con esto, ó si esta buena Madre es demasiado dura consigo misma... Pero sea lo que quiera, tengo tan en el corazón esta empresa, que nada me admira en su ejecución, y creo que Dios hará de esta buena Madre una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Sena, y tantas otras viudas que, como her-

mosas y odoríferas violetas, han sido tan agradables en el santo jardín de la Iglesia (1).»

Viendo San Francisco de Sales que los médicos de Annecy se declaraban impotentes para curarla, hizo venir de Ginebra un doctor muy célebre, el que después de haber examinado muy despacio á la enferma, dijo que estos accidentes eran muy raros, y fuera de las leyes ordinarias y generales de la naturaleza; y por último, aunque era protestante, declaró «que siendo esta señora tan sumamente virtuosa, no sería dudoso el que un resorte y agente celestial fuese el móvil de sus padecimientos (2).»

Entonces se vió brillar el admirable desasimiento de los dos Santos Fundadores. «¡Hija mía—dijo un día San Francisco de Sales á la Madre de Chantal, que estaba entonces de sumo peligro;—tal vez quiere Dios contentarse con nuestra buena voluntad, como en otro tiempo se contentó con que Abraham levantara el brazo para sacrificar á su hijo. Si así fuera, sea bendito su santo nombre!»

«Sí, mi muy amado Señor—respondió la enferma,—hágase su voluntad en el tiempo y en la eternidad.»

En otra ocasión dijo también estas hermosas palabras: «Hija mía, si Dios quiere que volvamos atrás á la mitad del camino, es menester estar tan prontos para dejarlo como para tomarlo (3).»

Y en una carta escribía: «Os pido una Misa por la salud de nuestra Madre de Chantal, que hace diez ó doce días que su grave enfermedad me hace hacer oración sobre la tercera petición del Pater noster: *Fiat voluntas tua*. Estoy completamente sometido á la voluntad divina. Si le agrada llevarse á esta Madre, se la ofrezco; si quiere que se realice nuestra empresa, nos de-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 3 de Abril de 1611.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. VII.

(3) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 17.

jará materiales para ella; si no, los encerrará en un misterio eterno. Os confesaré, mi querido Padre, en razón de nuestro fraternal, paternal y filial afecto, que la providencia divina en este asunto me tiene lleno de admiración, pero con una cierta é íntima confianza de que lleva hasta el borde de la muerte, para que se verifique que mata para resucitar. Voy á concluir todos mis pensamientos con el *Fiat voluntas tua* (1).»

Por su parte, la Madre de Chantal admiraba á las Hermanas por la serenidad de su rostro en medio de grandes sufrimientos, y por su absoluta obediencia á las prescripciones y remedios, cuya inutilidad conocía mejor que nadie. Hacía ver con todo su brillo su humilde desasimiento, en el momento mismo en que vela hundirse lo que había sido tantos años objeto de sus más fervientes oraciones y de sus mayores y más dolorosos sacrificios.

Al mismo tiempo que Dios probaba á los Santos fundadores, el mundo principiaba á zaherirlos con críticas y burlas; pero esto no es de admirar, ni tampoco es cosa para quejarse, porque el mundo siempre es y será enemigo de Dios: fundar una Orden religiosa es crear un hogar de virtud, una fuente inagotable de abnegación para servir á Dios y á los hombres; es colocar en medio de la sociedad, un asilo en que el alma se recoja lejos de los vanos ruidos del mundo, se fortifique en la obediencia, se transfigure por la humildad, y muerta á sí misma, abrasada del puro amor de Dios, derrame alrededor suyo ese buen olor de Jesucristo, que atrae las almas hacia la virtud. ¿Será, pues, cosa digna de admiración, que los fundadores de las Ordenes religiosas hayan estado expuestos más que nadie á las calumnias, ultrajes y persecuciones más violentas? Esta es la his-

(1) Esta carta inédita no tiene fecha, pero la cita que de ella se hace en la *Historia manuscrita de la fundación de Annecy*, demuestra que es de esta misma época.

toría de San Benito, de Santo Domingo, de San Francisco de Asís, de San Ignacio, y debía ser también la de San Francisco de Sales y la de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Se decía, pues, que estos principios eran como fuego prendido en paja; que era perder el tiempo ocuparse en una fundación de mujeres, como la que había hecho el Obispo de Ginebra; que lo que formaba era un hospital y no una congregación religiosa; que ciertamente no valía la pena de fundar una Orden religiosa para introducir la flojedad y la relajación; que el Obispo de Ginebra acababa de hacer un precioso descubrimiento, cual era el de ir al cielo por un camino de rosas sin espinas. Algunos graciosos de mal género llamaban al nuevo Instituto la Cofradía del Descendimiento de la Cruz, porque—decían—huyendo las religiosas de los padecimientos, habían bajado á Jesucristo de la Cruz.

Muchas personas de viso participaban también de estas ideas. Un día que San Francisco de Sales enseñaba á una de ellas una ventana que quería tapiar: «Bien hacéis, Ilmo. señor—le dijo—en hacer tapiar las ventanas, porque así como así no se ve luz en esta empresa.» El bienaventurado Prelado no contestó más que con un silencio humilde y una dulce mirada.

Sobre todo, durante las largas enfermedades de la Madre de Chantal, era cuando se aumentaban las hablillas y murmuraciones; en cuanto muera—decían—tendrán los padres que ir por sus hijas, y á la verdad que no valía la pena de hacer tanto ruido para cosa tan corta. Otros se propasaban mucho más; y este humilde asilo de inocencia, de humildad y de angélica pureza, era, por parte de los libertinos, objeto de abominables calumnias (1).

(1) *Relación manuscrita de lo que pasó en la casita de la Galería. Fundación inédita de Annecy, pág. 19. Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 128.*

El Santo Obispo toleró primero estas saetas de lengua con su acostumbrada mansedumbre. Pero como podía temerse que hicieran algún daño á su obra, tomó la pluma, y desdeñando las calumnias que no miraban más que á su persona, dejando á Dios el cuidado de su justificación, escribió admirables páginas para la defensa de las Congregaciones piadosas. Respondiendo primero á los que no les parecía bien fundase una sociedad de doncellas y viudas, el bienaventurado hacía ver que si el hombre ha recibido de Dios autoridad sobre la mujer ésta le es igual en todo lo demás, y sobre todo en la participación de la gracia y de la gloria; que á la verdad, el pecado de Adán y Eva la dejó abatida y humillada, pero que Dios la elevó, queriendo nacer de ella, en la persona de la incomparable María Virgen, que la honró en Magdalena, en Marta y en las santas mujeres, á quienes permitió le acompañasen durante su vida, le asistieran en sus necesidades, le velasen durante su agonía y le amortajasen después de su muerte; que después de Jesucristo, los Apóstoles y Pastores de la Iglesia tuvieron un cuidado particular de las vírgenes y mujeres piadosas, visitándolas, confesándolas, y escribiendo para ellas magníficos tratados de perfección; que San Gregorio el Grande, que tenía muy cerca de tres mil vírgenes en Roma, decía que no creía que sin ellas hubiera podido Roma subsistir entre las espadas de los lombardos; que San Gregorio de Nazianceno las llamaba luz y honra del cristianismo, y que su corazón se llenaba de alegría viendo brillar estas estrellas bellas y puras en el firmamento de la Iglesia. En cuanto á la media clausura, que entonces observaba la Congregación, y que se criticaba como poco severa, pues que no impedía á las Hermanas salir para visitar á los enfermos, respondía humildemente el Santo Obispo, que en la casa de Dios hay muchas moradas; que la elevación y la dignidad de las unas, no impedía la uti-

lidad de otras más inferiores. Que las pequeñas, humildes y simples Congregaciones, no debían entrar nunca en comparación de igualdad con las religiones, ni tampoco las religiones en preferencia y con desprecio de estas pequeñas asociaciones; y que, en fin, Dios, que inspira á las águilas hagan su retiro en las cimas de las rocas inaccesibles, ha dado á los pajarillos el instinto de hacer sus nidos y retirarse á las matas y á los valles. Respecto al peligro que se suponía por no hacer votos solemnes, pues la Visitación no los tenía aún más que simples, respondía el Santo que no había género de vida que no tuviese sus inconvenientes; que la soledad solía engendrar melancolía, y la conversación engendraba distracción; que la ciencia era á menudo seguida de la vanidad, y la ignorancia de la terquedad; que la pobreza, en los monasterios de mujeres, traía consigo una solicitud muy activa, pero que también las riquezas solían abrir brecha para la pompa y relajación. «Las abejas en el invierno observan una clausura muy estrecha, y entonces son propensas á la sedición y á matarse unas á otras; mas en el verano salen á tomar el aire, y se extravían muchas veces. Si el andar nos cansa, el descanso nos entumece; y, en suma, queridas Hermanas mías, si el espíritu de devoción reina en nuestro Instituto, bastará á vuestra pequeñez para ser buenas siervas de Dios; porque donde la devoción no reina, las más estrechas clausuras no hacen almas unidas á Dios. Ciertamente sólo la vida eterna está exenta de inconvenientes (1).»

Sin duda, estas hermosas consideraciones no desvanecieron todas las calumnias, ni hicieron callar á todos los críticos, pero desengañaron á muchas personas ex-

(1) Este hermoso tratado no se ha impreso jamás, y tememos que se haya perdido; hasta ahora han sido infructuosas nuestras diligencias para encontrarle. El extracto que damos aquí está sacado de la *Historia inédita de la fundación de Annecy*, pág. 20.

celentes, que repetían estas críticas sin haberlas profundizado, y sólo porque las habían oído, y disminuyeron la audacia de los malévolos, lo que procuró un poco de tranquilidad á la Congregación naciente.

Un hecho brillante, que durante algunos meses preocupó vivisimamente á la pequeña ciudad de Annecy, contribuyó mucho á que se aplacase la oposición. Había en Annecy una señora muy piadosa, la Baronesa de Bouvillars, enferma hacía algunos años de una parálisis casi general que la impedía salir. «¡Ay—decía algunas veces al Sr. de la Roche, gobernador de la ciudad y padre de una de las Hermanas más jóvenes de la Visitación;—¿de qué me sirven todos mis bienes, viéndome privada de la felicidad que tienen los pobres de ser visitados por la Madre de Chantal y sus hijas?» Habiendo dicho á San Francisco de Sales los deseos y penas de esta señora, la escribió prometiéndola la visita que tanto deseaba. La Madre de Chantal fué, en efecto, con la Madre Favre á casa de esta enferma, y la Baronesa de Bouvillars, al verla, exclamó llena de alegría: «Este es el primer consuelo que he tenido desde que tantos dolores me tienen encerrada en mi cuarto, y me parece—añadió penetrada de fe—que Nuestro Señor ha venido á visitarme en la persona de sus santas siervas.» Desde este día la Madre de Chantal y sus hijas no dejaron de visitarla, y su presencia le fué tan provechosa, que resolvió hacerlas sus herederas. Pero nunca les habló de esto sino un solo día, en que al despedirse añadió: «Espero que algún día se verá cuánto es el afecto y amor que tengo á la Santísima Virgen y á sus queridas hijas.» Mas estas palabras tan poco explícitas, no fueron comprendidas por la Madre de Chantal, que se quedó muy admirada cuando, habiendo muerto esta virtuosa señora, vinieron al convento á decirle que las religiosas debían mandar hacer el entierro, pues el testamento de la señora Baronesa estaba

hecho á su favor. La Santa hizo se arreglase al instante, mandando hacer sus funerales como era justo y debido á su clase, virtud y opulencia.

Apenas concluyeron los funerales, cuando los parientes de esta señora principiaron á intrigar para que se anulase el testamento. Viendo San Francisco de Sales que había que pleitear, y á pesar de que el pleito, por testimonio del mismo Sr. Favre, no podía perderse, no quiso, sin embargo, establecerle diciendo «que no quería que sus abejas disputasen con las hormigas;» y mandó al monasterio ceder todos sus derechos. Pero no por esto se dejó de aplicar los sábados la Misa por la intención de la difunta, como lo había mandado en su testamento. Este rasgo de desinterés, tanto más notable cuanto que el monasterio estaba entonces falto de todo, hizo una viva impresión en toda la ciudad.

Por lo demás, si algunos criticaban á la Congregación naciente, otros muchos, más pios y más doctos, la aplaudían, y profetizaban mil bienes de ella y de su utilidad. El P. de Malachie declaraba delante de Dios que la señora de Chantal se mostraba á su espíritu como un sol que llenaba la Iglesia con su claridad. A los ojos del ilustre General de los Fuldenses, el P. Dom Sens de Santa Catalina, la nueva Congregación era tan elevada en amor como profunda en humildad, y no temía llamarla la perfección de aquel siglo. «¡Oh!—exclamaba el P. de Villars,—¡bendita sea la primera piedra de este edificio! ¡Cuán bien labrada está! El corazón de esta digna viuda es un mármol blanco bien cortado, cuyas virtudes honré en otro tiempo, y cuya santidad reverencio hoy... Me parece—añadía con grande exactitud—que aún faltaba á la Iglesia esta Congregación, y debe creerse que esta bendición se derramará de todos modos. Porque ¿qué faltaba á las doncellas sino esta medianía? ¿Qué necesitaban las viudas sino esta dulzura? ¿Qué podían desear las robustas y fervorosas sino esta

mortificación?» Otros muchos hablaban del mismo modo, y profetizaban á la Congregación un porvenir muy fecundo (1). Pero en todas estas cartas, conservadas con cuidado, casi no se alaba al nuevo Instituto sino por su dulzura, humildad y vida de recogimiento y de unión fervorosa con Dios; pero respecto al servicio de los pobres, inaugurado con tanto brillo por la señora de Chantal, no se habla una palabra. Esta primera aparición de las *Hijas de la Caridad*, admiraba é inquietaba á los más piadosos. Se podía conjeturar desde luego que esta nueva vida de forma religiosa no se establecería sin dificultad.

En estas circunstancias supo la venerable Fundadora la muerte de su suegro el Barón de Chantal. Había fallecido en el castillo de Monthelón, á la edad de ochenta y cuatro años, asistido por aquel religioso de la Tercera Orden de San Francisco, á quien al salir de Borgoña había confiado la señora de Chantal el cuidado de velar por su salvación, el cual, no habiéndole dejado, alcanzó que en su última hora detestase sus escándalos y terminase su vida con una muerte cristiana. Consolada un poco con estos pormenores, pero temerosa del estado en que dejaría la fortuna de sus hijos, la Madre de Chantal y el mismo San Francisco de Sales creyeron era necesario un nuevo viaje á Borgoña. Celso Benigno fué á buscar á su madre al mismo Annecy, y es fácil imaginar con qué gusto le volvería á ver su santa madre.

San Francisco de Sales le recibió por la noche muy tarde, al bajar del coche, y por la mañana muy temprano le envió á su madre con este gracioso billete, cuya amable y fina broma no extrañará nadie. «Yo seré el primero, me parece, que os anunciará, mi muy

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 21. (Véase el texto completo de las cartas del P. Dom Sens de Santa Catalina, del P. de Villars, del P. de Bonnavars, etc., etc.)

amada hija, la venida del querido Celso Benigno. Llegó ayer noche muy tarde, y nos costó trabajo detenerle para que no fuese á veros en la cama, donde indudablemente estaríais. ¡Cuánto siento no presenciar las caricias que recibirá de una madre insensible á todo lo que es amor natural! Porque creo que serán caricias extraordinariamente mortificadas. ¡Ah! no, querida hija mía, no seáis tan cruel; mostrad á este pobre muchacho, Celso Benigno, que estáis contenta con su venida; es menester no dar tan de repente muestras de la muerte de nuestra pasión natural.

»Sí, iré á veros si puedo, pero brevemente, porque al lado de objeto tan amable no podemos ser insensibles, y ya sabéis que la amistad baja más bien que sube. Me contentaré con no cesar de quereros como á mi hija, mientras vos le amáis como á vuestro hijo, y os desafío á cumplirlo mejor que yo.»

Celso Benigno estuvo algunos días en Annecy, llevó á Francisca á Thorens con su hermana María Amada, y estando todo pronto para la partida, dejó juntas á las dos hermanas y volvió con su cuñado, el Barón de Thorens, para acompañar á su madre á Borgoña. La Santa, que llevaba en su compañía á la Hermana María Petra de Chatel, llegó felizmente á Monthelón, á fines de Julio de 1613, en medio de un gentío que recordaba el de 1610 y 1611. Encontró en el castillo á la miserable criada que durante nueve años la había tratado con tanta insolencia, y que estaba temblando, y esperando ser echada ignominiosamente. Pero la Madre de Chantal se fué derecha á ella, la abrazó, y la hizo una acogida tan amable, que todos bendecían á Dios. Tuvo bastante valor y dominio sobre sí misma para convidarla á comer, la habló largo tiempo de lo que había hecho su suegro después de su partida para Annecy, se hizo contar su cristiana muerte, y no acordándose de nada de lo pasado, sino de que esta mujer había servido al an-

ciano Barón de Chantal, la recompensó liberalmente. Esta, aunque se humillaba por una parte, por otra conservaba cierto aire de autoridad, que indignaba al joven Barón de Thorens. «¡Oh!—decía nuestra Santa para calmarle, riéndose dulcemente,—paciencia, esto no es nada; muy diferente está de cuando vivía mi suegro.»

Los negocios del difunto estaban en malísimo estado. Se habían dejado sin cobrar las rentas de muchos años, sin haber cuidado de que las pagaran los labradores. Para desembrollar este caos y ajustar todas las cuentas, se necesitaba mucha inteligencia y mucho tiempo. Desde por la mañana temprano, y después de haber oído Misa, la señora de Chantal bajaba á la sala grande del castillo, y allí, rodeada de papeles y arrendatarios, pasaba horas enteras llena de gravedad, de dulzura y fortaleza, sin turbarse ni impacientarse, y sin levantar la voz una vez más que otra, como lo atestiguaron en sus declaraciones una multitud de testigos oculares. Hubo un aldeano más insolente que los demás, el cual por sus mismos insultos hizo brillar más el juicio, modestia y santidad de la Madre de Chantal. Como era amigo de la criada, ésta, en el tiempo en que tenía la autoridad de ama de casa, le había prometido hacer escribir en el libro de las cuentas que había pagado todo lo que debía, aunque nada había satisfecho. Llamado por su turno, y convencido de que no había pagado nada, porque la criada se había olvidado de cumplir su promesa, montó en furiosa cólera contra la señora de Chantal, acusándola de haber arrancado una hoja. El joven Barón de Thorens, que estaba allí, indignado de tal atrevimiento, levantó el bastón para darle de palos. «¡Oh! hijo mío—dijo la Santa agarrándole del brazo y deteniéndole,—Dios nos perdona cosas mayores.» Y acercándose con dulzura al campesino encolerizado, le cogió del pelo, le hizo la señal de la Cruz en

la frente, y le dijo: «Vamos, amigo mío, un poco de buena fe.» Al instante se reconoció, cayó de rodillas, confesó delante de todos su falta, y pidió perdón y misericordia, que le fueron concedidos generosamente.

La Madre de Chantal concedió la misma gracia á otros muchos arrendatarios, que habiéndose descuidado por largo tiempo en pagar sus rentas, se encontraban en la imposibilidad de hacerlo por haber subido mucho la suma de lo que debían. En todos estos arreglos jamás hablaba por sí misma, y para nada se nombraba. «Debeis á mis hijos tal ó cual cosa,» decía, ó bien: «Iremos mañana á Bourbilly, á la tierra de mi hijo.» Parecía una difunta que sobrevivía á sí misma para arreglar su sucesión. Examinó los títulos de las tierras y castillos de sus hijos, arregló los contratos y los libros, y se aseguró por sí misma de que todo estaba en buen orden; muchas veces iba á caballo en un sólo día de Monthelón á Bourbilly, aunque hay diez ó doce horas; y no se sabía qué admirar más en nuestra Santa, si su actividad ó su destreza y sabiduría.

Como Celso Benigno era aún muy joven, y no debía habitar tan pronto en el castillo de Bourbilly, hizo vender una parte de los muebles que podían echarse á perder, no dejando más que algunos cuartos amueblados; lo mismo hizo en Monthelón, que se había adjudicado á Francisca. En una palabra, no dejó la Borgoña hasta que los negocios de sus hijos quedaron enteramente arreglados, saldadas las cuentas, y los castillos de Bourbilly, de Monthelón y Thotes provistos de mayordomos inteligentes, etc., etc. Hasta la mayor edad de sus hijos se hizo dar cada año una cuenta exacta de las rentas y de las deudas, y desde el retiro de su monasterio vigiló su fortuna con tanta inteligencia, que la duplicó en pocos años.

Este viaje no fué sino de seis semanas. Había salido de Annecy al fin de Junio, y estaba de vuelta á media-

dos de Agosto. Pero la rapidez con que le había hecho, las fatigas que había sufrido, el mucho calor sobre todo, tan perjudiciales á su temperamento sanguíneo, la produjeron una calentura que, aunque al principio no era alarmante, puso su vida en mucho peligro. San Francisco de Sales entró en el monasterio, y viéndola tan pronta á su fin, hizo que el señor cura de San Mauricio trajese las reliquias de San Blas, oró un poco de tiempo, y las aplicó á la enferma, que al instante quedó sana. La Hermana Fichet dijo entonces un poco alto: «Verdaderamente no era necesario ir á buscar en la Armenia un santo del cuarto siglo. Su Ilma. hubiera curado muy bien á nuestra Madre sin aplicarla estas reliquias.» El Santo lo oyó, se avergonzó, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Reprendió severamente á la Hermana, y le impuso de penitencia pedir perdón al Santo mártir, y ayunar por tres años la vispera de su fiesta.

Mientras tanto, los Santos Fundadores se ocupaban en edificar un monasterio. La nueva casa, aunque más grande que la de la Galería, era, sin embargo, pequeña. Por otra parte, era una casa y no un monasterio. Lo mismo que la idea de Dios creó la Iglesia, la idea de la vida religiosa creó el monasterio. Es un edificio particular, que nada puede reemplazar, ni el palacio ni la choza. Se escogía el lugar para edificarlos, según las leyes invariables, pero especiales, de cada Instituto. Se trazaba el plano conforme á ideas profundamente simbólicas; se levantaban las paredes en medio de la oración. El silencio guardaba las entradas, y creaba, en medio de las ciudades más tumultuosas, soledades, cuya paz ni aun sospechará nunca el mundo.

Mas antes de poner la primera piedra de un monasterio de mujeres, nunca se olvidaba, en aquellos tiempos antiguos en que las leyes eran á menudo tan impotentes, escogerle un protector. Este era algún señor piadoso y respetado, á cuyo honor se confiaba el guar-

dar la casa de las vírgenes, á menudo expuesta en aquellos tiempos de anarquía. En cambio de esta protección, las religiosas se obligaban á rogar diariamente por aquel que con su espada mantenía su tranquilidad. Su esposa y sus hijas tenían celdas en el monasterio, y podían retirarse á ellas para hacer ejercicios y dejar por algún tiempo la disipación de sus castillos y de su corte. Después de su muerte, el señor, su esposa y sus hijas venían á descansar bajo las losas del coro de las religiosas, y se les encomendaba á Dios perpetuamente.

Estas antiguas tradiciones subsistían aún en el siglo XVII, y San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal se resolvieron á escribir á S. A. la Infanta Margarita de Saboya, viuda del Duque de Mantua, para suplicarla aceptase el título de protectora de su nueva Congregación, y se dignase «ser su Patrona, Señora y Madre, á fin de que—añadían—á la sombra de vuestro nombre y del favor de vuestra piedad y caridad, puedan las religiosas vacar á las cosas celestiales con tranquilidad y sin turbación por dentro ni fuera (1)».

La Duquesa de Mantua y su padre el Duque de Saboya, á quien igualmente se había escrito, respondieron á los Santos Fundadores con cartas llenas de piedad y de benevolencia. Se creían muy felices pudiendo contribuir á una obra tan agradable á Dios, y se recomendaban mucho á sus devotas oraciones (2). El Duque de Saboya, Carlos Manuel, envió al instante al Senado una carta-orden, con fecha del 17 de Mayo de 1614, llena de palabras muy afectuosas para la nueva Congrega-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 18 de Septiembre de 1613. En la edición de Blaise, esta carta es de fecha 18 de Septiembre de 1614, pero esto es una equivocación.

(2) *Fundación manuscrita de Annecy*. (Véase el texto de las cartas de Carlos Manuel á San Francisco de Sales y á la Madre de Chantal, con fecha 22 de Diciembre de 1613, así como la carta de la Infanta Margarita á la venerable Madre de Chantal.)

ción, y mandó al marqués de Lans la favoreciese en todas ocasiones.

Por su parte, Enrique de Saboya, su hijo, Duque de Nemours y del Genovesado, cedió á San Francisco de Sales un lugar tanto más á propósito para edificar el monasterio, cuanto que lindaba con la casa que habían comprado. Era un extenso terreno, situado en las orillas del canal, y atravesado por las aguas que vienen del lago. Para que las religiosas pudieran aprovecharse del agua, permitió levantar á la entrada y salida arcos y celosías, que se tendrían cerradas, y por donde no se permitiría pasar sin necesidad. Previó también, con la delicadeza de un cristiano, cuánto incomodarían al monasterio los baños y paseos que había en este lugar en tiempo de verano, y los prohibió bajo las penas más severas. En fin, atendiendo á la pobreza de la Congregación, cedió para el culto de su iglesia las rentas de su capilla de la Roche.

Habiendo la Divina Providencia arreglado así la fundación del monasterio, San Francisco de Sales fijó para el 18 de Septiembre de 1614 la bendición de la primera piedra. La Duquesa de Mantua, que debía ponerla solemnemente, no pudo hacer el viaje, y envió para que la reemplazase á la Condesa de Tournon, encargándola entregase á los Santos Fundadores una grande y hermosa Cruz de cristal, enriquecida de pedrería para la nueva iglesia.

San Francisco de Sales ofició de Pontifical en la ceremonia; él mismo bendijo la primera piedra, en la cual había hecho grabar la siguiente inscripción:

D. O. M.

JESU CHRISTO

SANCTISSIMÆ MARIE VIRGINI VISITANTI

CAROLO EMMANUELE SABAUDIÆ ENRICO GEBENNENSIS DUCIBUS

ANNO MILLESIMO SEXCENTESIMO DECIMO QUARTO

DECIMA OCTAVA SEPTEMBRIS

MARGARITA INFANTE SABAUDIÆ, VIDUA DUCIS MANTUÆ, PROTECTRICE

FRANCISCO EPISCOPO

CONGREGATIONIS SORORUM OBLATARUM VISITATIONIS DEVOTIONIS

SACRUM (1).

No obstante, la protección de esta ilustre familia no hizo desaparecer todos los obstáculos. Para ensanchar suficientemente sus construcciones, los Santos Fundadores hubieran querido un jardín contiguo á la casa; pero por más ventajosas que fueron las condiciones que propusieron á los dueños, éstos las rehusaron obstinadamente. «Nuestras Hijas de la Visitación—escribía San Francisco de Sales—harán su casa con incomodidad, pero se contentarán voluntariamente, y digo más: se alegrarán, porque no puede ser otra cosa. Y además saben que no está fuera de propósito que las esposas de Aquel que no tuvo casa, ni hogar, ni lugar donde descansar su cabeza no estén tampoco alojadas cómodamente. Como ya sabéis, mi amado Padre, la Madre que gobierna esta bendita tropa aprendió también á buscar su verdadera morada y descansar en el monte Calvario, que cualquier otro lugar de la tierra le parece demasia-

(1) A Dios óptimo y máximo, á Jesucristo y á su Santísima Madre, con el título de la Visitación.

Reinando Carlos Manuel, Duque de Saboya, y siendo Enrique de Saboya Duque de Nemours y del Genovesado, el día 18 del mes de Septiembre del año 1614, bajo la protección de Margarita, Infanta de Saboya, viuda del Duque de Mantua, y durante el Episcopado de Monseñor Francisco, presente y oficiante en esta ceremonia, se colocó y bendijo esta primera piedra, monumento consagrado á la devoción de la Congregación de las Hermanas oblatas de la Visitación. (Traducción de San Francisco de Sales.)

do bueno. No tiene, pues, sentimiento ninguno por la negativa, sabiendo que las peregrinas que deben vivir algún tiempo en esta casa, no debiendo pasar en ella sino la noche de esta vida, serán, Dios mediante, tan atentas para alcanzar un lugar en la hermosa vivienda de la ciudad santa, que todo lo demás les será indiferente; y, en fin, mi muy querido Padre, nosotros somos hijos de la Providencia celestial; Dios tendrá cuidado de sus siervas según su beneplácito; es menester tener paciencia. *Qui seminant in lacrymis, in exultatione metent.* Así, los rosales producen primeramente las espinas, y luego las rosas (1).»

Esta encantadora dulzura hubiera debido ap'acar las más violentas oposiciones. Pero cuanta mayor condescendencia manifestaban los Santos Fundadores, más se aumentaba la insolencia de sus enemigos. Hubo en este tiempo algunos habitantes de Annecy que, furiosos al ver levantarse las paredes del monasterio, tomaron por empeño detener la obra por todos los medios posibles, ya echando á los trabajadores á pedradas, ya escondiendo las herramientas, dispersando los materiales y aun pagando gente para que por la noche destruyese los diques del canal, á fin de inundar los cimientos. Un día vinieron á toda prisa á buscar á San Francisco de Sales y decirle que un pícaro, armado con hacha, rompía la presa que la humedad del terreno había obligado á construir. El Santo Obispo acudió al momento á la obra, y viendo que su presencia no contenía aquella audacia, con su incomparable dulzura, sin cambiar su fisonomía ni alzar la voz, dijo por tres veces al que tenía el hacha: «Amigo mío, os ruego que dejéis eso.» Y como éste hiciese que no le oía, le tomó con dulzura el hacha de la mano, y con rostro firme, y juntándolo á la dulzura una majestuosa autoridad, le reprendió

(1) Fundación manuscrita de Annecy, pág. 26.

fuertemente, haciéndole entender que, si ignoraba hasta dónde llega el poder de un Obispo, se lo haría saber por experiencia. El culpable estaba temblando delante del bienaventurado, y cuando se retiraba avergonzado, uno de los capellanes del Santo le gritó: «Ven, ven luego á Sales á pedir cartas de recomendación, que ya te las daremos.»—«Sí, sí—replicó con prontitud San Francisco de Sales, volviéndose hacia el eclesiástico,—las tendrá siempre que se porte bien. Señor de N., ¿cómo olvidáis las máximas de Jesucristo?»

San Francisco de Sales entró después de esto en el locutorio, donde le esperaba la venerable Madre de Chantal, y la confesó que este atrevimiento le había conmovido; que le había sido preciso tomar su corazón con las dos manos, como si fueran riendas, para que no se moviese sino con mucha justicia. Con lo cual llenó de admiración á cuantos allí estaban y habían visto brillar en esta sola acción, reunidas la mansedumbre y la majestad, con la fortaleza y la dulzura.

Queriendo aquel desgraciado, como lo hacen generalmente los culpables, excusar su falta acusando de ella al Santo, contó en todas partes que éste se había encolerizado mucho contra él, y lo dijo particularmente á un eclesiástico muy amigo del Santo Obispo. «Verdaderamente he reído de muy buena gana—respondió el Santo—cuando al final de vuestra carta he visto os habían dicho que yo me había encolerizado mucho, y añadís: «No ocultéis la verdad á vuestro hijo, que está »perplejo acerca de este asunto.» ¡Oh hijo mío! Si el que os ha informado de mi cólera no hubiera tenido más que yo, no tendríais pena por vuestro pobre padre; sin embargo, yo os suplico que cuando volváis á verle le abracéis por mí y le deis doble limosna, porque os aseguro que no le falta de todo punto razón. Soy un hombre miserable y sujeto á pasiones; pero gracias á Dios, desde que soy Pastor no digo nunca palabras de cólera

á mis ovejas... Es verdad que me conmoví, pero reprimí mis emociones y confesé á nuestra querida Madre mi debilidad, la cual tampoco dijo una palabra que hiciese conocer sentimiento alguno de pasión. Y eso que me parece debo deciros que cualquiera pensaría que estas buenas gentes tienen gusto en darla frecuentes motivos de mortificación que bebe insaciablemente. Pero decidme, amado cohermano, ¿qué mal hemos hecho nosotros á ese buen hombre? ¡Ay! Ni nuestra Madre ni yo pretendemos más que hacer una colmenita mediana, y conforme á nuestros designios para alojar á nuestras abejas, que no cuidan más que de recoger la miel en los sagrados y celestes collados, y no piensan en la grandeza y hermosura de su colmena. Verdad es que cuando miro á nuestra Madre y á sus hijas, *Gratias ago ei qui me confortavit in Christo Jesu Domino nostro*. Doy inmensas acciones de gracias á Aquel que me ha fortificado en Jesucristo, mi Salvador (1).»

Mientras tanto, á pesar de todos los obstáculos, la obra se acabó; la capilla se bendijo solemnemente hacia el fin de 1614, y al principio de 1615 las Hermanas estaban instaladas en su nueva casa en número de veintiséis: dieciocho profesas y ocho novicias.

Edificado el primero de todos los monasterios de la Orden, dirigido durante diez años por San Francisco de Sales, treinta y uno por la Santa Madre de Chantal, y habiendo tenido la felicidad, después de la muerte de los dos Santos, de poseer sus sagradas reliquias, que aún conserva, el primer monasterio de Annecy ha ejercido en la Orden una grande influencia. Aunque no se le dió, como diremos después, ninguna autoridad sobre las demás casas, ha sido, si no su cabeza, al menos su corazón, su centro y el lazo de su unión. Se le da un nombre que caracteriza perfectamente su posición en la Orden,

(1) *Fundación inédita del primer monasterio de Annecy*, pág. 8.

su género de influencia amable y dulce; este nombre es *Sainte Source*, la Santa Fuente ó Santo Origen. En España se le llama la Santa Cuna. Jamás se ha suscitado duda alguna respecto á la interpretación de las reglas y costumbres en que no se haya recurrido á este monasterio, persuadidos los demás de que allí se debía encontrar la más fiel memoria de las palabras é instrucciones de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal; persuadidos, sobre todo, de que en donde descansan los cuerpos sagrados de los Santos Fundadores, allí está también su espíritu. Por su parte el monasterio de Annecy no ha cesado de justificar, por su sabiduría, moderación y fervor, la confianza que toda la Orden ha tenido y tiene en él. Nunca se le ha visto aspirar á mando alguno, y jamás se ha mostrado indiferente á ninguno de los grandes intereses de la Orden; en muchas ocasiones ha tomado la iniciativa más juiciosa y feliz, por ejemplo, cuando la canonización de la santa Madre de Chantal, y después, cuando la publicación de las obras de la Santa y la alteración de sus cartas por los Jansevistas. A este espíritu de sabiduría, de moderación y de humildad por una parte, y por otra á este espíritu de dulzura y unión, á esta fidelidad á la memoria de los Santos Fundadores, es á la que debe la Orden de la Visitación, haber dado al mundo el hermoso espectáculo de una Orden extendida por todo el universo, sin superior general, visitador, ni capítulos anuales, y, sin embargo, viviendo en la unidad más estrecha, atravesando tres siglos, ¡y qué siglos!, sin haber tenido necesidad de reforma, y conservando en casas aisladas tal semejanza de ideas, usos, reglas y modo de obrar y de ver, que no creo haya habido nunca en la Iglesia un ejemplo más estupendo y admirable.



CAPÍTULO XVI

Fundación del segundo monasterio, en Lyon.— De qué modo se vió obligado San Francisco de Sales á cambiar todos sus planes.

1615—1616 (1)

HACÍA poco tiempo que el nuevo monasterio de Annecy estaba habitado, cuando una mañana paró un coche á su puerta, y se vieron bajar cuatro ó cinco señoras y señoritas francesas. A una se la conocía al instante como religiosa del Paraclete; las otras llevaban el vestido negro, las mangas cortas, la

(1) Casi todos los documentos que nos han servido para componer este importante capítulo, son inéditos. Los principales son: 1.º *La fundación del segundo monasterio de la Visitación de Santa María, en la ciudad de Lyon* (Francia), establecido el 2 de Febrero de 1615. El autor es la Madre de Chaugy. Su manuscrito autógrafo se guarda en los archivos de Annecy. 2.º Dos Memorias intitulada la una: *Memoria de Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación*. La otra tiene por título: *Respuesta del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á una Memoria que le ha sido presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que deben hacerse en la Visitación*. Tenemos dos ejemplares de la primera Memoria: uno se conserva en la Visitación de Annecy; otro, de mano de la Madre de Chantal, estaba en la Visitación de Turín. En cuanto á la respuesta de San Francisco de Sales, la Visitación de Annecy tiene una copia muy antigua, aunque no es de mano del Santo. 3.º *Vida de la señora de Auxerre, fundadora y primera novicia del monasterio de Lyon* (en el claustro Sor María Renata Trunel). Esta Vida, escrita también por la Madre de Chaugy, se encuentra en las *Vidas de las Viudas*, reimpresas en nuestros tiempos por el Sr. D. Carlos d'Hericourt; París, Gaume, 1860, un vol. en 12.º

su género de influencia amable y dulce; este nombre es *Sainte Source*, la Santa Fuente ó Santo Origen. En España se le llama la Santa Cuna. Jamás se ha suscitado duda alguna respecto á la interpretación de las reglas y costumbres en que no se haya recurrido á este monasterio, persuadidos los demás de que allí se debía encontrar la más fiel memoria de las palabras é instrucciones de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal; persuadidos, sobre todo, de que en donde descansan los cuerpos sagrados de los Santos Fundadores, allí está también su espíritu. Por su parte el monasterio de Annecy no ha cesado de justificar, por su sabiduría, moderación y fervor, la confianza que toda la Orden ha tenido y tiene en él. Nunca se le ha visto aspirar á mando alguno, y jamás se ha mostrado indiferente á ninguno de los grandes intereses de la Orden; en muchas ocasiones ha tomado la iniciativa más juiciosa y feliz, por ejemplo, cuando la canonización de la santa Madre de Chantal, y después, cuando la publicación de las obras de la Santa y la alteración de sus cartas por los Janse-
nistas. A este espíritu de sabiduría, de moderación y de humildad por una parte, y por otra á este espíritu de dulzura y unión, á esta fidelidad á la memoria de los Santos Fundadores, es á la que debe la Orden de la Visitación, haber dado al mundo el hermoso espectáculo de una Orden extendida por todo el universo, sin superior general, visitador, ni capítulos anuales, y, sin embargo, viviendo en la unidad más estrecha, atravesando tres siglos, ¡y qué siglos!, sin haber tenido necesidad de reforma, y conservando en casas aisladas tal semejanza de ideas, usos, reglas y modo de obrar y de ver, que no creo haya habido nunca en la Iglesia un ejemplo más estupendo y admirable.



CAPÍTULO XVI

Fundación del segundo monasterio, en Lyon.— De qué modo se vió obligado San Francisco de Sales á cambiar todos sus planes.

1615—1616 (1)

HACÍA poco tiempo que el nuevo monasterio de Annecy estaba habitado, cuando una mañana paró un coche á su puerta, y se vieron bajar cuatro ó cinco señoras y señoritas francesas. A una se la conocía al instante como religiosa del Paraclete; las otras llevaban el vestido negro, las mangas cortas, la

(1) Casi todos los documentos que nos han servido para componer este importante capítulo, son inéditos. Los principales son: 1.º *La fundación del segundo monasterio de la Visitación de Santa María, en la ciudad de Lyon* (Francia), establecido el 2 de Febrero de 1615. El autor es la Madre de Chaugy. Su manuscrito autógrafo se guarda en los archivos de Annecy. 2.º Dos Memorias intitulada la una: *Memoria de Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación*. La otra tiene por título: *Respuesta del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á una Memoria que le ha sido presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que deben hacerse en la Visitación*. Tenemos dos ejemplares de la primera Memoria: uno se conserva en la Visitación de Annecy; otro, de mano de la Madre de Chantal, estaba en la Visitación de Turín. En cuanto á la respuesta de San Francisco de Sales, la Visitación de Annecy tiene una copia muy antigua, aunque no es de mano del Santo. 3.º *Vida de la señora de Auxerre, fundadora y primera novicia del monasterio de Lyon* (en el claustro Sor María Renata Trunel). Esta Vida, escrita también por la Madre de Chaugy, se encuentra en las *Vidas de las Viudas*, reimpresas en nuestros tiempos por el Sr. D. Carlos d'Hericourt; París, Gaume, 1860, un vol. en 12.º

crucecita pectoral y el pañuelo puesto alrededor de la cabeza, que era el distintivo de las viudas á fines del siglo XVI y aun á principios del XVII. El rostro de las viajeras correspondía á su traje, respirando piedad y modestia. Las religiosas las recibieron con esa cordialidad que empezaba á distinguir á las hijas de la Visitación; pero ninguna, ni aun la Madre de Chantal, pensó entonces en la influencia que aquellas oscuras viajeras tendrían sobre la Congregación naciente.

La que llevaba el traje religioso se llamaba la señora de Gouffier. Perteneciente á una de las más ilustres familias de Saintonge, alistada á pesar suyo en una Orden religiosa que decaía, suspiraba por una reforma que no tenía fuerzas para cumplir, cuando vino á caer en sus manos el libro de la *Introducción á la vida devota*. Conmovida y entusiasmada con su lectura se enteró del autor, y sabiendo que era un Santo Obispo de Saboya, y que recientemente había fundado una Orden religiosa, á la cual había comunicado un espíritu aún más excelente, le escribió pidiéndole permiso para ir á visitar su monasterio de Annecy.

El Santo le respondió «que pues no deseaba más que la imitación de la Cruz, de la obediencia y de la humildad del Salvador, podía venir; pero que supiese por adelantado, que la casa en que se la recibiría era de una pequeña Congregación, en que aún no había comodidad, donde todas las cosas eran pobres, humildes y abyectas, excepto la pretensión de las que la habitaban, que era nada menos que llegar á la perfección del divino amor» (1).

Habiendo recibido esta carta la señora de Gouffier, se puso inmediatamente en camino. En Lyon se encontró con una señora de gran virtud, la señora de Auxerre,

(1) Carta inédita de San Francisco de Sales, sacada de la *Fundación manuscrita de Lyon*, pág. 53.

viuda de un lugarteniente general de la Bailía de Forez, y ésta la hizo conocer á la señora de Chaudon, que vivía con ella, y á quien quería como si fuese hija suya. La señora de Chaudon había sido casada, pero después de algunos años de matrimonio, habiéndola manifestado su marido que deseaba ser capuchino, se había retirado á casa de la señora de Auxerre para dedicarse á la oración y al recogimiento, esperando la hiciese Dios conocer la Orden religiosa á que la llamaba. Las almas santas se buscan, y acaban por encontrarse, aun en medio del mundo. Las señoras de Auxerre y de Chaudon tenían amistad muy íntima con otra viuda más joven, muy piadosa y favorecida de Dios con el don más admirable de oración; la señora Isabel Colín, viuda del señor juez Colín, á quien Dios inclinaba á la vida religiosa, y á la que había hecho ver un día en la oración una tropa de religiosas desconocidas, cuyo hábito había de tomar; pero hasta entonces no había podido saber dónde se encontraban estas nuevas religiosas.

La señora de Gouffier habló á estas tres señoras de la Congregación fundada por San Francisco de Sales y por la Madre de Chantal, y determinaron venir juntas á la ciudad de Annecy, á «averiguar santamente si ésta era la tierra que Dios quería darles (1).»

La santa Madre de Chantal las recibió con una bondad y afabilidad que las encantó; les enseñó por sí misma toda la casa; les explicó el orden de los ejercicios; las presentó á las Hermanas, cuya dulzura, modestia y humildad no podían alabar bastante. Esto sucedía en un momento en que, según la dulce expresión de las antiguas *Memorias*, «sus fieles esposas habían rogado al Amado viniese á su nuevo y pequeño jardín á visitar y gozar de sus aromas, y accediendo á su deseo, cogía en él una florecita, llamando para sí á una de las más jó-

(1) *Vida de la señora de Auxerre*.

venes Hermanas, Claudia Francisca Roget, dedieciocho años de edad (1).» Nuestras viajeras vieron á esta feliz agonizante en su lecho de dolor, amable y contenta, jugando con la muerte, y no suspirando sino por la eternidad, que tan próxima veía. La señora de Auxerre no podía desviar sus ojos de aquella cama, y se sentía más y más decidida á entrar en una casa en donde era tan dulce morir. Sus tres compañeras participaban de los mismos sentimientos. Al ver á la Madre de Chantal con sus hijas, la señora de Colín se acordó al instante de las religiosas que se le habían aparecido en sueños, y había prometido á Dios consagrarse á su servicio en el nuevo Instituto. La señora de Auxerre comprendió al instante por qué había estudiado en vano todas las reglas, visitado tantos monasterios y visto tanta clase de abnegación sin que su corazón se conmoviese. «Y era que Dios—decía—me destinaba á llevar su yugo dulce y suave en esta querida Visitación, donde encuentro las flores del Tabor y las espinas del Calvario (2).»

San Francisco de Sales venía á verlas todos los días, hablaba largo tiempo con ellas de sus necesidades, de su porvenir y vocación, y santamente celoso de la perfección de su obra, gustaba de que le diesen cuenta de sus impresiones. Se cita con este motivo un hecho que muestra su amable condescendencia. Habiendo preguntado un día á la señora de Colín si no había alguna cosa que disgustase á la señora de Gouffier, le respondió sencillamente que la daba mucha pena ver comer á las Hermanas en platos y tazas de barro y con cucharas de palo. El Santo, que se hacía todo para todos, aunque amaba esta pobreza primitiva, comprendió su repugnancia, y añadió en las Reglas, que las Hermanas podrían tener las cucharas de plata por cau-

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, en fol , pág. 24.

(2) *Vida de la señora de Auxerre*.

sa de la limpieza, y por imitar al gran San Agustín, que sólo tenía la cuchara de este limpio metal, y reemplazó los platos de barro con los de estaño. En cuanto al azúcar, cuya falta sentía la señora de Gouffier en la leche y en el arroz, no permitió su uso sino cuando lo mandase el médico.

Después que estas señoras pasaron doce días en Annecy, se volvieron á Lyon, excepto la señora de Gouffier, que no pudo resolverse á dejar esta casa, donde tomó poco después el hábito de novicia. Las otras tres tenían el mismo deseo; pero como no gozaban de la misma libertad, tuvieron que volverse á Lyon, resueltas á valerse de todos los medios para establecer allí un segundo monasterio de la Visitación. En efecto, apenas llegaron cuando la señora de Auxerre compró una casa en la calle del Grifón, y sacando de la bolsa de las señoras de Colín, de Chaudón, y aún de la del ilustrísimo Sr. Dionisio de Marquemont, llegó á amueblarla por el mismo estilo que la de Annecy. No le quedaba que hacer sino escribir á San Francisco de Sales y rogarle enviase algunas Hermanas para hacer la fundación, cuando obstáculos inesperados se levantaron contra este proyecto. Hombres que tenían grande influencia en Lyon, y que poseían la confianza del Arzobispo, empezaron á preguntar en público si Dios no sabía hacer maravillas sino por medio del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra; si otros Obispos no eran capaces de erigir Congregaciones tan perfectas y bien arregladas como la de Annecy; si la señora de Auxerre, mujer de tanta virtud, no era capaz de hacer en Francia lo que la señora de Chantal hacía en Saboya, y otras muchas cosas, escuchadas favorablemente, como sucede con todas las que halagan nuestro amor propio. En consecuencia, y sin más examen, se decidió que así como el Ilmo. Sr. de Ginebra había erigido una Congregación de la Visitación en Annecy, el Ilmo. Sr. de Marquemont

erigiese otra de la Presentación en Lyon. Al momento se empezaron á redactar las Constituciones, que se encargaron al que había trabajado más para que no se fundase el monasterio de la Visitación. Arregladas ya las Constituciones, se las hicieron aprobar al Cardenal de Marquemont, y se mandaron á París, donde, contando con grandes recomendaciones, se esperaban muy pronto las patentes. La señora de Auxerre y sus compañeras tomaron un hábito de color *mínimo*. «No era—dicen con alguna ironía las antiguas *Memorias*—el color del que gobernaba á las nuevas Hermanas.»

El establecimiento se hizo con toda pompa y con una inmensa concurrencia, tanto por la novedad del caso, como por la extraordinaria reputación de virtud de que gozaba la señora de Auxerre (1).

Cuando se funda una Orden religiosa, no es lo más difícil trazar la forma del hábito, redactar las reglas, reunir las Hermanas ni edificar la casa; es el infiltrar el espíritu de unidad. No hacía sino algunos meses que se había fundado el Instituto de la Presentación, cuando, solicitado en todas direcciones, dividido en mil pedazos, expiraba por la división que le roía. La buena señora de Auxerre y sus compañeras, que por obedecer al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon habían consentido en ponerse á la cabeza del nuevo Instituto de la Presentación, se consumían de dolor y golpeaban su pecho, creyendo que cuanto sucedía era castigo de su conducta. En estas circunstancias, la señora de Gouffier, que en el momento de ligarse definitivamente en la Orden de la Visitación volvía á su abadía del Paraclete para poner en orden sus negocios, pasó por Lyon y vino á ver á sus antiguas amigas. La señora de Auxerre la contó llorando la falta que había cometido, el pesar que desde

(1) *Fundación del segundo monasterio de la Visitación, en Lyon, manuscrito, pág. 56.*

entonces tenía, y que se aumentaba todos los días por las divisiones que veía; y por último, la rogó escribiese á San Francisco de Sales para pedirle perdón y suplicarle enviase Hermanas. Al mismo tiempo fué con sus compañeras á echarse á los pies del Arzobispo, y bañándolos con sus lágrimas le rogaron que, en atención á que el nuevo Instituto perecía, permitiese se llamase á Lyon el de Annecy, que tan visiblemente protegía Dios. El Ilmo. Sr. de Marquemont consintió en ello, y prometió escribir por sí mismo al siervo de Dios, «su bueno y querido cohermano,» lo que hizo efectivamente en términos muy urgentes.

Mientras esto sucedía, un acontecimiento notable acabó de iluminar á los que querían ver. El Arzobispo de Lyon había expedido al Rey cartas para rogarle autorizase el nuevo Instituto que quería fundar con el nombre de Instituto de la Presentación. Las cartas-patentes llegaron, y todos quedaron sorprendidos viendo no sólo en las cartas, sino en todos los papeles, y aun en los mismos dirigidos al Rey por el Arzobispo, que en cuantas partes se había escrito *Congregación de la Presentación*, decía en caracteres muy limpios y bien formados: *Congregación de la Visitación*. Un grito de admiración general acogió este descubrimiento, y aun los mismos que antes se habían opuesto á que vinieran á Lyon las Hermanas de la Visitación, decían: «Verdaderamente Dios trabaja en favor de estas religiosas.»

Pero, en efecto, ¿cómo no trabajaría Dios por ellas? Durante todos estos contratiempos, la Madre de Chantal manifestaba una dulzura, una paciencia y una humildad admirables. Se creía indigna de ser empleada en la obra de Dios; era feliz viendo que Dios escogía mejores instrumentos—decía;—y conteniendo la impaciencia de algunas Hermanas, las recordaba que era mucho mejor aumentar el número de sus virtudes que el de sus casas.

Vencidos todos los obstáculos, San Francisco de Sales, que había recibido cartas del Ilmo. Sr. de Marquemont, encargó á la Madre de Chantal fuese á Lyon para hacer la fundación, dándola por compañeras á las Madres María Jacobina Favre, María Petra de Chatel y María Amada de Blonay, como también á la Señora de Gouffier, que había tomado el hábito y se llamaba María Isabel. «Porque—decía—siendo grande la empresa, y ésta es la primera ramita que sale de nuestra casa, es preciso enviar lo mejor de nuestra Congregación» (1).

El Sr. Menard, Vicario general de Lyon, vino á Annecy á buscar á las Hermanas con un coche. San Francisco de Sales las acompañó hasta las afueras de la ciudad, bendiciéndolas con tan dulces palabras, que todas se deshacían en lágrimas; y algunos días después, como si su corazón no estuviese aún satisfecho, continúa llenándolas de mil y mil bendiciones, escribiendo á la Santa Madre de Chantal (2):

«Yo os saludo mil y mil veces, Madre la más amada del mundo, y no ceso de derramar mil deseos sagrados sobre vos y sobre vuestra compañía. ¡Ah Señor! ¡Benedicid con vuestra santa mano el corazón de mi muy amable Madre, á fin de que sea como un origen fecundo que produzca muchos corazones!

»¡Benedicid á mi primera y querida hija María Jacobina Favre, á fin de que sea el principio permanente de la alegría del Padre y la Madre que le habéis dado! ¡Que la querida hija María Petra de Chatel sea un aumento continuo de consuelo en la Congregación en que la habéis plantado, para florecer y fructificar en ella copiosamente! ¡Sea la querida hija María Amada de Blonay amada de los ángeles y de los hombres,

(1) Carta de San Francisco de Sales al Sr. de Blonay, 2 de Enero de 1615.

(2) Carta del 4 de Febrero de 1615.

para provocar á muchas almas al amor de vuestra divina Majestad! Y ¡benedicid el corazón de mi querida hija María Isabel de Gouffier, para que sea un corazón de inmortal bendición!

»Mi querida Madre, ¡que bendición sobre bendición, y hasta el colmo de toda bendición, caiga sobre vuestro corazón! ¡Que veáis á vuestra hija mayor siempre empezando de nuevo por aumentos de amores celestiales, creciendo siempre en virtudes la segunda, amante siempre la tercera, y la última siempre bendita, á fin de que la bendición del santo amor crezca y renazca siempre en vuestra pequeña junta! Y sobre todo, ¡que el corazón de mi muy querida Madre, como el mío propio, esté siempre todo lleno del santísimo nombre de Jesús!» (1).

Y como la Madre de Chantal había sentido singularísima pena en separarse del bienaventurado, la escribía en particular: «Y bien, mi muy querida hija; siendo Dios la unidad de nuestros corazones, ¿quién separará jamás estos corazones? ¡No! Ni la vida ni la muerte, ni las cosas presentes ni las futuras nos separarán jamás ni dividirán nuestra unidad. Id, pues, mi muy querida hija, donde Dios nos llama; id con un solo corazón, donde Dios nos quiere... id suave y alegremente. Yo estoy donde vos estáis. ¡Oh! sí. ¡Bienaventurados son los que buscan á Dios con todo su corazón, dejándolo todo, y aun al mismo padre que les dió, para seguir á su Divina Majestad!» (2). Y algún tiempo después: «Y ¿qué importa que estéis aquí ó allí? Porque ¿quién puede separarnos de la unidad que está en Nuestro Señor? En fin, me parece que es una cosa enteramente igual para nosotros que estemos en uno ó dos lugares, porque nuestra amable unidad subsiste en todas par-

(1) Carta del 4 de Febrero de 1615.

(2) Carta del 26 de Enero de 1615.

tes, gracias al que la hizo. Quedemos, pues, en paz con esta seguridad» (1).

Habiendo salido de Annecy la pequeña Comunidad el 25 de Enero de 1615, no pudo llegar á Lyon hasta el 1.º de Febrero. Un acto notable de obediencia inmortalizó, por decirlo así, este viaje. Habiendo llegado al lugar en donde se había de pasar la noche, las Hermanas se calentaban alrededor del hogar, en el que ardía un buen fuego, y en medio de él había un hierro ardiendo. De repente le ocurrió al Sr. Menard probar la obediencia de las Hermanas. «He oído decir—pensó—que en Santa María se observa una perfecta obediencia; hagamos, pues, la prueba con el fuego.» En seguida, mirando á la Madre María Petra de Chatel: «Hermana mía, por caridad, quitad ese hierro que hay en la lumbre; echadlo fuera.» Apenas había acabado de hablar, cuando se ejecutó el mandato; de suerte que antes cogió la Hermana con la mano el hierro ardiendo, que el Sr. Menard tuviese tiempo para verlo. Arrebatado de admiración: «Dejad, dejad—la dijo prontamente,—Hermana mía;» y ésta, sin inmutarse, volvió á dejar tranquilamente el hierro en el fuego. Se creyó que tendría quemada toda la mano, pero habiéndosela hecho abrir, se la encontró buena (2).

Al acercarse á Lyon la Venerable Madre de Chantal, sintió que el ángel protector del reino la acogía favorablemente, y tuvo una gran certeza interior del progreso y de los frutos que el Instituto daría en Francia (3).

Grandes sucesos esperaban efectivamente á la Visitación en el reino de Francia. Nacida apenas, indecisa aún, sin reglas todavía ni Constituciones, ni un fin absoluto determinado, debía encontrar en Francia su

(1) Carta del 13 de Mayo de 1615.

(2) *Vida de las primeras Madres*, tomo I, pág. 315.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 157.

complemento y forma definitiva. ¡Cosa notable! Casi todas las Ordenes religiosas no se han desarrollado ni han invadido el mundo sino después de haber pisado el suelo francés. San Benito vive y muere en Italia, pero su primero y más ilustre discípulo, San Mauro, se apresuró á establecerse en Francia. San Columbano vino también de Irlanda; San Bruno, de las riberas del Rhin; San Norberto, del centro de Alemania; el ilustre español Ignacio de Loyola, de Pamplona; Santo Domingo, español también, de Castilla; todos, en fin, extranjeros, y todos traídos misteriosamente á Francia, sea porque predestinando Dios á la Francia para ser la hija mayor de la Iglesia, ha querido reservarla el honor de poner la mano en todas las grandes obras católicas, sea que el carácter francés, por sus bellas cualidades de viveza y ardor, es más á propósito que otro alguno para imprimir en las cosas ese carácter de sencillez, grandeza y gracia que triunfa de los espíritus y seduce los corazones.

En Lyon fué recibida la Madre de Chantal y sus hijas con una alegría extremada por la buena señora de Auxerre, la cual, *motu proprio*, depuso toda su autoridad en manos de la Santa; y al otro día, 2 de Febrero de 1615, fiesta de la Purificación, el Sr. Menard, que había ido á buscar á las Hermanas á la ciudad de Annecy, dijo solemnemente la Misa, y declaró en nombre del señor Arzobispo de Lyon, entonces ausente, y con general alegría de la ciudad, que el nuevo monasterio quedaba canónicamente establecido. Un inmenso gentío asistió á la ceremonia. El mismo día, la señora de Auxerre y sus dos compañeras tomaron el hábito de novicias, y desde este momento—dice la Venerable Madre de Chantal—empezamos nuestro género de vida y diarios ejercicios con alegría, paz y bendición.

La señora de Auxerre había dotado la casa con un capital de diez mil libras, las cuales producían en renta

quinientas, lo que era, en verdad, muy poco; pues los gastos necesarios para la fundación fueron tales, que bien pronto—dice la Madre de Chantal—nos vimos casi obligadas á mendigar. Sin embargo, esto no nos entristecía, porque estábamos llenas de confianza en Dios, á quien nos habíamos entregado.

Dios, en efecto, cuidaba de la Visitación naciente de Lyon, como había cuidado de la naciente Visitación de Annecy. Un día en que las Hermanas no tenían más que cuatro ó cinco sueldos, y no sabían de dónde sacarían para comer, en el momento de ir á Vísperas llamaron á la puerta, donde encontraron á un hombre bastante mal vestido, que preguntaba por la Madre de Chantal, y habiendo bajado ésta, la puso en las manos un rollo de dinero envuelto en un papel bastante puerco, diciéndola por todo recado: «Rogad á Dios por quien os envía esto.» La bienaventurada fué á Vísperas sin abrir el papel, que creía contendría sólo algunos cuartos. Después del Oficio, y en presencia de las Hermanas, desenvolvió el paquete y encontró ochenta escudos. Otro día se habían entretenido las Hermanas en la recreación, hablando de su deseo de tener una buena custodia para el Santísimo, y la Madre de Chantal dijo riéndose, que en cuanto fuese rica compraría una de plata; y en seguida llamaron á la portería, y un hombre, que no quiso decir quién era, les entregó una muy buena (1).

No obstante, dificultades mucho más serias principiaban á inquietar y preocupar á la Madre de Chantal. Al establecer su Instituto, había hecho San Francisco de Sales una cosa que hoy nos parece muy sencilla, pero que entonces era muy ardua: había suprimido la clausura. Las religiosas, que hasta entonces no habían visto el mundo, y que desde la Bula de Bonifacio VIII

(1) *Memorias manuscritas de la fundación de Lyon*, pág. 59.—*Vida de la señora de Auxerre*, pág. 39.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 160.

vivían escondidas detrás de impenetrables rejas, quiere el Santo Obispo hacerlas salir del claustro para que, como Madres, vayan á los graneros y á las bohardillas, y visiten y socorran á los pobres enfermos. Esta sola idea espantó al Ilmo. Marquemont. Creía que en Lyon y en las demás ciudades de Francia la visita á los pobres no podía continuarse sin peligro; y por otra parte, una vida tan pura y tan interior, le parecía que no debía quedar en la categoría de simple Congregación, sino que debía tener la dignidad de Orden religiosa, y por consiguiente, completa clausura; porque imaginar una Orden religiosa de mujeres sin clausura, ni siquiera se le había ocurrido. Prohibió, pues, á las Hermanas visitar á los pobres, les mandó provisionalmente que guardasen clausura; y como el nombre de la Visitación nada significaba ya, no visitando á los pobres, manifestó el deseo de que la casa de Lyon se llamase desde entonces de la Presentación.

Sumamente contrariada con esto la Madre de Chantal, escribió á San Francisco de Sales para preguntarle lo que debía hacer. Por su parte el Cardenal de Marquemont le escribía también, rogándole le admitiese á su santa amistad del modo que lo hacían los antiguos Obispos, que no tenían más que un solo corazón y una sola alma, y que por la recíproca comunicación de las inspiraciones que recibían del cielo, se ayudaban mutuamente á llevar sus cargas; y concluía prometiéndole ir muy pronto á Annecy, para verle y exponerle sus ideas.

El Santo Obispo de Ginebra no creyó que debía dejarse prevenir en cortesía. «El Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon—decía—es el primero de los Obispos de Francia, y yo soy el último de Saboya.» Y partió al instante para Lyon. Los dos Obispos conferenciaron largamente, sin poder ponerse de acuerdo; el Ilmo. Sr. de Marquemont no podía concebir ni oír hablar de una Orden de muje-

res sin clausura, y ocupadas en visitar á los pobres. San Francisco de Sales, á pesar de su admirable condescendencia, sentía mucho renunciar á una obra que le parecía remediaba una de las mayores necesidades de la época.

Por lo demás, esta diferencia de opiniones no alteraba la santa amistad de los Prelados. El 2 de Julio del año 1615, fiesta de la Visitación, vinieron los dos Obispos al monasterio, donde la señorita Jerónima de Villette, parienta de San Francisco de Sales, iba á tomar el hábito. El Cardenal ofició solemnemente, y el bienaventurado predicó, y con el rostro inflamado y lleno de santo celo, dijo estas palabras, muy celebradas entonces: «Que nunca entraría en la Visitación ninguna que no hubiera recibido en su corazón una secreta visita de la sagrada Virgen María, Madre de Dios.» Sentimiento que quedó tan profundamente grabado en el corazón de este bienaventurado, que queriendo hacerle inmortal y transferirle al corazón de sus hijas, le escribió después en las Constituciones» (1).

Tres meses después, el 20 de Octubre de 1615, el Ilmo. Sr. de Marquemont devolvió su visita á San Francisco de Sales. En ella se habló largamente de la Orden naciente, de la forma que debía dársela, de la clausura y de la visita de los pobres. Pero el Ilmo. Sr. de Marquemont, á pesar de ver con sus ojos las maravillas del monasterio de Annecy, estuvo inflexible, y de vuelta á Lyon, continuó prohibiendo á las Hermanas salir de casa, y las volvió á mandar no visitasen nunca á los enfermos.

Para apoyar y hacer triunfar sus ideas redactó una Memoria muy sabia y muy curiosa, inédita hasta ahora, y de la cual importa mucho conozcan nuestros lectores las principales ideas. La Memoria principiaba así: «El

(1) Constitución XXXIII, de la Directora.

Cardenal de Lyon ha notado en el Instituto de la Visitación lo que sigue, y suplica al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra con toda humildad que considere y haga con su prudente, docto y sabio juicio una caritativa reflexión, después de la cual todo se somete con entera dignidad á su censura.»

El Ilmo. Sr. de Marquemont notaba primero que no siendo la Visitación más que una simple Congregación, no estaba aprobada por el Papa, y los votos, de cualquier modo que se hiciesen, no podían ser sino votos simples (1), y que así las que en ella profesasen no serían nunca propia y verdaderamente religiosas, lo que le parecía tanto más sensible, cuanto que éstas tendrían las obligaciones y cargas de la vida religiosa, sin tener ni el nombre, ni el mérito, ni la perfección, ni las indulgencias, y que los padres y las familias también tendrían muchos disgustos, porque si los votos eran simples, podría suceder que después de muchos años llegasen sus hijas á disgustarse, volver al mundo y aun contraer matrimonio, y este matrimonio sería válido, y entonces, ¡qué vergüenza y qué desgracia para la hija! ¡Qué sentimiento para los padres! Pero sobre todo, ¡qué semilla de pleitos y disgustos para las familias! El Ilmo. Sr. de Marquemont insistía

(1) Aquí se trata de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Estos votos pueden ser de dos clases. Los unos llamados votos simples, son los que se hacen en particular, ó aunque sea en público, pero en una Congregación no aprobada por el Papa. El que habiendo hecho votos semejantes se casa, por ejemplo, comete un sacrilegio, pero su matrimonio es válido. Los votos solemnes son los que se hacen en una Orden religiosa aprobada por el Papa. Estos traen consigo, no sólo la ilicitud de los actos opuestos, como los votos simples, sino también su invalidez. El que ha hecho voto solemne de pobreza y castidad, no puede ni casarse ni heredar; su matrimonio es nulo, y la propiedad que hereda no le pertenece. La solemnidad del voto no depende, pues, de la voluntad del que hace el voto, ni de las ceremonias que le acompañan, sino únicamente de la voluntad de la Iglesia, y tiene por efecto esencial herir, no solamente con la ilicitud, sino también con la invalidez, todos los actos opuestos á los votos.

particularmente en este punto, alegando las costumbres de Francia y las leyes de los Parlamentos respecto á las sucesiones, y sobre todo, las repugnancias de los padres para dejar entrar á sus hijas en simples Congregaciones, y concluía, que para poner á las doncellas en un estado más perfecto, y á los monasterios y familias en seguridad, era menester hacer que la Congregación se erigiese en Orden formal, lo cual llevaba consigo la obligación de la perpetua clausura.

Convertida ya la Congregación en Orden religiosa, aplaudía la idea de que fuese un lugar de retiro para las personas de edad ó débiles, que no se sentían llamadas á los rigores de religiones (1) más estrechas. Pero no podía transigir con que entrasen en él personas viudas y ocupadas todavía en negocios temporales, que las obligasen á salir alguna vez para arreglarlos, porque además de que veía en esto una infracción formal de las leyes de la Iglesia, que exigen que las religiosas vivan en perpetua clausura, encontraba, en aquel siglo sobre todo, y en la Francia grandes inconvenientes; el mundo, escribía, se escandalizaría, los monasterios, á los cuales se quería restituir á su primitiva clausura, se considerarían autorizados con esto para persistir en su relajación; los protestantes que en todas partes rompieron las rejas y violaron la clausura de los conventos dirían que también nosotros la dejamos, y por último, sin ella tendrían las religiosas muchas distracciones. «Esto no es—añadía el Arzobispo, aludiendo á la Madre de Chantal y sus hijas—por encontrar algo que criticar en las que, asistidas por el espíritu de Dios y con la dirección de un angélico Prelado, han abierto felizmente este camino, haciéndole admirar por todos. Pero es menester mirar á lo porvenir, y pensar en el tiempo en que fal-

(1) Se llaman así en el estilo de la Iglesia, más conocido entonces que ahora, las Ordenes religiosas aprobadas solemnemente por el Papa.

tando esta dirección y entibiándose el fervor actual, quizá no caminasen las cosas tan derechamente.» Suprimiendo estas salidas y abandonando el cuidado de los enfermos, pedía el Cardenal que se cambiase el título de *Visitación*, que ya no tenía el significado que se le había dado, por el de *Presentación*.

Tal era la primera y más importante parte de la Memoria. En la segunda, el Cardenal, previendo el caso en que San Francisco de Sales quisiera absolutamente conservar á la Visitación la forma humilde de Congregación, pedía que las Hermanas no hiciesen más que el voto público de castidad, y no el de obediencia y pobreza; siendo muy dudoso que estos votos públicos y con solemnidad eclesiástica pudieran hacerse por la autoridad del Ordinario; «que al redactar las Reglas sería menester evitar el decir: «que los Obispos, según las necesidades, podrían hacer esto ó aquello», porque sería hacerse Papa y no Obispo; que las salidas para cosas temporales no se permitirían nunca sino en el tiempo de noviciado, el cual, con este fin, podría prolongarse cuatro ó cinco años, hasta que los negocios temporales se arreglasen del todo; que las novicias obligadas á salir no lo harían nunca con el hábito religioso, y que lo mejor sería no cambiar de vestido durante el noviciado.

En cuanto á las profesas, nunca podrían salir sino en el caso de absoluta necesidad, como para hacer una fundación.

El Ilmo. Sr. de Marquemont concluía diciendo que, si no podían ponerse de acuerdo, el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra dispondría de su casa de Annecy como mejor le pareciese, y él de la suya como lo creyese conveniente; que sentiría grandísima pena al tener que llegar á este caso, pero que si se veía obligado á darles reglas separadas, tenía el ejemplo de los Obispos de Italia, que en la misma provincia de Milán no se habían

entendido, ni con su Arzobispo, ni unos con otros (1).

Tal era el conjunto de las razones sobre que se apoyaba el Cardenal de Marquemont, para pedir á San Francisco de Sales modificase completamente los planes de su instituto. Estas razones tienen en apariencia alguna solidez, pero en el fondo carecen de exactitud. La admirable institución de San Vicente de Paúl iba á dar muy pronto un brillante desengaño á todos los vanos temores expresados en esta Memoria, y probar hasta la evidencia que había mucho menos peligro del que decía el Emmo. Sr. de Marquemont, habiendo por el contrario, inmensas ventajas en establecer simples Congregaciones de mujeres sin clausura para encargarlas del ministerio público de la caridad. «En cuanto á los inconvenientes que debían resultar necesariamente—decía—de la emisión de votos simples, ¿qué hubiera pensado el Cardenal si le hubiese sido dado ver nacer en la serie de los años, además de las Hermanas de San Vicente de Paúl, los Hermanos de la Doctrina cristiana, las Hermanitas de los Pobres, los Sacerdotes del Oratorio y otras muchas Congregaciones que no hacen más que votos simples tres siglos hace, y que sin embargo embalsaman la Iglesia con tal perfume de virtud, que aun las mismas religiosas claustradas podrían envidiar? ¿Qué hubiera dicho sobre todo si, penetrando en lo porvenir, hubiera visto á las mismas religiosas claustradas, las Dominicas, las Carmelitas, las Claras, reducidas en Francia por la desgracia de los tiempos á no hacer más que votos simples, y no ofreciendo bajo esta forma á la Iglesia ni más embarazo ni menos virtudes?» Pero el carácter influye en las ideas, y las ideas en los actos. El Cardenal de Marquemont, aunque muy piadoso, pertenecía á esa clase de espíritus tímidos, que des-

(1) Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º, intitulado *Memorias de Dionisio Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dajar la Visitación en forma de simple Congregación.*

echan todas las innovaciones, aun las mejores, por la sola razón de que son innovaciones; que creen que las cosas deben ser necesariamente hoy de tal modo, porque así lo eran ayer; que no comprenden que la Iglesia, inmutable en sus dogmas, no lo es en su disciplina; y que encerrados en la letra, en lugar de ser libres por el espíritu, dejarían á la Iglesia inmóvil, si Dios, que la formó para marchar al frente de las naciones, no la hubiese dotado de un movimiento dulce y vigoroso á la vez, que obliga á las naciones y á los individuos á seguirla, en lugar de precederla.

Apenas se enteró San Francisco de Sales de esta Memoria, cuando la envió á la Madre de Chantal, que había vuelto poco tiempo antes de Lyon, donde había dejado á la Madre Favre gobernando á la comunidad. La Santa, probablemente para estudiar mejor esta Memoria, sacó una copia de su mano. Las razones del Cardenal de Marquemont la hicieron muy poca fuerza. Más confiada en las luces de su bienaventurado Padre que en las de un Prelado que tan mal había salido en su fundación del Instituto de la Presentación, escribía carta sobre carta á San Francisco de Sales para rogarle estuviese firme en no cambiar en nada un plan ya probado por la experiencia, y tan visiblemente bendecido por Dios. Una de las cartas relativas á este negocio debe ser citada para conocer el tono firme y decidido de la Santa. «Mi muy amado Padre: acaban de decirme que mañana por la mañana sale un hombre para Lyon, y si os es posible, me alegraría escribieseis una palabrita al Ilmo. de Marquemont; pero bien dicha, porque me parece que este negocio es tan importante para esta casa, que merece no dejarse. Mi amado Padre dirá que siempre soy vehemente, y á la verdad que lo sería muy de veras en esto, si yo pudiese arreglarlo (1).»

(1) Archivos de Annecy. Carta inédita de la Madre de Chantal. Se tra-

El Cardenal Belarmino pensaba del mismo modo que la Madre de Chantal. Este docto y profundo teólogo, al cual había escrito San Francisco de Sales (1) para alcanzar por su medio algunas gracias de la Santa Sede en favor de su Congregación naciente, y al cual había confidencialmente las oposiciones del Cardenal de Marquemont, le respondía: «Quiero daros un consejo que tomaría para mí si estuviera en vuestro lugar. Yo dejaría á esas doncellas y á esas viudas en el estado en que están, sin cambiar nada de lo que está bien hecho. Antes de Bonifacio VIII había religiosas, tanto en Oriente como en Occidente; tenemos por garantes de esto á los Santos Padres, á saber: entre los latinos, á San Cipriano, á San Ambrosio, á San Jerónimo y San Agustín; entre los griegos, á San Atanasio, á San Crisóstomo, á San Basilio y otros muchos. Y estas religiosas no estaban tan del todo encerradas en sus monasterios, que no saliesen fuera de ellos cuando era necesario, y Vuestra Señoría Ilustrísima no ignora que los votos simples no obligan menos y no son de menos mérito delante de Dios que los votos solemnes, pues que la solemnidad, así como la clausura, principió después del decreto eclesiástico del citado Papa.

»Hoy mismo, el monasterio de Señoras Nobles, fundado por Santa Francisca Romana, que floreció maravillosamente en Roma, nos da un ejemplo de ese antiguo uso, porque estas religiosas no tienen ni clausura ni profesión solemne.

»Por lo cual, si en vuestro país las doncellas y las viudas viven tan santamente, y pueden ser tan útiles á

ta del Oficio. San Francisco de Sales, que admitía personas de salud delicada y de edad en su Instituto, no quería imponerles más rezo que el del Oficio Parvo de la Virgen. El Ilmo. Sr. de Marquemont veía en esto una innovación peligrosa, y exigía que cantasen todos los días el Oficio divino, lo que era materialmente imposible, é inconciliable con el fin que se proponía el Santo Obispo de Ginebra.

(1) Carta del 10 de Julio de 1616.

las personas del siglo por su caridad y buenos ejemplos sin estar encerradas en clausura, no encuentro por qué se ha de mudar este modo de vivir. No obstante, si otro encuentra mejor dictamen que daros, me someto á él de buena voluntad (1).»

Esta opinión de Belarmino, que San Vicente de Paúl debía muy pronto hacer suya, que la Madre de Chantal apoyaba con toda la energía de su convencimiento, no era tan perfectamente conocida de nadie como de San Francisco de Sales, que comprendía claramente todo su valor.

Evidentemente se había llegado á uno de esos momentos en que la sociedad se transforma, y en que, para atender á las nuevas necesidades, es menester una abundante efusión del espíritu antiguo bajo nuevas formas. El bienaventurado había encontrado una de estas formas, antigua y nueva al mismo tiempo, pues que, conocida de los antiguos, estaba olvidada después de Bonifacio VIII, y al mismo tiempo tan maravillosamente apropiada á las necesidades de este siglo, que ahogada, como vamos á verlo, por la existencia tenaz del Cardenal Arzobispo de Lyon, no tardó en renacer. Así, á pesar de toda su condescendencia, costaba á San Francisco de Sales mucho trabajo el ceder. Le gustaba mucho esta condición humilde y sencilla de su pequeña Congregación, sin clausura, sin votos solemnes, viviendo en humildad y oración, y derramando su corazón en los actos de caridad. Pero, en fin, la insistencia del Cardenal, la especie de amenaza con que concluía su Memoria, y por otra parte, el carácter dulce y condescendiente del Santo, unido á la poca confianza que tenía en sus luces propias, le determinaron, después de muchas discusiones que no conocemos, y que fueron

(1) Carta del 29 de Diciembre de 1616, en la colección de *Cartas de San Francisco de Sales*, con esta fecha.

muy largas, á consentir en todo lo que pedía el ilustrísimo Sr. Arzobispo de Lyon. Escribió, pues, en respuesta á la del Cardenal, una Memoria muy curiosa también, é igualmente inédita, que honra mucho al espíritu de conciliación y dulzura del Santo, y no menos á su grande inteligencia, que en todos conceptos y desde todos los puntos de vista merecía haber sido conocida más pronto.

La Memoria principia así: «Respecto á las observaciones que el Emmo. Sr. Arzobispo de Lyon ha tenido á bien comunicar al Obispo de Ginebra, se le suplica humildemente considere estas pequeñitas advertencias, y que vistas y consideradas, tome la determinación que le parezca conveniente, á la cual el expresado Obispo de Ginebra accederá, no sólo humilde y reverentemente, como debe, sino también alegre y cordialmente, con la mayor suavidad.»

San Francisco de Sales manifiesta primero que la erección de su comunidad había sido muy legítima; que la había erigido en su diócesis, sin pensar que debiera un día salir de ella; que le había dado reglas como lo había visto hacer á los Obispos de la provincia de Milán, la más bien disciplinada de las de Italia; que había hecho enteraran de ella á Su Santidad, quien la había aplaudido y concedido bendiciones é indulgencias; por último, que todas las reglas que había establecido las había visto practicadas en muchas congregaciones y cofradías en Roma y en toda la Italia.

Que esta Congregación fuese no sólo legítima—decía el Santo Obispo—sino útil á la gloria de Dios, no podía dudarse, habiendo sido establecida á semejanza de una multitud de congregaciones nuevas y antiguas, fundadas muchas por Santos, y las cuales, todas han producido otros nuevos y grandes Santos; sus miembros, sin embargo, no hacían más que votos simples, salían de sus casas, y aun con sus hábitos religiosos,

sin peligros ni escándalos, y quebrantadores de si volvían al mundo eran tenidos por apóstatas, como sus votos; pero, no obstante, podían contraer matrimonios válidos, porque sólo los votos solemnes llevaban en sí la invalidez del matrimonio.

En cuanto al servicio de los enfermos, aunque no había sido el fin primero y principal del Instituto, sino creado como ejercicio de devoción, fué mirado desde el principio con gran amor y predilección, no sólo porque por sí mismo es piadoso y agradable á Dios, sino porque las que lo practicaban volvían siempre mejores y más aprovechadas, y esparcían entre el pueblo un grande olor de caridad y dulzura que edificaba mucho.

Considerando, sin embargo, que la clase de vida practicada en la Visitación podría hacerse con mucha utilidad y gloria de Dios en diversas partes de Francia, si se modificaba según deseaba y proponía el Ilmo. Sr. Arzobispo, el Obispo de Ginebra, con todo su corazón, y «sin repugnancia ninguna,» consentía en su establecimiento con título de simple Congregación, bajo la condición de perpetua clausura, como está expresado en el Concilio de Trento, y bajo la dulce y benigna interpretación que, como en Roma, en Italia, y casi en todas partes, deja y permite que entren las doncellas del mundo en los monasterios, cuando desean ser en ellos instruidas, creyendo esto causa muy suficiente; y también podrán entrar las mujeres y doncellas que á ellos quieran retirarse para arreglar y poner en orden sus conciencias, porque ésta es una grande necesidad, y los frutos de estas entradas, mucho mayores de lo que se puede decir. Quería también que pudiesen entrar, no sólo los confesores y los médicos, sino los padres y los hijos, creyendo que esto sería de mucho consuelo para ellos, y aun sin apariencias de peligro, haciéndolo como se debe. En cuanto á las viudas que fuera necesario saliesen algunas veces, con-

sentía de buena gana en que lo hiciesen con vestidos seglares y modestos.

Pero en lo relativo al nombre de la Visitación, que había tomado la Congregación, suplicaba humildemente al Ilmo. Sr. Arzobispo se dignase permitir no lo cambiase, pues bajo este nombre estaba admitida en los Estados de Saboya, se habían hecho varios contratos y muchas escrituras; que el título de la Visitación era muy auténtico, y que, con tal que estuviesen acordes en las cosas, los nombres eran de poca importancia. Lo mismo sucedía con la forma de los votos. El ilustrísimo Sr. Arzobispo podía ponerla á su gusto, aunque la que se había redactado era muy conforme á la de las Congregaciones de la provincia de Milán, si la memoria del Obispo de Ginebra no le engañaba.

En fin, pues que era evidente que el espíritu del Ilmo. Sr. Arzobispo recibiría más completa y agradable satisfacción si esta Congregación se erigía en Orden formal bajo la regla de San Agustín, el Obispo de Ginebra condescendía también en esto, libremente y de buena voluntad, no sólo por el respeto, honor y veneración que debía al gran talento del Arzobispo de Lyon, sino también porque, del mismo modo que el ilustrísimo Sr. Arzobispo de París mudó la simple Congregación de las Ursulinas en religión formal, sin cambiar el fin principal de la Congregación, así también nada impediría conservar el fin de la Visitación, que es el de recibir personas débiles, delicadas ó de edad, el convertirla en religión formal; y en este caso nada habría que decir, pues que no hay duda que la religión formal es mejor para honra de la Congregación y descargo particular del Obispo de Ginebra, que no tendrá necesidad de aquí en adelante de hacer apologías y aclaraciones sobre la Visitación.

El Santo concluía rogando al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon terminase el asunto lo más pronto posible,

porque por todas partes le pedían las reglas, deseándose la Congregación en muchos puntos. Le aseguraba de nuevo que se encontraba en una perfecta indiferencia, y que aceptaría dulcemente la elección que gustase hacer (1).

Esta Memoria iba acompañada de una carta del Arzobispo, que terminaba con estas palabras: «Reprimo mis deseos, mirando sólo á la voluntad de Dios y á su Providencia; callo, y cedo á vuestro juicio y consejo» (2).

Al mismo tiempo, para contener el ardor de la Madre Favre, Superiora del monasterio de Lyon, le escribía una carta admirable, representándola que si Dios quería que la Congregación cambiase de nombre, estado y condición, era menester entregarse á su beneplácito; que de cualquier manera que se sirviese á Dios en el Instituto, era menester estar contentos, pues el servicio era lo único necesario, y en agradándole, nada quedaba que desear; que éste era el espíritu apostólico y perfecto; que si la Visitación no sirviese más que para establecer otras muchas Congregaciones de buenas siervas de Dios, sin que ella pudiese establecerse jamás, no sería sino mucho más agradable á Dios, porque tendría mucho menos motivo para halagar el amor propio. «Acerca de los puntos que me propone el Arzobispo—añadía,—y sin los cuales no quiere establecer nuestra pequeña Congregación en su diócesis, le dejo la elección sin reserva ninguna. Es enteramente indiferente que se haga el bien de éste ó del otro modo, aunque confieso que hubiera tenido mucho consuelo en que hubiese quedado en clase de simple Congregación

(1) Respuesta del Obispo de Ginebra á la Memoria que le fué presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que debían hacerse en la Congregación de la Visitación. (Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º)

(2) Carta inédita. (Archivos de Annecy.)

en que la sola caridad y temor del Esposo sirviesen de clausura. En fin, accedo á que establezcamos una religión formal. Pero, querida hija mía, os hablo con toda la sencillez y confianza de mi corazón, hago esto con una dulzura y paz, y aun con una suavidad interior sin igual; y no solamente mi voluntad, sino también mi juicio se rinde gustoso al de este grande y digno Prelado (1).

Así se modificaron los planes de San Francisco de Sales. Aquellas religiosas, que tanto admiraban en Annecy cuando atravesaban las calles llevando pan, remedios, mantas, y á quienes todos los pobres llamaban á la cabecera de sus camas, volvieron á la obscuridad de su convento. Una clausura absoluta, rejas impenetrables las escondieron y ocultaron á todas las miradas; y su voz, que había consolado á tantos pobres en su última hora, ya no resonó sino en el silencio del templo, á los pies de los santos altares. ¿Deberemos sentirlo? La obra de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, ¿perdió en este cambio? ¿Hubiera sido más útil si se hubiera conservado como se pensó y principió? Sin duda es una cosa admirable servir á los enfermos, consolar y aliviar á los pobres; pero, ¿no hay otro medio de servirlos y de aliviarlos que darles pan y remedios? Y esas religiosas, que en el fondo de sus claustros ruegan por los afligidos, se humillan por los orgullosos, se inmolan por los sensuales y se ofrecen en sacrificio por todas las necesidades del mundo, ¿no serán contadas entre las más queridas y afectuosas siervas de los pobres? Por otra parte, ¿no está Dios también abandonado y olvidado como los más pobres? ¿Por qué no había de tener algunas almas que se consagrasen á consolarle, á compadecerse de sus dolores y á hacerle olvidar con sus adoraciones constantes

(1) Cartas de Octubre de 1617.

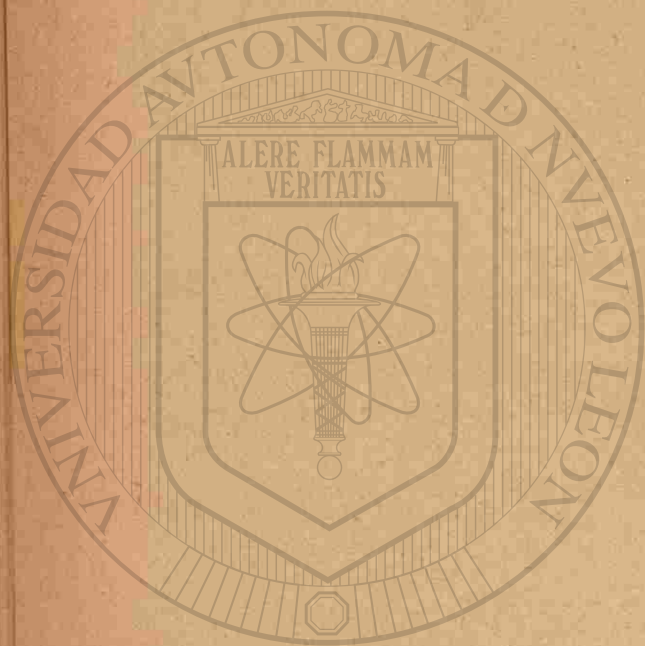
la indiferencia, la ingratitud y los ultrajes de los hombres? El mundo, es verdad, nada comprende de estas ideas; pero ¿son menos verdaderas porque él las desconozca? Y porque no agrada al mundo ¿se arrancará de los Santos Evangelios la célebre historia de Marta y María? La una, impresionada con la parte humana de Jesucristo, se afana por prepararle pan, vino y cama; la otra, elevándose sobre las cosas terrenas, y no viendo en Jesús sino á un Dios oculto, se sienta á sus pies en un éxtasis de adoración y de amor. Entonces, como ahora, el mundo admiró á la primera, y no comprendiendo á la segunda criticó su conducta. Pero Jesucristo, reformando los juicios del mundo, colocó á María sobre Marta, el servicio de la oración sobre la obra de misericordia corporal, y sobre el cuidado de sus miembros pacientes, menos elevado que la contemplación y adoración de su divinidad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO XVII

Reglas y espíritu de la Visitación.—Cómo preparó Dios á la venerable Madre de Chantal por medio de su Providencia para que fuese Fundadora de este Instituto.

1616 — 1617

Si se anunciase hoy que las Hermanitas de los Pobres despedían á sus infelices ancianos, se encerraban en una impenetrable clausura, y se consagraban únicamente á la oración, ¡con qué admiración primero, con qué sentimiento después, se acogería, y cuánto se criticaría, por último, semejante resolución! No sucedió así en el siglo XVII, lleno aún del sentimiento vivo de las cosas divinas, y á quien la utilidad de las obras de *Marta* no había hecho olvidar lo sublime de las de *María*. Cuando se supo que la Madre de Chantal y sus hijas consentían, por fin, en sustituir al servicio de los pobres la vida de oración y perpetua adoración, todo el mundo se llenó de entusiasmo. De todas partes recibía San Francisco de Sales cartas de enhorabuena, pidiéndole casas de su Instituto. «Verdaderamente—escribía el Santo—la cosecha es muy grande; es menester confiar en que Dios mandará obreros. Tolosa desea á nuestras hijas de Santa María, lo mismo que Moulins, Riom, Montbrison, Reims; pero lo particular es que en todas partes piden á la Madre.»

San Francisco de Sales no se apresuraba á satisfa-

cer tales peticiones. Por una parte, la venerable Madre de Chantal había vuelto muy fatigada de Lyon, con una especie de languidez y enfermedad que la imposibilitaba para viajar, y la tuvo en la cama casi una gran parte de los años 1616 y 1617. Por otra, San Francisco de Sales, después de haber trazado el plan general de su Instituto, se preparaba á emprender un trabajo muy largo y muy difícil, para el cual necesitaba ser ayudado con las luces y la experiencia de la Santa, y en el que pensaba emplear todo el año 1616 y tal vez el de 1617, á saber: redactar las reglas y constituciones del Instituto naciente. En fin, se veía llegar todos los días al convento de Annecy á una porción de jóvenes arrancadas al mundo por las más extraordinarias vocaciones, capaces de las virtudes más eminentes, que serán dentro de poco Fundadoras y Superiores de las primeras casas de la Orden, pero que eran entonces jóvenes, novicias unas, y otras profesas de sólo dos ó tres años; y San Francisco de Sales, poco ansioso de extender una Orden cuyas reglas ni aun redactadas estaban todavía, quería emplear algún tiempo en formar á estas jóvenes religiosas, y en empaparlas profundamente en el espíritu del Instituto, antes de lanzarlas á las ocasiones y peligros de las fundaciones.

Ya conocemos la primera generación de las hijas de Santa Juana Francisca. La segunda es muy parecida. La misma inocencia, la misma juventud, la misma virtud, las mismas mundanas esperanzas, sacrificadas generosa y alegremente al amor de Dios.

Ana María Rosset, la primera de esta segunda generación que entró en el monasterio, era una joven de diecisiete años. Su madre la llevó un día por casualidad á San Francisco de Sales: «Mirad—dijo graciosamente el Santo—¡qué ovejita! ¡Falta saber si querrá que la esquilen!» Al instante se puso la niña de rodillas, y presentó al Santo su cabeza, dándole tijeras. Era un alma

muy dulce, sumamente tímida, reservada para con las criaturas, que parecía no ver, pero llena en su interior de poesía, de dulces ensueños, que cambió, después de su entrada en la religión, en recogimiento y vida contemplativa. Esta fué la que, preguntando un día la Madre de Chantal en la recreación á las Hermanas adónde irían si se les permitiese alguna peregrinación, y diciendo una que á Roma, otra á Jerusalén, y otra que á Compostela, al sepulcro de Santiago, respondió con fervor: «En cuanto á mí, el gran viaje que quisiera hacer, sería salir de mí misma para ir á Jesucristo.» Al decir estas palabras quedó arrobada, y de tal modo, que la Madre de Chantal tuvo que mandar se la llevarsen. Se presentía al verla que no sería á propósito para fundar ó gobernar monasterios, pero que los embalsamaría con los perfumes de su vida interior. San Francisco de Sales, que comprendía tan bien las más secretas operaciones de Dios en las almas, encantado de lo que pasaba en la de Ana María, ponía por escrito lo que iba notando en ella.

María Dionisia de Martignat, la que más se parecía á la que acabamos de describir (Ana María Rosset) en cuanto á los dones de oración, había tenido en el mundo una vida más agitada. De una noble familia de Bresse, hermosa y de talento, había sido pretendida en matrimonio cuando era todavía muy joven, y antes de cumplir los dieciséis años se había concertado su casamiento con un joven caballero á quien amaba, y de quien era amada. Se había ya señalado día para la boda, cuando una carta de su hermano, que era religioso, la reveló el inefable precio de la castidad. Movida por el toque de la gracia de Dios, regó esta carta con sus lágrimas, se la hizo leer á su prometido, y durante muchos meses trató de elevar su corazón y el de aquél por encima de todos los afectos humanos; pero viendo que adelantaba poco en su tarea, resolvió rom-

per con él. El día de Navidad hizo voto de castidad, y habiéndolo escrito por su propia mano, se lo hizo leer á su novio en el mismo momento en que llegaba para conducirla al altar. Torrentes de lágrimas fueron la única respuesta del joven caballero, y pasó un año sin que María Dionisia volviese á verle. Al concluir éste, y en el mismo día de Navidad, ¡cuál fué la alegría y la admiración de la señorita de Martignat, cuando su novio vino á darla la noticia de que él también iba á consagrarse á Dios! Lloró de alegría, y uno y otro fueron á depositar sus promesas sagradas en un altar del santo Rosario, á cuyos pies se había esperado que pronunciarían otros votos. Esto es lo que ellos llamaban «el entierro y funerales de los humanos amores.» Algún tiempo después, el joven caballero tomaba el hábito de Recoleta, llegando á ser ferviente religioso. La señorita de Martignat hubiera querido seguir su ejemplo, pero no había llegado su hora, y las circunstancias iban á empeñarla más y más en el mundo. La hicieron camarista de la duquesa de Montpensier, y poco tiempo después, de la reina María de Médicis; pero en una y otra corte supo no sacrificar nada á la vanidad ni perder nada de su fervor, á pesar de lo que en ella agradaba. Los jóvenes caballeros de la corte sedecían unos á otros: «Tened cuidado con vos mismo, no os enamoréis de la señorita de Martignat, porque—añadían riendo y como por modo de proverbio,—os hará, á no dudarlo, Capuchino ó Recoleta.» Iba en un carruaje á treinta pasos del coche donde Enrique IV fué asesinado, y disgustada de un mundo en que había visto, además del asesinato de un Rey, el fin trágico del Mariscal de Ancre y de su esposa, y el trastorno de tantas grandezas, pensaba en dejarlo todo, cuando nuevos favores de la fortuna la llevaron á la corte de Saboya. En esta, como en la de Francia, apareció siempre brillante y siempre santa, tan llena de talento como de fervor. Bajo sus vestidos

de seda llevaba un cilicio; ayunaba muchos días á pan y agua; pero siempre estaba alegre, y no dejaba de tomar su parte en los helados y dulces. Durante la comedia, porque siempre había baile, pantomima ó comedia en la corte, rezaba callandito su rosario, y cuando había concluido, hacía imperceptiblemente la señal de la cruz sobre sus ojos, y les prohibía ver nada. Y todo esto «sin hacer la beata, ni la gazmoña, sin ser escrupulosa ni aparecer singular» (1), sino manifestándose siempre alegre, graciosa, amable y complaciente con todos. «Las Infantas la buscaban sin cesar, y la duquesa de Nemours no podía pasarse sin ella.» En medio de todos estos placeres, pudiendo haberlo pretendido todo, se retiró la señorita de Martignat para entrar en el claustro y tomar el velo de las Esposas de Jesucristo.

Otras vocaciones fueron más humildes sin ser menos generosas. Francisca Gabriela Bally no había visto nunca el mundo; no conocía más que el lecho y el sillón de su paralítico y anciano padre. Desde los seis años hasta los dieciocho este fué todo su horizonte. Por la mañana le ayudaba á levantarse, le sentaba en su sillón, le preparaba sus comidas, y tomando su labor trabajaba á su lado haciéndole compañía. Como los dolores de su padre se aumentaban de noche, cercenaba su sueño para velarle y distraerle leyendo en un buen libro. Doce años pasaron así, en un sacrificio continuo que aniquilaba su corazón. Murió su padre, y pasó desde su lecho fúnebre al claustro, como se pasa de un sacrificio á otro sacrificio, ó más bien, de un amor á otro amor mucho mayor. No padeció desengaños, ni decepciones, ni desprecios. Había amado á su padre, y había estado encerrada con él para cuidarle; y después de la muerte de éste se encerró de nuevo para servir mejor á su Dios. A esto se reduce todo el secreto de su vocación.

(1) *Vida de las primeras Madres*, tomo II, pág. 167.

La de María Pernet fué casi del mismo carácter. Era ésta una joven de dieciséis años, que no sabía nada del mundo, sino que vale infinitamente menos que Dios. Desde muy niña se había hecho notar tanto por su inocencia, que se la llamaba el Angelito de Annecy. Ya jovencita, se aumentó su modestia, «y nunca—dice un historiador—se la pudo persuadir á que llevase descubierta la garganta, como se usaba entonces, y supo inventar una cierta moda de un pañuelo al cuello, que la tapaba tan exactamente como si fuera religiosa.» San Francisco de Sales, que la confesó una vez, considerando la pureza virginal de este corazón, no pudo menos de decir en alta voz con admiración: «Esta niña es una verdadera hija de la Virgen.» A los diecisiete años recibió el velo de manos de la Madre de Chantal, y durante su noviciado no tuvo más que una tentación: el recuerdo de su madre; se acusaba de amarla demasiado y sentirse muy feliz cuando la veía en el locutorio.

Cuando se leen hechos semejantes (que abundan, por cierto, en los principios de la Visitación) es preciso reirse, pensando en las ideas que tiene el mundo acerca de la vida religiosa, en los colores sombríos con que pinta un monasterio, y en los estorbos ridículos ó absurdos que pone á menudo delante de las almas á quienes Dios llama á santificarse en el claustro.

No se crea, sin embargo, que la vocación de todas las religiosas fuese semejante á la de las que acabo de pintar; pero no sé si la vocación de aquellas á quienes, como á San Pablo, tuvo Dios que derribar en tierra y arrancarlas de entre los placeres del mundo que las fascinaban, es todavía más tierna. Ana Catalina de Beaumont, que fué tan ilustre fundadora, tan grande é insigne Superiora, estuvo hasta los treinta años de su edad bajo el encanto del mundo. En vano el Ilmo. Camus, Obispo de Belley, predicando en Chambery, había querido enseñarle el método de orar, porque se ha-

bía burlado de ello; en vano San Francisco de Sales, predicando dos años después del mismo asunto, había emprendido el sitio de este corazón, seducido por el mundo. Ana Catalina se confesó con el Santo, lloró á todo llorar, hizo los más firmes propósitos, mas apenas partió el bienaventurado, cayó de nuevo bajo el yugo y el encanto del mundo, pero no se atrevió á casarse por miedo de ser infiel á Dios, ni á entrar en el claustro por no renunciar al mundo. Fué menester que una grave enfermedad, y el sepulcro abierto, por decirlo así, á sus pies, le abriese los ojos. Vino al convento á la edad de treinta años, después de quince de lucha contra Dios; pero desde el primero de su entrada en la religión, San Francisco de Sales, encantado de la firmeza de su conducta, la llamó la hija del buen ejemplo. Fué una de las más excelentes entre las primeras Madres de la Visitación.

María Amada de Rabutín no disputó menos con la gracia. Perteneciendo á la ilustre familia de Rabutín, cuyo espíritu poseía junto con toda su vanidad, no soñaba más que con placeres é independencia, cuando de repente se vió expuesta al peligro inminente de perder la vida. Entró dentro de sí, pero esto no fué más que un relámpago. Pasada la enfermedad, volvió con la salud el gusto por los placeres, y habiendo pedido su mano un joven caballero, se la concedió gustosa. Pero aquí la esperaba Dios. Ocupada enteramente en los preparativos de su boda, entró un día en la iglesia de Cluny, y apenas se había arrodillado á los pies de una imagen de la Virgen, cuando sintió apoderarse de su alma un inmenso disgusto del mundo y un vivo deseo de darse á Dios. Tal vez hubiera sucedido con esta resolución lo que con otras muchas, que no hicieron más que atravesar por su alma, desvaneciéndose en seguida, si la Madre de Chantal no hubiera pasado entonces por Borgoña. La señorita de Rabutín la confió su pro-

yecto. «Pues hacedlo pronto, hija mía,—respondió la Santa—ya sabéis que Dios es enemigo de dilaciones.» Entró algunos días después en el monasterio de Annecy, y fué menester que la Madre de Chantal desplegara toda su energía para moderar su penitencia y afán de sacrificios. Cooperó á las más importantes fundaciones, durante las cuales brilló su dulzura, que era admirable.

Pero de todas las que la gracia sacó á pesar suyo de en medio del mundo, ninguna fué más célebre, por su resistencia primero y por su generosidad después que la gracia triunfó en ella, que la señorita María Margarita Michel, perteneciente á una rica familia del Franco-Condado. Su mayor peligro, como el de otras tantas jóvenes, era la belleza de su rostro. Una noche le pareció ver en sueños á un Niño vestido de blanco que acercándose á ella le arañó toda la cara diciendo: «Así pareceréis mucho más hermosa á los ojos de vuestro Esposo.» María Margarita se despertó gritando que tenía toda la cara desollada, y como no tenía señal ninguna en ella, le dijo su madre que estaba soñando, y le mandó se tranquilizase y volviese á dormir. Dos días después la viruela atacó á Margarita, y su rostro quedó del todo desfigurado. Pero le quedaban aún tantos medios para agradar al mundo, tanto talento, viveza y gracia, tantas habilidades de todas clases, que continuó del mismo modo su vida disipada y mundana. Un día que volvía de un gran baile, y descansaba un instante, vió aparecer de repente al mismo Niño que la había arañado; parecía muy irritado, y le dijo: «Te extravías demasiado, pero yo sabré detener los insensatos arranques de tu juventud.» Y cogiéndola los pies, se los estrujó con tanta fuerza, que dió un grito. Algún tiempo después dió una caída y se hizo una herida en un pie, quedándose coja para toda su vida, á pesar de haber apurado para curarla todos los recursos del arte. Al cuarto día después de este accidente, estando lloran-

do y sumamente desconsolada, vió aparecer al mismo Niño radiante de luz. Margarita tuvo miedo, y escondió su cabeza bajo las sábanas. «Ya te había advertido—le dijo sonriéndose—que detendría las locuras de tu juventud. Y pues que tu cuerpo se afeó, da siquiera ahora tu corazón á Dios.» Margarita trató, en efecto, de hacerlo así. En su lecho de dolor, en el cual estuvo postrada seis semanas, aprendió á orar, y su alma comenzó á tomar el gusto de las cosas divinas. No obstante, la naturaleza no estaba vencida. Uno de los primeros días de su convalecencia, se miró Margarita por casualidad en un grande espejo; su rostro afeado, y su cintura y cuerpo deformes, la arrancaron dolorosas lágrimas. En el mismo instante se apareció el Niño divino con un velo, sobre el cual estaba pintada la imagen de Jesús moribundo. «¡Ay! ¿Qué es esto?—exclamó Margarita.—El amante de vuestra alma—dijo el Niño:—mirad lo que le cuesta el amaros.» El corazón de Margarita se conmovió con este pensamiento, y desde entonces estuvo contenta con sus deformidades, que no hubiera cambiado por todas las ventajas del mundo.

Decidida á ser religiosa, vino á buscar á San Francisco de Sales, un poco apurada, porque descontenta su familia con esta resolución no quería darle dote. «Pues bien, hija mía—le dijo San Francisco de Sales,—si no tenéis nada, tampoco nosotros queremos nada. Ofreced á Dios esas dos *nadas*, é id á decir á la Madre de Chantal que os reciba por nada.» La Santa Fundadora la acogió alegremente, y el bienaventurado Obispo quiso darle el hábito. Su noviciado fué célebre por sus sacrificios, su vida por sus admirables y numerosas fundaciones. «¡Oh!—decía San Francisco—¡qué bien anda esta coja!» En efecto, aquella coja gobernó las casas de Belley, de Dijón, de Bercelli y Arona; fundó las de Besançon de Dola, de Gray, de Salins y de Soleure; preparó las de Fribourg, Plasencia y Milán, y la

de Munich en Baviera; en fin, si aquella coja hubiese vivido un año más, hubiera llevado la Visitación naciente hasta al mismo Canadá.

Pasemos ahora á hablar de otra persona, no ya noble, ni aun de la clase media, sino de una pobre aldeana, de una niña abandonada y recogida por caridad, que no sabía leer ni escribir, y cuya sencillez era tan grande, que las Hermanas la denominaban riéndose Hermana Simpliciana.

Tendría unos diecinueve á veinte años cuando su anciano tío la llevó al monasterio. Al otro día, encontrándola la Santa en los claustros con la escoba en la mano, le preguntó por qué deseaba ser religiosa. «Porque mi tío me ha dicho—respondió la buena criatura—que no soy bastante avisada para vivir en el mundo en el santo temor de Dios, y tanto más, cuanto que yo creo todo lo que me dicen, y hago cuanto me mandan.» La Madre de Chantal volvió á preguntarle por qué era tan sencilla. «Porque—contestó—yo no puedo creer que un cristiano quiera hacer ó decir nada que sea malo. Los hugonotes son los que hablan y obran mal. Así, jamás creo yo, ni he creído nunca lo que me han dicho.» ¡Cuánta inocencia y cuántas luces hay en esta sencillez!

Como había oído decir que la vida religiosa era vida celestial, y que las Hermanas de Annecy vivían como ángeles, entendió á la letra estas palabras, y creyendo que en la religión no tenía necesidad de ninguna cosa corporal, dió á los pobres toda su ropa blanca y todos sus vestidos. Así se admiró mucho cuando oyó á la Madre de Chantal preguntarla dónde tenía su pequeño equipo. Esto descompuso todas sus ideas. Pero se admiró mucho más cuando vió que las Hermanas comían en el refectorio, y se retiraban á sus celdas para dormir. Después de pensar largo tiempo cuál sería la razón de esta infracción de las reglas de la vida angélica,

ca, creyó por fin haberla encontrado. «¡Ah!—se dijo á sí misma—estas buenas religiosas no comen por necesidad que de ello tengan; no, porque son ángeles que viven con sólo el espíritu. Pero comen y duermen para inspirarte confianza á ti, pobre y miserable, que viniendo como vienes del mundo, cargada de imperfecciones y defectos, no puedes vivir sin comer ni beber. ¡Dios mío!—añadía—¡qué grande es la caridad de estas religiosas!»

Todo lo que veía en el monasterio la hacía prorrumpir en gritos de admiración; el recogimiento de las Hermanas, el silencio de los claustros, el canto del Oficio, las procesiones á las capillas, las inclinaciones á la Superiora. «¡Ah, Dios mío!—decía—¡qué bueno es todo esto! ¡Adónde me he criado yo, Señor! ¡Qué miserable soy habiendo estado tanto tiempo sin conocer tan buenas cosas!» Cuando las Hermanas hablaban de Dios, se deshacía en lágrimas. «Mi buen tío—decía—sabía muchas cosas, pero no sabía esto.» Así casi no se atrevía á llegarse á las Hermanas. «Tú no eres más que una pobre campesina muy rústica, y no debes acercarte á estos ángeles.» Cuando estaba en la cocina, se arrojaba y besaba los utensilios de que se servían las Hermanas; «porque—decía—yo no soy digna de tocar lo que sirve para las Esposas de Jesucristo.»

Sencillez, humildad é inocencia, he aquí los perfumes que exhalaba esta alma escogida. Con esto se tienen éxtasis, se hacen milagros, y así lo veremos en esta humilde joven, que no sabía leer ni escribir, pero que supo y anunció anticipadamente á San Francisco de Sales el día de su muerte; y cuando la Santa Madre, abrumada con esta desgracia, necesitaba de un alma que pueda comprenderla y consolarla, no buscará otra sino á la Hermana Claudia Simpliciana (1).

(1) *Las vidas de las primeras Madres. La Hermana Claudia Simpliciana Fardel, t. II, pág. 1.*

Estas son algunas de las religiosas que componían ó iban á componer el monasterio de Annecy en 1616. Como se ve, casi todas eran de Saboya ó de Borgoña. Estas dos pequeñas provincias, que habían dado á la Iglesia, una á San Francisco de Sales y la otra á Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, parecían luchar respecto á cuál les enviaría más activas y más generosas cooperadoras.

Entretanto, el Santo Obispo recibía todos los días cartas muy urgentes, rogándole fundase una casa de la Visitación en Moulins; y no pudiendo resistir más, en atención al carácter y dignidad de las personas que lo pedían, y viendo que la Madre de Chantal estaba muy enferma y que no le era posible hacer esta fundación, se la encargó á la Madre de Brechard, á quien Dios había concedido las dotes de celo y firmeza tan necesarias para esta clase de empresas, y le dió por compañeras á tres Hermanas profesas, Francisca Gabriela Bally, María Avoyé Humbert y Juana María de la Croix, que salieron para Moulins á primeros del mes de Agosto de 1616. Libre por esta parte, y habiendo descargado del noviciado á la Madre de Chantal, confiándole á la Madre de Chatel, emprendió con ardor, en una serie de conferencias regulares, que se tenían en el locutorio siempre que la Madre de Chantal, algún tanto aliviada de sus males, podía bajar á él, la grande obra de la redacción de las reglas del Instituto. Menester es que nos detengamos ahora para dar una idea de la Orden cuya historia escribimos, de su fin, de sus medios de acción y de sus conexiones con las Ordenes que existían ya ó que vinieron después.

Dos caminos podían seguir los Santos Fundadores: crear una regla del todo nueva, como lo había hecho San Francisco de Asís, y recientemente San Ignacio; ó bien, á ejemplo de Santo Domingo, aceptar una regla antigua, y adaptarla á su fin con especiales y particu-

lares constituciones. Ya fuese por humildad, ya por poner su obra bajo el patrocinio de uno de los grandes legisladores de la vida religiosa, prevaleció esto último, y se decidió que la Congregación naciente sería erigida en religión bajo la regla de San Agustín; «porque—decía el Santo Obispo de Ginebra—nada hay tan dulce como San Agustín; sus escritos son la suavidad misma (1); su regla está tan animada del espíritu de caridad, que en todo y en todas partes no respira más que dulzura, suavidad y benignidad, siendo por esta causa muy propia para toda clase de personas, edades y complejiones (2).» Además, y esto es digno de notarse, la dicha regla no descende á cosas pequeñas; habla en general, comprende y abraza los grandes consejos, los deberes fundamentales de la vida religiosa, pero no indica ninguna forma particular de gobierno. Parece que San Agustín quiso trazar el extenso perímetro de una gran ciudad religiosa más bien que el de un claustro. En esta vasta ciudad, y al amparo de sus antiguas murallas, construyeron San Norberto, San Juan de Mata, Santo Domingo, San Cayetano y San Juan de Dios, en épocas distintas, los edificios particulares de sus institutos. San Francisco de Sales, imitando á estos grandes Santos, creyó que también encontraría en ella un poquito de lugar para la colmenita de sus abejas.

Decidido este primer punto, pasó el Santo Obispo á declarar francamente el fin de su Congregación, tal cual los acontecimientos, más que los hombres, la habían formado, ó más bien tal como Dios la había hecho, valiéndose de los acontecimientos y de los hombres.

«Muchas mujeres y doncellas, divinamente inspiradas, aspiran á menudo á la vida religiosa, y ya por por la debilidad de su natural complejión, ó por lo

(1) San Francisco de Sales. *Conferencia IV, de la cordialidad.*

(2) *Prefacio de San Francisco de Sales, al principio de las Constituciones.*

avanzado de su edad, ó por no sentirse inclinadas á practicar las asperezas y penitencias corporales, no pueden entrar en las religiones en que se las obliga á esto, por lo cual se ven comprometidas á quedarse en medio del tráfigo del mundo, expuestas á continuas ocasiones de pecado, ó por lo menos á perder el fervor de la devoción, en lo que son ciertamente dignas de lástima; porque, decidme, os ruego, ¿á quién no lastimará ver á un alma generosa que deseando ardientemente retirarse del bullicio para vivir consagrada á Dios, no puede hacerlo, sin embargo, por falta de un cuerpo robusto, una complexión sana, ó una edad vigorosa? Para que estas almas tengan en adelante un retiro á propósito, fué, pues, erigida esta Congregación, pero de tal suerte, que ninguna grande aspereza pueda impedir el entrar en ella á las débiles y enfermas para vacar á la perfección del divino amor (1).»

Se ve por esto cuál es el fin preciso de la Visitación: es el contrapeso del Carmelo. Se habían abierto claustros, de donde se exhalaba el buen olor de la penitencia, pero en donde no podían entrar sino las personas á quienes Dios había dado salud robusta, y estaban en el vigor de la edad. El Santo Obispo quiso abrir otros para las que se encontraran en diferente caso; y á imitación del Salvador, llamó á las débiles y enfermas al banquete del Esposo. Así en los primeros renglones manda expresamente recibir, «no solamente á las vírgenes, sino también á las viudas, con tal que estén legítimamente libres del cuidado de sus hijos; las de edad, con tal que tengan un buen espíritu; las que tengan alguna deformidad corporal, si no la tienen en el corazón; las enfermas también, excepto, no obstante, las que estén atacadas de algún mal contagioso.»

(1) *Constituciones de la Visitación. Del fin para que fué erigida esta Congregación.*

Idea tierna y valiente, que San Francisco de Sales no sólo inscribió á la cabeza de su regla, sino que desarrolló sin cesar en sus conversaciones y en sus cartas, lo mismo que en sus advertencias públicas y particulares. La mantuvo enérgicamente contra las críticas del mundo, las repugnancias de la naturaleza y la prudencia humana, concluyendo por triunfar de todo. «Qué queréis—decía graciosamente y sin entrar en explicaciones á las gentes del mundo, á quienes parecía su idea muy atrevida,—soy partidario de las enfermas (1).» Y á sus hijas, que temían no poder cumplir este punto exactamente, las decía: «No tengáis miedo, hijas mías; si se persevera observando la regla de recibir á las enfermas, Dios hará que vengan, contra los cálculos de la prudencia humana, muchas robustas y hermosas aun según el parecer del mundo (2).» Y esto se ha visto, en efecto, y se ve todos los días de un modo admirable.

Determinado así su objeto, y debiendo la Visitación abrir sus claustros á las débiles y enfermas, eran precisas muchas modificaciones en las costumbres monásticas. ¿Cómo habían de poder subsistir las reglas de levantarse de noche, abstenerse perpetuamente de la carne, tener largos ayunos, frecuentes maceraciones, acostarse en el suelo y cantar el Oficio divino? Ciertamente no; pero, por otra parte, ¿cómo suprimir estas austeridades del claustro sin debilitar la vida religiosa? Aquí estaba el peligro, y aquí se reveló con todo su esplendor la sabiduría, la fortaleza y la prudencia de los Santos Fundadores.

El levantarse por la noche y acostarse en el suelo, se suprimió lo primero. A la tarima, sobre la cual duerme enteramente vestida la hija de Santo Domingo, ó de San Francisco, se sustituyó una cama sencilla y pobre,

(1) *Proceso de canonización. Declaración de la Madre de Chaugy.*

(2) *Vida de San Francisco de Sales*, por el P. de la Rivière, página 329.—*Cartas de San Francisco de Sales á la Madre de Chantal*, año 1619.

y la hora de levantarse se fijó á las cinco en verano y á las cinco y media en invierno. En lugar de cantar los Maitines á media noche, las Hermanas de la Visitación los cantan á las ocho y media de la noche y se acuestan á las diez. Se quitó la completa abstinencia de la carne, imposible para las personas débiles. De los largos ayunos acostumbrados en los claustros desde el mes de Septiembre hasta Pascua, no se conservó más que el ayuno del viernes de cada semana, los de Cuaresma y algunas vigiliass. Ninguna maceración de la carne, ninguna mortificación corporal se admitió, excepto algunos golpes de disciplina el viernes, y por miedo de que el fervor no supiese contenerse en estos límites, San Francisco de Sales prohibió expresamente á las Superiores el permitir que se introdujese, ni directa ni indirectamente, austeridad corporal alguna fuera de las mandadas por la regla, amenazándola (bien que riéndose) que si después de su muerte faltaban en esto, vendría y haría tanto ruido en sus dormitorios, que las haría comprender que contravenían á sus intenciones (1). En cuanto al Oficio creyó oportuno y Roma consintió en ello después de largas indecisiones, que solamente salmodiasen el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Temía que la dificultad de estudiar el Oficio mayor espantase á muchas personas enfermas ó de avanzada edad, y por otra parte, tenía la persuasión de que no estando obligadas más que á un solo Oficio siempre igual, le rezarían mejor y no tendrían necesidad de emplear toda su atención en leer y pronunciar bien, como sucede y deben hacer las que todos los días tienen salmos y lecciones nuevas que cantar; de donde procede el que cometan tantas faltas y digan tales desatinos, que causa lástima y compasión el oír á muchas religio-

(1) Veáanse las *Constituciones de la Visitación*, las *Cartas de San Francisco de Sales al Cardenal Belarmino*, etc., etc.

sas, pues casi en cada palabra dicen un disparate, y tanto más « cuanto que las francesas son las que peor pronuncian el latín. » Respecto al canto, sin suprimirlo del todo, no le conserva sino para las fiestas grandes, en las vísperas de los domingos, y diariamente en el *Magnificat*, excepto en Cuaresma, sustituyéndole en todo lo demás con una salmodia igual, menos trabajosa y más conforme por esta razón con el fin de su instituto (1).

De todos estos diferentes alivios de la vida monástica resultaba un régimen de vida bastante dulce, pues casi no se tenían más ayunos ni más abstinencias que en la vida ordinaria; no había que levantarse más temprano, ni se dormía ni se comía peor, y con esto se brindaba, digámoslo así, con la vida religiosa á una porción de personas, que de otro modo no podían ni aun pensar en ella.

Pero al mismo tiempo que San Francisco de Sales aflojaba así algunas de las cadenas de la vida religiosa, apretaba otras, á fin de que, si la naturaleza se sentía aliviada corporalmente, el espíritu y la voluntad sufriesen un yugo más fuerte, sujetando el uno y quebrando la otra.

El primer freno que redobló fué el de la pobreza. Sin duda es más espantosa en ciertos claustros; pero en ninguna parte es más estrecha que en la Visitación, en donde todo es común, en donde ninguna Hermana puede tener como propia cosa ninguna, por pequeña que sea, « y sin que pueda alegarse pretexto alguno, » y no solamente las celdas y las camas, sino también las medallas, cruces, rosarios y aun las estampas se cambian todos los años, y á fin de que las Hermanas vivan « en una abnegación completa de las cosas de que se sirven y no puedan apegarse á ellas (2). »

(1) *Respuestas de la Madre de Chantal*, pág. 106.

(2) *Constitución V, De la pobreza*.

San Francisco de Sales apretó también el lazo de la obediencia. Poca cosa es no hacer nada sin permiso general ó particular como en los demás Ordenes; es poco obedecer «cuidadosa, fiel, pronta, sencilla, franca y cordialmente» á la Superiora; el Santo Obispo dispone que todos los días, después de la recreación que sigue á la comida, se presenten todas las Hermanas á la Superiora, para que ésta les diga lo que deben hacer hasta la noche, y que por la noche vengan otra vez, como niñas, á saber qué les manda hagan hasta la mañana; ejercicio de humildad y de obediencia que no deja á una religiosa ni aun la libre disposición de un solo minuto de tiempo (1).

Para acabar de domar á la naturaleza, se aplicó también San Francisco de Sales á dar á la vida común todo el rigor que lleva consigo cuando se practica con toda exactitud, y que ni aun se sospecha cuando se vive en su casa, libre y sin reglas; pero San Bernardo merece ser creído: «Mi mayor penitencia — decía este gran Santo, flaco y debilitado con tantas vigiliass y maceraciones — es la vida común.» El bienaventurado Obispo de Ginebra lo sabía muy bien. Obligado á renunciar para sus hijas á las penitencias corporales, se valió de la vida común como de una disciplina no sangrienta, es verdad, pero muy dolorosa, y trató de añadirle las espinas que aún no tenía. Hasta entonces, como es sabido, los legisladores de la vida monástica habían impuesto á los religiosos la obligación de cumplir juntos cierto número de ejercicios durante el día; pero estos ejercicios eran pocos, y entre unos y otros había largos intervalos. Se dejaba á los religiosos muchas horas libres, que cada uno empleaba en rezar, orar, meditar, escribir y trabajar en su celda. De este modo pasaban de la vida co-

(1) Constitución III, *De la obediencia*; y Constitución IX, *De las dos obediencias diarias*.

mún á la solitaria, por una sucesión que á una y otra las hacía más gratas. San Francisco de Sales suprimió todas estas horas libres, que son tan agradables en la vida religiosa. Dividió el día, desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, en una porción de ejercicios muy cortos, que, sucediéndose sin cesar, y encadenándose unos con otros, no permiten á la religiosa estar quieta un instante, y quebrando constantemente su voluntad, la imponen de media en media hora nuevos sacrificios.

Al mismo tiempo que crucificaba al alma con estos sucesivos despojos, multiplicaba también San Francisco de Sales los medios de unirla íntimamente con Dios. La oración, la santa Misa, el Oficio, las lecturas espirituales, los exámenes de conciencia, se suceden, se encadenan y tienen á la religiosa en perpetua contemplación. Fuera del coro, el silencio, el recogimiento, la modestia de los ojos, el poco locutorio, el velo echado delante de los seglares y aun de los eclesiásticos, la prohibición de juegos frívolos y lecturas profanas, preparan el alma para la oración y la facilitan los medios para hacerlo bien. Dos recreaciones, de una hora cada una, alivian el espíritu sin disiparlo; porque reunidas todas las Hermanas, cada una con su labor, no deben hablar sino de cosas agradables y santamente alegres, con paz, dulzura, cordialidad y santa sencillez. Reciben la Sagrada Eucaristía los domingos y jueves, y otros varios días de fiesta ó santos particulares que les designa su directorio. Además, tres Hermanas comulgan por turno todos los días en nombre de las demás, para corresponder al deseo de la Iglesia, que quisiera se comulgase en todas las Misas.

Todas las Hermanas visten de negro, con los hábitos hechos en forma de saco, pero bastante anchos, las mangas largas hasta la extremidad de los dedos y medianamente anchas, de suerte que puedan tener las ma-

nos ocultas y los brazos unidos uno con otro, lleva cada una una cruz de plata que contiene reliquias, colgada al cuello de modo que caiga sobre el corazón, en memoria de la dolorosa pasión de Nuestro Señor, y como señal de que deben crucificar sus pasiones é inclinaciones naturales (1).

Respecto al gobierno, las reglas llevan el mismo sello de dulzura, moderación y sabiduría.

Las Hermanas se dividen en tres clases: las *Hermanas de coro*, destinadas á cantar el Oficio; las *Asociadas*, dispensadas del coro á causa de la debilidad de su salud, pero que en todo son iguales á las primeras; y en fin, las *Hermanas conversas ó domésticas*, que llevan el velo blanco, no tienen voz en el capítulo, y se dedican á los trabajos fuertes y ordinarios, pero hacen los tres votos y son tan religiosas como las otras. La clausura es tal como la manda el Santo Concilio de Trento. Hermanas torneras, que no hacen públicamente más que el voto de obediencia, están encargadas del servicio exterior de la casa.

Cada monasterio está gobernado por una Superiora, elegida por las Hermanas en escrutinio secreto, y por mayoría absoluta de votos. Para asegurar la libertad de estos votos, está expresamente prohibido á las Hermanas, no sólo enseñarse sus cédulas de votación, sino también el comunicarse sus simpatías ó repugnancias, y el hablar una sola palabra respecto á la elección; la oración, la Comunión y la invocación del Espíritu Santo, son los únicos medios que se emplean para conocer la voluntad de Dios.

La Superiora es elegida por tres años, al cabo de los cuales puede ser reelegida por otros tres; pero pasados los seis años es absolutamente preciso deponerla de su

(1) *Constituciones de la Visitación. — Vida de San Francisco de Sales*, por el P. de la Rivière, pág. 333.

cargo, cualesquiera que sean las razones que puedan alegarse en contrario. Es menester que vuelva al ejercicio de la obediencia, y la regla la señala su sitio en el último lugar.

Durante el tiempo de su gobierno, las Hermanas le deben tener el más profundo respeto, y obedecerla en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios y á la regla. Todos los meses han de descubrirla su corazón, sus imperfecciones y penas interiores, «con el mismo candor con que un niño enseña á su madre sus arañazos, sus heridas y las picaduras de las avispas.» Por su parte la Superiora mandará con palabras y continente grave, pero dulce; con un aspecto humilde y agradable, y con un corazón amoroso; abrirá su pecho maternal á todas sus Hijas con igualdad, tratando siempre de ser más amada que temida (1).

Un consejo compuesto de cuatro Hermanas, elegidas por la Superiora entre las más ancianas y capaces, ayudará á ésta en el gobierno de la casa. Una de ellas, llamada *Asistente*, la reemplaza en su ausencia. Además, luego que haya sido elegida, «debe la Superiora escoger á su gusto una Hermana que cuidará de advertirla y amonestarla de las faltas que cometa, y á ésta acudirán las demás Hermanas para que se las advierta y corrija, á fin de que la Superiora, que debe ayudar y corregir á las demás, no sea la sola privada del beneficio de la advertencia y corrección. «Esta Hermana cumplirá su encargo con toda libertad y franqueza, pero sin faltar en nada al honor, respeto y obediencia que debe á la Superiora» (2).

Todas las casas de la Orden son independientes unas de otras, sin más relaciones que las de unión de corazón, de caridad y oraciones. Cartas circulares envía-

(1) *Constituciones XXIX y XXX.*

(2) *Constitución XXXV.*

das de cuando en cuando á la Orden entera, la tienen al corriente de cuanto pasa en cada monasterio. No hay Superior general, ni Visitadores generales, ni capítulo en que se junten las Madres Superiores de la Orden. Cada monasterio está colocado bajo la vigilancia directa é inmediata del Obispo diocesano.

Esta importante regla, mil veces discutida durante la vida del Santo Fundador, puesta en tela de juicio después de su muerte, pero mantenida enérgicamente por la Santa Madre de Chantal, controvertida de nuevo después del fallecimiento de ésta, prevaleció por fin y hasta ahora no ha tenido que arrepentirse la Orden de haber cumplido la voluntad de sus Santos Fundadores.

Dos sacerdotes están puestos por el Obispo al frente del monasterio: uno con título de Superior, otro que ejerce el cargo de confesor: el primero cuida especialmente de los negocios, el segundo de las conciencias; uno atendiendo á que se observen las reglas, el otro inspirando el espíritu que debe acompañarlas. Este reprime los abusos, aquél trata de prevenirlos. El primero, colocado más alto, pues suele ser algún eclesiástico que desempeña un elevado cargo, y siempre de mérito y virtud, no es consultado sino «en los asuntos de consideración». El segundo, colocado más cerca, y no teniendo generalmente ningún otro empleo, es el director y consultor ordinario del convento. Los dos deben ser hombres doctos, prudentes, de vida irreprochable, discretos, honestos, constantes y devotos. La regla recomienda al confesor que trate á las Hermanas con reverencia, como á Esposas sagradas del Hijo de Dios; por su parte, las Hermanas deben honrarle «como á un ángel, diputado para la conservación de las almas que viven dentro del monasterio (1).»

(1) Constituciones XIX y XXVIII.

Tales son las principales reglas de la Orden de la Visitación: lo que en ellas domina es la dulzura; lo que las distingue es la moderación, el buen sentido práctico. Compuestas para personas de poca salud y de alma generosa, nada mandan que pueda debilitar el cuerpo; nada olvidan para crucificar el espíritu. Sin recurrir á los ayunos, vigiliass ó maceraciones corporales, doman la naturaleza tanto como las reglas más austeras, y manteniendo en las almas el recogimiento, modestia y silencio, y activando sin cesar el fuego del santo amor, las elevan á los más altos grados de unión con Dios.

Hay, no obstante, otra cosa más admirable aún que estas reglas tan sabias, tan moderadas: es el espíritu que las anima. Cada Orden tiene su espíritu: de otro modo, la más hermosa legislación no tendría vida, sería una estatua ó un cadáver. El espíritu es el que vivifica las leyes; el que sostiene las costumbres; el que hace que las obras sean fecundas é inmortales las instituciones. En las Ordenes religiosas este espíritu es tan poderoso, que hace indestructibles durante muchos siglos á estas sociedades tan débiles en la apariencia, y á quienes ninguna fuerza material protege contra las revoluciones de dentro ni contra los enemigos de fuera; penetra tan profundamente en los individuos, que imprime carácter, por decirlo así, hasta en su fisonomía.

Este espíritu no es el mismo en todas las Ordenes; porque aunque todas se dirigen á un mismo fin, que es la perfección de las almas en Dios, no todas llegan á él por el mismo camino. En unas se llega por la oración, en otras por el celo, en éstas por la penitencia y amor á los pobres. Establecida la Visitación para personas débiles ó enfermas, ¿de qué espíritu debía estar animada, sino del espíritu de dulzura, de mutua tolerancia y de santa cordialidad? San Francisco de Sales habla é insiste en esto sin cesar. Quiere que sus hijas sean siempre afables y agradables; que tengan miel en los

labios y caridad en el corazón; que sepan amarse, conllevarse, socorrerse mutuamente, abundar y sobreabundar en dulzura. Inculca tanto la dulzura, que la ha hecho penetrar, por decirlo así, en el corazón de la Orden; y después de más de doscientos cincuenta años que cuenta de existencia, la dulzura es uno de los rasgos más característicos y amables que la distinguen. Para que este espíritu tuviese todo su perfume, quería que fuese acompañado de la humildad y de la sencillez: de la humildad, sin la cual no hay dulzura; de la sencillez, sin la cual no hay cordialidad, humildad y sencillez en los designios, en las intenciones, en las palabras y acciones; humildad y sencillez de niños—decía—que no tienen más que un corazón, un alma, una esperanza en el tiempo y en la eternidad (1).

Reuniendo y fundiendo, por decirlo así, este triple espíritu de sencillez, dulzura y humildad, se obtiene un cierto modo de hacer las cosas bien y agradablemente; de suerte que, sin aparentes esfuerzos, y casi como jugando, se llega á la más alta cima de la santidad. Veamos cómo lo explica y lo describe San Francisco de Sales en una admirable página, que la Santa Madre de Chantal llama *Compendio de toda la perfección de la Orden*.

La buena Hermana doméstica, á quien en el monasterio apellidaban con el sobrenombre de Hermana Simpliciana á causa de su extremada sencillez, unida, por lo demás, á una gran virtud y al don de milagros, dijo un día al Santo Obispo, en medio de una recreación que presidía con su acostumbrada bondad: «Ilmo. Señor, yo quiero ocupar vuestro lugar en el convento, y hacer lo que vos haríais si estuviérais en él.» Esta sinceridad y franqueza hizo sonreír al bienaventurado, y le dió margen para contestarla extensamente. «¿Qué decís,

(1) Conferencia XII, de la sencillez.

mi querida hija Simpliciana? ¿Que queréis tener mi lugar aquí, y hacer lo que yo haría si estuviese dentro del convento? Y ¿qué haría yo? Nada tan bien como vos lo hacéis, hija mía, sin duda ninguna, porque no valgo nada; pero me parece que, con la gracia de Dios, procuraría estar con mucha atención, para no faltar á ninguna de las pequeñitas observancias que tenemos aquí, y por este medio trataría de ganar el corazón de Dios. Guardaría el silencio lo mejor que pudiese, y hablaría también algunas veces, aun en tiempo de silencio; quiero decir, siempre que la caridad lo mandase, pero no de otro modo. Hablaría con un tono moderado, y no demasiado aprisa, poniendo atención para hacerlo así, porque lo mandan las Constituciones. Cerraría y abriría las puertas despacito, porque así lo quiere nuestra Madre, y todos queremos hacer las cosas del modo que desea. Llevaría los ojos bajos y andaría con mucha modestia, porque, querida hija mía, Dios y sus ángeles nos están mirando siempre, y aman á los que practican la virtud en estas pequeñas cosas. Si se me diera un empleo ó me encargasen de alguna cosa, trataría de cumplirlo con gusto lo mejor y más oportunamente que pudiese. Si no me empleasen en nada y me dejasen sin darme nada que hacer, en nada me mezclaría, pensando sólo en obedecer y amar mucho á Nuestro Señor. ¡Oh! me parece que amaría de todo mi corazón á este buen Dios, y que á esto, y á observar bien las reglas y Constituciones, me aplicaría con todas mis fuerzas. ¡Oh! mi muy querida hija Simpliciana, es menester hacerlo lo mejor que podemos. ¿No es verdad que para esto nos hemos hecho religiosos los dos? Y ciertamente estoy muy contento de que haya una hermana que quiera estar aquí ocupando un lugar por mí, y siendo religiosa por mí; pero estoy doblemente contento porque ésta sea la Hermana Claudia Simpliciana, porque quiero yo mucho á mi Hermana

Simpliciana. ¿Pero queréis que os diga alguna cosita más, querida hija mía? Me parece que estaría siempre contento, y que nunca me apresuraría. Esto, gracias á Dios, ya lo hago, porque nunca me apresuro, pero lo haría mejor aún. Me mantendría siempre en el lugar más bajo y abatido, en cuanto me fuese posible. Me humillaría practicando esta virtud, según las ocasiones; me humillaría por no haberme humillado, cuando, en efecto, no lo hubiera hecho. Procuraría, en cuanto me fuese posible, estar en la presencia de Dios, y hacer todas mis acciones por su amor. Y sabed, mi querida hija Simpliciana, yo espero que dejaría hacer de mí cuanto quisiesen, y leería muy á menudo los capítulos de nuestras Constituciones que tratan *de la humildad y de la modestia*. ¡Oh! querida hija mía, es menester leerlos con frecuencia y practicarlos bien! (1)»

Hay mil cosas dignas de atención en esta hermosa página. Ese silencio tan exacto, á menos que la caridad no lo rompa; ese hablar tranquilo, esas puertas cerradas quedito, ese andar modesto, esos ojos bajos, esa indiferencia para todos los empleos, esa atención para no apresurarse, esos esfuerzos para estar siempre alegre y satisfecho, ese cuidado en mantenerse en la pequeñez y en la humildad; he ahí el verdadero espíritu de la Visitación, su carácter distintivo y original.

Cuando se conoce al bienaventurado Obispo de Ginebra, no se admira nadie de que esta santa y amable manera de vivir haya sido instituída por él. Era la suya. Pero á primera vista es muy difícil explicarse cómo la Santa Madre de Chantal fué escogida por Dios para practicar esta vida y enseñarla á una porción de vírgenes. No había nada en su carácter ni en su temperamento que la predispusiese para ello. Al contrario,

(1) *Pequeñas costumbres del monasterio de la Visitación de Annecy*. Nueva edición en 8.º, pág. 21. Annecy, 1849.

era muy impetuosa, y naturalmente se afanaba mucho. Su naturaleza fuerte tenía necesidad de actividad; para su robusta salud y temperamento ardiente y sanguíneo, era muy oportuna la penitencia. Parecía hecha para las austeridades del Carmelo, al cual tuvo largo tiempo afición, como hemos visto, y en el cual se deleitaba su pensamiento.

Pero ¡cuán admirable es Dios en sus caminos! ¡Precisamente á causa de esta rara energía fué colocada la Madre de Chantal al frente de la Visitación. La mujer más fuerte debía fundar la Orden más dulce, á fin de hacer comprender al mundo, que se escandaliza sin razón, que esta dulzura no es más que aparente; que hay espinas bajo estas flores; que estas reglas tan moderadas también crucifican. Y ¿cómo dudarle, cuando un alma tan grande y tan ansiosa de austeridades pudo contentarse por espacio de treinta años con las mortificaciones que esta regla la ofrecía, y elevarse con sus pequeñas prácticas á tan maravillosa santidad?

Por otra parte, apenas entró la señora de Chantal en este claustro dispuesto para las enfermas, cuando su fuerte y vigorosa salud desapareció, como hemos dicho. Extrañas enfermedades, que se repitieron varias veces, gastaron su temperamento. La que debía gobernar á las enfermas, cayó enferma á su vez, para que supiese compadecerse de su debilidad. Esto es lo que Dios la hizo comprender, y en medio de los más violentos dolores, se la oyó exclamar: «Sí, Dios mío, haced sufrir, haced sufrir á esta naturaleza demasiado viva, á fin de que conozca que no debe ser tan fuerte en los rigores exteriores ni consigo misma ni con los demás (1).»

¡Cosa muy digna de notarse! Nunca estuvo la Santa más lánguida y débil, ni más gravemente enferma, que

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 150.

en los años de 1616 y 1617, los cuales empleó San Francisco de Sales, en unión con ella, en redactar definitivamente las reglas de la Visitación. Pasó estos dos años enteros en un estado de languidez y debilidad, que la obligaban á estar muy á menudo en cama; como si Dios hubiese temido que dejando á la Madre de Chantal su vigorosa salud, escuchara ésta demasiado á su celo, y no fuese bastante condescendiente con las necesidades de sus hijas, y dominada sin conocerlo por sus ansias de penitencia, fundara un segundo Carmelo en lugar de crear la Visitación.

Al mismo tiempo que con la enfermedad debilitaba Dios las grandes fuerzas de su cuerpo, encadenaba también, pero de otro modo, la actividad excesiva de su espíritu. En 1609, después de siete ú ocho años pasados en los ejercicios de la oración mental, la señora de Chantal se sintió de repente elevada á una clase de oración pasiva, de la que sólo diremos aquí una palabra, reservándonos estudiar en el capítulo siguiente sus caminos admirables. Era una unión muy íntima, de la cual se sentía penetrada en cuanto se ponía en oración, y que no permitía ni á su espíritu ni á su voluntad hacer más actos que el de un total abandono de sí misma á la voluntad divina. Al principio, no la sucedía esto más que en la oración; pero muy pronto la sucedió lo mismo en la santa Misa, en la Comunión, en la acción de gracias y en el Oficio: en todas partes el mismo deseo de mantenerse en esta sencilla unión con Dios, sin tener la libertad de hacer otros actos. Cuando comenzó este estado, le costó mucho trabajo acomodarse á él. Como tenía una imaginación muy viva y una voluntad pronta y vehemente, quería obrar siempre; y cuando se veía así pasiva, sobre todo en tiempo de sequedades, la parecía que no hacía nada, y temiendo perder el tiempo quería salir de este estado á toda costa. Felizmente nunca consintió en ello San Francisco

de Sales. Además de la obediencia que reclaman estas inspiraciones, el Santo director comprendió al instante el fin que Dios se proponía al enviarlas á la Madre de Chantal. «Vuestra oración es buena—la repetía sin cesar.—Dios es el que os quiere en esta clase de oración.» Y añadía estas palabras, que dan mucha luz: «¿Por qué queréis practicar la parte de Marta, cuando Dios quiere que ejercitéis la de María? Yo os mando, pues, que os mantengáis sencillamente en la oración que Dios os da (1).» Así, pues, según el dictamen de San Francisco de Sales, Dios enviaba á la Madre de Chantal esta clase de oración, para modificarla y transformarla espiritualmente. De una Marta quería hacer una María. A esto se dirigían tantas operaciones admirables como hemos visto, y veremos aún.

No faltaba ya más para acabar la grande obra de la preparación providencial de la santa Madre de Chantal, que perfeccionar su actividad exterior. Porque si Dios la había arrebatado su salud durante los años empleados en componer las reglas de la Visitación, iba á devolvérsela en cuanto llegase la hora de principiar las fundaciones: y la senda pasiva en que había entrado la Madre de Chantal, no debía impedirla correr el mundo, sembrarle de monasterios, multiplicar en él las buenas obras y dar á la Iglesia el espectáculo de un celo el más activo y fecundo. En Borgogna, durante el viaje que hizo la Santa con motivo de la muerte de su padre, fué donde sucedió el acontecimiento maravilloso con que quiso Dios preparar á su sierva para los grandes trabajos que muy pronto debía emprender. Habiendo entrado una mañana en la iglesia de una aldea para oír Misa, apenas se arrodilló cuando un éxtasis la quitó el uso de los sentidos, de tal modo, que ni vió salir al sacerdote

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el Sr. Maupas, p. II, capítulo VII.

al altar, ni supo que se estaba celebrando la Misa. Largo tiempo después que se acabó, viendo el joven barón de Thorens, su yerno, que nuestra Santa seguía en oración, fué á dar sus órdenes para la comida, y volvió á buscarla; mas como seguía del mismo modo, preguntó á la Madre Favre, que la acompañaba, si la Madre Chantal tardaría mucho todavía en acabar su oración. Ésta le respondió, que como no se meneaba no había querido distraerla preguntándole. El Barón, más atrevido, se acercó y la tocó en el hombro. La Santa despertó como sobresaltada, muy sorprendida, y necesitó algún tiempo para volver en sí; después de lo cual preguntó si no la querían dejar oír Misa. La respondieron que ya se había concluido. Entonces se levantó sin decir una palabra; pero estaba tan absorta que no pudo comer. En este éxtasis fué donde Dios manifestó á la Santa Madre lo que le agradan las almas puras, y la inspiró el deseo de obligarse con un voto á practicar siempre lo que fuese más perfecto. Pero como prudente, esperó para efectuarlo el permiso de su Santo director, y de vuelta ya en Annecy, hizo este voto admirable. Durante cinco años por lo menos, de 1612 á 1617, cada vez que se arrodillaba para comulgar, sentía en el corazón un ardor tan grande, que la costaba mucho trabajo tolerarlo. «Entonces—dice—estaba yo con los afectos de mi voto, de hacer siempre lo más perfecto que conociese; me parecía que en cada Comunión este afecto, como un fuego vivo, quemaba y consumía mis imperfecciones interiores (1).»

Algunos años antes, en el fondo de un claustro de España, una religiosa recibía un favor semejante. Estaba en oración, y de repente vió aparecer ante su vista, y bajo una forma corporal, á un ángel que tenía en

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 469. Declaración de la Madre Favre de Charmette. *Proceso de canonización*, tomo I, pág. 145.

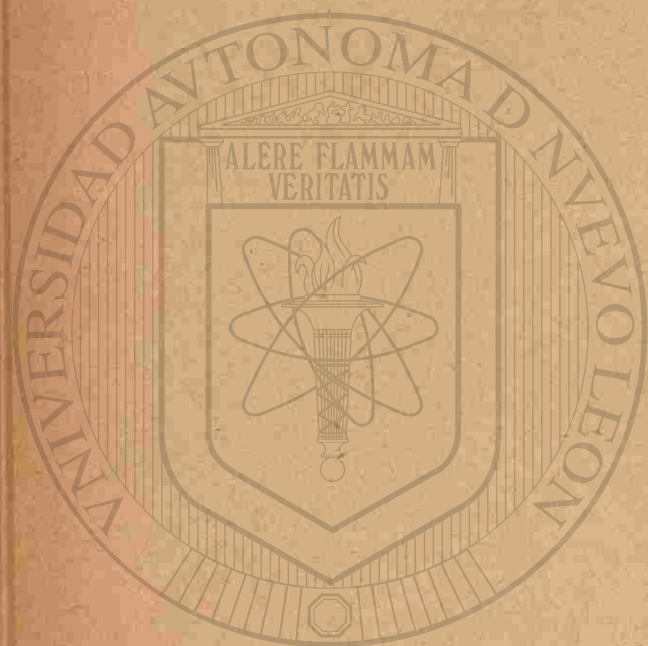
la mano una flecha de oro, cuya punta aguzaba, y en la que parecía haber fuego; con ella atravesó varias veces su corazón, con tan vivo dolor como si la pasaran un dardo encendido, y al sacarla le parecía que le arrancaban las entrañas. El resultado de este favor tan grande fué tal aumento de amor divino que, abrasada y consumida por él, prometió á Dios hacer siempre lo que le pareciese más perfecto.

Pero en Santa Teresa, la viveza de su imaginación fatigaba su ánimo, y sus directores se vieron obligados á relevarla de un voto cuya observancia turbaba su entendimiento, sin hacerla, sin embargo, perder nada de su generosidad (1).

Santa Juana Francisca, no menos ardiente, pero más práctica, hizo este voto sublime treinta años antes de su muerte, y le observó sin tener necesidad de dispensa hasta su último instante.

¡Teresa, Juana Francisca! ¡Mujeres admirables una y otra! La primera se elevó al cielo cual águila; sus ojos se fijaron en el Sol de justicia, y pareció tener en sus sublimes contemplaciones el ojo y el corazón de un serafín. La segunda, con alas de paloma, tomando al parecer menos vuelo, no subió menos alto, pues según el dictamen de San Francisco de Sales y de San Vicente de Paúl, nadie llegó jamás á tan alta perfección.

(1) Bolandistas. *Acta Sanctorum*, 15 de Octubre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO XVIII

De los estados de oración de la venerable Madre de Chantal.
San Francisco de Sales compone para la Santa y todas sus
hijas el tratado del «Amor de Dios.»

Nos es preciso detenernos aquí un instante para conocer mejor el estado de oración de la venerable Madre de Chantal. Ya habrán comprendido algo nuestros lectores en el curso de esta historia, en la cual han visto á nuestra Santa subir uno á uno por todos los grados elementales de la oración; con qué humildad por parte suya y con qué prudencia por la de su Santo director; ahora la veremos subir por los grados más sublimes, y siempre con la misma humildad, y ayudada con igual sabiduría, llegar, en fin, á la oración de quietud, que fué su oración constante durante toda su vida religiosa. Si algunos de nuestros lectores no están familiarizados con este orden de ideas, pueden sin inconveniente pasar este capítulo sin leerle, porque en el siguiente encontrarán el enlace de los hechos; á los demás les suplicamos nos presten toda su atención, pues vamos á tratar de las más delicadas operaciones de la gracia, de las relaciones más íntimas y divinas entre el Criador y la criatura. Tendremos, por lo demás, un buen guía, Bossuet, el cual alumbrará por sí mismo el camino, y disipará con la claridad de su ciencia, de su ingenio y buen sentido, lo que las

palabras de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal, tan preciosas, no obstante, puedan tener de difícil y obscuro (1).

Escuchemos primero á la Madre de Chantal, que describe por sí misma, con la mayor exactitud, el género de oración á que se sintió inclinada en 1609, y á cuya perfección llegó, por decirlo así, desde 1615 á 1617. Escribe á San Francisco de Sales la preciosa carta que vamos á citar, y que es menester leer con cuidado. Es una de las cinco ó seis que pudieron escapar del fuego, al cual las había condenado la humildad de la Santa.

«Tengo muchas cosas que deciros, mi único Padre; pero no sé dónde están: tan abrumado está mi pobre espíritu, y tan distraído con tantos cuidados. Ya no me siento con aquel abandono y dulce confianza que tenía en otro tiempo en la oración, y ni aun podría hacer ninguno de esos actos; me parece, no obstante, que estas virtudes son más sólidas y firmes que nunca. Mi espíritu, en su más fina punta, es una muy simple unidad; y no se une, porque cuando quiere hacer actos de unión, en ciertas ocasiones, siente el esfuerzo y ve claramente que no se puede unir, sino quedar unido, y el alma no querría ni moverse de aquí. No piensa ni hace cosa ninguna; no tiene sino como un deseo íntimo, que nace casi imperceptiblemente de que Dios haga de ella, y de todas las criaturas, cuanto le agrada. No quisiera hacer más que esto en el ejercicio de la mañana, en la santa Misa, en la preparación para la Comunión y en la acción de gracias por todos los beneficios; en fin, en todas las cosas querría únicamente permanecer

(1) Se sabe que Bossuet, en su hermoso libro de los *Estados de oración*, trató especialmente de la oración de la Madre de Chantal. Lo hizo, sin duda, desde un punto de vista que no es el nuestro, y con un fin de controversia de que no tenemos aquí necesidad. Sin embargo, encontraremos en él un hilo conductor y mil preciosas indicaciones.

en esta sencillísima unidad de espíritu con Dios, sin extender su vista á otras cosas, y en ella decir alguna vez vocalmente el *Padrenuestro* por todo el mundo, por los particulares y por sí misma, sin volver, no obstante, su vista, ni mirar por qué ni por quién ruega; frecuentemente, según las ocasiones y la necesidad, ó el afecto, el cual se presenta sin buscarle, derrámase el alma en esta unidad. Bien veo que esto basta para todo; sin embargo, mi amado y único Padre, muy á menudo me asaltan temores, y me esfuerzo (lo cual me cuesta mucho) en hacer actos de unión, de adoración, ejercicio de la mañana, de la santa Misa y acción de gracias. Si hago mal en esto, os ruego me lo digáis; y si esta sencilla unidad basta y puede satisfacer á Dios por todos los actos que acabo de decir, y á los que estamos obligados, y si será suficiente también, en el tiempo de sequedad, cuando el alma no tiene ni la vista ni el sentimiento de aquélla, sino casi en la extremidad de su finísima punta. No deseo que me deis una larga respuesta, porque con una docena de palabras podéis decírmelo todo, y repitiendo mi pregunta, si la aprobáis, y asegurándome que esta sencilla unidad basta por todas las cosas, seré, Dios mediante, fiel en no hacer más actos (1).»

Aquí se ve claramente la clase de oración de la Madre de Chantal. Poniéndose el alma en la presencia de Dios, se siente de repente embargada y como fuera de sí misma, por el pensamiento de esta Majestad infinita, quedando allí presa, atada y pegada, por decirlo así. En este estado se une el alma tan estrechamente con Dios, que no tiene conciencia exacta de sus propias operaciones; se olvida de sí misma, desecha toda clase de discursos y ratiocinios, que para nada necesita, y siente que todas sus potencias se concentran en una simple vista; pero tan profunda, tan unitiva, que algunas veces

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*. Primera, á San Francisco de Sales.

le parece va á perderse en Dios. En este estado se quedaría horas enteras, sin palabras, pensamientos, ni casi sentimientos expresos, sin saber dónde se encuentra, pero sintiendo que se encuentra muy bien, y comprendiendo por no sé qué paz, que nada puede turbar, que Dios penetra todo su ser. En otras ocasiones hará los actos de fe, de adoración, de unión, de acción de gracias que se hacen generalmente en la oración; pero en ésta, ni quiere ni puede hacerlos; siente que esto la fatigaría, y si se esfuerza, se turba. Todo se simplifica en ella; todo se concentra en esta sola mirada, en esta clase de unión tan profunda y tan sencilla, en que está como abismada en Dios. Esto es lo que se llama oración de simple mirada, de simple entrega de Dios, á reposo, de quietud, porque todos estos nombres señalan los diferentes grados de un mismo estado. Y esto es lo que de un modo general se llama *oración pasiva*; porque lo que caracteriza este estado es una como suspensión de las potencias del alma, una imposibilidad moral de hacer otros actos que no sean esta simple mirada de que acabamos de hablar. Detengámonos con Bossuet en esta palabra *oración pasiva*, para conjurar á las gentes del mundo que se aventuren á leer este capítulo, á no tratar de visiones y sueños estos estados de oración. ¿Acaso dudan que Dios, tan admirable en todas sus obras, y más admirable aún en sus Santos, no tiene medios particulares, desconocidos del mundo, de comunicarse á sus amigos, tenerles bajo su mano, y hacerles sentir su dulce soberanía? Que teman, pues, precipitando su juicio, el incurrir en la justa reprensión que hace el Apóstol San Judas á los que blasfeman de lo que ignoran; y para contenerlos en el respeto que se debe á los caminos de Dios, les diré—continúa este grande hombre—que esta oración pasiva de la Madre de Chantal fué examinada, no sólo por San Francisco de Sales, Obispo de tan grande autoridad por su sabia doctrina como por su santa

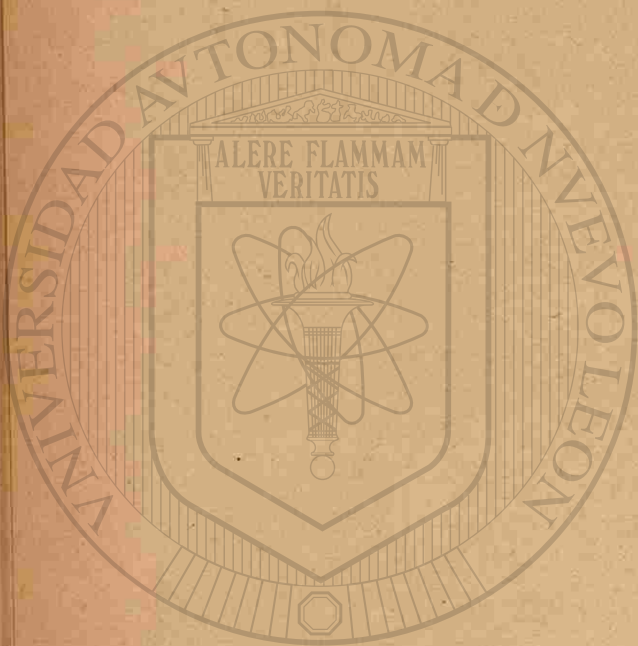
vida, y que era en esta materia, y sin disputa, el primer hombre de su siglo, sino también por las personas más ilustradas de su tiempo; lo que hizo decir á este Santo Obispo, hablando á la Madre de Chantal: «Vuestra oración de simple entrega á Dios, es sumamente buena y saludable; es menester no dudarlo nunca, porque ha sido muy examinada, y siempre han concluido todos asegurándoos que Nuestro Señor os quiere en este modo de oración (1).»

Con la carta que acabamos de leer es preciso unir otro documento más importante aún, para tener una idea completa del género de oración de la Madre de Chantal, porque entrando en más detalles, da también más luz sobre estos admirados caminos.

Apenas empezó la Madre de Chantal á verse elevada á esta clase de oración, cuando sintió repugnancia y dificultades, nacidas de su carácter vehemente y de la novedad de estos caminos. Todo se volvía para nuestra Santa cuestión, problema é inquietud; y, como un viajero que anda por un camino que no conoce, no daba el más pequeño paso sin temor de engañarse. Mil y mil cuestiones turbaban su alma, y, para remediar este daño, se decidió á ponerlas por escrito y dirigirlas á su Santo director, rogándole las examinase y se las resolviese. San Francisco de Sales se las devolvió con una palabrita de explicación al margen. Véase, pues, este precioso escrito, tal como se encontró entre los papeles de la Santa. Pesemos las preguntas y las respuestas. San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal, aunque con diferente estilo, tienen el don de precisar sus palabras y explicarse con claridad (2).»

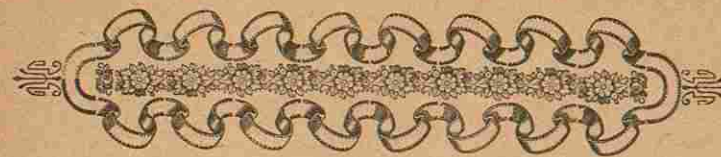
(1) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XVII.

(2) El Ilmo. Sr. de Maupas insertó en su *Historia de Santa Juana Francisca de Chantal*, p. II, cap. VII, estas preguntas y respuestas, pero arregladas, según la costumbre, demasiado general, de su época. Nosotros establecemos el texto auténtico, conforme á un manuscrito, cuya copia debemos á la benévola amistad del Rdo. P. D. Pitra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN EL NOMBRE DE JESÚS Y DE MARIA

PREGUNTAS

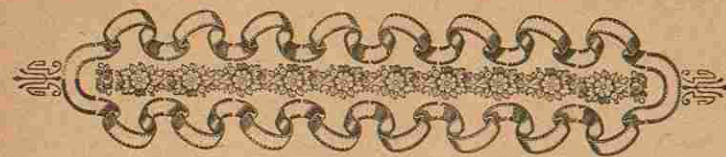
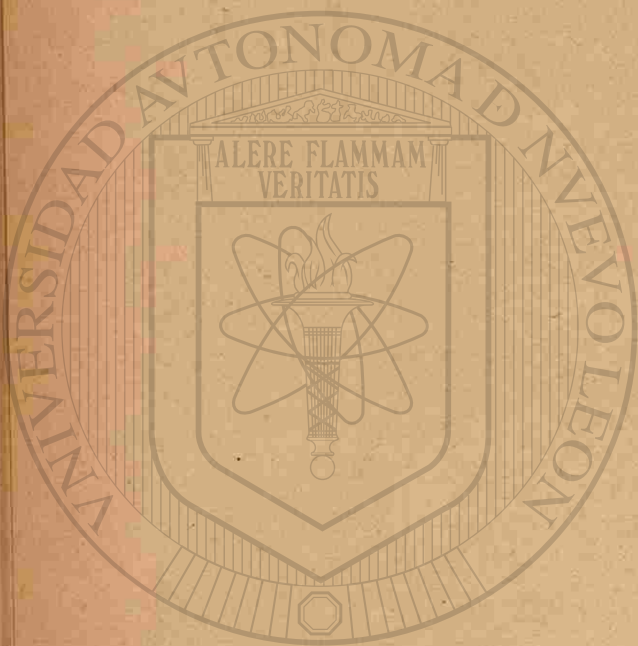
hechas á nuestro bienaventurado Padre por su querida Hija.

LA HIJA

PRIMERAMENTE debes preguntar á tu querido Señor si le parecerá bien que todos los años renueves en sus manos, para volverlos á confirmar, tus votos, tu abandono general, y la total entrega de ti misma en la mano de Dios. Que especifique particularmente lo que más te conviene hacer, para que este abandono sea perfecto y sin excepción, de suerte que puedas decir verdaderamente: «Vivo, mas yo no, sino Jesucristo vive en mí.» Que para llegar á este fin nada te perdone tu querido Señor, ni te permita hacer ninguna reserva, pequeña ni grande; que te señale los ejercicios y prácticas diarias necesarias al efecto, á fin de que el abandono sea real y verdaderamente perfecto.»

RESPUESTA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Respondo en el nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, que será bueno, mi querida Hija, que todos los años renovéis y confirméis el perfecto aban-



EN EL NOMBRE DE JESÚS Y DE MARIA

PREGUNTAS

hechas á nuestro bienaventurado Padre por su querida Hija.

LA HIJA

PRIMERAMENTE debes preguntar á tu querido Señor si le parecerá bien que todos los años renueves en sus manos, para volverlos á confirmar, tus votos, tu abandono general, y la total entrega de ti misma en la mano de Dios. Que especifique particularmente lo que más te conviene hacer, para que este abandono sea perfecto y sin excepción, de suerte que puedas decir verdaderamente: «Vivo, mas yo no, sino Jesucristo vive en mí.» Que para llegar á este fin nada te perdone tu querido Señor, ni te permita hacer ninguna reserva, pequeña ni grande; que te señale los ejercicios y prácticas diarias necesarias al efecto, á fin de que el abandono sea real y verdaderamente perfecto.»

RESPUESTA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Respondo en el nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, que será bueno, mi querida Hija, que todos los años renovéis y confirméis el perfecto aban-

dono de vos misma en manos de Dios. Para esto nada os perdonaré, y os quitaré toda palabra superflua respecto al amor, aunque sea justo, de todas las criaturas, y sobre todo de los parientes, casa, país, y aun de vuestro mismo padre, en cuanto sea posible, como también el pensar demasiado en estas cosas, sino sólo en las ocasiones en que el deber obliga á mandar ó dirigir los negocios precisos, á fin de practicar perfectamente esta palabra: «Sí, hija mía, oye esto, inclina tu oído, »olvida tu pueblo y la casa de tu padre.»

»Antes de comer, antes de cenar, y cuando vayáis á descansar y dormir, examinaos para ver si, según vuestras acciones precedentes, podéis decir sinceramente: Yo vivo, pero no yo, sino Jesucristo vive en mí.»

LA HIJA

«Deseo saber si habiéndose entregado el alma de este modo, no deberá, en cuanto le sea posible, olvidar-se de todas las cosas por la continua memoria de Dios, y descansar en Él sólo, con una verdadera y completa confianza.»

NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Sí, debéis olvidar todo lo que no sea de Dios ó por Dios, y quedar en paz bajo el gobierno de Dios.»

LA HIJA

«¿No debe el alma, especialmente en la oración, tratar de atajar toda clase de discursos, industrias, réplicas, curiosidades y cosas semejantes, y, en lugar de mirar lo que ha hecho, lo que hará ó lo que tiene que hacer, mirar á Dios y simplificar así su espíritu, vaciándolo de todo cuidado de sí misma? ¿No deberá ha-

cer este ejercicio así en la oración como fuera de ella, quedando en esta sencilla mirada de Dios y de su nada, enteramente abandonada á su santísima voluntad, con cuyos afectos debe quedar contenta y tranquila, sin moverse de ningún modo para hacer actos con el entendimiento ni con la voluntad? Digo lo mismo en la práctica de la virtud y en las faltas y caídas; me parece que es menester mantenerse quieta, porque Nuestro Señor pone en el alma los sentimientos que necesita, y la ilustra perfectamente; y digo en todo y mil veces mejor que por todos los discursos é imaginaciones.

»Me diréis: «¿Y por qué, pues, salís de aquí?»

»¡Oh Dios mío! Es por mi desgracia y á pesar mío, porque la experiencia me ha enseñado que esto es muy dañoso; pero, no soy dueña de mi imaginación ni de mi espíritu, el cual, sin pedirme permiso, quiere verlo todo y arreglarlo. Por lo cual pido también á mi muy querido Señor el socorro de la santa obediencia, para detener á esta pobre imaginación, porque pienso que un mandato absoluto la impondrá más que nada.»

NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Pues que hace largo tiempo que Nuestro Señor os atrae á esta clase de oración, haciéndoos gustar los tan deseados frutos que de ella provienen, y conocéis por experiencia los daños que ocasiona el método contrario, estad firme y con la mayor dulzura que podáis, volviendo vuestro espíritu á esta unidad y simplicidad de pensamiento y abandono en Dios; y pues vuestro espíritu é imaginación desean ser ayudados con la obediencia, yo les diría así: «Querido espíritu é imaginación »mía: si Dios os hace conocer que quiere que ejercitéis »la parte de María, ¿por qué queréis desempeñar la de »Marta? Yo os mando, pues, que sencillamente os es- »téis ó en Dios ó con Dios, sin pensar en otra cosa y sin

»inquirir de Él otra ninguna, sino á medida que á ello os excite.»

Ciertamente, no se puede hablar con más claridad, ni distinguir mejor esas delicadas operaciones de la gracia.

En primer lugar, está muy bien marcado el carácter pasivo de esta oración. Dios es quien llama, pues no es posible ingerirse por sí mismo. Muy lejos de que la naturaleza pueda conducir al alma á ese estado, no quiere ni aun estar en él. Se necesita una operación extraordinaria de la gracia para sujetar á las potencias y obligarlas á permanecer en ese santo reposo. Algunas veces, cuando el espíritu es muy vivo y muy ardiente la voluntad, se tiene necesidad, como acabamos de ver, del socorro, de la obediencia y del mandato absoluto.

He aquí la diferencia entre ese estado y lo que se llama éxtasis ó raptó. En el éxtasis, la suspensión de las potencias es absoluta; en la oración de quietud no es más que moral. En el éxtasis pierde el alma toda libertad, todo movimiento propio del espíritu y de la voluntad. *Si es con su cuerpo ó sin su cuerpo* (1) como está arrebatada en Dios, es cosa que ni ella misma puede decirlo. Aquí, por el contrario, conserva el alma la libertad de todos sus actos; pero en el estado admirable en que se encuentra, para nada los necesita. Su única necesidad es el silencio, la admiración muda; el dulce descanso de la posesión. No pregunta como San Pedro, sino duerme como San Juan sobre el pecho de su amado. ¡Feliz sueño, por el cual manifiesta más amor á Nuestro Señor, y en el cual recibe más favores que en las meditaciones más elevadas y en los actos más heroicos.

Esto es lo que San Francisco de Sales se esforzaba en hacer comprender á la Madre de Chantal, siempre

(1) II Corinth, 2.º, 19.

temorosa de perder el tiempo en aquel santo reposo.

»No tengáis miedo—la repetía sin cesar,—estáis como un San Juanito; pues mientras que los demás comen de muchos platos en la mesa del Salvador por medio de diferentes consideraciones y piadosas meditaciones, vos, como este discípulo amado, descansáis con ese sueño amoroso sobre su pecho sagrado.

»Ese adormecimiento de vuestro espíritu entre los brazos del Salvador—añadía con mucho tino—comprende perfectamente todo lo que por vuestro gusto andáis buscando de una parte á otra.»

San Francisco de Sales acaba de aclarar todos estos difíciles puntos, inundándolos de luz con la bella comparación de la estatua, tan célebre entre los escritores místicos.

»Si una estatua—dice—á quien se hubiera colocado en un hueco en medio de la pared de una sala, tuviera entendimiento, y la preguntasen: ¿por qué estás ahí?—Porque—respondería—el escultor, mi dueño, me ha puesto aquí.—Pero ¿por qué no te mueves?—Porque quiere que esté inmóvil.—¿Qué provecho sacas de estar así?—No estoy aquí por ningún provecho ni servicio mío, sino por servir y obedecer á mi Señor y dueño.—Pero si tú no le ves.—No, pero él me ve y tiene gusto en que esté donde me ha colocado.—¿Pero, no querías tú tener movimiento para ir á su lado?—No, si él no me lo manda.—¿Conque tú no deseas nada?—No, porque estoy donde y como me ha colocado mi dueño.»

Esta es, pues, la cima de la perfección, y el alma no puede subir á mayor altura. El Yo ha desaparecido, la voluntad humana está aniquilada, ó más bien identificada con la de Dios. A cualquier parte que mire, sólo á su amado es á quien el alma ve; todo lo demás le parece nada, y en su mismo amado no ve ni su sabiduría, ni su poder, ni su felicidad; nada ve más que su voluntad. El cielo, la tierra, la vida, la muerte, los placeres, las

sequedades, los desconsuelos, los éxtasis, el reposo, el movimiento: todo es bueno para ella queriéndolo su Señor. Si un pensamiento distinto pudiese llegar á su corazón en medio de ese reposo, sería éste: *Fiat voluntas tua*. ¡Oh Padre! ¡oh Señor! ¡oh Amigo y Esposo mío! hágase vuestra voluntad, ahora, siempre y por siempre.

Éste era el estado de la Madre de Chantal. Así, hablando la Madre de Chaugy de su oración, decía: «Nada mejor se me ocurre para hacer entender lo que era su vida interior que decir: «Era un *Fiat voluntas* no interrumpido» (1). Y San Francisco de Sales, escribiendo á la Santa: «Acordaos—la dice—lo que tanto os he dicho y escrito en mi *Teótimo*, que hice expresamente para vos y las que se os parecen. *Sois la sabia estatua*; el Señor os ha puesto en el hueco que ocupáis; no salgáis de él hasta que Él mismo os saque (2).»

Sería, no obstante, un error, el imaginar que en este estado pasivo no puede hacer el alma acto ninguno sino á la fuerza, y contrariando la acción divina. «En este estado pasivo—dice la Madre de Chaugy—la santa Madre de Chantal no dejaba de obrar en ciertos tiempos, cuando Dios retiraba su operación ó la excitaba á ello; pero estos actos eran siempre cortos, humildes y amorosos» (3). Es menester notar aquí, con Bossuet, las dos causas que la volvían la libertad de su operación; es decir, esta operación extraordinaria que sujetaba sus potencias y la tenía felizmente cautiva bajo una mano omnipotente. La otra, cuando Dios mismo la excitaba á obrar con dulces convites, facilidades é inclinaciones, que sabe dar á los corazones cuando le agrada (4).»

Por esta razón respondía á la Madre Favre, que la pregunta si hacía actos en la oración: «Sí, hija mía,

(1) *Memorias*, p. III, cap. XXIV.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 446.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. III, cap. XXIV.

(4) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XXX.

cuando Dios quiere, y me lo manifiesta por el movimiento de su gracia, hago algunos actos interiores, ó pronuncio algunas palabras con la boca, sobre todo para desechar las tentaciones. No permita Dios que sea tan temeraria que presuma no tener nunca necesidad de hacer algún acto; y creo que los que dicen que no los hacen en ningún tiempo, no lo entienden; creo también que nuestra Hermana Ana María Roset los hace, aunque no los conoce; por lo menos yo se los hago hacer exteriores» (1). Véase cómo esta Santa prudente y sensata, que nada exageraba, trataba á los que imaginaban estar siempre pasivos; y en cuanto á sí misma, no sólo durante toda su vida, sino particularmente en la oración, mezclaba el estado pasivo con los actos, según se necesitaba ó creía necesitar.

Pero en esto, como en todas las cosas, estaba vigilante para no hacer más que aquello «que Dios quería, y le manifestaba por el movimiento de su gracia.» Se abandonaba sumisa y obediente á su voluntad, ora que la convidase á obrar, ora que la abandonase á sí misma, retirando su operación. Pasaba así de un estado á otro alternativamente, estando unas veces activa y otras pasiva, según agradaba á Dios; vicisitud notable en la vida de esta gran Santa, y que tenía por fin—dice Bossuet—el hacerla flexible bajo la mano de Dios, haciendo que se acomodase al estado en que la ponía, lo que producía en la Madre de Chantal las virtudes, sumisión y resignación admirables que se observan en ella durante su vida (2).

Este estado extraordinario, que la Santa no había experimentado primero sino en la oración, no tardó en experimentar también en la Misa, en la Comunión, en el Oficio, y muchas veces durante todo el día. Algu-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. III, cap. XXV.

(2) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XXX.

nas veces no era más que un relámpago, durante el cual quedaba en silencio con los ojos cerrados, unida á Dios con una simple mirada. Otras veces se prolongaba este estado horas enteras, pero sin hacerla perder ni su libertad de espíritu, ni la de su acción. Únicamente se conocía su estado, en que su rostro se ponía radiante, y revelaba, á pesar suyo, la altura á que estaba elevada.

Desde esta fecha, notan los historiadores en la Madre de Chantal un progreso marcado, y por decirlo así, un segundo paso en la perfección de su hermosa alma. El primero fué en el año 1606, y como resultado de una dirección sabia y prudente; el segundo se verificó de 1612 á 1615. Después de uno ó dos años de oración pasiva, se vieron de repente en la Madre de Chantal luces que aún no había tenido, sentimientos admirablemente profundos acerca de Dios, de las criaturas y de sí misma; un ardor de celo, un abandono á la voluntad divina, un desprecio de las cosas de aquí abajo, con no sé qué sed de humillaciones que enamoraba á todo el mundo. Pero dejémosla hablar otra vez, y en acabando la lectura de las preguntas que dirige á su santo director, veremos cómo su alma bellísima se despliega ante nuestros ojos, permitiéndonos ver los tesoros de fe, humildad y desasimiento, que la contemplación iba depositando sin cesar en ella.

LA HIJA

«Pregunto á mi muy amado Padre, si estando ya el alma totalmente entregada al beneplácito divino, no debe permanecer descansando en su Dios, dejándole el cuidado de cuanto atañe á ella, tanto interior como exteriormente, quedando, como decís, en el seno de su Providencia y voluntad, sin cuidado, atención, elección, ni aun deseo ninguno, sino que Nuestro Señor

haga en ella y por ella su santísima voluntad, sin impedimento ni resistencia de su parte. ¡Oh, Dios mío! ¿Quién me dará esta gracia sino Vos, buen Jesús mío, por las oraciones de vuestro siervo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«¡Que Dios os sea propicio, mi muy querida Hija! El hijo que se encuentra en los brazos de su madre, no necesita más que asirse bien de su cuello y dejarla hacer.»

LA HIJA

«¿No es cierto que Nuestro Señor tiene especial cuidado de mandar todo cuanto es necesario y conveniente á un alma, que de este modo se ha entregado á Él?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Las personas de esta clase le son tan caras como las pupilas de sus ojos.»

LA HIJA

«¿No deberá esta alma recibir todas las cosas de su mano, aun las menores y más pequeñas, y pedirle consejo para todo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Realmente nos quiere Dios, y desea que seamos como niños pequeñitos. Pero es preciso no ocuparse en atenciones superfluas, inquiriendo la voluntad de Dios en todas las particularidades de las acciones, aun las más pequeñas, comunes y ordinarias.»

LA HIJA

«¿No sería un buen ejercicio estar muy atenta (aunque sin una atención penosa) á permanecer tranquila

en la voluntad de Dios, en esas mil pequeñas ocasiones que nos contrarian y disgustan (las grandes se ven de lejos), como el de impedirnos un consuelo que parecía útil y necesario, ó el de hacer una buena acción, una mortificación, esto ó aquello que parecía bueno, y en lugar de esto verse sin hacer nada, y tal vez impedida ó imposibilitada de hacer este bien por alguna acción inútil, ó por cosas peligrosas y malas?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«No consintiendo en las cosas malas, la indiferencia debe practicarse en todo lo demás, y someterse en todas las cosas al gobierno de la Providencia.»

LA HIJA

«Hacerse fiel y pronta á la obediencia y observancia de las reglas cuando se hace la señal... ¡ Hay en esto tantas ocasiones de mortificarse en las cosas pequeñas! Porque sorprende muchas veces la campana en medio de una cuenta ó de una acción, y se siente mucha pena en dejarlo todo al instante; no se necesita para acabar la labor más que tres puntadas, una letra más que escribir, calentarse un poco, ¿qué sé yo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Sí, es muy bueno no apegarse á nada tanto como á las reglas, de modo que, no siendo en alguna ocasión señalada, id adonde la regla os llama, y procurad que ésta sea siempre más fuerte que esos pequeños atractivos.»

LA HIJA

«Dejarse gobernar absolutamente en lo que toca al cuerpo; recibir sencillamente todo cuanto se nos dé ó

se nos haga, esté bien ó mal arreglado, sea según nuestro juicio ó no, sin decir una sola palabra ni manifestar ningún desagrado; tomar los alivios de dormir, descansar, calentarse, y dejar algún ejercicio penoso ó de mortificación; decir de buena fe lo que se puede hacer, y si se insiste en contra de nuestro dictamen, ceder sin decir nada. Este punto es importante, y muy difícil para mí.»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Es menester decir de buena fe lo que se siente, pero de tal modo que esto no quite la confianza y el valor de replicar á los que tienen cuidado de vos; por lo demás, el hacerse perfectamente flexible es lo que deseo mucho de vuestro corazón.»

LA HIJA

«Inclinarse con gran dulzura á la voluntad de los demás en cuanto se conozca, aunque fácilmente pudiera uno evadirse y esquivar la ocasión, esto es un poco difícil, pues es no dejarse nada á sí mismo. Porque ¿cuántas veces querría uno un poco de soledad ó de descanso, algún rato de tiempo para sí? No obstante, se ve una Hermana que anda alrededor, que se acerca, que quisiera este cuarto de hora para ella, que querría una palabra, una caricia, una visita, ¿qué sé yo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Es menester tomar el tiempo conveniente para sí, y esto hecho, encontrar el necesario para servir á las Hermanas.»

LA HIJA

«Pido, por el amor de Dios, socorro y ayuda para humillarme; pienso ser muy atenta en no decir nunca

nada que pueda atraerme alguna estimación y gloria vana.»

NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Hacedlo así, y viviréis. Amén.»

Estos son los frutos de la oración, y estos son también sus garantías. Humildad, desasimiento de sí mismo, obediencia, santa indiferencia de todo; en estas señales se reconoce que no hay engaño. Esos raptos, esas largas contemplaciones sin palabras, esas entregas á Dios sin sentimientos algunas veces, todas esas santas delicadezas del amor divino, tienen una piedra de toque infalible. Hacen madurar el alma, y la elevan poco á poco, pero inevitablemente, á los más altos grados de unión con Dios. Esto es lo que la Madre de Chantal había comprendido por su propia experiencia, y lo que explicaba luego divinamente á sus hijas.

Después de haberles descrito con su ordinaria claridad la oración de quietud, reposo ó simple mirada: «Quiero daros—añade—las señales por donde habéis de reconocer si vuestro reposo y quietud en la oración vienen de Dios.»

Indica á renglón seguido siete, que las almas elevadas por Dios á este alto estado no podrán meditar nunca bastante.

«La primera será, si tomando como de costumbre vuestro punto de meditación, no os podéis servir de él, y sentís, sin artificio por parte vuestra, vuestro corazón, vuestro espíritu y lo íntimo de vuestra alma suavemente atraídos á ese sagrado reposo.

«La segunda, si en medio de esas suavidades aprendéis á obedecer á Dios y á vuestros superiores sin excepción; á no depender sino de su Providencia, y á no querer sino su voluntad.

«La tercera, si ese reposo hace que os desprendáis del afecto de las criaturas para uniros al Criador.

«La cuarta, si os hace más sincera y cándida que una niña.

«La quinta, si no obstante la suavidad que recibís en ese sagrado reposo, estáis pronta á tolerar las sequedades y arideces, cuando Dios os las envíe, y á servirlos de vuestras consideraciones cuando le agrade.

«La sexta, si ese atractivo os hace más paciente y deseosa de sufrir, sin querer otro alivio ni contento que el de vuestro Esposo.

«La séptima, si ese reposo y sueño amoroso os hace más humilde; si os hace despreciar al mundo y á vos misma, para no estimar más que la bajeza, los trabajos y la Cruz (1).»

Se ve, por estas palabras tan admirables como profundas, que la Santa Madre de Chantal no era la única que era atraída á este género de oración. Muchas de sus Hijas lo eran también con ella y como ella.

En el curso de esta historia veremos los éxtasis de la Madre Ana María Roset, los raptos de la Madre de Beaumont y de la Madre de la Roche, los inefables consuelos de la Madre de Chatel, los terribles pero divinos abandonos de la Madre Favre, y en casi todas las Hijas de la Visitación, las gracias de oración más extraordinarias. La oración de quietud, en particular, era muy común. «Cuanto más adelante voy—escribía la Madre de Chantal—más conozco que nuestro Señor conduce á casi todas las Hijas de la Visitación á la oración de una sencillísima unión y único afecto de la presencia de Dios, por un entero abandono de sí mismas á su santa voluntad... oración que nuestro bienaventurado Padre llamaba de simple entrega á Dios (2).» Y en otro lugar: «El estado de oración casi universal de las Hijas de la Visitación, es el de una muy sencilla presencia de Dios y de

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, lib. III, capítulo IV.

(2) *Respuestas de la Madre de Chantal*, pág. 517.

un entero abandono... y podría muy bien decirlo sin el *casi*, porque he notado que todas las que se aplican á la oración como es debido, son atraídas muy pronto á ese estado (1).

San Francisco de Sales, encantado con estas maravillas, estaba inquieto, no obstante, « porque—decía la Madre de Chantal—esta atracción nos es tan propia, que las almas á quienes se saca de este estado, parece salen de su centro, pierden la libertad de espíritu, y quedan en una especie de opresión, que les quita la paz, y estorba mucho sus progresos (2). » San Francisco de Sales—digo,—temiendo dejar á sus hijas sin dirección en cosas tan graves, resolvió componer una grande obra, en que expondría, con toda la claridad de que era capaz, estas divinas operaciones de la gracia. Habló de ello á la Madre de Chantal, que se llenó de santa alegría, y le animó mucho á llevar á cabo este designio, poniéndose por su parte á orar, y haciendo que se orase con el mismo fin.

Sin embargo, la obra no era tan fácil. Sin duda muchos Santos, y de primer orden, habían descrito en diferentes épocas estas maravillas del amor divino, y recientemente se había formado en España esa escuela mística que nunca ha tenido rival. San Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, el venerable Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Luis de León, y la más grande de todos, Santa Teresa, habían cantado esa divina unión del Criador y la criatura con pensamientos, afectos y estilo tan sublimes como el asunto. Y no obstante, entonces como ahora, y después de la aparición de los inmortales libros de *los Nombres de Cristo*, *la subida del Carmelo*, *el Memorial de la vida cristiana*, *el Castillo del alma*, así como después de la publicación del tratado

(1) *Respuestas de la Madre de Chantal*, pág. 519.

(2) *Costumbres de la Visitación*, pág. 510.

del Amor de Dios, de *los estados de la Oración*, de *las Cartas espirituales* de Fenelón y Bossuet, la obra estaba erizada de dificultades, y seguramente era la más ardua de cuantas puede emprender el espíritu humano. Hay ciertas líneas de aquel libro de oro, que costaron á San Francisco de Sales, para componerlas, como él mismo dice, el trabajo de leer más de doscientas páginas en folio.

Para colmo de dificultades, en vano buscaba el Santo Obispo el tiempo que exigía un trabajo semejante. Rodeado de un gentío inmenso que se agrupaba á su alrededor reclamando sus consejos; abrumado por una correspondencia espiritual de todas partes de Europa; cargado de negocios hasta el punto de hacerle escribir: « No son ríos los negocios de este país, sino torrentes, » estuvo mil veces para renunciar á su proyecto. Felizmente la santa Madre de Chantal estaba á su lado, digámoslo así. Le aguijoneaba sin cesar; le escribía incesantemente esquelas cortas, pero vivas, para excitarle á concluir su obra, dándole gracias y mostrando alegría cuando de nuevo se ponía á trabajar en ella; no ocultando, por el contrario, su pena cuando los negocios le interrumpían; teniéndole, en una palabra, según la misma expresión del Santo, puesta la espada á la garganta sin dejarle un instante de reposo.

Instado el Santo de este modo, resolvió concluir su trabajo, y empleó en él todo el año de 1615 y los primeros meses de 1616. Tal era su fe, su piedad y su claro conocimiento de las cosas de Dios, que sus lágrimas corrían casi sin interrupción mientras escribía. Muchas veces se veía obligado á detenerse para dejarlas correr con libertad. Algunas otras su rostro estaba radiante. Un día en particular, el 25 de Marzo, en que escribía acerca del amor infinito que movió al Hijo de Dios á hacerse hombre, un globo de fuego apareció sobre su cabeza, y le envolvió en resplandores de gloria. Pero

su prudencia y su humildad eran tales y tan grandes, que no escribía ni aun una página, después de grandes meditaciones, sin que la leyesen algunos Obispos, teólogos y religiosos; no fiándose ni de su juicio y trabajo, ni aun de las pruebas evidentes que Dios le daba de su asistencia.

Así se concluyó el célebre tratado del *Amor de Dios*, en el cual se muestra San Francisco de Sales tan gran filósofo como orador, poeta y teólogo; uniendo á la imaginación más rica, al estilo más brillante en su misma sencillez, al plan más preciso y fecundo, una solidez de doctrina y una precisión de lenguaje, que se tuvo ocasión de admirar cuando cincuenta años después se le vantaron las ardientes y difíciles polémicas del *quietismo*. Pero si en esta obra el filósofo, el poeta, el teólogo son de primer orden, ¿qué diremos del Santo? Sólo un corazón abrasado de amor divino ha podido comprender hasta un grado semejante, y sentir y explicar tan perfectamente todas las delicadezas del santo amor en las almas. Cuando se dió á luz la *Introducción á la vida devota*, los amigos del Santo Obispo desearon que no escribiese más, temiendo cayera del alto puesto á que aquel libro le había elevado. Después que apareció el tratado del *Amor de Dios*, todo el mundo deseó que no cesase de escribir; y no solamente las naciones católicas, Francia, Italia y España, sino la misma Inglaterra y su rey Jacobo I, aunque hereje, no pudieron contener el grito de su admiración.

Compuesto para las hijas de la santa Madre de Chantal, y debido á sus instancias repetidas, el libro del *Amor de Dios* pertenece, por consiguiente, á su historia. También les pertenece de otro modo. La santa Madre de Chantal y sus hijas, no sólo fueron el aguijón para que San Francisco de Sales escribiese, sino que le sirvieron de modelo. Describiendo el nacimiento, los progresos y las bellas operaciones del divino amor en

las almas, el Santo Obispo copiaba á sus Hijas; pintaba su interior, que conocía tan perfectamente, y los favores y gracias sublimes de que Dios las colmaba. La Madre Ana María Roset le proporcionó los rasgos principales del sexto, séptimo y octavo libro del *Teótimo*. Pensaba en la Madre de Chatel cuando pintaba de una manera encantadora las caricias del amor divino en las almas inocentes. La Madre de la Roche le hacía ver sus éxtasis; la Madre de Beaumont, sus tranquilas alegrías; la Madre de Brechard, sus incendios devoradores; la Madre Favre, sus pruebas y terribles abandonos. En cuanto á la Madre de Chantal, modelo de todas las demás, puede decirse que desde el primero hasta el último renglón, San Francisco de Sales no la perdió ni un sólo instante de vista. Los consejos que de viva voz le había dado, los que le había escrito, las comparaciones ingeniosas de que se había servido en varias épocas para explicarle su estado, hasta fragmentos enteros de las cartas que le había dirigido, se encuentran palabra por palabra en cada página de este libro. Así le decía confidencialmente: «El libro del *Amor de Dios*, hija mía, está escrito para vos.» Y en otra parte: «Para vos y todas las que se os parecen compuse el tratado del *Amor de Dios*.»

El Santo Obispo no pudo negarse el consuelo de decir, aun en público, qué peticiones le habían hecho emprender este trabajo, y sobre qué modelo le había calcado. Por esto en su prólogo, lleno de franqueza y de gracia, como todo lo que escribía, después de haber hablado de las grandes obras que había consultado, á saber, las de Santo Tomás y San Buenaventura, las del bienaventurado Dionisio el Cartujo, las de Santa Catalina de Génova y Santa Catalina de Sena, en los tiempos pasados, y en nuestra época—dice,—al Padre Luis de Granada, «este gran doctor de la piedad,» al célebre Cardenal Belarmino, y sobre todo á

la bienaventurada Teresa de Jesús, «que ha descrito tan perfectamente los movimientos sagrados de la dilección;» después de haber, digo, indicado estos grandes manantiales, de donde había sacado á manos llenas tan inmensos tesoros, insinuando discretamente otra fuente secreta y escondida, quiero decir, el interior de sus queridas Hijas, advierte «al querido lector» que había en la pequeña ciudad de Annecy una humilde Congregación de doncellas y viudas, cuya piedad y pureza le llenaban de consuelo; que iba á menudo á verlas para hablarles de Dios; lo que le obligaba á tratar de los afectos más delicados de la piedad; «y una buena parte—añade,—de lo que te comunico ahora, querido lector mío, lo debo á esa bendita junta. La Madre de todas, que es la que preside, sabiendo que yo escribía acerca de este asunto, y que no obstante sería muy difícil que pudiese dar á luz mi trabajo si Dios no me asistía de un modo especial y me daba un poco de tiempo al efecto, ha tenido gran cuidado de rogar y hacer que rueguen muchos con este objeto, instándome santamente para que aprovechase los cortos instantes que creía podría aprovechar, por aquí ó por allí, en los afanes de mi obligación, para emplearlos en esto. Y porque tengo á esta alma la estimación que Dios sabe, no ha tenido ella la menor parte para animarme en esta ocasión. Verdaderamente hace mucho tiempo que pensaba escribir sobre el amor sagrado; pero este proyecto no es comparable con la fuerza que esta ocasión me ha dado, lo cual te manifiesto sencillamente y de buena fe, á imitación de los antiguos.»

Dios, pues, no rehusaba ninguna gracia á la Visitación naciente; después de haber escogido con tanto cuidado á la Madre y á las primeras Hijas del Instituto, habiéndolas sacado tan divinamente (digámoslo así) del mundo, no contento con llevarlas á la soledad y concederlas los beneficios del santo amor, inspiraba al

mayor Doctor de esta época les revelase todos los misterios de aquél. La misma mano que había compuesto las *Constituciones*, escribía el tratado del *Amor de Dios*. El vuelo más sublime, recibía así de las reglas, como si dijéramos, el impulso primero y más humilde; y al observar estas delicadas atenciones de la Providencia, no era difícil predecir grandes maravillas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Oger Fremiot, vivía en Dijón en 1445.

Renato Fremiot, Tesorero en Dijón en 1479.

Renato II Fremiot, Auditor del Tribunal de Cuentas de Dijón, murió en 1518.

Juan Fremiot, Señor de Saulx, Conseñor de Barrán, Consejero del Parlamento en 1529,
se casó con Guillermina Godrán, hija de Filiberto Godrán y de Micaela Berbisey.

Claudio Fremiot, Señor de Isobre-Tille, Presidente del Tribunal de Cuentas en Dijón, casó con Marta de Berbisey.

Andrés Fremiot, Consejero del Parlamento, se casó con Guillermina Tabourot, y murió sin hijos.

Benigno Fremiot, Señor de Thotes, Presidente de Sala en la Audiencia de Dijón en 1581, casó con Margarita de Berbisey.

Juan Fremiot, Prior general de Val-des-Choux, cerca de Châtillon, en Borgoña.

Micaela Fremiot casó con Juan le Compasseur, Presidente de Hacienda, y murió sin sucesión.

Claudio II Fremiot, Presidente de Amortización, casó con Juana de Souvert y después con Magdalena de Bretagne; murió sin sucesión.

Margarita Fremiot casó con Juan Jacobo de Neufchezes, Barón de Bussy y de Francs, en Poitou.

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
casó con Cristóbal de Rabutin, Barón de Bourbilly, Señor de Chantal, 1592.

Andrés Fremiot, Abad de San Esteban de Dijón, Arzobispo de Bourges; murió en París el 13 de Mayo de 1641.

Maria de Neufchezes casó con Francisco Blondeau, Señor de Chassagne, Presidente de Sala, no tuvo hijos varones.

Benigno de Neufchezes, murió sin posteridad.

N. d. Neufchezes, murió en el ejército, sin posteridad.

Jacobo de Neufchezes, Señor de Bussy, Obispo de Chalons-sur-Saone, murió en 1650.

Celso Benigno de Rabutin, Barón de Chantal, casó con Maria de Goulanges, fué muerto en la Isla de Rhé el 22 de Julio de 1627.

Dos hijos muertos en la cuna.

Francisca de Rabutin, casó en 1622 con Antonio, Conde de Toulangeon.

Carlota de Rabutin murió de tierna edad.

Maria Amada de Rabutin casó con Bernardo de Sales Barón de Thorens, y murió sin sucesión.

Margarita Blondeau, Religiosa Ursulina en Dijón, falleció en 1713.

Maria de Rabutin se casó con Enrique, Marqués de Sevigné, muerta en 1696.

Gabriela de Toulangeon casó con Rogelio de Rabutin, Conde de Bussy, su pariente.

Francisco, Conde de Toulangeon casó con Bernardo de Pernas; murió sin sucesión.

Francisca Margarita de Sevigné casó con Francisco Adhenar de Monteil, Conde de Grignan.

Carlos, Marqués de Sevigné, casó con Margarita de Brehan, y murió sin sucesión.

Jacobina de Rabutin Bussy, Religiosa de la Visitación.

Luisa Francisca de Rabutin Bussy, casó 1.º con Gilberto de Langeac, Marqués de Coligny, 2.º con Henrique de la Riviere, Señor de Coucy.

Diana Carlota de Rabutin Bussy, Religiosa Benedictina, después Abadesa de Pralón.

Paulina de Grignan casó con el Marqués de Simiane.

Luisa de Provenza, Conde de Grignan, casó con Maria de Saint Amand, y murió sin sucesión.

Maria Rogelio de Langeac, Marqués Coligny y de Andelot, casó en 1700 con Juana Bautista, Palatina de Dio.

Ana de Simiane, Religiosa en el Calvario de París.

Sofía de Simiane casó con N. de Villeneuve, Marqués de Vence.

N. Marqués de Simiane casó 1.º N. Tarpin, 2.º N. de Blez.

N. de Simiane casó con N. de Castellane; murió en 1728.

Claudina Juana de Langeac Coligny, Religiosa Benedictina.

Gabriela de Langeac, Religiosa Benedictina.

Maria Luisa Leonor de Langeac casó con Claudio Eleazar de la Guiche, Conde de Sivignón.

Tres hijos y cuatro hijas muertos de tierna edad.

Francisca Carlota de Langeac casó con el Marqués de Dampierre Cugnac, en Perigord.

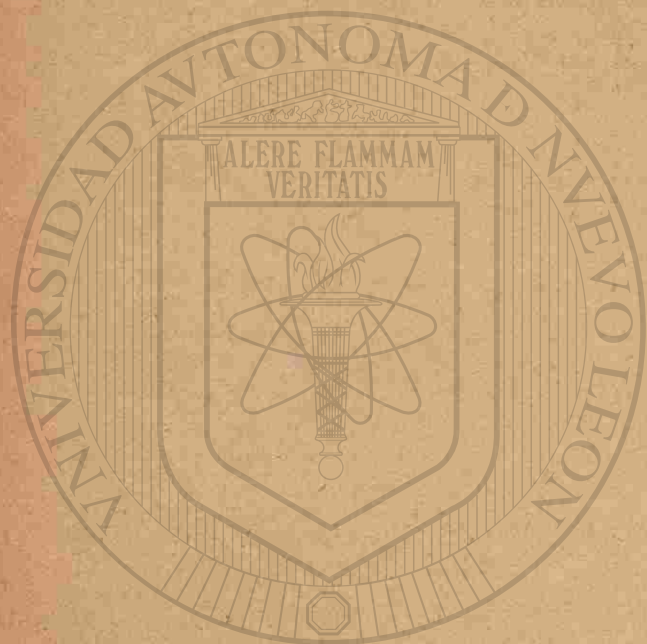
Claudina Isabel Inés de Langeac, Religiosa Bernardina en Clermont.

N. de la Guiche, Abadesa de Bonneval-lez-Thonar, en Poitou.

N. de la Guiche, Maestre de Campo en el Regimiento de Condé.

N., Conde de la Guiche, casó con una hija legítima del Príncipe de Condé; tuvo de ella una hija.

N. de la Guiche Sivignón, Religiosa Bernardina en Clermont, en Auvernia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



NOTAS

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DEL TOMO PRIMERO

I

Árbol genealógico de la bienaventurada Juana Francisca Fremiot de Chantal, que contiene sus antepasados y su posteridad (Véase la pág. 69).

DAMOS aquí este árbol genealógico, que se formó por orden de los Comisarios apostólicos en el momento en que el proceso de la beatificación estaba ya acabado, y se trataba de empezar el de la canonización, y por consecuencia hacia el 1751. Inútil es insistir respecto al gran valor de este monumento, formado con el mayor cuidado, y probablemente con los informes y bajo la vigilancia de los parientes de la Santa, bastante numerosos entonces, y separados de ella sólo por cuatro generaciones. Por lo tanto, no hemos titubeado en apartarnos de los historiadores en muchos puntos en que este monumento es opuesto a sus testimonios, porque se concibe perfectamente que la Madre de Chaugy, por ejemplo, no tuviese en la cuestión de los antepasados de la Madre de Chantal, que la interesaba muy poco y que pudo embrollarse en su memoria, una exactitud igual a la de los Comisarios apostólicos, que hacían formar en su presencia el árbol genealógico. Además de los errores que este monumento nos ha permitido rectificar, nos ha proporcionado también algunos datos muy importantes, y aun la noticia de algunos personajes de quienes no hablan los historiadores, lo que nos ha sido muy útil para aclarar algunos puntos harto oscuros. Lo sensible es que este cuadro se detiene y acaba muy pronto, sin permitirnos seguir hasta nuestros días la posteridad de la santa Madre de Chantal.

Pero precisamente porque acaba tan pronto es tan grande su autoridad. Hubiéramos podido, en verdad, completarle, y hemos pensado en ello un instante; pero después de bien reflexionado nos hemos abstenido de ello, menos á causa del trabajo, que hubiera sido grande, que por respeto á las pretensiones de un gran número de familias que dicen ser descendientes de la santa Madre de Chantal, pretensiones que nos hubiese sido muy difícil comprobar y muy penoso contradecir.

II

Nota sobre la casa en que nació la santa Madre de Chantal en Dijón.
(Véase la pág. 69.)

No hay duda ninguna respecto á la cuestión de saber si la santa Madre de Chantal nació en Dijón. Todos los historiadores están unánimes en este punto, y la Santa misma, en ocasiones diferentes y particularmente en sus *declaraciones*, cuando el proceso de canonización de San Francisco de Sales, dice «que es natural de Dijón, ciudad capital del ducado de Borgoña.»

Mas si nació ciertamente en Dijón, ¿en qué calle, en qué casa?

Los historiadores modernos dicen: los testigos que declararon cuando el proceso de canonización de la Santa, se contentan con decir que nació «en la propia casa de su padre.» *In domo paterna*. Pero ¿dónde está esa casa?

Si se supiese en qué iglesia fué bautizada nuestra Santa, tendríamos con esto, á falta de informes positivos, un punto de partida que nos serviría para otras indagaciones.

Desgraciadamente este segundo punto es casi tan obscuro como el primero. Todos los libros de las parroquias de Dijón anteriores á 1600 han desaparecido, y desde 1722 los Comisarios apostólicos hicieron esfuerzos inútiles para encontrar la fe de bautismo de la santa Madre de Chantal. Los testigos que declararon en el proceso de canonización no remedian la pérdida sensible de los libros de registro. Los unos, en efecto, se contentan con decir que fué bautizada en su parroquia, sin nombrarla; los otros, afirmando con certeza que fué bautizada, declaran expresamente que no saben en qué iglesia. Los historiadores, en fin, la Madre de Chaugy, el Ilmo. de Maupas, el Abate Mausollier, se contentan con esta frase: «En la ciudad de Dijón nació nuestra bienaventurada;» y con esta otra, más vaga aún: «Nuestra santa niña fué regenerada al instante con el agua sagrada del Bautismo.»

Así no hay ningún monumento escrito que pueda informarnos en la cuestión de saber en qué calle de Dijón y en qué casa nació la santa Madre.

Queda la tradición: Veamos si nos da más luces. La tradición indica dos casas, una en la calle de Jeannin, núm. 1; otra, destruida ya, en cuyo sitio se ve hoy el palacio de la prefectura.

¿Qué pensar respecto á esta doble tradición?

En cuanto á la de la calle de Jeannin, se ve, en efecto, en el núm. 1, un hermoso palacio, una parte del cual debió ser construida hacia el siglo XIV, y cuyo conjunto ha sido reparado y adornado al estilo del reinado de Francisco I. Está perfectamente conservado en lo exterior; y en él se ha enseñado largo tiempo un retrato de Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges y hermano de la santa Madre de Chantal. Aquí — dicen — es donde ella nació. Pero vamos á demostrar que esta tradición, si tradición puede llamarse á la opinión errónea de algunas personas, no se apoya en nada y es fácil explicar su origen.

Esta casa ó palacio jamás perteneció, como se afirma, al padre de la santa Madre de Chantal, el Presidente Benigno Fremiot. Pertenecía á su hermano D. Claudio Fremiot, que se llamó después el Presidente Fremiot, porque, en efecto, llegó á ser Presidente del Tribunal mayor de Cuentas. Por otra parte, el Sr. D. Claudio Fremiot no compró este palacio sino en 1579, siete años después del nacimiento de la santa Madre de Chantal (1); y como los libros de empadronamiento de la ciudad prueban que no le habitó antes como inquilino, es evidente que la santa Madre de Chantal no nació en él. Pero como el Sr. D. Claudio Fremiot era tío de nuestra Santa, y por otra parte el Sr. D. Claudio Fremiot alojó por aquel tiempo en dicho palacio al Sr. de Berbissey, abuelo materno de la misma, se concibe que fuese á él muchas veces en su juventud.

Algún tiempo después, cuando volvió á Dijón la señora de Chantal, siendo ya viuda, vemos al Sr. D. Claudio tomar un gran cariño á los hijos de la señora de Chantal, y sobre todo á Celso Benigno, á quien siempre quería tener en su casa, mimándole demasiado, de lo cual se queja la Santa en sus cartas. Por último, cuando San Francisco de Sales vino, en 1604, á predicar la Cuaresma á Dijón, trabó íntima amistad con el Sr. D. Claudio, á cuya casa iba mucho, y donde naturalmente encontraría muchas veces á la señora de Chantal. Se concibe, pues, fácilmente, que este palacio, en el cual había dejado nuestra Santa impresas sus huellas, haya sido visitado con respeto por los cristianos; y que poco á poco, personas no muy bien instruidas, hayan formado la opinión de que la Santa había nacido en él.

(1). Véanse los títulos de propiedad de esta casa, que pertenece hoy á la señora viuda de Fort. Entre estos títulos se encuentra la escritura por la cual se cedió esta casa en propiedad al Sr. de Fremiot el 30 de Mayo de 1579.

Por lo demás, esta opinión no era universal, y hacia 1774, Courtepée hacía mención de otra más general. Después de haber descrito el palacio Brion, que fué destruido para edificar en su lugar el que hoy sirve de residencia á la Prefectura, añade: «Una parte está edificada sobre el lugar donde había estado el palacio Fremiot, ocupado por el ilustre Presidente de este nombre, y donde nació su hija Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal (1).»

Quisiera poder adoptar esta opinión, y ver á nuestra joven Santa bautizada y haciendo su primera Comunión en la hermosa iglesia de Nuestra Señora, á los pies de aquella Virgen negra, tan célebre ya en Dijon. Desgraciadamente, monumentos muy ciertos demuestran que esta segunda tradición no tiene mejor fundamento que la primera.

Existe, en efecto, en los archivos de la ciudad de Dijon, una colección considerable de registros, que contienen todas las listas de impuestos de toda clase, desde el tiempo del rey Juan hasta la revolución francesa (2). Cada lista está dividida en parroquias. Todos los habitantes, exentos ó no, están inscritos en ella, no por orden alfabético, sino siguiendo un itinerario de calles que no ha variado desde fines del siglo XVI.

Estudiando, pues, estas listas de impuestos, es evidente que nunca vivió el Sr. de Fremiot en la calle de la Prefectura, en el palacio en que Courtepée coloca su residencia y el nacimiento de nuestra Santa. De las dos partes que, en efecto, componen este antiguo palacio, la del medio, perteneció en 1550 á Odinet Dimanche, vecino de Dijon, que la vendió en 1560 á Juan Malyon, cuyos hijos la poseyeron y habitaron durante una larga serie de años; la del norte, en que precisamente se coloca la residencia del Sr. de Fremiot, estuvo ocupada como sigue: de 1563 á 1565, por el Sr. Felipe de Villers; en 1566 y siguientes, por el Sr. Africain de Beaumont; en 1571, por el Sr. Mouléron, Consejero del Parlamento; en 1572 y 1573, por Guillermo Toly y Luis Cardeur; en 1574 por el Sr. de Ventoux. De lo cual resulta con evidencia, que no viviendo el Sr. de Fremiot en este palacio en 1571, 1572, 1573, 1574, años del nacimiento de sus tres hijos, es inexacta la tradición de que hablamos.

Pero además de este argumento, que por sí solo podría bastar, tenemos una contraprueba que acaba de hacerle invencible. Que se abran las listas de impuestos en la parroquia de San Medardo en los mismos años de 1571, 1572, 1573, y no se tarda en ver aparecer el nombre del

(1) *Descripción del Ducado de Borgoña*, por Courtepée; nueva edición, tomo II, pág. 56.

(2) Inútil es decir que por las indicaciones y acompañado del sabio archivero D. José Garnier, hemos estudiado estos registros de impuestos.

Sr. Benigno de Fremiot, que desempeñaba entonces el empleo de Contador de Hacienda. Ocupaba en la calle del Tesoro una casa que debía estar muy próxima al palacio, porque estaba contigua á la del librero Antonio Graugier, que se sabe habitó casi en frente del palacio.

El Sr. Benigno de Fremiot no era el mayor de su familia. No poseía el palacio hereditario, dado caso que le hubiera. La casa en que le vemos establecerse en 1571, es una sencilla casa de alquiler. En ella está aún en 1572, año del nacimiento de nuestra Santa, y en 1573, año del nacimiento de Andrés de Fremiot; no la deja sino en 1576, para ir á ocupar otra casa, igualmente de alquiler, situada en la calle Vauban, en las inmediaciones del palacio Bouhier.

He aquí una cosa que nos parece incontestable. Nuestra Santa Juana Francisca, nació en la parroquia de San Medardo, calle del Tesoro, cerca del palacio.

Pero en el momento en que la Santa nació, la iglesia de San Medardo, cayéndose de vieja y medio arruinada, no podía servir decentemente al culto. En vano se había intentado en diversas épocas reconstruirla. Las guerras civiles y las guerras religiosas lo habían estorbado siempre, tanto que el cura y los mayordomos de San Medardo, no habían encontrado otro medio para salir de apuros, que rogar á los señores de San Esteban les permitiesen celebrar provisionalmente en su iglesia todas las funciones parroquiales. Este permiso acababa de concedérseles por un tratado en forma en 1571, justamente un año antes del nacimiento de la santa Madre de Chantal; y desde este día, bautismos, matrimonios, entierros, Comuniones pascuales, todos los actos parroquiales, en fin, se hicieron en la iglesia Abacial de San Esteban. La Misa conventual sirvió primero de Misa parroquial; pero muy pronto se colocó un altar de San Medardo en el crucero meridional de San Esteban, y los feligreses acudían á esta nave baja como á una nueva iglesia de San Medardo, lo que como sucede generalmente con todo lo provisional, duró más de dos siglos.

De esto resulta evidentemente que Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, habiendo nacido en 1572 en la calle del Tesoro, en la parroquia de San Medardo, fué bautizada en la iglesia de San Esteban; y como el Sr. de Fremiot, al trasladarse en 1576 á la calle de Vauban, donde estuvo hasta 1583, no dejaba la parroquia de San Medardo, añado yo que allí hizo nuestra Santa su primera Comunión.

Estos puntos no nos parecen dudosos. Fácil es, por lo demás, comprender y explicar cómo se perdió la memoria de estos hechos. La iglesia de San Medardo, que cada año se proponía reedificar, fué, por el contrario, demolida y arrasada en 1576. Por otra parte, la calle del Tesoro desapareció también. En los solares que rodeaban al palacio se levantaron casas. El palacio ó casa del Sr. de Fremiot, fué demolido ó incluido en las nuevas construcciones. Esta casa, no pertenecía al Sr. de Fre-

miot. No la había ocupado sino de paso, cuatro ó cinco años á lo sumo y había salido en 1576, cuando nuestra Santa no tenía sino cuatro años. ¿Se necesitan más datos para explicar cómo y por qué no se conservó ninguna memoria del lugar donde nació la Santa?

Después de haber encontrado el lugar donde nació la santa Madre de Chantal en Dijón, y aclarada esta primera dificultad, hay otras sobre las cuales quisiera el historiador poder dar alguna luz. ¿En qué casa vivía la señora de Chantal cuando venía á Dijón después de su matrimonio, en la época, por ejemplo, en que San Francisco de Sales predicaba la cuaresma en Dijón? ¿En qué casa, sobre todo antes de entrar en la religión, se despidió de su anciano padre y pasó sobre el cuerpo de su hijo?

Para responder á esta pregunta, sería menester poder indicar de un modo cierto y preciso la habitación del Sr. Presidente Fremiot de 1596 á 1610, porque á su casa era adonde iba la señora de Chantal cuando pasaba algunos meses de invierno en Dijón, y en su casa — dicen expresamente todos los historiadores — se verificó la escena de la despedida.

Pues aquí es donde se encuentran dificultades bastante grandes. Hemos visto en 1576 al Sr. de Fremiot dejar la calle del Tesoro y venir á vivir en la calle de Vauban, cerca del palacio que ocupó después el Presidente Boyer, siempre en la parroquia de San Medardo. Estuvo allí hasta 1582. En este año, habiendo sido nombrado Presidente del Parlamento, pensó probablemente en tomar una casa más grande y vino á fijarse en la vecindad de su hermano Claudio, que había comprado en 1579, como ya hemos dicho, un palacio en la calle de Fols (calle Jeannin número 1); y se estableció en la parroquia de Nuestra Señora, calle de Verbois (1), hoy calle de la Vidriería. Se puede creer estuvo en ella hasta 1589, y así fué en la parroquia de Nuestra Señora donde se verificó en 1586 ó 1587 el matrimonio de Margarita de Fremiot con el Barón de Neufchêzes. Nuestra Santa, de edad de quince años, asistió á él.

En 1589, el Sr. de Fremiot, que no quiso adherirse á la Liga, degenerada entonces, y dueña, en fin, del Parlamento y de la ciudad, dejó de repente á Dijón, en donde su casa fué asaltada y saqueada, y se retiró á Thotes, en Auxois, y después á Semur, donde estuvo casi seis años (1589-1595). Durante este tiempo fué cuando se verificó en Bourbilly el matrimonio de nuestra Santa.

Por último, en 1595, habiendo entrado como vencedor Enrique IV en Dijón, el Sr. de Fremiot volvió también en triunfo á la cabeza del Parlamento de Flavigni; pero ¡cosa rara! aunque era entonces Presidente del Parlamento, Alcalde mayor de la ciudad, encargado á cada instante de

(1) No conocemos con exactitud el sitio de esta casa del Sr. de Fremiot, en la calle de la Vidriería. Sospechamos mucho era la casa núm. 1 de la calle de la Calderería.

las más delicadas é importantes comisiones, y su nombre se halla en cada página de la historia del país, no se le vuelve á ver inscrito ni en los registros de la parroquia de Nuestra Señora ni en los de ninguna otra parroquia. Imposible volver á encontrar su casa siguiendo las listas de impuestos, en las cuales se encuentran, no obstante, todos los habitantes de Dijón, aun los que estaban exentos, y en particular los magistrados del Parlamento y del Tribunal mayor de Cuentas. Y esta desaparición del nombre del Sr. de Fremiot dura desde 1595 á 1611, época de su muerte; es decir, durante los quince años en que más nos importaría conocer dónde paraba la señora de Chantal cuando iba á Dijón.

¿Cómo explicar un hecho tan raro? Del modo siguiente:

Cuando el Sr. de Fremiot volvió á entrar en Dijón en 1594, Enrique IV, para recompensar sus grandes servicios, le quiso hacer primer Presidente del Parlamento de Dijón; y como rehusase este favor, le propuso llevarle á París donde le hubieran dado un empleo importante. El Sr. de Fremiot estuvo inflexible, y para que el Rey aceptase su negativa le declaró que estaba decidido á dejar el mundo y hacerse eclesiástico. Enrique IV le dió entonces, según la costumbre de aquel tiempo, la rica Abadía de San Esteban y el arzobispado de Bourges. El Sr. de Fremiot aceptó y vino inmediatamente á habitar en la Abadía.

Esto es lo que nos cuenta un contemporáneo que ha dejado en su curioso *Diario*, aún inédito, interesantes detalles sobre los hombres y acontecimientos de aquella época en Dijón.

«El 8 de Enero de 1596 — dice el canónigo Pepin — abrió los Estados generales de todo el ducado de Borgoña, reinando Felipe IV, el Sr. de Birón, Gobernador por S. M. Asistieron muchos grandes señores, así de la Iglesia como de la Nobleza y del Estado llano. Se pronunció la arenga, como de costumbre, en San Esteban, en donde se dijo y celebró la Misa del Espíritu Santo, la cual en todo tiempo se decía en la santa capilla. Además se tuvieron las sesiones y el resto de los Estados generales en los Capuchinos, *atendiendo á que el Presidente Fremiot, entonces Alcalde mayor de la ciudad, y llamándose y residiendo como Abad en la abadía de San Esteban, había ocupado aquel lugar, por lo cual había sido preciso buscar sitio en otra parte.*»

Y más abajo: «El 14 murió el Sr. París Bernard, Prior de San Esteban, el cual había obtenido esta abadía por resignación del Sr. de Trillet, Abad y pacífico poseedor, el cual se había hecho cartujo y había resignado la dicha abadía en el expresado Bernardo, que no había podido tomar posesión, habiéndoselo impedido *el señor Presidente Fremiot, quien con fuerza había ido á tomar y hacer su morada en el dicho lugar, y poseía todos los alojamientos pertenecientes al dicho Abad.*»

Más lejos, en fin: «En este mes (Mayo de 1596) el Sr. de Fremiot, Alcalde, hizo sacar los cimientos de la Portelle, y se encontraron hermosas

pedras y muchos buenos materiales, los cuales encerró todos en la abadía de San Esteban; de modo que se llamaba Obispo de Bourges, Abad de San Esteban, Presidente del Parlamento, Alcalde de Dijón, y primer Consejero del Sr. Mariscal de Birón. En todos estos pasajes se advierte el acento poco benévolo de un antiguo partidario de la Liga, que no había perdonado aún al Sr. de Fremiot su noble conducta en medio de las turbaciones de 1589, y que toleraba impaciente su triunfo. Pero el tono importa aquí muy poco, y sin detenernos a refutar las acusaciones del canónigo Pepin, certifiquemos que desde 1596 el Sr. de Fremiot ocupaba en San Esteban la vivienda del Abad, sumamente grande y espaciosa, pues que se había pensado tener en ella los Estados generales.

El Presidente Fremiot estaba, pues, en la abadía que le había sido dada, mientras que se ocupaba en el asunto de su ordenación, asunto difícil, que no pudo llevar a cabo por el motivo que vamos a decir. El Sr. de Fremiot se había casado dos veces. Después de la muerte de la señora de Berbisey, madre de Santa Juana Francisca, en 1573, se volvió a casar, no se sabe de cierto en qué año, con una señora cuyo nombre no he podido averiguar. Estaba viudo, es verdad, de esta segunda mujer, pero desde los primeros siglos de la Iglesia hay una ley eclesiástica, é indicada ya por San Pablo, que si bien no excluye a los viudos de los Santos Ordenes, es con la condición expresa de que no hayan sido casados en segundas nupcias; *unius uxoris virum*. Además, esta segunda mujer era también viuda cuando se casó con él, lo cual por sí solo era bastante para no permitirle recibir los Ordenes sagrados.

El Sr. de Fremiot trató en vano de alcanzar dispensa, y no habiéndole sido posible conseguirla, transmitió, según el uso de aquel tiempo, su abadía y arzobispado a su hijo Andrés, hermano de Santa Juana Francisca. Las negociaciones debieron ser largas, pues en 1604 el Ilmo. señor Andrés de Fremiot no era aún sacerdote, y dijo su primera Misa el Jueves Santo de este mismo año, y precisamente en San Esteban, de donde ya era Abad por renuncia de su padre. En cuanto a este último, que vivía en San Esteban nueve años hacia, se puede conjeturar que continuó viviendo allí hasta su muerte; porque por una parte el Ilmo. Sr. D. Andrés, nombrado Arzobispo de Bourges al mismo tiempo que Abad de San Esteban, fué a residir a su ciudad arzobispal, y dejó desocupada de este modo la espaciosa habitación de los abades. Por otra parte, no apareciendo el nombre del Presidente Fremiot desde 1604 a 1611 en los registros de los impuestos, así como no aparece tampoco desde 1596 a 1604, época en la cual vivía ciertamente en San Esteban, ¿no hay fundamento para creer que continuó viviendo allí? Esto es tanto más verosímil, cuanto que el Presidente Lefevre habitaba en 1550 en los edificios de San Benigno, con alguna menos razón que la que tenía el señor de Fremiot para vivir en los de San Esteban.

Aquí fué, por consiguiente, a la habitación de los Abades Comendadores de la más antigua abadía de Dijón, adonde la señora de Chantal vino en 1601 a pasar el primer año de su viudez; adonde vino también, en 1604, para oír los sermones que San Francisco de Sales predicaba aquella Cuaresma en la santa capilla; y en donde, por último, se reunió la junta de parientes el 20 de Junio de 1610, y tuvo lugar la heroica escena de pasar la Santa por encima del cuerpo de su hijo después de haberle abrazado.

Para acabar de dar á esto completa luz, y satisfacer enteramente á la piedad sobre este punto, seria menester, bien lo conozco, después de haberse asegurado por textos contemporáneos que desde 1604 a 1611 no dejó el Sr. de Fremiot la abadía, poder indicar cuáles eran los cuartos que habitó la señora de Chantal. Pero ¿quién podría hacerlo? El tiempo todo lo ha destruido y todo lo ha renovado en aquel antiguo edificio. La abadía vino á ser colegiata; la colegiata, obispado; el obispado, dividido en lotes diferentes, ha sido vendido como bienes nacionales. Algunos pedazos de claustros, una puerta viejísima, por la cual ciertamente San Francisco de Sales y tal vez también la Madre de Chantal pasaron muchas veces, algunos restos de las antiguas paredes, todo arruinado y perdido entre las nuevas construcciones, es lo único que queda de la antigua abadía; por consiguiente, tenemos que renunciar al placer de encontrar las habitaciones donde vivió la señora de Chantal, y los salones testigos del heroico sacrificio de su marcha y despedida.

III

Carta del Presidente Fremiot al Sr. de Fervaque, Gobernador de Borgoña (1).

«Al Sr. de Fervaque, Caballero de las órdenes del Rey, Capitán de cincuenta hombres de su ejército, Conde de Grancey, Señor y Barón de Selongey, etc., en Dijón.

«Señor: estoy sumamente agradecido, á vos y á todos los señores de la ciudad, por la atención de enviarme á mi hermano para verme, no sólo por el contento que en ello he recibido, sino por la satisfacción de consolarnos mutuamente en nuestras desgracias públicas y privadas; y además, porque en esto he conocido la buena opinión que aún tenéis de mí, á saber: que conservo en mi alma el ardiente amor que un hombre de bien debe de tener á su patria y á sus conciudadanos; y ojalá que mi vida fuese sacrificada por el bien público, y que todo se arreglase feliz-

(1) Archivos de la ciudad de Dijón. Correspondencia municipal B, 22, registro X, núm. 132.

mente. Yo quisiera haberme podido rendir á las lágrimas y persuasiones de mi expresado hermano, que me han llegado muy al corazón, cuando he sabido los disgustos y malos tratamientos que él y mi hijo han sufrido por mí, y con los que amenazaban á todos mis parientes. Pero mi honor y mi deber me impiden doblegarme á todas estas cosas, y así os suplico humildemente, señor, consideréis cuáles han sido mis hechos pasados, la relación de los cuales he dado por escrito á mi hermano, y me ofrezco á la muerte si en todo ello se encuentra una sola mentira. Y estoy tan cierto que no merezco por ellos crítica ni baldón, sino que, por el contrario, los que quieran juzgarme sin pasión, me alabarán, tanto por el afecto y deseo que he tenido de la tranquilidad y bienestar de toda la provincia, como por la paciencia con que he sufrido las amenazas y malos deseos que contra mí se han dirigido. Cierto, que viéndome reducido á la necesidad de vivir en esta provincia, pues que el Rey me lo había mandado (además, ¿qué había yo hecho para ser desterrado de ella?) y oyendo decir á cada instante que se había dado á algunos el encargo de asesinarme, por lo cual no podía vivir tranquilo, me resolví á buscar una habitación más segura que una mala casa de campo. Y con este fin me retiré el martes último á esta ciudad, en donde si se averigua que he tenido antes relaciones con uno solo de sus vecinos, consiento en morir. Después el Sr. de Thavanes ha entrado en ella, como lugarteniente general del Rey en este país y ha confirmado á todos los habitantes en la buena voluntad que tenían de permanecer en la obediencia del Rey. Si es un crimen el ser fiel vasallo del Rey y retirarse á una ciudad que permanece en su obediencia, soy culpable. Si es un crimen el que un hombre de bien perseguido injustamente, y á quien se quiere quitar la vida por odio y por juzgar equivocadamente su conducta, se retire y busque cómo ponerse á cubierto para defender aquélla, soy culpable. Pero vos, señor, sois bastante sabio para imputarme como un crimen todas estas cosas. Y aun cuando fuera yo verdaderamente culpable en esto, extraño mucho el que se quieran vengar en mi hijo, en mis hermanos y hermanas, y en mis próximos parientes, que no tienen de ello ninguna culpa, y de los cuales no había tenido noticia hace dos meses enteros. Y ahora me trae mi hermano la terrible noticia de que me enviarán en un saco la cabeza de mi hijo, y se hará sufrir á mis parientes todo lo malo que sea posible. Sé muy bien, señor, que en un corazón como el vuestro, tan bueno y generoso, no puede haber tan bárbara y cruel resolución, y que todo esto procede de los furiosos consejos de mis enemigos, que querían satisfacer su ciega pasión á expensas de la grande y bella fama que habéis adquirido con tantos actos heroicos como habéis hecho, y con lo digna y justificadamente que habéis desempeñado vuestros honoríficos empleos. Todo esto me hace esperar, señor, que jamás consentiréis en que se siga un consejo tan horrible é inhumano. Pero si

vuestra virtud y buen carácter fuesen vencidos por la violencia ó furor de mis enemigos, no puedo menos de confesar que sentiría muchísimo ver semejante espectáculo, pues no estoy desprovisto de humanidad ni de paternal afecto. Pero no obstante, diría con toda libertad que tenía por muy feliz á mi hijo que moría tan joven y en la primera flor de su edad por el bien público, y siendo inocente tener un tan honroso sepulcro, y más bien por el destino ó desgracia que por culpa de su padre, anticipar el fin de su carrera y evitar el sentimiento de las calamidades que amenazan á este infeliz Estado. Os suplico, pues, señor, templéis con la sal de vuestra prudencia los malos consejos que os dan, pudiendo estar seguro que ni los tormentos que pudieran darme, ni los que hagan sufrir á mi hijo, que sentiré mucho más que los míos, serán capaces de obligarme á que haga nada contra mi honor y el deber de un hombre de bien. Más quiero morir mil veces conservando sin tacha mi reputación, que vivir muchos años sin ella. Y si fuera posible hacer sin deshonra lo que mi hermano me ha propuesto, lo habría hecho. Ruego humildemente que toméis á bien todo lo que os digo, y creáis que no hay nadie en el mundo que desee más que yo el bien y tranquilidad de la patria, y que cuando pueda serle útil me ocuparé en ello de muy buena voluntad; con lo cual, después de saludos humildemente, rogaré al Señor os conserve con salud una vida larga y feliz.

»En Flavigny, el domingo 3 de Marzo de 1589.

»Vuestro humilde y obediente servidor,

Premiot.»

IV

Contrato de matrimonio de Santa Juana Francisca. (1) (Véase pág. 97.)

«En mil quinientos noventa y dos, el veintiocho de Diciembre por la tarde, en el castillo y casa fuerte de Bourbilly, ante mí, Boëdot, notario real de la bailía de Auxois, con residencia en Epoisse, comparecieron personalmente de una parte el señor Cristóbal de Rabutin, Barón del dicho Bourbilly, hijo del señor Guy de Rabutin, Caballero de órdenes del Rey, gentilhombre ordinario de su cámara, Capitán de cincuenta hom-

(1) Copia autorizada sacada del acta original, por Francisco Vallón, antiguo primer escribano de justicia de la bailía y chancillería de Avallón, Notario real apostólico de la diócesis de Autun, comisionado para ello el 12 de Febrero de 1714, por Leonardo Champión, bachiller de la Sorbona, Arcipreste y cura de Avallón, diócesis de Autun, Comisario en esta parte. (Archivos del primer monasterio de Ancecy, I, cajón 16, núm. 19, mss. en folio.)

bres de su ejército, Señor de Chantal y de Sauvigny, y de la difunta señora Francisca de Cosseret, su padre y su madre, con la autoridad, voluntad y consentimiento de dicho señor de Chantal, su padre, allí presente; y de otra parte, la señorita Juana Fremiot, hija del señor Benigno de Fremiot, caballero, Consejero del Rey en su Consejo de Estado, Presidente en la Audiencia del Parlamento de Borgoña, Señor de Toste, Beauregard y Genessi en parte, y de la difunta Margarita Berbissey, su padre y su madre, también con la autoridad, voluntad y consentimiento del dicho señor de Fremiot, su padre, y con conocimiento del señor Juan Jacobo de Neufchezes, Señor de Efran y Neufchezes, Barón de Brun-Buisson, Caballero de las órdenes del Rey, Capitán de cincuenta hombres de su ejército, y de la señora Margarita de Fremiot, su mujer, hermana de la señorita futura esposa, y del noble hermano Juan de Fremiot, Prior del gran Val-des-Choux, su tío, presentes: las cuales partes de su ciencia cierta, y porque así les agrada, han dicho y declarado haber hecho y hacer sus acuerdos, tratados y contratos de matrimonio, y otras cosas que siguen, á saber: que el dicho Sr. Cristóbal de Rabutin y la señorita Juana de Fremiot, con las autorizaciones y consentimientos que se expresan antes, se han prometido y prometen tomarse y casarse en leal matrimonio, según Dios y la Santa Iglesia Católica, lo más pronto que sea posible; en favor y consideración del cual futuro matrimonio, y á fin de que se haga y se cumpla, luego que esté consumado, los dos futuros esposos serán y quedarán asociados y en comunidad de todos los bienes que tienen y puedan tener y adquirir, mientras y durante su dicho matrimonio, cada uno por mitad; en favor del cual dicho matrimonio el expresado Sr. de Chantal, padre, de su buena voluntad y porque así le agrada, ha dado y da las presentes, perpetuamente para él y sus herederos, y en forma de donación entre vivos, pura é irrevocablemente al dicho Sr. de Rabutin, su hijo, presente, estipulante y aceptante, perpetuamente para él y sus herederos, la tierra y señorío de Sauvigny, perteneciente al dicho señor de Chantal, padre, como ella se extiende y lleva, y del mismo modo que la ha disfrutado y al presente la disfruta, consistente en toda clase de justicias, alta, mediana y baja; derechos de mano muerta, mixtos, casas, granjas, verjeles, cercas, tierras, prados, bosques, ríos, breñales, censos, rentas, impuestos, y cualesquiera otros derechos y dependencias, sin retractar ni reservar para sí cosa alguna dicho señor donante, excepto el usufructo, el cual tendrá solamente durante su vida natural, pues quiere y entiende ser consolidada en propiedad tres días antes de su muerte, la dicha tierra y señorío, franca y libre de toda carga, servidumbre é hipoteca; y cualquiera clase de feudo, con el señorío de Epoisse y no de otra; y para confirmar esta donación, el dicho Sr. de Chantal ha nombrado y constituido su procurador especial é irrevocable al Sr. César Butteau, para requerir dicha confirmación y jurar en su alma, como lo ha hecho en mis ma-

nos, que hace esta donación de su libre voluntad, sin haber sido inducido á ello por nadie; y el indicado Cristóbal de Rabutin ha nombrado también al Sr. Elías Mouchon, procurador del Parlamento, su procurador especial para aceptar desde luego esta donación, requerir su confirmación y hacer todas las declaraciones y juramentos necesarios.

«La dicha futura esposa será dotada con la suma de doscientos escudos de renta cada año, que se tomarán de los bienes más libres del dicho futuro esposo, y de los que gozará ella durante su vida natural como también del castillo y casa fuerte del dicho Bourbilly, sus granjas y dependencias, en concepto de arras.

Será dotada con sortijas y joyas por el dicho señor su esposo hasta la suma de seiscientos escudos.

«También en favor y contemplación del futuro matrimonio, el señor Fremiot, padre, por todos los derechos de su mencionada hija, así maternos como paternos, y de sus abuelos y abuelas, tanto maternos adquiridos como paternos por adquirir, promete y constituye en dote de matrimonio la suma de diez y seis mil seiscientos sesenta y seis escudos y dos tercios que serán satisfechos en la forma siguiente: ocho mil, para pagar la deuda que tiene dicho señor futuro esposo con el Caballero Francisco de Rabutin, Señor de la Vault, Gexy y Forclans, por los atrasos de la compra de los molinos del dicho Bourbilly, y de cuyos atrasos queda encargado desde ahora el citado Sr. Fremiot, así como todos los que puedan caer después, tal y como deban ser pagados, según lo convenido en el contrato hecho al afecto, del cual dice el Sr. Fremiot que está suficientemente enterado, quien hará de modo que el dicho señor futuro esposo y sus herederos no puedan ser inquietados ni ahora ni en lo porvenir por el pago, tanto de la suma principal como de otras.

«Además pagará el dicho Sr. Fremiot la cantidad de dos mil escudos en dinero contante, y lo demás de la dicha dote, que asciende á mil seiscientos sesenta y seis escudos y dos tercios, después del fallecimiento del dicho Sr. Fremiot, cuya cantidad deberá tomar de los bienes más libres de éste, quedando, no obstante, á la elección de la dicha futura esposa y de sus hijos, si ella muere antes que su padre, el contentarse con la dicha suma de diez y seis mil seiscientos sesenta y seis escudos y dos tercios, por todos los derechos personales, maternos, fraternos, y de sus abuelos y abuelas; ó bien tener una parte en las dichas sucesiones y demás bienes que el repetido Sr. Fremiot esté poseyendo en el día de su muerte, descontando de ella lo que ya tenga recibido, ó tomándolo de menos, de cuya referida dote se contarán mil escudos en muebles para provecho de los dichos futuros casados, y lo demás de ella como propiedad y derecho á la herencia, en provecho de dicha futura esposa y de sus herederos, en cualquier grado que sean, del mismo modo y forma que si fuera herencia ó derecho paterno; y para este fin quedarán dichos

bienes consignados particularmente y por especial asignación sobre las dichas tierras y señoríos de Bourbilly y Souvigny, para que la dicha futura esposa y sus herederos gocen de ello por sus manos hasta el reembolso y restitución de los dichos dineros dotales, sin que ni á ella ni á sus herederos se descuenten ó deduzcan los frutos de la dichas hipotecas particulares de la cantidad principal de los dichos dineros dotales; y sin que se confundan con aquéllos y para mayor seguridad de la dicha dote y asignación, el dicho Sr. de Chantal ha querido y consiente por estas presentes, que no obstante la sustitución referida, á la cual queda afecto dicho señorío de Bourbilly, la repetida señorita futura esposa y los suyos gocen de ella hasta la extinción de dicha deuda y reembolso de la expresada cantidad: y en el caso de que los dichos dineros dotales estuvieren sin pagar después de la muerte del dicho señor futuro esposo, éste adquirirá su herencia en el nombre y provecho de la dicha futura esposa y de los suyos, y entonces serán juntamente sus dichos herederos descargados de otro tanto de la dicha asignación.

»Los dichos futuros esposos podrán hacerse mutua y simple donación uno á otro, tanto entre vivos como por testamento, ó donándose por última voluntad una porción de los bienes que les hayan correspondido, según mejor les parezca.

»El que sobreviva de los dichos futuros esposos llevará primeramente, y antes de toda partición, todos los vestidos que servían á su persona, con su cuarto adornado de los mejores muebles, ó en cambio de él la suma de cuatrocientos escudos por cada uno de los sobrevivientes; y si fuere el mencionado futuro esposo, el sobreviviente, llevará también sus armas y sus caballos; y la dicha futura esposa, en caso de supervivencia, además de los dichos sus vestidos y cuarto amueblado, como se dice arriba, llevará también primeramente todas sus sortijas y joyas de cualquier valor que sean, sin faltar ninguna, ó en cambio la suma de seiscientos escudos á su elección, y también su coche, enjaezado con cuatro buenos caballos ó por éstos la suma de cuatrocientos escudos á su elección; lo demás del presente contrato será hecho y arreglado siguiendo la costumbre general del país y ducado de Borgoña. Así ha sido querido y acordado por las dichas partes; de lo cual están contentas, prometiendo con juramento prestado en mis manos tener para siempre jamás por aceptado el presente contrato, punto por punto, sin contravenir á él, por lo cual se someten y obligan sus bienes presentes y futuros para con la chancillería del ducado de Borgoña, renunciando á toda cosa en contrario. Hecho y verificado en presencia de Carlos de Esbares, escudero que vive al presente en Semur, y del Sr. Claudio Faby, del lugar de Epoisse, que vive ahora en el dicho castillo, testigos requeridos que han firmado con las partes antedichas, y también de Juan Coulon, capitán en el dicho castillo de Bourbilly, testigo que ha firmado, y la dicha acta original está fir-

mada. *Guy de Rabutin. = Fremiot. = Cristóbal de Rabutin. = Juana Fremiot. = Juan Fremiot. = De Neufchezes, como presente. = Fremiot. = J. Fremiot. = De Esbares. = Faby. = J. Coulon. = F. Boedot, notario.*»

V

Carta de San Francisco de Sales al Alcalde mayor y Regidores de Dijón (1).

«A los señores Alcalde mayor y regidores de la ciudad de Dijón. (Véase pág. 167.)

»Señores: es para mí una grande honra el deseo que manifestáis de tenerme en vuestra ciudad para bien de vuestras almas, sin que se me alcance cómo he tenido la dicha de que sepáis mi nombre y existencia en el mundo. Admirame esto tanto más cuanto que estoy muy lejos de merecerlo, no teniendo otro título que pueda justificar la opinión que habéis formado de mí, sino un amor grande al aumento de la gloria de Dios y á los que la desean, entre los cuales sabiendo ocupáis el primer lugar, os suplico creáis aprovecharé con el mayor gusto todas las ocasiones de servirlos que se me presenten. Con esta buena voluntad procuraré vencer todas las dificultades que me pudieran impedir ir á vuestra ciudad al tiempo que me indicáis en vuestra carta. Pero permitidme os diga, si os agrada, que si quisierais fuese solamente para la Cuaresma, no tendría dificultad ninguna que vencer, porque no la habría; pero en el Adviento me costará mucho trabajo vencer los obstáculos que se opondrán á la realización del grande deseo que tengo de complacerlos; y sin embargo, antes que daros motivo para creer que pongo alguna restricción á vuestra voluntad, os aseguro desde ahora, que si no me dais vuestro permiso para quedarme aquí el Adviento, no me quedaré, del mismo modo que no me quedaré en Cuaresma y venceré todos los obstáculos para estar en Dijón en una y otra época. Esperaré, pues, que el portador de ésta me traiga vuestra resolución, á la cual me someteré enteramente sin condición alguna.

»Quiera Dios, señores, colmaros de todas las gracias y darme á mí tanto poder como afecto me ha dado para hacéroslo conocer, vuestro más humilde servidor en Jesucristo, = *Francisco*, Obispo de Ginebra.

»Annecy 22 de Agosto de 1603.»

(1) Archivos de Dijón, correspondencia municipal, B. 22, registro XI, número 35.

VI

Noticia detallada de los principales manuscritos que han servido para componer esta historia. (Véase el prólogo.)

En la introducción y en algunas notas esparcidas en la obra, he indicado los principales manuscritos que han servido para componer esta historia. Pero será útil, me parece, poner aquí una lista detallada y razonada. Se verá cuál es el carácter cumplidamente histórico de la vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y si es posible encontrar testigos mejor informados y más sinceros. Si por otra parte, lo que Dios no permita, el monasterio de Annecy llegase á sufrir las desgracias que han dispersado y destruido las bibliotecas y los archivos de las Ordenes religiosas en Francia, esta lista adquiriría un día una nueva y triste importancia. Serviría para seguir la huella, y encontrar tal vez algunos de estos preciosos monumentos, porque casi todos los que voy á describir pertenecen al monasterio de Annecy. Por lo demás, me concreto al examen de los manuscritos. Sólo por casualidad hablaré de los impresos, cuya lista sería demasiado larga, y por otra parte no corren tanto peligro de perderse.

1.º *Proceso hecho por autoridad apostólica acerca de la fama de santidad, virtudes y milagros de la venerable sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal*: 6 volúmenes en folio. — Esta colección contiene, entre otros documentos de la mayor importancia, todas las declaraciones de los testigos examinados, ya por autoridad del Ordinario en 1715 y 1716, ya por los Comisarios apostólicos en 1720 y 1722 y los años siguientes. Con esto está dicho el inestimable precio de semejante monumento. Se ha visto en el prólogo de esta historia, por qué conjunto de circunstancias estaba cerrado con los sellos de los Notarios apostólicos, y, por consiguiente, desconocido y no consultado, hasta que el difunto Ilmo. Sr. Rendu, Obispo de Annecy, rompió los sellos, é hizo depositar los seis volúmenes en los archivos de la Visitación. Justo es, no obstante, decir que si ningún historiador francés ha tenido conocimiento de él, un historiador italiano ha podido estudiar este proceso de canonización en Roma, donde había una copia. Este historiador es Carlantonio Saccarelli, cuya obra, por lo demás, no ha sido nunca traducida al francés. (*Vita de la venerabile Madre Giovanna-Francesca Fremiot de Chantal, fondatrice dell' Ordine della Visitazione di Maria*; composta da Carlantonio Saccarelli, di clerici regolari ministri degl' infirmi. Nuova edizione, Milano, 1843.)

2.º *Proceso hecho por autoridad apostólica acerca de la fama de santidad, virtudes y milagros, para la beatificación y la canonización de San Francisco de Sales*: 6 volúmenes en folio. — En las declaraciones

oidas cuando el proceso de la beatificación del Santo Obispo de Ginebra, se encuentran una multitud de cosas que tienen relación con Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, particularmente en lo que toca á la venida del Santo á Dijón, la fundación del Instituto, la redacción de las reglas, la multiplicación de las casas, la muerte de San Francisco de Sales, etc. Aquí se encuentran también todas las declaraciones de la santa Madre de Chantal, sobre las virtudes del Santo Obispo de Ginebra, declaraciones admirables, sin cuyo estudio no es posible conocer el alma de la Santa. El Sr. de Baudry ha dado á luz hace poco una excelente edición de estas declaraciones. (Paris, en casa de Périsse, un volumen en 8.º, 1843.)

3.º *Colección de las dificultades opuestas á la beatificación y canonización de la venerable sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal*: un volumen en folio. — (Arch. de Annecy.) Hablaré bastante de esta Colección en el segundo volumen de esta historia. (Documentos justificativos, nota 1.º)

4.º *Diferentes Memorias escritas por la venerable Madre de Chantal acerca de su vida, sus penas interiores y sus fundaciones*. — De estas diferentes Memorias, las unas relativas á los primeros años de Santa Juana Francisca en el mundo, á sus penas interiores, y á los cuidados de su viudez, fueron escritas por orden de la Madre de Chatel, que siendo Superiora de Annecy, juzgó importaba á la gloria de Dios que se manifestasen los tesoros ocultos en el corazón de la Santa. Desgraciadamente, lo que de esto poseemos es muy corto, sea por haberse perdido el resto, ó, lo que es más probable, porque muerta la Madre de Chatel, la Santa se vió libre de la obligación de escribir estas *Memorias*. Las otras son relativas á la fundación de muchos monasterios. Son como unos procesos verbales de instalación, redactados por la Santa y escritos enteramente de su mano sobre la primera página del libro destinado á contener las actas del monasterio. El más importante es el que contiene, escritos por la Santa, los principios de la Visitación en Annecy; desde el 6 de junio de 1610 hasta la erección de la Visitación en Orden religiosa el año 1618. Los autógrafos ó copias antiguas y auténticas se conservan cuidadosamente en Annecy. No se insertó sino una parte de ellos en el proceso de canonización de la Santa.

5.º *Memorias de nuestra difunta y respetable Hermana la Madre Francisca Magdalena de Chaugy, profesa de este primer monasterio de la Visitación de Annecy, en el año 1630, secretaria de nuestra venerable Madre de Chantal, y después Superiora de este primer monasterio, sobre la vida de la dicha venerable Madre de Chantal*; un volumen manuscrito en folio, encuadernado en pergamino. — El manuscrito autógrafo de estas preciosas memorias existe aún en el primer monasterio de Annecy. Hay además tres copias auténticas: una inserta en el proceso de beatificación;

otra en el de canonización, y la tercera, aún más hermosa, firmada también y rubricada por los notarios apostólicos, pero separada de los procesos de canonización, y se conserva en los archivos de Annecy. Estas curiosas Memorias, cuyo origen hemos contado en nuestra historia, se imprimieron en 1644, tres años después de la muerte de la Santa, con este título: *La vida de la Venerable Madre Juana Francisca Fremiot, fundadora, primera Madre y religiosa de la Orden de la Visitación de Santa María, por Enrique de Maupas de Tour, Obispo y Conde de Puy*; un volumen en 4.º París 1644. Esta historia de la santa Madre de Chantal, por el Sr. de Maupas, es la misma obra de la Madre de Chaugy, arreglada, ó más bien desfigurada, lo que no impidió tuviese un éxito asombroso y que fuera reimpresa muchas veces. En nuestros días, el Sr. Abate Boulanger, capellán de la Visitación de Mans, ha tenido la feliz idea de hacer otra edición de las mismas Memorias de la Madre de Chaugy, expurgadas de la mala retórica del Sr. de Maupas. El éxito ha sido extraordinario. Sólo sentimos que no haya visto ó no haya creído deber publicar la hermosa protesta que la Madre de Chaugy pone á la cabeza de sus Memorias. La que ha publicado es, en efecto, la de la Madre de Chaugy; pero no es, digámoslo así, más que el primer trazo de ella, habiendo sido luego ampliada por la misma escritora del modo siguiente: «Protesto que mi intención es decir la verdad lisa y llana, tal y como la he sabido, así de la boca de nuestra muy digna Madre de Chantal, como de otras muchas personas de quienes hace mucho tiempo nos hemos informado, particularmente del Sr. Robert, Vicario general del obispado de Chalons; del Sr. Colón, recaudador de la casa de Chantal; del señor Daubeton, antiguo criado del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges; del señor Goujon de Autun, que estaba en la casa de Chantal, y de una de las doncellas de nuestra dignísima Madre; pero principalmente de nuestras respetables Hermanas y Madres María Jacobina Favre, Juana Carlota de Brechard, Petra María Chatel, María Adriana Pichet y María Amada de Blonay, primeras Hijas y compañeras de nuestra muy digna Madre, las cuales, para no dejar detenida injustamente la verdad, me entregaron las Memorias en 1636, temiendo las sorprendiese la muerte.

De estas Memorias es de donde he sacado la mayor parte de las cosas que diré, así como de las que me ha referido nuestra querida Hermana Magdalena Isabel de Lucinge, Superiora de nuestro monasterio de Turin, y nuestra Hermana Juana Teresa Picoteau, que casi siempre acompañaron á nuestra digna Madre. He añadido á todo esto lo que he sacado de muchas Memorias que nos enviaron nuestros monasterios, y que nuestras Hermanas de Annecy me habían entregado, y lo que yo misma había anotado y corregido con grande afecto hace muchos años, particularmente en el año dicho de 1636, en que tuve la dicha de ser una de las que escribían diariamente bajo el dictado de nuestra digna Madre. Prin-

cipio, pues, en el nombre de Nuestro Señor, el 2 de Febrero de 1642, en nuestro primer monasterio de Annecy.

Hermana Francisca Magdalena de Chaugy.»

Este prólogo es en todos conceptos precioso. En él vemos á la Madre de Chaugy cogiendo la pluma en 2 de Febrero de 1642, es decir, seis semanas después de la muerte de la santa Madre de Chantal, tomando las más grandes precauciones para no cometer errores, no fiándose de sus recuerdos, haciendo que la remitieran Memorias todas las primeras Madres de la Visitación, preguntando también á todos los que en el mundo habían conocido á la Santa, y elevando así un monumento completamente histórico, del cual nos hemos servido mucho, y cuya belleza hemos hecho admirar en nuestra historia. Si nos atreviésemos á manifestar un deseo, sería el de que la próxima edición de estas Memorias se hiciese por el autógrafo mismo. Tenemos la certeza de que la copia de que se han servido está compendiada en muchos puntos.

6.º Dos manuscritos, el primero con este título: *¡Viva Jesús! Primer manuscrito de nuestra difunta y respetable Hermana la Madre Luisa Dorotea de Marigny, profesas de este primer monasterio en el año 1623, acerca de la vida y virtudes de nuestra venerable Madre de Chantal*. El segundo con este otro: *¡Viva Jesús! Segundo manuscrito de nuestra respetable Hermana la Madre Luisa Dorotea de Marigny acerca de la vida y virtudes de nuestra venerable Madre de Chantal*.— La Madre Luisa Dorotea de Marigny, una de las primeras religiosas de la Visitación, Superiora y fundadora de muchos monasterios, mujer de eminente virtud, fué durante muchos años testigo de las heroicas acciones de la santa Madre de Chantal. Estos dos manuscritos, aún inéditos, se insertaron en el proceso de beatificación, tomo II, pág. 947. El primero fué escrito probablemente en 1637, por orden de la Madre Chatel; el segundo fué enviado cinco años después á la Madre de Blonay. Está en forma de carta, y principia por estas palabras, que, á pesar de su modestia, dan á conocer su importancia: «Mi respetable Hermana y muy querida Madre: la Memoria que, para obedecer á Vuestra Caridad, voy á escribir de la vida y de los hechos de nuestra estimable y bienaventurada Madre, irá sin orden ninguno, porque mis ocupaciones y dolencias no me permiten dedicar á ello mucho tiempo, y para decir mejor la verdad, mi grande ignorancia me hace incapaz de ello. Diré, pues, con mucha sencillez y brevedad lo que me acuerdo, persuadida de que no puedo decir sino lo que las demás saben mejor que yo, que no he tenido la dicha de vivir más que unos diez años en nuestro bendito monasterio de Annecy, y durante cuyo tiempo hizo nuestra bienaventurada Madre muchos viajes y fundaciones, que me quitaron la felicidad de gozar de su compañía.»

7.º Una Memoria manuscrita con este título: *¡Viva Jesús! Manus-*

crita de nuestra difunta y respetable Hermana Francisca Angélica de la Croix, profesa de este primer monasterio en el año de 1621, acerca de la vida y virtudes de nuestra venerable Madre de Chantal.—Debemos decir que la Madre de la Croix merece el mismo elogio que hemos hecho de la Madre de Marigny. Es un testigo admirablemente colocado para ver bien, porque vivió casi veinte años con la Santa, y su gran virtud garantiza su sinceridad. Principió á escribir, ó á lo menos á poner algunas notas en el papel, en 1631; es decir, diez años antes de la muerte de la santa Madre de Chantal. He aquí cómo empieza su *Memoria*: «En el nombre de Jesús, María y José, y de la santa obediencia, voy á decir con toda verdad y sencillez lo que me acuerde haber notado u oído decir de las virtudes de nuestra bienaventurada Madre y santa fundadora, bien que otras saben las mismas cosas y más detalladamente, habiéndolo sabido por nuestra bendita cuna (Annecy), y por otras casas nuestras, por las cuales pasamos con su caridad (la santa Madre de Chantal), de lo cual hice yo un pequeño borrador en los años de 1631 y 1632.» El manuscrito concluye así: «Confieso y protesto delante de Dios, que todos los artículos y relaciones creo que son verdaderos, y que yo misma he visto y oído la mayor parte de las cosas que he dicho y que verdaderamente son poco ó nada en comparación de lo que he visto y creo de esa bendita Madre, á quien he mirado siempre como á una gran Santa.» Esta *Memoria* se insertó en el proceso de canonización, tomo II, pág. 332.

8.º Un manuscrito con este título: *Declaración del noble Sr. Jorge Héctor de Vincent de Fessegny, acerca de la venerable Madre de Chantal, del 1.º de Diciembre de 1639.*—Héctor de Fessegny era primer Síndico de Annecy mientras que la santa Madre vivió en dicha ciudad. Viéndose ya avanzado en edad y enfermo, escribió esta *Memoria* para que sirviese después para el proceso de canonización de la Santa. «Dando—dice—que las pruebas para la beatificación de la Madre de Chantal puedan hacerse antes de mi fallecimiento, á causa de mis enfermedades y de mi edad de 67 años, he querido hacer la presente declaración, la cual podrá servir después de mi muerte á los diputados de Su Santidad para las pruebas de la beatificación de aquélla.» Esta *Memoria*, unida al testamento de Héctor de Fessegny, y sellada con su sello, tenía en el sobre estas palabras: «En este papel están escritas las mismas palabras que oí decir á la muy digna Madre de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación, y las *Memorias* que he sabido de los superiores de la Visitación, muy verídicos, lo que me ha obligado á escribirlas para el bien y la honra de esta santa Madre, en caso de que nuestro Santísimo Padre el Papa así lo mande, para la prueba de su buena vida, costumbres y su canonización, que espero, así como la del bienaventurado Francisco de Sales, su director. Todo está escrito y firmado por mí, Héctor de Fessegny, que lo certifico, como también de haberlo sellado

por dentro y por fuera con mi sello para prueba de la verdad de todo mi escrito.»

9.º *Memoria de la Hermana de Clermont Mont-Saint Jean, sobre la vida y virtudes de la muy digna Madre de Chantal.* Manuscrito en 4.º, conservado en los archivos de Annecy.—Esta religiosa, que había pronunciado sus votos el día 6 de Septiembre de 1626 y que murió cinco años antes que la venerable Madre de Chantal, fué muchos años su secretaria. «Según el testimonio de la bienaventurada, la Hermana de Clermont era un alma muy singular y querida de Dios, capaz en todo aquello en que se la quisiera emplear; y yo—dice la santa Madre de Chantal—iba en su compañía con grande confianza.» Confidente de la santa Madre de Chantal, y acompañándola siempre, anotaba cuanto iba observando. De este modo resultó una *Memoria* preciosa sobre la vida íntima de la Santa.

10. *Memoria de la Madre Francisca Jerónima Favrot, sobre las virtudes de la Madre de Chantal.* Manuscrito en 4.º, poco importante.—Trata, sobre todo, de las virtudes de la bienaventurada, que la Madre Favrot había conocido, aunque solamente en sus últimos años.

11. *Recopilación de lo que pasó en el principio del Instituto en la casita de la Galería, donde nuestras primeras madres vivieron dos años y medio, hecha por nuestra respetable Hermana María Adriana Fichet, séptima religiosa y testigo auricular é irrepreensible.* Manuscrito en 4.º, núm. 34, Archivos de la Visitación de Annecy.—No son más que unas cuantas páginas, pero llenas de gracia, sinceridad y brevedad.

12. *Memoria de Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, sobre los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación.—Respuesta del Obispo de Ginebra (San Francisco de Sales) á una Memoria que le fué presentada por Dionisio de Marquemont, sobre las mudanzas que debían hacerse en la Visitación.*—Ambos documentos, que son de mucha importancia, están inéditos, y se conservan en la Visitación de Annecy. El autógrafo del primero se ha perdido, pero la copia que se conserva está escrita de propia mano de la santa Madre de Chantal. El segundo es de letra antigua, pero no es la letra de San Francisco de Sales.

13. *Historia de las fundaciones de la Orden de la Visitación de Santa María, escrita por nuestra respetable Madre Francisca Magdalena de Chaussy, en los años de 1637 y 1638.* Un volumen manuscrito en folio.—Esta obra es de un valor inestimable. Contiene la historia de cincuenta y un monasterios, fundados por la santa Madre de Chantal, ó á lo menos durante su vida. Fué escrita por su mandato y á su vista, revisada y corregida por ella misma, y es, por consecuencia, una de las fuentes más puras y abundantes de la historia del origen de la Visitación. De ella hemos sacado á manos llenas, encontrando en sus páginas

todo lo que instruye, encanta y edifica: la gracia, la sinceridad y la piedad, junto con la mayor exactitud histórica, porque las relaciones de la Madre de Chaugy, testigo ocular, fueron censuradas y corregidas por la misma venerable Madre de Chantal. La lectura de este manuscrito fué, sobre todo, lo que nos decidió á emprender la obra que publicamos hoy.

14. *Fundaciones manuscritas de nuestros monasterios*; veinte volúmenes manuscritos en 4.º — Es una continuación y un suplemento á la historia de las fundaciones, escrita por la Madre de Chaugy.

15. *Libro en el cual las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora de la Visitación escriben los años y días en que hacen sus profesiones, votos y renovaciones*. Un volumen manuscrito en folio. — Este libro nos ha servido mucho para establecer la cronología, hasta ahora muy embrollada, de la vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

16. *Libro de capítulo del primer monasterio de Annecy* (1616-1694). *Libro del noviciado del segundo monasterio de Annecy* (1634-1789). *Libro de los contratos permanentes* (1612-1672). — Por la fecha de estos manuscritos se conoce su inestimable valor. Son los libros primitivos de la fundación. No se les toca sino con el respeto debido á las reliquias. En todas las páginas se ven las firmas de San Francisco de Sales, de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, de la Madre Brechard, de la Madre Chatel, de la Madre Favre, de la Madre de Blonay, etcétera, etc.

17. *Cartas autógrafas é inéditas de San Francisco de Sales, de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, de Mons. Andrés Fremiot, del Sr. de Sillery, de la Madre de Chatel, de la Madre de Blonay, etcétera, etc.* — Nos es imposible dar aquí más detalles; todo lo que podemos decir es, que con este título indicamos uno de los más preciosos tesoros de los archivos de Annecy. No nos atrevemos á calcular el número de cartas de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, inéditas y desconocidas, pero es muy considerable. Lo mismo sucede con las cartas que la dirigieron los Obispos, Religiosos, y sobre todo las primeras Madres de la Visitación. Inútil es advertir cuánta luz dá esta correspondencia personal sobre la vida de la Santa y el origen de la Visitación. Hemos tenido que violentarnos para no recargar nuestra relación con citas, tanto más preciosas á nuestros ojos, cuanto que eran desconocidas. Por más ricos que sean los archivos de Annecy, falta mucho para que se encuentre la colección completa de las cartas de la Santa. Casi no hay monasterio que no posea algunas. En todas partes nos las han enseñado.

El estudio de las cartas autógrafas de la santa Madre de Chantal, es absolutamente necesario á un historiador, porque no carecen de faltas las ediciones publicadas.

La primera edición salió en 1644, tres años después de la muerte de la santa Madre, por los afanes y cuidados de la Madre de Blonay. Con-

tiene cuatrocientas cartas y se intitula: *Cartas espirituales de la Madre Juana Francisca Freimot, Baronesa de Chantal*; un volumen en 4.º, Lyon, en casa de Vicente de Cœur-Silly, 1644. Llevan al frente una dedicatoria de la Madre de Blonay, que explica claramente de qué manera y conforme á qué principios se hizo esta primera edición. «Hemos empleado — dice — más de siete meses en escoger y ordenar las cartas más útiles, quitando todas las que había dobles, porque si hubiésemos querido imprimir todas las cartas que nuestra incomparable Madre escribió conforme nos las han enviado, creo que, sin exagerar, sería el libro mucho mayor que el de las historias y vidas de los Santos, que llamamos comunmente *Flos Sanctorum*... Se ha procurado no incluir en este libro sino lo que es necesario ó útil, y lo que todo el mundo puede leer; lo que digo, porque se ha creído conveniente que nos contentásemos con guardar manuscritas muchas cartas que no son á propósito sino para ciertas ocasiones, ó para estar guardadas en el secreto de la caridad; no os choque el no encontrar sino muy pocas firmadas y fechadas, acordándoos que nuestra santa Madre omitía siempre el millar en sus fechas... En fin, amadas Hermanas mías, como este libro es casi para nosotras,» etcétera, etcétera.

Por esta dedicatoria se ve claramente con qué intención se hizo (hoy diríamos las faltas que tiene) esta edición. 1.º Se escoge, es decir, se coleccionan las cartas más útiles y se dejan las demás. 2.º Esta colección se hace para las religiosas, y con esta mira se entresacan las cartas. 3.º No se contentan con no publicar una porción de cartas que no se creen tan útiles, sino se quitan y suprimen muchos párrafos en las que se publicaron. 4.º Se forma de muchas cartas una sola, y esto es lo que la Madre de Blonay llama *juntar* los puntos más conformes uno con otro. Así, la carta 36, por ejemplo, de la edición de Blaise, está compuesta de dos cartas, dirigida la una á la Madre L'Huillier, y la otra al Comendador de Sillery, etc. 5.º Se suprimen casi todos los sobres, y se les reemplaza con estas palabras: «A una señora, á una religiosa, á una gran sierva de Dios;» precaución necesaria entonces, tres años después de la muerte de Santa Juana Francisca, porque de otro modo se hubieran revelado las penas, las miserias espirituales de una porción de gente que aún vivía; pero precaución que ha quitado á estas cartas, desde el punto de vista histórico, la mitad de su valor. 6.º La mayor parte de estas cartas no están fechadas. Se las ha dejado sin fecha, falta muy sensible, la cual podía entonces remediarse con mucha más facilidad que hoy, y que acaba de disminuir notablemente el interés de estas cartas desde el punto de vista histórico.

No debemos criticar por eso á la Madre de Blonay; hizo lo que se hacía entonces, y no pensaba ni nadie pensaba tampoco en publicar una edición como las que hoy se dan. Sólo quería ofrecer á su Orden un libro

de instrucción y de lectura espiritual, corto, sólido, piadoso, que contuviera lo que importaba que supiesen las Hermanas; y ofreciéndoselo de la mano y pluma de su común y santa Madre, consiguió perfectamente su designio; pero es muy sensible que todos los editores hayan copiado esta edición hasta el presente sin cambiar nada, contentándose con añadir cartas inéditas. Y esto es lo que hace tan preciosa para un historiador la rica colección de cartas autógrafas que posee el monasterio de Annecy.

18. *Constituciones de la Orden de la Visitación, que contienen la regla de San Agustín, traducida por San Francisco de Sales, y las Constituciones de las Hermanas de la Visitación.* Manuscrito original, un volumen en 12.^o

19. *Primer costumbrero.* Manuscrito corregido por mano de la santa Madre de Chantal, y aprobado en París el 16 de Octubre de 1635 por los Ilmos. y Excmos. Sres. Obispos y Arzobispos. — Se conserva en Annecy otra copia del Costumbrero de 1624, revisada también por la santa Madre, y tres impresos muy preciosos, uno de 1628, otro de 1637 y el tercero de 1640, todos tres anteriores a la muerte de la venerable Madre, a quien habían servido.

20. *Pequeñas costumbres de este monasterio de la Visitación de Santa María de Annecy.* Es igualmente el manuscrito original, un pequeño vol. en 12.^o

21. *Colección de lo que nuestra única Madre nos ha dicho en las recreaciones en este monasterio de Annecy, respondiendo a las preguntas que le hemos hecho sobre nuestras reglas, constituciones y costumbres. Revisado y aumentado por Su Caridad con muchas preguntas que le han hecho en nuestras casas en este año de 1631.* Un vol. manuscrito, en 4.^o — Este es el mismo manuscrito original, revisado y corregido por la santa Madre de Chantal. Se conserva también en Annecy la primera edición de estas *Respuestas*, impresas en 1632.

22. *Entretenimientos ó conversaciones y capítulos de nuestra única Madre de Chantal.* — No hemos visto el original, pero conocemos tres copias: 1.^o Las dos de que se hace mérito en el capítulo XXII del tomo II de la presente historia. 2.^o Otra tercera que posee el monasterio de Annecy. No llega más que hasta 1637 y concluye con estas palabras: «El presente extracto ha sido fielmente confrontado, y está conforme al original.»

23. *Recopilación de los milagros obrados por nuestra venerable Madre de Chantal.* — Designamos bajo este título muchos manuscritos que que contienen declaraciones autorizadas, relativas a curaciones milagrosas alcanzadas por intercesión de la venerable Madre de Chantal.

24. *Colección de cartas dirigidas á la Santa Sede para alcanzar la beatificación de la venerable sierva de Dios Juana Francisca Fremiot*

de Chantal. Manuscrito en 4.^o — Esta colección es muy útil para ver en qué reputación de santidad vivió y murió la Madre de Chantal.

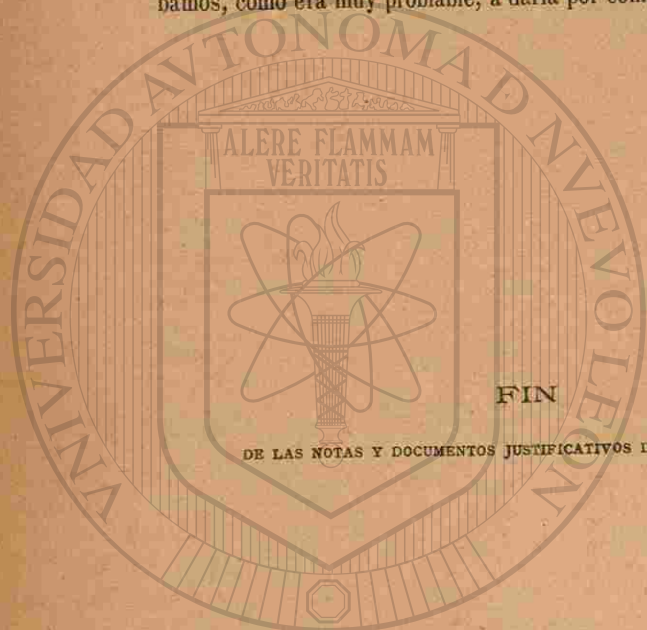
25. *Compendio de la vida de la señora de Chantal.* Biblioteca pública de Dijón. Manuscrito núm. 32. Hermosa copia del siglo XVII. — Aunque este *Compendio* se halla impreso, citamos sin embargo, el manuscrito porque lleva al frente una carta de Bussy-Rabutin á la señora de Sevigné, muy curiosa é inédita, la cual resuelve la duda en que estábamos respecto al autor del mismo. El autor es Bussy-Rabutin, y no su hija Luisa de Rabutin, Marquesa de Coligny, como se ha creído durante mucho tiempo. He aquí la carta de Bussy-Rabutin, que dirime la cuestión:

«A la señora Marquesa de Sevigné.

«Señora: Hace mucho tiempo que el Sr. Obispo de Autun me insta para que escriba la vida de la señora de Chantal, y muestra tanto interés en que lo haga, que por darle gusto voy á poner manos á la obra. Por cierto que deseando conocer á la señora de quien voy á hablar, he leído su vida y he quedado muy descontento de la manera en que está escrita, por lo cual, he creído que debía, para honrar la memoria de nuestra abuela y nuestro cercano parentesco (así como para corresponder al interés que muestra mi amigo), escribirla de otro modo. El trabajo que voy á emprender es tan santo, que me parece que emprendiéndole es como mejor puedo reparar las faltas de mi juventud. Me lisonjeo, además, que la señora de Chantal, la cual (como sabéis), me predijo cuando era niño que sería un hombre de bien, me alcanzará esta gracia más por agradecimiento que por cumplir su vaticinio. Estos son, señora, los motivos que me han impulsado á escribir la vida de la señora de Chantal. Los que me mueven á dedicársela son tan fáciles de comprender, que no hay necesidad de manifestarlos. También debiera hacer aquí vuestro elogio; pero además de que no sé en qué estilo debe escribirse una epístola dedicatoria, temo disminuir la admiración debida á la señora de Chantal si os alabo aquí como merecéis. La posteridad hará esto algún día y honrará á nuestro siglo, recordando las gracias de vuestra persona y los encantos de vuestro talento, y sobre todo ensalzando la virtud de que habéis dado pruebas, permaneciendo viuda durante veinte años con una reputación digna de la nieta de una Santa. Por mi parte, me contentaré ahora con amar y apreciar en silencio tan grandes y excelentes cualidades. Tampoco os diré nada de lo mucho que os honra el singular mérito de la señora de Grignan, por haber hecho de la más linda doncella de Francia una de las señoras más completas del reino; contentándome con aseguráros de mi profundo cariño y del respeto con que soy, etc., etc.»

Estos son los principales manuscritos que hemos tenido entre manos. Decimos los principales, porque hemos tenido otros muchos pero de menos importancia, menos antiguos, ó que no trataban sino de asuntos

secundarios, y que por esta razón hemos creído suficiente citarlos al pie de las páginas. En cuanto á las obras impresas, su relación sería demasiado larga, y nos ha parecido prudente no meternos en un trabajo que sería inmenso si quisiéramos dar toda la bibliografía de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y que tendría muy poco valor si no llegáramos, como era muy probable, á darla por completo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B



ÍNDICE DE MATERIAS

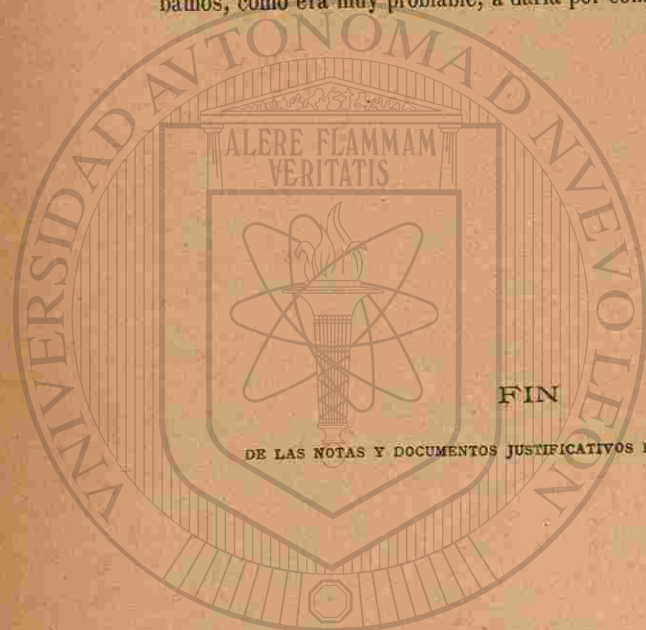
	Págs.
Dedicatoria á San Francisco de Sales.....	v
Carta de la Superiora del Segundo Real Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid á las Hermanas de España...	7
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Orleans al Sr. Abate Bougand, respecto á su segunda edición de la <i>Historia de la venerable Madre de Chantal</i> , acerca del modo de escribir la Vida de los Santos.....	11
Prólogo de la segunda edición..	37
Prólogo de la primera edición.....	43

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca Fremiot. Su adolescencia y primeros años de su juventud.

Años.		
	Doble origen de Santa Juana Francisca. Los Fremiot y los Berbisey.....	72
	Lo que eran unos y otros.	73
1572.	Nacimiento de Santa Juana Francisca. Retrato del señor de Fremiot.....	74
1573	Pierde á su madre á los diez y ocho meses.....	74
1577.	Santa Juana Francisca, de edad de cinco años, confunde á un hereje.....	76
	Virtudes nacientes; amor á la Iglesia; ternura para con los pobres; devoción á la Virgen Santísima.....	78
	Admirable muerte del Sr. D. Juan Fremiot, abuelo de Santa Juana Francisca.....	79
1587.	Casamiento de Margarita Fremiot con el Sr. de Neufchezes. Marcha al Poitou, y lleva consigo á Juana Francisca.....	80
	La exquisita sensibilidad de la joven Santa brilla durante su viaje.....	81
1589.	Principio de la guerra civil y sus causas.....	82
	Bella conducta del Sr. de Fremiot. Su carta admirable cuando le amenazan con degollar á su hijo.....	84

secundarios, y que por esta razón hemos creído suficiente citarlos al pie de las páginas. En cuanto á las obras impresas, su relación sería demasiado larga, y nos ha parecido prudente no meternos en un trabajo que sería inmenso si quisiéramos dar toda la bibliografía de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y que tendría muy poco valor si no llegáramos, como era muy probable, á darla por completo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B



ÍNDICE DE MATERIAS

	Págs.
Dedicatoria á San Francisco de Sales.....	v
Carta de la Superiora del Segundo Real Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid á las Hermanas de España...	7
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Orleans al Sr. Abate Bougand, respecto á su segunda edición de la <i>Historia de la venerable Madre de Chantal</i> , acerca del modo de escribir la Vida de los Santos.....	11
Prólogo de la segunda edición..	37
Prólogo de la primera edición.....	43

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca Fremiot. Su adolescencia y primeros años de su juventud.

Años.		
	Doble origen de Santa Juana Francisca. Los Fremiot y los Berbisey.....	72
	Lo que eran unos y otros.	73
1572.	Nacimiento de Santa Juana Francisca. Retrato del señor de Fremiot.....	74
1573	Pierde á su madre á los diez y ocho meses.....	74
1577.	Santa Juana Francisca, de edad de cinco años, confunde á un hereje.....	76
	Virtudes nacientes; amor á la Iglesia; ternura para con los pobres; devoción á la Virgen Santísima.....	78
	Admirable muerte del Sr. D. Juan Fremiot, abuelo de Santa Juana Francisca.....	79
1587.	Casamiento de Margarita Fremiot con el Sr. de Neufchezes. Marcha al Poitou, y lleva consigo á Juana Francisca.....	80
	La exquisita sensibilidad de la joven Santa brilla durante su viaje.....	81
1589.	Principio de la guerra civil y sus causas.....	82
	Bella conducta del Sr. de Fremiot. Su carta admirable cuando le amenazan con degollar á su hijo.....	84

Años.	Págs.
1589. Su admirable resolución en la muerte de Enrique III, y al advenimiento al trono de Enrique IV.....	88
Santa Juana Francisca en Poitou. Peligros que corre.....	90
Su confianza en la Santísima Virgen.....	91
Su singular modestia.....	91
1590. Rehusa ventajosos matrimonios, en los cuales hubiera estado expuesta su fe y su virtud.....	93
1591. Vuelve á Borgoña por mandado de su padre.....	95
La juventud de Santa Juana Francisca hace presagiar lo que será su vida.....	95

CAPÍTULO II

Matrimonio de Santa Juana Francisca en el castillo de Bourbilly.

Retrato de Cristobal II, Barón de Chantal, á quien el señor de Fremiot había prometido la mano de Santa Juana Francisca.....	97
1592. Error de los historiadores que han creído que se celebró en Dijón el matrimonio de Santa Juana Francisca. Pruebas de haberse celebrado en Bourbilly.....	99
Condiciones del contrato.....	100
Tierno y recíproco amor del Barón de Chantal y su santa esposa.....	103
1593. El joven Barón se ve obligado á partir otra vez al ejército á los pocos días de haberse casado.....	104
Bella conversación de los jóvenes en el instante de la despedida.....	104
Santa Juana Francisca se aprovecha de la ausencia de su esposo para establecer en el castillo el buen orden que faltaba. Su conducta con sus criados y arrendatarios.....	106
Desvío de toda profanidad en los vestidos y lecturas.....	108
1594. Su amor á los pobres.—Admirables disposiciones de los habitantes de Bourbilly.....	110
Nacimiento de seis hijos de Santa Juana Francisca.....	115
Dos hechos característicos de una verdadera madre cristiana.....	116

CAPÍTULO III

La señora de Chantal entre los placeres y honores del mundo. Triunfo de Enrique IV. Su entrada en Dijón. Primeros milagros de Santa Juana Francisca. Muerte del Barón su esposo.

1595. Vida que se hacía en los castillos en otoño é invierno.....	117
En el castillo de Bourbilly y su vecindad.....	117
Fiestas continuas y grandes cacerías.....	120

Años.	Págs.
1595. Hermoso retrato de la Baronesa de Chantal en medio de los honores y diversiones.....	121
La Madre de Chaugy habla en este punto como Bussy Rabutin.....	121
Vida que se hacía en los castillos en primavera y verano.....	123
Admirable conducta de la señora de Chantal durante la ausencia de su esposo.....	123
La guerra principia de nuevo.—Rendición de Dijón á Enrique IV.—Llegada de este príncipe el 4 de Junio.....	127
Victoria de Fontaine-Francaise, debida en parte al Barón de Chantal.....	128
Alegría y emoción de la Baronesa de Chantal.....	129
Enrique IV colma de honores al Presidente Fremiot, y lleva consigo á París al joven Barón de Chantal.....	130
Detalles encantadores acerca del tierno amor que unía al Barón de Chantal con su santa esposa.....	132
El Barón de Chantal rehusa ser mariscal de Francia por no cometer una injusticia, y vuelve á Bourbilly.....	134
1600. Primeros milagros de Santa Juana Francisca. Multiplicación del trigo y de la harina durante el hambre. Pruebas incontestables de este hecho.....	135
Humildad de Santa Juana Francisca.....	140
El Barón de Chantal cae enfermo. Ardiente amor de Santa Juana Francisca á su esposo.....	140
Dos sueños admirables.....	141
1601. El Sr. de Chantal, restablecido de su enfermedad, es herido mortalmente en una cacería. Su cristiana muerte.....	143
Dolor de Santa Juana Francisca.—Enflaquece hasta quedar hecha un esqueleto.—Se teme por su vida.....	146

CAPÍTULO IV

Primeros años de viudez. La señora de Chantal deseando darse toda á Dios, busca un director.

Amargos dolores y grandes consuelos.....	149
La señora de Chantal hace voto de castidad y se consagra enteramente á Dios.....	151
Siente vivos deseos de encontrar un director.....	151
Diferencia entre un confesor y un director.....	153
La señora de Chantal tiene la primera revelación del director que Dios le tiene preparado.....	155
1602. El Sr. de Fremiot, que sabe que el dolor de su hija aumenta más cada día, exige vuelva á Dijón.....	156
Continuación de las inquietudes de conciencia de la señora de Chantal, y sus deseos de encontrar un director.....	158

Años.	Págs.
1602. En la capilla de Nuestra señora de Etang descubre su conciencia á un Padre Mínimo..	159
Lo que era este Religioso. Carácter de la dirección; numerosas faltas, pero providenciales.....	159
La señora de Chantal vuelve á Bourbilly.....	162
Recibe una carta de su suegro que la llama á Monthelón...	162
Su animosa resolución. Sus últimas limosnas en Bourbilly...	163
Deja á Bourbilly para siempre. Estado actual del castillo..	163

CAPÍTULO V

Monthelón. Nuevas pruebas de la señora de Chantal. San Francisco de Sales predica la Cuaresma en Dijón. Lo que era San Francisco de Sales considerado como director.

Descripción del castillo de Monthelón.....	167
Retrato del anciano Barón de Chantal. Su vanidad; su carácter violento; su dependencia de una criada.....	168
La señora de Chantal, mal recibida y pronto injuriada, se resigna á vivir en una abnegación completa.....	169
Su paciencia y dulzura admirables. Motivos de esta dulzura, más admirables aún.....	170
1603. Se da más á la piedad, y se afilia á la Orden de los Capuchinos.....	172
Nuevos deseos de encontrar un director.....	173
Retrato de San Francisco de Sales considerado como director.....	174
Sus abundantes luces.....	175
Su dulzura y su firmeza.....	177
Su celo y su paciencia.....	177
Su franqueza.....	181
Su ternura.....	182
Su pureza.....	183
Su inmenso amor á Dios.....	184
En la persona de San Francisco de Sales se trasluce algo de la fisonomía de Jesucristo.....	185
Diferencia inmensa entre el carácter de San Francisco de Sales y la Madre de Chantal.....	186
El alcalde y los regidores de Dijón ruegan á San Francisco de Sales vaya á predicar á esta ciudad.....	187

CAPÍTULO VI

La señora de Chantal se pone definitivamente bajo la dirección de San Francisco de Sales. Sus primeras conversaciones y primeras cartas.

1604. San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca se reconocen sin haberse visto jamás.....	191
--	-----

Años.	Págs.
1604. Circunstancias que ayudan á sus relaciones.....	193
Vivas y encantadoras conversaciones, en que se manifiesta el carácter de los dos Santos.....	194
Primera confesión.....	198
Una aureola brillante aparece sobre la cabeza de San Francisco de Sales durante la primera Misa del Ilmo. Sr. Andres Fremiot. La señora de Chantal siente aumentarse su deseo de ponerse bajo la dirección del Santo Obispo.	199
Segunda confesión.....	200
Viaje de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal á Nuestra Señora de Etang.....	200
26 de Abril de 1604.—Despedida de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal.....	201
En la primera parada escribe el Santo una esquelita á la señora de Chantal.....	203
3 de Mayo.—Primera carta del Santo.....	203
Temores de conciencia de la señora de Chantal; teme haber faltado á su voto, abriendo su conciencia al Santo Obispo. Se decide á escribirle.....	205
30 de Mayo.—Principio de la correspondencia de San Francisco de Sales y la señora de Chantal.....	207
Grande importancia de esta correspondencia.....	207
Continúan las turbaciones de la Señora de Chantal.....	209
Personas de santidad eminente la aconsejan ponerse de hecho bajo la dirección de San Francisco de Sales.....	212
Se decide á partir para San Claudio, adonde San Francisco de Sales iba también.....	212
Visión de San Claudio.....	213
21 de Agosto.—Entrevista importante de los Santos. San Francisco de Sales se encarga de la dirección de la Señora de Chantal.....	214
28 de Agosto.—Vuelve á Dijón radiante de alegría.....	216
Nuevas inquietudes, procedentes de la más admirable delicadeza de conciencia.....	217
Bellísimas cartas de San Francisco de Sales.....	217
Inefable pureza de los Santos.....	219

CAPÍTULO VII

Principio de la dirección de la señora de Chantal por San Francisco de Sales. Reglamento para una señora del mundo en el siglo diez y siete. Penas interiores de la señora de Chantal.

1605. El primer acto de la dirección de San Francisco de Sales es dar un reglamento á la señora de Chantal.....	221
Diferentes puntos arreglados sabiamente.....	222
Los ejercicios de piedad. Su número. Su duración. El espíritu con que deben hacerse.....	223

Años.	Págs.
1605. Las penitencias.....	225
Las obras de caridad.....	228
Los deberes del estado respecto á los hijos.....	228
Con los padres, abuelos y suegros.....	230
Carácter admirable de esta dirección.....	231
Con qué ardor acepta la señora de Chantal este reglamento.	232
Este ardor excesivo es causa de las penas interiores, que San Francisco de Sales le explica con admirable claridad.	233
Diferencia entre esta dirección y la que anteriormente había tenido la señora de Chantal.....	235
Las penas interiores se aumentan. Tentación de infidelidad, de apostasía, blasfemia y desaliento.....	236
San Francisco de Sales se muestra cada vez más admirable en sus cartas.....	236
21 de Mayo de 1665.—La señora de Chantal cree necesario volver á tratar con su director, y hace un viaje al castillo de Sales.....	242
Éxtasis de San Francisco de Sales cuando esperaba en el camino á la señora de Chantal.....	242
Conversaciones celestiales entre los dos Santos.....	244
Ninguna idea todavía de vocación religiosa.....	244
Íntimas relaciones entre las señoras de Boisy y de Chantal. El niño Carlos Augusto de Sales.....	245

CAPÍTULO VIII

Progresos visibles en la santidad. La señora de Chantal se dedica más y más al servicio de los pobres.

1606. Progresos sensibles notados por todos los historiadores á la vuelta del segundo viaje á Saboya.....	247
Mayor dulzura y amabilidad.....	248
Más austera mortificación.....	253
Caridad muy tierna con los pobres, enfermos y moribundos.	254
Dos rasgos de caridad heroica.....	255
25 de Septiembre.—La señora de Chantal se va á Bourbilly para las vendimias. Su caridad durante la peste. Sueumbe á la fatiga, y se ve atacada de la enfermedad reinante...	261
Su curación milagrosa.....	262
Recuerdo que de la señora de Chantal se conserva en Monthelón.....	263

CAPÍTULO IX

La señora de Chantal como madre. Cómo educaba á sus hijos. Por el tierno recuerdo de su esposo difunto y su amor á Dios, rehúsa un segundo y ventajoso matrimonio.

No se conoce á la señora de Chantal como madre.....	265
---	-----

Años.	Págs.
1606. ¿De qué proviene esto?.....	265
Retrato de los cuatro hijos de la señora de Chantal, Celso Benigno, María Amada, Francisca y Carlota. Caricias de San Francisco de Sales á estos niños.....	266
Su correspondencia, llena no sólo de deseos y buenos recuerdos respecto á estos niños, sino también de consejos relativos á su educación.....	271
8 de Junio.—San Francisco de Sales envía su hermanita Juana de Sales á la señora de Chantal para que la eduque con sus hijos.....	278
Carácter de la educación dada por la señora de Chantal..	280
Costumbres de oración contraídas desde la infancia.....	281
Amor al trabajo.....	283
Gustos sencillos, privación de ricos adornos.....	284
Desarrollo de la sensibilidad por la caridad.....	286
Resultado admirable de esta educación.....	287
Mientras que la señora de Chantal se muestra tan verdadera madre, conserva al mismo tiempo el más tierno recuerdo de su difunto esposo.....	289
7 de Julio.—Tierno y singular escrúpulo. No puede oír pronunciar el nombre del que involuntariamente había muerto á su esposo.....	289
Es pedida en matrimonio. Sus enérgicas negativas.....	294
Nuevas y más vivas instancias. Para evitarlas renueva su voto de castidad, y graba sobre su corazón con un hierro hecho ascuá el nombre de Jesús.....	296

CAPÍTULO X

Estado general de la Iglesia de Francia en 1607. La señora de Chantal principia á sentirse llamada á la vida religiosa. Prudencia admirable de San Francisco de Sales, que la revela, por último, el secreto de su vocación.

1607. Gran movimiento religioso en Francia á principios del siglo XVII.....	299
Ya no se pueden disimular las llagas de la Iglesia.....	300
Gemidos de unos; santo celo de otros.....	300
Misiones en las ciudades y aldeas.....	300
Escuelas para educar á los niños de todas las clases de la sociedad.....	301
Estas misiones y escuelas son inútiles, mientras el orden sacerdotal no reflorezca. Celo y trabajo con este fin.....	301
Al mismo tiempo se levanta de sus ruinas el estado religioso. Reformas multiplicadas.....	302
La señora de Chantal desempeña un gran papel en este renacimiento católico. Principia á sentirse llamada á ello.	303

Años.	Págs.
1607. Primeras declaraciones que hace á San Francisco de Sales, quien parece no atenderlas.....	304
Segundas, más eficaces. San Francisco de Sales quiere tiempo para pensar en ello.....	304
Llegada de las Carmelitas á Dijón. La señora de Chantal se entusiasma con el contacto del Carmelo naciente, y poco falta para que no se extravíe entrando en él.....	305
San Francisco de Sales rehusa absolutamente su consentimiento.....	307
Obediencia admirable de la señora de Chantal.....	308
Otros peligros que corre la señora de Chantal en sus relaciones con las Carmelitas. Dirección imprudente.....	310
Sabiduría admirable de San Francisco de Sales, previniendo á la señora de Chantal contra engañosos atractivos y consejeros imprudentes.....	312
Progresos cada vez mayores de la señora de Chantal.....	315
80 de Mayo.—Hace por tercera vez el viaje á Saboya.....	320
Al otro día de Pentecostés revela por fin San Francisco de Sales á la señora de Chantal el secreto de su vocación..	321
Por qué serie de hechos misteriosos había Dios preparado á la señora de Chantal para cumplir su misión.....	322

CAPÍTULO XI

Algunas de las futuras compañeras de la señora de Chantal principian á sentirse inclinadas al retiro: La señorita Favre, la señorita de Brechard, la señorita de Chatel, la señorita de Blonay, Ana Jacobina Coste.

1608. María Jacobina Favre. Su carácter.....	325
Su vida disipada y vehemente.....	326
Su conversión.....	327
Es pedida en matrimonio por un hermano de San Francisco de Sales. Confiesa su proyecto de ser religiosa.....	327
Carlota de Brechard. Su infancia, llena de peligros y sufrimientos.....	328
La hacen entrar en un convento relajado.....	330
Su afición á la penitencia.....	330
Su ardiente amor á Dios.....	331
Entra en las Ursulinas, pero su débil salud no la permite quedarse allí.....	332
Conoce á San Francisco de Sales en Montelión en casa de la señora de Chantal, y allí se decide su vocación.....	332
Ana Jacobina Coste. Su humilde condición de pastora, y después de criada en una posada.....	333
Encuentra en Ginebra á San Francisco de Sales; se confiesa con él, y recibe de su mano la sagrada Eucaristía....	335

Años.	Págs.
1608. Su gran virtud. Su celo apostólico. Convierte á su ama.....	336
Muerta su ama, viene á establecerse en Annecy. Su discreción.....	337
Dios la revela la llegada futura de la señora de Chantal, y la fundación del Instituto en que ha de ser la primera tornera.....	338
María Petra de Chatel. Sus brillantes cualidades. Se siente poco á poco arrastrada hacia el mundo.....	338
Un afecto legítimo y muy dulce acaba de turbar su alma..	239
Inmensas gracias de Dios, á las cuales coopera animosamente María Petra.....	340
Santas familiaridades de María Petra con Dios, por las cuales se puede conjeturar su inocencia perfecta.....	342
María Amada de Blonay, llamada por San Francisco de Sales la <i>crème de la Visitation</i>	342
Es de una familia notable.....	343
Su bella infancia.....	344
Cómo la llama Dios milagrosamente á la vida religiosa....	345
Notable conversación de María Amada de Blonay con San Francisco de Sales.....	346
Sabe por él la fundación futura del Instituto, y el lugar que en él tendrá.....	347
Ojeada general sobre el carácter de las primeras Madres de la Visitation. La nobleza, que todo lo ha perdido en el siglo XVI, es llamada á repararlo todo en el XVII.....	348

CAPÍTULO XII

Partida de la señora de Chantal.

Principales dificultades que dilatan la partida de la señora de Chantal.....	351
Estas dificultades son tan grandes, que San Francisco de Sales piensa dejar la fundación para dentro de siete u ocho años.....	353
Primer rayo de luz en medio de las tinieblas. La señora de Boisy concibe la idea de un matrimonio entre su hijo menor y la hija mayor de la señora de Chantal.....	353
Asombro de la señora de Chantal al oír este proyecto.....	353
Muerte de Juana de Sales en el castillo de Thotes, en Borgoña. La señora de Chantal hace voto de dar su hija á la casa de Sales en reemplazo de la que se le había confiado.....	354
Alcanza el consentimiento del Presidente Fremiot.....	355
San Francisco de Sales va á Borgoña para presentar á su joven hermano. Esponsales de María Amada y del joven Barón de Thorens...	359

Años.	Págs.
1609. Cólera de la criada del anciano Barón de Chantal. Para evitar todos estos disgustos, hace la señora de Chantal otro viaje á Annecy.....	362
Bellos ejemplos de virtud que da la Señora de Chantal en Annecy	364
Ultimos y más profundos exámenes que sobre el plan del Instituto hacen San Francisco de Sales y la señora de Chantal.....	366
24 de Junio.—De vuelta á Borgoña la señora de Chantal, da parte á su padre de la determinación que tiene de dejar el mundo. Dolor del Sr. Fremiot.....	368
Habla también á su hermano el Arzobispo de Bourges....	369
Resistencia enérgica de éste.....	369
Dolor aún más grande de la señora de Chantal. Dios la sostiene milagrosamente.....	370
13 de Octubre.—Llegada de San Francisco de Sales á Borgoña. Matrimonio de María Amada.....	371
15 de Octubre.—Seria deliberación entre el Presidente Fremiot, San Francisco de Sales, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges y la señora de Chantal.....	372
Se decide la partida de ésta.....	373
1610. Muerte de Carlota de Chantal, la hija pequeña de la señora de Chantal. Muerte de la señora de Boisy, madre de San Francisco de Sales. Este acontecimiento obliga á la señora de Chantal á partir sin dilación para Annecy....	376
Despedida de la señora de Chantal en Montelhón.....	379
29 de Marzo de 1610.—Despedidas aún más tiernas en Dijón....	381
Pasa sobre el cuerpo de su hijo.....	382
Dolor del Sr. de Fremiot. Su admirable carta á San Francisco de Sales.....	383
Qué debe pensarse de este acto heroico de la señora de Chantal.....	384

CAPÍTULO XIII

Principios de la Visitación. Toma de hábito y profesión de la señora de Chantal, y de sus dos primeras compañeras la señorita Jacobina Favre y la señorita Carlota de Brechard.

4 de Abril de 1610.—Llegada de la Madre de Chantal á la ciudad de Annecy.....	387
Lleva á su hija María Amada al castillo de Thorens.....	389
Deja todos sus bienes en favor de sus hijos.....	390
Un contratiempo en que se ve la mano de Dios, hace que no se dé principio á la santa empresa hasta el día 6 de Junio, fiesta de San Claudio.....	391

Años.	Págs.
1610. 5 de Junio.—Tentación de la Madre de Chantal la noche de la víspera de su entrada en la religión	394
Virtudes de la Congregación naciente: pobreza, obediencia, caridad, recogimiento, etc., etc.....	400
Nuevas Novicias; Claudia Francisca Roget, María Petra de Chatel, María Margarita Milletot, María Adriana Fichet, Claudia María Thiolier, Claudia Inés de la Roche, María Amada de Blonay.....	402
Primer ensayo de <i>Constituciones</i> . Dos grandes vacíos en la organización general de la vida religiosa.....	406
Preparación de las tres primeras Hermanas á la profesión.	410
Desobediencia de la santa Madre de Chantal. Cómo la reprende San Francisco de Sales.....	412
1611. Ceremonias de la profesión.....	413
Armas, blasón y divisa de la Visitación.....	417

CAPÍTULO XIV

La casita de la Galería.

Conversaciones encantadoras de San Francisco de Sales para excitar á las Hermanas á la piedad, y para preparar desde luego las constituciones de su Instituto.....	419
Virtudes crecientes. Oraciones extraordinarias. Humildad heroica.....	426
La santa Madre da el ejemplo en todo.....	428
11 de Agosto.—En estas circunstancias sabe la muerte de su padre, y parte para Borgoña.....	429
Cómo es recibida en Dijón, Monthelón y Bourbilly.....	431
Las noticias que recibe de Annecy la obligan á apresurar su vuelta. Casi todas las Hermanas caen enfermas, y de peligro la Hermana María Petra de Chatel.....	433
24 de Diciembre.—Llega la víspera de Navidad á la ciudad de Annecy.....	435
1612. Principio de la visita á los enfermos.....	436
Parte heroica que toma la Madre de Chantal en este servicio de enfermos.....	437
Aventura sucedida á la Madre Favre y la Madre Fichet....	440
30 de Octubre.—Se vende y se deja la casa de la Galería, por creerla mal sana y ser ya muy pequeña.....	441
Pesares por haber abandonado esta casa, cuna de la Orden. Esfuerzos inútiles de la santa Madre de Chantal para volver á recobrarla.....	442
No se logra volver á tenerla hasta diez y siete años después de la muerte de la santa Madre de Chantal. Alegría de las Hermanas. Ya no era sólo cuna de la Orden, sino una reliquia.....	443

CAPÍTULO XV

Construcción del monasterio de Annecy.

<i>Años.</i>	<i>Págs.</i>
1612. No faltan pruebas á la Visitación naciente.....	445
Enfermedades extrañas de la Madre de Chantal.....	445
Burlas y críticas del mundo.....	447
Calumnias infames.....	449
San Francisco de Sales, para defensa de su Instituto, escri- be algunas admirables páginas.....	449
Un acto de gran virtud de los dos santos Fundadores apla- ca un poco la oposición.....	451
Grandes personajes presagian con toda clase de buenos augurios el buen éxito de la Visitación naciente.....	452
Junio de 1613. — La Madre de Chantal sabe en estas circunstan- cias la muerte de su suegro, y parte segunda vez para Borgoña.....	453
Su bellísima conducta con la criada de su suegro.....	454
Su inteligencia, su dulzura y su desasimiento en el arreglo de la sucesión de su suegro.....	455
Agosto de 1613. — A su regreso á Annecy cae enferma de fatiga, y San Francisco de Sales la cura milagrosamente.....	457
Principiase á edificar el monasterio. Lo que es un monas- terio.....	457
Es elegida para protectora de la nueva Congregación Su Alteza Real Margarita, Duquesa de Saboya.....	458
1614. 18 de Septiembre. — Bendición y colocación de la primera piedra.....	459
Crecen las oposiciones del mundo.....	461
Admirable dulzura de San Francisco de Sales.....	461
Bendición de la capilla y del edificio.....	463
Carácter de este primer monasterio de Annecy. Por qué se le llama la Santa Cuna ó Santa Fuente. Lo fiel que es á su misión.....	463

CAPÍTULO XVI

*Fundación del segundo monasterio de la Visitación en Lyon. Cómo se
consigue que San Francisco de Sales modifique todos sus planes.*

Enero de 1615. — Llegan algunas señoras de Lyon para ver el mo- nasterio de Annecy.....	465
Cómo las recibe la señora de Chantal.....	467
Quedan tan encantadas, que forman la resolución de entrar en él como novicias, en cuanto tengan libertad para ello.	468
De vuelta á Lyon compran una casa, y lo preparan todo para la fundación de un segundo monasterio de la Visi- tación.....	469

<i>Años.</i>	<i>Págs.</i>
1614. Obstáculos inesperados. En lugar de fundar una Visitación, se apoderan de todos sus elementos para fundar una <i>Presentación</i>	470
Estos obstáculos no sirven más que para manifestar la vo- luntad de Dios, y la virtud de los santos Fundadores...	471
Febrero de 1615. — Llegada á Lyon de la Madre de Chantal, y de las Madres Favre, de Chatel y de Blonay.....	474
Obediencia heroica de la Madre de Chatel.....	474
Al entrar en Francia siente la señora de Chantal la buena acogida que la hace el ángel bueno de Francia.....	474
Apenas llega á Lyon la señora de Chantal, prohíbe el emi- nentísimo Sr. de Marquemont visiten las religiosas á los enfermos. Asombro y pena de la Madre de Chantal.....	477
San Francisco de Sales hace un viaje á Lyon para tratar de que ceda el Emmo. Sr. de Marquemont, pero no lo logra.	477
Para sostener sus ideas, compone el Cardenal una <i>Memo- ria</i> . — Análisis de esta Memoria.....	478
Las ideas especiosas del Cardenal de Marquemont, poco sóli- das, son refutadas por los hechos.....	482
Opinión de Belarmino, favorable á San Francisco de Sales.	484
San Francisco de Sales no se decide á ceder, y mucho me- nos la santa Madre de Chantal.....	485
<i>Memoria</i> de San Francisco de Sales en respuesta á la del Cardenal. — Grande inteligencia y mayor virtud del santo Obispo.....	486
Inflexibilidad del Cardenal. San Francisco de Sales cede..	488
Todos los planes de la Visitación cambiados. ¿Se deberá sentirlo?.....	490

CAPÍTULO XVII

*Reglas y espíritu de la Visitación. Cómo la Providencia fué preparan-
do á la venerable Madre de Chantal para que fuese fundadora de
este Instituto.*

1616. Entusiasmo con que es acogida la noticia de haberse trans- formado la Visitación en Orden claustrada.....	493
Multiplicadas peticiones de fundaciones. Numerosas novi- cias que forman la segunda generación de las Hijas de la Madre de Chantal.....	493
Ana María Rosset.....	494
María Dionisia de Martignat.....	495
Francisca Gabriela Bally.....	497
María Pernet.....	498
Ana Catalina de Beaumont.....	498
María Amada de Rabutín.....	499
María Margarita Michel.....	500

Años.	Págs.
1616. La Hermana Simpliciana.....	502
Principio del tercer monasterio de la Visitación en Moulins.	
San Francisco de Sales envía á él á la Madre de Brechard.	504
Principia San Francisco de Sales, con la Madre de Chantal, la gran obra de componer las reglas.....	504
Fin de la Congregación.....	506
Este fin exige grandes modificaciones en las costumbres monásticas.....	507
Las mortificaciones, hasta entonces en uso en las Ordenes religiosas, abandonadas. Se le sustituyen otras no menos penosas.....	507
Multiplicación de medios para la unión con Dios.....	509
Gobierno de cada casa en particular.....	512
Y de toda la Orden en general.....	513
Sabiduría, moderación y dulzura de estas reglas.....	515
El espíritu de estas reglas, más admirable aún que las mismas reglas.....	515
Renglones encantadores de San Francisco de Sales, llamados por la santa Madre de Chantal compendio de toda la perfección de la Orden.....	516
Admirable diferencia entre el carácter de la santa Madre de Chantal y el carácter de la Visitación.....	518
Tres actos con los cuales transforma Dios á la Santa para hacerla capaz de ser fundadora de la Visitación.....	519
Santa Juana Francisca y Santa Teresa hacen las dos el voto de hacer lo más perfecto.....	522

CAPÍTULO XVIII

Estados de Oración de la venerable Madre de Chantal. San Francisco de Sales compone para la Santa y sus Hijas el Tratado del Amor de Dios.

1617. En estas elevadas y difíciles cuestiones nos servirá Bossuet de guía.....	525
Primer documento en que la santa Madre de Chantal describe por sí misma el carácter de su oración.....	526
Esta oración es de simple mirada, de sencilla entrega á Dios, de reposo, de quietud, ó para emplear un nombre más común, es lo que se llama oración pasiva.....	527
Súplica á la gente del mundo, para que al leer este capítulo no se aventure á tratar estos estados de visiones y sueños.....	528
Documento segundo, escrito también por la santa Madre de Chantal, pero más importante y detallado.....	529
Se ve con más claridad el carácter pasivo de esta oración y su diferencia del raptó ó del éxtasis.....	534

Años.	Págs.
1617. Elevación admirable del alma en este estado.....	535
Su dependencia absoluta de Dios, sea que haga actos en la oración, sea que no los haga.....	537
La Madre de Chantal que no conocía primero este estado sino en la oración, lo siente en la Misa, en la Comunión, en el Oficio y durante todo el día, etc.....	537
Después de uno ó dos años en este estado se notan en la Madre de Chantal admirables progresos en la virtud.....	538
La santa Madre de Chantal no es la sola puesta en este estado extraordinario; muchas de sus Hijas lo están con ella.....	543
Temores de San Francisco de Sales por dejar á sus Hijas sin dirección en materias tan delicadas é importantes..	544
Se decide á publicar una grande obra sobre estas operaciones delicadas de la gracia.....	544
Inmensas dificultades de diferente especie, que sin la Madre de Chantal no hubiera podido vencer San Francisco de Sales.....	545
La Madre de Chantal y sus Hijas, no sólo sirvieron de aguijón á San Francisco de Sales para componer el tratado del Amor de Dios, sino que le sirvieron de modelo.....	547
Con este doble título, el <i>Tratado del Amor de Dios</i> pertenece á la historia de la Visitación.....	548
Atenciones delicadas de la Providencia con la Visitación naciente.....	548

APÉNDICE

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

I.—Árbol genealógico de la familia de la Madre de Chantal....	551
II.—Nota sobre el lugar del nacimiento de la Madre de Chantal.	552
III.—Carta del Presidente Fremiot al Sr. Fervaque, gobernador de Borgoña.....	559
IV.—Texto del contrato de matrimonio de la señora de Chantal.	561
V.—Carta de San Francisco de Sales al Alcalde Mayor y á los Regidores de Dijón.....	565
VI.—Noticia detallada sobre los principales manuscritos de que nos hemos servido para componer esta historia.....	566

FIN DE LA TABLA DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO

